

Alcides D'Orbigny
Viaje a la América Meridional

VIAJE A LA AMERICA MERIDIONAL

Brasil - República del Uruguay - República Argentina - La Patagonia
República de Chile - República de Bolivia - República del Perú

REALIZADO DE 1826 a 1833

P O R

ALCIDES D'ORBIGNY

Caballero de la Orden Real de la Legión de Honor. Vice-presidente
de la Sociedad Geológica de Francia, etc.

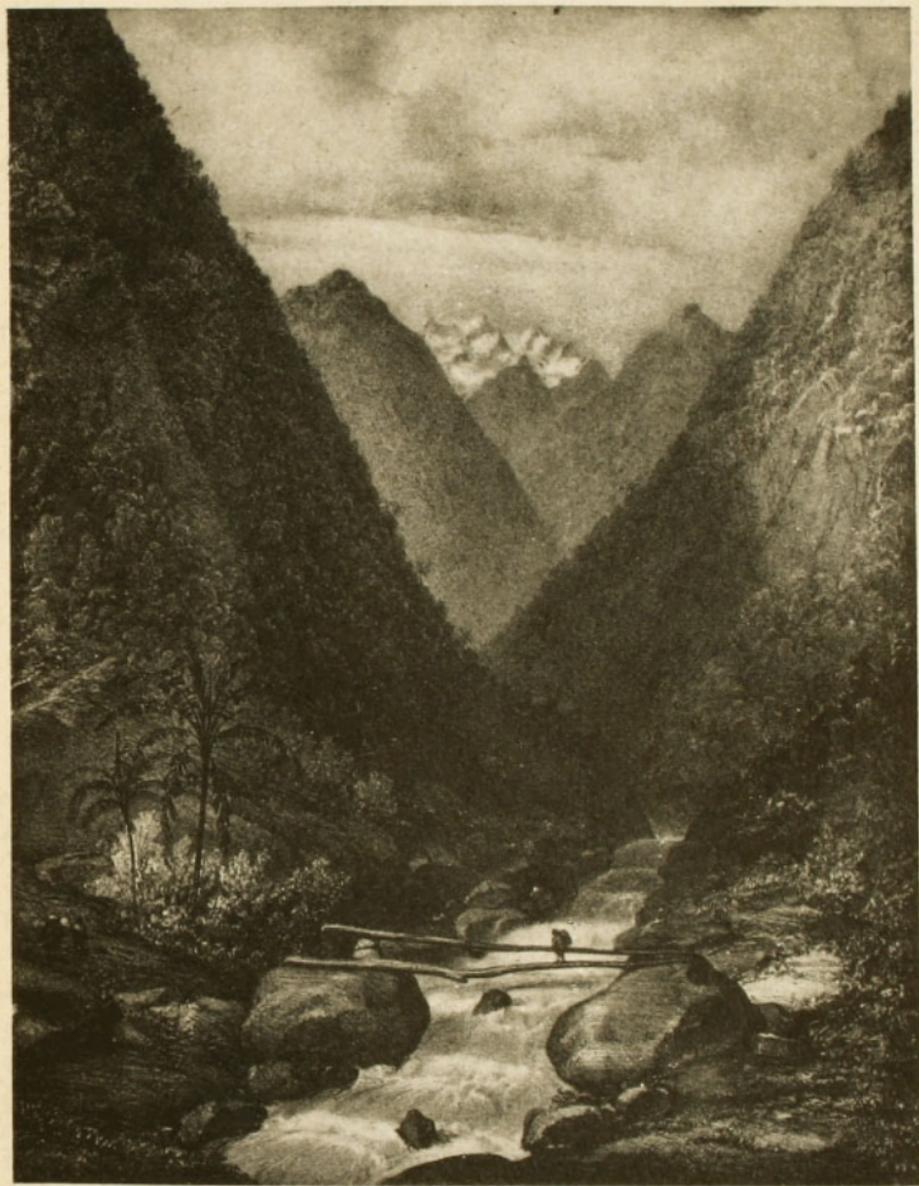
TOMO IV



EDITORIAL FUTURO

J. E. Uriburu 131 - Bs. Aires

CUARTO TOMO



Nº 18. — Vista de un pasaje sobre el río San Mateo, camino de Cochabamba a Moxos

CAPÍTULO XXXII

GENERALIDADES GEOGRAFICAS, HISTORICAS Y ESTADISTICAS SOBRE LA PROVINCIA DE CHIQUITOS.—DE LAS MEJORAS INDUSTRIALES Y COMERCIALES QUE SE PODRIAN INTRODUCIR ALLI

§ 1

GENERALIDADES GEOGRAFICAS



SITUADA casi en el centro del continente americano, la provincia de Chiquitos presenta una superficie irregular, casi oval, comprendida entre los 14 y los 21 grados de latitud sur y los 58 y 65 grados de longitud occidental de París. Esta comarca, de más o menos treinta grados o 18.750 leguas de veinticinco por grado de superficie, está limitada al este por el curso del Paraguay y por las posesiones brasileñas de la provincia de Cuyaba o de Matto Grosso; al norte (siguiendo los límites de los tratados de 1750 y 1777 entre España y Portugal) por una línea que parte de la conjunción de los ríos Jauru y Paraguay, en dirección a Matto-Grosso, y más allá por una segunda línea que arranca desde ese punto hasta la confluencia de los ríos Verde y Barbado¹. Al noroeste, selvas inmensas o esteros deshabitados separan esta provincia de la de Moxos, algo al norte del país de los guarayos. Al oeste, el curso del río Grande le sirve de límite con la provincia de Santa Cruz de la Sierra. Finalmente, al sur se extienden las tierras deshabitadas del Gran Chaco, que todavía no pertenecen a ningún gobierno.

¹ V. el mapa de Azara, *Viaje a la América meridional*. Hoy, 1831, tales límites son ilusorios, pues el Brasil ha ido avanzando sobre las posesiones bolivianas, sobre todo entre Matto-Grosso y Santa Ana.

Circunscripta de esta manera, la provincia de Chiquitos está rodeada de ríos y de pantanos, en medio de los cuales corren cadenas de colinas completamente aisladas en la dirección nornoroeste y sudsudeste. Esas colinas, que forman mi sistema geológico chiquitano y que dominan desde algunos centenares de metros las llanuras circundantes, son también los puntos culminantes, las cumbres que señalan la división entre las dos grandes vertientes del Amazonas y del Plata. Constituyen primero, hacia el grado 62, un largo macizo o meseta de gneis, de donde parten, del lado del oesnorueste, las colinas de la misma naturaleza de San Javier y de Guarayos, que se abaten en este último punto y terminan por desaparecer debajo de los aluviones modernos de las llanuras inundadas. Al estesudeste de la meseta central, algunos eslabones a menudo interrumpidos, se extienden siempre en la misma dirección hasta el 58°. Son: 1° la Sierra de San Lorenzo, entre San Miguel y San José, toda formada de gneis; 2° la Sierra de San José, que a medida que avanza hacia el este, toma los nombres de Sierra de San Lorenzo, Sierra de Ipias y Sierra de Santiago, y que se compone de terrenos silurianos y devonianos; 3° la Sierra de San Juan o de Sunsas, rama del macizo central, primero compuesto de gneis, luego, en Sunsas, de los mismos terrenos que la cadena paralela de Santiago. Estas últimas pierden altura al este y terminan bastante lejos del río Paraguay.

Este conjunto de cadenas más o menos elevadas, dibuja en medio de las llanuras, como ya lo dije, una isla de siete grados de longitud, por un grado y medio de anchura media, dirigida de nornoroeste a sudsudeste. Lateralmente a su diámetro, este macizo presenta al nordeste una suave pendiente hasta el llano, en donde nacen los primeros afluentes de los ríos Paraguay y Amazonas. Al sudoeste, la pendiente es más pronunciada, pero termina en la llanura en donde corren todavía los afluentes del Paraguay y del Amazonas.

Quien contemple con detenimiento la geografía del centro de la América del Sur, se admira de la extensión de esas inmensas llanuras, limitadas al oeste por los últimos contrafuertes de las cordilleras, al este por las montañas bajas de Brasil, y que comienzan en las pampas de Buenos Aires y terminan en la desembocadura del Amazonas. Con una anchura más o menos igual, esas pampas se extienden, en efecto, de sur a norte, elevándose poco a poco en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Paraguay y el Gran Chaco, hasta los 19 grados de latitud. Limitadas en parte a este paralelo por el sistema orográfico o islote de la provincia de Chiquitos, se dividen allí en dos grandes brazos. El brazo oriental sigue el curso del río Paraguay, forma un estrecho apretado, contorneando la extremidad de las montañas de Chiquitos, y sesga en seguida al noroeste, hacia Moxos. En este intervalo nacen el río Paraguay, afluente del Plata, y el río Barbado, primer afluente del Amazonas. El brazo occidental de las llanuras, reducido igualmente a un amplio estrecho comprendido entre los úl-

timos contrafuertes de las Cordilleras, cerca de Santa Cruz de la Sierra, y las colinas de San Javier de Chiquitos, pertenece ya por completo a la vertiente del norte. Este brazo se ensancha en la provincia de Moxos y se reúne con el brazo oriental allá por el 15° de latitud. Las planicies, entonces muy anchas, siguen la dirección nornoroeste. A los 12 grados de latitud, se reducen todavía más por el cabo que representa la extremidad occidental de las cadenas de Brasil, cerca de la confluencia del río Itenes o Guaporé. Este nuevo y amplio estrecho sigue el curso del río Madeira, extendiéndose hacia el este, hasta formar la gran cuenca propiamente dicha del Marañón. Así, pues, las vastas llanuras del Plata se comunican, al este y al oeste del macizo de Chiquitos, con esos grandes llanos del Amazonas; cruzan de norte a sur todo el centro de la América meridional y forman una isla con el sistema orográfico de las montañas de Chiquitos.

Todos los cursos de agua de la parte oriental de la provincia se dirigen al río Paraguay y al de la Plata, en tanto que los de la parte occidental van a parar al Amazonas.

A continuación se designan los ríos importantes de la vertiente del Plata:

1° El río Tucabaca nace, con el nombre de río San Juan, en las ruinas de la antigua San Juan, entre los 61 y 62 grados de longitud; recibe todas las aguas del valle de Tucabaca hasta las ruinas de Santo Corazón, en 59° 30' de longitud. En la época de las crecientes los barcos podrían llegar hasta la altura de Santiago.

2° El río San Rafael nace en la vertiente meridional de la sierra de Santiago, por el 61° de longitud y se junta con el río Tucabaca en el 59° 30'. Corre en seguida hasta el río Paraguay con el nombre de Oxuquis. Es navegable en su parte más allá de su confluente.

3° Al norte de la sierra de San Juan nacen muchos arroyos que, reunidos en un solo curso de agua, reciben entonces el nombre de río Tapanakich. Este río se dirige directamente hacia el este, a través de pantanos, y desemboca en el río Paraguay por el 17° 40' de latitud. Parece ser navegable en la llanura.

4° De los alrededores de Santo Corazón salen además, al norte de la sierra de Sunsas, varios ríos pequeños que forman el río Santo Tomás, el cual, a la altura del 17° 50' de latitud, corre hacia el este, atravesando la llanura de Yarayés y arroja sus aguas en el Paraguay. Es navegable en las llanuras cuando está crecido.

Quedan indudablemente, al oeste del río Tapanakich, otros pequeños afluentes del río Paraguay, ignorados hasta ahora.

La vertiente del Amazonas ofrece los siguientes cursos de agua:

1° El río San Miguel atraviesa al oesnorueste toda la provincia, desde el 62° al 65° oeste de París, recibiendo sucesivamente desde su nacimiento cuatro afluentes principales. El más oriental, el arroyo San José, nace en el mismo valle que el río Tucabaca, al este de San José, y poco después lleva el nombre de San Luis. Del norte

recibe las aguas de una parte de las montañas orientales del gran macizo central. El segundo brazo recoge parte de sus afluentes en las montañas de San Rafael, en la laguna de los Migueleños y en Santa Bárbara. Otros nacen cerca de Santa Ana y de San Ignacio y forman pronto el Sapococh oriental. El tercer afluente o Sapococh occidental comienza en los alrededores de Concepción y en las partes situadas al este de esta misión. Todas esas aguas reunidas corren hacia el sudoeste hasta el río San Miguel. El cuarto brazo nace en un gran lago en el país de los Guarayos, a los $64^{\circ} 30'$ de longitud, y, con el nombre de río Huacari o Negro, corre hasta más allá del 15° de latitud, en donde se incorpora al río principal. El río San Miguel formado así es navegable hasta la altura de San Javier de Chiquitos. Sigue su dirección entre las llanuras de Moxos, cruza la laguna de Itonamas, cuyo nombre toma, atraviesa la misión de Magdalena de Moxos y se reúne con el Itenes, no lejos del Fuerte de Beira¹.

2º El río Blanco o Baures tiene sus fuentes en la vertiente septentrional de las montañas de San Javier de Chiquitos. Formado por un gran número de afluentes, sigue la dirección del noroeste, atraviesa toda la provincia de Moxos, pasa por las misiones de Carmen y de Concepción de Moxos y va a arrojarse en el Itenes, muy cerca de Fuerte de Beira. Este río es navegable hasta el pie de las montañas.

3º El río Serre nace al norte de la misión de Concepción de Chiquitos y se dirige al noroeste hacia Itenes, en cuyas aguas se arroja, a los $64^{\circ} 33'$ de longitud occidental de París.

4º El río Verde. Comienza al norte de San Ignacio de Chiquitos, sigue la misma dirección que el río Serre y se une al Itenes a los $63^{\circ} 40'$ de longitud.

5º Finalmente, el río Barbados se forma en los esteros al norte de las misiones de Santa Ana y San Rafael de Chiquitos y constituye la fuente más considerable del río Itenes pasando en Salinas, en Casalbasco y en Matto Grosso por las actuales posesiones de Brasil. Es navegable hasta Casalbasco.

Los lagos de la provincia son bastante numerosos, pero hay pocos que tengan una gran extensión.

Los mayores son los lagos o Salinas de San José y de Santiago, situados a los 62° de longitud y a los $29^{\circ} 20'$ de latitud, muy al sur de San José. Se trata de lagos salados que, por la evaporación natural de la estación seca, dan una buena sal cristalizada.

Todos los demás son de agua dulce, a saber: 1º la laguna de Quisere, situada entre San Javier y la estancia San Julián; 2º los

¹ En el mapa de Brué, publicado en 1825, se han cometido dos errores muy graves. En él se hace reunir el río Parapití con el San Miguel, cuando el primero forma uno de los afluentes del río Grande, y se le hace tomar al río San Miguel la dirección del río Grande, con el nombre de río Sara, cuando el río Sara es el mismo Grande, como pude comprobarlo más tarde.

pequeños lagos artificiales de la misión de Santa Ana; 3º los demás depósitos de la misma naturaleza alrededor de San Ignacio; 4º la laguna de los Migueleños, entre San Rafael y San José, de dos kilómetros de largo; 5º el lago de la Tapera de San Juan, cerca de la antigua misión de San Juan; 6º el lago en que nace el río Huacani, entre Ascensión y Trinidad de Guarayos; 7º el lago de Santa Cruz de Guarayos; 8º dos grandes lagos de la margen izquierda del río San Miguel (país de los guarayos); 9º la Laguna de Chitiopa, sobre el río Blanco; 10º el lago del Purubí, entre Santa Ana y Matto Grosso. De esos lagos de agua dulce ninguno es importante; pero todos están poblados de excelentes peces.

Las partes montañosas de la provincia y los terrenos colindantes están libres de inundaciones; son las tierras más fértiles del mundo. El resto es parcialmente anegadizo en la estación de las lluvias; pero con excepción de la laguna de Yarayes, formada por los desbordes del río Paraguay, todas las tierras se secan en invierno y dan praderas excelentes para la cría de ganado. Así, pues, la provincia entera, de unas 18.700 leguas cuadradas, podría ser utilizada con provecho para la agricultura el día que una población industrial se apodere de ella y se entregue al trabajo necesario para extraerle provecho.

§ 2

GENERALIDADES HISTORICAS

PRIMERA EPOCA:

ANTES DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Según los historiadores de los primeros tiempos de la conquista, la provincia de Chiquitos estaba muy poblada en el siglo XVI. Agricultores y cazadores, los pueblos de esas regiones vivían diseminados en una multitud de pequeñas naciones, de tribus aisladas unas de otras, sin que, no obstante, hubiese entre ellas otras barreras que selvas espesas.

Si, dejando de lado a esas naciones casi innumerables citadas por los historiadores y hoy desconocidas¹, no tomo en cuenta más que aquellas cuyo lenguaje me ha permitido conocer su tronco, encuentro trece distintas, habiendo lenguas diferentes, divididas hasta el infinito.

¹ Hay centenares de tribus citadas por el Padre Fernández y por los primeros conquistadores. (V. *El hombre americano*).

La más considerable, la nación de *Chiquitos*¹, ocupaba el centro, las mesetas y sus laderas, en donde estaban diseminados en una multitud de pequeñas tribus. Agricultores todos, debieron establecerse preferentemente en aquellos lugares que ofrecían posibilidades para los cultivos; pero, no dejando de ser cazadores, se dividieron en secciones con el objeto de no hacerse daño mutuamente: de ahí su costumbre de vivir en medio de las selvas, bajo las frondas protectoras de la caza y mantenedoras de una humedad necesaria para las tierras agrícolas. Sus casas, cubiertas con hojas de palmera, tenían una puerta tan baja, que no se la podía trasponer sino gateando, con lo que los chiquitos esperaban estar a cubierto de los bruscos ataques de sus enemigos. Cada familia dejaba a sus hijos en libertad a los catorce años, época en la que éstos se separaban de sus padres e iban a vivir en común en casas distintas.

Su lengua es una de las más extensas y de las más completas de América; sobre todo, es de una ilimitada fecundidad en cuanto a la combinación de partículas². Bastante suave, la distingue esta particularidad: que cada uno de los dos sexos usa palabras diferentes para designar los mismos objetos. En efecto, no sólo los nombres de los objetos indicados por una mujer tienen una terminación distinta que para los hombres, sino que a menudo son hasta completamente diferentes; así, un hombre expresa la idea de padre por la palabra *Iyaí*, en tanto que una mujer que quiera expresar esta idea se servirá de la voz *Yxupu*. Todos los nombres de las partes del cuerpo comienzan con *O*.

Cuando un muchacho quería casarse se internaba en la selva y, a su regreso, depositaba el producto de su caza a la puerta de los padres de su amada, los que lo aceptaban por yerno si estaban satisfechos con la ofrenda. Únicamente los jefes se permitían la poligamia. Una vez casada, la mujer se ocupaba de sus quehaceres, hilaba y tejía y dormía en el suelo, mientras que el marido se repantigaba en su hamaca. Este cazaba, cultivaba su campo. Todas las mañanas, hasta que el sol no hubiese secado el rocío, tocaba la flauta, luego iniciaba su jornada de trabajo, que quedaba terminada a mediodía. En otoño los indios ganaban la selva para cazar y traer carne ahumada. Intrépidos guerreros, manejando con destreza el arco y la flecha, atacaban a sus vecinos de improviso y hacían de ellos esclavos, a los que a menudo

¹ *El hombre americano*, pág. 297. El nombre de Chiquitos es español y significa pequeño. Se le dió tal nombre a esa nación como consecuencia de la poca altura de las puertas de sus casas, lo que hacía suponer que sus ocupantes eran bajos. (Fernández, *Relación historial*, pág. 34).

² En una de las misiones de Chiquitos encontré un diccionario de la lengua general que ha permanecido manuscrito y se compone de tres volúmenes: 1º un volumen in folio de más de 500 páginas a dos columnas, chiquito-español; 2º un volumen en octavo español-chiquito, y 3º un volumen en octavo conteniendo la gramática. No se ha escrito nada tan completo sobre una lengua americana.

daban sus hijas de compañeras. Eran locos por el baile y la música, gustando también apasionadamente del *guatoroch*, juego de pelota que se ejecuta con la cabeza. Los hombres iban desnudos. Las mujeres, que en los días de fiesta se adornaban la cabeza y la cintura con plumas de colores, llevaban camisas sin mangas¹. Los hombres se agujereaban las orejas y el labio inferior con el objeto de introducir allí plumas de color.

Estaban gobernados por una muchedumbre de jefecillos o *Iriabos*, elegidos por el consejo de ancianos, y conduciendo cada uno su pequeña tribu, al mismo tiempo que ejercían las funciones de médicos. A menudo atacaban a sus vecinos con el único objeto de labrarse una reputación de bravura. Se frecuentaban poco y rara vez hacían causa común; diseminados en centenares de secciones, no formaban, hablando con exactitud, un cuerpo nacional.

Reducíase su religión a la creencia en otra vida, lo que motivaba la costumbre, generalmente extendida entre ellos, de enterrar armas y víveres con los muertos. Temían a un ser maléfico, el *Sebores*, y llamaban a la luna su madre, sin rendirle, empero, culto; pero cuando el satélite se eclipsaba, convencidos de que los perros la mordían, salían de sus cabañas y lanzaban flechas hacia ella. Los relámpagos eran las armas de los difuntos que bajaban de su morada en las estrellas. Obtenían augurios del canto de los pájaros o de la presencia de un animal en ciertas circunstancias. Los iriabos practicaban succiones a los enfermos; a veces atribuían la enfermedad al error de haber dado de comer a su perro carne de tortuga, injuria de la que se vengaba el alma de este último animal comprometiendo la salud. Si el mal persistía, el iriabo lo atribuía a la influencia maligna de una vieja que él mismo designaba. Los parientes del enfermo se apresuraban entonces a matarla, lo cual ocasionaba muy a menudo divisiones entre las familias de una misma tribu y las tribus diferentes.

La nación *Samucu*, compuesta por las tribus *Morocotos*, *Potureros*, *Guarañocas*, etc.², vivía al sur y al sudeste de la provincia, cerca de la Sierra de San José y de Santiago, y al este de esos parajes. Era menos numerosa que la nación de los chiquitos y se le parecía bajo muchos aspectos, aunque hablaba una lengua distinta. Más orgullosos, más independientes aún que los chiquitos, tenían como armas la lanza, el arco y la cachiporra de dos filos: gustaban del baile con

¹ Schmidel, edición de Buenos Aires, págs. 48-52. Muchos de los datos citados han sido tomados del Padre Fernández, *Relación historial de las Misiones de los Indios que llaman Chiquitos*, etc. (Madrid, 1726). Debo la comunicación de este libro raro a la complacencia del señor Terraux-Compans, que desde hace mucho ha reunido la más hermosa y más completa biblioteca americana que exista quizá en Europa.

² V. *El hombre americano*, pág. 305, para esta nación y para las demás de la provincia.

una especie de frenesí; por eso sus cantos primitivos se han conservado hasta ahora en el país.

En la extremidad noroccidental de la provincia vivía la nación de los guarayos, resto de una antigua migración de guaraníes o caribes¹, que llegó sin duda de Paraguay en una época muy remota.

Las demás naciones, poco numerosas, estaban diseminadas alrededor de las primeras y a menudo en guerra con ellas. Los *sarabecas* y *curucanecas* viven al norte de la actual misión de Santa Ana; los *otukes*, al norte; los *curuminacas*, los *covarecas* y los *tapiis*, al oeste; los *curaves*, en las selvas al sur de Santo Corazón; los *corabecas*, al sur del San Rafael de hoy; los *paiconecas* y los *chapacuras*, al norte de Concepción. Los primeros historiadores hablan de la nación de los *yarayes*, *jarayes* o *xarayes*², célebre en tiempo de la conquista y que vivía en las márgenes de la laguna del mismo nombre, formada por los desbordes del río Paraguay.

Antes de la llegada de los españoles, se hablaban en la provincia de Chiquitos no menos de trece lenguas³, tan distintas unas de otras como lo son el alemán y el francés. Tales idiomas, empero, muestran al par que una semejanza completa en las palabras, formas gramaticales idénticas. Fácil es imaginar que esta diversidad de lenguaje, originada sin duda en el aislamiento en que vivían los indígenas desde muchos siglos atrás, era un motivo más para que el fraccionamiento de esas tribus se aumentase con las querellas de familia; por eso las numerosas secciones de esas tribus que vivían en la provincia de Chiquitos, ya que perteneciesen a naciones distintas por el lenguaje, ya que formasen parte de naciones más poderosas de chiquitos y de samucus, no constituían una población unida, sino dividida hasta el infinito, sin ninguna unión de la que pudiese resultar una fuerza real. Amigas hoy, mañana enemigas, esas tribus tenían rara vez motivos para unirse, en tanto que, por el contrario, su gusto por la caza las llevaba a rehuirse y a alejarse unas de otras. De donde resultaba para ellas un mayor desmenuzamiento día a día, sin que el aumento de la población ofreciese jamás ningún elemento de prosperidad ni de civilización progresiva.

¹ V. *El hombre americano*, pág. 396, y *Relación histórica*, tomo III, pág. 19.

² Son los diferentes nombres con que se los designa. Schmidel los vió en 1542. (*Viaje al Río de la Plata*, pág. 21, edición de Buenos Aires). *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, pág. 46. Rui Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, pág. 14. Funez, *Historia del Paraguay*, t. I, págs. 152-163.

³ Formé vocabularios de todas las lenguas que se hablaban en 1831 en la provincia de Chiquitos. Este trabajo me ha movido a reducir a trece los centenares de naciones citadas por los primeros historiadores.

SEGUNDA EPOCA:

DESDE LA LLEGADA DE LOS PRIMEROS ESPAÑOLES
A CHIQUITOS HASTA EL MOMENTO EN QUE PE-
NETRARON LOS JESUITAS EN LA PROVINCIA
(DE 1542 A 1690)

Tal era, a lo que parece, el estado de las naciones indígenas en el suelo de Chiquitos cuando los primeros aventureros españoles se presentaron en la desembocadura del Plata. Ya en 1526¹, Alejo García, partiendo del Brasil, y don Juan de Ayolas, saliendo del Paraguay en 1636², habían atravesado el Gran Chaco, al sur de Chiquitos, para ir al Perú. El primero, matado a su regreso por los guaraníes, y el segundo, víctima igualmente de los payaguas, dejaron todavía más encendido, más vivo, a causa del oro que traían, el deseo de participar en aquella riqueza tan extraordinaria que Pizarro había conquistado. Alvar Núñez Cabeza de Vaca encomendó en 1542 a don Domingo Martínez de Irala que remontase el río Paraguay e hiciese descubrimientos³. Irala navegó hasta Chiquitos, encontrando en una isla del río Paraguay unos pueblos agrícolas⁴ llamados *zacociés*. Anduvo tres jornadas hacia el interior, y en todas partes encontró indios agricultores, bien provistos de víveres. A su regreso al Paraguay, en 1543, dió cuenta de sus hallazgos a Núñez, quien se dispuso al viaje⁵ y partió ese mismo año con diez bergantines, ciento veinte piraguas, cuatrocientos españoles y mil doscientos indios⁶. Después de una larga navegación, llegó al Puerto de Reyes⁷, y encontró indios agricultores de la nación de los *zacociés*, que le hablaron de los *yarayés*. Les envió una delegación que, al cabo de tres días de camino, llegó a la comarca de esos indios; allí las mujeres llevaban tipos de tejidos de algodón⁸ y los hombres dormían en hamacas. Fueron perfectamente recibidos por el jefe. Ante este relato, Núñez se puso en camino hacia el interior el 26 de noviembre de 1543; pero había avanzado apenas cinco jornadas cuando regresó al puerto, cansado

¹ Rui Díaz de Guzmán, *Historia Argentina*, pág. 18. Fernández, pág. 14.

² Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, cap. XLIX, pág. 36. Herrera, *Dec.*, VI, lib. VII, etc.

³ Núñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, pág. 26.

⁴ Núñez, *Comentarios*, cap. XXXIX, pág. 30.

⁵ *Idem*, *idem*.

⁶ *Idem*, cap. XLIV, pág. 33.

⁷ Según la relación del padre Quiroga (*Descripción del Río del Paraguay*, pág. 4), podría creerse que el Puerto de los Reyes está a los 21° 17' de latitud sur.

⁸ Núñez, *Comentarios*, pág. 46. Funez, *Ensayo de la Historia del Paraguay*, tomo I, pág. 89. Schmidel, *Viaje al Río de la Plata*, edición española, cap. XXXVI.

de los obstáculos que encontraba. Envió por tierra al capitán Francisco Ribera, que hizo veinte jornadas hacia el interior occidental y llegó donde los indios *terapecocies*, agricultores, que lo atacaron y lo obligaron a volver sobre sus pasos¹. Núñez envió por agua a Hernando de Ribera, quien visitó a los yarayes y penetró hasta el corazón de la nación Urtueses², en donde recibió las primeras noticias de las Amazonas del *Paititi* y de una comarca muy rica situada al noroeste. Como la estación de las lluvias estaba ya muy avanzada, toda la tropa de Núñez cayó enferma, y sus soldados, en parte sublevados contra él, lo obligaron a volver al Paraguay a comienzos de 1544. Sus capitanes estaban acostumbrados al pillaje y quedaron muy descontentos de la manera paternal con que su jefe trató a los indígenas durante esta expedición y de las severas medidas que adoptó contra las violencias.

En 1548, ya nombrado gobernador de Paraguay, Domingo de Irala remontó el río hacia la provincia de Chiquitos³. De dar crédito a Schmidel, esta expedición habría sido una de las más crueles de los españoles en cuanto al trato bárbaro que dieron a los indígenas⁴. Los expedicionarios encontraron sucesivamente un gran número de naciones, entre las cuales los *samocosis*, los *sivisicosis* y los *carco-kies*⁵, vestidos estos últimos con camisas de algodón tejido. Después de haber cruzado toda la provincia de Chiquitos, llegaron al río Grande, desde donde Nuflo de Chávez fué enviado a Lima. En 1549 Domingo Irala volvió a sus bergantines, atacando sin cesar a cuanta nación encontraba de camino⁶. Fué así como trajo consigo 12.000 cautivos, hombres, mujeres y niños.

Siempre ávido de nuevas conquistas, Irala concibió el proyecto de fundar una ciudad en la provincia de Chiquitos. En 1557 envió a Nuflo de Chávez con doscientos veinte soldados y mil quinientos indios⁷. Este entró en el río Araguay⁸, en donde topó con los indios guatos, que lo obligaron a desandar el camino. Penetró por otro sitio,

¹ Núñez, *Comentarios*, cap. LXX, pág. 54.

² *Comentarios*, pág. 68 (*Relación de Hernando Ribera*). Schmidel, cap. XXXVI, página 32.

³ Según Schmidel, que formaba parte de la expedición, había siete bergantines, doscientas piraguas, trescientos españoles y dos mil guaraníes. (V. Schmidel, *Viaje al Río de la Plata*, cap. XLIX. Fernández, *Relación de las Misiones*, pág. 46).

⁴ Schmidel, cap. XLV. La expedición mata o hace prisioneros a 2.000 mbayas. Funez, *Ensayo de la Historia del Paraguay*, tomo I, pág. 131, habla de mil cercos degollados.

⁵ Schmidel, cap. XLVII, XLVIII. Por la mención que hace el autor de la sal encontrada durante la marcha, podría creerse que la expedición, al cruzar el río Paraguay, al noroeste, atravesó la salina de San José, y fué de ahí a los alrededores del actual San José, en donde sin duda moraban los *carcokies*.

⁶ Schmidel, cap. XLIX. Funez, *Ensayo*, tomo I, pág. 132.

⁷ Funez, *Ensayo*, tomo I, pág. 163. Rui Díaz de Guzmán, *Argentina*, pág. 101.

⁸ Sin duda el río *Otukis* de hoy. *Araguay* es evidentemente una palabra guaraní.

pero allí se encontró con la nación *trabasicosis*, contra la cual se batió mucho tiempo, guerreando sucesivamente con todas las demás naciones de la provincia antes de llegar al río Grande. En este paraje se encontró con la competencia del capitán Manso¹. Se decidió entonces a acudir a Lima, en donde obtuvo autorización del virrey para fundar su establecimiento. Con sólo sesenta soldados, pues los demás lo habían abandonado, cruzó de nuevo la provincia de Chiquitos, y fué a fundar en 1560 *Santa Cruz de la Sierra*, cerca de la actual misión de San José². Cuatro años más tarde, Chávez volvió al Paraguay para recoger a su familia. Tanta resonancia dió a su nueva colonia, que el gobernador don Francisco Ortiz de Bergara y el obispo del Paraguay quisieron seguirlo hasta allí. En 1564 llegaron a Santa Cruz, en donde Chávez los secuestró³; pero pudieron escapar y llegar a Chuquisaca. Privada de recursos, Santa Cruz se estancó. La muerte de su fundador, acaecida en 1568, la dejó aislada. Al comienzo, amigos y sometidos al tributo anual de un ovillo de hilo en señal de vasallaje, los indios fueron exaccionados de tal manera por los españoles que hacia 1575⁴ o 1592⁵, abandonaron la provincia de Chiquitos y fueron a fundar San Lorenzo de la Barranca, llamada hoy San Cruz de la Sierra, cerca de los últimos contrafuertes de la Cordillera, a ciento cincuenta leguas al oeste de la antigua ciudad del mismo nombre.

Salvo durante la expedición de Núñez Cabeza de Vaca, los pobres indios de Chiquitos fueron siempre tratados con el más extremo rigor por los aventureros que unos tras otros abrieron rumbos en la provincia, sin exceptuar siquiera a los compañeros de Chávez, que intentaron reducirlos a la esclavitud. Desde el abandono de Santa Cruz hasta 1690, es decir, durante cerca de un siglo, quedaron librados a sí mismos. Nadie pensó ya en llegar a Chiquitos remontando el río Paraguay, pues el resultado adverso de todas las expediciones y el conocimiento más exacto que se tenía del país habían puesto fin a la manía de los descubrimientos y aplacado la sed de oro que estimulaba a los españoles del siglo xvi. A partir de 1564, cesaron completamente las comunicaciones con Paraguay, y la provincia de Chiquitos no quedó poblada más que por sus indígenas. Estos, desde la llegada de los españoles, tenían nuevas necesidades: reconocían la superioridad de los cuchillos y de las hachas de hierro sobre sus informes herramientas, hasta entonces fabricadas de piedra. Como sus

¹ Funez, *Ensayo*, lib. I, cap. XIII, pág. 167.

² Funez, *Ensayo*, tomo I, pág. 169. Padre Guevara, pág. 126. Rui de Guzmán, pág. 109. Padre Fernández, *Relación Histórica*, pág. 46.

³ Funez, *Ensayo*, tomo I, pág. 191.

⁴ *Ibidem*, pág. 169; Guevara, pág. 126; Azara, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, tomo II, pág. 378.

⁵ Viedma, *Descripción de Santa Cruz*, pág. 78. Son muchas las vaguedades entre los historiadores de esta época; pero 1575 parece ser la fecha real.

escasas relaciones con los europeos los colocaba en la imposibilidad de procurárselas por medio del trueque, emplearon la astucia. En tiempo de sequía, algunos de ellos llegaban hasta los alrededores de Santa Cruz: espiaban a los moradores de las granjas apartadas y se volvían después de haberles robado hachas y otros instrumentos de hierro. Los cruceños los descubrieron y quisieron vengarse. Por dos veces entraron en Chiquitos, pero debieron retirarse con pérdidas¹. Los cruceños, empero, formaron una hueste más numerosa, atacaron a los chiquitos y lograron vencerlos; éstos, entonces, volvieron a dividirse y huyeron a lo más espeso de los bosques, en donde los españoles los persiguieron a porfía durante mucho tiempo. A estas guerras debe atribuirse asimismo la creación de una compañía de mercaderes que se había formado en Santa Cruz de la Sierra para el comercio de hombres². Compraban a los chiquitos mujeres y niños por cuchillos o hachas; o, con un pretexto cualquiera, caían de improviso sobre los caseríos, haciendo una degollatina con los que se defendían y tomando el mayor número posible de prisioneros, que vendían muy caro en Perú para la explotación de minas.

Por otra parte, los habitantes de la provincia de San Pablo de Brasil, los piratas independientes de esta época, demasiado conocidos por los españoles con el nombre de *mamelucos*, habían tomado la costumbre de dar caza a los indios para venderlos como esclavos. Esos aventureros, cuyo conjunto estaba integrado, al decir de los historiadores, por la escoria de todas las naciones, después de esquilmar los alrededores de su residencia, se lanzaban diariamente a grandes distancias. Penetraron muchas veces en la provincia de Chiquitos, de donde raptaron un gran número de prisioneros³.

Atacados así por todos lados, e incapaces de resistir más, los chiquitos se reunieron y enviaron diputados de las diversas naciones ante don Agustín de Arce, gobernador de Santa Cruz, para pedir la paz, que éste les acordó en 1690⁴.

¹ Fernández, *Relación historial*, pág. 48.

² *Idem*, pág. 59.

³ Fernández, *loc. cit.*, pág. 50, 53, 70 74. Paraguay y las misiones tuvieron que sufrir mucho con las expediciones militares de los *mamelucos*. Estos permanecieron independientes hasta comienzos del siglo XVIII. Furez, tomo II, pág. 128; El Padre Montoya, *Conquista espiritual del Paraguay*, pág. 47, habla de sus invasiones a partir de 1637.

⁴ Fernández, *Relación*, pág. 49.

TERCERA EPOCA:

DESDE LA ENTRADA DE LOS JESUITAS EN CHIQUITOS
HASTA SU EXPULSION

(DE 1691 A 1767)

Aprovechando esas circunstancias favorables, el gobernador de Santa Cruz escribió en 1691 al superior de los jesuitas en Tarija para rogarle que entrase en Chiquitos. Al mismo tiempo, este superior recibía de su jefe de Buenos Aires la orden de hacer explorar esta provincia, con el objeto de unirse a los jesuitas que habían salido de Paraguay por el río Xarayes¹. El padre Arce marchó, en efecto, a Santa Cruz, pero una vez allí, como habían cambiado al gobernador, se hizo lo imposible para impedirle que entrase en Chiquitos. El verdadero motivo de estas dificultades era la trata de hombres, que todavía continuaba, a pesar de haberse concluído la paz². Superados tales obstáculos, el padre Arce partió en 1691 para la provincia de Chiquitos, acompañado por otro jesuita y dos guías. Con transportes de alegría lo recibieron allí los *piñocas*, con los cuales formó la misión de San Javier³. Poco después recibía delegaciones de otras naciones, que deseaban ardientemente vivir en paz. Todo marchaba bien, pero fué llamado por su superior de Tarija, y en ese intervalo llegaron los mamelucos y atacaron a los penoquis, a los cuales les robaron sus mujeres e hijos⁴. Enterado de este atentado, el padre Arce marchó apresuradamente a Chiquitos, en donde, aprovechando el terror que reinaba en todos lados, se esforzó por reunir a los indios de las diversas naciones en San Rafael, y fué a prevenir al gobernador de Santa Cruz, quien le dió ciento treinta soldados, con los que pudo derrotar completamente a los mamelucos acampados en la nueva misión de San Javier, cerca del río San Miguel. Los vencidos no volvieron a presentarse de nuevo en la provincia.

Contentos de verse a cubierto de los ataques de los mamelucos y de los cruceños y de poder recobrar la paz y la tranquilidad bajo un yugo paternal, los chiquitos recibieron alborozadamente a los jesuitas en todas partes. Los religiosos, ahora en mayor número, se ocuparon activamente de la conversión de los indígenas. Una vez que tuvieron a su disposición un núcleo de población cristiana, se irradiaban hacia los parajes en donde sabían que habían de encontrar salvajes. Partían con

¹ Fernández, pág. 56; Viedma, *Descripción de Santa Cruz*, pág. 139.

² El virrey no prohibió este infame tráfico sino varios años después.

³ Fernández, pág. 65.

⁴ *Idem*, pág. 71.

grupos de veinte a treinta indios cristianos, que les servían de guías y lenguaraces¹; cruzaban a pie la selva, buscando en ella prosélitos. Otras veces, enviaban solos a los indios cristianos². Cuando se enteraban de la existencia de una nación, su táctica consistía en traerlos de grado o por fuerza hasta la misión; aunque fuesen dos o tres, los traían consigo, los retenían en las misiones, los trataban perfectamente, les enseñaban el chiquito, y al año siguiente volvían con estos nuevos intérpretes para adoctrinar al resto de la nación. No estaban exentas de peligros esas excursiones: las tribus descubiertas de improviso se defendían a menudo contra los indios y a menudo mataron a algunos religiosos³. Sin embargo, conociendo perfectamente el carácter de los indígenas, los jesuitas se sirvieron con discernimiento y éxito de los medios que su experiencia les señalaba como los más apropiados para cautivarlos y convencerlos. La conquista espiritual anduvo, pues, rápidamente. Encontraron sobre todo una gran ayuda de parte de los indios chiquitos, que les fueron absolutamente adictos desde su llegada.

Como la lengua de los chiquitos era la más extendida, los jesuitas hicieron de ella el idioma general de la provincia. Si una misión estaba integrada con naciones que hablaban idiomas distintos, como en Concepción por ejemplo, obligaban a todas a orar en la lengua común y a entenderse con ellos en ese dialecto. Si la misión estaba formada por una sola nación, distinta de la de Chiquitos, como en Santiago y en San Juan, llevaban allí cierto número de indios de esta última para que les enseñasen su lengua y la doctrina cristiana lo más rápidamente posible y los informasen de las reglas establecidas en las demás aldeas⁴; así muy pronto se fundaron sucesivamente las misiones de San Javier, de San Rafael, de San José, de San Juan, de San Ignacio, de Concepción y de Santiago, todas las cuales, a partir de 1723⁵, tenían una existencia real y prometían alcanzar una gran prosperidad.

Diariamente tenían lugar las comunicaciones con la provincia de Tarija, de la que dependía Chiquitos; pero dependiendo estas dos provincias del colegio de los jesuitas del Paraguay y de Buenos Aires, la compañía realizó empeñosas gestiones para establecer comunicaciones directas con el Paraguay. En 1702 los padres Hervas y Yegros⁶ partieron de San Rafael con cuarenta indios para las márgenes del río Paraguay; al cabo de dos meses largos de marcha llegaron junto a un río, a la orilla del cual plantaron una cruz, tomándolo por

¹ Fernández, pág. 93.

² *Idem*, pág. 192.

³ *Idem*, págs. 303, 388, 397, etc.

⁴ Humboldt aprueba mucho este sistema empleado por los jesuitas. (*Voy. aux rég. équinox.*)

⁵ Es la época en que el padre Fernández terminaba su relación histórica de las misiones de Chiquitos, impresa en 1726. Desde esa fecha, no se ha escrito nada más sobre la provincia.

⁶ Fernández, pág. 150.

el río Paraguay. Al año siguiente partió una expedición de Candelarias (misiones); pero buscó en vano la cruz del padre Hervas y volvió sobre sus pasos¹.

Otra expedición, enviada de San Rafael en 1704, comprobó que el lugar en que se había plantado la cruz no era otro que un lago (el Yarares, quizás). Religiosos de San Rafael hicieron una nueva tentativa en 1705 y reconocieron definitivamente el puerto en donde desembarcaban los mamelucos. Era una lengua de tierra firme que avanzaba en la laguna de Yarayes². En 1715 algunos religiosos remontaron todavía el río Paraguay hacia el puerto que habían encontrado, y el padre Arce vino por este camino a San Rafael. Al parecer, la posterior fundación de Santo Corazón, en la confluencia de los ríos San Rafael y Tucababa, tenía por objeto la comunicación directa de la provincia de Chiquitos con el Paraguay, por el río Oxukis. Parece también que esta vía habría sido empleada desde la época de esplendor de los establecimientos de los jesuitas hasta su expulsión.

Se ha hablado mucho de los establecimientos jesuíticos en el Paraguay; pero nunca se dijo una palabra de sus misiones muy considerables en Chiquitos y en Moxos. Sin embargo, para darse exacta cuenta de sus trabajos, hay que examinar estas últimas provincias en donde estuvieron librados a sus propias fuerzas, más bien que en Paraguay, en donde tuvieron que luchar constantemente contra los celos de los obispos y de los gobernadores.

Llegaron al Paraguay en 1603³; fueron expulsados violentamente de Asunción en 1644 por orden del obispo Cárdenas. Restablecidos en 1649 por el virrey, se vieron expulsados de nuevo en 1724 por una junta; vuelta a restablecerlos la audiencia de Charcas en 1726; y otra vez expulsados en 1732, y reintegrados en seguida, hasta que fueron definitivamente echados en 1767, cuando se decretó la expulsión general de su orden en todas las posesiones españolas del nuevo mundo⁴. Durante su gestión, las misiones del Paraguay proporcionaron constantemente tropas de guaraníes, cada vez que los gobernadores tenían necesidad de defender las fronteras contra los salvajes, contra los mamelucos o contra los portugueses⁵. Esos indios, metidos a soldados a ratos, acostumbrados entonces al pillaje y a todos los vicios, traían a las misiones costumbres desordenadas. De donde resultó que los jesuitas, constantemente contrariados en sus miras, no pudieron dar a las misiones del Paraguay la dirección que le habrían impreso si hu-

¹ Fernárdez, pág. 161.

² Fernández, pág. 177, llama impropriamente a este lago *Laguna Mamoré*.

³ Padre Montoya, 1639, *Conquista espiritual del Paraguay*, pág. 4.

⁴ Funez, *Ensayo*, T. I, pág. 133; T. II, págs. 12, 262, 303, 317, 403 y T. III, página 118.

⁵ *Idem*, T. II, págs. 11, 30, 31, 36, 37, 121, 129, 131, 136, 164, 268, etc. En cada página de este historiador se cita el nombre de los guaraníes de las misiones como integrantes de todas las expediciones militares.

biesen sido dueños de su libertad. Las del Paraguay, pues, no deben ser tomadas como modelos de las misiones que ellos establecieron.

Las cosas se produjeron de manera muy distinta en Chiquitos, en donde los jesuitas entraron en 1691. Allí quedaron librados a su albedrío mientras duró su gobierno, hasta 1767. Hicieron allí lo que se les antojó, sin tener que someterse a ningún contralor y sin que ninguno de los gobernadores vecinos los molestase. He querido establecer este paralelo para demostrar que las misiones de Chiquitos pueden dar una idea mucho más exacta de los resultados obtenidos por los jesuitas con los pueblos salvajes del nuevo mundo, que la que podría tenerse considerando las misiones del Paraguay.

A partir de 1723 comenzaron a prosperar. Se fundó Santa Ana y Santo Corazón, y los jesuitas consagraron todos sus afanes al mejoramiento de la provincia. Abrieron a los cultivos de algodón y de maíz campos extensos con el fin de proveer a las necesidades de su gran familia. A la agricultura y al tejido, que perfeccionaron, los jesuitas agregaron muy pronto la cría de ganado en lugares apropiados, no sin entregarse en el interior a las artes industriales, enseñando a los indios los diferentes oficios de carpintero, de ebanista, de tornero, de cerrajero, de herrero, de curtidor, de sastre, de tejedor, de zapatero, etc. Sacando provecho del carácter jovial de los nativos, multiplicaron las fiestas religiosas e imaginaron una multitud de ceremonias que, al mismo tiempo que los divertían, los ligaban más a la misión. En cada aldea establecieron escuelas en las que se enseñaba a leer y escribir en español y, sobre todo, música, para la que los chiquitos mostraban una gran aptitud. La música sagrada italiana de los grandes maestros de la época reemplazó a los cantos indígenas; todos los instrumentos conocidos entonces en Europa fueron fabricados por los indios, quienes, cantores unos, y entregados al estudio de tal o cual instrumento los otros, tomaron parte en los coros de las grandes misas cantadas. Multiplicando hasta el infinito los empleos administrativos, con el fin de disponer de recompensas para premiar la buena conducta de unos —en tanto que los industriales encontraban las suyas en su grado—, los religiosos excitaron una viva emulación entre los indios, siempre diligentes para no descuidar nada de lo que podría merecer la confianza y el favor de los jefes, y sobre todo, para conservarlos el mayor tiempo posible.

El sobrante de los productos de las misiones, vendido a Santa Cruz de la Sierra y a Perú, sirvió pronto para dotar a los talleres de las herramientas necesarias y para dar esplendor a los edificios. Cada jesuita quiso variar la arquitectura de su iglesia, de su colegio. Templos dignos de nuestras ciudades fueron levantados por las manos de los indios. Transformados en columnas, unas retorcidas y cargadas de ornamentos esculpidos con gusto, otras más sencillas, los más bellos árboles de las selvas sostuvieron magníficos frontispicios o la amplia armazón del cuerpo de las fábricas. Casas cómodas para los religiosos



Nº 45. — Indios mocetenes pescando a golpes de flecha. (Bolivia)

y para los talleres integraban el colegio; alrededor de la plaza mayor se alinearon las habitaciones para los indios y formaron calles muy aireadas. Cincuenta años después de la aparición de los jesuitas, las tribus salvajes de chiquitos habían formado diez grandes villas o misiones¹, en donde se rivalizaba la actividad para el bienestar y el mejoramiento de todos.

Había en la provincia un padre provincial, dependiente del Paraguay, y en cada misión, mientras ello era posible, dos jesuitas: uno exclusivamente encargado de lo espiritual, de enseñar la doctrina cristiana y de cumplir con las ceremonias religiosas, y otro que se ocupaba de los detalles administrativos, de los talleres industriales, de los cultivos y de cuanto concernía a los intereses temporales. Dirigía la misión un solo religioso, cuando ésta no era demasiado considerable para ocupar a dos personas o cuando faltaban feligreses.

En cuanto a las autoridades indígenas, instituidas en cada misión, he aquí su orden y sus respectivas atribuciones:

El *corregidor* era el primer jefe. Tenía bajo sus órdenes al *teniente* y al *alférez*, quienes lo reemplazaban en caso de enfermedad o de ausencia².

Como cada misión se componía a menudo de naciones diferentes, o por lo menos de tribus que primitivamente, cuando vivían en el corazón de las selvas, fueron ya enemigas, ya independientes unas de otras, los jesuitas, para que no chocasen, las dejaban separadas del todo y cada una bajo un jefe especial. A estas secciones llamaban *parcialidades*. Había, por ende, tantos jefes como secciones, pero no tenían el mismo rango; su orden de mayor a menor era el siguiente: 1º el *corregidor*, al mismo tiempo jefe de la misión; 2º su *teniente*; 3º su *alférez*; 4º el *alcalde primero*; 5º el *alcalde segundo*; 6º el *comandante*; 7º el *justicia mayor*, y 8º el *sargento mayor*. Todos estos jefes de sección tenían el título de jueces. Usaban un bastón con puño de plata como signo de su poder, cada uno dirigía su sección o su nación y todos ellos reunidos formaban el cabildo. Todos los días acudían a recibir órdenes de los misioneros y las hacían ejecutar inmediatamente. Si había algún asunto grave, eran consultados, y no ocurría o no se hacía nada extraordinario sin que fuesen llamados a dar su parecer.

Cada juez o jefe de parcialidad tenía empleados subalternos encargados de mantener el orden y de dirigir el trabajo de los indios. Estos oficiales subalternos tenían distintas atribuciones. Helas aquí por su orden:

El *alguacil* y el *regidor*: cada uno dirigía una parte de la parcialidad. Llevaban como insignia una larga vara negra, adornada con plata en su extremidad;

¹ San Javier, Concepción, Santa Ana, San Rafael, San Ignacio, Sar. Miguel, San José, Santiago, San Juan y Santo Corazón.

² He recogido todos estos datos en el lugar mismo; nada ha sido modificado desde la expulsión de los jesuitas.

El *capitán*, el *alférez* y el *sargento* llevaban alabardas y sus atribuciones eran militares. En las procesiones marchaban seguidos de sus *flecheros* y estaban encargados en tiempo de paz del mantenimiento del orden, de la detención de los malhechores; cuando se temía algo exterior, sea de los salvajes, sea de los jaguares, entraban en campaña bajo las órdenes del comandante;

Los *fiscales*, tres por cada sección, que llevaban un látigo y eran los encargados de conducir a los indios al trabajo. Uno dirigía a las mujeres madres; el otro a los jóvenes o *pelados* y el tercero a las muchachas o *peladas*; los hombres eran vigilados únicamente por los jueces.

Cada parcialidad tenía además dos *cruceros*, que dependían directamente de los jesuitas. Llevaban siempre una pequeña cruz de madera negra. Eran por lo general viejos. Sus funciones consistían en cuidar a los enfermos, administrarles los remedios, prevenir a los jueces que tal mujer estaba encinta, a fin de que quedara eximida del trabajo; informaban a los religiosos de los nacimientos y defunciones y servían de intermediarios directos entre el pueblo y el jefe espiritual en todo lo referente a matrimonios, confesiones, etc.

En cada misión había una serie de jefes independientes de secciones, colocados bajo la inmediata dirección de los religiosos y no dependiendo de sus jueces sino cuando se encontraban fuera de sus tareas ordinarias. Estos jefes se nombraban entre los indios más expertos en las artes y la industria que habían llegado a dirigir los trabajos de su especialidad. Todos llevaban el bastón con empuñadura de plata. He aquí su orden y atribuciones:

El *maestro de capilla* y su segundo, el maestro de canto, que dependían directamente del religioso encargado de lo espiritual. Dirigían la música, los cantos y los coros de la iglesia y enseñaban canto, música y danza. Instruían a los jóvenes en la lectura, escritura y copia de la música; eran, por lo general, los indígenas más cultos.

El *sacristán mayor* y su segundo. Estaban encargados de la dirección de los niños del coro; cuidaban de la conservación y de las reparaciones de los edificios y eran los responsables de los vasos sagrados y de las imágenes de las iglesias. Vigilaban el lavado, planchado y conservación de la ropa blanca, en calidad de sastres, costureros y lavaderos. Estaban bajo las inmediatas órdenes del cura; cuando sus subordinados se ocupaban de trabajos agrícolas, quedaban momentáneamente bajo la dependencia del corregidor.

El *capitán de estancia*, encargado de la dirección y vigilancia de los caballos y de los bovinos y lanares. En cada estancia tenía bajo sus órdenes a un mayordomo que residía allí.

El *mayordomo de colegio*, guardaalmacén del colegio que vigilaba los aprovisionamientos, se ocupaba de la mesa común, de la distribución general de la carne para la semana o de la distribución especial para los enfermos. Dirigía a los cocineros.

El *capitán de pinturas*, encargado con sus obreros de la pintura, del estucado de las iglesias y de los departamentos, del teñido de los tejidos y de hacer en éstos los dibujos a mano.

El *capitán de carpintería*, que dirigía todos los trabajos en madera, la armazón de los edificios, la construcción de muebles, la escultura y los adornos de cualquier género. No sólo hacía fabricar la ebanistería para el colegio, sino también las mesas, las camas y otros muebles de maderas preciosas destinados a venderse en Santa Cruz. En esta rama la industria estaba muy adelantada.

El *capitán de rosarios*. Era el jefe de los torneros, encargado de todas las maderas torneadas y de vigilar la fabricación de rosarios, que se despachaban como pacotilla a las ciudades de Perú, en donde se vendían muy caros.

El *capitán de herreros*. Dirigía los trabajos de hierros forjados. Los obreros bajo sus órdenes fabricaban hachas y otras herramientas necesarias en la misión, cerraduras, goznes y los cierres de los muebles y baúles confeccionados para su venta en el exterior.

El *capitán de plateros*, que en cada misión estaba encargado de reparar los vasos sagrados o de fabricar los ornamentos litúrgicos, las cruces, las alianzas, las empuñaduras de los bastones y todos los objetos de oro, de plata o de cobre.

El *capitán de tejedores*. Antes de la llegada de los jesuítas, los indios tejían sobre varas fijadas en el suelo. Los religiosos les enseñaron a tejer con telares. Los numerosos obreros a las órdenes del capitán proveían de vestidos a todos los indígenas y todavía exportaban hamacas, manteles, toallas, ponchos y toda suerte de tejidos de algodón que se mandaban al Perú.

El *capitán de cerería*. Se ocupaba en refinar la cera recogida por los indios en los bosques. Una vez blanqueada, se la exportaba al Perú.

El *capitán de arrieros* tenía no sólo bajo sus órdenes a los arrieros, y por consiguiente todo lo relacionado con los transportes de cualquier género, sino que vigilaba la curtiduría de los cueros para uso de la comunidad y la confección de sillas y aperos.

El *capitán de zapatería* abastecía los calzados de los religiosos y vigilaba la confección de calzados apropiados para la exportación fuera de la provincia.

Esta multiplicidad de empleos, necesaria en una buena administración, tenía también como fin, según ya lo expresé, estimular el celo de los empleados, y recompensar su buena conducta y la destreza de los obreros. De donde resultaba una gran emulación. Si un indio ponía al comienzo toda su ambición para convertirse en jefe de su sección o de su taller, era menester que trabajase siempre para no ser sobrepasado por otros. Por lo demás, siempre tenía la perspectiva de empleos superiores al suyo; y todos, hasta el corregidor, podían temer ser des-

plazados. Por eso, los indios estaban atentos a todo para conservar su posición respectiva o para mejorarla. La pérdida del bastón era la mayor desgracia que pudiese tocarles: a veces llegaban a morir de pena¹.

Si medimos el estado de las artes y de la industria por los monumentos y por los adornos que las decoran y por los productos actuales de la provincia, que necesariamente deben haberse atrasado como consecuencia de la apatía de los administradores, podemos creer que, durante el gobierno de los religiosos, las misiones estaban desde el punto de vista artístico e industrial al mismo nivel y aún por encima de las ciudades españolas del nuevo mundo.

A los muchachos los casaban a los catorce años y a las muchachas a los once o doce, para adelantarse a la edad de las pasiones²; cada nueva pareja tenía su cámara aparte, cerca de su familia; cada familia tenía una casa para sí, y las más lindas, alrededor de la plaza, estaban reservadas a los jueces. La indumentaria era uniforme, de tejido de algodón. Los hombres usaban pantalón y una camisa suelta; las mujeres, el tipoi, camisa sin mangas que llegaba hasta el suelo. Estos vestidos eran suministrados por la comunidad.

Además de los talleres, había los campos de la misión y los de propiedad de los indios. En los primeros se cultivaba algodón, maíz, mandioca y demás frutas y legumbres de la comarca, de manera que cada año se llenasen inmensos graneros para abastecimiento general, con el fin de subvenir a las necesidades de los indios, cuando éstos no habían sido bastante previsores, o de socorrer a las misiones vecinas que habían tenido una mala cosecha. Los cultivos, lo mismo que todos los trabajos generales, se hacían en común; pero a los indios les concedían ciertos días a la semana para que trabajasen en su campo particular. Desde los doce años hasta su vejez, los hombres estaban sujetos al trabajo en comunidad; las niñas y las mujeres también estaban obligadas a ello. Cuando una mujer estaba encinta, se eximía del trabajo durante el embarazo y los tres años que seguían a su parto, a fin de que pudiese alimentar y cuidar a su hijo. Su única obligación entonces era la de hilar cada quince días un ovillo de hilo.

Poco antes del alba, los jueces recorrían las calles y llamaban a la puerta de los indios, recordándoles que fuesen a orar. Al despuntar el día, la campana llamaba a la oración o a misa, que se decía los jueves y sábados. Todos los indios e indias acudían, según los casos, al trabajo, ya en los talleres, ya con jueces y fiscal, permaneciendo hasta el mediodía y descansando el resto de la tarde. Al ocaso, tañían las campanas para el Rosario, los indios cantaban en él y por la noche

¹ Pude ver dos casos de éstos durante mi permanencia en la provincia.

² Es la razón dada por el padre Montoya, 1639, *Conquista espiritual del Paraguay*, pág. 64, verso.

se retiraba cada cual a su casa. Se ejercía una vigilancia nocturna muy severa para mantener el buen orden y evitar el relajamiento de las costumbres.

La comunidad vestía a los indios, les proporcionaba víveres cuando carecían de ellos, les hacía todas las semanas una distribución de carne y les daba todas las herramientas e instrumentos de arar necesarios para la explotación de las tierras de la misión y de los campos de su propiedad. Vivían, pues, felices, sin cuidados por el futuro, limitando su ambición a la posesión del bastón, insignia del poder. Los vicios se castigaban severamente, se recompensaba generosamente a la virtud, y todo marchaba hacia un primer estadio de civilización.

Llegados a Chiquitos en 1691, allá por 1723 todavía estaban reduciendo tribus en el corazón de las selvas. Se los expulsó en 1767; en ciento cincuenta o sesenta años hicieron pasar a un número considerable de hombres de la vida más salvaje a un estado que me atrevo a colocar por encima de la civilización de los campesinos de una buena parte de nuestra campaña¹.

No trataré aquí el problema de saber si ese régimen de comunidad, prolongado tanto tiempo, podría o no enervar el desarrollo de las facultades intelectuales o dejar estacionaria la civilización cuando ésta hubiese alcanzado cierto grado; pero, de acuerdo con el conocimiento profundo de las cosas², creo que con el carácter imprevisor de los chiquitos —nada más que niños grandes—, el método seguido por los jesuitas para sacarlos de su estado primitivo era en verdad de los más apropiados para sus miras y quizás el único que allí se pudiese emplear con ventaja. Era preciso, incluso, el espíritu de corporación, la perseverancia razonada y la instrucción general de este orden para lograr esos resultados tan rápidamente. El escaso progreso de las misiones de las demás órdenes religiosas habla, por otra parte, en favor de las instituciones de los jesuitas.

La civilización de un pueblo puede operarse poco a poco. A pesar de todos los esfuerzos intentados, una generación tomada en estado puramente salvaje no franqueará cierto límite, pues creo que, tanto en lo moral como en lo físico, es indispensable una sucesión de generaciones colocadas en tales condiciones favorables para que las razas puedan perfeccionarse. Con la civilización ocurre, me parece, lo que con el lenguaje: siempre es el número lo que cuenta. En las misiones se ha visto desaparecer a los idiomas de la minoría, reemplazados por los dialectos de las naciones más populosas. De la misma manera, para

¹ Viedma, *Descripción de la provincia de Santa Cruz*, págs. 141, 145, habla de la prosperidad de las misiones bajo los jesuitas y aprueba en un todo el camino que siguieron.

² Mi estada entre los indios me ha dado muchas ocasiones de estudiar y de conocer a fondo su carácter.

que la civilización se abriese camino rápidamente sería preciso que los hombres que hay que perfeccionar estuviesen rodeados de una población ya muy avanzada y confundidos con ella. No era éste el caso de las misiones de Chiquitos, en las que dos religiosos a lo sumo se encontraban a la cabeza de varios millares de salvajes. De donde resultaba necesariamente una marcha lenta, apenas progresiva, lo que hace tanto más notables los progresos de los jesuítas en Chiquitos en tan poco tiempo.

Se ha hablado a menudo del excesivo rigor de esos religiosos para con los indígenas. De haber sido así, los indios no se acordarían todavía hoy con tanto amor de ellos. No hay un solo viejo que no se incline ante su solo nombre, que no recuerde con viva emoción aquellos tiempos felices, siempre presentes en su pensamiento y cuya memoria se transmite en las familias de padres a hijos.

Según los documentos que encontré en los archivos y lo que me aseveró don Antonio Alvarez, ex gobernador de Chiquitos, las misiones producían alrededor de sesenta mil pesos (300.000 francos) por año. De ahí aquella gran abundancia que permitía abastecer ampliamente a la provincia, dar a los indios todo lo que deseaban e introducir todas las mejoras necesarias al bienestar general. Tal era el estado floreciente de esas misiones, cuando en 1767, temiendo el poder siempre creciente de los jesuítas, España decretó su expulsión de todos sus dominios.

El decreto que los expulsaba y confiscaba todos sus bienes en provecho del Estado se firmó el 27 de marzo de 1767¹. El entonces virrey de Buenos Aires, Bucareli, lleno de temores, preparó contra ellos en el mayor sigilo un plan de ataque militar, cuya ejecución confió a aquellos oficiales del ejército que sabía eran más hostiles a los jesuítas. Se había fijado como fecha para esta expedición el 22 de julio, pero una circunstancia vino a precipitarla. El 2 del mismo mes, Bucareli se enteró de que los jesuítas habían sido expulsados de España; reunió inmediatamente a su consejo y esa misma noche notificó a los jesuítas del decreto. Estos no ofrecieron ninguna resistencia². Se enviaron las órdenes más severas a Tucumán, a Paraguay, a todos lados... Obedecieron sin chistar. Bucareli tuvo la prueba de ello cuando llegó a las misiones con sus tropas seleccionadas. En Chiquitos se contentaron con mostrar el decreto a los religiosos, quienes abandonaron sus posesiones para no regresar nunca más.

¹ Funez, *Ensayo*, T. III, pág. 118.

² *Idem*, pág. 120.

CUARTA EPOCA:

DESDE LA EXPULSION DE LOS JESUITAS EN 1767
HASTA NUESTROS DIAS

Expulsados los jesuitas, fué menester reemplazarlos. En Paraguay se pusieron hermanos de la orden de mendicantes y administradores seculares. En cuanto a Chiquitos, la audiencia de Charcas nombró un gobernador, y el obispo de Santa Cruz, don Francisco Ramón de Herbozo, dió a conocer el 15 de septiembre de 1768¹ un reglamento por el cual un cura, elegido al parecer en la orden de mendicantes², debía reemplazar a los jesuitas de cada misión. Privados de toda instrucción previa especial e ignorando la lengua comarcana, esos curas no alteraron el orden establecido; sólo que, como estaban alejados del contralor de los gobernadores, explotaron las misiones por su propia cuenta aprovechando la libertad de comercio consagrada por el reglamento. Las cosas siguieron así hasta 1789³, época en que el gobernador de Moxos, don Lázaro Ribera, dió a conocer en la audiencia de Charcas los abusos cometidos por los curas, los cuales no sólo habían dejado atrasar las artes y la industria en la provincia, sino que habían llegado a hacer con el Brasil el tráfico de vasos sagrados y de ganados⁴. Fuertemente apoyado por Viedma, este gobernador propuso que se devolviese la libertad a los indios, pero el auditor de la audiencia⁵ la negó, alegando que los indios no podían gobernarse por sí mismos. Entonces, lo mismo que en el Paraguay, se puso en cada misión a un secular encargado de la administración, y se prohibió, bajo las más severas penas, toda relación de los indios con los comerciantes de Santa Cruz⁶.

Integraban el gobierno un gobernador, que era capitán de navío de la marina española; su secretario, con el título de administrador general, y un vicario general para lo espiritual. En cada misión se puso, al lado del cura, a un administrador elegido entre los habitantes de Santa Cruz de la Sierra que estaba encargado de la dirección de los trabajos de los indios y de manejar las rentas anuales del Estado.

¹ El manuscrito de Viedma, que poseo, dice 1762, lo mismo que la edición impresa (pág. 140, *Colección de obras*, T. III); pero como más adelante atribuye 22 años a la duración de la gestión de los curas, reemplazada en 1789 por los administradores, fácil es reconocer el error. Por otra parte, si los jesuitas fueron expulsados en 1767, no podían dar lugar en 1762 al reglamento encaminado a reemplazar su modo de administración.

² Funez, *Ensayo*, T. III, pág. 130.

³ Viedma, *Informe*, pág. 140, parág. 196.

⁴ *Idem*, págs. 140, 141, parág. 498, 502.

⁵ *Idem*, pág. 140, parág. 505, y pág. 147, parág. 521.

⁶ *Idem*, págs. 145, 148, parág. 520.

Completamente extraños al idioma de la provincia y a las formas administrativas seguidas hasta entonces, esos nuevos agentes debieron haberse hecho por lo menos una educación completa, si hubiesen querido gobernar de acuerdo con los principios que Bucareli había consagrado a las misiones y al Paraguay; pero encontraron más cómodo, y sobre todo más prudente, no modificar nada el orden precedentemente fijado. Las cargas continuaron siendo las mismas para los individuos y nada se cambió en las reglas religiosas ni en el trabajo personal. El administrador secular reemplazó al jesuíta en la administración y el hermano mendicante al cura, sólo que hubo entonces una intervención de poderes, pues bajo el antiguo régimen el cura era el primero.

A esta sabia medida de la audiencia de Charcas débese, sin duda, la conservación de las misiones de las provincias de Chiquitos y de Moxos. Tal es por lo menos lo que puede deducirse cuando se echa una rápida ojeada a los enojosos efectos de la adopción de otro sistema en las provincias de las misiones y del Paraguay. En éstas estableció Bucareli un gobierno completamente distinto al de los jesuítas, lo que trajo como resultado abusos sin cuenta, los cuales, a sólo dos años de la expulsión de los jesuítas, llegaron a ser tan intolerables, que tuvieron que cambiar a todos los administradores¹. La medida tomada en 1770 por Bucareli de someter a los indios de las misiones a las leyes de España pero dejándolos bajo la dura férula de los administradores, provocó sobre todo la ruina completa de esas provincias. Los empleados se hicieron cada vez más exigentes. Los indios, que ya no conservaban ni la religión ni las sabias instituciones de los jesuítas, tan bien apropiadas a su carácter, no pudiendo soportar más ese yugo de hierro, comenzaron a dispersarse en las selvas, y en 1801 había en las misiones 98.398 menos que en el censo de 1767. En lugar de esas misiones, objeto de la envidia de gobernadores y obispos y blanco de las críticas de los filósofos del siglo pasado, no encontré en 1828 más que selvas espesas, en las que, de trecho en trecho, algún bosque de naranjos o un bosquecillo de durazneros semiahogados por la vegetación indígena, eran los únicos indicios del lugar que ocupó una misión destruída. He querido establecer esta comparación como la más apropiada para demostrar que si las misiones de Chiquitos y de Moxos han permanecido intactas hasta ahora, en tanto que las del Paraguay desaparecieron, se debe al mantenimiento de las instituciones primitivas.

Habituada a la sumisión, y aunque lamentando amargamente a los jesuítas, los indios de Chiquitos recibieron ese nuevo yugo sin quejarse. Hubo algunos gobernadores íntegros² que dejaron funcionar los

¹ Funez, *Ensayo*, T. III, págs. 134, 179.

² Entre ellos puedo citar a don Antonio Alvarez Sotomayor, compañero de Azara en el trabajo de demarcar los límites entre los dominios de España y de Portugal. Lo conocí personalmente en Santa Cruz, y obtuve de él muchos infor-

resortes tan bien colocados, y la provincia siguió dando todavía hasta sesenta mil pesos (300.000 francos) de rentas al Estado.

Poco a poco, los sucesivos gobernadores, elegidos no ya entre los hombres instruídos de su tiempo, sino entre los habitantes de Santa Cruz, se relajaron y, aprovechándose de la distancia a que estaba la audiencia de Charcas y de la falta completa de contralor, no tardaron en considerarse árbitros absolutos de la provincia, a la que explotaban en provecho propio. Su orgullo, que crecía en razón de la extensión de su poder, los hacía obrar como verdaderos señores feudales. No se sentaban sino bajo el palio y a todas partes se hacían acompañar de un numeroso cortejo. Hasta imaginaron aplicarse toda la pompa de las ceremonias que antes estaban reservadas a las mayores solemnidades de la iglesia. En su marcha triunfal, los jóvenes bailarines y bailarinas de las fiestas religiosas dibujaban ante ellos figuras al son de la música. No se detenían sino bajo los arcos de frondas y de flores, y nada estaba por encima de su arrogancia y de su absolutismo. Reinando por el terror, con él satisfacían sus menores caprichos, aun a expensas de la moral. Indios e indias fueron esclavos que no podían rehusar nada al gobernador, bajo pena de cincuenta latigazos; era un verdadero pachá que se entregaba públicamente, sin ningún respeto para las instituciones sociales, al libertinaje más escandaloso¹. Por otra parte, contemplada como cortijo del gobernador, la provincia entera era esquilmada de todas maneras, lo que redundaba en beneficio de los administradores y hacía amenguar las rentas.

Alejados igualmente del contralor del gobernador, que por lo demás se ocupaba de cualquier cosa menos del bien del país, los administradores imitaron a su jefe en la conducta privada, lo mismo que en las exacciones. De donde resultó una dilapidación de los intereses del Estado y una general corrupción. Los indios se habían acostumbrado al gobierno de los jesuítas, quienes en una misión reunían a menudo en una misma persona los poderes administrativos y religiosos. Hasta cuando había dos sacerdotes, el cura ocupaba siempre el primer rango, ocurriendo entonces que, bajo el nuevo régimen, los indios obedecían de mucha mejor gana al cura² que al administrador civil. De ahí las continuas controversias entre esos dos funcionarios sobre el límite de su autoridad respectiva, los actos de violencia de uno y otro lado y las recriminaciones de todo jaez, que tendían naturalmente a hacerles perder a ambos el respeto de los indígenas, con tanta más razón cuanto que, obligados a dar su tiempo al Estado, estos desdichados tenían todavía que satisfacer las exigencias de hombres que no

mes positivos acerca del estado de la provincia después de la expulsión de los jesuítas.

¹ Tengo estos datos de todas las personas que entraron en las misiones durante ese gobierno, de los mismos indios y del gobernador de la provincia.

² A los curas de Chiquitos pronto los reemplazaron los sacerdotes seculares del seminario de Santa Cruz de la Sierra.

pensaban más que en esquilmarlos para enriquecerse más pronto con los frutos de su trabajo.

En tal estado de cosas, los indios, asombrados al comienzo, perdieron poco a poco su inocencia y se habituaron a la corrupción, imitando a sus jefes. Su religión sólo fué exterior, sin que llevara aneja una moral. Tuvieron que lamentar a un tiempo su estado bonancible y la libertad de que gozaban bajo los jesuítas, pues el nuevo gobierno había aumentado considerablemente sus cargas y quitado muchos de sus derechos. Su cantidad de trabajo crecía en razón del capricho o de las necesidades de los administradores y de los curas. Dejaron, además, de vestirlos, y las rentas del Estado disminuían todos los años: todo era gastado en la paga de los asalariados, sin que sobrase nada para el aprovisionamiento general. Los talleres carecieron muy pronto de herramientas y los indios dejaron de recibir las hachas y los machetes necesarios para el desmonte de las tierras fiscales y de las suyas. Ya no se pensó en llenar los almacenes para subvenir a las necesidades extraordinarias cuando las cosechas se perdían en algunos puntos. De todo lo cual resultó la miseria para todos y una mortalidad mucho mayor entre los indios.

Durante los catorce años de las guerras de la independencia (de 1810 a 1824), entregada al comienzo a las manos menos indicadas para mejorarla, se convirtió muy pronto en teatro de sangrientos combates entre los dos partidos. A partir de 1813, el gobernador Ramos, hombre inculto de los aledaños de Santa Cruz, cometió allí horrores que todavía hoy hacen execrable su memoria entre los indios de Santa Ana, su última residencia. Durante esta encarnizada lucha, las tropas españolas, comandadas por Otalaguerre, precisadas de evacuar Santa Cruz, se refugiaron en Chiquitos, en donde las persiguió en 1814 el general Uvarnes, jefe del partido independiente. Al acercarse este último, el gobernador Ramos se apoderó de todos los vasos sagrados, de todos los ornamentos de la iglesia de Santa Ana, requisó los ganados y caballos de esta misión y obligó a los indios a seguirlo con sus familias en su huída al Brasil. Arreaba así a toda la población, imaginando conservarla y continuar explotándola en su nueva residencia; pero muchos indígenas se escaparon, y los brasileños se apoderaron de trescientas familias, hoy retenidas en Casabasco. En Brasil, Ramos vendió en provecho propio los vasos sagrados y los ganados.

La guerra continuaba con encarnizamiento. Muchos indios perecieron bajo los golpes de Uvarnes en Santa Bárbara; muchos otros fueron muertos en San José por Otalaguerre. Invadida por tropas, desprovista de gobernador, la provincia se vió entregada al saqueo de soldados y administradores, los cuales, no teniendo ya a nadie a quien rendir cuentas, hicieron lo que se les antojó. Los jesuítas habían dejado inmensos rebaños de bovinos y caballos; pero durante la lucha las tropas mataban sin tino a las bestias, en tanto que los administradores, por su lado, se aprovechaban del momento y vendían el res-

to a los brasileños. Al fin de la guerra de la independencia la provincia no era más que una sombra de lo que había sido. Privados de herramientas, los indios ya no podían trabajar y retrogradaban rápidamente hacia el estado salvaje. Quedaban siempre, empero, retenidos en las misiones por los curas, que, en ese intervalo, mantuvieron con razón todas las instituciones y todas las leyes establecidas por los jesuitas.

Después de la batalla de Ayacucho, en 1824, cuando la república de Bolivia sucedió a la audiencia de Charcas y al virreinato de Buenos Aires, se pensó en nombrar un gobernador en Chiquitos. Y lo enviaron allí a don Gil Toledo. Este hombre, que había concebido las ideas más estrafalarias, en cuanto llegó a San Miguel, en donde fijó su residencia, no encontró nada mejor que cambiar de arriba abajo la religión de la provincia. Intentó implantar la antigua religión de los incas entre los chiquitos, que nunca la habían conocido, haciéndoles adorar el Sol. Seguido por sus soldados, todas las mañanas obligaba a los indios a venir a prosternarse, al son de la música, ante el astro naciente, y por la tarde lo hacía saludar con el mismo ceremonial al término de su carrera. Esta innovación, adecuada para perder la comarca, le atrajo el odio de los curas y de los indios, a quienes este nuevo sistema alejaba más aún de los principios establecidos por sus padres los jesuitas, siempre amados por ellos. Toledo fué obligado al fin a renunciar al establecimiento de su pretendido culto, y, perdida doquier la consideración, no obtuvo ya nada en la comarca. El temor a sus enemigos lo hizo alejarse del centro. Sucesivamente trasladó el gobierno a Concepción y a San Javier, con el fin de tener más a mano Santa Cruz cuando tuviera que escapar. En el curso de su administración, siempre extravagante en sus pensamientos, suprimió el cultivo del maíz para aumentar el del algodón: medida que trajo un hambre espantosa y costó la vida a miles de habitantes.

Después de la expulsión de los jesuitas no se había reparado nada. A los edificios incendiados por accidente se los sustituía con precarias cabañas y todo se desmoronaba.

Don Marcelino de la Peña vino a reemplazarlo. Conocía bien el carácter de los chiquitos, con los cuales había convivido largo tiempo. Se estableció en Santa Ana, en el centro de la provincia, y se ocupó activamente de mejorar su estado. Todo lo encontró allí en el desorden más completo. Como las rentas públicas no bastaban siquiera para pagar los honorarios de los empleados, éstos no cobraban regularmente y trataban de compensar ese déficit con especulaciones particulares. Los talleres carecían de herramientas, las rentas públicas disminuían diariamente y la miseria llegaba al colmo. A los indios les habían dado, sí, en 1824, libertad de comerciar; pero como no conocían el valor de las cosas y sus jefes tenían interés en no enterarlos a este respecto, se veían explotados por los parientes de los administradores y de los curas, sin ninguna mejoría de su suerte. Con el fin de detener la aterradora mortalidad, el nuevo gobernador fundó un hospital en ca-

da misión y tomó las medidas más apropiadas para encarrilar todo por la vía de una reforma que se había tornado indispensable.

Después de haber recorrido la provincia en 1831, me uní a ese digno gobernador¹ para tratar de mejorar la suerte de los indios. Envié varias notas oficiales al presidente de la república, que había tenido a bien honrarme con su confianza y me había pedido informes positivos, y tuve la satisfacción de ver adoptadas mis proposiciones. Fué así como solicité el trueque de la sal de Chiquitos por los ganados y caballos de Moxos, lo que acarrearía una mayor extensión de las granjas, aumentaría los recursos alimenticios de los indígenas, etc.

§ 3

GENERALIDADES ESTADISTICAS.—ESTADO ACTUAL DE LA PROVINCIA

POBLACION

En tanto que en el Paraguay, en las misiones del Paraná y del Uruguay, la abolición de todas las reglas administrativas y religiosas instituídas por los jesuítas había traído el disgusto y el desaliento de los indios, y como consecuencia su completa dispersión en el corazón de las selvas, la conservación de esas mismas instituciones en Chiquitos por la audiencia de Charcas y por los gobernadores había mantenido, por el contrario, bajo los diversos gobernadores y aún en medio de las guerras de la independencia, a la población no salvaje de la provincia en el mismo estado. Si a mi llegada a la provincia de Chiquitos había encontrado en ella, junto con costumbres muy diferentes, un estado de prosperidad tan inferior, por lo menos veía allí, intactas todavía, todas las instituciones administrativas y religiosas que los jesuítas dejaron en el momento de su expulsión en 1767. El número de establecimientos era el mismo; se habían conservado allí todas las formas exteriores del culto, las costumbres y los usos domésticos. Bajo otros hombres, volví a encontrar en la provincia el régimen de las misiones en su integridad. Al recorrer las distintas aldeas, hice una descripción particular de cada una de ellas. En estos nuevos trazos a grandes rasgos del estado actual de la provincia, me limitaré, pues, a consideraciones generales sobre el conjunto.

La población actual de Chiquitos, dividida por naciones y misiones, es la que sigue según los censos comparativos de 1825 y 1830:

¹ Los honorarios anuales de los empleados de la provincia eran en 1831 los siguientes: gobernador, 1200 pesos (6000 francos); secretario, 500 pesos (2500 francos); vicario general, 600 pesos (3000 francos); y a cada administrador y a cada cura, 400 pesos (2000 francos).

NOMBRES DE LAS MISIONES	NOMBRES DE LAS NACIONES Y SU NUMERO POR MISIONES												TOTAL de los habitantes por misión en:	
	Chiquitos	Samucus	Paicone-cas	Saravecas	Otukes	Curumi-nacas	Curaves	Covare-cas	Corabecas	Tapiis	Curuca-necas	Tapa-curas	por misión en:	
													1830	1825
San Rafael	1000	—	—	—	—	—	—	—	—	—	50	—	1050	900
San Miguel	2510	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2510	2697
Concepción	940	—	610	—	—	—	—	—	—	—	—	700	2250	3004
San Ignacio	2934	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2934	3299
San José	1910	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1910	1847
Santiago	484	700	—	—	—	—	—	—	—	50	—	—	1234	1111
Santa Ana	398	—	—	250	—	100	—	50	—	—	—	—	798	927
San Javier	946	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	946	2005
San Juan	379	500	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	879	707
Santo Corazón	455	50	—	—	150	—	150	—	—	—	—	—	806	789
TOTALES	11956	1250	610	250	150	100	150	50	—	50	50	700	15316	17286

El cuadro que precede demuestra que la población indígena actual no se eleva más que a 15.000 almas, en tanto que en 1825 era de 17.000; en cinco años, pues, se habría registrado allí una disminución de 2.000, o sea cerca de la octava parte, lo que puede explicarse por las epidemias de viruela y por el hambre de los últimos años del gobierno de don Gil Toledo. Como se ve, integran dicha población once naciones distintas, además de sus tribus¹. De esas naciones, la de los chiquitos es la más numerosa y su lengua es general en la provincia, pues los únicos que hablan español son los administradores y los curas. Sin embargo, en cada misión hay algunos indios que conocen un poco de castellano: son los intérpretes, los principales jueces y los maestros de capilla; pero por lo general se expresan muy mal y todas sus frases se resienten mucho por la adopción de las formas gramaticales de su idioma. De las otras lenguas, sólo se han conservado algunas, otras se esfuman, otras, finalmente, están completamente olvidadas. La de los samucus y sus tribus —guarañocas y morotocas— todavía está en uso en una parte de Santiago, de San Juan y de Santo Corazón; la de los chapacuras y paiconecas existe todavía en Concepción; pero el saraveca de Santa Ana y el otukes de Santo Corazón no son conocidos más que por algunos viejos y deben desaparecer dentro de pocos años. En cuanto al curuminaca, al curaves, al covareca, al tapiis y al curucaneca, nadie los entiende ya; por eso, el proyecto de los jesuitas de generalizar el chiquito y de fundir en él todos los demás idiomas se realiza en nuestros días².

Gobernados en cuanto a lo religioso exactamente como en tiempo de los jesuitas, los indios no cambiaron su posición hacia el gobierno republicano. Al Estado le deben los días lunes, miércoles y viernes de cada semana. Legalmente les pertenecen los martes, jueves y sábados; pero como los servicios para el bien común, para las construcciones, para el mejoramiento de los edificios, etc., están colocados fuera de los días debidos, muy rara vez pueden aprovechar de los que les acuerda la ley. De donde resulta que, obligados a tomar de esas jornadas el tiempo que necesitan para cultivar algo con que alimentar a sus familias, para hilar y tejer con que vestirla (pues desde la expulsión de los jesuitas ya el Estado no se encarga de eso), los indios viven en la más profunda miseria y en una indigencia absoluta. Esta miseria los esclaviza más ante sus jefes y acarrea la mayor disolución en sus costumbres. Les queda siempre la facultad de comerciar con ciertos hombres privilegiados, tales como los parientes de los curas y de los administradores; pero se les engaña indignamente, y abandonan el producto de su trabajo a cambio de bagatelas inútiles, en lugar de

¹ En Concepción hay varias, lo mismo que en Santo Corazón.

² No hablaré aquí del movimiento de la población indígena, pues ya traté esta cuestión en mi trabajo especial sobre "El hombre americano", págs. 17-20.

obtener las herramientas necesarias para los cultivos. En Santiago vi a unos jueces declarar que no podían seguir cultivando por falta de hachas para hacer los desmontes.

Los indígenas de Chiquitos son de color pardo oliváceo muy pálido; su talla es de 1 metro 663 milímetros, más o menos. Robustos y de buena planta, aunque sin acusar formas hercúleas, tienen un andar suelto. Las mujeres presentan rara vez las formas esbeltas del bello ideal griego, pero ostentan el tipo más perfecto de la fuerza física.¹ Algunas son lindas, y su cara redonda, graciosa, está llena de dulzura y de alegría. El carácter de esas naciones estriba en un fondo de bondad a toda prueba y en una sumisión sin límites a sus jefes. Su trato inspira confianza, y entre ellos la hospitalidad está llevada al extremo. Semejantes a niños grandes sin voluntad, están, empero, dotados de natural agudeza. Tan ardientes en el placer como poco trabajadores, se entregan sucesivamente a la danza y a los juegos de destreza. Su indumentaria es la misma que llevaban en tiempo de los jesuitas; sólo en ocasión de las grandes fiestas los jueces se adornan con un chaleco de paño o indiana de color y las mujeres atavían sus tipois con muchas cintas de vivos colores; se trenzan sus cabellos cuando son madres y los llevan cortos hasta ese momento. En la iglesia, hombres y mujeres los dejan sueltos sobre sus hombros. En San Javier y en Concepción acostumbran a untarse la cabeza con aceite de coco.

Al recorrer la provincia, he hablado sucesivamente de los chiquitos en viaje, de sus paradas en la noche en medio de los bosques, de su manera de beber el pemanas o cerveza fermentada hecha con maíz, de la reserva de las mujeres cuando están embarazadas, de su religión actual, de sus supersticiones, de su juego favorito, *Guatoroch*, de sus bailes, en los que se hacen todas las figuras actualmente en boga en las ciudades; también hablé de las danzas nacionales de los morotocas. Me resta describir algunos otros de sus bailes, como el *Tamooxis*, en el que las indias se colocan en una sola fila, a cuya cabeza va la más fuerte de todas, la cual se defiende de otra india, que figura sola y realiza sus mayores esfuerzos para cogerse de las bailarinas que están detrás de su adversaria. Esta lucha coreográfica, propia de la nación morotoca, dura mientras la india no se haya apoderado de las demás; las dos principales figurantas se amenazan entonces, se desafían y simulan un combate hasta que una de ellas sea vencida. En el *Apanaooch* las bailarinas se colocan en dos líneas, cantando, luego se vuelven alternativamente a compás de ambos lados. Finalmente, se arrojan dando puñetazos a los asistentes. Todas las danzas de Chiquitos son tan variadas como sus naciones: son alegres y sin embargo monótonas. La nación morotoca ha proporcionado el mayor número de bailes. Los hice anotar a todos por los maestros de capilla de Santa

¹ V. lo que de esas naciones dije en "El hombre americano".

Ana y de Santiago, con la traducción de los cantos que los acompañan. Desgraciadamente, perdí la traducción de los cantos morotocas y sólo puedo dar la de los chiquitos. A veces bastante monótona, esta música ofrece sin embargo nuevos motivos, característicos de esas naciones en estado salvaje. Las palabras dejan ver muy a menudo su estado primitivo. La dividiré en dos series: la música de los chiquitos y la de los morotocas. En cuanto a la primera serie, he aquí la traducción literal de los cantos.

Núm. 1. ¿En dónde está la madre? Fué a donde siempre va. Volverá para castigarte a chicotazos.

Núm. 2. Pretende abandonarme por una señora; señora a lo que parece.

Núm. 3. Aquí va el cervatillo, buscando a su joven compañera, la hijita de la cierva.

Núm. 4. Vete a la selva; no quiero verte más. — La selva es mala en estos momentos: hay muchos tábanos allí. — Bailad mucho con la comezón (*bis*).

Núm. 5. Bailemos sin temor, que ya no queda en nuestro pensamiento el recuerdo de los peligros pasados.

Núm. 6. Vete, amigo mío, pues llega mi marido; volverás cuando esté en el campo.

Núm. 7. Vete, mi queridísimo amigo; que mi marido no te sorprenda aquí; volveremos a vernos a mediodía.

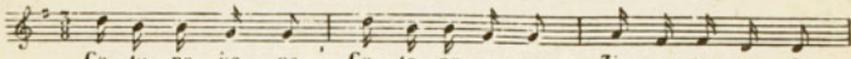
Núm. 8. Rojos son los pies de la perdiz joven, como el pimiento. Te vuelvo a encontrar, te vuelvo a encontrar. (Estas últimas palabras se explican porque, en sus danzas en círculo, se vuelven alternativamente de uno y otro lado, chocándose).

Núm. 9. Se emborracharon con la miel de la *señorita*¹. Pensaban que era la abeja grande y se equivocaban.

¹ Lllaman *señorita* a una abeja pequeña que da la mejor miel de esas comarcas.

CANTOS DE LOS CHIQUITOS

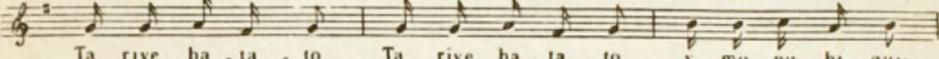
N^o 1.



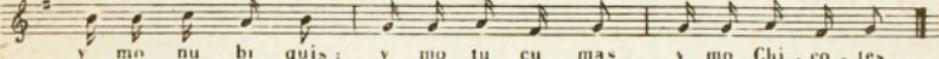
Ca - to na pa - pa Ca - to na pa - pa ; Zi - ro ta na ñ



Zi - ro ta na ñ a a ñ na na tas a ñ na na tas .



Ta riye ba - ta - to Ta riye ba - ta - to y mo nu bi quis

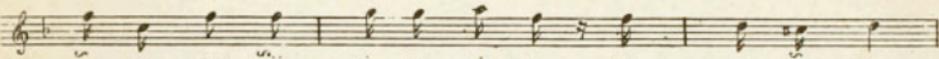


y mo nu bi quis : y mo tu cu mas y mo Chi - co - tes

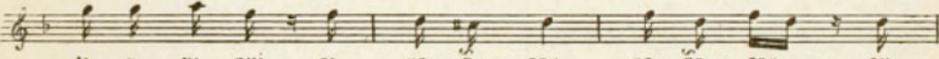
N^o 2.



Mo - xi - ñas a - pi ño co no ñij Mo - xi - ñas a - pi



ño co no ñij ti - o pi - qui zi se - ño - ras



ti - o pi - qui zi se - ño - ras se - ño - ras au

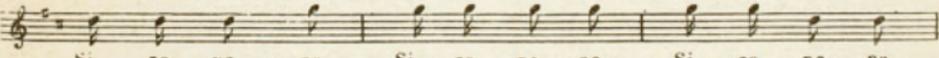


na - sa - rus se - ño - ras au na - sa - rus

N^o 3.



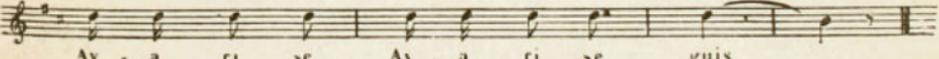
Si - ro pe - na Si - ro pe - na Si - ro pe - na



Si - ro pe - na Si - ro pe - na Si - ro pe - na



Coi, choi na cha - ne Coi choi na cha - ne



Ay - a ri se Ay - a ri se guis

CANTOS DE LOS CHIQUITOS

(9)

N.º 4.

A co i tia o cu ho i nius y
 chi i xi ña ca - pi va sar a i car
 chi i xi ña ca pi va sar a i car
 cho o - xi ña pia pa e zo cu bo i nius
 y cho o xi ña pia pa e zo cu bo i nius
 y a - ru co a pa e zo qui na qui
 ca a - ru co a pa e zo qui na. qui o ca
 Au to cois no xi ña au to cois no xi ña
 pi ri qui. zo ris no po pe pi ri qui. zo - ris no po pe

N.º 5.

(o to co ra no v ña au cu za na ne nes
 tap' a ne e - hi ri ri au na pa qui ño co
 vs chi ri ri bai ño ys chi ri ri bai ño

N.º 6

A co i tra to no se ni qui mia
 i ri cu ba ta to ni qui a na ña ta - ri aye ba - ta - to
 i ra ca ti i ra ca ti tu ña na us

CANTOS DE LOS CHIQUITOS

131

N° 7.

A co i ti a to no se i mia
 no sei mia A co i ti a to no se i mia
 no sei mia ta pa ta bi ca Yá na oi quia na
 ñy ta ri bi sa ra caoi car su do ze

N° 8.

Qui tu ri qui qui tu ri qui pio pe no zu zu ma a
 qui tu ri qui qui tu ri qui pio pe no zu zu ma a ta ca n
 na ris ta ca na na ris ta ca na na ris
 ta ca na na ris qui tu ri qui qui tu ri qui pio pe no zu
 zu ma a qui tu ri qui qui tu ri qui pio pe no zu zu ma a
 ta ca na na ris ta ca na na ris a que me - nu
 que me nu i que me - nu que me - nu a que me - nu que me - nu
 a - que me - nu que me - nu a que me nu que me nu
 a - que me - nu que me - nu a que me - nu que me nu

N° 9

O bo ri sia - bo zi oi no - me - za na - ma a
 a mi ña ta ño me ta no - me - si - na - nas y
 ob - u mo pi ta va e na su ta pa re se

CANTOS DE LOS MOROTOCAS

N^o 10. (11)

Ba - ra to - ta - ca a cu - ma - ra ye ca - ta - ca
 a cu - ma - ra ye ca - ta - ca Ba - ra to ca - ta - ca
 a cu - ma - ra ye ca - ta - ca Ba - ra to ca - ta - ca
 a cu - ma - ra ye ca - ta - ca Ba - ra to ca - ta - ca
 a cu - ma - ra ye ca - ta - ca a cu - ma - ra ye ca - ta - ca
 a cu - ma - ra ye ca - ta - ca Ba - ra to ca - ta - ca
 a cu - ma - ra ye ca - ta - ca Ba - ra to ca - ta - ca .

N^o 11. (11)

A - ne co co - cha - pia a ne co co - cha - pia
 a - ne co co - cha - pia a - ne co co - cha - pia
 a - ne co cha - pia a - ne co co - cha - pia a - ne co
 co - cha - pia a - ne co co - cha - pia a - ne co
 co - cha - pia a - ne co co - cha - pia a - ne co
 co - cha - pia a - ne co co - cha - pia a - ne co
 co - cha - pia a - ne co co - cha - pia a - ne co
 a - ne co co - cha - pia a - ne co - cha - pia a - ne co - cha - pia

CANTOS DE LOS MOROTOCAS

N^o 12. (5.)

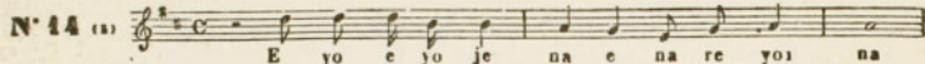
Pa cho pa pa cho pa pa cho pa pa cho
 pa cho pa pa cho pa pa cho pa pa cho
 a ma se re se re a a ma se re se re a
 Pa cho pa pa cho pa pa cho pa pa cho
 pa cho pa pa cho pa pa cho pa pa cho
 pa cho pa pa cho pa pa cho pa pa cho
 a ma se re se re a a ma se re se re a.

N^o 13. (4.)

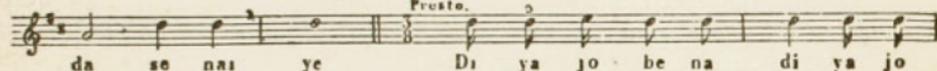
Ai choi na ai choi na ai choi na
 ai choi na ai choi na choi na ai choi na
 ai choi na ai choi na choi na ai choi na
 choi na ai choi na choi na ai choi na
 ai choi na ai choi na ai choi na ai choi na
 choi na ai choi na ai choi na ai choi na
 choi na ai choi na choi na ai choi na choi na.

CANTOS DE LOS MOROTOCAS

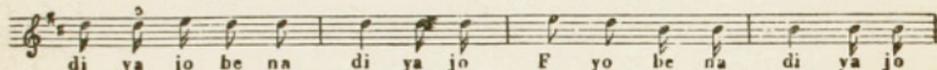
. 4 . 1

Lento.

E yo e yo je na e na re yo na

Presto.

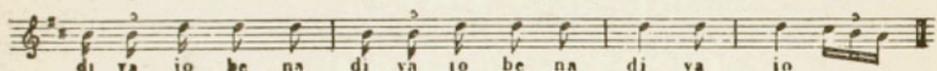
da se na ye Di ya jo be na di ya jo



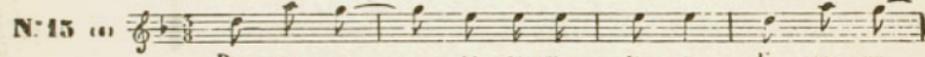
di ya jo be na di ya jo F yo be na di ya jo



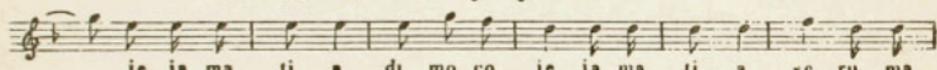
e yo be na di ya jo di ya jo be na di ya jo



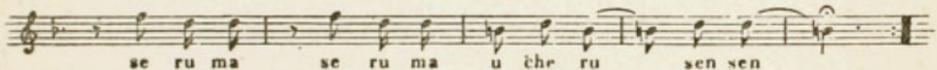
di ya jo be na di ya jo be na di ya jo



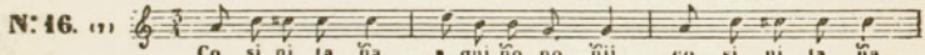
Di mo ce je ja ma ti a di mo ce



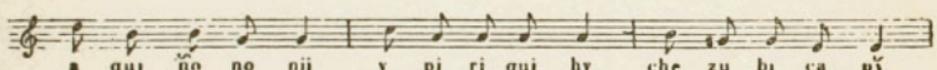
je ja ma ti a di mo ce je ja ma ti a se ru ma



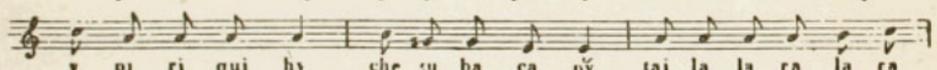
se ru ma se ru ma u che ru sen sen



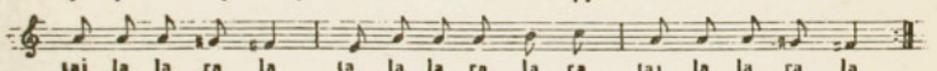
Co si ni ta ña a qui ño no ñij co si ni ta ña



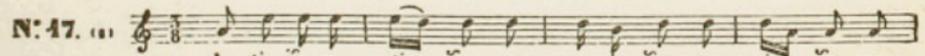
a qui ño no nij y pi ri qui hy che zu bi ca pý



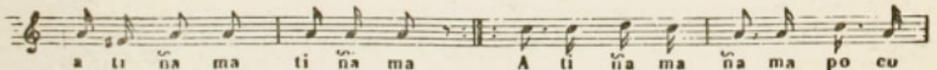
y pi ri qui hy che cu ba ca pý tai la la ra la ra



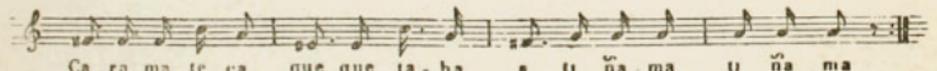
tai la la ra la ta la la ra la ra tai la la ra la



A ti ña ma ti ña ma a ti ña ma ti ña ma



a ti ña ma ti ña ma A ti ña ma ña ma po cu



Ca ra ma te ca que que ta ha a ti ña ma ti ña ma

CANTOS DE LOS MOROTOCAS

N° 18. (19)

Y yo ve-na ai ra vo Y yo ve na ai ra yo
 Y yo ve-na i tia co Y yo ve na i tia co a vo ve na
 ai ra yo a yo ve na a yo ve na ai ra yo

N° 19. (10)

A a-gue-na a a gue na a a gue na a a gur na
 a a gue na a a gue na a a gue na a a gue na
 a a gue na a a gue na a a gue na a a gue na
 a a gue na a a gue na a a gur na a a gue na
 a a gue na a a gue na a a gue na a a gue na

N° 20. (1)

Ay to-ma to-ma Ay to-ma to ma Ay
 to ma to ma Ai re a to ma to ma ai re a Ay
 to ma to ma Ai to ma to ma Ay to ma to ma Ay
 to ma to ma Ay to ma to ma ay re a to ma to ma
 ai re a Ai to ma to ma Ai to ma to ma Ai
 Gi ya gi ia ai Gi ya gi ia Ay to ma to ma Ai
 to ma to ma ai re a Ai to ma to ma Ai to ma to ma ai re a
 Ai to ma to ma Ai to ma to ma.

TEMPERATURA; SALUBRIDAD

La posición de la provincia, situada entre los 14 y los 21 grados de latitud sur, es decir, dentro de los trópicos, no ofrece ni con mucho la cálida temperatura que se podría creer. Su altura sobre el nivel del mar, como punto de división entre el Plata y el Amazonas, hace de él un país infinitamente más templado de lo que cabría esperar, pues las frecuentes brisas llevan allí un saludable fresco. La impresión de calor se siente sobre todo en la época de la sequía, pero las lluvias la modifican mucho. Las misiones de San José y Santo Corazón son las más calurosas, en tanto que Santiago, Santa Ana y San Javier son relativamente más templadas.

Puede dividirse el año en dos estaciones distintas: la estación de las sequías y la de las lluvias. De junio a octubre llueve muy raramente y no llueve absolutamente durante los meses de agosto y septiembre. El campo está entonces muy seco y los árboles pierden sus hojas. Cuando va a llover, el tiempo se carga por la tarde al sur y al sudoeste; el trueno ruge en la noche y el viento del sur más fuerte sopla en violentas tempestades. Esta lluvia dura poco; pero el viento reina dos o tres días, bajando considerablemente la temperatura. La estación de las lluvias comienza en noviembre o diciembre y dura hasta marzo; entonces las lluvias torrenciales caen casi a diario e inundan pronto las partes bajas, interrumpiendo una parte de las comunicaciones.

Los vientos reinantes vienen del norte o del nordeste; son los más calientes. Traen de la gran cuenca del Amazonas muchas nubes que se acumulan al sur un tiempo más o menos largo, hasta que estalla la borrasca. A veces el viento sopla del este y es entonces tan cálido como el del norte. Nunca sopla viento del oeste, sin duda como consecuencia de la altura de las Cordilleras, que no puede cruzar.

Al ver cómo se evapora todos los años el agua de los inmensos pantanos durante la estación seca, podría creerse que el aire se corrompe en esas partes y causa muchas enfermedades; pero no ocurre así. Esos pantanos se secan sin podrirse; nunca oí hablar de fiebres intermitentes en ningún punto de la provincia, lo que es tanto más curioso cuanto que en Matto-Grosso hacen estragos las más perniciosas fiebres endémicas. En Chiquitos no existen en ninguna parte fiebres endémicas. Los habitantes se mueren allí de viejos o por accidente, a menos que su imprudencia los haga víctimas de las epidemias de viruelas.¹

¹ Los chiquitos mueren más particularmente de enero a febrero. Me he convencido de que esta mortalidad tiene por causa la cerveza de maíz hecha antes de que el maíz haya alcanzado su madurez. Esta bebida provoca cólicos agudos que, mal curados, se llevan a los enfermos.

PRODUCTOS INDUSTRIALES

Los jesuítas habían poblado la provincia con numerosos rebaños destinados a subvenir a las necesidades de los habitantes y a proporcionar cueros curtidos a las diversas ramas de la industria. Inmediatamente después de su expulsión, todavía bajo el dominio español, se contaban de sesenta a ochenta mil cabezas de ganado y un número muy crecido de caballos para el transporte y los trabajos de campo. Después de las guerras de la independencia, en 1825, el efectivo de los rebaños se había reducido a los números expresados en el siguiente cuadro:

Años	ANIMALES ASTADOS				GANADO CABALLAR				Mulas	Asnos
	Bueyes	Vacas	Terneros	Total	Caballos	Yeguas	Potros	Total		
1825	346	10621	2421	13388	151	548	260	959	3	27
1828	737	12248	3005	15990	134	511	295	990	12	19
1830	806	13183	3222	17211	203	434	208	845	15	17

Del estado comparativo de 1825 a 1830 resulta que la economía, restablecida de nuevo en cuanto a la dirección de la ganadería, y una vez deducidas las necesidades, trajo a la provincia un aumento sensible cuya continuidad le devolverá pronto la abundancia. Hoy sólo hay escasez de caballos para el servicio de los empleados y para el de las estancias en donde se cría el ganado.

Los productos actuales de la *recepturia* (mercaderías para el Estado) consisten en cera, que los indios van a buscar a los bosques, refinan en seguida y que se exporta a las regiones montañosas para uso de las iglesias¹; cuando esta cera se quema, espance un olor aromático muy agradable. Se recogen anualmente de 35 a 50.000 kilos, de los que refinan unos 4 ó 5.000. Santa Ana, San Rafael, San José y Concepción dan las mayores cifras. Es la rama de las rentas más segura y la menos susceptible de ser escamoteada por los administradores.

El índigo crece en todas partes naturalmente; sin embargo, apenas se elaboran algunas libras para las necesidades locales. Hoy no es un artículo importante de exportación. En 1825 se fabricaron 29 kilos.

¹ La cera refinada se vende generalmente a 70 pesos (350 francos) la carga de 125 kilos.

El tamarindo, del que existen excelentes plantaciones en San José y en San Rafael, da una buena renta anual para la exportación; no obstante, en 1828 no se exportaron más que 591 kilos.

La vainilla no cultivada crece en todos los campos húmedos y arbolados. En ocasiones se la busca; pero lo más frecuente es que sólo la consuman los empleados.

Las salinas naturales de San José produjeron en 1829, 27.750 kilos de sal. Con buena voluntad podría extraerse veinte veces más y hacer de ella una mercadería de exportación para Santa Ana y para Moxos, que se aprovisionan en la provincia de Cochabamba. Hasta ahora, la sal se consume en el mismo lugar.

Es muy productiva la caña de azúcar, pero no se la cultiva sino para las necesidades de los empleados, sin exportar el excedente. En 1825 fabricaron 3.850 kilos de azúcar.

Considerable es la producción de algodón, con la que se fabrican unos tejidos bastos llamados lienzo¹, manteles, toallas y medias que se exportan a Santa Cruz. Es sobre todo con este artículo con el que los empleados cometen los mayores fraudes; de no ser así, podría fácilmente triplicarse el producto asentado en los libros de los administradores.

Se curten algunos cueros para ser despachados a Santa Cruz. El resto se consume en la provincia. En 1828 se curtieron 135 cueros; pero muy a menudo se pierden por falta de mercado.

Antes se fabricaban toda clase de muebles, y todavía se sigue fabricándolos; sin embargo, en los registros sólo veo figurar rosarios, obra de los torneros. En 1828 se vendieron 23.436, en tanto que en los años anteriores no se exportó uno solo.

He aquí en resumen el estado de los productos de 1829, según el informe que el gobernador pasó a los agentes de finanzas:

¹ Estos tejidos se venden ordinariamente en Santa Cruz a 2 reales (1 franco, 25 céntimos) el metro.

NOMBRES DE LAS MISIONES	CERA		ALGODON						TAMA- RINDO	SAL
	Refirada Kilos	No refinada Kilos	No hilado Kilos	Hilado Kilos	FABRICADO EN					
					Lienzo Metros	Manteles Piezas	Toallas Piezas	Medias Núm. pares		
	Kilos	Kilos	Kilos	Kilos					Kilos	Kilos
San Javier . .	250	5262	2662	240	2164	—	—	—	—	—
Concepción .	30	6566	8013	466	4685	—	—	40	—	—
San Miguel .	300	6300	375	241	1823	—	—	—	—	—
San Ignacio .	110	5689	1425	125	835	—	—	54	—	—
Santa Ana . .	—	7600	1812	—	—	—	—	—	24	—
San Rafael . .	250	9938	503	17	100	—	—	48	549	—
San José . . .	—	6575	1500	—	—	—	—	—	—	16750
San Juan . .	—	3900	1512	172	1343	3	47	—	—	5288
Santiago . . .	662	1012	—	84	672	—	—	—	—	5712
Santo Corazón .	331	5038	2013	27	231	—	—	—	—	—
TOTALES . .	1933	57880	19815	1372	11853	3	47	142	373	27750

Demuestra este cuadro que los trabajos están repartidos muy desigualmente y que los productos de cada misión están lejos de guardar relación con su respectiva población. No cabe ninguna duda que alguna de ellas es más adecuada que otra cualquiera para una producción especial; pero es difícil admitir que las mujeres y los tejedores de Santa Ana y San José no hayan hilado ni tejido durante todo este año. Es, pues, muy probable que tales productos hayan sido absorbidos por los empleados.

El cuadro inserto en la página siguiente dará los productos comparativos de la provincia en los años 1825, 1826, 1827, 1828 y 1829.

Comparados entre sí esos cinco años, anuncian, es cierto, una marcha muy progresiva, pero aún están lejos de cubrir los gastos anuales. Con los jesuitas, Chiquitos producía alrededor de 300.000 francos; con los primeros gobernadores españoles daba otro tanto. Hoy apenas rinde 59.000 francos, en tanto que los sueldos de los empleados, la paga de un pequeño destacamento de soldados situado en la frontera con el Brasil, en el camino a Matto-Grosso, y el minimum necesario en hierro y otros objetos de primera necesidad elevan los gastos a 69.500 francos. Hay, pues, un déficit de 4.300 francos entre los recursos y los gastos. No dudo que el estado de progreso en que el señor Peña tenía a la provincia en 1831 podrá colmar prontamente ese déficit; pero los actuales recursos industriales no permiten obtener las mismas rentas que al fin del siglo último. Entonces no se permitía a los extranjeros traer sus mercaderías y los tejidos de Chiquitos tenían mucho valor, mientras que hoy los productos de las fábricas europeas atiborran todas las ciudades, se venden a vil precio y merman en proporción el consumo de los productos indígenas. Para devolver a la zona la pasada prosperidad, sería preciso, pues, introducir máquinas de hilar y de tejer y todos los recursos que nos proporciona el estado actualmente tan próspero de nuestra mecánica industrial.

Además del algodón, del tamarindo y de la caña de azúcar, todavía se cultivan en la provincia diversas especies de mandioca, inmenso recurso para las poblaciones aborígenes y españolas; la batata, las diferentes especies de zapallo, melones, pavía, maíz, arroz, porotos y calabazas o *tutuma*. Los frutos cultivados son: el cidro, el limón, el naranjo, el banano, el ananás, el cajú, etc.

PRODUCTOS NATURALES

En razón de su posición geográfica en medio de los trópicos, la provincia de Chiquitos ofrece más o menos los mismos productos naturales que Santa Cruz de la Sierra. Bastará con señalar aquí las producciones útiles o dañinas para el hombre.

Los bosques están llenos de monos, entre los cuales los aluates

AÑOS	CERA		ALGODON						Indigo	Tamarindo	Vainilla	CUEROS		Sal	Rosarios	Valor producido en francos					
	Refinada	No refinada	No hilado	Hilado	FABRICADO EN							Kilos	Kilos				Kilos	No Curtidos	Curtidos	Kilos	Núm.
	Kilos	Kilos			Kilos	Kilos	Tejidos llamados de lienzo Metros	Número Manteles													
1825	1702	16225	732	—	—	4	58	25	29	306	—	—	—	9500	57699	—					
1826	5373	4054	3058	2685	2903	—	—	129	17	179	—	—	—	—	—	40930					
1827	4589	36918	4011	4087	5616	—	—	—	2	234	—	450	213	—	—	59915					
1828	5493	35231	8637	1001	5069	—	—	130	6	591	2	315	135	—	23436	54640					
1829	1933	57880	19815	1372	11853	3	47	142	—	574	—	—	—	27750	—	—					

proporcionan magníficas pieles negras o rojas. En el campo pululan los murciélagos, algunos de los cuales destruyen los mosquitos y prestan así grandes servicios a la humanidad¹; pero otros (los vampiros) perjudican a la cría de ganado por las sangrías que les hacen durante la noche. Los hombres, sobre todo en San Javier y en Concepción, no están a cubierto de sus mordeduras. Los jaguares eran muy comunes en la provincia y causaban grandes estragos en los cortijos; hoy lo son mucho menos como consecuencia de las sabias medidas tomadas por el actual gobernador². Zorros, didelfos, glotones, ocelotes y pumas son allí escasos, se aproximan muy rara vez a las casas y no hacen ningún daño en las granjas. Algunas ratas y ratones, parásitos inevitables de toda aglomeración humana, se han establecido en las misiones, pero no se muestran tan importunos como en Europa. Los conejos tapitís, los agutís, los pacas y los cobayos o chanchitos de Indias proporcionan al cazador una carne excelente. Los diversos tatús se encuentran allí frecuentemente y ofrecen un bocado muy estimado. Los pecarís de esas comarcas se apartan cada vez más de los lugares habitados, de continuo perseguidos por los cazadores indígenas que se mueven impulsados por el doble motivo de preservar sus campos de depredaciones y de apoderarse de su carne, que encuentran exquisita. Los tapires abundan en todos los parajes húmedos y son un gran recurso, sea como alimento, sea por su cuero, que es notable por lo grueso, lo fuerte y lo flexible³.

Los caballos de Chiquitos, por los cuales nadie se toma el trabajo de una selección para perfeccionar la raza, se parecen a los caballos árabes. Por lo general son bastante lindos y tienen sobre los de Santa Cruz de la Sierra y de Moxos una incontestable superioridad, que los hace ser muy buscados en las montañas de Bolivia. Criados en medio de llanuras arenosas o pantanosas, los caballos de Santa Cruz y de Moxos tienen los pies tan delicados y los vasos tan tiernos que no podrían servir para nada en las partes pedregosas de las regiones montañosas, en tanto que los que nacieron en Chiquitos, en un suelo rocoso, adquieren unos cascos muy duros y sirven en cualquier parte. Dejan a las tropillas vagar por las campañas en donde hacen lo que quieren; sólo enlazan a los potrillitos que quieren montar, adelantándose a la edad de la doma. No hay una sola caballeriza en toda la provincia, y los caballos de silla se alimentan con lo que les ofrecen las llanuras, en medio de las cuales se los suelta en cuanto llegan a las misiones.

El ganado vacuno no recibe más cuidados que los caballos: paze libremente en la planicie, dividido en rebaños de mil cabezas más o

¹ Diferentes especies de los géneros *Noctilio* y *Molossus*.

² En 1831 los indios presentaron al gobernador 150 pieles de jaguar.

³ El cura de San José mató él solo 76 en dos años.

menos. Todos los meses los reúnen en una dehesa a fin de acostumbrarlos a no alejarse. Su vigilancia no preocupa nada. Cerca de Guarayos, numerosos rebaños de bovinos, que se han vuelto salvajes, cubren los campos y podrían dar lugar a una caza regular.

Abundan en la provincia cuatro especies de ciervo; uno, el *guazu pucu*, de la alzada de un asno, no se aparta de los pantanos; el *guazu ti*, habita en las llanuras; los otros dos prefieren los lindes de los bosques. Todos ofrecen una caza agradable y su cuero curtido es uno de los mejores para el calzado.

Las aves son allí menos variadas que en las montañas. En todas partes los percnópteros viven como parásitos poco incómodos en torno a los poblados. Los campos ofrecen pájaros brillantes, tales como los todís, los picos, los colibrís y muchos otros, entre los cuales el cardinal, los caciques, tojos, maticos y chopis, se crían en jaula y poseen dos cualidades raramente reunidas: la melodía y el brillo de su plumaje. Tucanes con picos desproporcionados hacen resonar los bosques con sus acentos agudos, que se mezclan a menudo con los gritos desapacibles de loros de una multitud de especies y de guacamayos rojos y amarillos. Estos y las cotorras están en lucha permanente con los indios, siempre ocupados ya en ahuyentarlos de sus plantaciones durante la cosecha, ya en apoderarse de sus plumas a fin de adornar a los bailarines y bailarinas en las fiestas solemnes de la iglesia.

Las llanuras y los lindes de los bosques están llenos de tórtolas, de palomas, de muchas especies diferentes, de tinamous o perdices del país. Por la tarde y a la mañana resuenan en los bosques los gorjeos de las penélopes y los hoccoos, faisanes de esas comarcas. Los esteros están en todas partes cubiertos de patos almizclados. Todas esas aves, muy multiplicadas, tienen una carne suculenta, digna del cazador más delicado. La blanca garza recorre los pantanos en bandadas innumerables y ofrece al comerciante sus ligeros penachos. Jabirús y cigüeñas persiguen a los reptiles malhechores, enemigos del hombre. El cornudo chajá, con sus gritos a hora fija, sirve de reloj a los indios cuando el sol, cubierto por un velo de nubes, ya no los guía en la división de su jornada. Día y noche, armado con sus acentos, el teru-teru * los previene en la llanura del menor movimiento; de día, al teru-teru lo reemplaza la urraca en la entraña del bosque. Estos dos pájaros se dividen así la vigilancia de toda la campaña.

Si a veces se muestran algunas serpientes de cascabel e inspiran temor al indígena, éste encuentra una compensación en la agradable carne de las tortugas de tierra y de las iguanas, de las que las selvas están llenas. Si en una noche tranquila y cálida, la calma más perfecta de la naturaleza, en lugar de ofrecer al viajero una absoluta seguridad, es, por el contrario, precursora de la borrasca que se avecina,

* D'Orbigny escribe avefría, *vanneau*, pero es evidente que se trata de nuestro tero, *belenopterus chillensis*, N. del T.

éste nunca será sorprendido: estará prevenido por los conciertos discordantes de los sapos y de las ranas, semejantes a innumerables campanas que se echan a vuelo en todos los tonos.

Los lagos y los ríos, sobre todo los de la vertiente norte, ofrecen doquiera peces que los indígenas pescan emborrachándolos con la raíz del barbasco.

En tiempo de lluvia, el suelo de las selvas ostenta caracoles terrestres de brillantes colores, en tanto que los lagos ofrecen a los indígenas conchillas bivalvas con las que se hacen cómodas cucharas. Su brillante nácar es más rico que la plata de los españoles.

Los insectos son a la vez el tormento del viajero y uno de los mayores recursos del aborígen. En efecto, si de día los tábanos, los mosquitos, los jejenes y hasta las abejas atormentan al primero, sobre todo en verano; si de noche millones de mosquitos encarnizados le impiden gustar el reposo después de las fatigas de la jornada; si, en fin, sufre en el campo la picadura venenosa de las garrapatas o en las aldeas las impertinencias de la pulga penetrante,* olvida fácilmente esos inconvenientes pasajeros en presencia de nubes de mariposas de colores matizados, que parecen guiarlo en las tortuosas veredas de las selvas; delante de los tintes metálicos con que se engalanan en los tiempos lluviosos los magníficos coleópteros que adornan doquiera la vegetación; delante de la luz animada y persistente que por la noche lanzan los numerosos cucuyos o los fuegos instantáneos de millones de luciérnagas. Pierde el viajero el recuerdo de sus sufrimientos cuando ve a los indios darse un banquete con las hormigas, o cuando saborea él mismo la miel deliciosa de las abejas salvajes, el alimento de los indios cazadores, o cuando piensa que la cera de esos pequeños seres proporciona la mayor parte de las rentas anuales de la provincia. Por lo demás, Chiquitos no padece las migraciones anuales de langostas que, más al sur, destruyen a menudo la esperanza del labriego; sus termitas se quedan en las selvas, sin atentar contra la conservación de los edificios de madera.

En invierno la mayor parte de los árboles pierden sus hojas, y durante el descanso general de la naturaleza las palmeras y algunos otros vegetales privilegiados son los únicos que alegran la campaña; pero llega octubre y las primeras lluvias traen una metamorfosis completa. Todo cambia de aspecto. Los árboles se atavían con flores brillantes o con un follaje de un verde tierno; la llanura se esmalta con todos los colores y nada iguala la belleza de esas ricas regiones, en donde todo es contraste, en donde todo es magnífico en su conjunto o en sus detalles. Son notables la multiplicidad de las maderas de construcción y la riqueza de sus colores. Los lapachos y los más her-

* *Puce pénétrante*. Aquí D'Orbigny traduce literalmente el nombre científico del pique. *N. del T.*



Nº 46. — Combate entre indios yuracarés. (Bolivia)

mosos cedros pueden proporcionar doquiera maderas para armazones de gran tamaño, y el *cuchi*, el laurel, etc., maderas amarillas, rojas, violetas, los materiales más adecuados para la ebanistería y el enchapado de muebles. Otras maderas también dan los más vivos colores amarillo y rojo y ofrecerían productos ventajosos para el teñido de las telas.

Las palmeras están muy extendidas y son muy variadas en Chiquitos: sus diversos follajes presentan los más graciosos contrastes y prestan al mismo tiempo grandes servicios a la sociedad. Forman algunos bosques inmensos como el *cucich*, el *totai*, el *motacu* y el *carondai*; otros crecen aisladamente. Las hojas del *motacu*, del *sumuqué* y del *totai* sirven para cubrir las cabañas de los indígenas; cuando quieren hacer techos más duraderos los cubren con tejas hechas con troncos del *carondai*; con las hojas de la mayoría de las palmeras los indios hacen tejidos para sombreros finísimos. La dureza de la madera de la *chonta* la torna muy útil para la industria: los indios de hoy hacen con ella puntas de flecha, fabrican sus arcos, sus armas ofensivas y sus útiles de labranza. El *marayahu* de los parajes anegadizos, el *totai* y varios otros dan una fruta muy agradable; el *motacu*, el *totai* y sobre todo el *cucich* representan una inmensa ventaja por el aceite que encierra su coco. La palma real proporciona por fermentación un licor muy agradable, en tanto que el *totai* se convierte en una fuente de aprovisionamiento en tiempo de hambres, pues su tronco puede dar un pan nutritivo, un licor fermentado de agradable sabor y su corazón, lo mismo que el del *motacu*, puede comerse crudo o cocido.¹

Entre las demás plantas salvajes hay una multitud que son útiles o pueden recibir diversas aplicaciones. Una acacia de vaina triangular da la tintura negra más brillante. El *barbasco* proporciona una raíz que, machacada y arrojada al agua, atonta al pez y permite cogerlo con la mano. Una iris de raíz bulbosa produce una magnífica tintura roja. El índigo ordinario crece en todas partes sin que se lo cultive; otra especie de hojas largas, salvaje en el país de los guarayos, que le llaman *erimuni*, produce un índigo muy preferible al primero. El *guatoroch* suministra el mejor caucho, que los indígenas sólo utilizan para la fabricación de pelotas. El *lapacho*, especie de mimosa, da una vaina que reemplaza al mejor jabón para el lavado de la ropa

¹ Las palmeras de la provincia, con su sinonimia científica, son las siguientes: 1º el *cucich* (*Orbignya phalerata*, Mart.), que forma bosques inmersos en el país de los guarayos; 2º el *motacu* (*Maximiliana princeps*), cuyos ejemplares se encuentran en muchos sitios; 3º el *sumuqué* (*Cocos botryophora*), un poco más raro; 4º el *totai* (*Cocos totai*), común cerca de San Javier; 5º el *marayahu* (*Bactris infesta*), difundido en el valle de Tucabaca; 6º el *saho* (*Trithrinax brasiliensis*), común en el Monte Grande; 7º el *carondai* (*Copernicia cerifera*), que forma bosques en todos los esteros; 8º la palma real (*Mauricia vinifera*), común cerca de Concepción, etc.

blanca. El árbol de yerba del Paraguay o mate es común en los alrededores de Concepción. El copahu abunda en el país de los guarayos, y sin embargo continúa sin ser utilizado. Las raíces de varios árboles destilan resinas que se queman como incienso en las iglesias; entre ellos se encuentra el copal. El ricino se deja ver en todos lados, alrededor de las misiones o de los sitios habitados y podría ser explotado su aceite.

Los frutos salvajes son muy numerosos en su estación: el *uguapuru*, grande como una ciruela, es común en los bosques; las chirimoyas embalsaman las selvas; pero la fruta más exquisita es sin duda el *guatoroch* o *mangara*, que sabe mucho a la mejor pera. El *guaponión*, el *vi*, el *lucuma* (*acuchi* le llaman los guarayos) y muchos otros suministran un buen alimento a los indios y adornan la mesa de los españoles.

MEJORAS AGRICOLAS, INDUSTRIALES Y COMERCIALES DE QUE ES SUSCEPTIBLE LA PROVINCIA

Los productos naturales de Chiquitos dejan entrever fácilmente las mejoras agrícolas y comerciales que podrían introducirse allí y las incalculables ventajas que con ello se obtendría. Bastaría solamente la cría de ganado, utilizando las inmensas llanuras sin empleo, para que se enriqueciese. La mitad de la provincia (9.000 leguas cuadradas) podría destinarse cómodamente a la cría de ganado vacuno y de caballos. Bajo los jesuitas la provincia contaba con 80.000 cabezas, pero si se tiene en cuenta la superficie aprovechable esta cifra sería cuadruplicada muy pronto, con lo que Chiquitos exportaría cada año cueros y sebo por una fuerte suma. Un rebaño aumenta todos los años en la mitad de su total; de acuerdo con la cifra inicial, se puede calcular, pues, el tiempo necesario¹ en cada empresa de este género para alcanzar una crecida utilidad. En todos los casos la mano de obra no cuenta casi en esta explotación.

Sería fácil introducir allí majadas de ovejas, puesto que en Santa Cruz, con igual temperatura, prosperan y dan una de las lanas más finas. Las montañas de Santiago y de San José, especialmente, ofrecerían mayores perspectivas de éxito, pues sus pastos naturales están más cerca de los nuestros.

Los habitantes de las montañas de Bolivia se proveen hoy de caballos y de mulas en las provincias argentinas de Jujuy, Salta, Tucumán, etc., que se enriquecen así a sus expensas. Si en Chiquitos se ocupasen de esta rama de la industria, la república encontraría allí en el

¹ V. mis consideraciones generales sobre la cría de ganado. Parte histórica.

futuro la economía de sumas inmensas que tales compras hacen salir todos los años. Ya dije que, como consecuencia de la firmeza del suelo de Chiquitos, los caballos y mulas que nacen allí resultan excelentes para las montañas, mientras que los de Santa Cruz y de Moxos no podrían ser llevados afuera porque sus pies no están hechos al suelo rocalloso. De modo, pues, que si el gobierno de Bolivia estimulara la cría de caballos en Chiquitos, podría abastecer a su ejército y retener sus fondos.¹ En cuanto a las mulas, su empleo exclusivo para el transporte de mercaderías en la montaña, les da doble valor que a los caballos; así, al criarlos, se doblaría el producto en el mismo lapso, sin aumento de gastos ni de trabajos.

Aunque ya considerable, la recolección de cera daría más resultado, sobre todo si se mejora el modo de refinamiento, que supone hoy la pérdida de muchas materias primas.

El índigo ordinario, y principalmente la otra especie, el *erimuni*, silvestre en todos lados, proporcionarían una fabricación productiva sin casi ningún gasto, y el provecho sería tanto más importante cuanto que Bolivia recibe esta materia de Europa.

La vainilla, bastante común en estado silvestre al norte de Concepción, podría ser cultivada allí y se convertiría en una importante rama de la renta, sobre todo por su exportación a Europa.

Con el tamarindo se harían nuevas plantaciones, lo que daría de consuno en cada misión árboles de utilidad y de adorno.

El cacao, ya plantado en Guarayos, sería susceptible de extenderse a todas las regiones del norte y del noroeste de la provincia. Sus productos, admirables en esa zona, rivalizan con los de Moxos, que es uno de los mejores.

El café se daría muy bien en las colinas, en donde el cultivo de los cereales no encuentra bastante tierra vegetal; de esta manera, todos los ribazos desiertos de los alrededores de San Javier y de Concepción se utilizarían y producirían abundantes cosechas.

La caña de azúcar crece con formidable vigor cerca de los parajes húmedos, tan numerosos en la provincia. Se la cultivaría con ventaja en los sitios en que no creciese el maíz. La fabricación de azúcar y de aguardiente recibiría entonces un nuevo impulso y los productos podrían ser enviados a Buenos Aires por el río Paraguay. De ordinario, el maíz da en la provincia doscientos por uno; el arroz de cincuenta a cien. Se podría hacer un importante renglón de exportación a Buenos Aires.

¹ Mis reflexiones sobre estos problemas me llevaron, durante mi estada en Chiquitos, a proponer al presidente de la república que hiciese con la provincia de Moxos un trueque de sal por yeguas. Esta proposición fué favorablemente acogida; espero que unos cuantos millares de yeguas pueblen hoy las campañas de Chiquitos y consigan hacer tornar la abundancia. Me felicito ahora por haber obtenido esta gran mejora para los habitantes de la provincia.

En sus cimas recubiertas de tierra vegetal, las montañas de Santiago ofrecen puntos en donde podría cultivarse el trigo, la viña, la morera y los gusanos de seda; y así, esas montañas hoy desiertas y deshabitadas, se poblarían con nuestra industria agrícola más productiva. En una palabra, la provincia de Chiquitos, por sus llanuras, sus montañas, sus tierras húmedas, sus tierras secas y sus pantanos, por la diferencia de temperatura de los diversos puntos, según su altura, admitiría a la vez todas las ramas de la agricultura, desde la de los países más cálidos hasta la de las regiones templadas. Muchas veces tuve ocasión de celebrar la riqueza de ese suelo todavía virgen, a pesar de la belleza de su vegetación natural, que hace de ella la comarca más hermosa del mundo.

Las maderas de construcción abundan en todas partes. Las más bellas maderas de vivos colores rojos, amarillos, violetas, rosados, etc., constituirían un excelente material de exportación a Europa para la ebanistería y el enchapado de muebles. También podrían ser explotadas una infinidad de maderas para tinturas. En esas inmensas selvas de palmeras de cucich, de motacus y de totais, el aceite de coco daría un producto abundante, sin otro cuidado que el de recoger los frutos caídos en el suelo. Lo mismo ocurre con el ricino. Como ya se vió en las producciones naturales, se podrían utilizar también las plantas de tinturas, el caucho, el copahu, diferentes resinas como el copal; explotar la yerba del Paraguay, tan común en las cercanías de Concepción, y encontrar en el corazón de las selvas una cantidad de productos todavía ignorados.

Al enumerar los diversos renglones explotables en Chiquitos, se encuentra, además, que las márgenes de la salina de Santiago y San José podrían producir soda por la abundancia en que se hallan las plantas marítimas. El árbol llamado *ajo* a causa de su olor, da una gran cantidad de potasa.

La sal misma, teniendo sobre todo en cuenta que carecen de ella las provincias de Moxos y de Santa Cruz, podría ser exportada a éstas ventajosamente y daría pingües beneficios si se mejorasen los caminos y los medios de transporte, hoy todavía muy groseros.

Los gres de San José y de Santiago darían muy buenas piedras de afilar. Las capas de esquistos de Santiago, que hoy sirven para fabricar excelentes piedras para navajas, podrían muy bien ser exportadas. Los alrededores de San José y de la cadena del Sunsas ofrecen buenas piedras de cal. Los gres de San José, de Santiago y de Santo Corazón y los cuarzos hialinos de Concepción suministrarían muy buenos materiales para una fábrica de vidrio y de cristales.

Los aledaños de Santa Ana ofrecen caolín de fácil explotación. Se lo podría emplear en el establecimiento de una fábrica de porcelana.

Una de las fuentes más fecundas de la riqueza futura de la pro-

vincia la constituyen las minas de hierro hidratado, que forman todo el suelo de la misión de Santa Ana y de las llanuras de Concepción. El mineral, en graños grandes, fácil de extraer, permitiría fundar forjas catalanas, pues las selvas vecinas ofrecen todo el combustible necesario. De esta manera, la provincia podría abastecerse a sí misma y exportar al resto de la república el hierro y el acero que hoy hace traer de Europa.

Réstame citar otro renglón de explotación natural, que no deja de tener sus ventajas. Me refiero a las minas de oro: se lo extrae en algunas parcelas vecinas de San Javier; pero he descubierto que los ríos Tucabaca, Santo Tomás y Tapanakich presentan mayores probabilidades de éxito. He cateado el oro en San Javier y en Santo Tomás y no tengo ninguna duda sobre la existencia de este mineral también en los ríos Tucabaca y Tapanakich. La explotación consiste solamente en cavar y en lavar las arenas y los guijarros del lecho actual de los ríos, y, sobre todo, los de los antiguos aluviones de sus valles. En las mismas condiciones geológicas y con los mismos procedimientos es como se extrajeron tantas riquezas del río Tipoani y de la torrentera de Potopoto, departamento de La Paz.

Pocos países podrían ofrecer más posibilidades industriales que la provincia de Chiquitos. Podrían ser utilizadas las fuentes termales de San José y de Santiago. Los arroyos de la Sierra de San José, de San Juan, del Sunsas y sobre todo los numerosos afluentes del río San Rafael, en la sierra de Santiago, presentan diferencias de nivel que, por la fuerza motriz que suponen, permitirían el establecimiento de gran número de fábricas de diverso género. Por otra parte, la abundancia de árboles y la celeridad con que crecen suministrarían abundantes combustibles para máquinas de vapor de cualquier especie. Si aprovechando las actuales disposiciones de los indígenas, se introdujesen en la provincia nuestras máquinas, para reemplazar los telares de los tejidos de algodón y de punto, la industria manufacturera de Chiquitos podría abastecer ella sola las necesidades de la república entera.

Tal como están hoy las cosas, el comercio de Chiquitos se hace solamente con Santa Cruz de la Sierra; y aún los desbordes del río Grande y la estación de las lluvias interrumpen esas relaciones de cuatro a seis meses por año. Para dar a la provincia toda la importancia de que es susceptible, sería menester que se aumentase su industria a todas las ramas de que hablé y que se abriesen comunicaciones fáciles con Moxos, con Santa Cruz, y sobre todo con Buenos Aires y con Europa, por los cursos del Amazonas y del Plata. Pasaré revista sucesivamente a los diferentes renglones del comercio especial que podría mantenerse con esos puntos distintos y a los caminos que podrían abrirse.

Como la producción de la provincia de Moxos es casi idéntica a la de Chiquitos, la única importación comercial importante que po-

dría hacerse en aquélla es la de la sal; pero habría que preocuparse previamente de los medios de transporte desde San Javier hasta las salinas. Sería cosa de poca monta, pues el terreno es casi llano. Sólo haría falta un puente para cruzar, con cualquier tiempo, los pantanos que separan San José de las mesetas de San Miguel. Una vez en San Javier, la sal se embarcaría en el río San Miguel y llegaría así a Carmen, a Concepción, a Magdalena de Moxos, y pasaría de esas misiones a todas las otras por los numerosos ríos que riegan la comarca.

El comercio con Santa Cruz y las partes altas de la república de Bolivia consiste hoy en artículos de *recepturias*, es decir, en cera refinada, en tejidos de algodón, en índigo, en tamarindo, en vainilla, en cueros curtidos y en rosarios. Se ha visto por los cuadros que con un poco de industria tales productos podrían ser fácilmente centuplicados. Introduciéndose las mejoras agrícolas e industriales de que hablé, se podría también agregar, a las ventajas que aquéllas reportarían, el tráfico de caballos, de mulas, de cacao, de azúcar, arroz, seda, maderas de tintura, aceite de coco y de ricino, goma elástica, copahu, copal, yerba del Paraguay, porcelana, artículos de vidrio y de hierro, etc.; pero para que ese tráfico fuese más provechoso, habría que practicar un camino más cómodo, sobre todo a través de Monte Grande. Para que este camino fuese transitable todo el año, sólo habría que ensancharlo un poco y alzar el nivel de la calzada en los puntos anegadizos; estos lugares están a lo sumo a un metro debajo del nivel de los que permanecen secos todo el año. El trabajo personal de los indios tornaría sencilla esta mejora, que daría un impulso inmenso al comercio. En caso de que la construcción de puentes de madera a través de los ríos San Miguel y Grande ofreciese inconvenientes demasiado grandes, sería aconsejable también que se pusiese una balsa, en la cual los animales cargados y las mercancías pudiesen pasar en cualquier tiempo sin temor a los siniestros que hoy son de temer, pues la naturaleza todavía opone todos sus obstáculos ordinarios a la industria del hombre, que aún no ha conseguido remediar nada.

La exportación de Chiquitos con Europa demandaría, por así decirlo, menos trabajo que la del interior de Bolivia. En efecto, bastaría mejorar los caminos existentes en la provincia, o hacer solamente algunas partes hacia un lado, al este, para llegar a los afluentes del Plata, o hacia el otro, al norte, para comunicarse con los tributarios del Amazonas. Por el momento, los productos exportables consistirían en cueros secos de vacunos, hoy sin ningún valor, y que se obtendrían a vil precio¹; en cera refinada, en algodón, en índigo, en vainilla y en azúcar. Algunas mejoras agrícolas e industriales permitirían toda-

¹ En Santa Cruz se los paga a cuatro reales o 2 francos y 50 céntimos; de manera que, suponiendo que el precio se doblase, se podrían tener por 5 francos cueros que en Buenos Aires valen ya 30. Sería, pues, el renglón más productivo del comercio.

vía exportar con gran utilidad a Europa la piel de los animales salvajes, tal la de los monos aulladores, negra y roja, que es magnífica; las pieles de jaguares, perezosos, zorros, pumas, etc.; cueros de tapires para guarnicionería, cueros de ciervos y de gamo para el calzado, y las hermosas plumas de las garzas. La vegetación, tanto la natural como la cultivada, daría sus magníficas maderas de ebanistería y de tinturas, aceites de coco y de ricino, goma elástica, bálsamo de copahu, resina copal, excelente cacao, café, arroz, seda, soda, potasa, etc. Algunos de estos mismos productos estarían ciertamente de más en Buenos Aires; y algunos otros, que no podrían exportarse a Europa, se colocarían fácilmente en esa misma ciudad, como la yerba mate, el hierro, el arroz, el maíz y los tejidos de algodón.

Actualmente el dinero no circula en la provincia de Chiquitos, de modo que los primeros negociantes que pudiesen llevar a ella las mercaderías europeas harían trueques ventajosos. A pesar de las dificultades de transporte que existen hoy, los comerciantes de Santa Cruz que poseen mercaderías de Europa¹ realizan ganancias enormes. ¿Cuáles no serían, pues, las que obtendrían los especuladores que remontasen directamente el Amazonas, el Plata o el Paraguay?

Las mercaderías a importarse en Chiquitos son de fácil transporte y se fabrican todas en Europa. He aquí algunas: géneros azules y negros, indianas de algodón de vivos colores, como rojo, violeta y azul; pañuelos de algodón rojos, amarillos, azules, pero más especialmente con flores rojas; cintas de seda, de cinco a ocho centímetros de ancho, rayadas o floreadas; cintas angostas, como la "faveur", rojas, amarillas, verdes, siempre de colores vivos; botones de metal, bujerías de vidrio muy ordinarias para collares, chafalonías, como zarcillos, sortijas, pequeñas cruces de oro, doradas o de plata, para colgar del cuello de las mujeres, y medallas de cobre y de plata, con cruces e imágenes de la Virgen. Allí son buscados los objetos de quincallería, como las tijeras más comunes, cuchillos derechos con mango de madera, agujas de coser, principalmente de los números 0 y 1; hachas y utensilios de carpintería, limas, escofinas, etc.; cuadritos de santos, espejitos y muchos de esos objetos que se encuentran en París en los negocios de cinco a veinticinco céntimos.

Para regularizar el comercio de exportación de la provincia de Chiquitos con Europa, habría que hacer muy poco. Se realizaría por los ríos de la Plata y Paraguay, de un lado, y del otro, por los ríos Amazonas y Madeira.

¹ Esas mercaderías doblan el Cabo de Hornos y son desembarcadas en Chile o en las costas de Perú y de Bolivia; de allí var. por tierra, ya a La Paz, ya a Potosí, en donde los pacotilleros que venden al menudeo en Santa Cruz las compran de tercera mano. Después de haber cruzado trescientas leguas de montañas, después de haberse elevado a menudo cinco veces su precio, quedan en manos de los mercaderes que anualmente explotan las provincias de Chiquitos y de Moxos.

Nada más sencillo que la navegación por los ríos Paraguay y la Plata. Dije ya que los ríos Santo Tomás, Tapanakis y sobre todo el Oxukis podrían servir para llegar hasta el río Paraguay con barcos a vapor. En efecto, por esos ríos se hicieron las numerosas expediciones de los mamelucos de San Pablo que iban en busca de esclavos¹ y por ellos también surcaron aguas arriba, desde el Paraguay, los jesuitas cuando buscaban establecer comunicaciones fáciles con el centro de sus misiones. Por lo demás, si tales afluentes ofreciesen algunas dificultades, se podría establecer un puerto sobre el mismo Paraguay, no lejos de la desembocadura del Oxukis, 19° de latitud, en cuya orilla occidental, según lo afirma el padre Quiroga², existen unas colinas elevadas, continuación sin duda de la sierra de Sunsas. En cuanto a la navegación del río Paraguay, el mismo autor, que lo ha recorrido desde su fuente, dice que el Jauru es navegable por grandes embarcaciones, cincuenta leguas más arriba de su desembocadura con el Paraguay, y desde ese punto hasta el Plata³. Para establecer esta navegación, bastaría, pues, con practicar un camino hasta los ríos que mencioné o hasta el Paraguay, vale decir, unas treinta leguas a lo sumo. Todos saben que los mayores buques a vapor no encontrarían luego ningún impedimento para llegar hasta Buenos Aires. En tiempos de la conquista, numerosos bergantines remontaron el Paraguay hasta Chiquitos⁴. Se sabe también que una de las mayores fragatas de guerra de los españoles fué construída en Asunción del Paraguay y que bricks y goletas hacen todos los días ese trayecto para comerciar con Paraguay y Corrientes. No habría, pues, otros inconvenientes que los que pusiesen los gobiernos ribereños, tales como Paraguay, Corrientes, Entre Ríos y sobre todo Buenos Aires.

En cuanto a la navegación del Amazonas hasta la provincia de Chiquitos a través de la de Moxos, me propongo tratarla a fondo cuando hable de esta última. Me limitaré a decir aquí que la provincia de Chiquitos puede ofrecer una navegación fácil para vapores por el río San Miguel hasta cerca de la misión de San Javier, por el río Blanco hasta escasa distancia del noroeste de Concepción y por los ríos Serré y Verde hasta el norte de San Ignacio.

Por un lado Chiquitos podría exportar a Europa por los ríos Paraguay y Plata, y por otro, por los ríos Madeira y Amazonas. Cuando se medita en las inmensas ventajas que obtendría el comercio de esas grandes vías de comunicación, aprovechando los variados productos del suelo más fértil del mundo, uno se asombra de que los gobiernos europeos, con el fin de servir a la humanidad y tratando de crearse una salida para su exceso de población, demasiado grande

¹ Padre Fernández.

² *Descripción del Paraguay, Colección de documentos*, T. II, pág. 4.

³ *Idem*, pág. 3.

⁴ Núñez Cabeza de Vaca. *Comentarios*.

en comparación con la superficie que ocupa —y por consiguiente desdichada—, no hayan establecido esa red de navegación interior cuyas ventajas son tan positivas. La navegación del Plata, del Amazonas y de todos sus afluentes sería sin duda una fuente inagotable de riqueza para Europa, la cual, uniéndose a Bolivia —dispuesta a sacrificarlo todo a este resultado—, querría intentar esta empresa grande y hermosa, tan digna de un siglo de progreso.



NOTA SUPLEMENTARIA

Estaba ya impreso este capítulo, cuando recibí directamente del señor Manuel Luis de Oliden, de quien ya dije algunas palabras al respecto, la segunda edición española, impresa en Buenos Aires en 1843, de la noticia escrita por el señor Mauricio Bach sobre la nueva provincia de Otukis y sobre la concesión de esta pequeña parte de la provincia de Chiquitos, acordada al señor Oliden por la Cámara de representantes de Bolivia, a condición de que estableciese un puerto para la navegación del río Paraguay. Me parece que debo dar un extracto de estas informaciones que completan mi historia de Chiquitos.

Dije ya antes que en 1831 me había preocupado mucho de los medios de navegación de la provincia de Chiquitos por el Paraguay. Dije también que había hecho abrir un camino de Santo Corazón hasta la confluencia de los ríos Tucabaca y San Rafael y que en esta misma época había dirigido una rota al gobierno de Bolivia, señalándole las ventajas que se podrían lograr con esas nuevas comunicaciones comerciales. Aunque en la noticia impresa no se haya hecho mención de mis rotas oficiales, lo cierto es que, al año siguiente, ellas le sugirieron al señor Oliden, que nunca había visto esta parte de la república, la idea de pedir al gobierno una concesión encaminada a obtener el derecho exclusivo para formar un puerto en la confluencia de los ríos Otukis y Tucabaca, de manera que se facilitase su navegación hasta el río Paraguay. En su sesión del 5 de noviembre de 1832, la Cámara de representantes admitió la solicitud y encargó al poder ejecutivo que ayudase al señor Oliden en su proyecto y le acordase los privilegios que merecía su útil empresa¹. Ante esta resolución, el gobierno dictó el 17 de noviembre de 1832 un decreto por el cual concede al señor Oliden, *desde el punto en que fije el puerto, y sobre las orillas del río Otukis, veinticinco leguas de tierras en todas direcciones, para él y sus descendientes*²; *la propiedad de ese puerto durante cincuenta años; además, el derecho de transferir su propiedad como le plazca*; con la condición de que si en el término de cuatro años, a partir de la fecha del decreto, el puerto no estuviese formado y la navegación abierta, esas concesiones serían nulas. El 15 de abril de 1833 el ministro de Mariza con-

¹ La copia de todas esas piezas está impresa en la noticia del señor Bach, titulada *Descripción de la nueva provincia de Otukis* en Bolivia*. Buenos Aires, 1843, in 4º, de 25 páginas, con un mapa.

• El nombre de este río como el de la nación aparece en d'Orbigny escrito indistintamente *Otukis* u *Otuquis*. *N. del T.*

² Un radio de veinticinco leguas alrededor de un punto forma una figura redonda, y no un cuadrado como lo indican el plano que acompaña a la noticia y las demarcaciones fijadas por el acta de posesión. Por otros documentos sin duda se cambia el texto del decreto primitivo.

cedió al señor Oliden una patente de navegación para un barco de veinticinco toneladas con el que debía bajar desde Chiquitos hasta el Paraguay¹.

Provisto de tales documentos, el señor Oliden marchó a Chiquitos en 1833, y se estableció en Santiago para comenzar sus operaciones. A siete leguas de distancia, en las antiguas ruinas de la misión, cerca de las riberas del río Agua Caliente², fundó un caserío con el nombre de Florida. Se hizo construir una hermosa casa para él, mandó desmontar una vasta extensión y fijó allí su residencia. Abrió un camino hasta la Salina de Santiago³ y otro hasta el paraje que había elegido como centro de sus posesiones, a dieciséis leguas al este de Florida, en las antiguas ruinas de Santo Corazón. Era allí donde tenía intenciones de fundar la ciudad y puerto de Oliden. Pero el señor Bach anuncia en su noticia que en 1842 la ciudad estaba todavía en proyecto. El señor Oliden abrió otro camino, de 22 leguas, desde Oliden a la actual misión de Santo Corazón. Fundó además dos establecimientos rurales: uno en Sutos, a 15 leguas de Oliden, sobre el camino de Santo Corazón, y otro, la Rinconada, en la cadena de Santiago.

El 18 de junio de 1836 el gobernador de Chiquitos dió al señor Oliden su acta de posesión, fijando provisoriamente como límite una superficie cuadrada de cincuenta leguas de lado, comprendiendo las misiones de Santiago y Santo Corazón⁴ y extendiéndose hasta el río Paraguay. El señor Oliden dió a su posesión el nombre de provincia de *Otuquis*, asumió ese mismo día el título de gobernador y publicó un decreto por el cual, considerando que la mejor garantía que se pueda ofrecer a los colonos es la propiedad, concede de pleno derecho a los cien primeros, y con la condición de ocuparlos dentro de dos años, los siguientes lotes: un terreno para construirse una casa en la ciudad de Oliden, otro en los afueras destinado a jardín, otro para chacra y el último para la cría de ganado⁵.

Para tratar de interesar a una sociedad extranjera en la realización de sus proyectos, el señor Oliden envió en 1837 al señor Mauricio Bach, secretario de la provincia de Otuquis, a Río de Janeiro; pero, al parecer, hasta este momento (1844), no se ha podido hacer nada y la provincia de Otuquis se encuentra más o menos en el mismo estado.

Si todavía no ha sido intentada la navegación descendente por el Otuquis, no por eso el señor Oliden ha dejado de tratar de asegurarse por otros medios la posibilidad de esa navegación. En 1836 envió a su hijo, don José León de Oliden, a Cuyaba, en Brasil, en donde se embarcó en el río Paraguay y lo navegó aguas abajo hasta Albuquerque y fuerte de Coimbra, que, aunque están sobre la orilla occidental del río, pertenecen a Brasil. Fué también hasta el fuerte de Borbón o de Olimpo, primera posesión paraguaya, en donde el comandante no quiso recibirlo. Al remontar el río, entró en el Otuquis (Río Negro), en donde navegó cuatro leguas, hasta que se encontró detenido por camalotes (*Aguapé*) que le impidieron seguir más adelante. Divisando desde lo alto de una montaña de Albuquerque el extremo de la cadena del Sunsas, el señor Oliden

¹ Como en ninguna parte de la noticia se habla de la navegación en el río Otuquis, desde Chiquitos hasta el río Paraguay, es probable que este barco no haya sido construido.

² Nace este río a cinco leguas de Santiago, en las fuentes termales de que ya tuve ocasión de hablar.

³ Esta salina, de la que ya dije algo, está explotada por los indios desde el dominio de los jesuitas.

⁴ El señor Bach nos informa que, aunque comprendidas en los límites de la concesión del señor Oliden, dichas misiones están todavía bajo la dirección del gobernador de la provincia de Chiquitos.

⁵ El primero de 25 varas de frente por 50 de fondo; el segundo, un cuadrado de 100 varas de lado; el tercero, de 1.500 varas de lado, y el cuarto, de una legua de frente por dos de fondo.

quiso llegar por tierra a Oliden, pero después de haber arado diez leguas, y hasta la montaña de Yacadigo, a la que trepó, reconoció que se encontraba en la extremidad oriental de la sierra del Sunsas. Desde ese punto le pareció que el extremo de la sierra de Santiago, cerca de Oliden, estaría a unas doce o quince leguas. A pesar de esta corta distancia, la dificultad de abrirse un camino en medio de los bosques espinosos le obligó a volver sobre sus pasos. Volvió a Chiquitos por Villa María.

En su carta, fechada en Buenos Aires el 20 de diciembre de 1843, don Manuel Luis de Oliden me entera de que lo nombraron cónsul de Bolivia en Paraguay. Confío en que, dadas esas favorables circunstancias, el celo con que trató de establecer relaciones entre Chiquitos y Paraguay encontrará un nuevo apoyo, y que los siglos futuros le deberán la ejecución de un proyecto tan útil, cuya idea me felicito de haberla sugerido, así como de haber ordenado hacer los primeros trabajos.

CAPÍTULO XXXIII

VIAJE A LA PROVINCIA DE MOXOS POR EL RIO SAN MIGUEL. — ESTADIA EN LAS MISIONES DE BAURES E ITONAMAS DE LA PROVINCIA DE MOXOS. — FUERTE DEL PRINCIPE DE BEIRA Y NAVEGACION POR EL RIO ITENES O GUAPORE

§ 1

VIAJE A LA PROVINCIA DE MOXOS POR EL RIO SAN MIGUEL



NAVEGUÉ ocho días seguidos por el río San Miguel, admirando la riqueza de esta naturaleza salvaje y marcando por medio de una brújula, y según el cálculo de nuestra marcha, las menores vueltas del río. Corría éste en medio de una espesa selva virgen, compuesta del más variado follaje; en las barrancas se mostraban los tallos empenachados de inmensos bambúes * que ofrecían un contraste con la hoja elegantemente recortada del lambaiba o con el verde oscuro de las palmeras motacus. Veía a menudo árboles inclinados sobre las aguas, cuyas ramas, cayendo perpendicularmente, habían echado raíces y formaban grutas naturales o las más graciosas glorietas. A cada paso divisaba nidos de pájaros en la copa de los árboles, unos contruídos con tierra¹, otros semejantes a bolsas suspendidas, como los de los caciques, de los que en todas partes pululaban colonias enteras. Otros pájaros revoloteaban en bandadas delante de las piraguas y parecían reprocharnos que viniésemos a turbar su tranquilidad habitual. Me detuve la

1832

Río de San

Miguel

28 de enero

* D'Orbigny vuelve a hablar aquí de "bambú", pero siendo ésta una caña originaria del Asia, es evidente que debe tratarse de nuestra *tacuara*. (N. del T.)

¹ Es una especie del género *Furnarius*.

primera noche en un campo que pertenecía a guarayos salvajes y me instalé debajo de un techo de hojas de palmeras. En cuanto el sol desapareció debajo del horizonte, me vi rodeado por miles de grillitos, salidos del techo. Ya en Trinidad de Guarayos esos insectos me habían destrozado muchas ropas de lana, pero entonces se presentaron en número tan grande que pasé toda la noche defendiéndome de ellos; a la mañana siguiente sólo encontré la mitad de mi sombrero de fieltro. Esos pequeños grillos, de color negro, permanecen en los techos, y, así como las langostas de las provincias de Paraguay y de Corrientes devastan los campos, aquéllos roen en las casas todo lo que es de lana. Hasta entonces, me había merecido poca fe el relato hecho por Domingo Irala a Núñez Cabeza de Vaca, cuando, describiendo el país de los chiquitos, descubierto por él en 1542¹, habla de las precauciones que adoptan los indígenas para preservar sus ropas de esos insectos; pero esta noche cruel me hizo reconocer a mis expensas la exactitud de la narración.

La mañana es un instante delicioso en la zona tórrida. Cuando con los primeros rayos del sol se desvanece la espesa bruma que cubre con un velo la naturaleza, se goza dichosamente de la frescura de la atmósfera, se respira con voluptuosidad el perfume que exhalan cualquiera las flores nuevamente abiertas o las hojas que se desarrollan bajo la doble influencia del calor y de la humedad. Los pájaros cantan entonces la vuelta del día, cortejando a esas flores cuya diversidad de matices ofrece los más brillantes contrastes. Aquí matas del púrpura más vivo o del más puro oro; allí las acacias con olor a vainilla o la púdica sensitiva de los penachitos rosados. Todo habrían sido mieles para el viajero de un día. Muchas veces había contemplado las bellezas de la naturaleza virgen y siempre le encontraba los mismos encantos. Pero en mitad de la jornada, en el fondo de ese río bordeado por las altas murallas que forman los árboles seculares, ninguna brisa atemperaba el calor sofocante. El viajero lamenta entonces la mañana que pasó y espera impacientemente el fresco de la tarde.

El campo es completamente llano, uniforme, está cubierto por una capa negruzca, la mejor para la agricultura, y sin embargo permanece inculto hasta ahora. Al segundo día encontré en la orilla derecha del

río una colina de gres antiguo, y volvió a aparecer
 31 de enero la llanura arbolada; al cuarto, la orilla izquierda no ofreció ninguna huella humana. Bajé a tierra, y, siguiendo una vereda en la selva, encontré a cosa de una legua la casa de un guarayo salvaje. A mi llegada, los habitantes huyeron, pero como les hablé en su lengua (en guaraní), se tranquilizaron y me ofrecieron cuanto poseían. Me enteré por ellos que a menudo los saqueaban los Moxos, y tuve que tomar mis medidas para que no me abandonasen

¹ Barcia, *Historiadores primitivos de Indias*, T. I; *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, cap. XXXIX, pág. 30.

los remeros de mis piraguas. Confundido por los regalos del guarayo, lo invité a venir hasta el río para recibir los míos. Cogió entonces su arco y su flecha, y su mujer, aunque cargada con dos hijos gemelos, debió todavía llevar una parte de las provisiones. Una muchacha de doce años, de cara deliciosa, tomó lo demás. Nunca había inspirado yo tanta curiosidad. Los tres personajes con los cuales me encaminé no cesaban de contemplarme con una atención muy particular; quizás veían por primera vez a un blanco. Desde mi partida de Trinidad había reconocido varias veces las huellas de los guarayos, pero me enteré que estaba en los confines de los parajes habitados por esta nación.

El río es muy encajonado en todas partes; su curso estrecho pero profundo no ofrecería en ningún tiempo dificultades para la navegación de barcos de gran tamaño o para vapores. Sus orillas, al principio con bambúes cerca de Trinidad, se iban em-

1º de febrero bellecando poco a poco con árboles variados que, al quinto día, al acercarnos a la confluencia con el río Huacari, habían en cierta manera desaparecido. El río Huacari, conocido por los habitantes de Moxos con el nombre de río Negro (por el color de sus aguas), tiene su fuente en un gran lago situado entre Ascensión y Trinidad de Guarayos, y sigue durante algunas leguas paralelamente al curso del río San Miguel. En un trayecto de más o menos un grado y medio recibe del este las aguas de un crecido número de arroyuelos. Los dos ríos reunidos tienen la anchura aproximada del Yonne en Auxerre, pero son mucho más hondos.

El viajero que se mete en un paraje, por así decirlo, virgen experimenta gozos desconocidos para los que nunca salieron de los lugares poblados. Los animales de la selva desconocen los peligros a los que los expone la vecindad del hombre y no muestran ningún temor; es así como he visto a bandadas de monos observarme con curiosidad en vez de huir. En efecto, lejos de los lugares frecuentados por los guarayos en sus cacerías anuales, los mamíferos abundan de una manera increíble. Eran una piara de pecarís —jabalíes de esas comarcas—, un ciervo de veloz carrera, numerosos agutís y enormes tapires. En la copa de los árboles se veían frecuentemente alborozadas reuniones de diversas especies de caiguazús y de titís¹ o si no también de aluates, con toda razón llamados monos aulladores, y ateles, monos de cuatro dedos, cuyo negro color y sus maneras grotescas hacen de ellos verdaderos demonios. Las aves no eran allí menos numerosas, y en las selvas resonaban mañana y tarde los agudos chillidos de las penélopes y los hoccos —los faisanes de América—; las barrancas del río estaban casi siempre cubiertas de bandadas de estas últimas, de garzas reales, de garzones azules y de reuniones trashumantes de la blanca garzota.

¹ Entre otros el *Callithrix entomophagus*, d'Orb.

Desgraciadamente, pude aprovechar muy poco esas riquezas zoológicas, pues las lluvias casi continuas y un calor húmedo de los más fuertes no me permitieron conservar los animales preparados.

Pude realizar con bastante comodidad los viajes por esos ríos. Las piraguas que lo llevan a uno, hechas con un solo tronco ahuecado, tienen por lo general de nueve a doce metros de largo, por uno o dos de ancho. Muy bajas en el medio, un poco levantadas solamente en los extremos, una vez que están cargadas, sobresalen apenas un decímetro de la superficie, de suerte que el menor tronco oculto debajo de éstas hace entrar el agua con violencia. En las piraguas de tamaño regular se colocan por lo común dos pasajeros y cuatro maletas. Los pasajeros se sitúan debajo de una pequeña cabaña cubierta de cuero, en la que apenas se pueden mantener sentados. El número de remeros varía de acuerdo con la longitud del bote. Para gobernarla, van a popa dos indios de pie: uno, que es el capitán de la *canoa* o piragua, y su segundo; a proa, van también dos indios, sentados, encargados de advertir los obstáculos o de tratar de evitarlos; entre los equipajes, sentados de a pares, van los remeros. Todos están armados de largas pagayas de madera y reman el día entero sin detenerse jamás. Los indios comienzan el día bañándose; parten con la aurora y andan hasta las ocho. Se detienen para desayunarse y luego, antes de proseguir el camino, se dan otro baño. Reman hasta mediodía, bajan a tierra una hora para comer, y bogan hasta la noche. Cuando viaja algún personaje importante, los administradores envían una piragua-cocina cargada de víveres, a cuyo bordo preparan las comidas mientras navegan, con lo que se gana mucho tiempo. Fué así como viajé siempre en la provincia de Moxos. Al ocaso, en cuanto desembarcábamos, los indios marchaban al bosque para cortar horquetas de árboles y cañas o juncos. En un santiamén me construían un lecho, sobre el cual extendía mi colchoneta y mi mosquitero. Durante ese trayecto, los indios baures tuvieron para mí toda clase de atenciones. Si durante los días claros el calor era sofocante, por las noches elevábanse del río vapores espesos, y por las mañanas amanecía yo tan mojado por el rocío como por la lluvia más fuerte.

A medida que avanzaba, la selva de las márgenes del San Miguel se tornaba menos amplia y los bordes del río disminuían de altura. Varias veces quise abrirme paso a través de los bosques de ambas orillas, y al principio encontraba una profundidad boscosa de seis a ocho kilómetros, luego cuatro, y al octavo día, reducida a una orla, la selva indicaba nuestra proximidad de Moxos; finalmente, los árboles cesaron de pronto en la margen derecha, reemplazados por una llanura inundada. Me anunciaron los indios que estábamos en el puerto. El río San Miguel, que más tarde habría de volver a ver, forma más abajo la laguna de Itonama, pasa a la misión de Santa Magdalena y se convierte en uno de los afluentes del Guaporé o Itenes. Con este viaje, pues, había trazado un largo surco en medio de un



Nº 19. — Puente de lianas construído sobre el Piray por los indios Sirionos. (Bolivia)

espacio dejado en blanco en nuestros mapas y reconocido que el río San Miguel no es un tributario del Mamoré. A mis búsquedas anteriores, agregaba este nuevo resultado geográfico, mientras estudiaba una zona del continente americano hasta entonces desconocida.

Dejé el río San Miguel para marchar por tierra al Carmen, situado a siete leguas al este, sobre el río Blanco. Siendo imposible hacer el viaje a pie, tuve que hacer en piragua una legua de llanura inundada, hasta un bosque que tenía a la vista. No siempre había suficiente agua para navegar: entonces los indios se bajaban y arrastraban la canoa. Hacia las cuatro de la tarde, después de haber sufrido mucho con el sol, me encontré en medio de la selva, desde donde mandé dos indios al Carmen para pedir caballos, y mientras esperaba tuve que soportar las picaduras venenosas de nubes de mosquitos que abundan en esos parajes.

Carecía de víveres, pues la humedad me había abombado la carne seca de que iba provisto; por eso, al oír los mugidos lejanos de los toros, interrogué a mi intérprete, que me dijo que todos los alrededores están llenos de animales salvajes, cuyo número acostumbraban a calcularlo en unos diez mil. Me fuí, pues, a cazarlos en compañía de mis ayudantes y de los indios. Perseguido por uno de esos animales furiosos, tuve la fortuna de herirlo de muerte de un balazo justamente cuando corría inminente riesgo de ser su víctima. Cuando esos toros han llegado a los cuatro años, abandonan la compañía de las vacas y viven todos juntos una parte del año, no juntándose con las tropas de hembras y de becerros sino en la época del celo, que es periódica en aquellos lugares. Como naturalista, veía con placer a esos animales perder sus costumbres domésticas y recobrar las de su estado primitivo. Las reses que han vuelto a su estado salvaje son todavía muy numerosas en la provincia de Moxos. Desde el país de los guarayos hasta cerca del Carmen y de Trinidad de Moxos, lo mismo que en los alrededores de Reyes, existe una gran cantidad, que a veces se cazan sólo para quitarles la piel. Para los pueblos europeos habría allí una abundante fuente de riqueza.

Por la noche, los rugidos de un jaguar dieron la alarma a mi gente, pero la fiera no se atrevió a acercarse, contentándose con unirse a los mosquitos para impedirnos que gustáramos del reposo. A la mañana siguiente, recorrí todos los alrededores; pero

4 de febrero la inundación de todo el campo me obligó a no abandonar los límites del bosque. Los caballos me llegaron al mediodía. Al mismo tiempo el administrador me mandaba bueyes para arrastrar las piraguas con su carga hasta el Carmen. Mientras los indios cargaban los bultos, monté a caballo, acompañado por un guía. Cuando dejé el bosque, entré en un pantano de unos doce kilómetros de ancho, en el que el agua le llegaba muchas veces hasta la barriga a los caballos. Nunca he visto tantas aves juntas. En los sitios menos profundos veía garzas reales, garzotas, jabirús, y allí y en

todas partes, patos en tal cantidad que cuando volaban parecían una nube inmensa. Más allá del pantano, encontré el río San Francisco, que crucé en piragua. En un terreno menos inundado atravesé un hermoso bosque, más allá del cual existe una dehesa de caballos que cuenta con más de 3.000 yeguas. Desde allí hasta el Carmen la campaña se mostró sin interrupción, ora inundada, ora cubierta de bosques o de palmeras carondai. La provincia de Moxos no conoce términos medios: parece que en tiempo de sequía no se encuentra agua más que en los ríos, en tanto que durante los seis meses de lluvia todo está inundado, de suerte que se puede ir a cualquier parte en piragua, sin preocuparse de las cumbres que dividen las aguas de los ríos.

§ 2

ESTADIA EN LAS MISIONES DE BAURES E ITONAMAS DE LA PROVINCIA DE MOXOS

MISION DEL CARMEN DE MOXOS

Aunque cansado de trotar en el agua o en el fango, llegué finalmente al Carmen, en donde el cura, que desempeñaba también las veces de administrador, me recibió perfectamente. Me instalé en una habitación, en la que al comienzo me sofocó un insupportable tufo a almizcle. Producen este olor milares de murciélagos¹ que durante el día se quedan debajo de las tejas del techo. Felizmente, no pertenecen a la serie voraz de los vampiros, que tantas veces había tenido que sufrir en Chiquitos. Quise cambiar de alojamiento, pero nada habría ganado con ello, pues toda la casa está llena de estos animales, que, por lo demás, prestan inestimables servicios a los habitantes al disminuir la cantidad de mosquitos.

1832
*Carmen de
Moxos*

La aldea de Nuestra Señora del Carmen de Baures no es, como las demás misiones de la provincia de Moxos, obra de los jesuitas. Fué edificada en 1794 por orden del gobernador Zamora. Habiéndose enterado de que existían cerca de las fuentes del río Blanco algunos indios salvajes, el administrador de Concepción de Baures mandó buscarlos con un gran número de piraguas tripuladas por baures². Pertenecían a la nación Quitemoca³, ya en parte reducida por los jesuitas

¹ Principalmente el *Noctilio affinis*, d'Orb.

² Estos datos son oficiales y los he tomado de las mismas actas en los archivos de la misión.

³ Estos indios, llamados chapacuras por los administradores, pertenecen por su lengua, como he podido comprobarlo, a la misma nación que los quitemocas.

en Concepción de Chiquitos, y fueron obligados a acudir, en número de doscientos. Con ellos se formó una aldea a doce leguas al sur de la misión actual, mezclándolos a trescientos indios baures tomados de la misión de Concepción de Moxos; pero como la misión estaba emplazada en un sitio muy malsano, en 1801 se la mudó al que hoy ocupa, es decir, a poca distancia del río Blanco, sobre una ligera colina rodeada de esteros.

La aldea no tiene ningún edificio. La iglesia es sencilla. Las casas del Estado, cubiertas de tejas, son siempre provisorias; las de los indios, con techos de paja, están en mal estado. El más bello ornato de la misión consiste en cuatro palmeras totais que rodean a la cruz en medio de la plaza. En cuanto a los alrededores, son espantosos, si se exceptúan las márgenes del río Blanco, a las que se llega por un dique levantado hace sólo unos pocos años. Ahí están situados los campos de cacao y de cultivos pertenecientes a la aldea. La industria está menos adelantada en Carmen que en cualquier otro lugar: se tejen unos paños burdos y se cosecha cacao. En 1801 la población era de 514 almas; hoy cuenta con 397, pertenecientes a las dos naciones quitemocas y baures. De estos últimos, la tribu de los muchojeones habla un dialecto un tanto diferente del de los baures, que a su vez no son más que una tribu de la gran nación de los moxos. Sus habitantes son de una extremada bondad. Baste para prueba la paciencia con que soportaron durante largos años la infame conducta de sus administradores y de su cura, quienes, habiéndose repartido la misión como un harén común, se hacían traer sucesivamente a todas las indietas, en cuanto habían llegado a la edad de ocho o diez años, bajo pena de cincuenta azotes. No reproduciré ni el número de víctimas de esos monstruos ni otros horrendos detalles que supe de labios mismos de los intérpretes; hacen estremecer a la humanidad. El cura había muerto hacía un año, execrado por todos los indios, y al administrador lo habían destituido en cuanto se conoció su conducta.

Permanecí en Carmen cinco días, que empleé para estudiar y en hacer investigaciones. El domingo, después de misa, todas las indias de la misión vinieron a visitarme. Lo mismo que en Chiquitos, cada una me traía un presente: pollos, patos, vainilla, cacao, pieles de mono y, en fin, todo aquello que les parecía que podía llamar mi atención. Yo también les hice regalos; pero como la fama había exagerado considerablemente mi largueza, la aldea entera vino a asaltarme; y por la tarde me vi obligado a requerir un fiscal para deshacerme de los importunos. En mis paseos por los alrededores de Carmen, descubrí en las márgenes del río Blanco una nueva especie de palmera, provista de largas espinas blancas¹. Comprobé que los campos de cacao, de magnífica pujanza, no podían estar peor cuidados. Apenas si una vez por año les carpen las malas hierbas.

¹ Es el *Bactris Brongniartii*.

El 10 de febrero salí de Carmen para dirigirme a la misión de Concepción de Baures, distante dos jornadas por el río Blanco. El cura había hecho adornar con flores mis piraguas y me había dado

10 de febrero un tambor para anunciar que yo era un gran personaje. Me despedí de él y comencé a bogar. En este lugar el río Blanco es muy profundo y muy encajonado, y es bastante más ancho que el San Miguel, pues debe tener quizás unos ciento cincuenta metros. Presenta el mismo aspecto que el río San Miguel, sólo que es mucho más tortuoso y recibe a cada paso pequeños afluentes de los pantanos vecinos. Las orillas están agradablemente adornadas con palmeras a las que se mezclan muchos otros árboles; nunca he visto tanta caza como allí, lo que se explica porque a los indios de Moxos se les prohíbe usar armas y, por consiguiente, cazar¹. Los grandes monos, sobre todo los ateles, se mostraban a cada momento y me divertían con sus cabriolas. Vi también muchos delfines, de la especie singular que vive todo el año en los ríos y son de color rosado o manchado. Era para mí una novedad encontrar a esos animales a más de ochocientas leguas de mar, cuando las especies conocidas no salen del océano, o remontan a lo sumo algunas leguas de la desembocadura de los ríos. A este animal, muy común en Moxos, los españoles lo llaman *Bufeo*². Me detuve a mitad del camino para pasar la noche y pude matar algunos monos nocturnos, que venían a caer sobre mi cabeza desde la copa de los árboles.

Por su gran número de pequeños afluentes, el río Blanco se ensancha cada vez más; en todas partes, y hasta muy arriba de Carmen, ofrecería una navegación cómoda para vapores de gran tamaño. Cuando la estación de las lluvias está muy adelantada,

11 de febrero para ganar camino se toma un arroyo llamado Oquiré, sobre la margen derecha, entre Carmen y Concepción. Por este arroyo, que evita las curvas del río, se llega a un estero que conduce en línea recta por la llanura hasta Concepción. A las cinco de la tarde el tambor anunció la proximidad del puerto, en donde encontré al alférez de la misión con los caballos. Confié mi equipaje a la vigilancia de este juez y, siguiendo una hermosa calzada de una legua, construída por los jesuitas para cruzar un estero, salvé la distancia, precedido por un indio a caballo, que galopaba tocando la caja para anunciar mi llegada.

¹ Esta medida fué tomada por los gobernadores españoles en ocasión de las riñas que tuvieron por escenario San Pedro, bajo el gobierno de Velasco. Véase más lejos las generalidades sobre la provincia de Moxos.

² Es la especie que he llamado *Inia boliviensis*.

MISION DE LA PURISIMA CONCEPCION DE BAURES

Al entrar en la misión, me sorprendió un aire de esplendor que nunca había encontrado, ni siquiera en las más lindas de la provincia de Chiquitos. La extensión, la distribución de las casas y sobre todo la plaza, en la que se elevaban una magnífica iglesia y un colegio que formaban un cuadrado de un piso, me dieron ocasión para admirar una vez más los trabajos extraordinarios de los jesuitas en esas regiones. El administrador y el cura vinieron a recibirme, me dieron cómodos departamentos y, después de atender la visita de los jefes indígenas, pude continuar libremente mi papel de observador.

A la mañana siguiente era domingo, y se festejaba, además, la paz con Perú. La aproveché para estudiar a la población, compuesta entonces de 2721 almas, pertenecientes a la sola nación de baures o bauros¹. De talla mediana, los indios son de un

12 de febrero porte desenvuelto y de rasgos bastante regulares.

Como en Chiquitos, las mujeres visten el tipoi, que es aquí de un tejido más fino, sin adornos; algunas lo llevaban ridículamente pintado de negro. En la iglesia todas dejan sus cabellos sueltos, muy untados con aceite de coco para tornarlos lacios. Este cuidado de la "toilette" exhala un fuerte olor al que es necesario habituarse. En cuanto a los indios, usan para todos los días una camisa sin mangas, hecha con corteza de *ficus* o de una especie de morera, sobre la cual pintan cuadrados regulares en colores². El domingo se revisten con el mismo tipoi tejido que las mujeres y dejan sueltos sus cabellos, lo mismo que ellas, de suerte que es muy difícil distinguirlos, pues son todos lampiños.

Dijeron una misa mayor italiana, que no me pareció tan bien cantada como en Chiquitos, en tanto que, por el contrario, me sorprendió la música instrumental, plena de armonía, en la que admiré sobre todo los bajos formados por un instrumento propio de los indígenas, especie de flauta de Pan de uno a dos metros de largo, construída con hojas de palmeras unidas unas con otras, de manera que forman trece tubos de longitud y diámetro diferentes, de los cuales nueve están en una línea para las notas y cuatro en otra para los semitonos³. Los indios no sostienen al instrumento verticalmente como la flauta de Pan ordinaria, sino que lo colocan horizontalmente y producen los sonidos apretando los labios como para las trompetas; pero como al mú-

1 V. "El hombre americano", pág. 344, editado por Futuro.

2 V. plar.cha de trajes, N° 41.

3 Traje esos instrumentos a Francia, pero estaban tan deteriorados que ya no puede sacarse ningún sonido de ellos.

sico le sería muy difícil sotenerla, un niño les tiene siempre el extremo. Las notas bajas que sacan del instrumento son realmente de una extraordinaria belleza, y yo no me cansaba de oírlas.

Después de la misa, los indios, tocados con una especie de aureola de plumas, y llevando cascabeles en las pantorrillas y un gran sable de madera en la mano, comenzaron al son del tambor una especie de danza religiosa y guerrera muy monótona, después de la cual, otros sesenta indios, todos provistos de flautas de Pan de distintos tonos, desde las notas más agudas hasta las más graves, y acompañados de flautas y tambores, salieron de la casa de un juez, se colocaron en dos filas y se pusieron a ejecutar una música singular, mientras marchaban a compás, con paso tardo y de costado¹. Cada uno de los músicos no producía más que un número muy limitado de notas, y, sin embargo, el conjunto de esos acordes completamente salvajes tenía a veces mucha armonía. Esta comparsa se detuvo en las cuatro esquinas de la plaza para orar en las pequeñas capillas. Por la noche hubo un baile en el que indios e indias ejecutaron unas contradanzas españolas. Las mujeres llevaban sus tipois de indiana atados a la cintura con un pañuelo de colores. No bailaron, empero, ningún baile nacional que pudiese interesarme.

Retenido en Concepción por lluvias torrenciales, ininterrumpidas, traté de sacar provecho de mi estada forzosa. Revisé los archivos, levanté el plano de la misión, recorrí los alrededores mientras me fué posible y recogí muchos datos del cura, del administrador y de los intérpretes, a quienes hacía venir todos los días a este efecto. Encontré una gramática baure escrita por los jesuitas; hice sacar una copia y yo mismo recogí un corto vocabulario de la lengua de esos indígenas.

Visité con sumo placer los campos de cultivo de la misión. Las plantaciones de cacao son realmente admirables por el vigor de su vegetación. Las plantas exhibían los frutos maduros en sus troncos y en las ramas gruesas, pero nunca en su extremo. Alrededor de las almendras, este fruto encierra una pulpa agridulce que encontré agradable. Admiré los magníficos campos de algodón, de maíz, de arroz, de mandioca, etc., y también me alejé del centro para ver los campos de los indios. En uno de esos paseos cerca de la misión, entré en un pequeño curso de agua llamado río Negro, cuyo cauce remonté en piragua; mis fatigas se vieron ampliamente compensadas, pues descubrí una nueva especie de palmera, cuyas hojas, terminadas por especie de ganchos, se agarran a la rama de las zarzas y le permiten a la planta sostenerse así. La dibujé cuidadosamente². En otro paraje me hallé en medio de colonias de hoacines, singulares aves que participan a la vez de los faisanes y de las aves ribereñas. Habían hecho sus nidos con pajitas en los zarzales, sobre las aguas, y pude recoger

¹ Plancha N° 44.

² Es la *Desmoncus rudentum*.

a la vez al ave y a los huevos. A mi llegada, lanzaron grandes chillidos y me persiguieron largo rato.

Como en Moxos abundan las reses, cada dos sábados se hace una distribución a los indios. En Carmen mataban quince bueyes; en Concepción veintiocho, en relación con sus habitantes. Fuí testigo de esta distribución instituida por los jesuitas. Los pastores trajeron a las reses, las mataron y cortaron la carne en tantos trozos como familias había. Colocaron a esas porciones en hilera sobre los cueros extendidos en el suelo, y el cacique de un lado y el alférez del otro, ordenaron a los intérpretes que llamasen a todas las mujeres casadas por sección, cada una de las cuales vino por turno a recoger su ración, pasando en medio de una doble fila de fiscales armados de látigos, que hacían de policía. Después de las casadas, llegaron las viudas, luego las solteras y los niños; pero como para estos últimos no había bastantes porciones, pusieron sobre los cueros las patas, las vísceras y las tripas de las reses, de todo lo cual se apoderaron. No pude menos de admirar el orden riguroso que presidía la operación.

He tenido ocasión a veces de hablar de la desfachatez y de la familiaridad de los *iribús*, parásitos del hombre civilizado y del salvaje. En esta circunstancia me divertí de veras viendo a esas aves acudir con una audacia increíble como para particiar en la repartija. Uno de ellos, fácil de reconocer porque cojeaba, mostraba más audacia que los demás. En cuanto apareció, los indios lanzaron exclamaciones de júbilo porque se divertían con él y no le hacían ningún mal. Desde hacía diez años, esta ave no había faltado a ninguna repartija. Llegaba a robar la carne hasta de las cestas de los indios.

Matan veintiocho bueyes cada quince días para la distribución general. Se dobla la ración en la fiesta de la misión, y los administradores del colegio tienen carne fresca cada dos días. Esta cifra, unida a la de los gastos extraordinarios para el aprovisionamiento de las piraguas cuando viajan personajes, representan un total anual de cerca de novecientas cabezas de ganado.

Otro día fuí testigo de la entrega por las indias del hilo que habían hilado para el Estado. A la puerta de la entrada del colegio se colocó el cacique con balanzas destinadas a verificar si cada madeja de hilo tenía el peso exigido. Cada india la depositaba al entrar, y cuando pasaron todas, fueron a situarse bajo los corredores para hacer un ovillo con su hilo. En número de quinientos más o menos, fueron presentándose luego al llamado por lista, y mostraban el hilo, que se pesaba de nuevo y cuya fineza se verificaba, con el objeto de castigar a latigazos a las obreras que lo presentaban demasiado grueso. A cambio de su ovillo, cada obrera recibió un pedazo de jabón fabricado en la misión. Cuando se trató de castigar a todas aquellas que habían sido halladas culpables, logré obtener a fuerza de súplicas al administrador que las perdonasen por esta vez. En Chiquitos no se castiga más a las mujeres desde el gobierno de don Marcelino de la

Peña; pero en Moxos la rapacidad de los administradores y de los curas perpetúa y aún multiplica los castigos.

A la mañana siguiente se hizo una nueva distribución de algodón. Los jefes pesaron el algodón en copos y formaron con ellos montoncitos de veinte onzas, colocados en fila sobre un mantel. Llamadas sucesivamente por su nombre, las mujeres vinieron a recibirlo por tribus, debiendo cada una de ellas presentar en su lugar quince días más tarde cuatro onzas de hilo.

Creía que encontraría a los pobres indios más libres en Moxos que en Chiquitos, pero me equivoqué. En Moxos no tienen más que un día para sí, excepto los domingos y días de fiesta, que están enteramente consagrados a los actos religiosos. Todo el resto del año se los supone ocupados por el bien del Estado, cuando lo que ocurre es que son explotados por sus administradores y sus curas, los cuales no les dejan un solo momento de descanso. Para las mujeres se tienen menos miramientos que para los hombres, lo que enerva mucho el crecimiento de la población. Nunca he visto bajo un gobierno libre más esclavitud y despotismo. Conviene decir que antes de mi viaje los jefes de Estado ignoraban completamente lo que pasaba en esas provincias apartadas del centro y consideradas en cierta manera como una posesión de los habitantes de Santa Cruz, fuertemente interesados en ocultar la esclavitud de los indígenas.

En las misiones de Moxos los indios pasan mucho más tiempo en la iglesia que en Chiquitos. Los jóvenes van por la mañana y a la tarde para aprender el catecismo y a las ocho de la noche se reza en común. El sábado, siguiendo una costumbre implantada por los jesuitas, se hace en honor de la Virgen una procesión alrededor de la plaza, con indios ataviados con plumas que danzan delante de la columna. Su aire grave contrasta de manera chistosa con lo grotesco de su indumentaria¹.

La misión de la Purísima Concepción de Baures fué fundada hacia 1700² por los jesuitas, con indios de la nación Baure, que eran entonces, junto con los moxos, los indígenas más industrioses de esas comarcas. Conocían la tejeduría y se vestían todos con túnicas de tejidos de algodón. Desde su fundación, esta misión no ha hecho más que mejorarse. Como sus campos de cultivo, está situada en un terreno extenso, muy parejo, libre de inundaciones y rodeado de pantanos, lo que la convierte poco más o menos en una isla. Esta isla está a dos mil metros del río Negro, que los indios utilizan para ir a sus campos y que está separado del río Blanco por una amplia calzada.

¹ Esta costumbre de bailar con la cabeza cubierta de plumas fué introducida en todo el Perú. La encontré en La Paz y en Yungas. Es una costumbre general en las mesetas andinas.

² No existía en 1696, cuando el padre Eguiluz escribía su *Historia de Moxos*.

Componen su edificación una bella iglesia, construída con madera y tierra, y un colegio, fábrica de un piso que ocupa toda la periferia de un gran patio. Numerosos talleres encuadran otros patios. La plaza, bastante grande, está dotada de capillas en sus cuatro esquinas y ocupa su centro una cruz adornada con hermosas palmeras cucich. Está rodeada por numerosas casas de indios, bien alineadas y ubicadas de manera que favorezcan la libre circulación del aire. Todo respira grandeza y orden en esta misión, sin disputa la más hermosa de la provincia.

Los indios baures¹ que la habitan son generalmente fuertes, robustos, buenos, suaves, pero tan pusilánimes que el miedo a los castigos los lleva a soportarlo todo. El cacique es allí todopoderoso y se conduce como el más exigente de los déspotas. Asume el título de gobernador y nunca anda sin estar acompañado de su teniente y de su intérprete. Los indios le tienen gran respeto y le temen hasta el pavor; por eso, en cuanto los ven desde lejos se quitan el sombrero y cruzan sus brazos en el pecho. Es cierto que se ha visto a esos jefes castigarlos cruelmente a latigazos por haberse olvidado de ese deber. Como los administradores y los curas no se ocupan más que de sus intereses privados, abandonan todos sus derechos a los caciques, que muy a menudo no necesitan de estímulo para abusar de ellos. Como hoy no están retenidos ni por la religión ni por las costumbres severas de los jesuítas, beben continuamente chicha de maíz hasta emborracharse, y entonces administran justicia según su capricho. Se ha observado que los caciques de Concepción vivían poco después de alcanzar ese empleo. Abusan en tal forma de la abundancia de que pueden gozar, que caen pronto en la obesidad y acaban en poco tiempo con su salud. Son tan vanos y están tan orgullosos con su posición que no la cambiarían por un reino.

La enorme negligencia de los jefes trae aparejados vicios sin cuento en un pueblo que está en la infancia de la civilización; por eso la corrupción alcanza allí su mayor grado.

Completamente desnudas hasta la pubertad, las jóvenes no tienen ningún pudor; de ahí que más tarde no tengan escrúpulos por su conducta; por lo demás, desde que los principios de la sana religión ya no las contienen, han vuelto a la costumbre primitiva de su nación de entregarse indistintamente a todos sus parientes.

Son éstos los indios más industriosos de todas las misiones. Fabri-

¹ Estos indios están divididos en gran número de secciones, que corresponden sin duda a los distintos caseríos de que hablan los antiguos escritores. A propósito de los baures, el padre Eguiluz, en su *Relación de la misión apostólica de los moxos*, 1696, pág. 24, dice que se dividía en 65 aldeas. Las secciones o parcialidades cuyo emplazamiento determiné son las siguientes: *Gimoboconos, Hompacecobonos, Escrinos, Tirabajanos, Nipocenos, Coriceboconos, Choyinobenos, Itapimuyiros, Taramuinos, Chaquionos, Muchogeonos, Choromonos, Cabiripoyapenos, Abejanos, Arayamanos, Amoriciboconos, Paresabanos, Paromoconos, Abeabanos y Yoboconos.*

can tejidos de algodón fino y muy estimados en la república. Las esteras pintadas a la pluma son muy originales y muy hermosas las hamacas; para los tejidos corrientes tienen telares toscos; las hamacas exigen de ordinario el trabajo asiduo de seis mujeres durante uno o dos meses: tejen a mano sobre un gran marco, colocándose tres de cada lado. Visité a menudo los talleres de tejido, de pintura o de ebanistería, en donde admiraba sus cofrecillos y sus cajitas, encantadoras obras en madera de palisandro (jacarandá), con incrustaciones del brillante nácar de las conchillas de agua dulce. También fabrican allí camas de viaje, valijas, etc. Otros obreros hacen cosas muy lindas con trenzas de paja, como sombreros y costureritos; sobre un barniz tan bello como el de China pintan calabazas; tornean cocos para convertirlos en cajitas elegantes y fabrican muchos pequeños objetos con cuernos y huesos o los dientes de los caimanes. Son los hombres más hábiles de la provincia, y uno se asombra de la perfección de sus trabajos al pensar que por toda herramienta tienen sus cuchillos. El cacao, la caña de azúcar y el arroz son, con los tejidos, los productos corrientes de la misión.

A pesar de todos mis esfuerzos, el administrador me retuvo en Concepción hasta fin de mes, con el pretexto de las lluvias constantes, y hasta el 1º de marzo no pude marcharme. Partí, en efecto, con gran contento, pues tenía grandes deseos de proseguir mi *1º de marzo* viaje. Al despuntar el alba me encaminé al muelle para dirigirme a Magdalena, situada a veinte leguas al noroeste. Cuando llegué al río Blanco me cruzaron en piragua, lo mismo que a mí equipaje. En cuanto a los caballos, se los obligó a arrojar al agua y a nadar hasta la otra orilla; pero, asustados sin duda por los caimanes, resoplaban fuertemente, y uno de ellos se ahogó, cosa que no preocupó mucho a mis guías. En la margen opuesta ensillaron de nuevo a mis caballos y me interné por entre bosquecillos a través de una llanura inundada hasta llegar a la calzada construída por los jesuítas para cruzar los pantanos en cualquier época del año. Esta calzada, de las mejor construídas, me condujo a un gran bosque poblado de palmeras motacus y de árboles variados de magnífico desarrollo, que cubrían un suelo arenoso con terrenos negruzcos, muy aptos para los cultivos. Cuatro kilómetros más allá encontré una nueva calzada de cerca de ocho kilómetros de longitud, trazada en medio de un estero inmenso. El cielo estaba muy cargado. Las nubes se abrieron al fin, y durante dos leguas recibí torrente de lluvia antes de llegar a Guacaragé. Nada puede igualar la fuerza y la abundancia de esos chaparrones que cubren en un instante a toda la extensión con una capa de cuatro centímetros de agua, que luego se va filtrando lentamente. En el puerto de Guacaragé, situado sobre el río del mismo nombre, encontré una casa y la mayor parte de las piraguas de la misión de Concepción. Ese lugar sirve de punto de partida para las misiones

de Moxos o del Mamoré, pues las vueltas del río Blanco no permiten seguirlo sin emplear doble tiempo en el camino.

Después de haberme cambiado de ropa, y encontrándome todavía a doce leguas de Santa Magdalena, me embarqué en el río Guacaragé, bastante ancho como para permitir una navegación fácil; corre este río en medio de llanuras inundadas, completamente desnudas de árboles, y se reúne tres leguas más abajo con el San Miguel, que yo había dejado cuando me encaminé a Carmen y que, debajo de esta confluencia, toma el nombre de río Itonama. En su confluencia este río es muy ancho; sus orillas están desprovistas de árboles y corre en medio de llanuras inmensas, en ese momento inundadas en parte, y de aspecto tristísimo, pero que deben ofrecer magníficas praderas cuando las aguas se retiran. Al acercarse a Santa Magdalena, se torna más tortuoso; se encuentran entonces llanuras menos anegadizas, pobladas con millares de animales, pues a ambos lados están las estancias de San Antonio y de San Miguel. En las barrancas veía muchos carpinchos y caimanes, los únicos huéspedes de esos parajes; divisé a lo lejos la misión, a la que pronto llegué, pues mis remeros cubrieron la distancia en cuatro horas. Se cita a los baures entre los buenos remeros de la provincia.

MISION DE SANTA MAGDALENA DE MOXOS

Llegué finalmente al puerto. Un muelle de quinientos metros de largo me llevó a la misión, en donde el administrador y su familia, compuesta de su mujer y sus hijas, me acogieron perfectamente. Eran las primeras mujeres blancas que encontraba desde mi partida de Santa Cruz de la Sierra, es decir, desde hacía nueve meses. Como los alrededores estaban todos inundados y las lluvias torrenciales caían siempre con más violencia, sólo pude ocuparme de búsquedas estadísticas o lingüísticas, al mismo tiempo que estudiaba por lo menudo la misión.

Poco después de 1700 los jesuitas fundaron Santa Magdalena con la nación itonama, que hablaba una lengua completamente distinta de las demás de la provincia. Tanto creció bajo el régimen de la Compañía, que en 1792 el gobernador Zamora la mandó dividir, y el excedente de su población sirvió para fundar otra aldea a veinte leguas al oeste, cerca del río Machupo, que se llamó San Ramón. Situada sobre la margen izquierda del Itonama, la misión está rodeada de llanuras anegadizas en tiempo de lluvias, y forma entonces un islote de unos tres kilómetros de largo, orientado hacia el nornoroeste. Se levanta la aldea en el extremo sur de esta parte no anegadiza, que, sin embargo, no tiene más que uno o dos metros de altura sobre el nivel de las tierras inundadas. La aldea está inmejorablemente distri-

buída. Su iglesia, muy amplia, construída en el gusto gótico, es muy notable por sus esculturas de madera y pertenece al estilo más florido de la Edad Media. El colegio, cuadrado, con un piso superior, está dividido en tres grandes salas, más bellas que cómodas. El resto se parece en un todo a las demás misiones, principalmente a Concepción de Baures.

Su población, que en 1832 era de 2781 almas, se compone solamente de indios itonamas, cuya lengua gutural se acerca, por la extrema dureza de sus sonidos, a la aimará y quichua, aunque sea muy diferente. Su altura es bastante elevada; sus piernas delgadas no les impiden ser los más activos de la provincia. Por regla general son buenos, pero tienen la reputación de ser los más decididos ladrones, lo que podría explicarse por su mayor miseria. Sin embargo, no puedo quejarme personalmente de ellos. Son dóciles hasta el servilismo con los blancos, a quienes empero detestan, no sin algunas razones. Su indumentaria es la de los baures, sólo que las mujeres llevan muy a menudo tipois negros. Los muchachos, completamente desnudos hasta la pubertad, usan, como los guarayos, una liga debajo de la rodilla y otra encima del tobillo. Las niñas, igualmente desnudas, llevan un cinturón formado con una sola hilera de cuentas de vidrio.

Mis muchas conversaciones con los curas y con los administradores de Santa Magdalena y de San Ramón me cercioraron que los itonamas recobran, bajo el régimen actual, todas las supersticiones y hábitos de su estado primitivo. Citaré algunos de ellos. Cuando nacen sus hijos, los padres convienen en que los casarán, y desde ese momento los consideran esposos, enseñándoles hasta las relaciones recíprocas más íntimas que deben existir entre ellos y acostándolos a menudo en la misma hamaca. Esta costumbre, que los curas tratan de desterrar, obliga a éstos a casar a los jóvenes a muy temprana edad para justificar su conducta y la de sus padres. Las niñas se casan a los ocho años, y una vez vi un viudo de trece. Su religión es puramente exterior; por eso carecen de escrúpulos. Los hombres se prestan de buen grado las mujeres entre sí, las cuales, por lo demás, se entregan a todos sus parientes.

En sus enfermedades están llenos de supersticiones. En cuanto una persona se siente mal, va a residir a casa de sus padres. Inmediatamente después de su parto, la mujer abandona a su marido y a su hogar y se va a la casa en que nació, aun cuando sus padres ya no existan; todo lo cual acarrea muchos accidentes. Cuando un enfermo recibió los últimos sacramentos, sus parientes lo privan de todo durante veinticuatro horas. Cuando lo creen próximo a expirar, se reúnen y cierran los ojos, la boca y las narices del moribundo, con el fin —según explican— de que la muerte no pase de su cuerpo al de los demás habitantes de la casa. Y así ocurrió a menudo que, tomando a un síncope por una agonía, esos bárbaros precipitaban, al ahogarlo, los últimos momentos de su allegado. Entre los itonamas es tal su egoísmo,

que jamás comparten nada, ni siquiera lo que les sobra. El cura me citaba uno de esos rasgos: un indio había conseguido una bujía y la había encendido en una de esas casas largas sin tabique en que viven muchas veces varias familias juntas, pero para que sus vecinos no pudiesen aprovechar de la luz, hizo colocar a toda su familia alrededor de la vela para esconderla a los otros habitantes de la casa.

En Magdalena la industria no está tan desarrollada como en Concepción, pero en cambio sus tejidos son mucho más finos. Recorrí las chacras, cuyo excelente estado hablaba en favor del administrador. En la especie de islas vi campos inmensos de caña de azúcar, de algodón, de tamarindos y muchas plantas nuevas de cacao. He aquí cómo se cultivan estas últimas. Se comienza por hacer una plantación de bananeros; cuando han alcanzado un buen desarrollo, al pie de cada uno se siembran varios granos de cacao, que, con muchos cuidados y protegidos además en su primera edad por la sombra de los bananeros, crecen poco a poco y comienzan a dar sus frutos a partir del cuarto o quinto año. Esos sembrados sirven solamente para el aprovisionamiento del colegio y aprovechan al gobierno. Los campos de los indios están a cuatro jornadas de camino, bajando el Itonama, cerca de su confluencia con el Machupo. Como los pobres indígenas están siempre a disposición de los administradores, sólo obtienen quince días por año para sembrar y quince para cosechar; pero como la época de las cosechas coincide con la del comercio y del transporte de mercaderías, sucede a menudo que los itonamas, imposibilitados de visitar sus campos, pierden parte de su cosecha y continúan viviendo todo el año en la miseria más profunda.

El entierro de carnaval, lo mismo que los anteriores días de esas fiestas, todo estaba en paz en la misión y nadie pensó en las diversiones. Verdad es que en Magdalena existía la mayor desunión entre el cura, el teniente cura y el administrador, y que éste llegaba a temer continuamente por su vida.

Cansado de las pocas ventajas que podía obtener con mi estadía en Magdalena, pensé continuar mi viaje. En efecto, retenido en el colegio por torrentes de lluvia, encerrado en un pequeño círculo de chacras desde el que divisaba las llanuras inundadas o, en lontananza, algunos bosquecillos aislados a los que no podía llegar, sólo pensaba en mi partida. En el horizonte veía también la cima de una colina situada al este de los 20° norte. Me hubiera gustado mucho llegar hasta ella, pero la inundación me impedía que fuese por tierra ni en piragua, aunque el nivel de las aguas creciese todos los días.

El 7 de marzo, con tiempo espantoso, dije adiós a Magdalena y me embarqué aguas abajo en el Itonama. Su corriente es rápida: se desliza en medio de una llanura parcialmente inundada y sin bosques hasta cinco leguas; allí me aparté de su curso para tomar el de un arroyo sobre la margen izquierda. Desde ese punto el río Itonama desciende hacia el nor-

oeste, hasta el momento de juntarse con el Machupo, a escasa distancia del río Guaporé o Itenes. El arroyo en que entré regaba una llanura enteramente inundada. Las malezas y zarzas de las orillas estaban cubiertas de agua hasta su copa. Se acercaba la noche y temía verme obligado a permanecer en las piraguas; hasta que al fin encontré en la costa a indios y caballos que estaban aguardándome allí. Marché a través de pantanos hasta la estancia San Carlos, situada a dos kilómetros. Era noche cerrada cuando llegué.

Me instalaron en uno de los compartimientos de la cabaña destinada a los viajeros. Era tal la humedad allí, que más de treinta sapos vivían en el fango. Colgué mi hamaca, pero muchísimos murciélagos, huyendo sin duda como yo de la lluvia exterior, me apagaron diez veces la luz. Cuando quise conciliar el sueño, sus continuos aletazos y el miedo de que me mordiesen turbaron completamente mi reposo. Considerábame, sin embargo, dichoso por haber encontrado un techo y escapado a la picadura de los mosquitos y al agujijón de las hormigas rojas que infestaban las piraguas y a los continuos chaparrones de la estación. Compadecía a los pobres indios, que por traerme hasta aquí, estaban obligados a colgar de noche sus hamacas encima de las aguas y a sufrir todas las inclemencias del momento.

En Moxos, como en el resto de la América meridional, los establecimientos para la cría de animales están en pañales en lo que se refiere a medidas de previsión. Las bestias están allí libradas a sí mismas, sin que nadie intente procurarles el menor bienestar. En el espacio comprendido entre uno y otro río, las tierras carecen absolutamente de agua en tiempo de sequía, en tanto que, durante las lluvias, obligados a reunirse en los pequeños espacios libres de inundación para no ahogarse, los animales están amontonados y por así decirlo, privados de alimento; por eso se los ve meterse en los pantanos, pacer allí una parte del día en busca de algo para ramonear y regresar en seguida a las superficies emergidas, en donde carecen de espacio para acostarse y para rumiarse a sus anchas. En esas dos estaciones mueren muchos animales, lo que podría prevenirse fácilmente si se construyesen depósitos en ciertos puntos y canales de desagüe en otros; pero en esos parajes la naturaleza jamás contó con el auxilio del arte; por eso, no se sacan de Moxos más que la mitad de las ventajas que podría dar esta tierra virgen.

Al amanecer reuní a mi gente y me interné con mis piraguas en las llanuras inundadas que separan el río Itonama del Machupo, cortando al oeste la línea de división de las aguas de esos

8 de marzo dos ríos. La inundación general de todas esas comarcas prueba la perfecta horizontalidad de los terrenos y la carencia absoluta de puntos culminantes entre los diversos cursos de agua. Poco después de la partida, dejé el arroyo para navegar en la llanura, en donde no veía más que agua por todas partes; a veces, em-

pero, no había suficiente profundidad para bogar y entonces los indios se veían obligados a bajarse de las piraguas para empujarlas.

Crucé praderas a menudo cubiertas de grandes matas, algunas de cuyas hojas emergían de la superficie de las aguas. Advertí en la punta de las hojas un gran número de especie de pelotas rojizas del tamaño de un puño que, examinadas de más cerca, resultaron ser hormigas; no pudiendo vivir ya en el suelo a causa de la inundación, estos insectos se reunían así a fin de sustraerse a la acción de las aguas y se amontonaban unos sobre otros como las abejas de un enjambre, para esperar en esta posición, dos o tres meses, la estación seca. En cuanto uno toca esas colonias, las hormigas se desprenden y se desparraman a todas partes, de suerte que llenaban las piraguas, torturándonos a cada instante con sus picaduras.

Impedido en toda la jornada de apearme, me vi expuesto a los ardores del sol más ardiente y a los chaparrones. A mediodía llegué a un arroyo llamado Chuanos; bajé por él hasta su primera encrucijada y remonté en seguida otro brazo, atravesando dos pequeños bosquecillos, cerca de una pequeña explanada hecha para la estación seca, pero entonces bajo las aguas. Volví una vez más a la llanura, tomando el rumbo oestenoroeste, y a la entrada de la noche llegué a un pequeño macizo de árboles en donde tuve que vivaquear. Estaba terriblemente cansado de esta fastidiosa navegación.

Como en medio de las llanuras tales bosquecillos son los únicos parajes que no se inundan en la estación de las lluvias, todos los animales salvajes y los reptiles de los alrededores se refugian allí, y se pueden hacer provechosas cacerías; pero ocurre muy a menudo que, huyendo de la inundación general, los jaguares vienen también a buscar una presa más fácil, como la que les ofrecen los hatos de ciervos de distintas especies, los osos hormigueros y todos los mamíferos. Esta circunstancia hace de esos parajes un sitio poco seguro, al que los indios, privados de armas para defenderse, no se arriesgan cuando están solos. Los rugidos de una de esas bestias feroces habían sembrado pánico entre mis hombres; pero se hicieron muchas fogatas, y como los rugidos no se acercaban, nos convencimos de que el jaguar estaba a cosa de un kilómetro, en otro macizo de árboles que teníamos al norte. A la mañana temprano, y a pesar de las advertencias de los indios, quise recorrer el bosque. Las dificultades que pasé al cruzar los matorrales no me permitieron sacar gran provecho de mi excursión. Por lo demás, era menester partir, pues la jornada debía ser muy difícil.

A dos leguas de la explanada, dejé la llanura inundada para entrar en un arroyito bordeado de árboles tan juntos unos de otros, que a duras penas las piraguas podían abrirse camino, pues

9 de marzo las aguas estaban casi al nivel de las copas. Aguas abajo, recorrí dos leguas este arroyo, uno de los brazos del río Huarichona, hasta llegar a su curso principal, que lo seguí,

remontándolo. Este río, navegable solamente en la época de lluvias, se dirige hacia el norte y acaba por unirse al Itonama, a unas diez leguas del punto en que me encontraba. Luchando contra la corriente, contra las ramas de los árboles, anduve lentamente una legua y media aguas arriba. A esa altura, en vez de estrecharse, el río se ensancha poco a poco, su corriente se vuelve menos fuerte y pronto las barrancas se alejan hasta formar un cauce muy ancho. Durante cuatro leguas todavía, el río se abría más y más y las aguas me parecieron inmóviles cuando formaban un lago de medio kilómetro de ancho por dos o tres de largo. Más allá de ese lago, reconocí que las aguas habían tomado otra dirección y que, lejos de remontarlas, me arrastraban en su corriente, adquiriendo así la certeza de que las del lago se dirigían, por un lado, al este, hacia el río Huarichona, y por otro, al oeste, hacia el río Machupo. En consecuencia, el lago representaba la línea de división entre esas dos vertientes, disposición notabilísima, que ya había encontrado, en escala mayor, en la laguna de Iberá, provincia de Corrientes. La noche me obligó a detenerme al borde de esas aguas, en donde sufrí tanto por la lluvia como por los mosquitos.

Cuando proseguí el camino, a la mañana siguiente, la navegación se hizo muy penosa. El arroyo estaba tan obstruido con troncos y árboles, que a cada instante había que abrirse paso a

10 de marzo fuerza de hacha. En tiempo de sequía esta operación hubiese sido fácil, porque ante una orden del administrador se habrían sacado esos obstáculos; pero al parecer nadie había pensado en ello. Después de haber luchado así durante una legua, desemboqué con un suspiro de alivio en el río Machupo, en donde encontré una cómoda navegación. Remonté este río unas tres leguas, hasta San Ramón, a donde llegué con tanta mayor alegría cuanto que mis cuatro días de viaje a través de las llanuras me habían parecido otros tantos siglos.

ALDEA DE SAN RAMON

En la aldea de San Ramón, situada a unos 4.000 metros de la margen derecha del río Machupo, fuí perfectamente recibido por el administrador y por el cura; el último, sobre todo, don Pedro Rojas, me pareció muy amable. Me quedé allí cinco días solamente, durante los cuales las lluvias me inmovilizaron casi del todo; recorrí, empero, los alrededores, entonces bastante tristes, a pesar de la vecindad de dos lagos, uno situado a dos kilómetros y el otro a unos ocho. Los dos de forma oblonga, tienen unos cuatro kilómetros en su diámetro mayor. Hay excelente pesca, pero molestan mucho una infinidad de caimanes.

Estos animales son igualmente muy comunes en el río Machupo, en donde los indios cazan a los más grandes para extraerles los dien-

tes, que emplean en diversos trabajos manuales. Fuí testigo de la manera de cazarlos. Atan un perro a la orilla del río, colocan delante un lazo abierto, de manera que el caimán no pueda avanzar hacia su presa sin entrar en el nudo corredizo abierto y se esconden a escasa distancia con la punta del lazo en la mano. A los ladridos del perro, los caimanes no tardan en llegar. Al principio sólo emergen de la superficie de las aguas dos puntos salientes, formados por la órbita del ojo y la extremidad del hocico del reptil; se queda así unos instantes en observación, mirando fijamente a su víctima; después se zambulle para reaparecer en la orilla y avanza lentamente hacia la presa que apetece. El instante en que trepa los pocos pasos de la barranca con sus inmensas fauces abiertas para coger al perro, es terrible para el pobre paciente, que se ve a punto de ser devorado. Como magnetizado por el caimán, algunas veces está tembloroso, sin movimiento, con los ojos fijos en su enemigo; otras veces hace esfuerzos desesperados por romper sus ataduras. Felizmente, sus temores duran poco. Los indios tiran del lazo y arrastran al caimán, tan aturdido de encontrarse atrapado así que no intenta ninguna defensa. Se le acercan por detrás, porque el caimán no puede revolverse, y unos pocos hachazos le quitan la vida. De esta manera he visto coger a varios, el mayor de los cuales tenía cinco metros de largo. Muy difundidos en la provincia, estos animales tienen un tamaño que está en relación directa con la extensión y la anchura de los ríos. Nunca se encontrarán grandes caimanes en los ríos chicos, ni pequeños en los grandes.

Como ya lo dije al hablar de Magdalena, San Ramón fué fundada en 1792 por orden del gobernador Zamora con el excedente de la población itonana de la misión de Santa Magdalena. Construyeron la aldea a imitación de las misiones jesuíticas, pero sin ningún ornamento. La posición es encantadora. Poco alejada del Machupo, la aldea se levanta en un terreno firme, lleno de hidrato de hierro, y lo bastante elevado sobre el nivel de las aguas para quedar libre de las crecidas. Allí vi solamente campos de bananos, pues las demás tierras cultivadas están muy lejos, sobre todo las de los indios, que se encuentran cerca del río Itenes. La industria es absolutamente la misma que en Santa Magdalena. La población actual es de 1957 habitantes, divididos en nueve secciones o parcialidades¹.

El Machupo nace muy cerca del río Mamoré, no lejos de la misión de San Pedro; con el nombre de San Pedro, sigue la dirección nornor-este, cruzando las llanuras y recibiendo sucesivamente, al este, los ríos San Juan, Moocho, Cocharca, Molino y finalmente el Machupo, que le da su nombre. Del mismo lado recibe luego, cerca de San Ramón, el río Chananoca. Después de todas esas afluencias, el río es más ancho que el Blanco y corre en medio de una orla de grandes árboles. En la

¹ Esas secciones son las siguientes: *Becha, Gualane, Guachara, Yaca, Pacanasne, Muchusmo, Morochia, Guacleca y Yaracaca.*

época de las lluvias, sería fácilmente navegable por vapores hasta San Pedro, pero en cualquier tiempo, hasta más allá de San Ramón.

San Joaquín queda a ocho leguas de San Ramón por tierra, y a doce por agua, siguiendo las vueltas del Machupo. En la estación en que nos encontrábamos, no tenía para elegir, pues la

16 de marzo inundación de los campos no permitía cruzarlos. Hice cargar mi equipaje y partí con mi pequeña flota de cinco piraguas, unas tripuladas por los indios baures, que reman de pie, y otras por los itonamas, que se quedan sentados. Todos, rivalizando en fuerza, me hicieron cubrir la distancia con rapidez. El curso del Machupo, muy tortuoso y muy profundo en todas partes, está agradablemente festoneado por las selvas. Nunca había visto tantos delfines. A cada instante pasaban cerca de mi piragua; disparé contra ellos sin resultado, y ya tenía miedo de no poder procurarme un ejemplar de animal tan interesante, cuando uno de los intérpretes que yo conservaba siempre junto a mí para interrogarlo, preguntarle el nombre de los lugares y transmitir mis órdenes a los capitanes de mis piraguas, me tranquilizó al decirme que en fuerte de Beira los brasileños los harponean a fin de extraerle aceite para quemar.

MISION DE SAN JOAQUIN

Llegué muy temprano al puerto de San Joaquín, situado en la margen izquierda. De allí se llegaba a la misión por una calzada de un kilómetro de largo que cruzaba a través de un pantano. Quise ir a pie, pero los guardianes del puerto me dijeron que el pésimo estado del muelle no permitía aventurarse a ello. En consecuencia, mandé pedir caballos a la misión. A pesar de esta precaución pasé apreturas para llegar a la misión, pues el muelle estaba tan deteriorado, que por poco más quedo allí con caballo y todo.

El cura y el administrador vinieron a mi encuentro y me recibieron de manera impecable. Me instalé en una habitación y a la mañana siguiente proseguí con mis trabajos de investigación. Habiéndome enterado de que a unas cuatro leguas había varias palmeras que no conocía, monté a caballo para ir a reconocerlas. Acompañado por el cura y el administrador, me dirigí hacia el noroeste, atravesé un pantano de una legua de ancho y me metí en un terreno seco, notable por la gran cantidad de pepitas de hidratos de hierro que cubrían el suelo. Había tantas, que no dudo del gran provecho que podría sacarse de allí si se estableciesen forjas catalanas, para las cuales darían combustible los bosques de las inmediaciones. Al hallar esas riquezas mineralógicas, me asombré de que los jesuítas, tan industriosos, no hubiesen explotado este importante ramo, que habría duplicado sus recursos y cambiado la faz de las cosas en estas comar-

cas. Esperemos que los actuales gobernantes no dejen improductiva esa riqueza. Durante más de dos leguas galopé por esas mismas vetas horizontales al descubierto, junto a espesos bosques no anegadizos.

Cuando llegué al fin de mi carrera, me sorprendió la belleza de la vegetación. En los bosques de árboles inmensos y del más variado follaje se destacaba, en medio de los motacuzos

17 de marzo y de muchas plantas que ya conocía, una magnífica palmera, llamada *Palma de rosarios*,¹

porque sus cocos se utilizan para tornear las cuentas de los rosarios. Su tronco recto y liso está coronado con hojas agradablemente arqueadas, cuyos foliolos son igualmente colgantes y sueltos. Es sin disputa una de las palmeras más elegantes que haya encontrado. En el suelo crecían doquiera maravillosos helechos y los troncos de los árboles sostenían los tallos trepadores de una especie de *Palma Christi* cuyo fruto es diez veces más grande que el de la especie común. Aunque vivía continuamente en la campaña desde hacía diez meses, no dejé de quedarme maravillado ante la belleza de esta naturaleza virgen y, sin embargo, de las más activas. En el linde de esos bosques admiré otras dos especies de palmeras, nuevas para mí. Una, muy esbelta, lleva sus hojas en una sola línea alterna de cada lado, de manera que forma un abanico del más hermoso color verde;² la otra es espinosa,³ de hojas parecidas, pero más pequeñas, que la de la *Palma real* que encontré en Chiquitos. Me ocupé en dibujarlas, en hacerlas derribar y en llevar triunfalmente a la misión todos los materiales necesarios para poder pintar y describir bien a esos tres bellos vegetales, cuyo descubrimiento me hizo olvidar los torrentes de lluvia que me asaltaron al regreso. De camino, me hizo notar el administrador un fruto salvaje, de forma de pera, que no se come hasta que no se pone negruzco. Su gusto es entonces el de nuestra serba y sus pepitas interiores son análogas a las de este fruto.

Después de haber dibujado todo el día, monté a caballo para visitar los alrededores de la misión, reconociendo las mismas pepitas de hierro hidratado que había hallado la víspera.

18 de marzo. A menos de cuatro kilómetros, y en medio de un bosque, encontré los campos de cultivo

del gobierno⁴. Son muy extensos y es realmente notable el vigor de las plantas que hay en ellos. Los bananos, las plantas de cacao, de caña de azúcar, de mandioca y de maíz tenían un magnífico desarrollo. Al regreso, pasé a dos kilómetros de la misión, cerca de una gran laguna que nunca se seca.

¹ Es la *Euterpe precatória*, Martius.

² Es la *Oenocarpus tarampabo*.

³ Es la *Mauricia armata*.

⁴ Los campos de los indios están muy alejados, en la confluencia de los ríos Machupo e Itonama.

San Joaquín fué fundada después de 1700 por los jesuitas, al este del río Blanco, a mucha distancia de la misión actual; pero, so pretexto de que los salvajes atacaban y robaban a los indios baures —que integraban la población bajo el régimen de los administradores—, en marzo de 1796 la transfirieron al lugar en donde hoy está, es decir, a una plataforma rodeada de pantanos. Construídos muy sencillamente, sus edificios siguen siendo provisorios, y la misión no tiene nada de notable. Se fabrican allí los mismos objetos que en Concepción, y sus habitantes, 690 en total, todos de la nación baures¹, conservan absolutamente las mismas costumbres.

En San Joaquín habría podido remontar el río Machupo y llegar directamente a San Pedro en pocos días. En esta época habría podido igualmente cruzar la llanura de la misión de Exaltación; pero este rápido viaje no habría llenado mi objeto. No quise tomar ninguno de esos caminos, prefiriendo hacer cien leguas más, bajando por el Machupo, para ver con mis propios ojos el curso del río Itenes o Guaporé, y la confluencia de este ancho río con el Mamoré, el mayor de la provincia. No desconocía las dificultades de este largo viaje, sobre todo en la presente estación. Acostumbrado a no temer nada, no vacilé en la empresa. Provisto con mis mejores piraguas y acompañado con los mejores remeros de esas regiones, me dispuse a partir, después de haber permanecido solamente dos días en San Joaquín.

Bogué todo el día por el Machupo, bajando hacia el nornoreste. Sus riberas estaban cubiertas de espesos bosques que ofrecían señales de la vegetación más activa. El aspecto salvaje, pero variado de esas soledades, no carecía de

19 de marzo
grandeza ni de amenidad. Por un lado el verde oscuro de las selvas, los meandros multiplicados del río, las bandadas de monos, los numerosos delfines que viajaban a nuestro alrededor; por otro, la multitud de aves ribereñas y de pájaros de tierra. Todo contribuía a animar el paisaje y tornarło interesante. Hasta esta alternación de soles ardientes a lluvias torrenciales tenía cierto encanto, pues rompía la monotonía de estas regiones deshabitadas. Hice noche en la barranca, y allí la lluvia a que me vi expuesto no me pareció tan agradabile como durante el día.

El sol no estaba aún sobre el horizonte, y ya me encontraba bogando; pero a eso de las siete me detuvo un horrendo espectáculo. Encontré la piragua de unos indios de Magdalena, a quienes el administrador había enviado allí para que quemaran ramas de cierta especie de árbol, con el objeto de recoger sus cenizas, de las que se extrae la potasa necesaria para fabricar jabón. Desprovistos de armas, esos indios estaban acampados desde hacía varios días y habían comenzado su tarea. Parece que un jaguar famélico vino de noche a

¹ Son circo las *parcialidades* de la misión, a saber: *Paschiono, Caparebocono, Tacarano, Abeabano y Tocono.*

atacarlos y que se había arrojado de pronto sobre uno de ellos, acostado en su hamaca, y se lo llevaba, cuando a sus gritos y a los de sus compañeros el jaguar lo había dejado moribundo en el mismo lugar, con la cabeza deshecha, y se había retirado. Encontré a los indios profundamente consternados, rodeando a su camarada herido, el cual murió pocos instantes más tarde. Les aconsejé que abandonasen ese paraje y no esperasen la noche siguiente porque seguramente se repetiría la visita. No pude menos de deplorar esta absurda disposición que, con el pretexto de evitar las riñas con los españoles, después del asunto de San Pedro —del que ya tendré ocasión de hablar más adelante—, quitaba sus armas a hombres constantemente expuestos a los mayores peligros en esos desiertos infestados de bestias feroces.

El río, de una anchura de cien metros, conservaba el mismo aspecto, sólo que por la margen izquierda desembocaban muchos arroyitos que servían para arrojar el exceso de agua de las llanuras. A mediodía llegué a un paraje en el que estaban situados a ambas márgenes los campos de los indios de San Ramón y de San Joaquín; todo denunciaba allí los terrenos más fértiles del mundo. Como de acuerdo con la elevación de las barrancas ribereñas, que se extienden en una larga distancia, ya había comprendido que estas tierras eran aptas para la agricultura, me sorprendió no encontrarlas más cerca de las misiones. A las dos llegué a la confluencia del río Itonama con el Machupo, que sigue todavía, con el nombre de río Blanco, hasta reunirse con el Guaporé o Itenes. Divisé entonces, al norte, sobre la copa de los árboles, unas montañas que me hicieron sentir una gran satisfacción, pues desde mi partida de Chiquitos sólo había andado a través de planicies. Era la prolongación occidental de la Sierra del Diamantino. Desde ese lugar, innumerables delfines jugueteaban en las aguas, y descubrí, en un trayecto de varias leguas, tres especies de palmeras que no había encontrado en otras partes.¹ A pesar de esta demora, a las cinco de la tarde desemboqué con gran alegría en el río Itenes, uno de los cursos de agua mayores de Moxos, que reúne él solo todos los ríos de la provincia de Matto-Grosso, de Brasil, y los de las regiones norte y oeste de la provincia de Chiquitos. Al ver en la confluencia la orilla izquierda del Itonama tan alta sobre la superficie del agua, me sorprendió al comienzo que no se hubiese fundado allí ninguna población, pero el recuerdo de las innumerables discusiones entre portugueses y españoles sobre los límites de ambas potencias me dió en seguida la explicación.

¹ *Maximiliana regia*, Martius, Palmeras, plancha 15, fig. 2; *Bactris socialis*, Martius.

§ 3

FORTE DO PRINCIPE DE BEIRA (BRASIL) Y NAVEGACION
POR EL RIO ITENES O GUAPORE

En ese lugar el Itenes tiene cerca de dos kilómetros de ancho; sus aguas majestuosas corren con rapidez entre orillas arboladas e islas cubiertas con árboles del más pintoresco aspecto. En la orilla de enfrente alcancé a ver un puesto de brasileños, y hacia él me dirigí luchando contra la corriente. Cada piragua tenía su tambor y su pífano, los que no dejaron de hacerse oír durante la travesía, a fin de anunciar que llevaban a una persona de consideración. Esa música semisalvaje, mezclada al ruido producido por la corriente del Itonama al chocar contra la del Itenes y originando allí una verdadera barra agitada, tenía algo de singular y de sobrecogedor a la vez. El puesto estaba ocupado por un sargento y cuatro soldados, los que tenían orden de no dejar pasar a nadie sin informar al comandante del fuerte de Beira, situado dos leguas más abajo. Escribí de inmediato al comandante para pedirle permiso para pasar delante del fuerte, pues los brasileños se consideran amos de todo el cauce del río, a pesar de que Bolivia posee en propiedad la margen izquierda. Mientras aguardaba la respuesta a mi carta, me instalé en la caxilla, en donde los pobres soldados me recibieron cordialmente. Semidesnudos, parecían estar en la mayor miseria. Ordinariamente se les da a cada uno de ellos por toda ración un puñado de *farinha de pao* (harina grosera de mandioca), y cada ocho días, algunos cartuchos, con los cuales tienen que ir a la selva para cazar tapires y alimentarse con ellos. Esa noche al cenar compartí mis provisiones con los soldados. Parecieron deslumbrados y más tarde oí a uno de ellos contar a los compañeros que regresaban de la cacería que había comido carne de buey con bananas; las exclamaciones con que acompañó el relato me hicieron comprender que semejante plato constituía para él un lujo extraordinario.

Por la noche llegó la respuesta. El comandante me anunciaba que a la mañana siguiente me enviaría recibir con los oficiales. Los aguardé en vano, y a las nueve de la mañana ya comenzaba a aburrirme de verme por así decirlo prisionero, cuando un nuevo expreso me hizo saber que los oficiales no podían venir por falta de barca y que se me permitía dirigirme directamente al fuerte. No esperé más y me embarqué. Pasé entre dos islas, admirando la belleza del río y las montañas que dominan su margen derecha. Vi a lo lejos flamear el pabellón brasileño sobre el fuerte cuadrado, rodeado de fosos y flanqueado por cuatro bastiones, todo muy bien construido por un

ingeniero europeo con los gres rojos de la época carbonífera que componen las montañas adyacentes. A mi pesar, esta bandera me hizo recordar el bloqueo de Montevideo en 1826 y mi encarcelamiento por una observación barométrica. Mis indios hicieron resonar los ecos de sus flautas y de sus tambores y llegué a la costa, en donde me esperaban tres oficiales: uno de ellos casi blanco, los otros dos mulatos. Me recibieron lo mejor que pudieron y me llevaron ante el comandante, que tenía el grado de teniente, un mulato muy moreno, que me acogió con grandes muestras de distinción y que, con el pretexto de honrarme más, me dió un cuarto en su propia casa, pero colocando a la puerta un centinela encargado de advertirlo de mis menores movimientos. Otros centinelas estaban cerca de mis piraguas; otros vigilaban al resto de mi gente y los demás custodiaban día y noche al fuerte, sin duda por miedo a que yo pudiese verlo.

Permanecí en *Forte do Príncipe de Beira* cuatro días, durante los cuales el comandante puso todo su empeño para agasajarme, sin dejarme, empero, ver a su mujer, siguiendo en ello la costumbre de sus compatriotas. Le rogué que me hiciese arponear un delfín, y se dieron las órdenes pertinentes. Me hubiera gustado mucho salir para recorrer las montañas vecinas y hacerme una idea de la geología de la comarca; pero no era cosa fácil. Siempre había nuevos impedimentos, creados por la desconfianza del comandante. Por fin, después de haber agotado todos los medios, logré que me llevasen bajo escolta a la campaña de los alrededores, en donde sólo pude hacer observaciones en la dirección que me habían autorizado a visitar. Al comparar este carácter desconfiado de los agentes brasileños con la cordial franqueza de los españoles, me asombré de comprobar el contraste de dos naciones que, siendo de un origen común, son tan diferentes en lo que atañe a las relaciones.

Visité bosques inmensos llenos de palmeras y vi que las colinas en anfiteatro se elevan paulatinamente hacia el nordeste, y que el punto culminante de la cadena está mucho más lejos de lo que había creído en un principio. En todas partes el campo está formado por detritus de gres y es poco apto para la agricultura: sólo ciertas partes de las orillas del Itenes se señalan por la producción de excelentes ejemplares agrícolas.

Al tercer día me trajeron un delfín que acababan de arponear. Lo pagué generosamente y pedí otro. Satisfechos mis anhelos, me puse a estudiar este singular animal. Era una hembra que duró todavía seis horas con vida; estaba a punto de parir; sus mamas estaban crecidas y llenas de leche. Me llamó la atención la forma de sus dientes y, más que nada, encontrar su hocico cubierto de pelos rizados, cosa que no tienen nunca los delfines marinos. Esta captura me proporcionó dos individuos, contando el joven que estaba por nacer y que pude hacer preparar.

Los caimanes son muy golosos de la carne de delfín. Cuando preparaban la piel del mío, el aceite que se iba separando de ella por el lavado sobrenadaba en las aguas del Itenes y se lo llevaba la corriente. Atraídos por esta grasa, acudieron muchos caimanes del río a los alrededores. Uno de ellos, de más de cinco metros de longitud, nos observaba a veinte pasos de la costa, mostrando como de costumbre la punta de su hocico y la órbita saliente de sus ojos. Le disparé una bala, que lo alcanzó; furioso, avanzó contra mí con el mayor ímpetu; pero cuando aparecía sobre la barranca, le hice un segundo disparo que le destrozó la cabeza, y se hundió en las aguas. A la mañana siguiente, boyaba, muerto. Pero no pude hacer nada, por falta de medios para transportarlo a las montañas que tenía que atravesar para llegar a la costa del gran Océano.

Me habían dicho que el comandante tenía una voz muy buena, y le rogué que cantase; pero me dijo que preparaba para esa noche la representación de una fiesta que quería dar con motivo de la coronación de don Pedro II, emperador de Brasil. Efectivamente, por la noche, unos mulatos jóvenes vinieron a bailar la contradanza brasileña, mucho más alegre que la contradanza española. Otros individuos bailaron el famoso *Batuqué*, por el cual estuvo a punto de estallar una revolución en Cuyabá en 1831, cuando el obispo la prohibió. Es la danza más indecente que pueda imaginarse, traída seguramente de las costas de Africa con los negros. Los brasileños de esas comarcas se divierten grandemente con ella, lo que habla muy poco en favor de sus costumbres. El comandante accedió a cantar, acompañándose con el mandolín de cuerdas metálicas. Me sorprendieron tanto la belleza de su voz como la excelencia de su escuela. Era sin disputa la voz más hermosa que hubiese oído desde que estaba en América.

Las rivalidades y querellas que nunca cesaron de existir entre las naciones portuguesa y española, a propósito de los límites de sus respectivas posesiones en América, impidieron a los españoles poblar sus fronteras. No ocupándose más que de las minas y despreciando la industria y el comercio, España descuidó demasiado en todas las épocas las fuentes futuras de prosperidad que tenía bajo su mano. No ha ocurrido lo mismo con los portugueses, que aprovecharon de esas disposiciones para apoderarse de todas las grandes vías de comunicación y construyendo en ellas fuertes que los convirtieron en únicos amos de la navegación interior. Fué así como a raíz de diversos tratados, los portugueses construyeron el fuerte de Coimbra sobre el río Paraguay, y el *Forte do Príncipe de Beira*, sobre el Itenes o Guaporé, con el fin de apoderarse del comercio del Amazonas y del Pará. En este último fuerte se mantiene una guarnición, reducida hoy a unos treinta hombres. Desde sus orígenes, fué un sitio de confinamiento en el que exilaban a los asesinos. Hoy se envía allí a los

confinados políticos; por eso no se vacila en abandonarlos allí casi sin recursos. La aldea de Santa Rosa, que dependía del fuerte, está primitivamente alejada una media legua; pero en la actualidad sus casas se levantan en una línea en su inmediata vecindad y al norte. Su población,¹ compuesta de 400 almas, es una mezcla de negros y de mulatos que hacen algunos negocios con las *gariteas* de paso, especie de buques de regular tamaño, dotados de una toldilla, y que tres o cuatro veces por año parten de Pará, remontan el río Madeira y luego el Guaporé hasta Matto-Grosso. Uno de esos barcos estaba entonces en el puerto, y a bordo compré algunas botellas de oporto, recién llegadas de Europa por este itinerario.

Quise obtener algunas informaciones sobre la navegación del Amazonas hasta el fuerte Beira, pero en vista de que el capitán del barco mostraba una reserva tan grande, tuve que valerme de tretas para lograr mi objeto. Esos barcos, de fondo plano, son del tamaño de una barcaza de veinticinco a treinta toneladas; podrían ser mucho mayores, teniendo en cuenta la profundidad de los ríos, pero están los rápidos del Madeira, que obligan constantemente a descargar las

¹ No había podido obtener del comandante una información positiva sobre la población de ese paraje; pero quiso la casualidad que cayeran en mis manos muchos diarios brasileños, y en uno de ellos, publicado en Cuyaba en 1831, encontré la siguiente estadística de la capitania general de Cuyaba o Matto Grosso en 1830. Hay en esta inmensa provincia dos ciudades, dos villas, seis burgos, cinco aldeas, dos misiones y tres fuertes, en total veinte parajes habitados y 30.702 almas, así distribuidas:

	CASAS	HABI- TANTES	
Matto Grosso, ciudad	419	1.920	
Cuyaba, <i>idem</i>	1.781	4.906	comprendidos los ale- daños. población india.
Diamantino, villa	481	4.734	
Villa María, <i>idem</i>	165	1.281	
San Pedro del Rey Poconey, burgo	68	570	
Pilar, <i>idem</i>	115	558	
Santa Ana, <i>idem</i>	14	155	
San Francisco, <i>idem</i>	21	106	
San Vicente, <i>idem</i>	103	531	
Río Grande, aldea	24	201	
Camapoa, <i>idem</i>	95	314	
Albuquerque, <i>idem</i>	19	131	
Jaurú, <i>idem</i>	152	263	
Casalvasco, <i>idem</i>	145	750	
Santa Ana da Chapada, misión	127	1.619	
Nossa Senhora da Misericordia, <i>idem</i> ...	299	1.886	
Coimbra, fuerte	27	145	es el fuerte que de- fiende la navega- ción del río Para- guay.
Miranda, <i>idem</i>	33	245	
Príncipe de Beira, <i>idem</i>	73	400	
TOTAL	4.690	30.702	

embarcaciones y a arrastrarlas en tierra por medio de rodillos. Es, por lo demás, la única dificultad de esta navegación, pues el río ofrece en todas partes, más acá y más allá de los rápidos, la necesaria profundidad para los más grandes vapores. Con los presentes inconvenientes, al partir de Pará las gariteas navegan a vela y a remo hasta la desembocadura del Madeiras y remontan a remo hasta los primeros rápidos. Aquí comienza el trabajo. Están obligados a descargarlas y a arrastrarlas por tierra hasta más allá de esos obstáculos, que se renuevan veinte y tantas veces y hacen perder mucho tiempo. Después de este último rápido, las gariteas avanzan penosamente a remo hasta la confluencia con el río Itenes o Mamoré, y desde este punto hasta el fuerte de Beira, en donde renuevan sus víveres para ir de inmediato aguas arriba hasta Matto-Grosso. Como en el viaje de ida y vuelta se emplea generalmente un año, en Cuyaba se prefiere generalmente hacer traer las mercaderías de valor por tierra desde Río de Janeiro o de Santos, haciéndolas hacer ochocientas leguas a lomo de mula; las gariteas sólo transportan la carga pesada. Sin embargo, tres o cuatro de estas barcazas remontan todos los años los ríos desde Pará hasta Matto-Grosso y sacan buen provecho de su cargamento. Por uno de los marinos me enteré que en el viaje de ida suelen sembrar algunos campos y que levantan la cosecha al regreso. Cuando uno contempla la América del Norte, surcada en todo sentido por vapores y ferrocarriles, no puede menos de asombrarse de que las naciones que colonizaron la América meridional se hayan quedado tan rezagadas, no entrando ni de lejos en la vía del progreso. Esperemos que las antiguas ideas de los colonos portugueses cedan su lugar en el Brasil a miras a un tiempo más amplias y adecuadas para vivificar el comercio y para propagar la civilización en esas comarcas salvajes.

Desde hacía dos días reinaba un tiempo sereno, que había sucedido a las lluvias continuas que por espacio de tres meses rara vez habían dejado un solo día de calarme. Además, los víveres de mis indios se agotaban y todavía teníamos que hacer una larga navegación antes de alcanzar el primer punto habitado. No me demoré más y abandoné el fuerte Beira, en donde, a pesar de las cortesías del comandante, me sentía demasiado mortificado para estar contento. Noche a noche se ejercía una vigilancia tan activa como en tiempo de guerra. En los bastiones todavía vírgenes del fuerte resonaba el alerta lanzado por centinelas apostados en todas partes y sucesivamente repetido por soldados poco acostumbrados a este servicio forzado. Por indiscreción de un viejo oficial paulista, que me había tomado cariño porque yo hablaba algo el guaraní, su lengua materna, supe que los efectivos del fuerte ascendían a treinta hombres. Como los centinelas sumaban quince por lo menos, mi conciencia me reprochaba de ser la causa de las fatigas de esos pobres diablos, que sin duda maldecían la hora en que llegué.

El río, llamado Itenes por los españoles¹ y Guaporé por los brasileños, presenta a partir del fuerte un ancho de dos kilómetros. Sus aguas claras, de tinte negruzco, corren lentamente en medio de bosques magníficos, de aspecto más salvaje que pintoresco. Aquí, en efecto, la naturaleza es demasiado grande, demasiado majestuosa, para permitir captar sus detalles. Es una hermosa soledad, raras veces turbada por el viajero. Hasta los mismos pájaros se muestran contadas veces y el único ornamento de esas sombrías selvas es su rica vegetación. Las islas igualmente arboladas y las azules montañas de la orilla derecha, que se recortan a lo lejos sobre el verde oscuro del follaje, interrumpen de vez en cuando esta uniformidad. Bogue rápidamente todo el día, arrastrado por la corriente, sin dejar de comparar en mi imaginación a esos hoy tristes y silenciosos desiertos, con lo que serán algún día, cuando venga a animarlos y a sacar provecho de ellos una población industriosa, cuando el comercio en plena actividad en Europa cubra sus aguas con vapores destinados a llevar la abundancia y la vida intelectual.

Río Itenes

Después de una vigorosa jornada de camino, me detuve por la noche en la margen derecha, en medio de una selva espesa, en donde puse mis plantas en un suelo muy apto para la agricultura. Cada cual se acomodó como de costumbre, los indios en sus hamacas y nosotros en nuestros mosquiteros. Los brasileños del fuerte me dijeron que muchas veces ellos habían sido asaltados en esos parajes por los itenes, que viven en ambas márgenes del río y tratan frecuentemente de arrebatar por la fuerza las armas y el hierro, que, después de su contacto con españoles y brasileños, se les han vuelto indispensables. Tuve que ampliar el sistema de precauciones a que tenía habituada a mi gente. Todos, yo inclusive, nos acostábamos siempre con nuestro fusil cargado con dos balas. Estaba profundamente dormido, cuando me desperté sobresaltado a los gritos de ¡A las armas, llegaron los bárbaros! Me lancé fuera de mi mosquitero y oí, mejor que vi, que todos los indios se refugiaban en las piraguas. En el primer momento, en medio de la oscuridad más profunda, casi tomo a mis remeros por asaltantes, pero felizmente los reconocí cuando ya estaba por hacer fuego contra ellos. Todavía aturdido, y no encontrando al enemigo, pregunté la causa de esta alarma, y supe así que los itonamas, los más cobardes de mis remeros, habiendo oído un crujido de ramitas secas alrededor de nuestro campamento, creyeron que un gran número de hombres venía sigilosamente a sorprendernos y se habían levantado en masa a fin de refugiarse en sus piraguas. A sus movimientos, un ruido mayor, semejante al de hombres que

25 de marzo

en nuestros mosquiteros. Los brasileños del fuerte me dijeron que muchas veces ellos habían sido asaltados en esos parajes por los itenes, que viven en ambas márgenes del río y tratan frecuentemente de arrebatar por la fuerza las armas y el hierro, que, después de su contacto con españoles y brasileños, se les han vuelto indispensables. Tuve que ampliar el sistema de precauciones a que tenía habituada a mi gente. Todos, yo inclusive, nos acostábamos siempre con nuestro fusil cargado con dos balas. Estaba profundamente dormido, cuando me desperté sobresaltado a los gritos de ¡A las armas, llegaron los bárbaros! Me lancé fuera de mi mosquitero y oí, mejor que vi, que todos los indios se refugiaban en las piraguas. En el primer momento, en medio de la oscuridad más profunda, casi tomo a mis remeros por asaltantes, pero felizmente los reconocí cuando ya estaba por hacer fuego contra ellos. Todavía aturdido, y no encontrando al enemigo, pregunté la causa de esta alarma, y supe así que los itonamas, los más cobardes de mis remeros, habiendo oído un crujido de ramitas secas alrededor de nuestro campamento, creyeron que un gran número de hombres venía sigilosamente a sorprendernos y se habían levantado en masa a fin de refugiarse en sus piraguas. A sus movimientos, un ruido mayor, semejante al de hombres que

¹ Se le dió este nombre por los indios salvajes llamados así y que moran en sus orillas, entre el fuerte de Beira y su confluencia con el Mamoré.

corren en la hojarasca, se oyó a nuestro alrededor, lo que determinó la gritería. Escuché, en efecto, pasos precipitados en la maleza y en el agua, sin poder reconocer, empero, si eran hombres o tapires. Hice varios disparos de fusil, después de lo cual el ruido se renovó, pero de más lejos. Mis hombres quedaron en la orilla el resto de la noche, sin que se registrasen nuevas alarmas. Me costó un trabajo tremendo impedir que mis itonamas se fuesen: no salieron de sus piraguas y se quedaron en ellas toda la noche. Los indios baurés fueron los únicos que quedaron junto a mí, lo mismo que los intérpretes, que no cesaron de referirme diversas circunstancias en que brasileños e indios habían sido víctimas de los salvajes de esos parajes.

Poco tranquilizados, mis hombres me obligaron, por así decirlo, a ponerme en camino antes de aclarar; y hasta mis otras piraguas ya se me habían adelantado. Al atravesar las malezas de la barranca, un animal que no pude ver me dió un picotazo en la sien. Muchas veces había sentido el aguijón acerado de las avispas de esas comarcas, pero nunca había experimentado un dolor tan vivo. Estaba casi loco, y no pude calmar mis sufrimientos hasta después de haber aplicado en la parte dolorosa hojas masticadas de la primera planta que encontré a mano. A las diez de la mañana tenía extraordinariamente hinchada la cabeza. A mediodía el edema se extendía hasta la cintura; sufría en todo el cuerpo un embotamiento doloroso que duró tres o cuatro días, durante los cuales estaba torturado, pues no podía interrumpir, sin grave perjuicio, mis trabajos geográficos ni mis investigaciones de historia natural.

Tan hermoso como la vispera, pero mucho más tortuoso, en el río casi no se veían islas. Su margen izquierda está poblada con palmeras motacus y la derecha con los más variados árboles, entre los cuales se me ofrecieron esos hermosos vegetales de una especie nueva, conocida por los indios con el nombre de *Chuco*, y notable por sus hojas, que ostentan la forma de un disco compuesto de foliolos radiados, reunidos en el centro. La dibujé y recogí las partes transportables.¹ Vi también en la copa de los árboles, pero sin poderla cazar, una deliciosa especie de urraca con alas azules. Hice noche en la orilla derecha, en medio de bosques de palmeras y no lejos de inmensos pantanos. Había notado que las costas del Itenes eran aquí mucho más bajas y que las tierras adyacentes eran muchas veces anegadizas.

Como llovía a cántaros, los indios hicieron muchas cabañas techadas con hojas de palmera para estar al abrigo, de suerte que nuestro campamento ofrecía un curioso carácter. Sin embargo, mis remeros seguían con miedo, pues habían descubierto muchas veredas que les dieron la certeza de que los salvajes no estaban muy lejos. Mi

¹ Es el *Thinax chuco*.

perro, en efecto, ladró casi toda la noche, lo que nos obligó a mantenernos en guardia. Las huellas frescas que advertimos a la mañana siguiente nos demostraron que los itenes nos habían espiado; no cabía duda de que no se atrevieron a atacarnos porque supieron que éramos muchos. Los intérpretes me aseguraron que, sin que nosotros lo sospechásemos, nos habían estado siguiendo todo el día. Por lo demás, más tarde me enteré, interrogando en la misión de Exaltación a algunos itenes convertidos al cristianismo, que tal espionaje estaba dentro de las prácticas de esta nación.

Estaba tanto más impaciente por ponerme en camino, cuanto que dentro de poco llegaría a la confluencia del Itenes con el Mamoré, alcanzando así el punto extremo de mis exploraciones hacia el norte; pues desde allí debería remontar el Mamoré hacia el sur para

27 de marzo

regresar a Santa Cruz de la Sierra. A las ocho de la mañana, con sol espléndido, caminaba por el extremo del delta formado por la reunión de los ríos mayores de esas regiones. Con una sola mirada abarcaba el curso de ambos. El mayor contraste existía entre esos dos ríos, y no podía sustraerme al espectáculo imponente que se desenvolvía ante mis ojos. Por un lado, el Itenes representaba el símbolo del reposo: bosques sombríos se extendían hasta el borde de sus aguas claras y límpidas, que corrían pandas y majestuosas; del otro, el Mamoré me ofrecía la imagen del caos, la inestabilidad de las cosas: sus rojizas aguas, muy agitadas, transportaban, hirviendo, muchos restos de vegetales y hasta árboles gigantescos que la corriente había arrancado violentamente de las barrancas. Nada era estable en su curso: si una de las costas mostraba terrenos del año casi desprovistos de vegetación y en los que crecían plantas anuales, la otra, armada en sus salientes por acantilados arenosos, constantemente minados por las aguas, se desmoronaba de tanto en tanto con estrépito, arrastrando con ella en su caída árboles seculares y las más variadas plantas, y agitando sus aguas hasta gran distancia, en tanto que sus ensenadas quedaban atiborradas de una inmensa cantidad de árboles amontonados por las crecientes extraordinarias.

Como ya lo dije, el Itenes o Guaporé recibe todas las aguas de la provincia de Matto-Grosso y del norte y noroeste de Chiquitos. Todos sus afluentes descienden de colinas bajas y atraviesan una inmensa superficie de llanuras en donde las costas son fijas. De donde resulta que sus aguas muy rara vez están turbias y que jamás arrastran troncos. El Mamoré, por el contrario, nace en las montañas elevadas de las provincias de Cochabamba, de Mizque, de Valle Grande, o de la vertiente norte de los últimos contrafuertes de la cordillera. Todos sus afluentes, formados al principio por torrentes impetuosos, recorren la llanura con rapidez, socavando constantemente las barrancas de una de sus orillas, lo que hace que no sólo acarree sus aguas turbias, barrosas, sino también esa infinidad de árboles que

arrastra su corriente. De esta distinta disposición resulta que el Itenes ofrece doquiera en sus costas sitios apropiados para fundar aldeas florecientes y estables, en tanto que el Mamoré no permite ningún establecimiento fijo, ni siquiera campos de cultivo; por eso, todas las misiones del Mamoré fueron levantadas sobre sus afluentes laterales y ninguna sobre el río mismo, como se puede comprobarlo por las de Santa Ana, San Javier, Trinidad, Loreto, etc.

Había entre mis intérpretes dos que habían participado en una expedición descendente, a una gran distancia, más allá de la confluencia de los dos ríos. Me aseguraron que el Mamoré, aunque no es tan ancho como el Itenes, es mucho más profundo. A seis días de viaje en piragua, en la confluencia con otro gran río (sin duda el Beni), viniendo desde el oeste, habían encontrado a una nación numerosa, llamada Tapaguara, que la habían llevado a Exaltación. Agregaron mis informantes que esos indios, muy útiles a los brasileños en la navegación del Pará, remontaban a veces el nuevo afluente hasta Reyes y que los desertores brasileños tomaron este mismo camino y llegaron al mismo punto. De estos informes se desprendía claramente —y más tarde pude verificarlo— que el río Beni, lejos de dirigirse hacia el río Paro y de ahí al Ucayali, como podría creerse de acuerdo con el mapa de Brué de 1826, se une con el Mamoré allá por el 10° y que el río toma entonces el nombre de Madeira, hasta su confluencia con el Amazonas.¹



¹ A mi regreso, en 1834, fui el primero en hacer conocer este importante resultado, del que pretendió apoderarse un autor, que nunca penetró en el interior, al antedatar en cinco años una memoria y un mapa.

CAPÍTULO XXXIV

VIAJE POR EL RIO MAMORE. — ESTADIA EN LAS MISIONES CAYUVAVAS, MOVIMAS, CANICHANAS Y MOXOS

§ 1

VIAJE POR EL RIO MAMORE



OBLIGADO finalmente a abandonar mi observatorio, dije adiós al Itenes, cuyas aguas, hasta mucho después de haberse echado en las del Mamoré, corrían separadamente, conservando su color propio. El Mamoré, tan ancho por lo menos como el Itenes, no tenía a esta altura selvas antiguas y su curso ofrecía doquiera terrenos de aluvión cubiertos de juncos en abanico, llamados *Chuchio* por los españoles¹, y piperáceas conocidas con el nombre de *Lambai-va*, cuyas hojas digitadas y blancuzcas se proyectaban sobre el verde tierno de los sauces o sobre el violáceo de los *Lisos*². Atento al ruido de la corriente, a los árboles arrastrados y a la naturaleza de las orillas, había olvidado que tenía que luchar contra esas aguas impetuosas en una frágil embarcación construída con un tronco ahuecado, que el menor movimiento, el menor choque, podía hacerla naufragar y cuya borda no se levantaba más de dos o tres centímetros de la superficie del río.

Entre el cúmulo de palmeras que ya conocía y que cubrían las tierras más altas, divisé a lo lejos, sobre la barranca, una especie

¹ Con el tallo de esta especie hacen sus flechas todos los indios cazadores.

² Es una planta compuesta de árbol, que ya había encontrado en los bordes del Paraná, cerca de Corrientes.

1832

Río Mamoré

nueva. Hice detener inmediatamente mis piraguas con el objeto de estudiarla. Pertenece a la especie denominada por los brasileños *Vinte pes* (Veinte pies), una de las más elegantes que hubiese encontrado. Esa alusión a los pies proviene de que sus raíces, que nacen del tronco a unos tres metros del suelo, parecen apuntarlo y divergen hacia la tierra, ofreciendo el más curioso aspecto. De la punta de un tronco esbelto y liso, de quince a veinte metros de alto, salen las hojas elegantemente recortadas, formando un encantador penacho; sus almendras sirven a los indios para torrear cuentas de rosario. Dibujé esta magnífica planta y recogí de ella algunas hojas y frutos ¹.

Durante casi todo el día cayó una fuerte lluvia que hizo salir de los bosques millones de mosquitos, los que se refugiaron en nuestras piraguas y nos atormentaron todo el día, en lugar de reservar sus picotazos para la noche. Pasé delante de varios campamentos de indios salvajes, sin divisar uno solo. A cada paso reconocía sus verdaderas angostas, sobre todo en la margen derecha del Mamoré, cuyas tierras son más altas. Fué allí donde hice vivaquear; y ya fuese porque había jaguares en los alrededores, ya porque los itenes nos espíasen, lo cierto fué que mi perro no cesó en toda la noche de atropellar a un lado u otro, teniéndonos así toda la noche sobresaltados.

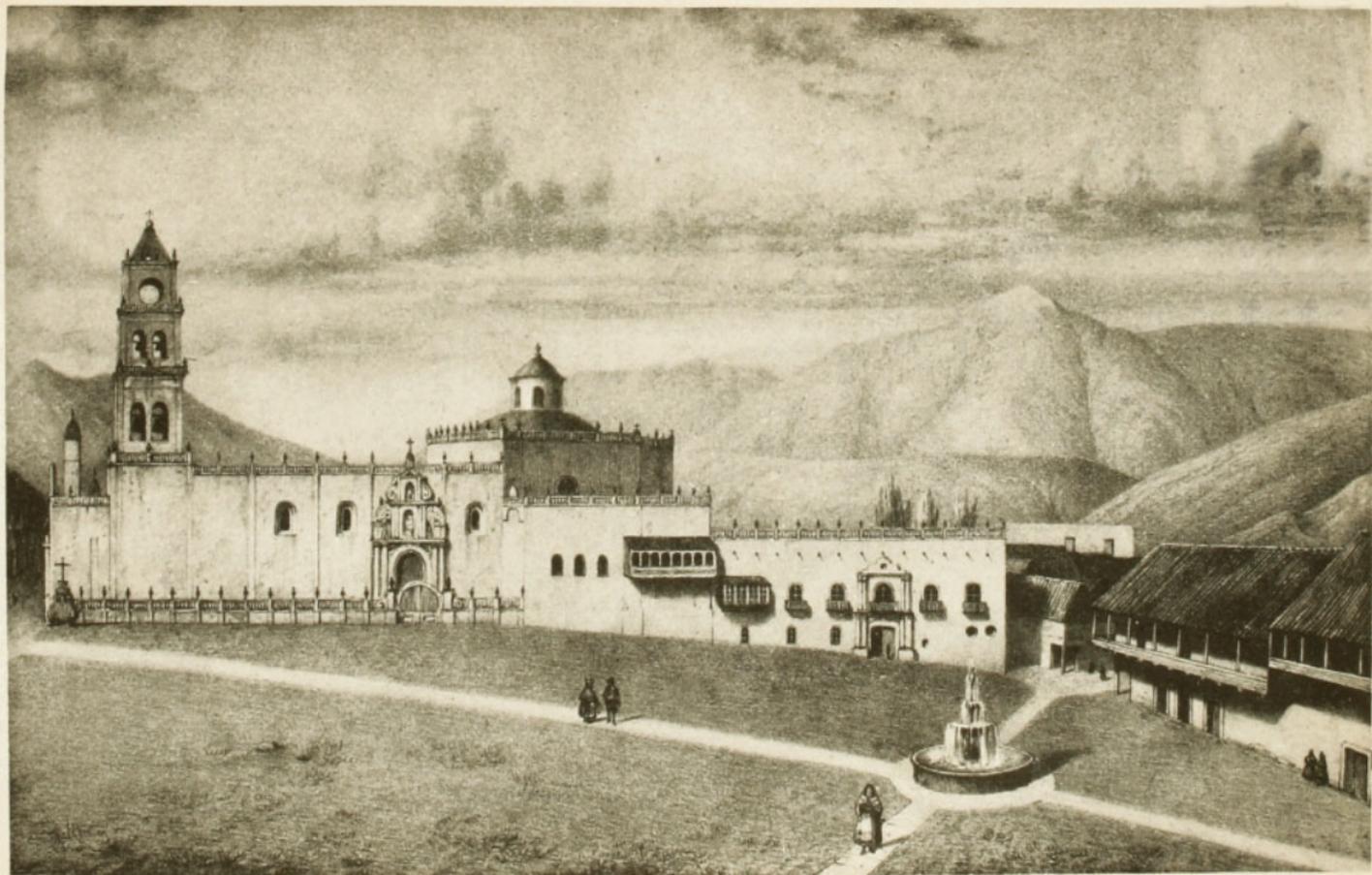
Casi enfrente de mi campamento se juntaban el Mamoré y el Iruyani, cuyas aguas remontan a veces los indios de Exaltación hasta cerca de Reyes, sobre el Beni. Un poco más arriba tenía también la desembocadura del río Matucaré, en cuyas márgenes, hacia el interior,

28 de marzo

viven los itenes. Según me contó uno de los intérpretes, esos indios tienen una aldea y magníficos campos sembrados con maíz, mandioca y bananas. En la época de sequía, hacen muchas incursiones a los campos de la misión de Exaltación, con el fin de procurarse armas y hierro. Vi una de sus balsas amarrada a la orilla, pero no encontré a nadie.

Indudablemente habrían caído lluvias abundantes en las fuentes del Mamoré, pues sus aguas, muy hinchadas, arrastraban muchos más árboles que de costumbre: el medio del cauce estaba de tal manera lleno de troncos que se lo hubiera creído una isla flotante. Para vencer más fácilmente la corriente, seguíamos siempre con nuestras piraguas la orilla opuesta a la correntada, pero las numerosas vueltas del río nos obligaban a menudo a pasar de una a otra costa. Entonces corríamos verdadero peligro. El más pequeño choque con esos árboles podía hundirnos y hacerme perder en un minuto la mayor parte de mis trabajos, que iban siempre conmigo. No pensaba más que en esta pérdida, y siempre me encontraba listo para ganar la costa a nado.

¹ Es la *Iriartea Orbignyana*, Martius.



Nº 20. — Vista de la plaza de Chuquisaca, capital de Bolivia

si llegaba la ocasión. Felizmente, la habilidad y la silenciosa destreza con que mis pilotos y remeros, con los ojos siempre fijos en el río, redoblaban su actividad en los momentos difíciles, nos hicieron vencer todas las dificultades. En la parada de la noche, en medio de un bosque espeso de los más salvajes, vi un árbol inmenso. Su tronco, a un metro del suelo, medía quince metros de circunferencia: era una higuera de la especie que los españoles llaman *Higuerón* y en Santa Cruz *Bibosi*. Sus raíces chatas, divididas en láminas verticales, ofrecen tablas ya hechas, que los indios cortan y preparan para hacer las cajas necesarias para el envío de las mercaderías del gobierno. Un jaguar nos tuvo desvelados toda la noche.

En varios lugares las orillas del Mamoré me ofrecieron paisajes bastante alegres a causa de la variedad de la vegetación. Los sitios bajos estaban cubiertos de sensitivas de rosadas flores. Las partes un poco más secas exhibían cañas en forma de abanico, cuyas flores, como penachitos blanquecinos y flotando al capricho del viento, contrastaban con las mimosas florecidas, con el lambaiva de racimos azucarados y con los bejucos que caían doquiera, entre las palmeras. Esta mezcla de la vegetación atraía a cada instante mis miradas. Todo me interesaba, hasta esas colonias de martín-pescadores con sus nidos escondidos en los agujeros de los acantilados arenosos, que nos perseguían desde lejos con sus gritos ensordecedores.

Llegué a uno de los puntos peligrosos del Mamoré, en donde este río se estrecha mucho y en donde sus aguas, mucho más impetuosas, corrían girando y engendraban remolinos en forma de embudo, demasiado fuertes para nuestras canoas. Cruzé dos o tres de esos hervideros, que golpeaban en la piragua como si hubiese chocado contra una tosca. Miré a mi capitán, el cual a su vez, viendo que me había dado cuenta del peligro que corríamos, me dijo simplemente: "Cierra los ojos... Llegar pronto o morir". Redoblando la actividad y destreza, franqueamos por fin ese mal paso. Las demás piraguas encontraron más prudente cruzar por otro sitio. Expuesto todo el día a los ardores del sol más caliente, la reverberación de la luz en las aguas me ocasionó una inflamación en los párpados, lo que me hizo padecer mucho y me molestaba infinitamente en mis observaciones. Parecía que los jaguares se habían apalabrado para atormentarnos. En la parada de la noche nos vimos obligados a matar a uno a tiros.

Cuando viajan, los indios de la provincia de Moxos no tienen otra indumentaria que una larga camisa sin mangas, hecha con la corteza de la higuera *Bibosi*. Esos árboles abundaban en los parajes por que cruzábamos, por lo que mis indios me rogaron insistentemente para que les permitiese detenernos y arrancar cortezas, a lo que accedí tanto más gustosamente cuanto que a cada momento los veía lanzar exclamaciones cuando descubrían uno de esos árboles que los provee de un

29 de marzo

30 de marzo

tejido natural. Me detuve en un sitio poblado de esas higueras, y todos mis hombres se dispersaron para hacer su cosecha. Al ratito en toda la selva resonaron los hachazos y el ruido de los árboles al caer. Eligen los árboles nuevos, sin nudos, y cortan primero un trozo de corteza para reconocer su calidad, pues no todos la tienen igualmente buena. Una vez hecha la elección, derriban el árbol, lo despojan de sus ramas y marcan en el tronco la longitud necesaria para cada camisa: la corteza debe ser enroscada en sí misma con el objeto de evitar las costuras. Hacen una incisión circular del largo buscado, practican una hendidura longitudinal, introducen debajo de la corteza un trozo de madera cortada en bisel y la despegan de la parte leñosa sin romperla. Una vez desprendida, la pliegan desde la punta de través, de modo que se separe la parte exterior, dura, de la interior, blanca, espesa y la única que utilizan. La enrollan en seguida, y sacan otra. En dos horas, mis setenta indios recogieron por lo menos materia prima para trescientas camisas. Por la noche, en la parada, se ocuparon del trabajo poco difícil de la preparación. Cada cual se fué al bosque para buscar un tronco para fabricar su camisa. Armados con una maza cuadrada y marcada con profundas estrías transversales, golpeaban sucesivamente con una u otra mano para separar las fibras de la corteza. Hicieron esta operación de ambos lados, la estiraron y la lavaron en el agua. La golpean todavía una vez más durante un tiempo más corto y la extienden como una pieza de ropa blanca; para tener una camisa completamente confeccionada, sólo les falta ahora doblarla en dos, hacerle un corte para pasar la cabeza y coserla en los costados.

Por la noche habíamos llegado al campo más apartado de la misión de Exaltación, de la que sólo nos separaban dos jornadas, y nos detuvimos cerca de las plantaciones de banana y de cacao; encontramos allí una cabaña y a cuatro indios viejos que eran los guardianes de esas chacras. Eran las primeras caras humanas que encontraba desde mi partida de Beira. Cuando después de varios días uno no ha vivido más que de carne seca, sabe valorar mejor el precio de cualquier alimento fresco. Por eso, las bananas y la mandioca que me dieron a probar me supieron más sabrosas que la comida más espléndida. Tranquilizado con respecto a los jaguares, mi reposo, empero, quedó turbado por el ruido infernal que hicieron mis indios golpeando toda la noche a mi alrededor.

No sólo las grandes ciudades encierran una gran diversidad de lenguas: la prueba más evidente era este campamento mío. Al escuchar los distintos sonidos que herían mis oídos, quise darme cuenta del número de lenguas que se hablaban en mi campamento, y con gran asombro descubrí que eran trece. Uno de mis ayudantes y yo éramos franceses; de los dos jóvenes designados por el gobierno boliviano para acompañarme, uno era de Santa Cruz y hablaba español; el segundo, nacido en Cochabamba, tenía como lengua materna el quichua, el idioma de los Incas. Un criado que había tomado en La Paz era ayma-

ra. Un comerciante brasileño que me acompañaba hablaba portugués. De los tres indiecitos que me habían seguido, uno era chiquito, el otro cuciquía y el tercero, *Mbuca ori*, era guarayo y hablaba guaraní. Entre mis remeros había baures, chapacuras de Concepción e itonamas de San Ramón. Los cuatro indios guardianes de la cabaña eran cayuvavas, y entre ellos se encontraba un pacaguara. Si a estos idiomas se hubiesen agregado los conocidos por mis intérpretes, su número hubiese sido mucho más considerable. De todas esas lenguas, las más próximas eran sin discusión las europeas, porque entre las demás no había a menudo más nexa que el de las reglas gramaticales, ya que todas las palabras eran diferentes. Nada tan extraordinario como esta diversidad de lenguas que se encuentra en América. En efecto, la provincia de Moxos cuenta con doce y la de Chiquitos, unas quince. Hay, pues, veintisiete idiomas distintos en una superficie de menos de cincuenta mil leguas cuadradas, hecho notabilísimo que obedece sin duda a causas excepcionales, por ejemplo, el aislamiento prolongado por mucho tiempo de cada nación.

Las orillas del Mamoré presentaban en esos parajes algunas modificaciones en su vegetación. En sus bosques divisaba de tanto en tanto

31 de marzo

palmeras cucich. Se veían igualmente algunos bambúes, que en los calveros resaltaban mejor.

Tuve también ocasión de estudiar estos terreros del río: si quedan un año fuera de las aguas, se cubren de lisos, que son los primeros vegetales que nacen allí. Al segundo año los reemplazan los sauces, que pronto los ahogan. Al tercer o cuatro año, dominan los sauces y protegen el crecimiento de algunas lambaivas y de higueras bibosi. Los primeros en desaparecer son los lisos, le siguen luego los sauces, hasta que al fin quedan dueños del terreno las lambaivas y las bibosi. Los demás árboles, especialmente las palmeras, al decir de los indios no crecen sino muchos años más tarde, cuando el terreno no se inunda más que en la época de las crecientes occidentales.

Con el fin de evitarnos todas las vueltas del río y su corriente en contra, cuando salimos del último alto nos metimos en un pantano situado a la orilla derecha del Mamoré. Remontamos un arroyito que nos llevó hasta un extenso lago, en donde casi nos perdimos porque no podíamos hallar la salida. A orillas de ese lago vi una especie de *Victoria*, semejante a la que describí en Corrientes y que tanto excitó mi admiración. Es una de las plantas más hermosas de América. Sus hojas circulares, de dos metros de diámetro, de bordes levantados como una bandeja, verdes encima y de un bello rojo debajo, están extendidas en la superficie del agua, como las hojas de nenúfar de nuestros pantanos; sus magníficas flores, rosadas o blancas, de un tercio de metro de largo, presentan un conjunto realmente maravilloso, digno de la vegetación grandiosa de esas regiones. El padre Lacueva y uno de mis intérpretes me contaron que cuando el naturalista Hainck vió

por primera vez esta planta, se puso de rodillas para agradecer a la Providencia por una creación tan notable.¹ Nada, en efecto, es comparable a la alta idea que da de la fuerza creadora de la vegetación.

Dejé con alegría el pantano para retomar el Mamoré porque las hormigas nos estaban devorando; pero la salida fué muy difícil, pues la estorbaban una cantidad considerable de árboles amontonados por la corriente, que estuvieron a punto de hacernos naufragar más de una vez. Poco después divisamos una chacra que pertenecía a la misión de Exaltación. Nunca había visto tan espléndidas plantaciones de bananos y de cacao. Me ofrecieron los indios varios cachos de bananas y les compré algunos más, que les hice dar a los hombres de mis cuatro piraguas, recomendándoles bien a los itonamas, que son los que menos confianza inspiran, que no se apoderasen de nada. Navegué hasta el anochecer y crucé por terrenos bajos, inundados en parte, cuyas riberas arenosas se desmoronaban a cada paso y tornaban muy difícil la navegación a consecuencia de las ondas de proyección que formaba el desplazamiento de las aguas. Al acampar, y para que mis piraguas no se hundiesen por la noche, tuve que hacer caer trozos del pequeño acantilado hasta convertirlo en una rampa. Si en este tramo los mosquitos incomodan al viajero durante el día, se multiplican en tal forma al llegar la noche, que a la hora del ocaso no se puede abrir la boca sin tragar un buen número. A la mañana siguiente, la franja

1° de abril

costera descendió aún más, siempre removida por las corrientes. A menudo los desbordamientos arrancan todas las plantaciones; no hacía muchos años que los cayuvavas perdieron así todos sus campos de labranza y se vieron reducidos a vivir un año entero del tronco de la palmera totai, la providencia de esas comarcas en las malas épocas. Hacia el mediodía llegué por fin al puerto de Exaltación, después de ocho largas jornadas desde mi partida del fuerte de Beira.

MISION DE EXALTACION DE LA CRUZ

Situado en un pantano, a la orilla izquierda del Mamoré, el puerto está a un kilómetro y medio de la misión. En la playa se bañaban indios e indias. A través de una calzada, me encaminé hacia la misión, en donde no pude ser peor recibido por el administrador, quien, a pesar de las órdenes precisas recibidas, durante mi estadía de seis días buscó mil maneras para mortificarme. Felizmente, el cura no procedió de la misma manera con respecto a mí. Trabajé, sin embargo, con

¹ Es la misma que los ingleses llamaron *Victoria regina* en 1826. La recogió en la Guayana inglesa el viajero Chonburk. La especie que vi en Corrientes en 1827 estaba en Francia desde 1829.

la mayor diligencia posible, pues me urgía salir cuanto antes de esa desagradable residencia. Tenía que poner en orden mis notas y mis itinerarios geográficos, reunir los objetos de historia natural de los alrededores, estudiar la misión y sus archivos y, sobre todo, escribir vocabularios de las lenguas cayuvava, pacaguara e itenes. Tales tareas no me dejaban más que contados instantes de descanso, que aprovechaba para recorrer los alrededores, por ese entonces muy restringidos como consecuencia de unas inundaciones.

La misión de Exaltación de la Cruz fué fundada por los jesuitas después de 1696 con indios cayuvavas, descubiertos por ellos en las márgenes del Mamoré¹. La edificaron en una llanura, en medio de esteros, y a cubierto de las grandes crecidas del Mamoré por un dique que la rodea y que los jesuitas habían levantado. La plaza, con sus palmeras, sus capillas y las casas de los jueces, se parece a la de las otras misiones. Construída según el gusto de la Edad Media, la iglesia está llena de ornamentos, de esculturas de buen gusto, y sus murallas, levantadas con tierra², están cubiertas de pinturas. El colegio, de una planta, está muy bien distribuído. El capricho de un administrador hizo desaparecer un precioso monumento. En los muros los jesuitas habían representado con detalles el mapa de la provincia, que debían conocer perfectamente; pero hacía unos años este administrador mandó borrarlo y lo reemplazó con caricaturas groseras, o con dibujos sobre temas de caza de jabalí, de ciervo, etc., ejecutados según los grabados europeos. Por sus productos y su industria, Exaltación de la Cruz es una de las misiones más ricas: sus tejidos son muy lindos y su cacao uno de los mejores.

La población se compone de 1984 indios, de los que una decena son de la nación pacaguara, uno solo pertenece a los itenes y el resto son cayuvavas³. Son sin discusión los mejores hombres de la provincia por su franqueza, su falta de vicios y su amor por el trabajo. Son naturalmente robustos y de rasgos regulares. Tuve mucho tiempo conmigo a hombres de esta nación y no puedo sino hacer elogios de su carácter. Remeros infatigables, sus pilotos son los más experimentados. Ardientes y emprendedores, son, sin embargo, prudentes, respetuosos, sumisos y de una extremada condescendencia. Conservan todavía algunas supersticiones, que se remontan sin duda a su estado primitivo y que se manifiesta principalmente entre los encargados de vigilar los ganados. Por ejemplo, cuando un cayuvava sabe que su mujer no está bien de salud, nunca monta a caballo, de miedo a caer-

¹ El padre Eguiluz, *Relación de la misión apostólica de los Moxos*, 1696, págs. 35, 37, cita solamente esta nación, entorces salvaje.

² Es bueno consignar que no existen piedras en la provincia de Moxos.

³ Esta nación se divide en ocho secciones: los *Maisamaé*, *Maidebochoqué*, *Maidepupiñé*, *Mairoaña*, *Maiauqué*, *Maidijibobo*, *Maimajuya* y *Maimorosoya*. V. lo que acerca de esto dije en *El hombre americano*, pág. 357 de la ed. Futuro.

se o de enfermar aún más a su compañera. Después de la muerte de su mujer, los viudos se encierran un mes y durante su viudez nunca más vuelven a subir a caballo porque temen espantar al ganado.

No sin dificultades salí de Exaltación el 7 de abril. Como no quería darme piraguas, el administrador había hecho esconder las mejores. Las que conseguí eran tan malas que una de ellas, cuyo fondo agujereado había sido taponado solamente con arcilla, estuvo en un tris de hacer morir a los que la tripulaban. Un junco destapó el agujero de la piragua, que se hundió; pero felizmente el caso ocurrió cerca de la costa y todos se salvaron. El Mamoré, que ahora navegaba yo aguas arriba, lleno de esteros y de lagos más allá de sus orillas, no tiene nada de notable. Por la noche, me detuve junto a un pantano, en donde nos comieron los mosquitos. Cuando no dormía, oía a los indios golpearse continuamente en sus hamacas para espantar a esos importunos insectos.

Durante todo el día siguiente, mientras proseguía mi viaje por el río, veía en el aire, a gran altura, un crecido número de bandadas de grandes y pequeñas garzas que volaban en triángulo y cuyo ángulo de penetración estaba formado por dos filas de aves; tales bandadas se dirigían invariablemente de sur a norte. Era sin duda el momento de una de esas migraciones generales en que las aves ribereñas abandonan las regiones del sur, entonces demasiado secas, para ganar los pantanos de Moxos y del Amazonas, que para esa época comienzan a despejarse, dejando en la llanura muchos peces, cuya fácil captura ofrece un abundante alimento a esas aves viajeras.

Remontando el Mamoré, a unas quince leguas de Exaltación, encontré, en la orilla izquierda, la desembocadura del río Yacuma, cuyas aguas límpidas y negruzcas corren por un lecho profundo, sin playas y de setenta a ochenta metros de ancho. Entré en este río, remontándolo; sus orillas cubiertas de malezas contrastan poco con las llanuras adyacentes, en parte desprovistas de árboles. A tres kilómetros de la desembocadura del Yacuma, alcancé su confluencia con el Rapulo, río menos ancho que aquél y que serpentea por la planicie. Antes se lo remontaba para llegar a la misión de San Borja¹, destruída en tiempo de los gobernadores españoles, después de la expulsión de los jesuítas. Un poco más allá de la confluencia encontré el puerto de la misión de Santa Ana, situada entre los dos ríos y a menos de un kilómetro de la orilla del río Yacuma.

¹ Según el padre Eguiluz, *Relación de la misión apostólica de los Moxos*, 1696, pág. 44, San Borja habría sido edificada en 1693, cerca del río Maniquí, al pie de los últimos contrafuertes de la Cordillera, a unas doce leguas al norte de San José. Tenía 3.000 almas de las naciones *Churimana* —tribu de los moxos— y *Moporoabocono*. Esta misión fué abandonada hacia 1780, bajo el gobierno de los curas.

MISION DE SANTA ANA DE MOXOS

A través de una llanura inundada, llegué no sin trabajo a la misión, cuyo triste aspecto y su mala construcción me hicieron reconocer de inmediato que no había sido obra de los jesuítas. En efecto, erigida en su origen por los jesuítas una legua más al oeste, los gobernadores españoles la habían transferido al lugar en que la encontré. Esta misión, compuesta por indios de la nación *Movima*, fué fundada después de 1700. Los jesuítas llevaron allí a los movimas con el objeto de facilitar el tránsito fluvial con la misión de Reyes, que fundaban al mismo tiempo no lejos del río Beni. A pesar de su posición y de la inundación temporaria de sus alrededores, la misión no tiene nada de insalubre. Está, eso sí, muy mal distribuída. Las casas de los indios no están en línea, y la puerta de la iglesia, en vez de dar a la plaza, se abre hacia el campo. La industria está muy poco adelantada allí; sus escasos campos de cultivo están situados en medio de bosquecillos, cerca de los ríos Rapulo y Yacuma; pero existen dos buenos establecimientos para la cría de ganado. Su población, que alcanzaba en 1831 a 1156 movimas, es notable por sus hermosas proporciones. Los hombres son allí grandes, robustos, bien plantados, y las mujeres tienen proporcionalmente una planta mejor que los hombres. Me asombraba encontrar a menudo muchachas de dieciséis a diecisiete años contra las cuales ciertamente yo no habría sostenido una lucha. Sus brazos vigorosos y hasta sus rasgos no tienen nada de femeninos. Los movimas son por regla general buenos, y en su cara llevan retratada su dulzura. Aunque muy diferente de la de las demás naciones, su lengua es de una extremada dureza a causa de la multiplicación de las consonantes. Tuve mucho trabajo para escribir un pequeño vocabulario, y sin el auxilio del administrador, muy versado en este idioma, no habría logrado mi objeto.

A juzgar por la indumentaria de las mujeres, la miseria parece ser muy grande en la misión, lo que obedece a la rareza de tierras aptas para el cultivo del algodón; las indias tienen que hacerse sus tipois con tejidos de lana que provienen de Cochabamba. El cura me habló de ciertas supersticiones que se habían conservado hasta entre los indios; así, por ejemplo, cuando quedan viudos jamás quieren cazar jaguares, porque si no se mueren infaliblemente, y jamás matan una serpiente por temor a volverse leprosos.

La lluvia no había cesado de caer desde mi llegada a Santa Ana, de modo que nada pude hacer en la campaña. Para ir a la misión de Reyes se remonta el Yacuma hasta sus primeros afluentes, y después ya no hay más remedio que hacer un acarreo a través de la llanura para tomar el río Quiquive, bajando cuyo curso se llega al Beni,

y por ahí hasta Reyes. Había venido a Santa Ana con intención de hacer este viaje; pero los informes que obtuve del administrador me hicieron cambiar de parecer, pues la excursión me habría exigido por lo menos dos meses, lo que era demasiado, teniendo en cuenta la escasa importancia de esa misión. Me decidí a llegar a las otras. Por lo demás, por una piragua que llegó de Reyes durante mi estada en Santa Ana, comprobé las dificultades que había de vencer. Los indios de Reyes pertenecen a la nación *Maropas*¹, y tienen los rasgos afe-minados, regulares, semejantes a los de los mocetenes, de los que más tarde hablaré. Lo mismo que los indios del Perú, mastican la coca, y su camisa de lana es mucho más corta que la de los moxos.

Después de pasar tres días en Santa Ana, proseguí mi viaje con un tiempo espantoso. El viento del sur, cargado de lluvia, era tan fuerte, que habría corrido a un seguro naufragio si hubiese sido lo bastante temerario como para aventurarme con mis frágiles embarcaciones en las aguas entonces muy revueltas del Mamoré. Me pareció más prudente detenerme en las orillas del Yacuma. Los indios se pusieron a pescar allí con anzuelos atados al extremo de un alambre el pez conocido con el nombre de *palometa*. Semejante por su forma alargada a nuestro sargo, tiene el ornato de vivos colores amarillos. Sus dientes, triangulares, apretados y cortantes como una navaja, lo hacen temible a los indios, aunque éstos lo buscan mucho en razón de su utilidad. Como esos peces muerden implacablemente a los bañistas, llevándose el bocado, nadie se atreve a entrar en el agua; pero desde tiempo antiguo sus dientes sirvieron de tijeras a los indios de esas regiones. En efecto, es con los dientes de la palometa que los tejedores de Moxos cortan sus hilos y los indios sus cabellos.

El viento del sur había bajado tanto la temperatura, que mis pobres indios tiritaban con doce grados de calor.

A la mañana siguiente el tiempo más apacible y sobre todo menos húmedo me permitió continuar viaje. Remonté el Mamoré todo el día. A la tarde pasé frente a la desembocadura del Aperé, que, en tiempo de los jesuitas, llevaba a la antigua misión de San José. Al río Aperé recibe, a un día de marcha aguas arriba en piragua, el río San José. Los dos ríos bajan de los últimos contrafuertes de las Cordilleras y corren casi paralelamente en la llanura. A orillas del San José estaba en otro tiempo la misión del mismo nombre, antes floreciente, pero abandonada después de la expulsión de los jesuitas². Ambos

¹ Véase *El hombre americano* (págs. 200 y 218 de la edición Futuro).

² Según el padre Eguiluz, *Relación de los Moxos* (1696), págs. 39 y 40, San José habría sido fundada en las llanuras del norte, al pie de los últimos contrafuertes de la Cordillera, con indios moxos. Esta misión estaba situada a dieciséis leguas al oeste de San Ignacio. En 1691 contaba con 2033 indios. Fué abandonada hacia 1780 bajo el régimen de los curas (Viedma, *Informe de la provincia de Santa Cruz*).

ríos, por lo demás, son navegables, lo mismo que el Rapulo y el Yacuma, por grandes embarcaciones hasta el pie de las montañas.

Las orillas del Mamoré no tenían ya esa salvaje belleza que había admirado cerca de la confluencia con el Itenes. Aquí todo parece provisorio: las barrancas, como los esteros y los cambios de dirección del río impetuoso, están marcados por terrenos

13 de abril recientes, por bancos de arena y pantanos. Pasé frente a la antigua misión de San Pedro, situada en la margen derecha del Mamoré y fundada por los jesuitas a comienzos de 1700. Al establecer ahí su capital, esos religiosos habían reunido en ella todas sus fuerzas y los monumentos más suntuosos¹; pero hacia 1820, temiendo que las sucesivas invasiones del Mamoré, cuyas aguas ya habían subido a las chacras, acabasen por amenazar a la misión misma, los administradores la trasladaron a una llanura, a unas doce leguas más arriba. De la antigua misión sólo subsiste un bosque de plantas de cacao.

Un poco más arriba el Mamoré se divide en tres brazos, formando islas y numerosos bañados, en los que nos metimos y de los que no salimos sino con gran trabajo, impedidos como estábamos en medio de los árboles amontonados por la corriente. Algo más allá, habiendo penetrado de nuevo en un pantano de la orilla izquierda, tuvimos que atravesar aguas putrefactas y azuladas, en las cuales las burbujas que reventaban en la superficie desprendían gases mefíticos que apesataban el aire. Al permanecer algunas horas en ese lugar infecto, dije a mis compañeros de viaje que seguramente alguno de nosotros atraparía los gérmenes de esas fiebres intermitentes que tan peligrosas son en aquellas comarcas. El pantano me llevó a un hermoso lago en cuyos bordes volví a ver con gran placer el *Maíz del agua*. La noche nos sorprendió a la salida de ese lago y nos obligó a detenernos en un bosque, en donde recibí uno de los aguaceros más fuertes.

El 14 me marché antes de la salida del sol, y a las ocho llegué a la desembocadura del río Tijamuchi, que desciende las cordilleras. De un ancho de casi cien metros, pero muy profundo, el Tijamuchi sería navegable en cualquier tiempo, aún por vapores.

14 de abril Su curso es muy tortuoso; por eso se pone de cinco a seis días para remontarlo hasta la misión de San Ignacio, una de las más bellas y antiguas de la provincia, adonde no pude ir. La fundaron en 1689² con indios *Paunamas* (tribu de los moxos) en mitad de la llanura. En 1691 contaba ya con 3014 habitantes; su iglesia había sido levantada ya en 1694, y el padre Eguiluz nos informa que, siguiendo la costumbre del Perú, en ella los indios

¹ En la nueva misión, vi inmensos depósitos abarrotados con magníficos restos de esculturas de la antigua iglesia, y aún traje a Francia algunos fragmentos que todavía conservo.

² Padre Eguiluz, pág. 26.

bailaban delante de la procesión. Por tierra, esta misión dista unas quince leguas de Trinidad hacia el oeste. Más arriba de San Ignacio, el Tijamuchi recibe al Taricuri, igualmente navegable hasta el pie de las últimas montañas.

Después de medio día de camino, me metí en un bañado de la orilla derecha que me llevaba hasta el puerto de San Pedro.

MISION DE SAN PEDRO

Desde este punto me faltaban todavía tres kilómetros de bajos inundados para llegar a la misión. Mandé buscar caballos y me encaminé hacia ella. Tuve que atravesar algunos lugares en donde el agua me llegaba hasta sobre la silla del animal. El cielo estaba nublado, y me asombraba sentir una desagradable impresión de frío que no solía padecer cuando me mojaba diariamente; sin embargo, proseguí mi camino, y después de pasar por cierto lugar del bosque los primeros afluentes del río Machupo¹, llegué a San Pedro, en donde las campanas anunciaron mi llegada. Acompañados de música, los jueces vinieron a mi encuentro y me rindieron todos los honores imaginables, de los que muy bien habría prescindido, pues no me encontraba nada bien. Mientras tanto, tuve que quedarme como dos horas sentado, sin poder cambiarme de ropa. Parece que al cruzar la víspera los pantanos apestados había atrapado los gérmenes de la fiebre, que se declaró con extrema violencia en cuanto estuve en la habitación que me habían destinado. En efecto, me cogió un escalofrío de más de dos horas, al que sucedió un espantoso delirio que asustó a todos los habitantes de la misión y que duró toda la noche siguiente.

Desde que tenía seis años había cruzado impunemente por todos los sitios malsanos. Como hasta entonces había quedado invulnerable, no creía que me pudiese atrapar la enfermedad; y así, poco accesible al miedo, a pesar de la fuerte sacudida que acababa de experimentar, las largas historias del cura y del administrador sobre la gravedad de las fiebres de esos parajes no pudieron quebrantar mi resolución. Sin pensar que, solo en medio de hombres semisalvajes, no podía contar con ninguna ayuda médica, al día siguiente me olvidé de mi enfermedad para no ocuparme sino de los intereses de mi viaje. Tenía muchos deseos de encontrarme para Semana Santa en las misiones moxos —las más celebradas desde el punto de vista religioso— para ver por mí mismo todo lo que en ellas pasaría en esta época; por eso me decidí a no quedarme más que un día (el domingo de Ramos) en San Pedro y a partir el día siguiente para San Javier, en donde me proponía dedicar los cuidados que requería mi salud. A pesar de mi ex-

¹ Véase lo que dije de este río.

cesiva debilidad y de los espantosos dolores de cabeza, pasé la jornada atareadísimo, viendo la misión en compañía del cura y tomando notas de cuanto podía interesarme en ella.

La misión está emplazada en una llanura inmensa, bastante alta y cruzada por pantanos en los que nacen los ríos Tamucu y San Juan, los primeros dos afluentes del Machupo. Todos sus actuales edificios son todavía provisorios y no tienen nada de notable.

La nación de los *Canichanas* fué descubierta por los jesuitas en 1693¹. En aquel entonces moraba en las márgenes del Mamoré y del Machupo y tres años más tarde se congregó espontáneamente y edificó una aldea, llamando a los religiosos para que la convirtieran al cristianismo. Se ha pretendido que era caníbal y que guerreaba a menudo con los cayuvavas y los itonamas. Y hoy todavía es para estos últimos objeto de temores tradicionales. En el lugar en que vi las ruinas los jesuitas establecieron la misión de San Pedro, cuya posición central la convirtió muy pronto en capital de la provincia. Concentraron en ella todas sus riquezas, todas sus grandezas, y por sus monumentos, por el número de sus estatuas de santos, por las joyas que adornaban a sus vírgenes y a sus niños Jesús, por las planchas de plata que decoraban sus altares y, más que nada, por las hermosas tallas de madera de su iglesia, San Pedro no tardó en rivalizar no sólo con las catedrales de Europa, sino también con las más ricas iglesias del Perú. Cuando entregaron la misión a los curas, después de la expulsión de los jesuitas en 1767, inventariaron en ella 80 arrobas (1.000 kilos) de plata maciza, con un valor aproximado de ciento setenta mil francos.

San Pedro fué dilapidada bajo el régimen de los curas, primero, y luego bajo el de los gobernadores. Lo mismo ocurrió bajo los administradores. Se la despojó de una parte de sus riquezas para sostener el ejército español que mandaba el general Aguilera, sustrayendo de allí veinticinco arrobas (312 kilos) de plata². Hacia 1820, San Pedro fué teatro de una revolución que provocó la muerte del cacique Marasa, matado por el gobernador, lo que trajo como consecuencia el incendio del colegio y la consiguiente destrucción de los preciosos archivos de la provincia. Más tarde cambiaron la misión a donde hoy está, reconstruyéndola provisoriamente. El traslado de la cabecera a Trinidad después de la muerte de Marasa, unido a las dilapidaciones y al cambio de sitio de la misión, la redujeron a la mayor miseria, y no hay duda de que hoy es la más pobre de todas. Allí los indios están apenas vestidos y carecen de víveres; por eso se han convertido en los mayores ladrones de la comarca: saquean los campos doquiera pasan, sin que nada se oponga a sus depredaciones, a

¹ V. el P. Eguiluz, págs. 34-36. Este autor les llama *Canicianas*.

² V. la historia de la provincia en el capítulo XXXVIII.

tal punto se imponen a sus vecinos. Los trabajos de la misión apenas cuentan; solamente los indios se han reservado desde el tiempo de los jesuítas la fundición de campanas y de calderas.

Al entrar en San Pedro me chocaron los rasgos repelentes de los indios canichanas que la habitan. Sus ojos pequeños, levantados por fuera, su nariz achatada y sus pómulos salientes los diferencian desfavorablemente de las otras naciones. Ni siquiera las mujeres tienen nada agradable. Los canichanas son robustos, bastante grandes, pero muy poco sociables. Hoy suman 1576. Se parecen en todo a los indios tobas del gran Chaco¹; por eso no me asombró mucho encontrar entre ellos aquella ceremonia practicada por los tobas en ocasión de la nubilidad de las indias. Aquí, como en el Gran Chaco, la muchacha es encerrada sola durante ocho días, lapso en que se la obliga al ayuno más riguroso. Es tal su indignancia que los canichanas no tienen miedo a nada cuando se trata de procurarse su sustento: cazan al jaguar para alimentarse de él y con el mismo fin llevan una guerra cruel a los caimanes. Esta caza llena de peligros parece convenirles. En cuanto ven un caimán en el río, algunos de ellos, provistos de un largo lazo de cuero, permanecen en la barranca, mientras otro, teniendo una larga pértiga a cuyo extremo está la punta del lazo, se mete en el agua y nada con una mano, aproximándose muy suavemente al animal, que, como de costumbre, permanece inmóvil, con la vista fija en su presa. El cazador trata de pasarle el lazo alrededor del cuello; si lo consigue, los demás sacan el reptil a tierra; pero si falla, no le queda otra posibilidad de salvación que perseguir al caimán, zambulléndose para asustarlo y tener tiempo de llegar a la orilla. Otros canichanas cazan al mismo animal con un simple palo afilado en los dos extremos y atado en medio de un lazo. Avanzan hacia el caimán; para coger el brazo del nadador, el reptil abre sus inmensas fauces, movimiento que el cazador aprovecha para introducir su trozo de madera y lo endereza perpendicularmente cuando el animal cierra sus dos mandíbulas. Con el trozo de madera clavado profundamente, los canichanas arrastran el animal con el lazo hasta la orilla. Esta caza provoca a menudo desgracias, y pasan pocos años sin que mueran algunos canichanas.

Al recorrer la fundición, entré en un galpón en el que vi amontonadas todas las esculturas de la antigua iglesia de los jesuítas. Noté sobre todo un púlpito y un confesionario todavía intactos que, por la profusión de tallas que cubrían toda su superficie, hubiesen podido ser el ornato de nuestros templos. Me quedé realmente asombrado y la curiosidad me llevó a apoderarme de un trozo que vi suelto en el suelo².

Entré en la iglesia, que me pareció muy mal construída y des-

¹ V. *El hombre americano* (pág. 352 de la edición Futuro).

² Todavía lo conservo en mi colección americana.

mesuradamente recargada con imágenes de santos y ornamentos de plata. Entre ellos reconocí, sin embargo, varias estatuas de madera esculpidas en Italia por los mejores maestros del siglo pasado. La iglesia estaba preparada para los oficios de Semana Santa; experimenté una especie de terror al ver no menos de veinte grupos de estatuas, casi de tamaño natural, que representaban todas las escenas de la Pasión. Estos grupos, pintados, ocupaban el medio de la iglesia. Allí se veía la flagelación, la coronación de espinas, el vía crucis y, finalmente, la crucifixión. Por lo general, los españoles exageran todo lo que se refiere al exterior de la religión; por eso, apenas se reconocen rasgos humanos en medio del cúmulo de llagas y de sangre que cubren las estatuas. Tal vez no me encontraba bien predispuesto, lo cierto fué que el espantoso espectáculo realmente me sobrecogió de horror. No compartí la exaltación con que el cura me alababa cada uno de esos grupos, repitiéndome en distintos tonos que la verdadera religión no se encontraba más que en Moxos.

Después de las vísperas, un tropel de indios, vestidos de manera burlesca, de rojo o con otros vivos colores y desempeñando el papel de judíos, recorrían la misión muy despacio, buscando a Jesucristo. Se dividieron en varios grupos, y por donde pasaban el pueblo se prosternaba delante de ellos. Por la noche, la banda volvió a reunirse y se puso en marcha, acompañada por una música de las más tristes. El lúgubre acorde de los tambores aflojados, de las flautas de acentos lastimeros y de otro instrumento, del que salían sonidos bajos y temblorosos¹ produjo en mi ser un efecto que no sabría definir. Todo mi sistema nervioso estaba alterado y no habría podido soportarlo más tiempo. El cura me dijo que los tambores representaban el ruido causado por el populacho enardecido contra Jesucristo, que las flautas simulaban los gritos, en tanto que las calabazas imitaban el temblor de tierra.

A pesar del gran malestar que sentía, el lunes santo resolví dejar San Pedro para dirigirme a San Javier, distante unas doce leguas al sur. Monté a caballo para cruzar la llanura inundada hasta el puerto,

situado a cerca de dos leguas. Cada vez que entraba

15 de abril en el agua, experimentaba una desagradable impresión, nueva para mí. Mientras tanto, el administrador había tenido la precaución de mandar a uno de los brazos más profundos del río San Juan unos indios con cueros secos, con el objeto de hacérmelo cruzar en *pelota*, es decir, recogiendo las puntas del cuero y atándolas de manera que formen una navecilla cuadrada, en la que el viajero se coloca, en tanto que un indio la arrastra a nado hasta la otra orilla. Esta nave vacilante, en la que no se puede hacer el

¹ Este instrumento se emplea solamente en esa circunstancia; está formado por un tubo largo a cuyo extremo está fijada una gran calabaza. Se sopla dentro de cierta manera.

menor movimiento si no se la quiere ver naufragar, me recordó el mismo modo de navegación en uso en la provincia de Corrientes. A pesar de estas precauciones, llegué completamente mojado al puerto, desde donde comencé mi navegación aguas arriba por el Mamoré. Este vasto río me ofrecía absolutamente el mismo aspecto que debajo de San Pedro, es decir que estaba bordeado de terrenos modernos y de pantanos, a los que entré varias veces para acortar camino y para romper más fácilmente la corriente.

MISION DE SAN FRANCISCO JAVIER

De camino me cogió la más violenta fiebre y durante dos horas luché contra los temblores, pues no quería interrumpir mis relevamientos con la brújula; finalmente salí del Mamoré por su orilla derecha y entré en un vasto bañado, en cuyas márgenes encontré el puerto de San Javier, señalado solamente por un galpón abierto a todos los vientos, en donde tuve que acostarme en el suelo y pasar por un acceso de delirio tan violento, que mis compañeros se vieron obligados a velarme toda la noche, por temor de verme salir corriendo al campo. Como este acceso había sido mucho más fuerte que el primero, y yo sabía que esas fiebres rara vez dejan pasar el cuarto o quinto día sin llevarse al enfermo, informado desde ese momento de la marcha intermitente de la enfermedad, resolví detenerla inmediatamente después de mi llegada. Yo traía conmigo un pequeño botiquín en el que no había sido olvidado el sulfato de quinina. A la mañana siguiente, como no me sentía bastante fuerte como para subir a caballo, crucé el bañado en piragua y entré en un arroyuelo que me llevó a través de la llanura inundada hasta la misión de San Javier, en donde todos los habitantes blancos vinieron a recibirme, excusándose de mil maneras por no haber podido acompañarme, a causa de la Semana Santa, con música ni tocado las campanas, de todo lo cual los dispensé con gran alegría. Por lo demás, recibí la más solícita acogida del cura y del administrador, que me prodigaron las más delicadas atenciones.

Muchas veces había experimentado con los indios atacados del mismo mal que yo los efectos del sulfato de quinina, administrado durante o entre los accesos; y me había convencido de que su acción era

17 de abril mucho más rápida y eficaz si se lo tomaba durante el acceso de fiebre. De modo, pues, que resolví seguir este último método. Para encontrarme en condiciones, me purgué el miércoles por la mañana y aguardé el ataque, que se adelantó una hora por lo menos. Dividí en tres dosis los treinta granos de sulfato de quinina y tomé la primera, diluida en una cucharada de vino, en lo más fuerte del escalofrío, que cesó casi

instantáneamente; la segunda en el momento que comenzaba el delirio y la tercera al iniciarse la transpiración. De esta manera reduje el acceso a la mitad y detuve la fiebre, que ya no volvió. Durante las ceremonias del miércoles santo deliraba. Desde mi cuarto, situado sobre la plaza y pegado a la iglesia, oía la música lúgubre, los golpes redoblados que se daban los indios y sus gritos de dolor. Todo eso, agregado a la imagen que me formaba del espectáculo de los penitentes ensangrentados, se tornó para mí en una terrible pesadilla que me oprimía horriblemente, aumentando mi sufrimiento.

El martes y los días siguientes los indios recorrieron la misión disfrazados de judíos. El miércoles casi todos los habitantes se impusieron un ayuno rigurosísimo que consiste en no tomar absolutamente nada hasta el domingo: es lo que le llaman ayunar hasta el *traspaso*. Lo mismo que en San Pedro, la iglesia estaba llena de grupos de estatuas. A pesar de la completa postración de mis fuerzas, quise verlo y oírlo todo. Antes de la puesta del sol, el cura comenzó su sermón en lengua moxa, y cuando terminó hombres y mujeres se golpearon el pecho con puñadas tan fuertes que las bóvedas del templo retumbaron largo rato. Era un fragor de sonidos cavernosos cuyo conjunto hacía estremecer. La procesión salió por la noche. Llevaban los diferentes grupos de estatuas, y todos, con la espalda desnuda, sin distinción de sexo ni edad, se daban azotes con unos látigos de gruesos nudos, en tanto que los demás, según las penitencias que les habían impuesto, se desgarraban las carnes con látigos provistos de trozos de vidrio cortantes o de ganchos de hierro, que penetraban bastante profundamente en la carne, como para que los pacientes no pudiesen arrancarlos sino a costa de un gran esfuerzo, haciendo correr la sangre a su alrededor. Detrás de la procesión, que dió muy lentamente la vuelta a la plaza, venía una muchedumbre de penitentes, más culpables sin duda que los demás y ante cuya vista me horroricé. Unos arrastraban penosamente un enorme pedazo de madera por medio de una cuerda atada a la cintura y cuyos nudos, hechos expresamente, penetraban en la carne, y se martirizaban con garfios de hierro en las piernas o con unas disciplinas armadas de puntas; otros llevaban un gran tronco sobre los hombros, con los brazos atados en cruz y daban la vuelta a la plaza de rodillas. No pude soportar mucho rato este espectáculo realmente espantoso y regresé temblando a casa, exasperado de ver perpetuarse de esta manera, por el fanatismo de los curas, esos atroces abusos de una religión de paz y de misericordia.

Apenas había entrado en mi cuarto, cuando mi guarayito *Mbuca ori* se refugió en él, gritándome en su mal español: *¡No está bueno! ¡Mucha sangre, mucho malo estos hombres! ¡Guarayos mucho buenos, no hay azotes, no hay sangre!* Me costó bastante trabajo tranquilizarlo y mandarlo que se juntase con sus pequeños camaradas. En cuanto

a mí, estaba como sobre ascuas durante esta escena, que duró más de dos horas, y no pude dormir, perseguido como estaba por esas imágenes.

El viernes santo las ceremonias fueron las mismas, con excepción del sermón, que versó sobre la agonía de Jesucristo. Cuando el orador describía a Cristo a punto de expirar, en la iglesia resonaron de nuevo los golpes que se daban los fieles y a los

19 de abril que se mezclaban los gritos de dolor, los sollozos de hombres y mujeres que, en la mayor desesperación, se retorcían los brazos, se arrancaban los cabellos y se martirizaban el pecho y el rostro o se descargaban tremendos golpes con las disciplinas. La procesión de la noche fué más sangrienta aún que la de la víspera; varios penitentes quedaron desmayados en la plaza, tanto por la pérdida de sangre como por la abstinencia a que estaban condenados desde el martes. Los indios moxos, entre los que ahora me encontraba, son los más fanáticos de la provincia, si se exceptúa sin embargo los de Trinidad, que van más lejos aún que en San Javier. En aquélla, un indio viejo, que se sacrifica, es atado desnudo el jueves santo a una columna, escoltado por judíos armados de lanzas, látigos y otros instrumentos de suplicio con los que lo golpean en las cuatro esquinas de la plaza¹.

Asombrado de encontrar entre los indios de la nación de los moxos semejante exaltación religiosa, mientras que las demás naciones son mucho menos fanáticas, traté de investigar semejante anomalía. En Chiquitos, fundada también por los jesuítas, las ceremonias de Semana Santa se hacen como en Santa Cruz, es decir, con toda sencillez; en cuanto a las demás misiones de la provincia de Moxos, tales excesos están lejos de alcanzar el mismo grado. Llegué, pues, a la conclusión que esos extravíos no tenían su origen en las instituciones generales de los jesuítas, sino que obedecían a causas particulares. Encontré más tarde esa explicación en la obra del padre Eguiluz sobre la antigua religión de los moxos². Unos hombres que en su estado primitivo se consagraban a la castidad y al ayuno más riguroso para llegar a ser sacerdotes del jaguar; unos hombres a quienes la supers-

¹ En su pequeña memoria de 21 páginas titulada *Descripción sinóptica de Moxos* (pág. 20), impresa en Cochabamba en 1832, sin nombre de autor, Don Matías Carrasco, ex gobernador de la provincia, se expresa en estos términos: *En la época de la cuaresma hacen estos naturales penitencias públicas, y es tanto lo que se azotan, mortifican y maceran que los mismos faquires de la India quedarían admirados. Las estaciones del jueves santo sigue un anciano que sacan de nazareno, desnudo y amarrado a una columna, escoltado de un piquete de judíos armados de lanzas, chicotes y otros instrumentos, que le aporrear, escarnian y lo azotan con mano feral.*

² *Relación de la misión apostólica de los moxos.* (1696).



Nº 48. — Indios y mestizos de la nación quichua, de Chuquisaca y sus alrededores. (Bolivia)

tición llevaba a no temer la inmolación de sus mujeres y de sus hijos, tenían que convertirse, bajo el régimen de un catolicismo ciego, en más fanáticos aún. Esta transformación era tanto más fatal cuanto que, no estando ya gobernados espiritualmente por religiosos ilustrados, obedecían a eclesiásticos poco concienzudos, interesados en aumentar esos abusos para tener sobre aquéllos más influencia que los mismos administradores¹ y para gobernarlos despóticamente por el terror de rigurosas penitencias que pueden infligir bajo el pretexto más insignificante. Desgraciadamente, los abusos de este género son muy frecuentes todavía hoy. Los hombres juiciosos son raros en la provincia, en donde el espíritu de rapiña reemplaza muy a menudo al deseo de mejorar la posición social de los indígenas. En mis conversaciones con los curas, recogía de sus labios esta misma enojosa verdad, que los lleva a abusar así de la simpleza de sus crédulos administrados².

La misión permaneció el sábado sumergida en el silencio más profundo. El día de Pascuas todo cambió de aspecto. Cada familia había fabricado chicha y se había hecho una buena distribución de carne entre los indios, los cuales, pálidos sus rostros,

20 de abril arrastrándose apenas, antes de la misa tenían el aspecto de cadáveres ambulantes como consecuencia de los ayunos y de las torturas a que se habían sometido. Después del oficio una alegría sin límites ocupó el sitio de las escenas de duelo. No se oían más que risas y bulliciosas exclamaciones; pero el efecto de este licor fermentado en aquellos estómagos arruinados por cuatro días de abstinencia fué tal, que para la tarde casi todos los indios habían perdido la razón. Los enojosos resultados de semejantes abusos deben tener una influencia inmensa sobre la salud de los habitantes, un gran número de los cuales quedó enfermo como consecuencia de las penitencias de Semana Santa y de los excesos del día de Pascuas.

San Francisco Javier fué fundada por los jesuítas en 1690³, en la orilla occidental del Mamoré, entre la boca del río Tijamuchi y la del Aperé; en 1691 la misión comprendía ya 2361 habitantes de la nación moxa. Después de la expulsión de los jesuítas, la cambiaron a

¹ Se comprende fácilmente que esta rivalidad no podía existir en tiempos de los jesuítas; por ello, todo nos induce a creer que esos abusos fueron introducidos por los curas actuales.

² Algunos eclesiásticos pronuncian a menudo sermones enderezados a obtener un interés puramente personal. Por ejemplo, si el día de los muertos los indios no llevan una buena ofrenda al cura, tendrán que temer que sus parientes muertos permanezcan indefinidamente en el purgatorio. Un cura predicaba a los indios de Concepción de Baurés y pedía que le llevarsen como ofrenda algodón hilado porque, decía, el hilo podrá facilitar a sus parientes el paso del purgatorio al paraíso. Sería fácil citar muchas otras supercherías del mismo género.

³ Padre Eguiluz, pág. 32.

la orilla opuesta del Mamoré, en una llanura inmensa, anegadiza en parte. Un arroyito comunica con el Mamoré y facilita la navegación durante la estación de las lluvias. Los edificios de San Javier de Moxos son provisorios; el colegio no tiene más que una planta; su único monumento notable es una cruz de caoba que se levanta en medio de la plaza, toda llena de incrustaciones del brillante nácar de las conchillas de agua dulce. Con respecto a las otras misiones, la industria está allí bien encaminada: las obras de ebanistería y de taraceado de nácar están bien ejecutadas. Su población, compuesta hoy de 1370 habitantes, se ocupa asiduamente de agricultura y obtiene una buena cosecha de cacao. Los indios son muy buenos, sólo que demasiado fanatizados; lo mismo puede decirse de las mujeres. El cacique era un indio bastante culto como para desempeñarse perfectamente como administrador; su integridad, sobre todo, era a toda prueba. Creo que San Javier es el sitio donde abundan más los mosquitos. Fastidian noche y día y se convierten en un suplicio de todos los momentos.

Después que cesó mi fiebre, me encontraba en tal estado de languidez y de debilidad, que había perdido mi ánimo para resolverme a trabajar. No quise, sin embargo, permanecer más en

22 de abril San Javier, impaciente como estaba por continuar mi viaje. Al sexto día de mi llegada me dispuse a partir para Trinidad, situada por tierra a doce leguas al sur. Navegué con bastante trabajo el arroyuelo, cuyas aguas habían descendido considerablemente, y gané el Mamoré con mis piraguas. El curso de este hermoso río, entonces más encajonado, se había tornado más majestuoso. Lo navegué todo el día, costeano ora pantanos, ora magníficas selvas, hasta la confluencia del río Ivari, en donde me detuve para pasar la noche en un bosque. La confluencia de esos dos ríos es quizás el punto más peligroso de toda la provincia para las piraguas. Chocando con fuerza las dos corrientes, forman allí a toda hora una fuerte marejada y espantosos remolinos que tragan a esas frágiles embarcaciones. Todos los años hay allí un gran número de siniestros, y tres días antes se habían ahogado varias personas. Por la noche los jaguares nos tuvieron en alerta con sus rugidos, sin osar, empero, aproximarse.

El río Ivari tiene sus fuentes en el país de los guarayos; atraviesa hacia el sudeste toda la llanura, sobre casi dos grados de longitud, recibe varios afluentes de esas mismas planicies, pasa a cuatro leguas de la misión de Loreto y no lejos de la de Trinidad y se pierde en un brazo del Mamoré, con el cual corre todavía un largo trecho antes de reunirse con este último. La isla que entonces forma está cubierta de magníficos campos de bananeros, de mandioca y de otras legumbres o frutas y de muchos huertos de cacao. Hasta en los mismos bosques de las orillas pululan a menudo plantas salvajes de cacao, que no dejan de dar sus buenas cosechas. Después de haber remontado el río Ivari durante los dos tercios de la jornada, entré en un arroyuelo de la orilla izquierda, en el que bogueé en medio de bosques de palmeras carondais,

y más tarde en una llanura libre hasta la misión de Trinidad, a la que llegué hacia las cuatro de la tarde bajo un fuerte aguacero.

MISION DE TRINIDAD DE MOXOS

Cuando mis piraguas se aproximaron a la misión, el gobernador, que estaba al acecho, hizo tocar las campanas y acudió a recibirme con todos los habitantes, con música al frente, con lo que, muy a mi pesar, tuve que recibir todos los honores reservados a los grandes personajes.

Trinidad es una de las más antiguas misiones de la provincia; la fundaron en 1687 los jesuítas, en el mismo sitio que hoy ocupa. En 1691 contaba ya con 2253 habitantes de la nación de los moxos¹. En 1824 se convirtió en la capital de la provincia. Se halla en medio de una inmensa llanura, a tres leguas al este del Mamoré y a dos del Ivari. Sus alrededores están desnudos de bosques, muy secos en invierno e inundados en verano. A un kilómetro hacia el este se encuentra un gran lago.

Es muy amplia su iglesia, y de buen gusto, aunque un tanto recargada de tallas de madera. La casa del gobierno, de un piso, es grande y cómoda. Por lo demás, y en cuanto a la distribución, la misión se parece a las otras. Por lo que se refiere a la industria, se hacen allí las mismas cosas que en San Javier. Sus 2.600 habitantes pertenecen a la nación moxos; son gente excelente, que comienza a civilizarse. Abandonan la indumentaria de la provincia para tomar la de las ciudades del interior. Hasta había mujeres que habían adoptado ya los vestidos con corpiño.

Todos los años los administradores de la provincia parten para Pascuas de sus misiones respectivas para llevar a la capital los productos del año: es entonces cuando llaman a sus parientes a Trinidad para entregarles lo que han obtenido para ellos en detrimento de las rentas del Estado. Con una enérgica medida, el gobernador interino pretendió reprimir esos desórdenes y expurgar la provincia de empleados poco escrupulosos: envió a todos los caminos emisarios encargados de apoderarse de la carga de las piraguas con el objeto de verificarlas en la capital. Aunque ejecutada un tanto brutalmente por los enviados, esta medida no dejó de producir su efecto. Se vió que todos los administradores se habían asegurado para sí muchas mercaderías más que las que pertenecían al Estado, lo que probaba el abuso de sus funciones y de su autoridad contra los pobres indígenas, a los que explotaban como a esclavos. Como a todos los habían encontrado culpables, fueron destituidos en el acto, y la capital vivía por así decirlo en plena revolución. No se oían más que lamentos y

¹ Padre Eguiluz, págs. 21 y sgts.

ásperas murmuraciones o violentas amenazas contra el jefe de la provincia. En mi viaje había visto a los administradores de todas las misiones, y todos ellos se creyeron en el deber de visitarme a cada rato, con lo que mi posición era realmente difícil en medio de tantos descontentos, cuyas palabras podían comprometerme. Pretextando mi indisposición, abandoné la mesa común y me hice servir en mi cuarto, lo que me aisló más aún y me permitió conservar una absoluta neutralidad.

A la llegada de cada una de las piraguas, una multitud de pequeños mercaderes, venidos a este efecto de Santa Cruz y de Cochabamba, buscaban a cual mejor engañar a los pobres indios, que no tenían ninguna idea del valor del objeto que les daban a cambio de su mercadería, consistente sobre todo en cacao.

Si el momento era poco propicio para gustar de tranquilidad en Trinidad, por lo menos me ofrecía una ocasión para comparar entre sí, y en uno solo de sus aspectos, los rasgos de las diversas naciones de la comarca. En efecto, la misión estaba llena de indígenas de todas las naciones, cada una hablando su propia lengua. El robusto canichana, de rasgos feroces, contrastaba con el enjuto itomana, el más cobarde de la región. Los rasgos dulces y la grave apostura de los cayuvavas diferían de los de los moxos y de los baures, tan bien alimentados. Esta reunión fortuita me permitió, pues, hacer muchas observaciones etnológicas comparativas desde el punto de vista físico y moral. Las lenguas tan diferenciadas de esos hombres nacidos en un territorio bastante estrecho, tenían algo misterioso. ¿Cómo, en efecto, viviendo en la misma llanura, doquiera recortada por canales —y por consiguiente, de caminos naturales—, esos hombres pudieron aislarse tan completamente unos de otros, para hablar lenguas en las que no había una sola palabra parecida? Si llegaron allí durante las antiguas migraciones de diversas partes del continente, ¿por qué no se encuentran entre ellos palabras provenientes de las lenguas más extendidas en otras partes? Me hacía a menudo estas reflexiones al escuchar, unos al lado de los otros, a los movimas, de idioma duro, lleno de sonidos compuestos de consonantes, y a los baures, de lenguaje dulce y armonioso. Además, por medio de los vocabularios que de cada una de esas lenguas había escrito, podía convencerme de las enormes diferencias que las separan.

Aunque todavía convaleciente y de una gran debilidad, concebí el proyecto de remontar las llanuras de Moxos hasta la Cordillera, con el doble fin de atravesar esta cadena en un nuevo punto —estudiando así la geografía hasta entonces desconocida de la vertiente oriental— y de encontrarme en Cochabamba con el presidente de la República a fin de someterle mis ideas sobre las mejoras y las reformas que podrían introducirse en la administración general de la provincia de Moxos para el bienestar particular de los habitantes. En consecuencia, y como ya había tenido ocasión de probar el excelente carácter de los

cayuvavas, le pedí al gobernador piraguas y remeros de Exaltación, y comencé a ocuparme de los preparativos de ese largo y penoso viaje de por lo menos trescientas a cuatrocientas leguas, en medio de comarcas salvajes, las más accidentadas del mundo.

El 10 de mayo salí de Trinidad con las mejores piraguas de la provincia. La que me conducía, construída, como las demás, con un solo tronco ahuecado, tenía un metro y treinta y tres centímetros de ancho por trece de largo; su dotación era de dieciocho

10 de mayo remeros y de tres pilotos de la nación cayuvava, entre los cuales se encontraba uno de los principales jueces de la misión y el mejor intérprete. Tenía tres piraguas más, una de las cuales era la cocinera. Debía comenzar por visitar la misión de Loreto, situada a unas doce leguas al sudeste, con el fin de proveerme en ella de los víveres necesarios para el viaje.

Llegué trabajosamente al río Ivari, el cual me mostró, dos kilómetros más arriba, su confluencia con el brazo del Mamoré. El contraste es notable. El Ivari lleva lentamente sus aguas claras, pero negruzcas, en tanto que las del brazo del Mamoré, barrosas y casi rojas, ruedan con rapidez. Durante una legua seguí ese brazo, en medio de magníficos campos de bananeros, y desemboqué en seguida en el Mamoré. Estaba entonces muy bajo: en vez de ocupar una vasta extensión, sus aguas estaban estrechadas en un lecho profundo, bordeado de barrancas arenosas o de grandes bancos de arena. Algunos recodos estaban atascados por árboles amontonados por la corriente, ofreciendo realmente la imagen del caos. Me asombré al ver las orillas animadas doquiera por una cantidad innumerable de aves ribereñas. Ahí, en bandadas de varios millares, el acacalote se paseaba lentamente en las partes fangosas, en compañía de la espátula rosada, de tiernos colores, o de las blancas garzas, en tanto que los bancos de arena estaban cubiertos de picos de tijera y de golondrinas de mar, las que a nuestro paso hacían resonar el aire con sus chillidos, y, mezclados a muchos atajacaminos, parecían perseguirnos, con miedo de que fuésemos a perturbar sus nidadas. Me alegré hasta el atardecer con el espectáculo viviente de esas regiones. A la noche, hicimos alto en un banco de arena.

Navegamos toda la jornada siguiente. A cada paso encontraba inmensas colonias de aves de los bañados y muchas piraguas que remontaban el río, sea hacia Santa Cruz, sea hacia Cochabamba, animando así este vasto río, al que hasta entonces, y a partir del

11 de mayo Itenes, había encontrado triste y silencioso. Observé que cada nación tiene su manera de remar: sentados, los itonamas reman corto con su pagaya; los cayuvavas, también sentados, lo hacen lentamente, pero con fuerza, mientras que los baures se mantienen de pie. De todas esas naciones, los cayuvavas son los más famosos; y así, para sostener sus reputación, se afanaban en

ganar en velocidad a todas las piraguas que encontrábamos¹. Tienen la costumbre de bañarse, o mejor dicho de zambullirse, tres veces por día: se detienen, se arrojan al río y se vuelven a vestir su camisa de corteza, continuando luego con el remo. Lo que más temen es mojar su larga coleta; por eso, tienen gran cuidado de levantarla por encima de su cabeza y de sostener la extremidad con la boca. Pasamos la noche en un banco de arena, frente a unos altos acantilados arenosos que, continuamente minados por la corriente, se desmoronaban en masas enormes, formando olas de proyección muy peligrosas para las piraguas, a las que llenan, haciéndolas zozobrar; por eso los indios se vieron obligados a velar toda la noche a fin de que el equipaje no se mojase.

El 12 de mayo pasé primero delante de la boca de dos inmensos lagos de la orilla derecha, y pronto me encontré frente a la desembocadura de un río muy grande, llamado Securi, que viene sin duda de la Cordillera de Cochabamba, pero en el cual nadie

12 de mayo ha entrado todavía. Ordené parar para reconocerlo, y comprobé que es casi tan ancho como el Mamoré, que las orillas son menos arenosas y que su lecho está más encajonado. Pensé que por medio de este gran río podría abrirse un camino hacia Cochabamba, reemplazando al que existe, en el que diariamente mueren viajeros en esas travesías de las montañas cubiertas de nieve. Desde ese momento, resolví intentar, si fuese posible, el reconocimiento de ese río; proyecto que, como se verá, pude llevar felizmente a término más tarde. Entretanto, continué el curso del río Mamoré que, a eso de las once, me condujo a un pantano de la orilla derecha, y al borde del cual se encuentra el puerto de Loreto, situado a siete leguas al sudeste de la misión de ese nombre.

MISION DE LORETO

El puerto, en donde encontré un gran número de piraguas y a varios curas que se dirigían a Santa Cruz, se compone de dos casas: una de ellas es un amplio galpón para uso de los viajeros; la otra está destinada al alcalde del puerto, encargado de todos los detalles. Es allí a donde necesariamente hay que acudir para recoger las provisiones de viaje y allí fueron mis indios para matar las reses y hacer secar la carne, única provisión que puede procurarse en esos parajes. En vista de esto, pensé pasar unos días en Loreto; a este efecto me habían mandado algunos caballos. Partí, pues, acompañado

¹ Cuando se remonta un río, se hacen de ocho a diez leguas por día, y más o menos el doble cuando se lo descende, lo que depende de la rapidez de la corriente, variable según cada río.

por algunos curas y precedido por postillones provistos de tambor, que batían el parche mientras galopaban, costumbre que me pareció bastante original. Crucé por un hermoso huerto de cacao, luego un bosque de cañas y entré en un bañado cubierto de árboles, en donde era preciso a cada momento agacharse para pasar bajo los bejucos entrelazados o salvar las grandes raíces de que el suelo aparecía sembrado. Llegué a una planicie inundada en la que los caballos se hundían hasta la rodilla. A una legua del puerto vi la estancia de *Nieves*, en donde se cría abundante ganado. Crucé un arroyuelo profundo, continuando por un bosque ralo que estaba anegado y volví a encontrar en seguida unos esteros en donde el agua llegaba hasta la barriga del caballo. A medio camino vino a mi encuentro el cacique, que me aguardaba con caballos de refresco, en los que galopamos, siempre con el tambor al frente, entre pantanos y bosques de palmeras carondais, hasta cerca de Loreto, en donde los caballos casi no hacían pie en un inmenso bañado; pero estos animales están tan habituados a semejantes caminos que tienen el pie tan seguro como el de las mulas de las montañas. Es realmente extraordinaria esta costumbre adquirida por los caballos de galopar metiendo a cada momento la pata en los agujeros. Es cierto que el jinete se resiente de ello por las sacudidas que recibe a cada instante. Cerca de Loreto, más allá del puente de madera que atraviesa el río Tico, encontré al administrador y al gran vicario de la provincia con música. Las campanas anunciaron mi llegada; hice mi entrada triunfal en la misión, y recibí en ella los agasajos de estilo, así como la visita de todas las indiecitas, que me traían flores. El gran vicario y el administrador me recibieron como a un príncipe y apenas me dejaron tiempo para cambiarme las ropas empapadas y embarradas que me cubrían.

El resto de la jornada transcurrió en fiestas, y por la noche hubo baile. Los tambores anunciaron a los bailarines y a las bailarinas, los cuales, con una música al frente que ejecutaba una marcha, entraban al paso por parejas, con la más imperturbable seriedad. Desfilaron ante mí, saludándome, y fueron sucesivamente a colocarse en fila para la contradanza española. Las mujeres llevaban vestidos de indiana, o por lo menos se ataban su tipo de esta tela a la cintura, se sujetaban arriba sus cabellos con una peineta, pero iban descalzas. Los varones, jóvenes de catorce años, usaban pantalón y camisa y se tocaban con un bonete blanco, completamente iguales a las mujeres de Normandía. Comenzaron su contradanza con gran seriedad, me saludaron luego y fueron a sentarse. Cuando sirvieron el ponche, unos comerciantes de Santa Cruz se mezclaron a las bailarinas, que se animaron algo ejecutando diversas danzas de boga en Santa Cruz; se habría dicho, sin embargo, que las mujeres parecían forzadas a divertirse.

Al día siguiente, recorrí la misión y sus alrededores con el gran vicario y el administrador. Loreto, la más antigua misión de la provin-

cia, fué fundada por los jesuítas en 1684¹, cerca de la confluencia de los ríos Grande y Mamoré, es decir, un grado más al sur de su actual emplazamiento. Formada con indios que hablan dialectos de la lengua moxa, tenía 3822 almas en 1691. Luego de cambiarla varias veces de lugar, después de la expulsión de los jesuítas se la estableció entre los ríos Tico e Ivari, a diez leguas más o menos de la unión de este último con el brazo del Mamoré, en medio de una llanura muy hermosa, en parte arbolada, sólo que demasiado húmeda en verano. Se llega a ella en piragua por el río Tico, afluente del Ivari, que tiene sus fuentes en las llanuras anegadas del sudeste. Edificada como las demás misiones, Loreto posee una amplia y bella iglesia y una capilla situada fuera, cerca del cementerio. En ella había un inmenso jardín en el que por primera vez encontré árboles frutales. En una comarca en donde todos se contentan con los frutos silvestres, es muy raro ver árboles plantados. Había en ese jardín *guaporus*, *guayabos*, *chirimoyas* y varios arbustos cubiertos con las más brillantes flores. Sus habitantes, que llegaban a 2.145, pertenecían a la nación moxa. Son buena gente, muy industriosa. Por otra parte, la misión está en las mismas condiciones que las demás.

Impaciente por proseguir mi camino, dos días después de mi llegada a Loreto, salí de ahí, en compañía de ocho o nueve comerciantes que debían también llegar hasta el puerto. El tiempo estaba amenazador, pero galopamos para llegar más pronto. A la hora y media llegamos a la estancia de Nieves. El cielo se mostraba tempestuoso en todas partes y el trueno hacía oír su fragor espantoso; con la tormenta encima, apresuré aún más mi cabalgadura, y apenas me había apeado cuando un verdadero diluvio inundó la tierra. Hay que haber soporado esas borrascas de las regiones tropicales para tener una idea exacta de la violencia del viento y de los torrentes de agua que atormentan entonces a la naturaleza aterrorizada.



¹ Padre Eguiluz, pág. 16.

CAPÍTULO XXXV

VIAJE DE MOXOS A COCHABAMBA, REMONTANDO EL MAMORE, EL
CHAPARE Y EL RIO CONI, HASTA EL PAIS DE LOS YURACARES.—
UN ALTO CON LOS YURACARES.—VERTIENTES DE LA
CORDILLERA ORIENTAL HASTA COCHABAMBA

§ 1

VIAJE REMONTANDO EL MAMORE, EL CHAPARE Y EL RIO
CONI, HASTA EL PAIS DE LOS YURACARES

RIO MAMORÉ



Más de cuarenta piraguas iban a partir a un tiempo del puerto de Loreto. Era una verdadera flota. Los curas y comerciantes que las ocupaban quisieron encargarme de dirigir la marcha, viajando en convoy. Podía hacerlo muy bien, puesto que mis remeros eran los más hábiles. Acepté, pues, este honor y abandoné el último punto habitado de la provincia de Moxos, para ir aguas arriba hacia la Cordillera. Después de una legua de navegación en el bañado, volví a ver al Mamoré, siempre animado por una cantidad incontable de aves. Por la tarde, me detuve en un banco de arena para hacer noche. Cerca de ese lugar había un bosque. Pude gozar allí de un espectáculo delicioso. Todas las piraguas iban llegando, y cuando se acercaba cada una de ellas era saludada por los gritos alborozados de los que las habían precedido. Poco después, todos los indios se desparramaban por los bosques para cortar en ellos maderas para el fuego, estacas para las hamacas o cañas para construir la cama de los viajeros; volvieron a aparecer muy pronto, cargados con enormes troncos que clavaron en el suelo. Colgaron las

hamacas por grupos de remeros de cada piragua, y en el medio se encendió una fogata. Se hicieron otros hogares para preparar la cena.

Nada tan curioso como nuestro campamento, que reunía más de seiscientas personas. Se hablaban en él casi todas las lenguas de la provincia, sin que nunca se mezclasen las naciones. Todos los hombres blancos se habían reunido en el centro, mientras que, distribuidos por grupos, los baures, los itonamas, los movimas, los cayuvavas y los moxos charlaban en sus dialectos diferentes. En el seno de esos parajes salvajes, la playa ofrecía un escenario animadísimo. Cada grupo de hamacas blancas, suspendidas como festones alrededor del fuego, contrastaba con los mosquiteros de los viajeros y con la hilera de piraguas que se extendía en la playa¹. Sentados todos juntos en la arena, cenamos en común, mientras tenía lugar la más extraña conversación. Cada cual, al salir de Moxos, ya no tenía motivos para ocultar lo que allí ocurría. Como las indiscreciones de unos estimulaban las recriminaciones de los otros, poco a poco me revelaron los secretos sobre la conducta privada de los empleados de la provincia y pude enterarme más en esa sola velada que en todos mis meses de permanencia.

Después de la cena, todos los indios, siguiendo su costumbre, se reunieron por nación para rezar en común. Muchas veces me habían sorprendido esos cánticos religiosos en medio de tales soledades; pero en esa ocasión, como las diversas naciones entonaron a la vez sus oraciones en su propia lengua y en tonos distintos, tuve que huir para salvar a mis oídos de la extraña cacofonía que resultaba de la mezcla de todas esas discordancias. Vestidos sólo con su tipoi, los indios se extienden en sus hamacas, en donde quedan toda la noche expuestos al fuerte rocío de las orillas de los ríos en esas cálidas comarcas y, además, a la picadura de miríadas de mosquitos; y así, mientras duermen, se los oye darse instintivamente cachetadas para ahuyentar esos insectos importunos. Se levantan al amanecer, desatan sus hamacas y rezan con gran recogimiento su oración de la mañana, cantando en coro.

Nos pusimos en camino después de salido el sol, pero a eso de mediodía se desató una violenta tempestad. Rugió el trueno, se levantó un viento muy fuerte y en un momento el Mamoré se

16 de mayo encrespó con tal marejada que fué menester detenernos instantáneamente para no zozobrar con nuestras barquillas. Acampamos cerca de un bosque. Temiendo que el mal tiempo durase demasiado, los indios se pusieron a construir a toda prisa una cabaña de juncos, bajo la cual pude ponerme a cubierto de los chaparrones que se descolgaron todo el resto del día. Construyeron también para sí largas cabañas, de suerte que en menos que canta un gallo nuestro campamento se transformó en una aldea. Soplabla el viento con tal furia que por poco más derriba nuestras chozas.

La distribución de las tormentas según las regiones es una cosa

¹ V. plancha núm. 16.

realmente curiosísima. Durante el verano (estación de las lluvias), los aguaceros inundan la tierra, sin que se oiga jamás un trueno ni siquiera se dejen sentir fuertes vientos. En efecto, había viajado hasta entonces sin experimentar estas tempestades; pero en cuanto llega el invierno, de mayo a setiembre, el tiempo suele ser bueno: los vientos varían de norte a nordeste. De pronto se forma una tormenta en el sur, retumba el trueno, estalla el rayo y el viento ruge durante uno o dos días, después de lo cual renace la calma. Esas tormentas de invierno son tanto más singulares cuanto que son desconocidas en las montañas, en donde sólo reinan en verano, de noviembre a marzo; entonces son, por así decirlo, periódicas en Chuquisaca, por ejemplo, en tanto que nunca se desatan para esta época en Moxos.

La marejada que los vientos provocan en los grandes ríos no es el único peligro en medio de aquellas comarcas salvajes. La corriente con su oleaje mina las barrancas de arena, en las cuales crecen a menudo árboles gigantescos, los cuales, balanceados por el viento, caen con gran estrépito en el agua, arrastrando con sus raíces una gran masa de tierra. Pueden arrastrar las piraguas en su caída o hacerlas zozobrar con las olas de proyección que esos desmoronamientos provocan en el seno de las aguas.

Al mediodía siguiente el viento se hizo menos fuerte y pude reanudar mi camino, sin divisar ninguna de las restantes piraguas con las cuales había partido de Loreto; sin duda se ha-

18 de mayo brían dispersado por temor al mal tiempo. Un poco más altas, las riberas del Mamoré estaban bordeadas de grandes bosques, en uno de los cuales me detuve. Es imposible imaginar los cuidados delicados que mis indios tenían para mí, siempre atentos a prevenir mis menores deseos. En los países civilizados no podrían obtenerse tantos hombres a sueldo y obligados, por ende, a servirnos.

Mucho más encajonado y menos ancho a esa altura, el Mamoré nos condujo el 18 de mayo, después de las nueve de la mañana, a su confluencia con el río Sara¹, formado por la re-

18 de may unión del río Grande con el Piray, de que ya tuve ocasión de ocuparme al hablar de Santa Cruz de la Sierra. El río Sara parece poco considerable con relación al Mamoré, que todavía conserva, más allá de esa confluencia, una anchura majestuosa y ondas lípidas, en tanto que el Sara arrastra aguas siempre rojizas y barrosas. Me detuve el resto del día en ese punto con el fin de aprovechar el sol para extender la carne seca que,

¹ Este río, que en las cartas de Brué se supone formado por el San Miguel de Chiquitos, es simplemente, como pude comprobarlo más tarde, la continuación de los ríos Grande y Piray reunidos, que nacen en los departamentos de Chuquisaca, de Cochabamba y de Santa Cruz.

con el agua del río, constituía toda mi despensa hasta llegar a Cochabamba. Una a una, vi llegar a todas las demás piraguas, veinte de las cuales entraron inmediatamente en el río Sara, en tanto que las restantes esperaron conmigo la mañana siguiente.

El 19 anduve por los meandros del Mamoré, bordeados de bancos de arena y en ocasiones de esteros. Me detuve un instante en uno de esos bancos, en donde mi perro anunció, por su manera de ladrar, la presencia de un jaguar cuyas huellas recientes se notaban en la playa.

19 de mayo A poca distancia se dejaban oír los broncos gritos de los monos aulladores, y fui bastante afortunado como para conseguir dos magníficos machos de la especie de aluates rojos. Encontramos dos piraguas que descendían del país de los yuracarés, en donde los indios que las tripulaban se habían provisto de un crecido número de camisas de cortezas de árbol que habían arrancado de sus troncos y teñido de un color violeta muy vivo, con el jugo de una planta. Todos parecían así unos obispos. Como esas piraguas pertenecían a la nación cayuava, los que las tripulaban reconocieron a mis remeros y fraternizaron con ellos. Vi con placer que mis indios les regalaban víveres, de los que los viajeros estaban completamente desprovistos, pues se habían ocupado demasiado de sus camisas de cortezas.

RIO CHAPARE Y RIO CONI

A mediodía llegué a la confluencia del Chaparé con el Mamoré. Este último es, sin duda, el más considerable de los dos, como que tiene sus fuentes en las montañas situadas al noroeste de Santa Cruz y al norte de las provincias de Valle Grande y de Totora. Abandoné el Mamoré para remontar el curso del Chaparé que, menos ancho, no estaba bordeado de bosques modernos crecidos en los terrenos, sino de selvas tan antiguas como el mundo. Ya no había esos bancos de arena y esos bañados tan comunes en el Mamoré. El lecho más estable del Chaparé era encajonado, profundo y sus aguas claras y límpidas discurrían en medio de un oscuro verdor, formado por la mezcla de muchas especies de árboles, entre los cuales se encontraban muchas palmeras motacus y chonta. Sobre la margen derecha vi la desembocadura de un río, que los indios llaman Santa Rosa. Sostienen que ese río nace a seis leguas de ahí, en un lago situado en una magnífica llanura, en donde, cuando llegaron los jesuitas, vivían las tribus moxos con que se formó la misión de San Javier. Sus tranquilas aguas son de un color negruzco.

Un poco más lejos, me detuve cerca de una isla deliciosa, en el seno de un magnífico bosque, en donde muy pronto estuvimos acampados. La noche, de las más negras, lo parecía aún más bajo esta es-

pesa bóveda de frondas. Los fuegos encendidos de trecho en trecho por los indios arrojaban sobre todos los objetos un resplandor incierto y daban un verdadero encanto a esta selva salvaje. A las ocho, mis setenta indios entonaron en coro y con música sus cánticos religiosos de la noche, que en esos parajes adquirían un carácter imponente que me conmovió. Nunca me habían parecido tan sencillos y tan solemnes. Los encontré demasiado cortos: su eco se había extinguido hacía ya rato y todavía trataba yo de escucharlos. Esos cantos me habían embarcado en una dulce melancolía que ritmaba con el vacío de mi pensamiento, y sobre todo con el respeto que me inspiraba la virgen belleza de esos parajes. Pronto todos mis compañeros de viaje gustaron el reposo, se apagaron las fogatas, la oscuridad tornóse completa y el silencio majestuoso de la selva sólo era interrumpido por el frufrú de las hojas ligeramente agitadas en la copa de los árboles o por el murmullo de las aguas en la ribera. Permanecí solo despierto, no pudiendo olvidar las dichas impresiones de esa velada, que desde entonces ha quedado grabada en mi recuerdo.

La selva de las orillas del Chaparé se alzó más y más, integrada siempre por árboles seculares. Yo no divisaba más que la pequeña faja de cielo que correspondía al surco cavado por el río, en medio de este océano de perpetuo verdor. El Chaparé, en efecto, estaba más encajonado

y su lecho era más estrecho, pero muy profundo. De tanto en tanto, oíamos los broncos acordes de los monos aulladores o divisábamos alegres tropes de las demás distintas especies de monitos. En un banco encontramos tres piraguas, ocupadas en hacer secar las mercaderías mojadas por el naufragio de una de ellas, que había chocado con uno de esos troncos tan numerosos ocultos bajo las aguas. Felizmente, nadie había muerto. Por la tarde, detenido en un bosque, una nube aislada bajo un cielo sereno se abrió de repente y nos empapó. A este primer aguacero siguieron varios otros, que nos obligaron a construir chozas para abrigarnos. La lluvia continuó todo el día siguiente y los que siguieron todavía, lo que nos molestó bastante. Em-

20 de mayo papados constantemente por la lluvia y por otra parte caldeados por el aire, los cueros vacunos no curtidos que cubrían las pequeñas cabañas exhalaban un olor insoportable; además, nuestra carne seca se resentía también con este tiempo y estaba tan abombada que había que tener valor para comerla. Todo eso, unido a mi estado de convalecencia y a la continua humedad en que pasaba mis días y mis noches, me provocó una de las enfermedades más peligrosas de las regiones cálidas y fué la causa de horribles padecimientos. Había podido cortar fácilmente la fiebre que se manifestó en muchos de mis compañeros de viaje; pero en medio de esos desiertos, nada pude hacer para aliviarme.

El 22 advertí entre esta rica vegetación dos pequeñas palmeras,

nuevas paa mí¹, y por la tarde entreví en lontananza, por primera vez, las cumbres de la Cordillera, que pronto me ocultaron los árboles. Esas montañas alentaron mi valor, dándome la esperanza de llegar cuanto antes al puerto, del que, sin embargo, estaba todavía muy lejos.

22 de mayo

A pesar de la lluvia, el 23 sentí cierta alegría al ver que la naturaleza se embellecía cada vez más a medida que avanzaba. Los árboles se alzaban siempre más y más, la vegetación era siempre más variada y todo era grande y bello en esas regiones vírgenes. Había llegado a una zona en donde llueve regularmente todo el año. Apenas si, a intervalos, se divisan los rayos del sol a través de cortinas de nubes que lo ocultan casi constantemente. Esta circunstancia, unida al calor, da un desarrollo extraordinario a la vegetación. En todas partes los beju- cos caen como guirnaldas desde lo alto de los árboles, cuya copa se pierde en las nubes.

23 de mayo

El 24, la selva se adornó con el follaje de un gran número de nuevas palmeras, entre las cuales se distinguían la *Vina* y la *Vinte pes*. Cuanto más remontaba el río, más admiraba la

24 de mayo

riqueza de esas comarcas. Los recodos del Chaparé, entonces más angosto, estaban adornados de cañas o de lisos, cuyo blancuzco follaje contrastaba con el verde oscuro de las selvas o los penachos elegantes de las palmeras. Me adentré varias veces en los bosques, en donde no me cansaba de admirar una vegetación cuya belleza sobrepasaba increíblemente todo cuanto en ese género había visto hasta entonces.

El 25 mis indios quisieron tomar un brazo de una isla en donde la corriente parece menos fuerte; pero casi nos morimos. Ese brazo estaba en su extremo lleno de árboles amontonados por el agua. Los remeros intentaron franquear

25 de mayo

una especie de estrecho en donde la corriente era rápida; pero mi piragua se enganchó en unas ramas y se atravesó. El agua entraba ya por todos lados, cuando mis indios se echaron inmediatamente al río, y un poco sostenidos en las ramas y otro poco nadando, aguantaron la embarcación mientras esperaban a los indios de las demás piraguas, quienes a costa de no pocos trabajos, me sacaron del mal trance. Desde cada piragua, como resultado de una antigua costumbre, arrojaron una espiga de maíz a tierra, sin duda para agradecer al dueño de todas las cosas por haberlos salvado así del peligro. Los indios hacen siempre lo mismo cuando afrontan o cuando salen de un riesgo. Por la tarde divisamos en la playa los primeros guijarros que hubiésemos visto desde Fuerte de Beira. Al verlos, los indios tuvieron un raptó de alegría, no sólo porque anunciaban la proximidad del país de los yuracaré, sino también porque como la

¹ Las *Geonoma Brongniartiana* y *Macrostachia*, Mart.

provincia de Moxos no ofrece en ninguna parte una sola piedra, era para ellos un descubrimiento y al mismo tiempo un medio de procurarse fuego con un eslabón. Todos se pusieron a recoger las piedrecitas con tanto alborozo como si se hubiese tratado de gemas. Cada vez que una cosa nueva hiere nuestros sentidos, nos produce una sensación de felicidad. Veía a mis indios extasiarse con los guijarros, como un habitante de las montañas se anima con el espectáculo de los grandes árboles o como un cruceño se entusiasma contemplando las rocas.

Ensanchábanse las playas, las montañas se acercaban cada vez más, las orillas se cubrían ora de numerosas palmeras, ora de enredaderas de flores amarillas o violetas, o de vainilla embalsamada, ora aún de esos árboles misteriosos,¹ cuya copa, como encendida, está desnuda de hojas y formada solamente con las más bellas flores rojas.

27 de mayo Todo era encantamiento para mí, hasta la presencia de magníficas aves; pero entretanto, no llegué hasta la mañana del 27 de mayo a la confluencia de los ríos San Mateo y Coni, que forman el río Chaparé. En esos parajes las corrientes son rápidas y arrastran ya pesadas piedras. El San Mateo corre con estruendo en un lecho pedregoso, en medio de selvas admirables. Lo abandoné para remontar el río Coni, mucho menos considerable y sobre todo poco profundo. Comprobé que el Chaparé puede ser navegado por vapores hasta esa confluencia. Es en ese punto, completamente libre de inundaciones, donde, cuando se pueblen esas regiones, podrá establecerse ventajosamente un puerto en el que se embarcarán para Europa los productos agrícolas de las montañas situadas al noroeste de Cochabamba y de Valle Grande. Mientras tanto, esas comarcas están tales como las crió la naturaleza.

Navegué trabajosamente el río Coni, ya luchando contra una fuerte corriente, ya remontando rápidos que corrían sobre cascajares, pero gozando siempre en la orilla del espectáculo de la naturaleza más hermosa. Por fin, el 28 de mayo, después de catorce días de navegación, me detuve a la orilla izquierda, cerca de un estrecho sendero. Había cubierto la primera etapa de mi viaje. Impaciente por encontrar a los indios yuracarés, que sabía habitaban esos parajes, anduve una legua por la selva más hermosa y llegué a una cabaña de indios, en donde inmediatamente las indias se pusieron a asar raíces de mandioca y grandes bananas y me las ofrecieron con una gracia infinita. No sabría explicar el placer que sentí al saborear esos víveres frescos, que produjeron el mejor efecto imaginable en nuestra salud descalabrada a consecuencia de la mala alimentación con que habíamos tenido que conformarnos y de las lluvias continuas a que ha-

¹ V. lo que digo de la cosmogonía y de la mitología de los yuracarés en el capítulo XXXVII.

bíamos estado expuestos durante ocho días. Olvidé todas mis penurias al ver nuevas caras humanas. Me habían recomendado que tuviera especial cuidado de no hablar a los yuracarés de mi indisposición, pues si lo hubiesen sospechado les habría faltado tiempo para huir a la selva.

§ 2

UN ALTO CON LOS YURACARES

A mi llegada, me había sorprendido el aspecto altivo de los yuracarés, quienes, no obstante, me acogieron perfectamente. Sus rasgos regulares, su color casi blanco, sus maneras desenvueltas, me sorprendieron tanto como la belleza de los parajes en que moran. Les pedí una casa, y ellos me la acordaron inmediatamente; me establecí entre ellos, en medio de los bosques, que no me cansaba de recorrer, tal era el encanto que en ellos encontraba. Las selvas vírgenes del Brasil, tan bien expresadas por uno de nuestros famosos pintores, en nada se parecen a los lugares en que me encontraba. Se diría que los últimos contrafuertes de las Cordilleras, la naturaleza, bajo una temperatura cálida y constantemente húmeda, ha alcanzado un desarrollo que no admite comparación; por eso quedábame extasiado a cada paso delante de los cuatro pisos distintos de esta magnífica vegetación. Árboles de ochenta a cien metros de altura forman una bóveda perpetua de verdor, a la que adornan a menudo algunas pinceladas vivísimas, ya las magníficas flores rojas que cubren completamente a ciertos árboles, ya las flores de las enredaderas cuyas ramas caen hasta el suelo como cabelleras, formando glorietas. Es allí donde las numerosas especies de higueras, de moreras¹ y de nogales² se mezclan con una inmensa cantidad de árboles de hojas generalmente enteras, cada uno de los cuales está tan cubierto de plantas parásitas que representa un verdadero jardín botánico. Debajo de este piso superior, y como protegidos por él, se yerguen a veinte o treinta metros los troncos gráciles y erectos de palmeras de follaje tan variado en su forma y tan útil al hombre salvaje. Aquí están los penachos pennados de las *Vina* y de las *Acuñas*³ o las copas de las otras especies⁴ que dan una multitud de racimos de flores o de frutos, incesantemente cortejados por los pájaros más maravillosos. Más abajo

¹ Es una especie de morera que proporciona a los indios las mejores cortezas para la confección de sus vestidos. Se quita su corteza, parecida a la de los *Ficus* pero mucho más fina.

² En el suelo se encuentran a cada paso diferentes especies de grandes nueces, unas lisas, otras rugosas por fuera.

³ *Iriartea Orbignyana*, Martius.

⁴ *Iriartea pheocarpa*, Mart.

aún, a tres o cuatro metros del suelo, crecen otras palmeras, mucho más enjutas que las primeras¹ y a las cuales derribaría el viento más débil; pero los aquilones no pueden agitar jamás sino la cima de los gigantes de la vegetación, que apenas si dejan llegar al suelo algunos rayos de sol. Pero hasta este mismo suelo está adornado con la más exquisita variedad de plantas, mezcla de helechos elegantes de hojas recortadas, de palmeritas de hojas enteras², y sobre todo, de licopodios de una extraordinaria ligereza. Nada nos detiene bajo esta fronda perpetua: podemos recorrer todos los lugares sin temer las espinas ni las zarzas. ¿Quién podría pintar este admirable espectáculo y los gozos que nos hace sentir? El viajero maravillado se siente enajenado y su imaginación se exalta; pero si se recoge, si se compara en la escala de una creación tan imponente, ¡qué pequeño se siente! ¡Cómo su orgullo se humilla por la conciencia de su debilidad, en presencia de tanta grandeza!

Atraído como estaba por tantas cosas nuevas, mis días me parecían demasiado cortos para mis investigaciones de historia natural. Ya recogía plantas o dibujaba las diversas especies de palmeras, ya recorría esas bóvedas sombrías, persiguiendo las bandadas brillantes de las tangaras que revoloteaban alrededor de las flores de palmeras, a los chillones tucanes, tan buscados por los indios³, o a los numerosos caciques; pero en cada caso me veía obligado a esperar que esas aves descendiesen hasta la segunda zona de vegetación, pues mis armas de fuego no podían llegar hasta la copa de los árboles. Creo que nunca me había sentido tan dichoso en ningún sitio, y sin embargo, tenía que abandonarlo para pensar en remontar el río hacia la Cordillera.

Por informes que me suministraron algunos comerciantes de Cochabamba, conocía las dificultades y peligros a que se está expuesto en el trayecto hasta esa ciudad a través de la Cordillera. Por consiguiente, resolví intentar la apertura de una nueva ruta con Moxos por el río Securi, cuya desembocadura había reconocido. A tal efecto, sabiendo que a mi regreso debía emprender una larga navegación con hombres sin experiencia, conseguí que uno de mis intérpretes, un cayuvava llamado Anselmo*, hombre muy conocedor de las cosas locales y buen remero, consintiese en abandonar a sus compatriotas para venir conmigo hasta Cochabamba; era una hazaña de su parte, puesto que antes que él ningún indio de Moxos había trepado hasta la Cordillera. Me informaron también que un cochabambino emprendedor, llamado *Amito*, acostumbrado a comerciar con los yuracarés, co-

¹ *Chamaedorea gracilis*.

² *Geonoma macrostachia*.

³ Preparan las pieles, con las que comercian luego con los indios de Moxos y con los habitantes de Cochabamba.

* D'Orbigny escribe *Enselmo*; pero se trata evidentemente de una grafía fonética. En, para los franceses, suena an. (N. del T.).

noía bastante bien la lengua de esta nación para servirme de intérprete; lo hice venir, y por él me enteré de que la nación yuracaré habitaba muy al norte todo el pie de las montañas. Le ofrecí seguirme, y aceptó. Terminados estos preparativos, dividí a mi gente, dejando en ese punto a mis preparadores encargados de completar mis colecciones, y me ocupé de los medios de llegar a Cochabamba. No era empresa fácil; empero, en este sentido fuí bastante afortunado. Fui muy seguido hasta la antigua aldea de Asunción de Isibolo, distante una legua, para saber si habían llegado los muleros encargados del acarreo de las mercancías de los comerciantes; pero como por dos veces me había desencontrado con ellos, juzgué más prudente establecerme en la misma Isibolo, a fin de conseguir la primera recua de mulas que bajase de la montaña.

Después de cuatro días de descanso, quise hacer llevar mis maletas a la aldea de Asunción; hablé del asunto a los indios yuracarés, quienes prometieron ocuparse. Provistas de un pedazo grande de corteza de árbol, las mujeres cogieron cada una un bulto y se lo echaron a la espalda, reteniéndolo adelante por medio de una correa que pasan por la frente. Asombrado de ver a las mujeres cargadas, en tanto que los hombres que me acompañaban llevaban solamente su arco, sus flechas y su machete, se lo hice notar a uno de ellos, quien me respondió gravemente:

2 de junio —¿Cómo podría encargarme de eso? ¿Quién protegería a mi mujer si nos encontrásemos con un jaguar?

La razón me pareció buena. ¿Cómo, en efecto, podrían esos hombres, expuestos constantemente al ataque de las fieras, defender a su familia en viaje si llevasen una carga? De ahí su costumbre de dejar los bultos a las mujeres y de no llevar más que sus armas. Caminan delante, seguidos por las indias. Uno solo marcha detrás para caso de ataque. Como los indios no conocen el dinero, pagué ese servicio con rosarios que había comprado a los moxos.

Una vez en la aldea, me establecí en una casa deshabitada y continué con mis investigaciones, mientras aguardaba los medios de partir. De las cuatro o cinco casas todavía intactas, una sola estaba ocupada por una familia de yuracarés; todo lo demás estaba abandonado y se caía a pedazos. Al ver esos vestigios de Asunción, recordé que el venerable padre Lacueva había vivido allí de 1805 a 1823, predicando el cristianismo a la nación entera, que, en este sentido, había hecho progresos inmensos¹. Hoy esos indios están diseminados por las selvas, dispuestos a reunirse cuando vuelvan los misioneros a esos parajes. Es lamentable abandonar tantos esfuerzos inútiles, sobre todo cuando ese punto puede ser de una importancia tan grande para

Una vez en la aldea, me establecí en una casa deshabitada y continué con mis investigaciones, mientras aguardaba los medios de partir. De las cuatro o cinco casas todavía intactas, una sola estaba ocupada por una familia de yuracarés; todo lo demás estaba abandonado y se caía a pedazos. Al ver esos vestigios de Asunción, recordé que el venerable padre Lacueva había vivido allí de 1805 a 1823, predicando el cristianismo a la nación entera, que, en este sentido, había hecho progresos inmensos¹. Hoy esos indios están diseminados por las selvas, dispuestos a reunirse cuando vuelvan los misioneros a esos parajes. Es lamentable abandonar tantos esfuerzos inútiles, sobre todo cuando ese punto puede ser de una importancia tan grande para

¹ V. en el cap. XXXVII lo que digo en general acerca de la historia y la descripción del país y de los indios yuracarés.

el intercambio de las partes montañosas con las llanuras del centro y la navegación hacia el Amazonas.

La vegetación es admirable: todo es grandioso en la naturaleza; en la aldea, sin embargo, sufría horriblemente a consecuencia de las nubes de *marchui* que allí lo asaltan a uno. Esas moscas casi imperceptibles, inofensivas en apariencia, pican con un encarnizamiento sin igual. Cada picadura provoca bajo la piel una manchita de sangre y causa atroces picazones que duran varios días. Los indios están acostumbrados; no obstante, como resultado de la acción de esos insectos, su piel está rugosa y como tumefacta; pero para el extranjero es un sufrimiento permanente, a tal punto que me veía obligado a meterme bajo mi mosquitero para escribir y dibujar o permanecer todo el día en el bosque, lejos de las habitaciones. Hay que creer que esas plagas desaparecerán en cuanto una población numerosa venga a establecerse en esos parajes.

Al día siguiente de mi llegada a Asunción un mulero bajó de la montaña para buscar mercaderías que aún no estaban en el puerto. Como ya había dejado escapar dos ocasiones parecidas, resolví emplear la especie de autoridad que me había conferido el gobierno boliviano. Hice venir al arriero y le pedí sus mulas. Al principio me las negó; pero como no podía quedarme indefinidamente en ese lugar, exigí, por así decirlo, que me acompañase, pagándole más generosamente que los comerciantes. De esta manera pude tener la certeza de partir el 4 de junio.

§ 3

VIAJE POR LA VERTIENTE DE LA CORDILLERA ORIENTAL HASTA COCHABAMBA

Al dejar Asunción, me metí en la selva en dirección al oeste, por un terreno desigual, cubierto de fragmentos de roca o de gres en descomposición. Nunca había tenido que vencer tantas

4 de junio dificultades como en esa senda tortuosa, en donde no se había intentado nada para mejorar el camino. Aquí las ramas atravesadas me obligaban a cada paso a acostarme sobre la mula para que no me volteasen; allí había que salvar el obstáculo de los árboles descuajados por el viento, saltando por sobre el tronco. Era un continuo ejercicio de equitación, que ponía a dura prueba al jinete. Por fin, después de tres leguas de camino, había llegado a las ruinas de la antigua misión de San Francisco, de la que ya no quedaban otras huellas que un matorral más espeso, compuesto por árboles distintos de los que los rodeaban. Muy cerca de allí encontré el río San Mateo, que corría con estrépito, espumando sus límpidas aguas sobre un lecho de guijarros. Después de una legua

por la selva, tomé la playa, en donde gocé de la más hermosa perspectiva posible. Enfrente, al oeste, se yergue el extremo de la famosa cadena *Yanacaca*, que se extiende a lo lejos, mostrando sus abruptas laderas cubiertas de árboles, y al pie de las cuales corre violentamente el San Mateo; muy pronto este río se divide en dos torrentes: uno, al oeste, que baja bramando de roca en roca, con el nombre del río *Iterama* o *Paracti*; y otro que conserva su nombre de San Mateo. Largo rato contemplé el magnífico panorama que se ofrecía a mis ojos. Doquiera fogosos torrentes, blancos de espumas, separados por montañas arboladas que se elevan por gradas, mostrando sus crestas puntiagudas. Es quizá el sitio más pintoresco y más salvaje que jamás hubiese visto.

Siguiendo la playa de la orilla derecha, atravesé el pequeño torrente de *Machia*, y más lejos, en piragua, el San Mateo, en un punto en que su corriente lo permite. Sus aguas son tan claras y límpidas que en cualquier parte pueden verse en el fondo guijas semejantes a las que cubren la playa. Por la otra costa anduve unos seis kilómetros, trepando por una suave cuesta, en terrenos de gres friable, muy arbolados, y llegué a las ruinas de la antigua reducción de San Antonio, en donde resolví pasar la noche en una casa abandonada, la única intacta. Esta reducción de los yuracarés estaba deshabitada desde hacía varios años, pues los indios se habían desparramado por las selvas. Su situación era, sin embargo, encantadora, y los cacaotales de sus alledaños prueban la extrema feracidad de esos parajes.

Muchas veces había oído hablar de las grandes migraciones de hormigas que obligan a los moradores de las casas a desertar de ellas, y consideraba al hecho como fabuloso; pero me convencí de su exactitud cerca de San Antonio, al encontrarme en presencia de una de esas colonias viajeras. Hormigas grandes, caminando de frente por miríadas en una dirección única, cubrían una extensión de más o menos veinte metros de frente por diez de fondo. En cuanto mis guías las vieron, me gritaron para que no me acercase, y, para evitarlas, nos vimos obligados a abrirnos un camino a través del bosque. Esos enjambres andan lentamente, devorando todas las substancias animales que encuentran a su paso. ¡Desdichado del insecto, de la serpiente y hasta del pequeño mamífero que encuentren! Lo rodean en un segundo y a menudo lo matan con sus aguijones y sus fuertes pinzas. Apenas los indios advierten a esas falanges ambulantes, tratan de desviarlas de los senderos que siguen ordinariamente por medio del fuego; pero si no lo logran, o si son sorprendidos por su aparición, sacan a toda prisa todo lo que pueden de sus casas y las abandonan a esos animales, que las invaden con encarnizamiento y se quedan allí mientras encuentren que comer. Cuando se van de las casas, uno puede estar seguro de encontrarlas libres de todos esos seres parásitos tan comunes en las regiones cálidas, tales como ratas, ratones y murciélagos entre los mamíferos, y carcoma, cucarachas,

grillos y muchos otros insectos. Cuando las encontré, esas hormigas acababan de abandonar las casas de San Antonio, circunstancia sin la cual no habría podido ponerme al abrigo de una fuerte lluvia que comenzaba a caer.

Salí muy temprano y caminé por senderos espantosos que corrían en medio del bosque, paralelamente al curso del San Mateo, y luchando sin cesar contra todo género de obstáculos.

5 de junio A dos horas de camino de San Antonio llegué frente a la confluencia del río San Mateo con el Iririzu, que baja del sudeste entre montañas aserradas. Todos los ríos son entonces impetuosos torrentes, atascados por masas enormes de rocas, entre las cuales salta el agua con estruendo. A partir de ahí, las dificultades del camino aumentan. Ya es el lecho mismo de un pequeño afluente del San Mateo, el río Milila, por el que hay que andar entre piedras sueltas y movedizas, ya son las riberas, cubiertas de admirable vegetación, subiendo y bajando constantemente, entre los precipicios más espantosos¹. Después de muchos trabajos, llegué al lugar denominado *Itira pampa*², terreno más uniforme, en el que los misioneros hicieron magníficas plantaciones de cacao, todavía muy buenas, aunque están abandonadas a quienes quieren recoger sus frutos. Los chaparrones que nos cogían todas las tardes nos obligaron a acampar en ese sitio, en donde soportamos una lluvia torrencial sin poder encontrar el menor refugio. Me encontré allí con un gran número de árboles de quina, vegetales que aún no habían sido explotados en esas montañas³.

Tenía que cruzar uno de los peores pasos del camino. Como el San Mateo corre entre abruptos paredones, me era imposible costear su curso. El camino pasa por la cima de una montaña llamada Cumbrecilla. Comencé a trepar poco

6 de junio a poco por una vereda que serpenteaba por un collado de lo más pedregoso, en el que, no obstante, pude admirar y recoger varias especies de palmeras⁴, que crecían bajo la sombra protectora de gigantescos árboles. Fué en esos parajes donde por primera vez escuché las bellas gamas cromáticas del organista, el mejor cantor de esas regiones, tan ensalzado por los cochabambinos. Sin ver nada bajo esta bóveda de verdor, llegué trabajosamente hasta la cumbre de la montaña. La única senda por la que se podía bajar del otro lado era espeluznante. En una especie de zanja excavada por las aguas, mi mula resbalaba a menudo de ocho a diez metros por tie-

¹ Allí encontré la especie de palmeras que Martius llamó *Bactris faucium*.

² *Itira* es el nombre de la planta que da la tintura violeta que los indios utilizan para colorear sus camisas de cortezas.

³ Er. una memoria que envió en 1795 al gobernador Viedma, Haink cita también esta especie en esos parajes.

⁴ Encontré allí los *Hyospathe montana*, *Geonoma Orbignyana*, *Geonoma Desmarestii* y *Geonoma Jussieuana*.

rras arcillosas. En una de esas costaladas forzosas, me encontré en-ganchado por el cuello en unas enredaderas, mientras el animal ha-bía bajado hasta el fondo, teniendo que pasar unos trabajos tremen-dos para desasirme. No pueden compararse con nada esos caminos por pendientes empinadas, constantemente húmedas y cubiertas de bos-ques. Tuve que franquear al pie de la montaña, entre precipicios, los torrentes y las cuestas que separan los ríos *Yanamayo*, *Blanco* y *Millumayo*¹, tres afluentes occidentales del San Mateo, y pude llegar por fin, agotado de cansancio, a una de las chacras de un vallecito rodeado de montañas, llamado *Yunga de la Palma*², en donde me obli-gó a detenerme la lluvia.

Yunga de la Palma es una nueva colonia de Cochabamba, en donde se implantó la industria de la coca, tan productiva en la pro-vincia de Yungas. Algunos fuertes propietarios de Cochabamba tien-en hoy allí sus cortijos, ora en la especie de llanura formada por la confluencia de varios ríos, ora en los ribazos vecinos. Sin embargo, al pensar en los inmensos beneficios de este cultivo, uno se asombra al ver una superficie tan grande de tierras todavía incul-ta. En efecto, apenas si en medio de la selva se ven algunos limpiones pequeños. Observé que la coca, plantada en un terreno parejo, crece tan bien como en los collados. Admirable posición ocupa Yunga de la Palma: por todos lados se está rodeado de montañas arboladas que dividen profundos valles, por los que corren los torrentes más impetuosos. Al norte se hallan las crestas altas de Cumbrecilla —por las que acaba-ba de pasar— y de *Ninilo*; al sudeste, los tres picos romos, exacta-mente denominados *Las tres Tetillas*; al sursudoeste, por sobre las montañas en graderías que tenía que cruzar, se mostraban ya las cum-bres nevadas de la Cordillera, que contrastaban con el calor y con la hermosa vegetación que me rodeaba por todas partes. Cerca de mí corría el San Mateo, blanqueando sobre las rocas. En esta especie de hoya recibe varios afluentes: por el norte, los tres ríos de que ya hablé, el Yanamayo, el Blanco y el Millumayo; por el sudeste, el río de Las tres Tetillas; por el sur y sursudoeste, el Yurakmayo³ y el Chi-lliguar, y, por fin, el San Mateo. Los dos últimos tienen sus fuentes en las nieves cordilleranas, ya poco lejos de aquí.

Recorrí los alrededores en diferentes direcciones, recogiendo su-cesivamente productos naturales de los tres reinos.

El 7 de junio quise partir a pesar de la lluvia, pues me espera-ba una jornada muy dura. Anduve primero por la orilla izquierda del San Mateo en medio de una activísima vegeta-ción, hasta el Yurakmayo, que crucé penosamente, luchando contra la corriente. Más allá trepé por la

¹ Río salado, de *Millu*, sal, y *Mayo*, río, en lengua quichua.

² Véase en la provincia de Yungas la explicación de esta palabra.

³ Esta palabra viene de *Yurak*, blanco, y de *Mayo*, río, el río blanco, en len-gua quichua o de los Incas.

cuesta de la montaña y anduve por un despeñadero. Es una cornisa natural, sin parapeto, sobre paredones cortados tan a pique, que yo venía a quedar suspendido a doscientos o trescientos metros de altura sobre el torrente del San Mateo. Mis compañeros de viaje se apearon de sus mulas, por miedo de caer en esa sima abierta debajo de ellos, y siguieron a pie cerca de un kilómetro por ese camino que tiene apenas un metro de ancho. Yo, que sabía de la firmeza de pie de las mulas, preferí quedar sobre la mía, y me encontré bien; pues los peatones se vieron obligados a detenerse varias veces para recobrase de los vahidos y vértigos que les daban el sordo rugir del torrente sobre las rocas y la vista del precipicio en cuyo fondo corre; cuando en semejantes circunstancias puede conservarse la sangre fría, se goza del hechizo de contemplar esas majestuosas escenas de la naturaleza. En cuanto a mí, fiado completamente a mi cabalgadura¹, me dejaba guiar con toda seguridad y no perdía detalle de cuanto me rodeaba. Por una parte admiraba el paredón, antigua dislocación del suelo, cortado a pique encima de mi cabeza; por otra, contemplaba en el fondo del abismo el torrente cuyas aguas saltaban con fragor, y divisaba en la ribera opuesta los más accidentados y pintorescos ribazos.

Un poco más lejos bajé hacia el San Mateo, que era preciso cruzar. Los bramidos de la onda me hicieron creer por un segundo que la empresa era imposible, pero luego alcancé a ver dos gruesos troncos apoyados sobre dos rocas que servían de puente a los viajeros. Caminando sobre uno y afirmándose en el otro, los muleros pasan de una a otra orilla la carga sobre sus hombros, sin preocuparse del fragor de las aguas, que los tragarían si llegasen a perder el equilibrio. Como era preciso detenerse para descargar las bestias de carga, aproveché para dibujar ese paso², que tenía algo imponente. Se veía, en efecto, al San Mateo caer de peña en peña. Y si la vista se lanzaba más allá siguiendo las revueltas de esas grietas abruptas, a lo lejos se divisaban las cumbres nevadas en donde ese torrente recibe sus primeras aguas; y a cada lado, montañas escarpadísimas exhibiendo entre las rocas la vegetación más hermosa. Me eché a temblar, empero, cuando el arriero me mostró a mi izquierda la cuesta que debíamos trepar. Cada cual pasó como pudo por ese puente de una clase nueva, pero las mulas nos hicieron perder mucho tiempo: se las descendió un poco más abajo, hasta un sitio en que la playa era menos escarpada; unos de una orilla y otros en la otra, los muleros, ayudados por mis hombres, las ataban en sarta, una después de la otra, con una larga correa, y después de arrojarlas muy contra su voluntad al torrente, desde la orilla opuesta las atraían por medio de la cuer-

¹ Los nativos dicen de una buena mula que *es un animal muy racional*. En efecto, el viajero que no la contraría, puede, en los casos difíciles, fiarse completamente a su prudencia. A menudo parece reflexionar, y su determinación es siempre la más acertada.

² Plancha num. 18.

da. Las pobres bestias zangoloteadas por las aguas, hacían pie en la costa, todavía temblando.

Reunidos otra vez todos, y cargadas de nuevo nuestras mulas, comenzamos a trepar la montaña, completamente envuelta por las nubes. Ibamos subiendo lentamente en largas filas zigzagueantes por las faldas escarpadas de una cuesta empinadísima, teniendo siempre a una mano el paredón casi perpendicular como una muralla, y a la otra un precipicio aterrador. Subimos así todo el resto de la jornada, no sin admirar los magníficos helechos y algunas palmeras propias de estas regiones salvajes¹. Llegué así al alto de la *Aguada*, en donde algunos metros de superficie llana permitieron construir un galpón bajo el cual pueden encontrar abrigo los viajeros. Ataron a las mulas en torno al galpón y los muleros fueron a recoger por los alrededores unas cañitas verticuladas, muy comunes en esos ribazos, para que las bestias repusieran sus fuerzas para la siguiente jornada. Una fuente bastante abundante, que mana de una peña vecina, subvino a nuestras necesidades. Por lo demás, estábamos tan rodeados por las nubes que no podíamos ver a diez metros. Tuve que esperar hasta la mañana siguiente para hacer mis relevamientos geográficos de todos los puntos visibles. La temperatura había cambiado mucho y experimentábamos ya una sensación de frío muy desagradable.

Al aclarar el cielo, despejado de las nubes que lo velaban la víspera, pude divisar los alrededores. Dominaba el San Mateo, que ya no se lo oía, y no veía más que las cumbres vecinas, tales como la Cruz y el Ninilo. Nos pusimos en marcha sobre la cresta rasgada de la cadena, en medio de precipicios; trepamos trabajosamente todo el día por peñas resbaladizas o por piedras sueltas, que nos obligaban a detenernos a cada paso para dar un resuello a las mulas. Hicimos a lo sumo una legua por terreno horizontal, pero ya estábamos a una altura considerable. Había cambiado de forma la vegetación. Ya no se veían más que árboles achaparrados y, entre ellos, algunos quinos de hojas violetas² y helechos. El suelo estaba cubierto de grandes musgos. Me detuve en una de las primeras graderías de la montaña, llamada por esta razón *la Cumbre*. Aunque allí no se hacía parada, me detuve cerca del tronco inclinado de un árbol y recorrí los alrededores en la medida que lo permitía la irregularidad del suelo; tuve la fortuna de recoger varias plantas interesantes y de matar un nuevo pájaro mosca, sin duda el último representante en estas alturas de esos pájaros ligeros tan comunes en las regiones calientes. Como de costumbre, las nubes nos rodearon, y luego de tres o cuatro horas, la lluvia, que nos empapó toda la noche, nos hizo helarnos de frío.

Obligados a dejar ese mal albergue, continuamos andando por

¹ La *Euterpe Andicola* y *Hainkeana*, Brongniart.

² Haink habla de esta especie y otra que se halla todavía más arriba en la montaña. Ninguna de ellas es explotada.

el filo de la cresta en lo que los españoles de la región llaman *Cuchilla*. A medida que subía, la vegetación disminuía, y *Cordillera muy pronto, en el paraje denominado la Seja del oriental monte* *, ya no quedaban árboles, sino plantitas rastreras, helechos y musgos. Por un lado divisaba el valle profundo del San Mateo y por otro el del Chilliguar, y más allá, montañas altas en las que, por su distinto tono, veía dibujarse a la vez los diferentes límites horizontales de la vegetación: la zona inferior de los árboles se presentaba, según la distancia a que se hallase, bajo un color azulado o verde oscuro, que pasaba gradualmente al amarillo cuando llegaba a la zona de los helechos o de los musgos. Más arriba, entre los peñascos, se veían las combas verdes, parejas, formadas por pequeñas gramíneas alpinas; y todo eso estaba dominado por las cimas cubiertas de nieve. La Seja, situada ya a nueve leguas del pie de la montaña, es un alto en donde los muleros se detienen porque allí encuentran un poco de pasto para sus animales; pero no hay el menor abrigo para los viajeros, que se ven precisados a acostarse al aire libre. Seguí andando por la cresta, pero desde las combas más redondas y libres de obstáculos, mi vista se paseaba por las cumbres vecinas. Pronto llegué a la zona de las pequeñas plantas gramíneas a ras del suelo, semejantes a ese césped liso como terciopelo de las regiones altas de los Alpes y de los Pirineos. Al comienzo bastante pasable, el tiempo se cargó de nubes cuando trepábamos los paredones del picado llamado *la Tormenta* y pronto nos envolvieron. Un viento impetuoso parecía querer arrebatarnos, como si ya lo hubiese hecho muchas otras veces con los viajeros, en tanto que se sucedían rápidamente ráfagas de granizo y de nieve. Este tiempo espantoso hizo palidecer a mis arrieros, que me comunicaron sus temores para el paso de las partes nevadas que ya comenzábamos a alcanzar. Como el tiempo se tornaba cada vez peor, después de cruzar el Ronco, nos vimos obligados a detenernos en una especie de vallecito sobre la vertiente occidental de la cresta, en el paraje llamado San Miguel, es decir a unos cuatro kilómetros de la Tormenta. Ahí, sin ningún albergue, sin fuego, tuvimos que resignarnos a recibir la nieve, que caía en grandes copos. Nunca había experimentado una transición tan brusca del calor extremo al frío más penetrante. En efecto, al cabo de tres días había visto cómo la naturaleza cambiaba rápidamente de aspecto a medida que subía. Poco a poco habían desaparecido los árboles cuya copa se alza hasta el cielo, las elegantes palmeras de tronco esbelto y los helechos arborescentes de follaje tan ligero. A los árboles los habían reemplazado los chaparrales, a éstos, las pequeñas gramíneas, y la nieve había sucedido a los sitios risueños de las regiones cálidas, alegradas por esos pájaros pintados

* Aunque d'Orbigny vuelve a mencionar este lugar con la misma grafía, su nombre debe ser *Ceja*, pues por esta palabra se entiende en geografía toda arista o saliente de una sierra. (N. del T.).

con colores tan vivos que con su sola presencia parecen animar a unas flores cuyo brillo no desmerece el de su plumaje. Tres días después de haber dejado la zona tórrida, me acostaba en la nieve, muy poco por debajo de la altura máxima de nuestro Monte Blanco.

Todos acurrucados unos juntos a los demás, para protegernos mejor del frío, no pudo visitarnos un sueño reparador, porque los muleros, muy inquietos por el tiempo, se pasaron las horas contándose historias de todos los peligros que habían corrido al cruzar esas regiones elevadas, y las numerosas catástrofes acaecidas a viajeros, muchos cientos de los cuales habían perecido en esa travesía de doce leguas¹ que acabábamos de hacer. Sin embargo, las estrellas que brillaban en el cielo, de un azul intensísimo, nos daban alguna esperanza para el día siguiente.

Guiados por el sonido de los cascabeles, los arrieros fueron antes de despuntar el alba a buscar las mulas, las cuales habían bajado las cuestas hasta encontrar algunos pocos pastos en una pendiente muy abrupta, encima de insondables precipicios. Las trajeron con toda felicidad, y con la aurora ya andábamos por veredas en parte cubiertas de nieve, que sólo la baquía de los guías puede advertir. A cosa de una legua antes de dejar la ladera occidental para tomar el lado opuesto, los arrieros me mostraron en los esquistos negruzcos cortados a pico la figura grosera de una guampa, lo que ha hecho que se bautizara ese punto célebre con el nombre de *Salto del Cuerno*. Como tanto a la ida como al regreso ese punto señala el fin o el comienzo de los desfiladeros más peligrosos, los arrieros establecieron una peregrina costumbre: la de hacer apeaar a los viajeros o a sus compañeros que por primera vez transitan por ese camino y obligarlos a bailar, ya para agradecer a la Providencia por haber salido bien de ese mal paso, ya para impetrar su buena voluntad. Según parece, esta costumbre es observada tan rigurosamente como el bautismo en el cruce de la línea en el mar; de esta manera, por respeto a una costumbre, ridícula sin duda en su forma, pero en el fondo conmovedora por el sentimiento religioso que parece animarla, yo también saludé con donaire el famoso Salto del Cuerno, esbozado en la roca por un gran pliegue sinuoso.

Pasando por profundas gargantas, tanto al este como al oeste de la cresta cubierta de nieves eternas, llegué a los puntos culminantes de la cadena, en donde no sin asombro encontré, a cerca de cinco

¹ El padre Lacueva se expresa en estos términos en una nota manuscrita que me dió sobre el país de los yuracarés: "*La entrada a estos lúgubres bosques es uno de los caminos más fragosos y arriesgados de cuantos transita el género humano. La elevada Cordillera que hay que atravesar es de doce leguas de largo, sin el menor auxilio, que tampoco lo hay en todo el camino, cuyas frecuentes nevadas han hecho perecer desde el corto descubrimiento de aquellas montañas centenares de personas y millares de bestias*". En una relación manuscrita, Haink dice que las nieves sepultaron allí a millares de hombres y de bestias.

mil metros de altura sobre el nivel del mar, y en terrenos silurianos fuertemente levantados por conmociones geológicas, una gran cantidad de conchillas marinas fósiles. En esos parajes salvajes todo es contraste: si levantaba mi mirada, veía encima de mí algunas peñas que horadaban las nieves y cuyo tono negruzco hacía destacar más su blancura. Por donde yo pasaba se mostraban a mi vista piedras sueltas y algunas plantitas raras, tales como *geranium*, violetas, malváceas, saxífragas y valerianas que se alzaban apenas algunos centímetros del suelo. Y si miraba más lejos, entreveía los valles profundos del San Mateo y del Chilliguar, que presentaban entonces el aspecto de una fosa cavada en la roca y al borde de cuyos precipicios se veían algunas gramíneas aterciopeladas. Pasé cerca de un lago helado entre dos gargantas y un poco más allá, al comienzo de uno de los valles laterales, encontré la célebre gruta de *Palta Cueva*, peña inmensa bajo la cual pueden cobijarse unas diez personas. Las numerosas osamentas de mulas desparramadas en todas direcciones advertían claramente del peligro de detenerse allí; peligro, sin embargo, difícil de evitar si se tiene en cuenta lo largo del trayecto y lo fragoso del camino. *Palta Cueva* es el único punto en que el viajero pueda encontrar un refugio en medio de esas regiones encumbradas y salvajes y está colocada entre dos crestas que forman los puntos culminantes de todo el sistema. Si durante una parada la nieve cae en esos lugares, oculta y rellena todos los desfiladeros e intercepta las comunicaciones. Los viajeros tienen entonces que esperar que una serie prolongada de días claros haga fundir la nieve y les devuelva la libertad al descubrir las veredas. Hubo arrieros que se vieron detenidos allí tres meses seguidos y obligados a alimentarse —mientras se lo permitía la putrefacción— con la carne de sus mulas hambrientas, mientras que otras morían de inanición.

No me era permitido ya poner en duda la verdad de los peligros que corre el comerciante audaz que, para ir de Cochabamba a Moxos, toma este camino, el único, empero, que existe, a menos que se resigne a andar cerca de trescientas leguas, pasando por Santa Cruz de la Sierra. En consecuencia, me forjé el proyecto de buscar nuevas comunicaciones menos peligrosas. Apremiado por los arrieros para que saliésemos de *Palta Cueva* sin detenernos, por temor de que nos quedásemos detenidos, cruzamos la cresta que la domina. Una vez llegado a las últimas cimas, para vernos libres de todo peligro ya nos quedaba poco camino por hacer, pues ahora bajaríamos en seguida hacia las mesetas de la ladera sudoccidental de la Cordillera. En efecto, después de haber abandonado la montaña de Yurakasa, abandoné las cumbres nevadas en una rápida bajada.

Desde el alba no nos habíamos detenido un solo instante, pues los muleros apretaron el paso todo lo posible con el objeto de salir del peligro. A la noche estábamos cerca de *Quinticueva*, otra caverna natural ofrecida al viajero sobre la falda de una montaña seca y ári-

da; pero, impacientes por encontrar parajes poblados, los arrieros no quisieron hacer alto allí. Bajamos muy ligero por pendientes poco pronunciadas, andando por collados o valles cubiertos a veces de césped y otras de piedritas angulosas. A eso de las ocho, después de quince horas de marcha forzada sin probar un bocado en toda la jornada, llegamos a algunas casas del caserío de Cotani, habitado solamente por pastores quichuas. Los pobres indios entre los cuales nos habíamos detenido hicieron cuanto pudieron para sernos útiles: nos ofrecieron un techo para cobijarnos y papas hervidas para alimentarnos. Hacía un frío seco, muy diferente del frío húmedo de la otra vertiente de la Cordillera. En efecto, en el norte llueve constantemente, en tanto que en el sur hay nueve meses en el año en que nunca se ve una sola nube. A un día de distancia, son dos comarcas completamente diferentes.

En las partes altas de esas mesetas el frío es demasiado tremendo para que pueda intentarse cualquier género de cultivos; por eso, todos los habitantes son allí pastores, a menos que no bajen hasta los valles para plantar en las tierras más aptas algunas papas, que, con un poco de carne seca de carnero, constituyen su único alimento. Diseminadas aquí y allí en los lugares abrigados, sus cabañas, casi siempre circulares y cubiertas de tierra, como las de los primeros Incas, forman pequeños grupos de una sola familia. Una cabaña para cada hogar, y otra más pequeña en donde se guardan las provisiones, eso es todo lo que poseen los pobladores. De día pastorean a las vacas o a las ovejas en la montaña, y todas las tardes arrear a las últimas hasta cerca de sus casas. Muy bondadosos y de una sobriedad sin par, esos hombres son felices en su rústica sencillez y no tienen ningún deseo de cambiar de posición.

A la mañana siguiente proseguí mi camino, después de haber estudiado los alrededores. Atravesé un collado y entré en el valle de Colomi, en donde se encuentra la gran aldea de ese nombre. Por un contraste curioso, las aguas de este valle, que bajan primero hacia el sur, se vuelven hacia el oeste y en seguida hacia el norte, para ir a la vertiente opuesta de la Cordillera. Es en pequeño un caso semejante al del río de la Paz. Ese lugar pertenecía todavía a las regiones secas y frías, casi desnudas de vegetación, que llaman *puna*; por eso, con excepción de algunos retazos de tierras bien situadas, todo lo demás sirve de pastoreo para los indios de la aldea. Trepé por una larga cuesta en tierras parecidas; lejos hacia el este, al pie de la montaña, divisaba la aldea *Tiraqué*, situada detrás de la meseta de Baca, por donde ya había pasado cuando fuí de Cochabamba a Santa Cruz de la Sierra. Anduve mucho rato por la pendiente de las montañas que dominan el valle de *Sacava*, parte de la gran meseta de Cochabamba, hollando restos de esquistos llenos de huellas de cuerpos orgánicos. Bajé en seguida al valle de *Sacava*, uno de los más poblados, lleno de caseríos de quichuas y de campos de cultivos. En menor escala, volví

a encontrarme con un valle, o mejor dicho una meseta, absolutamente idéntico a los de los alrededores de Cochabamba, de que ya tuve ocasión de hablar. Como no podía llegar el mismo día a la ciudad, hice un alto en el camino. Un indio rico me recibió con cordial hospitalidad. Me dió cuanto podía desear, sin aceptar la menor paga.

A la mañana siguiente, bastante temprano, después de andar por el valle hasta el sitio en que se estrecha y en que el lecho de su torrente, entonces seco, desemboca en la llanura de Cochabamba, llegué a la ciudad, un mes después de haber salido de Loreto de Moxos. Como hacía un año que vivía entre indios, fué para mí un gran placer contemplar las cúpulas de las iglesias de Cochabamba y volver a encontrarme en medio de una gran aglomeración humana. Todo me asombraba, todo me parecía extraordinario, hasta el pan, que no había saboreado desde que me marché de Santa Cruz de la Sierra.



CAPÍTULO XXXVI

ESTADA EN COCHABAMBA.—VIAJE A TRAVES DE COMARCAS DESCONOCIDAS PARA BUSCAR UN NUEVO CAMINO DE COCHABAMBA A MOXOS, HASTA LAS REGIONES HABITADAS POR LOS YURACARES. — ESTADIA CON ESTOS INDIOS

§ 1

ESTADIA EN COCHABAMBA



Me dirigí a la casa de un comerciante español a quien le había escrito para rogarle que me reservase un alojamiento; pero, enterado de mi llegada, el presidente de la república me mandó al ex gobernador de Moxos, don Matías Carrasco, quien me obligó a hospedarme en su propia casa. Acompañado por este gobernador, me presenté en seguida ante el general Santa Cruz, quien me dispensó la acogida más perfecta. Desde que había entrado en la república, mantenía una asidua correspondencia con ese jefe de Estado, pero nunca lo había encontrado a mano para agradecerle los favores que hasta entonces le debía. Le hablé largamente de la provincia de Moxos, de los innumerables abusos que en ella se cometían y de los medios de reforma que me parecían más convenientes. Todo lo escuchó con atención, y me encargó de redactar, en colaboración con el señor Carrasco, una memoria detallada, encaminada a servir de guía al nuevo gobernador que quería nombrar y al nuevo obispo de Santa Cruz, a quien le imponía la obligación de visitar la provincia para corregir los abusos religiosos. Le hablé también del proyecto que concebí de abrir una nueva comunicación con Moxos. Aprobó el plan, aunque haciéndome entrever las dificultades que tendría que vencer y los peligros que me aguardaban en esas regiones desconocidas, en donde tendría que luchar de consuno contra la naturaleza virgen y quizás

contra naciones salvajes. Firme en mi propósito, obtuve de él los medios para comenzar esta empresa. Todo marchaba a medida de mis deseos, viendo con alegría que no había abogado en vano en favor de la causa de los pobres indígenas de las misiones.

Atareado con mis cosas, me había olvidado de la formalidad de presentarme ante el jefe de policía para hacer visar mi pasaporte. Engreído con su poder, este funcionario, a pesar de que me había encontrado en la casa del jefe supremo de la república, quiso hacerme comprender que él también tenía derecho a mandar. Y mientras los ministros y todas las autoridades me colmaban de agasajos, me mandó buscar con un vigilante, que tenía la orden de llevarme a las buenas o a las malas. Y de esta manera, tuve que pasar el bochorno de ser llevado por toda la ciudad como un delincuente e interrogado con una altanería a la que no estaba habituado. Hubiera podido quejarme al presidente y hacerlo amonestar; pero me contenté con darle una lección de decoro y sobre todo de hospitalidad. Esta conducta de un subalterno debía sorprenderme tanto más cuanto que pocos días después recibía del ministro del Interior el siguiente salvoconducto, que me complazco en darlo a conocer para que se sepa cómo el gobierno boliviano me protegía en mis investigaciones y hasta qué punto contribuyó al éxito de mis viajes:

“REPUBLICA BOLIVIANA. Ministerio de Estado del despacho del interior. Palacio de gobierno de Cochabamba, a 25 de Junio de 1832.

“En cualquiera ciudad, pueblo o lugar de la República Boliviana que se presente el señor d'Orbigny, viajero francés, será tratado por las autoridades con la mayor consideración, auxiliándole con cuanto necesite y pida, dejándole transitar libremente y aún mandándole escoltar si pidiera algunos hombres para la seguridad de su persona. Su Excelencia el Presidente de la república mirará con el mayor agrado cualquier falta por pequeña que sea en la persona del señor d'Orbigny, tanto por los respetos que merece el gobierno francés, como por los servicios particulares que presta a la república.

“A los prefectos, gobernadores, corregidores y alcaldes se les encarga el cumplimiento de lo ordenado en este pasaporte.

“El ministro de estado del despacho del interior,

(firmado) CASIMIRO OLAÑETA”

Sólo permanecí veinte días en Cochabamba, y en ese lapso rara vez dejé de ir a palacio, ya para cenar con el presidente, ya para pasar la velada con él. Me ocupaba también activamente con el señor Carrasco y con el coronel Dávila, gobernador de la provincia de Poopo, que había acudido a toda prisa para asumir el gobierno de Moxos, de la reorganización de esta desdichada provincia y de los preparativos de mi expedición, que proyectaba encaminar hacia Tiquipaya y hacia



Nº 21. — Vista del estrecho de Tiquina, en el lago Titicaca. (Plataforma de los Andes, Bolivia)

la Cordillera de Tutulima. Había solicitado indios para cargar víveres y una persona encargada de hablarles en quichua y de pagarles, pues no quería de ninguna manera tener que lidiar con dinero. Durante el viaje, esta persona debía, además, recibir mis instrucciones sobre los lugares en que debía trazarse el camino más ventajosamente, a fin de fijar en él un sendero apropiado a las bestias de carga. En cuanto a mí, sólo ambicionaba el placer de prestar un servicio a la república.

El día de Corpus Christi el presidente tuvo a bien invitarme para ver pasar desde los balcones del Cabildo o palacio de gobierno la procesión que daba vuelta a la plaza. Aquello me encantó, pues nunca había visto una ceremonia tan solemne. No había, como en La Paz, indios bailarines delante del Santísimo Sacramento, pero la afluencia de público era inmensa. Noté que todos los militares que formaban el cordón caminaban destocados, llevando su gran morrión colgado entre los dos hombros. Por lo demás, esta procesión no tenía nada de lúgubre como en La Paz, en donde todas las indias llevaban vestidos negros. Por el contrario, ofrecía el más alegre conjunto. Ese crecido número de vestidos de vivísimos colores, rojo, amarillo, verde, violeta y rosado, recordaba a distancia el esmalte de las flores de un arriate. En ninguna parte, en efecto, los trajes son tan vistosos; por eso, comparando a los indios de Cochabamba con los de las regiones habitadas por los aimaras, algunos españoles dicen que únicamente los primeros dejaron de usar el luto de sus antepasados, los Incas.

Otro día el presidente me comprometió para que lo acompañase a hacer una visita al convento de mujeres de Santa Clara, en donde tenía necesidad de reprimir ciertos desórdenes que habían requerido su intervención. Era una ocasión para penetrar en un convento encloastrado que, sin esta coyuntura, habría intentado en vano. Acudí pues al convento en compañía del presidente, los ministros, la señora de Santa Cruz y los edecanes del presidente. Encontré un local inmenso, ocupado solamente por un pequeño número de hermanas, pero que cada una de éstas tenía un gran departamento en el que, además de las pensionistas, a menudo albergaban unas docenas de mesticitas para que las sirviesen. Era esta reunión de mujeres, algunas de las cuales tenían libertad para salir, lo que, unido a la rivalidad del poder, había engendrado las disensiones. En este asilo de humildad me encontré con un refinamiento que estaba lejos de esperar. Recorrimos los jardines particulares de cada religiosa. Se nos regaló con cantos en honor del presidente, con una colación compuesta por los platos más delicados y cada uno de nosotros recibió de las hermanas ya un limón punteado con clavos de especia que representaban el corazón de Jesús, ya corderitos o pajaritos artísticamente hechos con hebras de plata.

En una de las veladas del presidente, la señora de Santa Cruz me mostró para consultarme sobre su exactitud algunas vistas que acababa de recibir. No sabría decir lo que sentía al pasar una a una

bajo mis ojos las imágenes de los principales monumentos de París. Por un momento me creí de vuelta en mi querida patria, de la que, sin embargo, me separaban todavía por mucho tiempo algunos miles de leguas.

Aunque no había perdido un momento, las formalidades que tenía que llenar me llevaron más tiempo que mis trabajos. Por fin todo estuvo listo y pude decir adiós al presidente y a mis numerosos amigos.

§ 2

VIAJE A TRAVES DE COMARCAS DESCONOCIDAS PARA BUSCAR UN NUEVO CAMINO DE COCHABAMBA A MOXOS

El 2 de julio salí de Cochabamba, abandonando una vez más la civilización de una ciudad para hundirme de nuevo en los desiertos en donde estaría a solas conmigo mismo. Me acompañaban un religioso de San Francisco, que tenía la misión de convertir a la fe cristiana a los salvajes que encontrásemos; el señor Tudela, encargado de recibir mis instrucciones sobre la apertura del camino proyectado y de entenderse en quichua con los indios que cargaban mi equipaje; un mestizo, *Amito*, que conocía algo de la lengua de los yuracarés, a quienes me parecía que volveríamos a encontrar del otro lado de las Cordilleras; un mulato, sirviente mío, y otros para el religioso y para el señor Tudela. Anduve dos leguas y media por la bella llanura cultivada de Cochabamba y por la tarde llegué a la villa de Tiquipaya, en donde debía reclutar a los indios necesarios para la expedición. Allí fuí objeto de la importuna curiosidad del cura y de los vecinos, los cuales no podían comprender qué interés podía mover a un extranjero para emprender semejante viaje. Involuntariamente fuí la causa de muchas lágrimas. En efecto, tuve casi que arrancar a la fuerza de sus familias a los indios que debían acompañarme. La absoluta necesidad de mi viaje tornábame, muy a mi pesar, insensible a los dolorosos llantos de una madre anciana y de una mujer joven que quedaban sin sostén. Como ya lo dije en otras ocasiones, en esas comarcas el indio no está, en verdad, obligado al servicio militar, pero recaen sobre él todas las cargas de la sociedad, sin que tenga jamás derecho a quejarse.

A la mañana siguiente, después de muchas demoras ocasionadas por la desertión de los indios de la aldea, pude partir con una parte de mis hombres indispensables, gracias a la precaución del alcalde, que los encerró la víspera. Mi expedición había armado tanto alboroto, que cuando cruzaba la campaña encontraba a cada paso mujeres apos-

tadas a lo largo del camino con vasos llenos de chicha que vendían a mis compañeros de viaje. A más de un kilómetro de Tiquipaya llegué al pie de una empinada cuesta, que escalé en zigzag durante tres leguas, andando por terrenos secos y cubiertos de piedras sueltas, hasta llegar a la cumbre de la meseta de la Cordillera oriental. Me detuve allí con el objeto de hacer relevamientos por medio de la rosa de los vientos de todos los puntos del extenso horizonte que se desplegaba a mis pies. Al sur estaba el hermoso valle de Cochabamba, que acababa de dejar, rodeado por montañas secas y áridas que contrastaban con la animación de la llanura. A la izquierda, una gran ciudad, embellecida con las cúpulas de sus edificios religiosos; luego, en todas direcciones, villorrios desparramados en medio de las numerosas cañas del humilde descendiente de los Incas, semejantes a las de hace cuatro siglos, pero hoy rodeadas de jardines y de huertos, que comprenden a nuestros árboles frutales, llevados por los conquistadores del nuevo mundo, y de barbechos que todos los años surca el arado. Tal es el aspecto de la antigua *Colcha pampa* (llanura del lago) de los viejos Incas, que, al igual que los fértiles valles de Clisa y de Sacava, que tenía al este, gozan durante nueve meses del año de una dulce temperatura y de un cielo sin nubes. Nada de lo que es característico de América me aparecía en esos parajes; por el contrario, todo me recordaba el suelo de nuestra bella Francia, de la que me encontraba lejos desde hacía más de seis años. Complacíame en ese engaño momentáneo. Paseaba mi vista por este hermoso paisaje con el mismo placer con que contemplamos el fiel retrato de un pariente querido de quien nos separa una gran distancia; pero este solaz duró poco rato. Mis compañeros de viaje me arrancaron bastante bruscamente de mis ilusiones, de mi ensueño, señalándome el sol, ya muy alto en su carrera. Levanté los ojos. . . La naturaleza había cambiado de aspecto. Asperas montañas, barrancos profundos y el suelo más estéril se extendían a lo lejos y, simple orla de un cuadro rico, hacían resaltar la belleza de los valles, a los que, no sin pena, di un último adiós; luego me volví tristemente hacia la Cordillera oriental, que iba a franquear por quinta vez.

A derecha e izquierda tenía picachos agudos, sobre los cuales, acá y acullá, las puntas perforantes de una roca negruzca contrastaban con la blancura de las nieves de que están cubiertas; delante de mí, una meseta casi uniforme, a la que el pastor conduce sus ovejas durante el verano, pero que entonces, en invierno, sólo la pueblan los ágiles guanacos y la ligera vicuña; retiros salvajes y silenciosos que también frecuenta el majestuoso cóndor. Tomé una vereda a mi derecha, que recorrí durante dos leguas por una llanura bastante pareja. Encontramos allí algunos indios que nos dijeron que, lejos de ir hacia Tutulima, como lo creíamos, nos dirigíamos demasiado hacia el este, hacia la *Yunga de Maica monte*, otro punto poblado en esas

vastas soledades. Ya era demasiado tarde para regresar, por lo que resolvimos acampar al raso, a 4.500 metros de altura sobre el nivel del mar. Habíamos llegado a esas regiones que los montañeses llaman *Puna brava*. Se hacía sentir allí un frío intenso, sin que nos fuera posible atenuarlo por medio del fuego. Se lo intentó hacer con hierbas secas, pero el fuerte viento reinante lo hizo esparcirse, sin que alcanzase a calentar el aire. La noche fué terrible: era tan intenso el frío que la humedad de nuestro aliento se iba quedando helada en nuestras ropas.

El 4 de julio hubo que comenzar la jornada volviendo sobre nuestros pasos hasta la cima de la cuesta Tiquipaya. Tomé entonces una senda que, en medio de esas mesetas apenas accidentadas, serpentea

por el valle de Altamichi, uno de los más altos quizás
 4 de julio en que el hombre se haya atrevido a fijar su residencia.

En efecto, a dos leguas, y abrigadas por una ligera escarpadura, vi las casas y las *piccas* de algunos indios pastores, cuyos rebaños ocupaban el fondo de la suave depresión del valle. El viento sur soplaba con fuerza y nos helaba la cara, haciéndola agrietarse por todas partes; a pesar de estos sufrimientos físicos, experimentaba un gran placer al encontrarme en esas cumbres elevadas, eterna morada de las escarchas. La vista de la nieve cubriendo todas las cumbres circundantes, las tropas de vicuñas y de guanacos salvajes, así como la hierba seca e hirsuta que hollaba, todo se armonizaba. Desde el comienzo del valle veía los restos de una acequia que, en tiempos de los Incas, conducía las aguas desde las cumbres de la Cordillera hasta el valle de Cochabamba con el objeto de regar una extensa superficie. De aquel magnífico trabajo, de una extensión de seis a ocho leguas, hoy no quedan más que algunos trozos, pues el resto quedó destruído por las lluvias de tres siglos, y las aguas, en lugar de fecundar los campos de la llanura, en la vertiente sur de la cadena, se dirigen hacia el norte, hacia el río Beni. Es uno de los vestigios de la extinguida civilización de los Incas.

Anduve al comienzo por el collado occidental del arroyito de Altamachi. El valle tornábase más profundo a medida que avanzaba; pasé al collado opuesto y comencé a treparlo en dirección a las cumbres nevadas que veía; pero el día ya muy adelantado me obligó a detenerme en un barranco, no lejos de un lago helado, a unos 5.000 metros de altura. El frío excesivo se hacía sentir allí con tanto más rigor cuanto que carecíamos de ropas de abrigo, y era tal la rarefacción del aire que apenas podía respirar. La noche nos pareció muy larga, pero, como de costumbre, el día, consuelo del viajero, nos hizo olvidar todo.

Recorriendo las cimas parcialmente cubiertas de nieve que en todas partes mostraban sus muchos lagos helados y sus peñas negruzcas desnudas, sin ofrecer, empero, más dificultades para atravesarlas que el exceso de frío y la rarefacción del aire, llegué pronto al punto

culminante de esta especie de nudo aislado, perteneciente a la cadena oriental. Allí, a pesar de mis sufrimientos, me detuve para contemplar un espectáculo verdaderamente imponente: brillaba al sur un cielo purísimo; al norte, sobre la ladera de las llanuras cálidas, y a unos mil metros debajo de mí, se extendía hacia las lejanías del horizonte una zona permanente de nubes que chocaban contra las faldas más altas de las montañas y entre las cuales surgían, semejantes a islotes, las cimas de las cumbres de las cadenas inferiores. Comencé a bajar por suaves pendientes cubiertas de césped y dominando diversas zonas de lagos, primeras fuentes del río Tutulima. Había, pues, cruzado sin obstáculos la cadena, con lo que había vencido ya una de las dificultades de mi empresa; ahora sólo me faltaba descender. Comparándolo con el camino de Palta Cueva y sus sitios tan peligrosos, me pareció que esta nueva ruta, en caso de que pudiera seguirla hasta Moxos, reemplazaría a la actual con la inmensa ventaja de no exponer a ninguna clase de riesgos a los hombres ni a las bestias.

Me dirigí hacia el nornoroeste, teniendo a cada lado las cimas nevadas. Anduve al comienzo por terrenos en declive, poco accidentados y cubiertos de césped; pero luego de haber descendido todo el día la cuesta occidental del río Tutulima, a eso de las cuatro de la tarde me encontré completamente rodeado por aquellas nubes que había admirado por la mañana. Era imposible distinguir ningún objeto a diez pasos de distancia, y me habría visto fatalmente obligado a detenerme si no hubiese andado por un sendero apenas impreso entre las peñas de la pendiente muy abrupta y desapareja de un collado, en el que encontraba ora anchas grietas que había que saltar, ora peñascos aislados, sin contar los guijarros cortantes que rodaban a mi paso. Con la región de las nubes comenzó la vegetación; hasta entonces había sentido mi pecho oprimido; por eso, no sabría expresar con qué placer comencé a respirar más libremente un aire menos enrarecido y ya perfumado por las flores de las zonas más bajas. Después de atravesar una espesa capa de vapores blanquecinos, y cada vez que se apartaba de mis ojos el telón móvil de las nubes, entonces menos presurosas, divisaba todavía, a algunos miles de pies debajo de mí, en un profundo barranco cubierto de activa vegetación, unas cabañas que señalaban el término de mi jornada. Más que descender, rodé hasta el límite de los bosques, y de ahí hasta el fondo del valle. Era noche cerrada cuando llegué, muerto de cansancio, a las chozas de Tutulima, último lugar en que el agricultor se haya atrevido a fijar su morada; y así, en sólo un día, había pasado de los hielos del polo a los límites de las regiones cálidas.

Al día siguiente me olvidé de todas mis fatigas cuando vi con alegría revolotear los ligeros picaflores; y mientras aguardaba a mi gen-

te, que no se me reunió completamente sino dos días más tarde, me ocupé en investigaciones de historia natural, no sin lanzar algunas miradas hacia esa bóveda de nubes que se abría y se cerraba alternativamente sobre mi cabeza, pero que nunca bajaba hasta mí.

Tutulima no es más que un pequeño caserío, compuesto a lo sumo de ocho a diez casas de indios quichuas, colonos de un fuerte propietario de Cochabamba¹. Estos arrendatarios cultivan con gran provecho, unos maíz, otros caña de azúcar, o cuidan las hermosas plantaciones de naranjos, cubiertas a un tiempo de flores y de frutos. Cosechan también raíces de ajipa y de gualuza, excelentes para comer crudas. Este valle, estrecho y profundo, está cercado por ambos lados por montañas escarpadísimas. En la falda opuesta a la que había descendido, veía, en capas casi perpendiculares, esquistos casi siempre al desnudo y sólo cubiertos de vegetación en las desigualdades. Como un solo propietario venía por esos parajes, nunca pensaron en hacer un camino; por eso, la vereda por la que había bajado era obra exclusiva de la naturaleza, sin que el arte hubiese tratado de resolver las dificultades. No obstante, sería muy fácil trazar sin muchos gastos, y haciéndolo sinuoso, un camino mucho más hermoso que el de la Cumbre. Entonces, este lindo valle, verdadero oasis perdido en medio de las escarpaduras de montañas abruptas, podría producir cien veces más. Hoy no está cultivado más que en ciertos puntos, y todo lo demás está cubierto todavía por la más rica flora de las regiones tropicales. Recogí allí varias especies de las más curiosas conchillas terrestres, que tuve que traer en el fondo de mi sombrero².

El 8, después de muchas contrariedades que provenían de la mala voluntad de los indios, varios de los cuales, una vez pagados, desertaron, me vi obligado a reemplazarlos en Tutulima en el momento de partir. Por fin abandoné este último punto habitado

8 de julio para hundirme en el desierto y para hollar, el primero, una tierra virgen. Tenía veinte indios de carga, lo que, unido a las personas de que hablé más arriba y sus criados, formaba un conjunto de veintinueve personas. Viendo que el valle de Tutulima se dirigía al nornoroeste por la brújula, corregido por la variación al este, y me proporcionaba una buena ruta, la seguí; por lo demás, me hubiera sido imposible escalar las escarpadas cuevas. Cargado con mi gran brújula de alidada, con un fusil de dos caños, con un cuchillo de caza y con un hacha de mano para abrir el matorral, yo encabezaba la marcha, no sin que me viera detenido a cada paso; a veces seguía

¹ Entregados poco después de la conquista, los títulos de este propietario le acuerdan como límites diez leguas de ancho, de este a oeste, limitadas al sur por la Cordillera y al norte por regiones desconocidas. Es de imaginar que con títulos tan vagos los interesados extienden sus propiedades según su propia conveniencia.

² *Bulimus onca*, etc.

el lecho del torrente, cruzaba y volvía a cruzar los ríos, según los obstáculos; otras veces, hacha en mano, me abría un camino a través de los bosques o de los matorrales de sus collados, desgarrado por las espinas o bien teniendo que salvar peñascos de algunos metros de alto que habían sido arrastrados por el torrente y amontonados en los bordes. Las inauditas fatigas del día nos tornaron muy dulce la noche. El hueco de una peña, cerca del torrente, recibió a una parte de la caravana y la otra se agrupó alrededor.

No podría describir las sensaciones que me hacía experimentar la idea de haber llegado así a donde ningún otro alcanzara. Al mismo tiempo, me sentía dichoso por servir a mis semejantes y a las ciencias, haciendo a cada paso descubrimientos de historia natural y de geografía. Sumido en mis meditaciones, pasé una buena parte de la noche; acostado bajo mi peñasco salvaje, me mecía en esas dulces ilusiones y en esas esperanzas que sostienen al viajero y que todavía me sonreían, cuando al despuntar el día un organito, el pájaro cantor por excelencia, fiel habitante de los precipicios, comenzó desde una rama suspendida sobre el torrente con sus conciertos melódicos, mezclados al ruido de las aguas rugientes. Las más dulces gamas cromáticas, la modulación de sonidos más puros y extensos se sucedían rápidamente. Lo escuchaba con un arrobamiento para el que me falta la expresión y sus acentos armonizaban y ritmaban tan bien con mi situación de espíritu, que me habría gustado prolongar su duración; pero esta especie de éxtasis duró poco y mi vuelta en mí fué casi penosa. Cuando mi gente se despertó, se descubrió que seis indios habían desertado durante la noche con los víveres que cargaban. Sin embargo era menester afrontar nuevas fatigas.

La excavación de la roca bajo la cual me cobijé había sido producida por las corrientes, muy por encima del actual nivel de las aguas. Noté que los alrededores estaban cubiertos de bancos de cantos rodados asentados sobre esquistos, formados probablemente por antiguos aluviones. Sabía que en los valles paralelos de Choquecamata, situados más al oeste, se habían encontrado entre esos cascajos muchas y muy grandes pepitas de oro. Por experiencia sabía también que ese metal se encuentra en las viejas erosiones de las rocas esquistosas. Quise averiguar si esos bancos de cascajos, que se hallan en condiciones tan semejantes a los de los lugares más ricos de explotación, contenían también oro. Arranqué unos trozos en un sitio en que los cantos reposan sobre los esquistos, quité con cuidado las arenillas más inferiores, las lavé en una calabaza y extraje varias partículas de oro. Ese resultado me dió la certeza de que algunas búsquedas especiales y trabajos regulares en ese pequeño curso de agua procurarían grandes ventajas, sobre todo si se tiene en cuenta que esos cascajos auríferos, mezclados con cantos de cuarzo lechoso, se notan en una extensión de casi una legua. Hubiera podido solicitar la concesión de esta explota-

ción, que indudablemente me habrían otorgado; pero yo había venido a América para hacer ciencia y no para enriquecerme¹.

El camino por el fondo del barranco tornábase cada vez más penoso. Los ribazos de la orilla derecha ofrecían, sin embargo, la posibilidad de abrir, con un poco de trabajo, un camino fácil si se lo trazaba a media altura de la montaña. Entretanto, co-

9 de julio. mo carecía de tiempo y de los medios para allanar los obstáculos, era menester salvarlos. Salté de piedra en piedra, pasé sobre peñascos y crucé unas diez veces el río, andando con el agua hasta la cintura, caminando sobre la tosca resbaladiza y luchando contra la corriente rápida: tal fué la marcha de la jornada, en la que hice a lo sumo cuatro leguas.

Las orillas del torrente ofrecían por momentos lambaivas y pequeños bambúes verticulados, mezclados con una multitud de árboles diferentes, más variados a medida que descendía; pero en medio de ese hermoso paisaje la naturaleza permanecía muda,

10 de julio inanimada. No había entonces esos pájaros numerosos que pululan en las selvas tropicales. Uno se siente inclinado a creer que la presencia del hombre es realmente la condición necesaria para que aparezcan los seres alados, o quizás era que el ruido del torrente espantaba a los pájaros; lo cierto es que apenas si se divisaban allí algunas urracas chillonas o el solitario gallo de las rocas, el del plumaje encendido, únicos habitantes de esos collados frágosos. La jornada fué terrible. A dos leguas del punto de partida del río Altamachi —en donde había iniciado mi ascensión desde el valle hasta la cumbre de las Cordilleras— el río se ensanchó considerablemente, tomando entonces el nombre de río de Pedrillo. Más extendidas y profundas, las aguas caían en saltos, y cada vez que los obstáculos me obligaban a cruzarlas, era en verdad a riesgo de que me llevase la corriente; por eso me detuve a tres leguas de distancia de mi partida.

Hasta la confluencia del río Altamachi, que viene del sudoeste, había andado en la dirección media del norte, de lo que me alegraba, pues pensaba que estaba en uno de los afluentes del Mamoré. Después de esa confluencia, volví hacia el nordeste, lo

11 de julio que sirvió para entonar mi ánimo. El 11 de julio, el torrente, cada vez más ancho, corría siempre con estrépito entre dos altas montañas arboladas; desde la hondonada en que me encontraba sólo podía divisar el paredón muy abrupto de una parte de la falda de la montaña. En algunos lugares el torrente se encajona tanto que tuvimos que pasar por las cornisas salientes del collado, en donde, suspendidos como estábamos sobre las aguas que saltaban de peña en peña, un paso en falso nos hubiera precipitado

¹ Más tarde me limité a señalar el descubrimiento, a fin de que otros lo aprovecharan.

en ellas desde cincuenta metros de altura. Felizmente las lianas a las cuales podíamos asirnos impidieron que ocurriesen otros accidentes que el acaecido a uno de mis indios, a quien una piedra que se descolgó desde la altura le quebró los huesos de la nariz. Andando por las cornisas, llegué hasta la confluencia de un río tan importante como el Altamachi, que corre desde el sur. Como tuve que pasar muchas peripecias para atravesarlo, a causa de lo escarpado de sus bordes, lo bauticé con el nombre de *Río del mal paso*. Al norte de esa desembocadura el valle sigue algunos grados hacia el este. Me detuve una legua más abajo.

Cuando atravesaba por un bosque cerrado, di un fuerte hachazo a una rama seca, marchita, la cual, lejos de resistir el golpe, cedió mucho más fácilmente de lo que había creído, y uno de los ángulos de la herramienta entró con violencia en la rodilla, dislocándome la rótula. Obligado a subir y bajar a pesar de esta herida, y a cruzar el río varias veces, me contenté con atarla con mi pañuelo; pero por la noche, completamente empapado y expuesto al fresco del rocío, sentí un vivo dolor que me impidió gustar el reposo.

Como consecuencia de mi herida, el 12 por la mañana apenas podía caminar; sin embargo, como me era imposible quedarme en ese lugar, tuve que continuar andando, con mayor dificultad aún, pues me torcí ligeramente el otro pie. Crucé no menos de cinco

12 de julio veces el río, pero la última era tan hondo que para atravesarlo fué necesario fabricar una balsa con ramas secas. Anduve todavía unas tres leguas escasas hacia el norte, pero en ese trecho había cruzado por la confluencia de un río bastante ancho que bajaba del sudoeste y al que, en razón de las toscas que cubrían sus orillas, le llamé *Río de las peñas*. Por la noche desertaron tres indios.

Menos encerrado, el río ofrecía de tanto en tanto espaciosa playa y aguas menos encajonadas; pero en otros sitios había que escalar los ribazos o enormes peñascos. Había, además, cruzado siete veces el río, con el agua hasta el pecho, y visto dos afluentes

13 de julio que se arrojaban desde la orilla izquierda. El primero, que llamé *Río de oro*, me presentó una dilatada superficie de cascajos situada muy por encima del actual lecho del río; lavé algunas piedras y conseguí una pepita de oro, signo cierto de las riquezas que allí se esconden. Al segundo río le llamé *Río de la paciencia* porque me detuve allí y debí aguardar en vano a una parte de mi caravana. Por primera vez encontré en esos lugares salvajes una magnífica especie de palmeras, que me apresuré a dibujar¹: era quizá una de las más elegantes que hasta entonces hubiese visto. El grueso de la gente no pudo reunírseos, y tuvimos que esperarla

¹ Es la *Euterpe longivaginata*.

todo el día siguiente; asimismo sólo llegó una parte. La dirección que seguíamos era la noroeste, lo que comenzaba a inquietarme.

Impaciente por el tiempo perdido, el 15 me puse en camino antes que llegasen los rezagados; muy pronto vi, sobre la orilla izquierda, un nuevo afluente cuyas riberas estaban cubiertas de piedrecitas de todos colores, rojas, violetas, negras, arrancadas sin

15 de julio duda a los esquistos de sus bordes¹. Varias veces atravesé el torrente, pero en un sitio en que era tan hondo que hubo que construir una balsa para cruzar sus aguas límpidas y azules, muy semejantes a las de los Pirineos y los Alpes. Había visto a los yuracarés construir esas balsas con troncos de la palmera vina, que por allí se divisaban doquiera, y quise imitarlos. Mandé derribar esos árboles en la parte en que el tronco aparece hinchado, los hice cortar en pedazos, mandé agujerearlos en cada extremo y pasar en cada agujero una clavija de madera para juntar los trozos, atándolos con bejucos, y pronto tuve una balsa sólida que mi indio moxo remolcó a nado hasta la orilla opuesta y que sirvió sucesivamente para cruzar a toda mi gente. Poco después encontré un gran río. Hasta entonces podía creerme en uno de los tributarios del Mamoré: la dirección seguida era buena; pero de pronto se levantó delante de mí una cadena de montañas, y el río por donde andaba, al recibir este otro curso de agua, que procedía del estesudeste, se volvió bruscamente hacia el noroeste. Toda mi esperanza parecía esfumada, pues sin ningún género de duda debía tratarse de uno de los tributarios del río Beni. Mi embarazo era extremo: no veía otro medio que el de salvar la Cordillera, cortando en ángulo recto la dirección que debía tomar. Atravesé el último vado y remonté el nuevo afluente². Iba meditando en esa situación, cuando mis ojos, fijándose por casualidad en la arena, descubrieron las huellas de varios pasos humanos que también se dirigían hacia el nuevo afluente. Deseando comunicarme con los amos de esos parajes, seguí las huellas frescas, hasta que pronto divisé en medio del río a un salvaje que, armado con un arco, trataba de alcanzar con un dardo a un pez que observaba atentamente³ en medio de una onda purísima. No pareció asustarse con nuestra presencia. Por su túnica sin mangas, por su alforja colgada del hombro izquierdo, por sus rasgos y sobre todo por las pinturas de su cara, reconocí inmediatamente que no era un yuracaré; de lo que, por otra parte, me convencí cuando le dirigí en la lengua de esta nación algunas palabras que no comprendió. Me hizo señas que fuera más lejos, en donde encontré a ocho indios de esta nación, la de los mocetenes y a algunos

¹ Lo llamé *Río de las piedrecitas*.

² Lo llamé *Río de la reunión*, porque mis hombres se reunieron allí con los yuracarés y los mocetenes.

³ V. la plancha núm. 45 de los *Trajes y usos*, que dibujé al día siguiente al estudiar la pesca de los indígenas.

yuracarés que estaban asando unos monos y unos pescados bajo una fogata de hojas de palmera. Unos y otros estábamos asombrados de encontrarnos juntos, y la mayor curiosidad reinaba en uno y otro bando. Los salvajes se apresuraron a convidarme a compartir su comida; tuve que esperar al grueso de mi tropa para enterarme por el intérprete yuracaré dónde estábamos y con quiénes tratábamos. Eran indios mocetenes, que moraban a una jornada de allí, bajando por el mismo río; volvían de hacer una visita amistosa a los yuracarés, que viven del otro lado de la cadena, y algunos de estos últimos acompañaban de regreso a los visitantes.

Mezclados así, formábamos todos un conjunto singular, con los más curiosos contrastes de color, de rasgos, de indumentaria; en tanto que cada cual se ocupaba de lo que le interesaba, yo volví a mi papel de observador. Comparé los caracteres físicos de las tres naciones americanas que se encontraban reunidas allí fortuitamente. El quichua montañés o descendiente de los Incas, de color oscuro, de cuerpo corto y ancho, cuyo tronco, por su gran desarrollo, no está en armonía con sus extremidades; el quichua, de nariz aguilina muy pronunciada, de cara grave y triste; junto a él, el yuracaré, casi blanco, de bellas formas esbeltas y masculinas, de rostro orgulloso y altanero; más lejos, el mocetene, que ocupaba entre aquéllos el justo medio por su estatura, por sus formas y por su color casi blanco, pero que tiene rasgos afeminados, una graciosa sonrisa, llena de dulzura, la nariz corta y la cara más o menos redonda. Como lo hacía siempre en parecidas circunstancias, traté de explicarme esas diferencias por causas naturales, que influyen a la larga en los caracteres físicos y morales del hombre. Me preguntaba si la forma maciza de los quichuas y la amplitud extraordinaria de su pecho no estarían determinadas por la necesidad de aspirar una cantidad mayor de aire como consecuencia de la rarefacción de las mesetas altas en que viven. Me preguntaba también si la tez casi blanca de los yuracarés, que, por lo demás, tienen los rasgos de los quichuas, y si sus formas hermosas no provendrían de la continuidad de su permanencia en el corazón de esas selvas húmedas, cálidas e impenetrables a los rayos solares, tan diferentes en las regiones encumbradas secas en que viven las naciones montañosas. Preguntábame, finalmente, si los mocetenes que presentan los rasgos afeminados de los indios de las llanuras de Moxos y de Chiquitos no serían descendientes de las naciones de esa rama a quienes la misma causa hubiese desvaído su color. No me extenderé más en estas reflexiones, que, por lo demás, consigné en mi trabajo especial sobre el hombre americano.

Por la noche, como compañeros de armas, nos quedábamos todos juntos unos a los otros, a la orilla del río, bajo una espesa bóveda del más variado follaje. Por un lado se oía la lengua gutural de los quichuas, que recuerda a un bronco graznido; más allá el habla dulce y melosa de los mocetenes, que contrastaba con el lenguaje arrogante, con

la palabra altiva y altanera de los yuracarés, oradores pretenciosos. Los idiomas del viejo mundo estaban allí en completa minoría: apenas si tres o cuatro de nosotros los hacían oír. Es fácil darse cuenta de la impresión que recibe el viajero europeo ante el aspecto de los grandes trazos de una naturaleza imponente y salvaje cuando se ve rodeado de objetos tan distintos a los que encuentra en medio de la civilización de las ciudades. Estaba privado de todas las comodidades de la vida. Para descansar de las penosas fatigas, no disponía de otro lecho que un suelo húmedo; y sin embargo, no habría cambiado mi situación actual por la más cómoda de todas en medio de la fiesta más suntuosa de nuestra brillante capital.

Por lo que llevo andado desde Tutulima, me siento inclinado a creer, y así se lo digo al señor Tudela durante el viaje, que, a la salida de aquel caserío, conviene tomar en seguida la ladera occidental de la montaña, sobre la orilla derecha del río Tutulima y continuar hasta la confluencia con el río del Mal Paso; cruzar este río y andar siempre por la misma ladera hasta el río de la Reunión. De esta manera sólo habría que descender una vez, en tanto que si se sigue por la montaña de la orilla izquierda habría que subir y bajar para cruzar sucesivamente los ríos Altamachi, de las Peñas, del Oro, de la Paciencia y Piedrecitas. Es conveniente evitar de cualquier modo esos ríos, pues son torrentes rápidos, que pueden crecer de un momento a otro a causa de las lluvias y detener a los viajeros. ¡Cuántas veces no temí este tropiezo en el fondo de ese barranco en donde pasé cerca de siete días! Porque, si en vez del buen tiempo que tuve, me hubiesen cogido en mitad de mi carrera las lluvias continuas y torrenciales que tuve que soportar cuando trepaba el camino de Asunción de Yuracarés a Cochabamba, me hubiera tenido que parar hasta que el tiempo bueno me permitiese continuar.

La nación mocetene que había encontrado, y a la que los yuracarés denominan maniqués¹, vive en el fondo del barranco, a lo largo del río Beni, desde ese punto hasta el norte de La Paz, es decir, en una extensión de unas cincuenta leguas geográficas, en donde está dividida en aldeas, a la sombra de las selvas. Más bajos que los yuracarés, los mocetenes tienen también rasgos distintos. Su carácter parece muy suave, y de buena gana hubiera accedido a su insistencia para que fuera a visitarlos a sus pagos, pero no me era posible. Son a un tiempo agricultores y cazadores. Andan por los cursos de agua para cazar monos y pecarís en los bosques adyacentes, o para espiar bajo la onda cristalina a los peces, que atraviesan con sus agudas flechas. Si la caza es abundante, la acecinan y regresan cargados de provisiones. A menudo bajan o remontan los torrentes en sus balsas. Su vestimenta consiste en una túnica sin mangas, hecha con tejido de algodón

¹ Véase en *El hombre americano* la descripción completa de esta nación.

y teñida de un hermoso color violeta, festoneada de rojo. Llevan los cabellos cortados a escuadra por delante y unidos por detrás en una trenza, de la que cuelgan sus cuchillos; no se arrancan las cejas. Se pintan la cara, o mejor dicho, se la marcan con tres rayas azules: una en arco que va de mejilla a mejilla, pasando por el labio superior; la segunda debajo del labio inferior y la tercera en la nariz. Se adornan la cabeza con plumas de las alas de los loros. Cuando van de viaje llevan colgado del hombro izquierdo un zurrón de lienzo. Noté que algunos tenían la piel jaspeada con blanco, lo que los asemejaba a los tapires.

Al día siguiente me separé de los mocetenes, que se volvieron a sus pagos, cargados con los presentes que les había hecho. Los yuracarés quisieron guiarnos hacia sus bosques; remontando el río durante dos leguas, nos condujeron al sitio al que llegaron cuando bajaron de la montaña. Como el día estaba ya muy avanzado para iniciar nuestra ascensión, la dejamos para el día siguiente, y dediqué las horas de luz totalmente al estudio de la magnífica vegetación que puebla esos parajes. Se compone principalmente de palmeras y recuerda mucho a la que ya describí en el país de los yuracarés. Para ahorrar nuestros víveres, en cuanto llegamos a la región de las palmeras, hicimos de la médula de esos árboles el plato principal de nuestro sustento.

Con la salida del sol la caravana se puso en marcha. Al comienzo, perdido en medio de la espesura, asiéndose a las ramas para ayudarse a subir, cada uno trepó penosamente, sin divisar nada

17 de julio a su alrededor; luego, la selva menos espesa permitió ver a través de los altos helechos, y juntamente con el cielo, el barranco que abandonábamos. Después de algunas paradas que el cansancio hacía necesarias, a eso de las cuatro de la tarde llegamos por fin a la parte más encumbrada de la cadena; pero cuál no sería mi desesperación cuando me vi allí rodeado de nubes que me impedían distinguir nada a mi alrededor. Mi única esperanza de éxito fincaba en que eligiese un curso de agua, al que no podía reconocer desde la cima en que me encontraba. Esperé y dejé que mi gente se me adelantase. Una hora de inquietud me pareció demasiado larga, y ya comenzaba casi a desanimarme, cuando, inesperadamente, las nubes se rasgaron un momento y pude contemplar un inmenso horizonte. Los últimos contrafuertes de las montañas descendían lentamente, como surcos irregulares, cubiertos de árboles y serpenteando hacia un mar de verdor sin límites, formado por las selvas de las llanuras que bordean las montañas en una extensión de más de cuarenta leguas. Con gran ansiedad, seguía con mirada ávida la dirección de los barrancos profundos, buscando su punto de reunión para descubrir un curso de agua navegable. Un rayo de sol me reveló su existencia al hacer brillar a una considerable distancia un río que corría en medio de la selva, en la dirección del norte, a los 15° este. Aquello fué como el puerto que se abre al marino después de una larga navegación; ¡era el resul-

tado de mis cálculos, el triunfo de mis ideas!... Un afluente del río Securi, al que había dejado cerca de Trinidad de Moxos. Me entregué como una criatura a la alegría más loca.

Determiné la posición de todos los puntos visibles de esta inmensa superficie. Advertí que la cadena en que me encontraba, muy extendida hacia el este y hacia el oeste, servía de límite para las dos vertientes de los ríos Beni y Mamoré y era sin duda la continuación de la Cuesta de Yanacaca, vecina del Paracti. Al sur dominaba todas las montañas que separan los ríos ya reconocidos por mí. Distinguía perfectamente los cursos de los dos ríos de la Reunión de Pedrillo, que forman el río de las Palmas, el cual, cuando más abajo y al sur recibe al río de Choquecamata, toma el nombre de río Movia, el más importante y más oriental de los tributarios del río Beni, que reúne todos los cursos de agua que había visto desde Altamachi. Toda la cumbre de la montaña, pero la cumbre solamente, está cubierta por una hermosa especie de palmeras que nunca hasta entonces había encontrado en otro lugar¹. Recogí diversas partes de ellas y dibujé el conjunto.

Me reuní con mis compañeros después de una legua de camino espantoso, en el que me veía obligado a saltar de grandes alturas, colgándome de las enredaderas y corriendo veinte veces el riesgo de romperme la crisma. Los encontré tristes: en mi alegría me había olvidado que no había bebido en toda la jornada; pero ellos, a quienes no animaba el mismo interés, me lo recordaron amargamente. Confiando en la Providencia, que siempre se había mostrado tan benévola conmigo, eché una ojeada por los alrededores, pedí un vaso y me alejé. Mi gente me miraba como a un loco. Un instante después, con gran asombro de la caravana, regresaba con el vaso lleno de un agua purísima. En parecidas circunstancias, estando en la frontera del Paraguay, una vez un indio guaraní había aplacado mi sed devoradora al enseñarme que una especie de *Bromelia* encerraba siempre agua en el interior del cáliz formado por la reunión de sus hojas. Había visto a mi alrededor muchas de esas plantas parásitas en los troncos de los árboles, y encontré allí la misma ayuda que luego tantas veces me devolvió las fuerzas y el ánimo. A partir de entonces, se acabaron las murmuraciones: cada cual se entregó a la cosecha de esa agua y a la satisfacción de la más imperiosa de las necesidades, mientras agradecían mi feliz descubrimiento.

Los primeros en llegar a esta parada fueron los yuracarés; habían encontrado allí un ligero abrigo de hojas de palmera, del que se apoderaron sin pensar en ofrecérnoslo. Cierto es que la noche hermosísima convidaba a vivaquear.

Anduve dos días bajando por la cresta de las mismas montañas, bajo una bóveda eterna de ramas entrecruzadas que el sol no atraviesa

¹ *Iriartea Lamarckiana*.

nunca con sus rayos; por eso esos parajes húmedos dan nacimiento a plantas criptógamas bellísimas, con las que todos los días hacía un cargamento. Después de bajar por rápidas pendientes, llegué al río que los yuracarés denominan *Icho*. Allí encontré a unos indios ocupados en acecinar el pescado que habían matado con sus flechazos, con el objeto de llevarlo a sus casas. Se hace esta operación clavando en el suelo cuatro horquetas de un metro de alto, sobre las que se colocan ramas cruzadas que tienen por objeto recibir, como si fuese una parrilla, el pescado, puesto sobre los carbones encendidos. Como el río *Icho* no era navegable, me dejé llevar por los yuracarés hacia otro afluente, más importante.

§ 3

ESTADIA CON LOS INDIOS YURACARES

Al dejar el río, comencé a trepar por una montaña bastante alta, formada por arena arcillosa y arcilla. Cuando estaba en la cima llovió, lo que tornó tan resbaladizo al sendero, que me caí varias veces, lo mismo que mis compañeros de viaje. Uno de los yuracarés resbaló también y se quedó colgado de un árbol por la bandolera que sostiene su silbato y por otros adornos. Tuvimos bastante trabajo para descolgarlo. Tras no pocas fatigas, y completamente empapado después de cruzar el río *Iñesama*, avanzaba en medio de la selva, andando por un sendero abierto. De pronto, mis yuracarés se detuvieron y me hicieron señas para que los imitase: cada uno de ellos cogió el silbato que llevan colgado a un costado y todos juntos lanzaron tres agudos silbidos que el eco repitió a lo lejos. Por un segundo me creí traicionado, pero de inmediato prosiguieron su camino y algunos minutos después llegábamos a una casa de la misma nación. Me enteré de que un yuracaré jamás llega de improviso a una habitación porque eso se consideraría signo de hostilidad. La choza era un amplio galpón cubierto de hojas de palmeras, abierto en los dos extremos y rodeado de campos de bananeros. Me recibieron sin cumplidos. Las mujeres, sin embargo, me presentaron raíces de mandioca asadas. En cuanto entramos, mis peones fueron a sentarse en silencio junto al dueño de casa. Uno de ellos, sin mirarlo, pronunció un animado discurso, que duró más de dos horas, empleando entonaciones que eran alternativamente graves y cálidas. Cuando terminó, el jefe de familia, sin mirar tampoco al primer orador, habló tanto tiempo como él. Toda la noche transcurrió en coloquios de este tipo, relativos a nuestra llegada, y cuyo sentido no tenía nada de inquietante. Dormimos todos bajo el mismo techo con la familia de yuracarés.

A la mañana siguiente los habitantes de la barraca quisieron acompañarnos hasta otra de sus cabañas. Los hombres cogieron sus arcos y sus flechas, en tanto que las mujeres cargaban no solamente todo el

haber de la familia, sino también a sus hijos, los mo-
 20 de julio nos, las gallinas o los loros, lo cual constituía para ellas un duro peso. Una de esas mujeres llevaba así una gran harpía domesticada, a la que empero habían tenido que atar para que no tuviera posibilidad de dañar con sus garras aceradas. Los yuracarés estiman mucho a esas aves, cuyas plumas de las alas y de la cola les sirven para emplumar las flechas, mientras que el plumón blanco, colocado más cerca del cuerpo, lo emplean para cubrirse la cabeza en las grandes ceremonias. Después de una marcha penosa por los ribazos del río Iñesama, llegué a las casas de los últimos yuracarés, en donde me regalaron caña de azúcar. Crucé el afluente del río Moletto, en el que había resuelto embarcarme. Remonté este río y llegué por fin al corazón de la selva, a las casas de los primeros yuracarés, a quienes había encontrado en el río de la Reunión y en donde debía descansar de todas mis penurias.

Se despacharon correos en todas direcciones para prevenirles mi visita a los yuracarés diseminados en los bosques. Después de despedir a mis quichuas, que regresaron a sus montañas, me establecí en un rincón de la casa de los yuracarés, en donde proseguí el estudio de los hombres singulares con quienes convivía, y me entregué de nuevo a mis investigaciones de historia natural, no descuidando además nada para obtener informes sobre los numerosos ríos todavía desconocidos por los geógrafos.

Dos días después, una bulliciosa charanga me anunció la llegada de una visita. Muy pronto vi a una docena de indios que caminaban en fila india. Tenían la cara y las piernas cruzadas por barras rojas y negras, los cabellos bien peinados y cubiertos con ese plumón blanco de las águilas, bastante parecido por su color al polvo con que se embellecían nuestros padres. Todos estaban vestidos con una túnica sin mangas de corteza de morera, adornada con pinturas rojas muy regulares; llevaban además un ancho collar de perlas de vidrio, que pasaba por el hombro derecho y sostenía sus instrumentos de música, colgados del lado izquierdo. Llevaban el machete en la mano derecha y en la izquierda un haz con su arco y sus largas flechas. Se adelantaron gravemente, y uno tras otro me hicieron una ligera inclinación de cabeza¹; sin decir una palabra fueron donde el dueño de casa, se sentaron en rueda, colocando su arco y sus flechas a la derecha, cruzáronse de brazos, teniendo la punta de su machete para abajo, y permanecieron así un rato silenciosos. Todos los moradores de la casa, primero los hombres y luego las mujeres, fueron a saludar a cada uno en particular pasando delante de ellos; luego, sin mirarse, comenzaron los dis-

¹ V. *Trajes y usos*, plancha núm. 46.



Nº 32. — Balsa o bote de juncos en el lago Titicaca. (Bolivia)

cursos, que duraron todo el día. Yo también les espeté una pequeña arenga por medio de mi intérprete para agradecerles su cordial acogida, y encontré a los recién llegados muy dispuestos a servirme. Por la tarde, después de haberme saludado de nuevo, fueron en el mismo orden a hospedarse en una casa vecina. Supe que venían de las orillas del río Icho.

No queriendo que se entibiase su buena voluntad, a la mañana siguiente me fuí con ellos al corazón de la selva más hermosa del mundo para descubrir un árbol adecuado para construir una piragua. La recorrí sin inconveniente, siguiendo a mis salvajes hasta el árbol más grande, pues los conocen a todos. Al fin se elige uno de ellos: su tronco, que quizás ha visto varios siglos ya; su tronco, de más de ocho metros de circunferencia en su base, es cortado en seguida por el hacha, como una roca que zapa la mina. Vuelan las astillas, pero sólo por la tarde, después de un trabajo forzado, su caída hace temblar la tierra, derribando delante de él a todos los árboles que encuentra, los cuales siguen cayendo hasta más de cien pasos, arrastrados unos por los otros. Los hachazos redoblados retumbaron en la selva siete días seguidos, durante los cuales dirigí los trabajos de los indios y los alenté con mi ejemplo, trabajando con ellos. Finalmente, el decano de los árboles de los alrededores se había transformado en una barquilla bastante grande. Los obstáculos que se oponen a su marcha hasta el río son allanados en diferentes sitios a la vez, a través de la selva y por espacio de un cuarto de legua; se la bota triunfalmente, con lo que ya comienzo a poder felicitar me por el éxito de mis anhelos. Para cumplir la misión que me había propuesto, ya no me restaba sino navegar hacia Moxos.

Mientras duró el trabajo, estudié constantemente, ya a los yuracarés, ya a la admirable vegetación de las selvas en que viven. Un día abandonaba un rato a mis obreros para cazar, otro recorría las playas de los ríos, observando que están todas pobladas con gramíneas que podrán servir de alimento a las mulas cuando se haya trazado el camino.

Para protegerse a un tiempo de la picadura de los mosquitos y de la mordedura de los murciélagos, los yuracarés duermen bajo una especie de mosquitero hecho con la corteza de las more-

Yuracarés ras; como ellos quieren mucho a sus perros, también los cubren durante la noche. Se despiertan al rayar el alba, y se ponen entonces a conversar largamente, sobre todo de los padres que perdieron; a menudo se los oye gemir y llorar. Una tarde se reunieron todos los indios en la casa en que yo estaba para bailar y beber chicha fabricada con raíces de mandioca. En grandes artesas de madera habían puesto el licor fermentado. Los hombres habían prevenido a sus vecinos de la reunión haciendo resonar en todas direcciones en la selva la estridencia de sus silbatos. Se habían cubierto el rostro y las piernas con pintura roja y negra: se habían cortado los cabellos y afeitado las cejas. Las mujeres se hicie-

ron el mismo atavío, y las muchachas se adornaron los hombros ya con un manojo de plumas rojas, ya con plumas negras y líos de élitros del bupresto gigante o cascabeles de cobre. Colocados en dos filas, todos se pusieron a bailar, al comienzo al son de las flautas de Pan, luego al son de las voces; se cruzaron de brazos yendo a compás, ya de un costado, ya del otro. Las mujeres vinieron a mezclarse con ellos y se colocaron entre cada bailarín, asiendo al principio el costado de la túnica de los hombres, cruzando en seguida sus brazos con los de ellos¹ y saltando durante mucho tiempo, siempre con la seriedad más imperturbable. Las mujeres llevaban a la espalda sus hijitos y las muchachas sus monos o cualquier otro animal que les plazca criar. Bailaron así una parte de la noche.

Al día siguiente, estando en el trabajo, algunos indios se quejaron de dolor de cabeza, que era sin duda una de las consecuencias de la fiesta. Para curarse, se hicieron clavar bajo la piel de las sienes unas agujas largas, y aseguraban que se sentían aliviados. Pretenden los yuracarés que los blancos traen siempre consigo enfermedades que de otra manera no padecerían; por eso no dejaron de achacar a nuestra llegada una coqueluche que se declaró durante nuestra estada. Y lo mismo ocurrió con los fuertes dolores reumáticos que sintió en la pierna la mujer del propietario de la casa en donde yo vivía. Para curarla, una vieja indígena se puso a fumar tabaco y le administró una especie de fumigación. Como el remedio no surtió efecto, al día siguiente le hicieron con un trozo de bambú muy filoso varias incisiones que determinaron una copiosa sangría; luego la pusieron a dieta rigurosa. Como ni por esas la enferma se restablecía, la sacaron de la cabaña y la llevaron a la selva, bajo una pequeña enramada construída con hojas de palmeras. Unicamente la acompañaron su madre y su marido, y no quiso volver a su casa sino después de nuestra partida.

Un día, al regresar del trabajo, encontré a una india vieja de la casa presa de una cólera espantosa y rompiendo todos los cacharros de su cocina. Pregunté la causa y supe que obedecía al horror que los indios sienten por la carne de buey y, por consiguiente, por nuestro alimento. Esta mujer había dado a mi criado algunas ollas de barro, de las que debía servirse exclusivamente para hacer su cocina, muy lejos de la de los yuracarés; pero como mi criado tuvo momentáneamente necesidad de una olla más grande, sacó una sin permiso y la volvió a poner en su lugar. Cuando la propietaria se percató de esta sustracción, temerosa de que le hubiese contaminado también los demás cacharros, lo rompió todo, agobiándolo a reproches. La labor de alfarería no es una operación ordinaria para ese pueblo supersticioso; por eso rodean al acto de precauciones singulares. Las mujeres, que son las que se encargan exclusivamente de esta tarea, se van a juntar la tierra con el mayor recogimiento y sólo cuando no hay cosechas

¹ V. *Trajes y usos*, plancha 47.

pendientes; por miedo al rayo, se dirigen a los lugares más escondidos de la selva, de modo que no las vean, y construyen allí una cabaña. Mientras trabajan, celebran varias ceremonias y jamás abren la boca, hablándose por señas, pues están convencidas que una sola palabra pronunciada haría romper infaliblemente todos los cacharos en el cocido; tampoco se acercan a sus maridos, pues si no todos los enfermos se morirían.

Poco hecho a las mortificaciones, el franciscano que me habían dado no cesó de quejarse durante nuestro viaje, empleando él solo casi todos los hombres de mi séquito, a pesar de que tenía a lo sumo veintiocho años y que gozaba de excelente salud. Cuando llegó al país de los yuracarés, se volvió más exigente. Le parecía mal que yo dirigiese la marcha y que quisiese mandar a los obreros. Había querido obtener demasiado de los yuracarés, que no le guardaban ninguna consideración. En lugar de cumplir su misión, que era la de tratar de convertir a los indios, quedándose entre ellos, cambiaba todos los días de resolución y quería llegar por tierra al río Coni o seguirnos hasta Moxos. Terminó por tomar este partido, lo que me contrarió, pues la piragua era ya demasiado chica para que cupiésemos todos sin peligro.

Antes de abandonar el país de los yuracarés, daré una descripción de sus costumbres tan singulares, acerca de las cuales no he hablado sino accidentalmente.



CAPÍTULO XXXVII

DESCRIPCION DE LOS INDIOS YURACARES Y VIAJE DEL PAIS DE YURACARE A MOXOS POR EL RIO SECURI

§ 1

DESCRIPCION DE LOS INDIOS YURACARES ¹



Los yuracarés viven al pie de los últimos contrafuertes de la Cordillera oriental, desde el este de Santa Cruz de la Sierra hasta el nordeste de Cochabamba, en una faja de veinte a treinta leguas de ancho por setenta y cinco de largo, comprendida entre los 66° y 69° de longitud y los 15° y 18° de latitud sur. Bajo el nombre de *mansiños* y de *solostos*, parecen haber vivido en esos mismos parajes desde los tiempos más remotos; pero se retiraron hacia el oeste para sustraerse a los ataques de los cruceños, que les daban caza para venderlos como esclavos ². En 1731 se presentó entre ellos un franciscano con el propósito de convertirlos; nunca más regresó, y diferentes vestigios, así como los relatos de los yuracarés, inducen a creer que ese religioso fué su víctima ³. En tiempos de los jesuítas, los yuracarés fueron obligados también a huir, hostigados de una parte por los moxos, y de la otra por los chiquitos de Buena Vista, cerca de Santa Cruz, quienes, comisionados por los jesuítas para traer neófitos, hacían frecuentes correrías hasta el río Chimoré, sorprendían allí a los yuracarés, los cargaban de

¹ Ya he hablado de los yuracarés (*El hombre americano*), pero completaré aquí su descripción por la exposición de muchos hechos, que el cuadro restringido de esa obra no me permitió incluir.

² Sin duda hacia 1680.

³ Estos datos, y muchos otros que seguirán, fueron sacados de un manuscrito del padre Lacueva, que vivió dieciocho años entre los yuracarés.

amarras y los llevaban así a las misiones, a menudo hasta Concepción o Santiago de Chiquitos, lo que no les impedía regresar a veces a sus selvas. Sea lo que fuere, las palabras con aire de danza que todavía cantan en la lengua de los chiquitos y los nombres de las piraguas y de los remos que tomaron de la lengua de los moxos, prueban que han tenido contactos con esas naciones.

El carácter atrevido de los yuracarés los inclinó a comunicarse en todo tiempo con los españoles, de quienes tenían necesidad para procurarse instrumentos de hierro. Fué así cómo saquearon la Yunga de Choque Oma y que llegaron en distintas ocasiones ya a Chilón y a Mizque, ya a Tiraque y a Cochabamba, salvando los más espantosos precipicios. Los españoles de las montañas, que así los conocieron, pensaron reducirlos al cristianismo. En 1768 el obispo de Santa Cruz, don Francisco Ramón Hervoso, hizo abrir una senda hasta el Chaparí¹, siguiendo sus huellas por la cordillera nevada de Palta Cueva; pero se suspendió todo hasta 1775, época en que los dos hermanos don Angel y don Mariano Moscoso, curas ambos, uno de Punata y otro de Tarata, en el valle de Clissa, pidieron y obtuvieron del obispo permiso para intentar a su costa la reducción de los yuracarés. El 28 de junio de 1775 enviaron al padre Francisco Marcos, recoleto, quien partió con veinte hombres para abrir el camino. El religioso tuvo que vencer obstáculos sin cuento en medio de las nieves, de los precipicios y de la espesura de los bosques. Lo abandonaron sus obreros y se quedó solamente con cuatro hombres. Como encontrara algunos yuracarés, después de veinte días de marcha en su compañía, llegó a una de sus aldeas, situada sobre el río Coni y poblada por ciento cincuenta habitantes de esta nación, los cuales lo recibieron perfectamente, le proporcionaron víveres y le expresaron sus deseos de hacerse cristianos. Después de darles a conocer sus condiciones, el religioso volvió a Cochabamba para dar cuenta de su misión.

Al año siguiente, el padre Marcos y otro religioso tornaron al Coni por el mismo camino y fueron acogidos con entusiasmo; construyeron una capilla y ya al año siguiente quinientos yuracarés se habían reunido, tanto en Coni como en San Antonio, en donde se separó a la tribu de los cuchis². Llevaron la reducción cerca del río Paracti y la llamaron Ascensión de María Santísima. Viendo tan buenos resultados, pero habiendo gastado mucho sin ningún beneficio, el padre Marcos se presentó al arzobispo de Chuquisaca y a la Audiencia de Charcas; el primero no le dió más que veinticinco pesos y la Audiencia le negó fondos. A punto de abandonar el establecimiento, el padre Marcos se desesperaba, cuando en 1779 nombróse gobernador de Moxos a don

¹ Viedma, *Informe de la provincia de Santa Cruz*, p. 339. Esta relación está hecha en base a las piezas originales del padre Marcos, de San José y Menendes, en virtud de las órdenes que le diera Viedma el 23 de junio de 1778.

² Muy pronto fué destruída esta misión.

Ignacio Flores. Este funcionario tenía intención de abrir entre Moxos y Cochabamba un camino más directo que el de Santa Cruz. El padre Marcos aprovechó la ocasión para presentarse; recibió orden de cobrar mil pesos en Moxos, de tomar indios de esas misiones para que lo ayudasen a abrir esta nueva vía de comunicación y de adoctrinar a los yuracarés; pero cuando la obra estaba ya bastante adelantada, Flores recibió el comando de las tropas enviadas contra Tupac Amarú, y su lugarteniente en Moxos, Peralta, como tenía interés en que subsistiese el camino por Santa Cruz, retiró inmediatamente a los indios moxos, sin querer hacer nada en favor de la reducción ni de las nuevas comunicaciones.

La falta completa de recursos hizo desertar a los yuracarés, que volvieron al corazón de sus selvas, y esta reducción, al comienzo floreciente, se hallaba reducida a la tercera parte de lo que había sido, cuando, harto de tantas contrariedades, el padre Marcos la abandonó. Anduvo de mal en peor bajo los curas seculares hasta 1784, año en que un misionero de Apolobamba, Francisco Buyán, vino a hacerse cargo de ella, volvió a atraer a los fugitivos por la dulzura y allí permaneció hasta 1788; pero, privado de todo, sin encontrar apoyo alguno del gobierno y, sobre todo, no habiendo obtenido nada de los yuracarés, se fué de Ascensión, que quedó sin religioso.

Por otro lado, yendo una vez de Santa Cruz a Santa Rosa, don Andrés del Campo oyó hablar de una tribu de los yuracarés de esas regiones, los solostos, y fué en persona en 1789, siendo bien recibido por los indios, que solicitaron inmediatamente hacerse cristianos. En 1791 se fundó definitivamente la aldea de San Carlos, al noroeste de Santa Cruz de la Sierra, en donde todavía está.

El doctor Velasco fundó en 1793, por las fuentes del río Mamoré, otra reducción de yuracarés, llamada San Francisco del Mamoré; pero al año siguiente la entregó al convento de franciscanos. Como esta misión estaba mal situada, entre las montañas, en 1799 se cambió por orden del gobernador a veintiséis leguas más abajo, en un terreno llano en el que muy pronto los campos de cacao, de tamarindos y de café dieron buenos frutos. Sin embargo, cuando menos se lo podía imaginar, la versatilidad de carácter de los yuracarés los llevó, el 2 de abril de 1805, a escapar todos a las selvas, abandonando la reducción después de haberle prendido fuego.

En 1795 el hermano Tomás Anaya fundó cerca del río Coni la tercera reducción de indios de esta nación, llamada San José, de la cual se encargó el colegio de Tarata en 1796, después del viaje de Bernardo Ximenes Bejarano, prefecto de misión¹, y del informe del naturalista don Tadeo Haink². La transfirieron cinco leguas más al este,

¹ Poseo el relato manuscrito de este viaje, del que daré un extracto en la parte geográfica.

² Posco la carta que acompañaba a este informe, escrita sin duda según el itinerario del padre Bejarano.

cerca del río Chimoré, y se adoptaron todas las medidas para hacerla progresar. Hicieron inmensas plantaciones, y la misión estaba en franco tren de prosperidad, cuando en 1798 los indios se retiraron a los bosques. No obstante, regresaron todavía y huyeron de nuevo en marzo de 1805; más tarde volvieron a ser reunidos y luego dejados sin religiosos en el sitio en donde todavía están.

El padre Lacueva, que ya había habitado la misión del Mamoré, volvió a ella en 1805 acompañado por otros dos franciscanos. Con una paciencia infinita volvió a reunirlos en la reducción de Ascensión, situada entre los ríos Coni y Chaparí, en el lugar en que yo la había encontrado. Hizo inauditos esfuerzos para hacer adelantar esta misión; pero posteriormente hubo que abandonarlo todo por falta de religiosos.

De todas esas misiones sólo queda la de San Carlos, pues todas las demás fueron abandonadas; en cuanto a los yuracarés, están todavía en sus selvas. La única sección de esta nación que nunca haya tenido trato con los religiosos es la que mora en las fuentes del río Securi, en donde ahora me encontraba. Estos conservaron siempre su independencia.

Cuando se reflexiona en las inmensas ventajas que el comercio en general podría obtener de misiones bien organizadas al pie oriental de los Andes, misiones que podrían a la vez dar los mejores productos de las regiones tropicales y servir de puerto para la navegación interior de la provincia de Moxos, uno se asombra de que los diversos gobiernos que se han sucedido desde hace un siglo en ese territorio, no hayan tomado ninguna medida para asegurarse tantas ventajas. El íntimo conocimiento que adquirí de los intereses rivales que se han opuesto hasta hoy a la regularización de las misiones de los yuracarés me permite hacer una detallada exposición. Si los jesuitas, con su espíritu metódico, con sus recursos y su perseverancia, se hubiesen encargado de los yuracarés, habrían logrado sin duda importantes resultados; pero, libradas a la buena voluntad de los particulares o de los hermanos recoletos, cuando no a la de los franciscanos, que no podían invertir en la explotación muchos fondos, las misiones tenían que vegetar fatalmente, aparte de que se oponía siempre a su éxito el obispo de Santa Cruz, a quien con su debilidad lo alentaba el gobierno de Cochabamba. Después de la expulsión de los jesuitas, las provincias de Chiquitos y de Moxos dependieron de Santa Cruz de la Sierra y fueron consideradas como los huertos de esta ciudad, la cual recibía todos sus productos y proveía a aquéllas de los empleados religiosos o seculares necesarios para su administración. Ciertamente es que el intendente de Cochabamba gobernaba a Santa Cruz de la Sierra, en tanto que Cochabamba dependía de la diócesis de Santa Cruz; de donde resultaba que si, por ejemplo, la administración intentaba abrir un camino de Cochabamba a Moxos por el país de los yuracarés o apoyar a las misiones de esta tribu, encontraba la más viva oposición del obispo de Santa Cruz, el cual, válido de la inmensa influencia del clero en América, neutra-

lizaba todas las buenas disposiciones o enervaba todos los esfuerzos intentados para establecer comunicaciones entre Cochabamba y Moxos. De esos intereses encontrados ha resultado que, hasta el día de hoy, la lucha continúa, sin que la firmeza del gobierno logre ponerle término ocupándose del mejoramiento general de su comercio interior. Como bajo los actuales gobiernos los motivos que se oponen a ese mejoramiento son muy conocidos, esperamos que las cosas tomarán un cariz más satisfactorio.

Los yuracarés, alrededor de 1300, están diseminados en el seno de las selvas más bellas del mundo. Viven al pie de los últimos contrafuertes de la rama oriental de la Cordillera. Muy bien plantados, todo denuncia en ellos su fuerza y agilidad. Son derechos, proporcionados; su andar altivo y arrogante concuerda perfectamente con su carácter y la elevada idea que tienen de sí mismos. Su fisonomía es fina, llena de vivacidad y no carece de cierta jovialidad; sus facciones son más bien lindas que feas. Bien proporcionadas, más fuertes y más robustas aún que los hombres, las mujeres tienen los mismos rasgos, pero su cara es más redonda. Podría decirse que son lindas.

El carácter de los yuracarés ofrece la reunión más monstruosa de cuantos defectos puede acarrear en un hombre sin instrucción y supersticioso una educación que está libre a toda edad de reprimendas y aún de los consejos más elementales. Enemigos de cualquier especie de constreñimiento que pudiera quitarles algo de su independencia, viven en familias, y en éstas se ignoran las mutuas consideraciones y la subordinación, pues cada individuo forma parte de ella por su propia cuenta y capricho. Siempre ambulantes, los yuracarés parecen huirse y nunca viven más de cuatro o cinco años en el mismo lugar. Desparramados en el corazón de la selva, se establecen no lejos de un arroyo o de un río, derriban los árboles y se construyen ahí un gran galpón abierto en ambos extremos y techado con hojas de palmeras; dentro colocan algunos estantes para depositar su vajilla, sus cajitas o sus ornamentos de danza, las cosas que les parecen preciosas y su arco y sus flechas. En uno de los lados construyen pequeñas cabañas con cortezas de morera, bajo las cuales se protegen de los mosquitos y se acuestan sobre una estera fabricada con la unión de hojas de palmera Vina, su recurso principal. Alrededor de esta cabaña plantan bananeros, yuca (mandioca), caña de azúcar y algunos otros vegetales, y van más lejos a cultivar otros campos en la selva. Se llega generalmente a sus casas por un sendero cuya entrada, cerca del río, está disimulada con unas zarzas.

Desde su nacimiento el joven yuracaré recibe los cuidados más tiernos de su madre, que se convierte en la esclava de todos sus caprichos, de todos sus antojos. Lo alimenta hasta los tres años y luego sigue educándolo. Hacia los ocho años comienza a preferir la compañía de su padre, quien lo lleva de caza o de pesca, cuando no se aleja demasiado, y le enseña a servirse del arco y de la flecha, así

como de los demás trabajos de los hombres. Desde que aprende a caminar, no cesa de ejercitarse en el manejo del arco, pues la habilidad en esta arma constituye para él una primera necesidad. Sus flechas son largas de un metro y medio y están adornadas con pluma de las mayores aves de rapiña y con plumitas de vivos colores. Están artísticamente trabajadas y, según el uso para que se las destine, terminan ya en una larga lámina hecha con bambú, ya por largos astiles de la madera más dura de palmera, en cuya extremidad se coloca un gancho para los animales grandes, ya por dos bastoncitos cruzados para la caza de pájaros. Las flechas para pescar en los ríos carecen de plumas y de ganchos. Su arco, tan largo como las flechas, es recto y no se curva sino cuando se lo pone tenso. Para fabricar las flechas los hombres disponen de cabañas a las que nunca entran las mujeres. Les enseñan a los muchachos todos sus trabajos y el arte de la palabra, que, después de la caza, es lo más estimado entre ellos. En sus danzas, los jóvenes se diferencian de los casados por los manojos de plumas y los numerosos cascabeles que llevan en sus hombros.

El yuracaré no se casa joven porque la primera cualidad que debe demostrar es su consumada maestría en el arte de arrojar la flecha. Una vez que prueba ser buen arquero, hace su demanda en forma a los padres de la mujer que desea, o su casamiento es improvisado por sus mismos padres durante una orgía. Se casa siempre en medio de una numerosa concurrencia. Cuando la familia está reunida y a todos los presentes se les ha calentado el garguero con la chicha, los abuelos unen a menudo a los jóvenes sin su consentimiento y casi a la fuerza. El que hace las veces de padrino usa primero los derechos que en otras partes están reservados al marido y luego, con los demás parientes, se encierra con la joven pareja en una choza de corteza y les espeta un largo discurso sobre sus deberes respectivos. Los yuracarés se casan entre parientes inmediatos, exceptuando, empero, el primer grado en línea recta. Si un joven quiere casarse con una muchacha que no es allegada suya, está obligado a comprar la buena voluntad de los padres por medio de numerosos regalos, o bien a batirse sucesivamente en duelo con cada uno de ellos.¹ No tienen por costumbre la poligamia, a menos que se trate de una excepción. A menudo rompen el vínculo, y esta ruptura viene en la mayoría de los casos de la mujer, que no ama ni estima a su marido sino en la

¹ Entre los yuracarés convertidos al cristianismo, ninguno ha querido someterse al casamiento católico, a menos que los padres, no pudiendo conseguir que sus hijos se casasen como lo deseaban, no acudiesen a prevenir al cura el sábado por la tarde para que los casase por la fuerza al día siguiente antes de misa. O, si no, advertían al cura cuando ya el matrimonio estaba consumado. No hacen ningún caso de la ceremonia religiosa. (Tengo estos informes, y muchos de los comprendidos en esta descripción, del padre Lacueva, que vivió dieciocho años con los yuracarés).

medida que le proporcione caza. La nueva pareja vive casi siempre en la casa de la madre de la mujer, y allí se queda hasta que aumente la familia.

El yuracaré, cuyo carácter es una mezcla singular de vicios y de virtudes, es paciente en el sufrimiento, vivo de pensamiento y de acción y, sin embargo, perezoso. Envidioso, mentiroso descarado, ladrón, detesta hasta a sus mismos compatriotas. Se cree el primero del mundo y trata de ignorantes a todos los demás hombres, aun a los de la ciudad, a quienes mira por sobre el hombro. Se enoja cuando le llaman indio y cuando a su mujer no le dicen *señora*. A menudo adopta nombres de personas de quienes se habla con respeto. Así se ha visto yuracarés que se llamaban *Audiencia*, porque habían oído hablar de la audiencia de Charcas, y aún había algún *Fernando Séptimo*, sin consentir jamás tomar su nombre de pila. El único nombre de que se acuerdan los yuracarés es el de un insecto, un pájaro o un animal cualquiera que se dan entre ellos desde su juventud. Cuando van a Cochabamba, no quieren mirar nada, tan superiores a todo se sienten; así, nunca admiran una iglesia ni otro objeto de arte, y el recuerdo que se llevan de la ciudad es siempre desfavorable a los ciudadanos. Son insaciables pedigüeños, a quienes nada detiene en su impertinencia: desean todo lo que ven y quieren siempre lo mejor. Si se les regala un gran número de objetos y se les niega uno solo, no tienen memoria más que para esa negativa.

Aunque tienen un concepto del bien y del mal y aunque consideran poco regular el robar, el mentir o el matar, parece que no reprobaban estas acciones sino en los demás. Hacen depender la bondad moral de una sola cosa, que consiste en no hacer reproches, en no enfadarse; por ello, se dicen entre sí: "eres muy bueno, nunca te has enojado conmigo, nunca me has reprochado nada". Es menester decir que una de sus numerosas supersticiones consiste en creer que cuando se los reprende, se enferman y mueren. Cuando un niño hace alguna travesura, si su madre tiene la desgracia de amonestarle, todos los parientes se lo echan en cara, dejándole entrever que si llegase a perder a su hijo, éste no podría más tarde traerle la caza y la pesca; pues ellos todo lo relacionan al interés personal. Nunca se vió a un padre corregir a su hijo; por eso, carecen de toda idea del derecho de corregir y hasta su mismo idioma no tiene una palabra para expresar este concepto. Los niños, pues, lo mismo que los hombres, quedan librados a todos sus caprichos, a todas sus pasiones. De este sistema de educación resulta que no consienten que se les enseñe la menor cosa, ni que se les dé un consejo. Sucedió en muchos casos que el único motivo dado por los indios para abandonar la misión, residía en la predicación de los misioneros, que no podían tolerar porque la consideraban como una reprimenda.

Dije que los yuracarés no saben permanecer en un sitio, y eso obedece en el fondo a su gusto dominante por la caza y por la pesca.

En efecto, cada dos años abandonan su casa y sus campos, que pronto son invadidos por la selva, y, pretextando que ya no hay más caza o que acabaron todas las palmeras de los alrededores, van a establecerse a otro lugar. Allá por marzo, cuando la palmera *Tembé*¹ está todavía cubierta de frutos, con los que los yuracarés se alimentan una tercera parte del año, de febrero a junio, eligen un día sereno, raro en esta época, y, guiados por el jefe de la familia, hermanos, yernos e hijos parten a un tiempo con las mujeres que cargan los enseres, y van a establecerse cerca de un río. En pocos días derriban los árboles, construyen sus casas, siembran las plantas necesarias para su comida y, mientras aguardan que fructifiquen, aprovechan de la abundante caza que encuentran en una comarca nueva, en tanto que las mujeres hacen cocer el fruto del tembé y fabrican con él la chicha. Pronto el maíz, la yuca y más tarde los bananeros dan sus productos y reemplazan al tembé y a la caza. Los hombres comen juntos, aparte de las mujeres, en la casita consagrada a la confección de las flechas. Mientras duran el maíz y la yuca, las mujeres no se ocupan casi de otra cosa que de hacer chicha, y los hombres de beberla, bailando y cantando. Ocurre que las provisiones, que, si se tomaran el cuidado de administrarlas, alcanzarían para el abastecimiento de todo el año, no tardan en agotarse; y los yuracarés se ven obligados a recurrir de nuevo a la caza. No quieren criar animales domésticos, pero les agrada mucho rodearse de los salvajes. A las gallinas les tienen horror porque se alimentan con cualquier especie de cosas inmundas. Cuando tienen algunas, no les dan maíz, diciendo que como no saben cultivarlo, tampoco deben comerlo. Rara vez prueban la carne de carnero, y mucho más raramente aún la de buey, lo que consideran como una bajeza. En sus disputas, la mayor injuria que se puedan decir es llamarse *comedores de carne de buey*, o, peor todavía, tratarse de *cocineros*².

Acompañan sus comidas con muchas prácticas supersticiosas. Al comer tienen gran cuidado de recoger, ya un hueso de ave o de mamífero, ya las espinas del pescado, que arrojan al fuego o que van a enterrar a lo más espeso de la selva o a arrojar a un arroyo, a fin de que los animales de la especie muerta no se enojen y se dejen matar otra vez.

También la caza es objeto de supersticiones. Por ejemplo, cuando los yuracarés se disponen a perseguir a los grandes monos, comienzan por tomar un brebaje hecho con la corteza del sumuque (acacia que sirve para curtir), con el objeto de asegurarse una buena suerte y sobre todo para no recibir en la cabeza la flecha que lanzaron al aire, a la copa de los árboles, lo que por desgracia ocurre frecuentemente. Se pintan el rostro con mucho cuidado a fin de espantar

¹ *Guilielma insignis*.

² Se sabe que entre ellos sólo las mujeres cociran.

a los animales feroces y parten dos horas antes del día. Van juntos siempre y se dispersan en los bosques para seguir su caza; tienen un lenguaje convencional ejecutado con sus silbatos. Tal silbo, por ejemplo, pide auxilio, tal otro indica caza abundante o cualquier circunstancia particular. Los yuracarés jamás abandonan la flecha que arrojaron. Si queda clavada en las ramas de un árbol, se encaraman para buscarla y no se ahorran ningún esfuerzo para encontrarla. Suben a los árboles y sobre todo pasan de uno a otro por las copas con una extrema agilidad. Cuando regresan de la cacería, ponen a todos los monos que mataron sobre una hoja de palmera, con la cabeza vuelta a un mismo lado, y un indio, con una fuente de chicha, los rocía diciéndoles: "Os queremos, puesto que os traemos a casa". Creen que después de haber realizado esta ceremonia los monos que quedaron en la selva deben estar muy contentos. Creen también que los perros no pueden cazar más si llegan a comer los huesos de las piezas cobradas; por eso no se los dan nunca. A las aves las asan sin vaciarlas.

Pescan de diversas maneras, con redes o con flechas. Las aguas de los ríos son muy límpidas; cuando las lluvias torrenciales las enturbian, pescan con red, casi siempre de noche. La pesca con la flecha se hace por el contrario cuando el agua está muy clara. Nadan sirviéndose de un trozo de madera muy liviana que se colocan en la axila, y entonces no temen ni la anchura ni la violencia de las corrientes. A menudo viajan por agua; en ese caso, derriban una palmera, ahuecan su tronco, meten dentro a sus hijos y a sus muebles, y el marido de un lado y su mujer del otro nadan así, siguiendo la corriente, diez o doce leguas en un día.

Comienzan a hablar mucho rato antes de la aurora y se levantan antes que el sol. En seguida van a bañarse, cualquiera que sea el tiempo. Se peinan cortándose los cabellos de adelante a la altura de las cejas. A tal efecto, siempre llevan consigo una peinilla y su cuchillo, con el que se cortan los cabellos largos por la mañana estando en ayunas; el cuchillo está sujeto en dos mangos de madera, de modo que hace las veces de tijera. Cuando marchan al trabajo agrícola son realmente dignos de un cuadro. Andan en fila, tras uno de ellos, que toca la flauta, todos pintarrajeados, vestidos con su túnica de corteza sin mangas, coloreada artísticamente, y adornados con las plumas más bellas y con cuentas de vidrio; el cuchillo colgado al cuello, el hacha al hombro, su pala a la cintura, el machete en la diestra y en la izquierda el arco y las flechas.

Cuando se marchan a hacer desmontes, se cuidan muy bien, lo mismo que sus mujeres, de comer carne de pecarí (el jabalí de esas comarcas), por temor a verse aplastados por los árboles que caen. Cuando sembraron maíz no vuelven a los alrededores sino cuando ya lo creen maduro, pues temen verlo marchitarse si se aproximan antes de esta época. Si lo sembraron cerca de sus casas, momentáneamente se van a vivir más lejos. Creen también que el maíz muere infali-

blemente si van a buscar sal durante el crecimiento de esta planta. Una vez maduro el maíz, hacen chicha con una parte de la cosecha y dejan perder el resto en el campo.

Tienen gran habilidad para los trabajos manuales, y, sin embargo, no fabrican más sus arcos, sus flechas, planchas de madera talladas para imprimir en color sus camisas¹ de corteza de morera, o peines de pedacitos de caña sujetos, con hilo de color artísticamente trenzado. Tales peines, muy buscados en las ciudades, unidos a los animales salvajes que crían y a las plumas que les arrancan a las brillantes aves de sus selvas, son los únicos objetos de comercio. Van a Cochabamba a cambiarlos por hachas, machetes y cuchillos, pues todo lo demás le es indiferente. Son insaciables por esas herramientas y nunca creen tener bastantes; así, el yuracaré que no tiene cuarenta hachas se considera pobre. Se muestran muy exigentes para la elección de esas herramientas: bajo ningún pretexto se llevarían una si no les gusta. No hacen ningún caso de la vestimenta de los blancos, y si alguna vez se la ponen es para mofarse.

Cuando van de viaje, se ponen sus vestidos de corteza mejor pintados, se pintan la cara de rojo y negro, se cubren la cabeza —bien untada con aceite de coco— con el plumón blanco de las águilas y toman todos sus adornos de lujo. Si pasan por las inmediaciones de una casa, se bañan, se pintan de nuevo, dejan sus armas y su carga en la selva y hacen resonar los aires con los sonos de una flauta antes de llegar; luego, después de haber esperado un rato, se aproximan en fila con la mayor seriedad, llevando el machete en una mano y en la otra sus arcos y las flechas adecuadas para la caza del jaguar. Se dirigen hacia la casa en que los hombres se reúnen ordinariamente para hacer sus flechas y, antes de que lleguen, el vecino que quiere recibirlos coge igualmente su machete, su arco y sus flechas, se acerca a los visitantes con mucha gravedad y de pronto lanza un grito, dirigiéndose a uno de ellos y diciéndole: *¿Eres tú mi tio (o cualquier otro pariente) que, al acordarte de mí, has venido a visitarme?* El otro se adelanta con la mayor arrogancia y le contesta en el mismo tono: *Sí, yo soy quien, acordándome de ti, he venido a visitarte.* Se acercan uno al otro y de pie, fuera de la casa, el primero, con increíble volubilidad, comienza una narración que parece estudiada y que dura horas enteras; de tanto en tanto, sacude su machete, gritando cada vez más fuerte. Se diría que es un discurso aprendido de memoria; a veces varían las entonaciones. Cuando el primero terminó, el segundo responde de la misma manera. A menudo los interlocutores permanecen así, a pie firme, un día entero, sin que la lluvia ni el sol los haga cambiar de actitud. Se cuentan entonces su origen,

¹ Es muy curioso encontrar entre esos salvajes la impresión por medio de planchas de madera, es tanto que los dibujos sobre tela se ejecutan todavía a pluma en las misiones de Moxos.

los sitios que habitaron sus antepasados, sus sufrimientos y los de los suyos y todo lo que acaeció desde la última vez que se vieron. Cuando acaban con esos relatos recíprocos, sin hablarse más, van a bañarse, entran en la casa, se sientan uno junto a otro y comienzan a llorar, cubriéndose la cara con sus cabellos, sin dejar de hablar horas enteras, por estrofas, como si recitasen versos, de los padres que perdieron y de sus buenas cualidades. Pasando bruscamente a un género de coloquio más simple, se preguntan recíprocamente, y con gran serenidad, noticias sobre su salud, y se le da de comer al viajero, que hace el ofrecimiento a todos los presentes. Por lo general permanecen tres días, durante los cuales no hacen más que hablar con todas las personas de las casas vecinas y pasan las noches sin dormir. Los viajeros están siempre sentados unos cerca de los otros y caminan siempre en fila india. Antes de marcharse, van a decir adiós sucesivamente a los moradores de todas las casas.

Casi todas las mañanas al amanecer los viejos comienzan a llorar y lo hacen hasta que el sol esté alto. Hablan entonces no sólo de los parientes muertos, sino también de las contrariedades que pasaron o de las indisposiciones de sus allegados.

Si a menudo tienen un recuerdo para sus parientes, no por eso olvidan sus rencillas, sus motivos de odio y no temen envenenar a sus enemigos. Son los únicos indígenas salvajes que conozcan el suicidio. Cuando están mucho tiempo enfermos, se ahorcan, y, si su disgusto es demasiado grande, se suben a la copa de los árboles y se arrojan al suelo para matarse. Entre ellos es muy común el duelo. Son motivos de duelo, por ejemplo, el casamiento de un indio con una muchacha en la que otro había pensado o la muerte de un hombre a consecuencia de la mordedura de una serpiente; porque en tal caso, los parientes del difunto creen que otra persona envió a la serpiente y que tienen que vengar la muerte por el duelo. De ahí que los duelos sean interminables. El que quiere batirse, se baña, se atavía con los más bellos vestidos, va a la casa de su futuro adversario y llama injuriando al que le tiene rencor. Advertido por las amenazas, el otro sale con las flechas hechas expresamente para el duelo,¹ se coloca a cinco pasos de distancia² y presenta su hombro izquierdo a los golpes de su enemigo, el cual le dispara un flechazo en el brazo con su arco más fuerte. Le toca en seguida el turno al otro y disparan así ocho o diez veces, hasta que el que ataca se considera satisfecho o que el otro se confiesa vencido. A menudo resultan seriamente heridos y mueren; pues, sea por torpeza, sea por malicia, la flecha, en lugar de dar en el brazo —parte designada por las reglas del due-

¹ Estas flechas están terminadas por un botón de madera del que parte una punta triangular de seis centímetros de largo por dos de ancho, que no puede penetrar más que hasta el botón.

² Trajes, pl. núm. 46.

lo—, se clava en el costado o en el cuello, causando así heridas peligrosas.

Las niñas son criadas por las mujeres con los mismos cuidados que los varones, sin que jamás se las contraríe ni se las reprenda por sus caprichos. Cuando llegan a la nubilidad, sus padres la celebran con la fiesta más solemne. En cuanto la muchacha advierte que es mujer, se lo avisa a sus padres. La madre se echa a llorar y el padre construye con hojas de palmera, y cerca de la casa, una cabañita en la que encierra a su hija de modo que no pueda ver la luz; allí queda sometida al más riguroso ayuno durante cuatro días, lapso en el que la madre y todas las mujeres de la vecindad se van en fila a buscar leña, agua y yuca (mandioca) de sus campos, en tanto que el padre fabrica un gran número de cuezos de madera o de hojas de palmera en los que las mujeres preparan la chicha. Cuando la bebida está fermentada, en la mañana del cuarto día, tres horas antes de la aurora, el padre, después de ataviarse, llama sucesivamente con grandes voces a todos los vecinos. Hacen sentar a la muchacha en una piedra, encienden un haz de hojas de palmera, y cada invitado corta a su vez un mechón de cabellos a la núbil y corre gritando a esconderlo en el corazón de la selva, en el hueco de un árbol; luego regresa gravemente a sentarse en rueda. Cuando todos los parientes regresaron y tomaron ubicación, la joven ofrece a cada uno de ellos una calabaza de chicha muy fuerte, preparada para la ceremonia. Antes de comenzar a beber, los hombres toman a sus hijos sentados cerca de ellos y los pinchan en los brazos con un agudo hueso de mono. En seguida todos beben, tocan la flauta, cantan y bailan hasta la tarde. Ni la lluvia ni el rayo les impiden continuar hasta después de la puesta del sol. En esta fiesta, casi todos se llenan de heridas, que ellos llaman *culucute*. Se pinchan los brazos, frotan el hueso muy afilado de un mono con un pimiento muy fuerte y lo hacen pasar a través de la piel, como para hacer un sedal, a todo lo largo del brazo, desde el hombro hasta los dedos. "Culucutan" de esta manera a los jóvenes para que se vuelvan hábiles en la caza, y a cada herida le prometen al paciente una nueva especie de presa o de pescado. Le hacen padecer esta misma operación a las muchachas en los brazos y en las piernas para que tengan valor y fuerza, y hasta a los perros para que cacen mejor. He visto así a un joven en cuyo brazo se notaban las huellas de treinta y cuatro heridas dobles, o sean, sesenta y ocho agujeros.

Al día siguiente los vecinos se reúnen nuevamente para beber cerveza de maní. Quince o veinte días después recomienza la fiesta, y entonces la muchacha se mezcla a las mujeres y prepara ella misma la chicha apropiada para esta ceremonia. Cinco o seis meses seguidos se cubre la cabeza con corteza de árbol y jamás habla con los hombres. Los yuracaré someten a este ayuno riguroso a las núbiles en la creencia de que si no lo hiciesen, sus hijos perecerían en acci-

dentes, ya por la mordedura de una serpiente, ya por la tempestad, bajo las garras del jaguar, ya por la caída de una flecha o de un árbol. Lo hacen también para que la muchacha no sea miedosa y afronte, como ellos, todos los peligros. Los yuracarés se culcutan también los brazos cuando yerran un tiro de arco, y las piernas cuando se cansan caminando.

Las mujeres usan una camisa de corteza de árbol, pero más corta que la de los hombres. Cuando soltera, se adornan en las fiestas los hombros con manojos de plumas de vivos colores. Son las encargadas de cocinar, de fabricar chicha, de sembrar los campos, salvo la yuca, cuyo cultivo está reservado a los hombres; de ir a buscar leña, agua y legumbres; hacen alfarería, ocultándose entonces a solas en la selva, sin hablar a los hombres; algunas saben hilar y tejer. De viaje, mientras que los hombres no llevan más que un hatillo liviano en la espalda, para no sentirse estorbados en el manejo de las armas, las mujeres cargan por lo general los muebles de la casa, cuando cambian de morada, y como si eso fuera poco, a sus pequeños cuando son madres. Sostienen su fardo hacia adelante por medio de una fuerte correa apoyada en la frente.

Como ya lo dije, el matrimonio se hace muchas veces por los padres en un momento de borrachera, sin el consentimiento de las partes; de donde resulta que la mujer no siempre ama a su marido y que a veces lo abandona para ir a casarse en otro lugar con otro hombre; el caso, sin embargo, es raro. Cuando las mujeres sienten los primeros dolores del parto, se marchan a la selva, en donde se hacen ayudar por sus parientas viejas. Inmediatamente después de alumbrar, se bañan en el arroyo vecino y regresan a su hogar para seguir con las tareas ordinarias. El marido tiene entonces el cuidado de ir a pescar un pez particular, que considera como el mejor en esta circunstancia. Cuando se reflexiona en los pocos cuidados que se prodigan a las mujeres salvajes, y aún a las mujeres de las ciudades de esas comarcas, cuando dan a luz, uno se asombra de que la civilización o la manera de vivir de las europeas acarree tan frecuentemente accidentes en los sobrepartos. ¿No habría que llegar a la conclusión de que las dificultades se multiplican a medida que nos alejamos de la naturaleza?

El egoísmo es tan grande en las mujeres como en los hombres y destruye a menudo en ellas sentimientos que se encuentran siempre hasta en los animales más feroces. Para ahorrarse el trabajo de criar a sus hijos, los yuracarés emplean medios para abortar o para no concebir. El infanticidio es también muy frecuente. Los hijos ilegítimos son inmediatamente ahogados por la madre o muertos por el padre; y hasta en los buenos hogares, cuando juzgan que ya tienen suficientes hijos para que los sostengan en su ancianidad, matan a los demás. Hacen lo mismo con los niños contrahechos, con los hijos adulterinos y cuando tienen varios del mismo sexo o cuando los pri-

meros se les murieron, pues en este caso se tomarían el trabajo de criar a los últimos sin que sacasen provecho a su esfuerzo. Por lo demás, la mujer no tiene empacho en pregonar que no criará al hijo que lleva en su vientre. En contraposición con esta infame conducta, ocurre que las mujeres prodigan los cuidados más tiernos a los hijos que se deciden a criar y que, como ya lo dije, están siempre exentos de la más pequeña reconvencción. En cuanto a los hijos, no sólo no tienen ninguna deferencia para con sus padres viejos sino que los consideran como una pesada carga.

Las enfermedades de los yuracaré son fiebres, intermitentes o no, inflamaciones intestinales, solitarias y sobre todo pulmonías o pleuresías, ocasionadas por cambios de temperatura o por imprudencias. Como raramente piensan en el mañana, sufren prolongadas enfermedades, carecen pronto de todo y sus parientes no acuden casi nunca a socorrerlos. Su medicina se reduce a muy poco. Para los dolores perfuman la parte enferma con humo de tabaco o practican fuertes sangrías locales. Para la mordedura de una víbora, succionan el veneno y aplican cataplasmas. En las enfermedades internas administran fuertes purgantes, sacados de los árboles llamados *tomochi* y *soto*; mas como no siempre pueden calcular en su justeza la fuerza del remedio, ocurre que se envenenan a menudo. En ese caso los parientes derriban el árbol del que extrajeron el jugo. Tienen más fe en los sistemas supersticiosos que en los remedios. Tienen curanderos que se sientan junto al enfermo, se escupen las manos y llaman al alma del paciente; la miran en la palma de la mano y le hablan con estas palabras: "Hoy estás en tal estado, mañana te sentirás mejor y pasado mañana estarás sano del todo".

Atribuyen generalmente sus enfermedades a las influencias de los hechiceros o de los espíritus malignos, sin buscar su causa natural. Aun cuando echan por centenares las lombrices intestinales, enfermedad que provoca la mitad de las defunciones, no quieren creerlo, y se contentan con quemarlas con pimienta. Si tienen abscesos, dan el pus a ciertas hormigas para que no retorne a su cuerpo. Dirigen maldiciones al arco iris porque les anuncia enfermedades y hacen lo mismo cuando el cielo se pone rojo al anoecer. Cuando los extranjeros llegan a sus pagos, si relampaguea o truena del lado que llegaron, los ven venir con pena porque esperan enfermedades. Por esta razón un extranjero nunca debe hablar de padecimientos, pues los yuracaré le huirían por temor de contagiarse de su mal. Cuando truena muy fuerte y el yuracaré está enfermo, creen que se muere o que se morirá. El canto de ciertos pájaros, que los indios creen viudos, es considerado como pronóstico infalible de graves epidemias. Las fuertes rachas de viento traen consigo espíritu maléfico y les causan vivos dolores, fuertes vómitos que se llevan a los enfermos. Creen igualmente que si regañan a sus hijos, éstos caerán enfermos; por el mismo motivo se cuidan mucho de arrancar una planta venenosa.

Cuando ven a sus padres muy enfermos, levantan una cabaña en uno de sus campos y cavan en ella una fosa en presencia del mayor número posible de parientes, pues los honores tributados de antemano al difunto están en relación directa con el número de asistentes. Cuando lo creen a punto de morir, llevan allí al enfermo. El moribundo lega entonces todo lo que le pertenece a sus hijos y recibe de los demás indios toda suerte de recomendaciones para los difuntos, a quienes se les ruega siempre para que los esperen con campos bien cultivados. Una vez muerto, se lo coloca en la fosa adornada con corteza de palmera, con la cabeza vuelta hacia el oriente, y todos los deudos hacen resonar los aires con sus gritos; algunos se arrojan sobre el cadáver en la fosa, otros desgarran su túnica para cubrirlo. Se entierran con él todos sus vestidos, su arco y sus flechas, regalos para los parientes que ya están en el otro mundo y algunos trastos que el difunto no pudo disponer en vida. Sobre su tumba se rompen todos los cacharros de cocina de su mujer y se quema todo lo que no regaló, por miedo de que su alma no vuelva a la casa para buscarlo y no asuste a los sobrevivientes o no los toque con el bastón que deben tener los muertos, lo que provocaría su deceso.

El amargo dolor expresado por la familia a la muerte de un yuracaré se prolonga años enteros. Todos los vecinos y allegados van a hacer al pariente más próximo los cumplidos de condolencia, que consisten en dos alaridos de dolor de parte del visitante y otros dos de parte del que recibe la visita. El campo del difunto queda abandonado y nadie recoge en él un fruto.

Como se ve, los yuracaré creen en la otra vida. El alma del difunto va bajo tierra en compañía de sus antepasados los mansiños a un lugar delicioso, en donde se goza de una dicha perfecta y en donde existe abundante caza, sobre todo de pecarís (la cacería preferida).

Sin gobierno alguno, sin ninguna subordinación de hijos a padres, los yuracaré no reverencian ni respetan a ninguna divinidad. Creen que las cosas se formaron solas y que no deben estar reconocidos a ningún creador. Ni siquiera creen que deban esperar nada de una conducta más o menos irreprochable, pues el hombre nació dueño absoluto de sus acciones, buenas o malas. Si se les pregunta cuáles es su dios bienhechor, muestran su arco y sus flechas, armas a las cuales deben su alimento.

Tienen, empero, una historia mitológica de lo más complicada, llena de ficciones en las que aparece un crecido número de seres fabulosos.

Comenzó el mundo en el corazón de las sombrías selvas habitadas por los yuracaré. Un genio maléfico, llamado *Sararuma* o *Aima Suñé*, abrasó toda la campaña. No se escapó de este incendio ningún árbol, ningún ser vivo. Un hombre que había tenido la precaución de hacerse una morada subterránea muy profunda, a la que se había retirado con provisiones mientras durase el fuego, fué el único que

escapó al desastre universal. Para asegurarse si las llamas tenían siempre la misma fuerza, este hombre sacaba de tanto en tanto fuera de su agujero una larga vara. Las dos primeras veces la retiró encendida, pero a la tercera estaba fría. Aguardó todavía cuatro días antes de salir. Paseándose tristemente por esta tierra desolada, sin alimentos y sin abrigo, quejábese de su triste sino cuando, viniendo de tierras lejanas, Sararuma se le apareció, completamente vestido de rojo y le dijo:

—Aunque yo soy la causa de todo el mal, tengo, sin embargo, compasión de ti.

Luego le dió un puñado de semillas de las plantas más necesarias para la vida humana, ordenándole que las sembrase. Como por encanto se formó instantáneamente un bosque magnífico.

Poco tiempo después, este hombre se encontró, sin que se sepa cómo, con una mujer con la que tuvo varios hijos varones y una hembra. Cuando ésta llegó a la edad de las pasiones, soñaba sola en medio de las selvas dilatadas; se queja a los ecos de la desgracia de su soledad. Cerca de un río, su mirada se fija con ternura en un hermoso árbol llamado *Ulé*, que está cuajado de flores purpúreas. ¡Si fuese hombre, lo amaría!... Después de pintarse con achiote para embellecerse más, la muchacha llora, suspira, aguarda, espera... Espera, y no en vano... El amor le debía un prodigio: el árbol se convierte en hombre, y la muchacha es dichosa. A la noche siguiente, ella ya no está sola. *Ulé*, transformado en hombre, le hace compañía; pero *Ulé* desaparece con la aurora y la muchacha teme haber conocido sólo una felicidad pasajera. Confía sus temores a su madre, la cual busca los medios para retenerlo. *Ulé* vuelve a la noche siguiente, y la joven desposada, siguiendo los consejos de su madre, lo amarra fuertemente y lo retiene de este modo junto a sí. Al cabo de cuatro días, *Ulé* consiente en quedarse y en casarse con la muchacha. Se le devuelve entonces la libertad.

Ambos esposos gozaban una felicidad completa, cuando *Ulé*, que había partido con sus cuñados para una cacería de grandes monos (*marimonos*), fué víctima de un jaguar. Anhelante por volverlo a ver, su joven esposa fué a su encuentro llevándole chicha; se entera por sus hermanos de la desgracia que la hiere, y, desesperada, no temiendo ya ningún peligro, va a unirse con su *Ulé* para rendirle las últimas honras. Guiada por sus hermanos, llega donde su esposo, cuyos miembros dispersos yacen en la tierra ensangrentada. En su dolor, recoge con sumo cuidado los jirones del cuerpo, los acerca unos a otros para tratar de volver a ver a su esposo una vez más y los contempla deplorando su pérdida. Por segunda vez su amor es recompensado. *Ulé* resucita diciendo: "Me parece que dormí bien". Ebria de alegría, la joven esposa colma a *Ulé* de caricias. Juntos volvían a su morada, cuando *Ulé*, como tuviese sed, se detuvo junto a un arroyo para beber. Quiso el azar que se mirase en la clara linfa y advirtió que le

faltaba un pedazo de mejilla. Al verse desfigurado así, no quiso acompañar más a su mujer, quien, a pesar de su viva insistencia, no pudo hacerlo cambiar de resolución.

No queriendo seguir a su mujer, Ulé le dice adiós y le recomienda que, si no quiere perderse al regresar a su casa, camine por la vereda sin detenerse, y sobre todo que no se vuelva cuando detrás de ella caigan desde la copa de los árboles ramas o cualquier otra cosa, sino que se diga entonces, sin mirar: "Es mi marido que caza". Trémula por lo que había sucedido, la pobre mujer volvía tristemente, prestando la mayor atención a las últimas recomendaciones de Ulé; pero en una ocasión, asustada por la caída de una gran hoja, olvidada de las instrucciones recibidas, mira hacia ese lado y pierde de tal manera la cabeza, que se extravía en la selva. Tratando de orientarse, corre ya en un sentido, ya en otro y acaba por encontrar un camino que, luego de una larga marcha, la conduce a la guarida de una familia de jaguares.

La madre de esos animales voraces estaba sola allí; recibe a la joven con muchas caricias, y para que sus hijos, que están de caza, no le hagan daño, la hace esconder. A su regreso, los jaguares sintieron que había algo extraño en la cabaña, y cuando la descubren quieren devorar a esta mujer, pero su madre la defiende. Los jaguares obligan a la muchacha a que les vaya quitando de la cabeza los insectos que tienen en ella y a que se los coma. Tenían, en efecto, la cabeza llena de una especie grande de hormigas venenosas, llamadas *torocoté*, pero como se trataba de comerlas, la pobre mujer, a pesar de su espanto, no pudo resolverse. Entonces la madre de los jaguares le dió a escondidas un puñado de semillas de zapallo para que, cuando tirase las hormigas al suelo, masticase en su reemplazo los granos. Esta treta resultó perfectamente con los tres primeros jaguares; pero el último estaba dotado de cuatro ojos, y los que tenía detrás de la cabeza vieron la superchería de la joven y su desobediencia. El animal, furioso, se lanzó sobre ella, la mató y sacó de su entraña un niño que estaba a punto de nacer. El jaguar se lo dió a su madre para que se lo comiese. Como tuviese por el niño la misma piedad que por su madre, la jaguar hembra lo colocó en una olla como para cocinarlo; pero en cuanto pudo, lo sacó de ahí, puso otra cosa en su lugar y lo cuidó lo mejor que pudo.

Criado por ella en secreto, el niño, llamado *Tiri*, alcanzó pronto la estatura de un hombre y guardó un gran reconocimiento hacia su libertadora, a quien le llevaba a escondidas el producto de su caza. Un día ella le dijo que un animal llamado *yxeté*¹ (la paca de los brasileños) le comía todos los zapallos de su campo y que había que matarlo a flechazos. Tiri se quedó en acecho, pero habiendo dirigido mal su tiro, solamente cortó la cola de la paca (es a partir de

¹ *Coelogenis*, Federico Cuvier.

entonces que la paca no tiene cola). Vuélvese la paca hacia Tiri y le dice: "Vives en paz con los asesinos de tu madre y a mí, que ningún daño te hago, quieres matarme". Ante estas palabras, que Tiri no comprendía, ruega al animal que lo espere y que le dé mejores explicaciones. Tiri siguió a la paca hacia su madriguera, y ésta le contó que los jaguares habían matado a su padre y a su madre, que habían querido comérselo a él también y que, habiendo sabido hace poco de su existencia, querían convertirlo en su esclavo. Sorprendido de estos hechos que ignoraba completamente y lleno de furor, Tiri, impulsado por las palabras de la paca, resolvió vengar la muerte de sus padres con la de los asesinos. Esperó que los jaguares volviesen separadamente con el producto de su caza y, sucesivamente, atravesó a los tres primeros con sus flechas. El cuarto, con sus cuatro ojos, vió venir la flecha y sólo resultó herido. Tiri subió a la copa de los árboles para escapar y gritaba: "¡Arboles, palmeras, amparadme! ¡Sol, estrellas, salvadme! ¡Luna, socórreme!" A estas últimas palabras, la luna lo abrazó y lo escondió. Desde entonces, los yuracarés creen verlo en el astro de la noche y los jaguares se han vuelto nocturnos.

Tiri estaba dotado de un poder sobrenatural; y así, viendo que su benefactora, la madre de los jaguares, estaba triste por la muerte de sus hijos, porque ahora ya no tenía a nadie para cultivar su campo, le hizo uno muy grande en un instante. Amo de toda la naturaleza, Tiri, sin embargo, se aburría de verse solo con ella y deseaba ardentemente un amigo. Un día, habiendo tropezado fuertemente contra un tronco, se arrancó la uña del dedo gordo, que puso en el agujero en donde había estado a punto de caer. Oyó hablar a su espalda, a escasa distancia, y, volviéndose a ese lado, vió a su uña transformada en un hombre, a quien llamó *Caru* y de quien se hizo su confidente. Ambos amigos vivían en la intimidad más perfecta y pasaban su tiempo en cacerías. Entre otras cosas, un día un pájaro los invitó a comer a su casa. Pusieron sal en los platos. Cuando el pájaro la hubo probado, encontró este condimento tan agradable, que sus amigos le dejaron la que tenían; pero como el pájaro ignoraba la propiedad de la sal, no se tomó ningún cuidado para preservarla y la dejó a la intemperie. Cayó una fuerte lluvia y la derritió: a partir de este suceso los yuracarés no tienen ya sal en sus selvas. Otra vez, fué otro pájaro quien los invitó a beber chicha en un vaso que se llenaba por sí mismo a medida que lo vaciaban. Sorprendido, Tiri quiso averiguar cuándo se detendría el flujo y le dió al vaso un ligero golpecito con una vara. El licor salió entonces en tal abundancia, que inundó toda la tierra e hizo perecer a su amigo. Cuando la tierra se secó, Tiri buscó por todas partes; encontró por fin sus huesos y lo resucitó.

Como los dos amigos comenzaban a sentirse muy aislados, experimentaban vivos deseos de ver seres semejantes. Con este objeto se

unieron con la hembra del ave llamada *pospo*,¹ y de esta unión nació de cada ave un varón y una mujer. Como las mujeres habían nacido con el pecho encima de los ojos, Tiri se vió obligado a colocarlo en el sitio en que hoy está. El hijo de Caru murió y fué enterrado por su padre. Al cabo de cierto tiempo, Tiri le dijo que fuese a donde estaba su hijo porque resucitaría, pero que prestase mucha atención para no comérselo. Caru no encontró en la tumba de su hijo más que una mata de maní, que arrancó. Como esta planta estaba llena de frutos, Caru tuvo deseos y los comió. En ese momento se oyó un gran ruido y Tiri dijo: "Caru desobedeció y comió a su hijo; para castigarlo, él y todos los hombres serán mortales y estarán sujetos a todos los trabajos y a todos los sufrimientos." Poco después sacudió un árbol para comer de sus frutos. Cayó un pato y Tiri le mandó a Caru que lo cociese y lo comiese. Cuando así lo hizo, Tiri le dijo: "Ese pato que comiste era tu hijo"; lo que, al oírlo, le dió tal asco a Caru que devolvió todo lo que tenía en el estómago. Fué entonces cuando salieron de su boca los loros, los tucanes y todas las aves que conocen los yuracarés.

Tiri y Caru fueron a visitar a la madre de los jaguares, pero como le viesen ensangrentados los bellos, Tiri creyó que la fiera había encontrado hombres y los había devorado. La acusó de ese crimen, amenazándola de muerte si no lo confesaba. Cortóle primero la cerda de la cabeza, cuando la jaguar le dijo que la perdonase, que iba a decir la verdad. Es cierto que había comido a una persona, pero se trataba de una persona que había muerto mordida por una serpiente y que yacía en cierto agujero que le mostró. Esta serpiente mataba de esta manera a cuantas personas salían de ese lugar. Por haber comido a un hombre muerto por otro animal, Tiri le dijo a la jaguar: "Tú y toda tu casta os alimentaréis ahora de lo que otros maten", y la transformó en gallinazo². Es por eso que estas aves tienen la cabeza pelada. Tiri llamó a una cigüeña y le ordenó que cogiese y matase a la serpiente. En seguida salieron del agujero los mansiños, los solostos, los quichuas o incas, los chiriguano y todas las demás naciones conocidas por los yuracarés. La tierra estaba poblada: iba a aparecer un hombre rey de todas esas naciones. Tiri tuvo miedo e hizo tapar el agujero. El punto de donde salió el género humano se encuentra cerca de un gran peñasco llamado *Mamoré*, al que nadie puede subir y al que nadie se acerca; tanto temen los yuracarés a una enorme serpiente que guarda la entrada. Ese lugar se encuentra cerca de la confluencia de los ríos *Sacta* y *Soré*, en las fuentes del *Mamoré*.

Tiri dijo a esas naciones: "Es menester que os dividáis y pobléis todos los puntos de la tierra, para lo cual creo la discordia y os hago enemigos unos de otros". En ese preciso instante cayeron del

¹ Creo que es el hocco.

² El buitre iribú.

sol muchas flechas, con las que se armaron principalmente los chiriguanos. Durante mucho tiempo todas esas naciones pelearon entre sí, hasta que Tiri las apaciguó, pero cada una se separó, pues tenían motivos de odio contra las demás, motivos que siempre conservaban.

Concluída su tarea, Tiri no quiso vivir más en esas selvas; decidió marcharse lo más lejos que pudiese, y para saber de qué lado se extendía más la tierra, envió hacia el oriente a un pajarito que había criado; éste volvió en seguida, en parte desplumado. Dedujo que la tierra no era muy dilatada de ese lado. Lo envió al norte, y el pájaro volvió como la primera vez; pero cuando lo dirigió hacia el poniente, el pájaro permaneció ausente mucho tiempo y volvió con hermosas plumas. Tiri pensó entonces que debía dirigirse hacia ese punto y desapareció. Los yuracarés dicen que no murió, que no morirá y que al marcharse se llevó consigo a varios hombres que se han hecho inmortales como él y que rejuvenecen cuando llegan a viejos.

Todos los yuracarés sin excepción conocen esta leyenda mitológica y se compadecen de cuantos desempeñaron en ella un papel: de Sararuma, porque todo lo quema; de Ulé, de Tiri y de Caru porque no los hicieron inmortales. Lo mismo ocurre con *Mororoma*, dios del trueno, que desde lo alto de las montañas o desde la cima de las nubes observa a los hombres y les dispara rayos cuando no está contento; los yuracarés lo amenazan con sus flechas cuando truena; de *Pepezu*, dios del viento, que los arrebató del medio de los bosques; de *Chuchu*, dios de la guerra, que les enseña a combatir, y aún de *Tele*, que se les aparece vestido de blanco y les dicta instrucciones.

Los yuracarés descienden de los *mansiños*, que salieron del agujero con su arco, sus flechas y su flauta.

§ 2

VIAJE DEL PAIS DE LOS YURACARES A MOXOS POR EL RIO SECURI

El 30 de julio dije adiós a los yuracarés y me encaminé a la orilla del río Moleto, en donde tenía mi piragua. Las aguas habían bajado y el río estaba lleno de rápidos. Necesité tres

30 de julio jornadas para hacer apenas las tres leguas que me separaban de la confluencia con el Icho. Siempre en el agua para arrastrar la piragua y casi sin calzado, con los pies hinchados, estaba expuesto durante el día a la lluvia y a las picaduras venenosas de los jejenes, a los que por la noche los reemplazan los mosquitos, más encarnizados aún. Con sobrados motivos se quejaban mis compañeros de viaje; sólo mi resignación y mi constante cooperación podían comprometerlos a persistir. En este trecho el río

Moletto recibe por occidente los ríos *Solotosama* y *Eñesama*,¹ y el *Ipuchi*, por el oriente, todos los cuales corren entre colinas bajas, más señaladas al oeste, que son los últimos contrafuertes de la Cordillera.

En la confluencia de los dos ríos que forman el Securi, el cauce es más ancho y más profundo y sería fácilmente navegable por barcos de fondo chato. Encontré allí a muchos indios entregados a la pesca. Me siguieron por la costa y al cabo de poco rato me dijeron que me detuviese

1º de agosto en la orilla izquierda y me mostraron detrás de un matorral un sendero al que no se podía divisar desde el río. Anduve por él, y a un kilómetro de distancia, en medio de la selva, encontré varias casas de un piso, construídas así para preservarse de la humedad. Me instalé en una de ellas, recientemente abandonada. Alentado por la esperanza de obtener algunas raíces de mandioca y banana, únicas provisiones que pudiese obtener en esos lugares salvajes, me quedé ahí. Las casas estaban desiertas, pues todos sus moradores se habían ido diez leguas al oeste, hacia el *Upanasama*, con el objeto de huir de una enfermedad que aseguraban existía entonces en ese paraje. A eso de las once del día siguiente, viendo que no llegaban los indios que habían ido a buscar víveres, resolví dirigirme a la piragua para partir. Todos nos embarcamos, pero nuestra frágil embarcación no tardó en zozobrar, y el franciscano, espantado, prefirió, con su hermano lego, renunciar al viaje, lo que disminuyó los riesgos del nuestro. Resolví marchar con Amito a Isiboro, desde donde seguiría fácilmente a Cochabamba. Durante estas conversaciones, los tres indios nos trajeron algunas provisiones, con las cuales había que abandonar del todo los parajes habitados y confiarse a los azares de una navegación, cuyos obstáculos y duración no podía prever, y eso en compañía de gentes sin experiencia. Nuestra cuadrilla, compuesta de tres salvajes yuracarés, transformados en mis remeros; de mi indio moxo (Anselmo), que gobernaba a popa; de mi criado, que dirigía la barca a proa; del señor Tudela y de mí, siete personas en total, dió su postrer adiós al país de los yuracarés y bogamos hacia regiones desconocidas.

Durante una legua aún, tuvimos que vencer algunos rápidos abarrotados de árboles, y, luego de haber dejado atrás una islita, encontramos el río libre de obstáculos. Me pareció entonces que era navegable, inclusive por vapores.

2 de agosto Pensé que podría construirse en ese lugar, cuando se establezcan comunicaciones comerciales con la provincia de Moxos, un puerto que estaría situado en las tierras más fértiles del mundo. Nunca había encontrado un río más poblado de peces. Cada vez que arrojábamos la línea, la retirábamos casi en seguida con peces de

¹ El nombre de este río proviene de la lengua de los yuracarés y está formado por las raíces *Eñé* (el pez llamado sábalo en Buenos Aires) y *sama* (río), es decir, *río de los sábalos*.

gran tamaño, pertenecientes casi todos a los silúridos; había también muchos *pacús*, los mejores pescados de América. Al día siguiente volvimos a encontrar algunos estorbos causados por los árboles que las corrientes amontonan; luego el río tornóse ancho

3 de agosto y profundo. Desaparecieron los jejenes, las palmeras y las vinas fueron más raras y estaban reemplazadas por los motacus. En cada banco de arena pululaban picotijeras, golondrinas de mar y atajacaminos que hacían allí sus nidos, contentándose con depositar sus huevos en la arena. Pudimos hacer una amplia provisión de éstos. Por la tarde el cielo se cargó de negros nubarrones y los relámpagos zigzagueaban en todas direcciones. Entonces los yuracaré se pusieron a mascar tabaco y a escupir al aire, del lado de la nube, a fin de exorcizar la tempestad. Como ésta se alejó, en vez de descargarse sobre nosotros, los indios quedaron maravillados del efecto de su conjuro.

A pesar del ascendiente que había adquirido sobre mis remeros, su carácter debía convertirme poco más o menos en el juguete de sus caprichos. En efecto, ¿cómo impedir a unos cazadores apasionados que hicieran un alto para perseguir por la selva a una tropa de monos aulladores¹ que se mostraban en los árboles de la orilla y que, poco asustados, parecían divertirse con nosotros hasta el momento en que una tardía experiencia les enseñaba a temer la flecha mortífera de mis salvajes? ¿Cómo impedirles que persiguieran a esas bulliciosas bandadas de ligeros capuchinos, a esos hoccos chillones, o al pecarí, el jabalí de esas regiones? No había más remedio que esperar que volvieran con sus piezas. Otra vez era una playa de abundantes peces en la que, mientras nosotros lanzábamos nuestros aparejos², ellos ensartaban con sus dardos a los peces que divisaban bajo la onda pura.

Los días se sucedían lentamente, a pesar de que las orillas estaban animadas siempre por los huéspedes de la selva, a los que divisábamos a cada paso en las playas o en los árboles. Aquí era un tapir que abandonaba precipitadamente la orilla; allí un carpincho, que se escondía en el agua cuando nos acercábamos; más lejos, el ciervo veloz, que se volvía varias veces para reconocernos mejor; o si no, eran los innumerables monos que saltaban de rama en rama. A menudo, al despuntar la aurora, crueles jaguares cuyas huellas frescas nos atemorizaban durante el día y cuyos rugidos por la noche habían turbado nuestro reposo, se paseaban lentamente por la barranca o, como los gatitos,

¹ He aquí cómo preparan los yuracaré a los monos para comerlos. Primero los socarran para quitarles el pelo, luego los lavan y los raspan en el agua. Los vacían, conservando las tripas después de lavarlas bien. Luego los cortan en cuartos y los asan en una parrilla de ramas colocada sobre un fuego ardiente. Los conservan así como provisión.

² Ahí pesqué un pez de dos metros de largo, llamado *pirarara* en Brasil. Es un silúrido muy largo, rojo en la cola, amarillo en el vientre y castaño negrozco en el lomo, con estos dos colores muy marcados.

jugaban en la playa, huyendo, sin embargo, al estampido de nuestras armas de fuego, menos atrevidos que el caimán acorazado que se dejaba ver a cada instante en las aguas.

Después de haber cruzado por bosques poco elevados —indicio de tierras que se inundan para la época de las crecientes—, navegando por el curso profundo pero poco rápido del río, el 5 por la tarde llegué a la desembocadura del río que los yuracaréés llaman *Yaniyuta*, que viene del este a reunirse con el Securi y aumenta considerablemente su ancho. Gracias al éxito de la caza y de la pesca, al principio hubo abundancia; pero a medida que avanzábamos la selva se tornaba cada vez más desierta. Por otra parte, deteriorada sin duda por la humedad en que nos encontrábamos, mi pólvora ya no servía para renovar nuestros víveres y tuve que compartir el producto de la caza de mis salvajes. La falta de éste pronto redujo todo nuestro alimento a pescado sin sal y más tarde, a algunas espigas de maíz que pedía a los yuracaréés y a algunos palmitos que hacía derribar.

Ya comenzaba a entristecerme por lo largo y monótono de la navegación, cuando el 8 de agosto, a eso de las 11 de la mañana, llegué a la desembocadura de un río mucho más importante que el Securi, que viene del sudeste. Los yuracaréés lo llaman *Isiboro*, y me dijeron que este in-

menso curso de agua, formado por los ríos *Isiboro*, *Samucebeté* y *Chipiriri*, recibe todas las aguas de la vertiente oriental de la cadena del *Iterama* o del *Paracti*, comprendidas entre el río San Mateo y el *Yaniyuta*, que habíamos encontrado tres días atrás. Viendo al Securi casi tan ancho a como lo viera en su confluencia con el Mamoré, recobré ánimos, esperando llegar pronto a este río.

Andábamos al día siguiente por los meandros bordeados de selvas, cuando divisé, posada en un árbol de la barranca, a la más hermosa, la más fuerte y la más noble de las aves de rapiña, una gran harpía¹ que levantaba su copete, mirándonos, sin parecer alarmada por nuestra presencia. Por falta de buena pólvora, yo no podía disparar. Dejé obrar a mis yuracaréés, que saltaron a tierra con la mayor diligencia, y uno de ellos la atravesó con su flecha. El ave, sin embargo, tevantó el vuelo; pero embarazada por una saeta de dos metros de largo, pronto cayó en la selva, a donde mis cazadores la siguieron. Me regocijaba ya ante la idea de que traería a Francia esta hermosa pieza, cuando veo venir a mis indios con el ave, pero sin plumas en las alas ni en la cola, completamente pelada. Me había olvidado que los yuracaréés estiman en alto grado las plumas de esta ave para usarlas en sus flechas y que, en los días de fiesta, se adornan con el plumón blanco que cubre su cuerpo; por eso les había faltado tiempo para apoderarse de todas esas partes. Fastidiado hasta la furia al ver fra-

¹ El *Falco destructor*. Esta especie es de casi doble tamaño que el águila real de Europa. Por lo general se dedica a cazar los monos grandes.

casadas mis esperanzas, reprendía ásperamente a mis yuracaré, ordenándoles que me trajesen el ave. Obedecieron y reanudamos el camino. Sentado en la piragua, coloqué frente a mí la harpía que creía muerta, mientras meditaba en mi contrariedad. Aturdida solamente por los golpes que había recibido en la cabeza, la harpía volvió poco a poco en sí sin que yo me diese cuenta y, cuando menos lo imaginaba, se lanzó contra mí y sus garras me hicieron ocho heridas a la vez. La garra del pulgar, de nueve centímetros¹ de largo, me atravesó el antebrazo de parte a parte, entre el cúbito y el radio, desgarrándome un tendón. A mis gritos, acudieron en mi auxilio mis compañeros de viaje, y a costa de no pocos trabajos me libraron del animal furioso. Cubierto de sangre, para curarme no tuve otra cosa que jirones de mi pañuelo, y así permanecí durante el día expuesto a los ardientes rayos del sol y, por la noche, al frío del sereno. Se apoderó de mí una fiebre alta. Llegué a temer una infección tetánica, que felizmente no se produjo; pero sufrí mucho y durante un tiempo no pude servirme de mi brazo, ignorando siquiera si, a consecuencia de la adherencia de la piel al tendón, no quedaría manco.

En la tarde del 9 llegué a la confluencia del río Sinuta, último tributario occidental del Securi. Navegué todavía dos jornadas enteras, y ya comenzaba realmente a alarmarme, cuando al décimotercero día de navegación el Mamoré se extendió ante mi vista

11 de agosto en toda su grandeza. Al instante olvidé los padecimientos presentes y pasados. Estaba en Moxos, meta de mi empresa, y al día siguiente, después de haber remado toda la noche, volví a Trinidad, capital de esta provincia. Cuarenta días de fatigas y de privaciones de todo género, desde mi partida de Cochabamba, habían alterado de tal modo mis rasgos, que apenas me reconocieron.

El mapa de mi itinerario señalaba menos distancia que por el Chaparé. Así, pues, había hallado una nueva ruta, menos peligrosa que la de Palta Cueva. En este trance mis súplicas fueron oídas una vez más, y ahora, con el trazado de este camino abierto a sus transacciones comerciales, podía ofrecer al gobierno boliviano, en parte al menos, un precio digno de los innumerables beneficios recibidos, sin que por eso me crea libre hacia él de la imprescriptible obligación de una gratitud eterna.

Mi empresa había disgustado mucho a los funcionarios de Moxos, que, estando en Santa Cruz de la Sierra, veían con malos ojos el establecimiento de esas comunicaciones más directas por Cochabamba. Se habían despertado las antiguas rivalidades y yo me sentía muy incómodo. En Cochabamba había dejado al coronel Dávila, dispuesto a partir para Moxos con el fin de proceder a las numerosas reformas

¹ Traje las garras de esta ave, que conservo como recuerdo de viaje.

que, de acuerdo con don Matías Carrasco, le habíamos señalado en provecho de los desdichados pobladores de esta provincia; pero las piraguas enviadas a Isiboro para buscarlo, regresaron con sólo mis ayudantes, trayendo la triste nueva de que, al regresar de una velada, en la antevíspera de su partida, el coronel había tenido un súbito ataque de fuertes cólicos que determinaron su muerte pocas horas después. Veía con pena cómo se tornaban inútiles todos mis esfuerzos para mejorar la situación de los indígenas en este rincón apartado de Bolivia. Y anhelé salir cuanto antes de Moxos, remontando los ríos Sara y Piray hasta Santa Cruz de la Sierra.



CAPÍTULO XXXVIII

GENERALIDADES GEOGRAFICAS, HISTORICAS Y ESTADISTICAS SOBRE LA PROVINCIA DE MOXOS.—DE LOS ADELANTOS COMERCIALES E INDUSTRIALES QUE SE PODRIAN INTRODUCIR ALLI

§ 1

GENERALIDADES GEOGRAFICAS



SITUADA al noroeste de la provincia de Chiquitos, la de Moxos forma una superficie oblonga orientada de noroeste a sudeste y comprendida entre los 10° y 16° de latitud sur y los 64° y 70° de longitud oeste de París. Esta superficie, de unos 22 grados cuadrados, o sea, 13.750 leguas, de veinticinco por grado de superficie, está limitada al este por los pantanos, límites inciertos de la provincia de Chiquitos; al norte, por el curso del río Guaporé o Itenes y por el Beni, que la separa de las posesiones brasileñas; al sur, por la provincia de Santa Cruz de la Sierra; al oeste, por los últimos contrafuertes de las Cordilleras y, más al norte, por el curso del Beni, cuya orilla occidental pertenece a la provincia de Apolobamba.

En estos límites la provincia de Moxos presenta una llanura uniforme, bordeada al este y al norte por las colinas de Chiquitos y las montañas de Brasil; al oeste y al sudoeste por los últimos contrafuertes de las Cordilleras. Por un lado se comunica, al sur, con las llanuras de Santa Cruz de la Sierra y de Matto Grosso, y por otro, al norte, con las planicies del Amazonas. Es una inmensa hoya, completamente plana, tan anegadiza en la época de las lluvias, que se la puede recorrer de un extremo a otro en piragua, sin preocuparse por las líneas divisorias entre los numerosos ríos que la surcan. No se ve una sola montaña en esta provincia, sino apenas tres eminencias aisladas, que no se alzan a más de treinta metros sobre la llanura y a las cua-

les sólo la horizontabilidad del terreno les da una importancia relativa. Son las siguientes: 1º, al este, el Cerro del Carmen, en las ruinas de esta misión; 2º, el Cerro de San Simón, al norte de Concepción, y 3º, el Cerro de San Ramón.

La provincia de Moxos pertenece por entero a la vertiente del Amazonas. Está surcada por un gran número de ríos navegables, que se reúnen en tres cursos de agua principales: el *Guaporé* o *Itemes*, el *Mamoré* y el *Beni*.

El Guaporé o Itenes se forma con los siguientes ríos:

Fuera de la provincia:

1º El río *Barbados*,

2º el río *Verde*,

3º el río *Serre*, de que ya hablé en la descripción de Chiquitos.

4º el río *Blanco*, que tiene su fuente al norte de Concepción de Chiquitos, sigue hacia el noroeste, pasa por Carmen y por Concepción de Moxos y va a reunirse con el Guaporé, cerca del fuerte de Beira. Es navegable hasta Chiquitos.

5º el río *Itomana*, que, bajo el nombre de río *San Miguel*, recibe una gran parte de las aguas de Chiquitos, se une al *Huacaré*, cerca de Guarayos y sigue paralelamente al río Blanco. Se arroja al Guaporé, conjuntamente con el Machupo, cerca del fuerte de Beira. Su curso es doquiera navegable por vapores hasta Chiquitos.

6º el río *Machupo*. Este río está formado por un gran número de afluentes, que nacen en el seno de las llanuras anegadizas: el *San Juan*, navegable ya en San Pedro; el *Moocho*, el *Molino*, el *Machupo* y el *Chanano*, reunidos todos cuando pasan cerca de las misiones de San Ramón y San Joaquín. El río Machupo se une primero al *Itonama* y a poco andar, se arroja con él en el Guaporé, cerca del fuerte de Beira. Todos esos afluentes son navegables.

Acrecido con todos estos tributarios, el Guaporé corre al oesnorueste hacia el instante de incorporarse al Mamoré, más o menos a los 12º de latitud sur.

El Mamoré se forma con un gran número de ríos que nacen todos en la vertiente oriental de las Cordilleras. Comenzando por los afluentes más orientales, se cuentan:

1º el río *Ivary*, que tiene sus fuentes en las planicies anegadizas situadas al oeste del país de los guarayos, se dirige al noroeste, recibe en la margen izquierda a los ríos *Tico* y *San Antonio* y va a unirse con el Mamoré un poco más arriba de Trinidad de Moxos. Sería navegable en la mayor parte de su curso.

2º el río *Grande*, que reúne él solo las aguas de las provincias montañosas de Chayanta, Cochabamba, Mizque y Valle Grande, baja en seguida por la llanura de Santa Cruz y se une al Piray para formar el río *Sara*, al norte de la provincia de Moxos. Es navegable hasta cerca de Santa Cruz de la Sierra.

3º el río *Piray*. Nace en las montañas de Zamaipata, provincia



Nº 22. — Vista del puerto de Islay. (Perú)

de Valle Grande, desemboca en la llanura de Santa Cruz de la Sierra, pasa cerca de esta ciudad y recibe gran número de afluentes; luego, paralelamente al río Grande, sigue hacia el noroeste hasta unirse con éste para formar el río Sara, muy al sur de los 15° de latitud. Solamente en la época de las grandes crecientes pueden navegarlo los barcos de porte regular.

4º el río *Ibabo*, que tiene sus fuentes en la Cordillera oriental, al este del país de los yuracarés, lleva el nombre de *Yapacany* y sigue paralelamente a los ríos Grande y Piray, hasta unirse con el Sara, algunos kilómetros más abajo de la desembocadura del Piray. Es navegable en la mayor parte de su curso.

5º el río *Mamoré*. Nace al este del río Ibabo, en las montañas de la vertiente oriental de las Cordilleras, al este del país de los yuracarés. Recibe primero al Chimoré y corre al norte de la llanura de Moxos algunos grados hacia el oeste. Este río conserva su nombre de Mamoré al recibir todos los demás de la provincia hasta los 10° de latitud sur, en donde, luego de mezclar sus aguas con las del Beni, recibe el nombre de Madeira. Permite el tránsito de barcos hasta el pie de las Cordilleras.

6º el río *Chaparé*, formado por el *Coni*, el *San Mateo*, el *Paracti* y muchos otros, nace al oeste del Mamoré, sobre la vertiente oriental de la Cordillera, en el país de los yuracarés, se dirige hacia el norte y se une con el Mamoré, al sur de los 15° de latitud sur. Es navegable hasta su confluencia con el Coni, es decir, hasta el comienzo de la llanura.

7º el río *Securi*, que está formado por los ríos *Chipiriri*, *Samuceteté*, *Isiboro*, *Yaniyuta*, *Securi* y *Sinuta*, navegables todos hasta el pie de las Cordilleras, recibe todas las aguas de la vertiente oriental de esas montañas, entre los 68° y 70° de longitud occidental y se incorpora al Mamoré más arriba de Trinidad, al norte de los 15° de latitud.

8º el río *Tijamuchi*, que nace en la cordillera oriental, al oeste de los últimos afluentes del Securi, recibe las aguas del río *Taricuri* y atraviesa la llanura de Moxos, al nordeste, hasta el Mamoré, con el cual se une cerca de los 14° de latitud, algo más abajo de la misión de San Pedro. Pueden remontarlo grandes barcos hasta el pie de las montañas.

9º el río *Aperé*. Nace al oeste del precedente, siempre en las mismas montañas. Recibe al río *San José*, sigue la dirección nordeste y se arroja en el Mamoré a menos de medio grado debajo del Tichamuchi. Es igualmente navegable hasta muy adentró de su curso.

10º el río *Yacuma*. También tiene sus fuentes al oeste del Aperé, en la misma cadena, se une con el río *Rapulo*, pasa cerca de la misión de Santa Ana y se arroja al Mamoré, muy al norte de los 14°. Se lo puede remontar hasta el fin de las llanuras.

11° el río *Iruyani* nace en la llanura, recibe al *Bococa* y se une con el Mamoré al norte de los 13°.

Cuando el Mamoré recibió estos once tributarios, se reúne finalmente, en el paralelo 12°, con el Itenes o Guaporé y continúa hacia el norte hasta el punto en que recibe al Beni. Se convierte entonces en el río Madeira.

El río Beni comienza en las montañas situadas al nordeste de la Cordillera, en las provincias de Cochabamba, de Sicacica, de Yungas, de Muñecas y de Apolobamba. Hacia el paralelo 14° desemboca en la llanura y recibe en seguida por el oeste los ríos *Mapiri* o *Caca*, *San José*, etc. Sigue hacia el norte hasta los 11° y luego se vuelve hacia el nordeste hasta reunirse con el Mamoré en el paralelo 10° sur.

Cuando se contempla a la provincia de Moxos desde el punto de vista hidrográfico, el estudioso se asombra de encontrar que, tomando solamente la vertiente del Mamoré, en una superficie cuadrada de 18 grados o 10.000 leguas haya treinta y cuatro ríos navegables en la mayor parte de su curso, mientras que no hay otro medio de desagüe que el Mamoré. De esta singular disposición resulta que en la estación lluviosa la mayor parte de las aguas de la provincia de Chiquitos, del centro de Bolivia y de la vertiente oriental de la Cordillera oriental descienden a la vez, con más o menos fuerza, hasta el fondo de la hoya formada por la provincia de Moxos, en donde, no encontrando fácil salida, se desparraman por la llanura y causan las inundaciones periódicas de las que muy pocos puntos están libres. De donde resulta que en esta estación se puede recorrer en piragua toda la provincia, pasando a través de las líneas divisorias de las aguas que separan a los ríos. Sin embargo, si en la estación de las lluvias sólo quedan pequeñas partes aisladas, al abrigo de las inundaciones periódicas y permitiendo la cría de ganados o los cultivos agrícolas, en la estación seca todo cambia de aspecto; los ríos vuelven a entrar en sus lechos, praderas magníficas reemplazan a los pantanos y entonces la provincia ofrece doquiera un suelo virgen a la agricultura. Sus llanuras son un conjunto de praderas en las que, aquí y allí, se ven bosquecillos aislados, casi siempre lo bastante altos como para no los alcancen las crecientes anuales.

§ 2

GENERALIDADES HISTÓRICAS

PRIMERA EPOCA

ANTES DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Los primeros historiadores que escribieron sobre la provincia de Moxos citaron un gran número de naciones distintas; pero reduciéndolas, por comparación de sus lenguas, a las que hablan solamente distintos dialectos, he logrado fijarlas en nueve¹.

1º Los *moxos*, integrados por *baures* y *muchojeones*, que poblaban las llanuras del sur de la provincia; era la más numerosa de todas esas naciones.

2º Los *itonamas*, poco numerosos, que viven al nordeste de la provincia, en las márgenes del río de ese nombre.

3º Los *canichanas*, pequeña nación que vive en las orillas del Mamoré, cerca de la actual San Pedro.

4º Los *movimas*. Esta nación se había establecido en las orillas del río Yacuma.

5º Los *cayuvavas*, que tenían sus aldeas al oeste del Mamoré, poco más arriba de su confluencia con el Guaporé.

6º Los *itenes*, que, todavía salvajes, poblaban las orillas del río Guaporé o Itenes.

7º Los *pacaguaras*, que, desde los tiempos más remotos, se asentaron en la confluencia del río Beni con el Mamoré.

8º Los *chapacuras*, establecidos en las márgenes del río Blanco, al norte de Chiquitos.

9º Los *maropas*, asentados en las orillas del río Beni, en la llanura.

De creer a los historiadores, y sobre todo al padre Eguiluz², el número de los aborígenes era entonces mucho más considerable que hoy. Fijada su residencia en un mismo punto como consecuencia de sus creencias religiosas, las naciones estaban divididas por aldeas que las fundaban tanto al borde de los ríos o de los lagos, como en los bosques o en las llanuras, de las que creían descender. Pescadores, cazadores y sobre todo agricultores, la caza no era para los moxos

¹ Véanse mis investigaciones sobre *El hombre americano*, en donde están descritas con detalles todas las naciones citadas aquí.

² *Relación de la misión apostólica de los moxos* (1696); un folleto impreso de 67 páginas.

más que una distracción, la pesca una necesidad y la agricultura el medio que les procuraba la materia para las bebidas fermentadas. A éstas se las bebía en una casa común, en la que se recibía a los extranjeros y en la que se reunían para bailar.

El casamiento era una convención resoluble a voluntad de las partes y la poligamia era corriente. Muy supersticiosos, creían que cuando a alguien lo mordía una serpiente o un jaguar era porque su mujer le había sido infiel; y así, cada accidente parecido acaecido durante uno de sus viajes, acarreaba el castigo, a menudo la muerte de la mujer inocente y, siempre, el divorcio. Un moxo inmolaba a su mujer si abortaba, por temor a la disentería, y a sus hijos, si eran gemelos. La mujer, por su parte, se desembarazaba a menudo de sus hijos cuando la fastidiaban. Los únicos antropófagos eran los canichanas.

Como no podían viajar por tierra en cualquier tiempo, las corrientes de agua eran sus caminos ordinarios, que recorrían incesantemente en piragua para cazar o pescar. Eran todos guerreros. La industria estaba bastante adelantada entre ellos. Conocían la escritura¹. Tejían sus hamacas —indispensables en una comarca inundada— y su vestimenta. Adornábanse la cabeza con plumas y se pintaban el rostro o se agujereaban las alas de la nariz y el labio inferior para colgar de allí sus adornos. Los hombres llevaban en el cuello los dientes de sus enemigos muertos en la guerra.

El gobierno de los habitantes de Moxos era uniforme y bastante parecido al de Chiquitos. Cada nación se dividía en muchas tribus y cada tribu tenía un jefe, cuya influencia era muy limitada; de hecho, no existía ningún cuerpo de nación. Nombrados por la tribu, esos jefes guiaban a los guerreros en la batalla, daban consejos, pero nunca eran a la vez médicos y sacerdotes.

La religión era diferente no sólo según las naciones, sino también las tribus, cada una de las cuales tenía innumerables fiestas y solemnidades, en las que era parte principal el consumo de bebidas fermentadas. Su culto era a menudo el de la naturaleza: reverenciaban a un dios que gobernaba al agua, a los animales, a los cultivos, a la caza o a la pesca y dirigía a las nubes y al rayo; pero esta creencia no era tan difundida como el culto originado por el temor al jaguar, a quien se le erigían altares y se le dedicaban ofrendas, consagrándose uno o dos años a ayunos rigurosos y a la castidad para llegar a ser sus sacerdotes, *Comocoys* o *Tiaraukis*. La religión estaba basada menos en el amor que en el temor a los dioses: no admitía una verdadera adoración. Los sacerdotes eran también médicos.

Por esta rápida reseña que acabo de hacer de los habitantes de la provincia de Moxos antes de la conquista de los españoles, se ad-

¹ Tal es por lo menos lo que afirma don Lázaro Rivera (*Informe general de la provincia de Santa Cruz*, pág. 89, parágrafo 521).

vierte que en ella había pocos elementos de prosperidad, y sobre todo, de civilización progresiva; por eso, esta provincia se encontraba absolutamente en las mismas condiciones que la de Chiquitos.

SEGUNDA EPOCA

DESDE LA LLEGADA DE LOS PRIMEROS ESPAÑOLES A MOXOS HASTA EL MOMENTO EN QUE LOS JESUITAS PENETRARON EN LA PROVINCIA

(DE 1562 A 1667)

Entre los historiadores reinan las más impenetrables tinieblas con respecto al descubrimiento de la provincia de Moxos. Parece, empero, que en 1562¹ los aventureros españoles, compañeros de Chávez, tuvieron conocimiento de ella, y que en 1564 Diego Alemán penetró allí por Cochabamba². Lo que parece más cierto es que, después del traslado de la ciudad de Santa Cruz al lugar en que hoy ocupa, algunos gobernadores de esta ciudad intentaron reducir a los indios de Moxos. Esto es lo que se desprende del acta del 2 de octubre de 1607, por la cual el gobernador Martín de Almendras Holguín dió en *encomiendas* a Gonzalo de Solís Holguín y a los suyos, *por dos vidas*, la provincia de Moxos, con la condición de que fundasen en ella una ciudad que habría de llamarse *Santísima Trinidad* y que adoctrinasen a sus vecinos³. Los españoles hicieron las cosas tan mal, que disgustaron a estos últimos, los cuales rompieron toda relación con los habitantes de Santa Cruz.

Unos cuarenta años después, hacia 1647, habiéndose enterado los moxos por sus relaciones de la utilidad de las herramientas de hierro, quisieron procurárselas por trueques con los chiriguano; pero al remontar el Piray o el río Grande, se encontraron con los cruceños, que les compraron sus plumas y sus tejidos de algodón y los comprometieron a que volviesen. Tomaron así confianza poco a poco y vinieron en oleadas a Santa Cruz. Tan bien se encontraban en ella, que en 1667⁴, como tuvieran quejas contra una de las naciones salvajes que los ro-

¹ Viedma, *Informe de la provincia de Santa Cruz*, pág. 39, parágrafo 494.

² Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, pág. 242, a propósito de una incursión de los Incas a *Musu*, habla de la expedición de Diego Alemán a la provincia de *Musu*, que los españoles llaman *Moxos*, en 1564; pero como evidentemente este autor confunde dos comarcas distintas en *Musu* y *Moxos*, no se sabe a qué atenderse. Sin embargo, parece cierto que Diego Alemán se dirigió a Moxos.

³ Viedma, *Informe*, págs. 139 y 145; parágrafos 494 y 520.

⁴ Padre Diego de Eguiluz, *Relación de la misión apostólica de los moxos* (1696), pág. 3.

deaban, solicitaron contra ésta el apoyo de los cruceños; éstos, que siempre contaban con hacerse esclavos, aceptaron alborozadamente esta ocasión de intervenir en los asuntos de los moxos. Y partieron, acompañados por el jesuita Juan de Soto, que hacía las veces de cirujano.

TERCERA EPOCA

DESDE LA ENTRADA DE LOS JESUITAS EN MOXOS HASTA SU EXPULSION

(DE 1667 A 1767)

Durante la expedición, Juan de Soto no descuidó ningún medio para hacerse querer por los moxos y les ofreció volver con otros hermanos; aceptaron los indios, y cuando el padre dió la buena nueva al provincial, se designó, además de Soto, a José Bermudo y a Julián de Aller, para que fuesen a Moxos. Entraron en ella en 1668 y emplearon un año en adquirir las primeras nociones de la lengua moxa, sin mostrar a los indios su intención de convertirlos al cristianismo. En cuanto los religiosos aprendieron las primeras palabras, los moxos, temerosos de tener que soportar la esclavitud, se sublevaron y quisieron matar primero a los hermanos; pero, contenidos por el miedo a los cruceños, se contentaron con llevarlos de vuelta a Santa Cruz, declarándoles que no querían hacerse cristianos¹.

Cuando en 1671 el gobernador de Santa Cruz entregó oficialmente la conquista espiritual de Moxos a los jesuitas de Perú², éstos hicieron sucesivamente dos tentativas más, que no tuvieron ningún resultado. Lejos de desanimarse, el padre José del Castillo entró solo en Moxos en 1674, hizo algunos regalos a los indios y les prometió otros si consentían en venir a buscar algunos religiosos. Tuvo éxito su gestión, y al año siguiente llevó tres hermanos más, Pedro Marban, Cipriano Baracé y José Bermudo, que fueron recibidos perfectamente por los moxos³. Esos religiosos visitaron toda la zona ocupada por esa nación, regalando en todas partes a los indígenas lo que más estimaban éstos: chaquiras, cascabeles, anuelos, cuchillos, etc., y pronto regresaron, todos enfermos de fiebres intermitentes. Se consagraron dos años seguidos al estudio de la lengua y a ganar poco a poco la confianza de los indios mediante numerosos regalos. No obstante, aunque se hicieron indispensables a los indios por sus conocimientos en medicina y aunque obtuvieron su afecto por los muchos

¹ *Ibidem*, pág. 4.

² Viedma, *Informe*, pág. 139, párrafo 494.

³ Padre Eguiluz, págs. 5 a 7.

regalos, tuvieron que recurrir a la astucia para determinarlos, amenazando a los jefes con marcharse para siempre si no se decidían a reunirse en aldeas y hacerse cristianos. Ante el temor de perderlos, los indios tomaron el partido de obedecer. Poco a poco fueron abandonando sus dioses, y en 1684, después de siete años de trabajo, los jesuitas fundaron la misión de Loreto¹.

Las continuas gestiones de los religiosos y el ejemplo de los vecinos de Loreto ganaron a toda la nación de los moxos y sucesivamente se fundó Trinidad en 1687, San Ignacio en 1689, San Javier en 1690, San José en 1691 y San Borja en 1693. En 1696, finalmente, 19.789 indios² de la nación moxa eran cristianos, y algunas otras naciones, como los baures, los canichanas, los cayuvavas y los chapacuras habían recibido la visita de los jesuitas. Parece, sin embargo, que la reducción de esas naciones no se hizo sin la muerte de algunos religiosos³, lo que no les impidió a los jesuitas persistir hasta que lograron la conversión de toda la provincia. Intentaron abrir una comunicación directa con Cochabamba, y lo consiguieron en 1688⁴. Finalmente, el ejemplo de Moxos arrastró a todas las demás naciones, y así los jesuitas fueron fundando San Pedro, Santa Ana, Exaltación, Magdalena, San Joaquín, Concepción de Baures, San Simón y San Martín. Comenzaron los religiosos por asegurar la existencia de sus misiones, trayendo de Santa Cruz numerosos ganados y estimulando la agricultura.

En Chiquitos adoptaron la lengua chiquita para hacer de ésta la lengua general de la provincia; pero en Moxos, quizás por miedo a mezclar naciones enemigas, conservaron en cada misión la lengua primitiva, mientras enseñaban las oraciones en español y formaban lenguajes de este idioma.

Perfeccionaron el tejido, conocido ya por los baures, enseñaron todos los oficios manuales, como en Chiquitos, y multiplicaron igualmente las ceremonias religiosas para entretener a los indios. Les enseñaron música y a tocar todos los instrumentos europeos y hasta utilizando los instrumentos que estaban ya en uso antes de su llegada. Crearon muchos empleos, con el fin de poder recompensar el buen comportamiento y los progresos industriales. Muy pronto dilatados cacaotales dieron abundantes cosechas y de los talleres de todo género salieron tejidos y productos manufacturados que, llevados a Santa Cruz y de ahí a Perú, podían proporcionar a la provincia no sólo lo necesario, sino también lo superfluo. Cada iglesia se convirtió en un templo suntuoso, recargado de adornos, de estatuas y, sobre todo,

¹ *Ibidem*, págs. 16 y 17.

² El padre Eguiluz da esta cifra, que es evidentemente exagerada.

³ Al padre Cipriano Baracé lo mataron los baures en 1702. (*Choix de lettres édifiantes*, t. 7, pág. 322).

⁴ Padre Eguiluz, pág. 29.

de numerosas planchas de oro y plata. Casas de un piso ofrecían cómodo alojamiento para los religiosos y talleres para los obreros, en tanto que bien aireadas habitaciones se alineaban alrededor de una plaza para los indígenas. En fin, que cincuenta años después de la aparición de los jesuítas en Moxos, las diversas naciones salvajes se habían reunido en quince misiones o grandes pueblos, en los que florecía la industria.

Los jesuítas, sin embargo, estaban muy lejos de haber alcanzado en Moxos, en donde esas misiones dependían de Perú, una administración tan progresista como en Chiquitos, que dependía del Paraguay. En primer lugar, no intentaron generalizar allí una lengua. Lo mismo que en Chiquitos, en Moxos había un superior para la provincia, que dependía del colegio de Cochabamba o de Charcas, y dos religiosos en cada misión, uno encargado de lo espiritual y el otro de la administración y de los talleres; pero, lejos de gozar todos de los mismos derechos, como en Chiquitos, los moxos se dividían en dos clases hereditarias: las familias, compuestas de artesanos de cualquier género y que constituían la aristocracia, y el pueblo, encargado de todo el trabajo ordinario, que representaba la clase baja y era contemplado como inferior a la otra clase. La verdad es que esta distinción hereditaria debía enervar la marcha creciente de la civilización y de la industria, puesto que de esta manera la mitad de la nación se encontraba excluida de los adelantos y de los empleos de primer orden.

Si se compara a lo que dije de Chiquitos, he aquí el orden y las atribuciones respectivas de las autoridades entre los indígenas de cada misión.

El *Cacique*, jefe de la misión, era quien recibía directamente las órdenes de los jesuítas en lo que respecta a todas las ramas de la administración. Bajo sus órdenes tenía a un *Alférez* y dos *Tenientes*, que lo reemplazaban. Debajo de estos jefes estaban, además, dos *Alcaldes de familia* y dos *Alcaldes de pueblo*. Estos ocho jueces formaban el *Cabildo* o municipalidad y usaban un bastón con empuñadura de plata.

La *Familia* o familias tenían, para cada clase de industria, un *Mayordomo* y su segundo, que seguían al maestro de capilla y al sacristán en jefe, como en Chiquitos¹. Había mayordomos de colegio, de pintores, de carpinteros, de tejedores, de torneros, de herreros, de orfebres, de zapateros, etc.

El *Pueblo* se dividía en *Parcialidades*, cada una bajo las órdenes de un capitán y su segundo. Estos capitanes mandaban las piraguas en viaje y guiaban a los soldados o remeros. Estaban también los *Fiscales*, encargados de las sanciones, y un *Alcalde de estancia*, que vigilaba los cortijos en donde se criaban ganados. Todos estos em-

¹ Ver capítulo 32. Parágrafo 2. Tercera época.

pleados subalternos usaban como insignia una vara negra y concurrían a formar el *Colegio*, que se reunía en las grandes ocasiones y siempre en la época de las fiestas religiosas.

Si juzgamos el estado industrial por lo que aún subsiste, a pesar de la falta completa de conocimientos apropiados de los curas y administradores que se han venido sucediendo desde la expulsión de los jesuitas, debemos concluir que los vecinos de Moxos estaban tan adelantados como en las ciudades españolas hacia la mitad del siglo pasado. Se fabricaban allí tejidos finos y toda suerte de objetos diversos. En cuanto a la indumentaria, hombres y mujeres llevaban el tipo de algodón y los cabellos largos. Los vestidos eran proporcionados por la comunidad. En cuanto al trabajo en común en campos y talleres, todo ocurría como en Chiquitos: se permitía a los indios cultivar sus campos particulares.

Las horas de oraciones eran mucho más frecuentes que en Chiquitos. Habían introducido la costumbre en uso en Perú de hacer bailar delante de las procesiones a unos indios disfrazados¹. Al describir los excesos de las prácticas religiosas actuales de los indios moxos durante la Semana Santa, había creído que esos abusos habían sido establecidos por los curas después de la expulsión de los jesuitas; pero al leer la descripción de las ceremonias de esta época, en vigor hacia fines del siglo XVII, me encuentro con que en el sermón de Pasión del Viernes Santo los indios se daban cachetadas y grandes golpes en el pecho y que en la procesión un gran número de *Penitentes de sangre* se daban latigazos y disciplinazos, unos arrastrando pesadas vigas, otros llevando cruces en sus hombros alrededor de la plaza², exactamente como yo lo viera en 1832³. Por consiguiente, no había ninguna duda de que los jesuitas habían sido en Moxos infinitamente más severos que en Chiquitos en lo referente a los actos religiosos. Ciertamente es que, supersticiosos fuera de toda ponderación, los indígenas se prestaron y se prestan todavía a esos excesos con cierta furia. Acostumbrados en su culto primitivo a martirizarse en toda forma, incorporaron al cristianismo su misma exageración religiosa y su misma insensibilidad física. El que en estado salvaje no vacilaba en sacrificar a su mujer y a su hijo a vanas supersticiones y no temía someterse a todos los sufrimientos, una vez cristiano, tampoco podía temer hacerse dar latigazos por el fiscal a la menor sospecha y castigarse a sí mismo cada vez que había creído ofender a la divinidad⁴. Por lo demás, uno no se asombra tanto de ese fanatismo

¹ P. Eguiluz, pág. 27. Este autor habla de cien bailarines delante de una procesión en San Ignacio.

² Padre Eguiluz, pág. 62.

³ V. Cap. 34, parágrafo 1. Misión de Sar. Francisco Javier.

⁴ El padre Eguiluz, pág. 52, nos informa sobre la frecuencia de esos castigos y con qué facilidad se prestaban a ellos los indígenas.

cuando se trasladada a la época en que se estableció. En aquel entonces, existía en España la Inquisición y en todas partes había más actos exteriores que hoy¹.

La comunidad vestía y alimentaba a los indios: se hacía una distribución quincenal de carne y se proveía a cada misión de todo lo necesario para las diversas explotaciones. Como los habitantes no tenían que preocuparse por el porvenir, vivían muy contentos, a pesar de la sujeción continua en que se encontraban, al menos si se juzga por el recuerdo que tienen los jesuitas. Todos conservaron la tradición de aquellos tiempos en que se sentían mucho más dichosos que hoy.

En resumen, los indígenas tenían en Moxos menos libertad individual que en Chiquitos, y en cuanto a la religión estaban obligados a reglas generalmente reservadas a los claustros.

Con relación a su producción y a sus monumentos², Moxos había llegado a su estado más floreciente en 1767. La capital estaba en San Pedro, misión del centro, y los jesuitas tenían en ella una magnífica iglesia llena de esculturas, en la que había no menos de mil kilos de plata³ en adornos, sin contar las joyas que cubrían a las vírgenes. La provincia rendía anualmente cerca de 60.000 pesos, o sean, 300.000 francos. Tal era el estado de Moxos cuando los jesuitas fueron expulsados de todas sus posesiones. Ante la conminación que recibieron de la audiencia de Charcas, se retiraron de Moxos cien años después de haber entrado en esa vasta provincia, dejando en lugar de las tribus enemigas y salvajes que encontraron, una población semicivilizada y viviendo en paz.

CUARTA EPOCA

DESDE LA EXPULSION DE LOS JESUITAS

(DE 1767 HASTA 1832)

Inmediatamente después de la expulsión de los jesuitas, el obispo de Santa Cruz, Francisco Ramón de Herboso, dictó el 15 de setiembre de 1768 un reglamento, aprobado por la audiencia de Char-

¹ En el castillo de la Favorita, cerca de Baden, se exhiben aún los instrumentos de suplicio que la favorita se aplicaba voluntariamente durante la Semana Santa.

² Viedma, *Informe*, etc., pág. 140, párrafo 496, se expresa en estos términos con respecto a los jesuitas: "Mediante una hábil política y un celo delicado, esos religiosos colocaron a la región en el estado más próspero, secundados en sus miras por la fertilidad del suelo y por los ingeniosos medios que enseñaron a los indios. En las quince misiones que abandonaron se había alcanzado el mayor grado de felicidad".

³ V. Cap. 35, párrafo 1, Río Chaparé y río Coni.

cas, en virtud del cual se conservaban todas las instituciones de los jesuítas, sólo que a éstos los reemplazarían los curas, únicos árbitros del gobierno espiritual y temporal de cada misión. Este reglamento autorizaba la libertad de comercio con los vecinos de Santa Cruz. La provincia de Moxos recibió, además, un gobernador español elegido entre los capitanes de la marina real; pero como éste no tenía derecho a mezclarse en la administración de los curas, resultaron descomunales desórdenes. Tales curas, sin ninguna preparación técnica para dirigir la industria y careciendo de toda noción del idioma, no se ocuparon más que de sus intereses personales. Quedáronse allí veintidós años, lapso en el cual, como dice Viedma¹, "las misiones se convirtieron en el triste esqueleto de lo que habían sido. Las quince misiones se redujeron a once²; la mayor parte de sus riquezas fué saqueada y llevada al Brasil, y los desdichados indios perdieron el fruto de su buena instrucción. Florecieron los vicios al amparo de la ociosidad y las artes industriales cayeron en olvido..."

Los abusos se hacían intolerables; pero entre los gobernadores españoles, mudos testigos de un estado de cosas que no podían remediar, hubo un hombre que osó alzar su voz. Fué don Lázaro de Rivera, quien presentó varias memorias a la audiencia de Charcas y que, finalmente, en 1789, logró hacer adoptar su nuevo plan de reforma, que consistía en dejar a los curas el poder espiritual, en tanto que la explotación industrial de la provincia quedaría confiada en cada misión a un administrador secular que estaría encargado de seguir las antiguas reglas establecidas por los jesuítas. Ese nuevo reglamento prohibía el comercio bajo penas gravísimas. Nunca habían sido tan esclavos los indios: en lugar de un amo absoluto, tuvieron dos, cuyas continuas disensiones y mala conducta provocaron la pérdida de las misiones. No obstante, durante el primer año de vigencia de este reglamento, la provincia alcanzó a dar al Estado 46.000 pesos de renta, unos 260.000 francos.

Animado por sentimientos más liberales, don Francisco Viedma, intendente de Cochabamba, quiso sustraer a la esclavitud a los habitantes de Moxos³. Solicitó la libertad de esta provincia y su sumisión a las leyes que regían en el resto de las posesiones españolas del nuevo mundo; pero la audiencia de Charcas mantuvo el reglamento de Rivera, que todavía hoy (1832) sirve de guía a los administradores.

Si la medida tomada por la audiencia de Charcas determinó, por una parte, la conservación de las misiones de Chiquitos y de Moxos⁴, por otra, dió origen a todos los desórdenes, como consecuencia de la

¹ Viedma, *Informe*, etc., pág. 140, parágrafo 498.

² Las misiones abandonadas entonces por los curas fueror. *San José, San Borja, San Martín y San Simón.*

³ Viedma, *Informe*, pág. 142, parágrafo 505.

⁴ V. Cap. 32, parágrafo 2. Cuarta época.

rivalidad entre los poderes religiosos y seculares y de la escasa instrucción de los mandatarios de toda clase¹. Preocupados de su medro personal, ávidos empleados recargaron a los indios de trabajo, y las rentas fueron disminuyendo cada vez más para el Estado, que ya no se preocupó más por dar lo necesario para el mantenimiento de las misiones ni dotar de herramientas a los talleres. La provincia no hizo más que vegetar.

Elegidos entre los oficiales de la marina real, los primeros gobernadores intentaron, empero, algunas mejoras; así, en 1792, Zamora dividió Magdalena para formar San Ramón²; en 1794 se fundó la misión Carmen con indios chapacuras³ y en 1796 cambiaron de sitio a San Joaquín; pero luego todo se redujo a enviar a los vecinos de Santa Cruz para que gobernasen a Moxos.

Durante las guerras de la independencia, Moxos fué completamente abandonada, con lo que quedó al margen de la crisis política que de 1810 a 1824 atormentó al resto de América; pero se acordaron de ella, sin embargo, para poner a contribución la riqueza de sus iglesias. Las joyas de los santos y de las vírgenes habían sido saqueadas en distintas ocasiones, pero quedaban las planchas de plata de los altares que, como habían sido donadas al peso por inventario, no podían ser tocadas. Para sostener a las tropas españolas, el general Aguilera envió en 1814 a su hermano a Moxos, para que arrancase de cada iglesia una parte de los ornamentos. San Pedro solamente proveyó 352 kilos de plata.

En 1820 el rigor del gobernador Velasco provocó por primera vez una riña entre los indígenas y la autoridad. Creyendo que tenía motivos de queja contra el cacique de San Pedro, llamado *Marasa*, el gobernador lo mandó llamar y le pidió su bastón, símbolo de poder. El cacique se lo negó, diciéndole que Dios se lo había dado. Exasperado al ver a un indio resistírsele, Velasco mató a Marasa de un pistoletazo en el pecho. Atraído por los gritos de los jueces, el hijo del cacique vino a retirar el cadáver de su padre y amotinó a los canichanas contra el gobernador, quien se vió obligado a encerrarse con sus soldados en el antiguo colegio de los jesuitas, desde donde hacía de tanto en tanto descargas contra los indígenas, lo cual los irritó más aún y les hizo lanzar gritos de venganza. Como no podían entrar en el colegio, los indios amontonaron alrededor de ese monumento, a pesar del fuego de los militares, todo el sebo que había en los depósitos, y las llamas lo rodearon en un instante. Obligado a salir, el gobernador resultó muerto, así como la mayor parte de sus soldados. Y pronto los preciosos archivos de la provincia, que contenían los

¹ V. los resultados descritos en Chiquitos, y particularmente lo que dije de cada misión cuando las visité.

² V. Cap. 32, parágrafo 2, Misión de Santa Magdalena de Moxos.

³ V. Cap. 33, parágrafo 2. Misión de Carmen de Moxos.

trabajos manuscritos de los jesuítas, quedaron destruídos para siempre.

De Santa Cruz vinieron más tarde tropas para someter a los canichanas de San Pedro, ciudad que se transfirió a otro lugar, y la que hasta entonces había sido capital de esta misión fué llevada a Trinidad. Moxos decayó constantemente, y en 1829 las rentas estaban por debajo de los 20.000 pesos, o 100.000 francos, en tanto que en tiempos de los jesuítas llegaban a 300.000

Cuando estuve en Chiquitos, en 1831, propuse al gobernador que hiciera con la provincia de Moxos un trueque de sal por ganados, propuesta que aceptó. Habiendo recorrido la provincia de Moxos, me esforcé, con arreglo a la autorización del presidente de la República, y de común acuerdo con el señor Carrasco, en corregir por medio de un nuevo reglamento los abusos sin cuento que sufrían los desdichados indígenas. Como ya hemos visto, el coronel Dávila¹ fué arrebatado por una muerte violenta justamente cuando se disponía a aplicar esta sabia reforma. Este militar debía entenderse más tarde con el obispo de Santa Cruz, señor Córdova, para hacer cesar los abusos religiosos; pero, a pesar de la visita de ese prelado ilustre, con quien me encontré más tarde en el río Piray, dudo mucho que el espíritu de rutina haya cambiado nada de cuanto existía, pues la provincia quedó confiada una vez más a las manos de un gobernador de Santa Cruz, hombre probo, pero de escasas luces.

§ 3

GENERALIDADES ESTADÍSTICAS. — ESTADO ACTUAL DE LA PROVINCIA

POBLACION

Por lo ocurrido con las misiones de Paraguay debe creerse que la conservación de las instituciones de los jesuítas bajo los diferentes gobiernos que se han venido sucediendo desde hace sesenta y cinco años evitó la destrucción de las misiones de Moxos; por eso, en 1832, podía encontrar todavía intactas, bajo otros hombres, con costumbres distintas y una prosperidad muy inferior, todas las instituciones administrativas y religiosas que los jesuítas dejaron en la provincia en el momento de su expulsión en 1767.

Al recorrer la provincia, di un resumen detallado del estado actual de las misiones, de las costumbres y de los usos de las diferentes

¹ V. Cap. 37, parágrafo 2.

naciones que las habitan¹. En esta síntesis, me limitaré a consideraciones de conjunto.

La población indígena actual, de 22.883 habitantes², pertenece todavía a nueve naciones distintas que conservaron su idioma particular. La nación de los moxos, con sus tribus de baures, es la más numerosa; pero ella no dió su idioma a la provincia, como la de los chiquitos a la provincia vecina. Parece que los jesuítas no adoptaron en Moxos el excelente sistema³ de fusionar las naciones con el objeto de reducir los dialectos, y que conservaron todos los que encontraron en ese territorio. De donde resultó que, con excepción del cura, del administrador y de algunos indígenas intérpretes, nadie habla el español. Los curas y los administradores se comunican con los indios por medio de los intérpretes, a menos que los primeros no utilicen, para sus deberes religiosos, los formularios dejados por los jesuítas, en los que las preguntas y las respuestas están expresadas en las lenguas indígenas⁴.

Desde el punto de vista religioso, los habitantes de Moxos están gobernados hoy como en tiempos de los jesuítas; pero en lo que respecta al trabajo, su suerte no ha mejorado; todo lo contrario. Esos desgraciados deben todo su tiempo al Estado; apenas se les deja quince días al año para sembrar y para recoger. Y tienen que vestirse. Están hundidos en la más profunda miseria, y sus costumbres son muy disolutas. Se castiga a latigazos a hombres y mujeres, según los caprichos de sus jefes españoles o indígenas; por eso su aspecto denuncia en ellos a seres degradados por la esclavitud.

TEMPERATURA, SALUBRIDAD

Situada entre los 10° y los 16° de latitud sur, la provincia de Moxos es infinitamente más caliente que la de Chiquitos, aunque participa de las mismas condiciones meteorológicas. Sin embargo, las lluvias son allí más frecuentes y más prolongadas. Si en el centro de la provincia la estación seca y la estación de las lluvias están bastante deslindadas, no ocurre lo mismo en el país de los yuracarés, en donde llueve primero sin interrupción de setiembre a mayo, y aún

¹ V. caps. XXXIII y XXXIV.

² Según Viedma, *Informe*, en 1788 la población habría sido de 22.000 almas. De modo, pues, que no habría habido ningún aumento de población en la provincia.

³ V. Cap. XXXII, parágrafo 2.

⁴ El incendio de San Pedro destruyó vocabularios indígenas dejados por los jesuítas. De las lenguas de la provincia sólo quedó el Diccionario de la *lengua moxa* del padre Marbán, impreso en 1701, y una gramática de la lengua baure que conservo en mi poder.

en el resto del año los chaparrones son tan frecuentes, que es rarísimo el día un poco pasable. Lo cual se explica fácilmente; en efecto, los vientos del norte y del nordeste arrastran constantemente hasta allí nubes que, detenidas por la Cordillera, tienen que estacionarse a la fuerza. En Moxos los vientos del sur determinan tal descenso de temperatura que en relación se llega a sentir un frío muy crudo.

Como ya lo dije, la provincia se inunda completamente durante la estación de las lluvias, y cuando las aguas comienzan a evaporarse, quedan pantanos a menudo putrefactos, cuyas emanaciones provocan fiebres intermitentes muy comunes y que ocasionan una gran mortandad, sobre todo en los hombres, obligados a pasar las noches al aire libre durante sus navegaciones diarias.

PRODUCTOS INDUSTRIALES

Los ganados introducidos en Moxos por los jesuítas se han multiplicado de manera considerable.

Del estado comparativo de 1825 a 1830 resulta un aumento inmenso en la cantidad de los rebaños y, consiguientemente, una mejora real en el estado de la provincia. En estas cifras no están comprendidas, sin embargo, las 10.000 cabezas de ganado salvaje de las llanuras de Carmen y otras tantas de los desiertos vecinos de la misión de Reyes.

Las demás ramas de la explotación industrial actualmente en vigor y que rinden al Estado son las siguientes:

El algodón, con el que en cada misión se fabrican tejidos en piezas¹, ponchos, sábanas, sobremesas, manteles, servilletas, medias, etc.; es el principal renglón de la producción, y al que primordialmente se dedican los administradores y los curas. Pueden calcularse en el doble los productos que indican los registros anuales, pues todos los empleados defraudan las rentas del Estado en detrimento de los indígenas.

Después del algodón, el cacao es la rama del comercio que con más éxito se explota. Cada misión tiene sus plantaciones; se lo vende

¹ Esos tejidos son: el lienzo, a 2 francos 50 céntimos la vara; la cotonía a 3,75 frs. la vara; el *listadillo* * a 4,40 frs. la vara; la *macana* a 4,40 frs. la vara; el alemanesco a 130 francos la pieza; los caminos de mesa, a 60 francos la pieza; las toallas bordadas a 30 frs. cada una; los *paños de pescuezo* (bufandas) a 17 francos cada uno; los ponchos a 30 frs.; las sábanas a 50 frs. la pieza; las sobremesas a 50 frs. la pieza; las servilletas a 3,75 cada una; los vestidos bordados a 35 frs. cada uno; las medias a 3,75 frs. el par; las hamacas a 50 frs. cada una, etc. En 1831 San Ignacio tenía 24.947 plantas de algodón.

* *Listadillo*, tela de algodón a listas azules y blancas, que usa para vestirse la gente pobre. (N. del T.).

en pasta o se lo despacha en grano. En 1830 los administradores declararon 11.486 kilos, pero se cosecha más del doble¹.

La cera, que van a recogerla a las selvas y que se la refina como en Chiquitos, produce mucho menos: sólo se obtuvieron 557 kilos en 1830².

Las plantaciones de tamarindo dan una cosecha bastante abundante. Se lo envía a las montañas, en donde es empleado como remedio. En 1830 se recogieron 719 kilos³.

La vainilla es silvestre en los bosques, en donde los indios van a veces a juntarla: En 1828 se vendieron por cuenta del Estado 4 kilos a 60 francos el kilo.

La caña de azúcar sólo es explotada para el consumo de los empleados.

El café se siembra en algunas misiones. En 1830 se cosecharon 575 kilos⁴.

Se exportan las grasas que se obtienen de la matanza de reses en las distribuciones anuales: en 1830 se despacharon 15.417 kilos a razón de 1 franco el kilo.

En los bosques se extraen diversos aceites: 1º aceite de almendra, que se obtiene de un árbol inmenso y se lo vende a 80 francos el kilo; 2º el aceite llamado *Aceite María*; 3º el aceite de copahú, que se exporta al precio de 60 francos el kilo.

Se curten cueros para la exportación; en 1830 salieron 353 a 5 francos cada uno.

A veces se cosecha tabaco; en 1828 se recogieron 200 kilos a 1.25 francos el kilo.

Se hacen, además, pequeñas obras de marquetería, cuyo producto nunca figura en los estados de cuenta, pues los empleados las regalan generalmente a sus protectores.

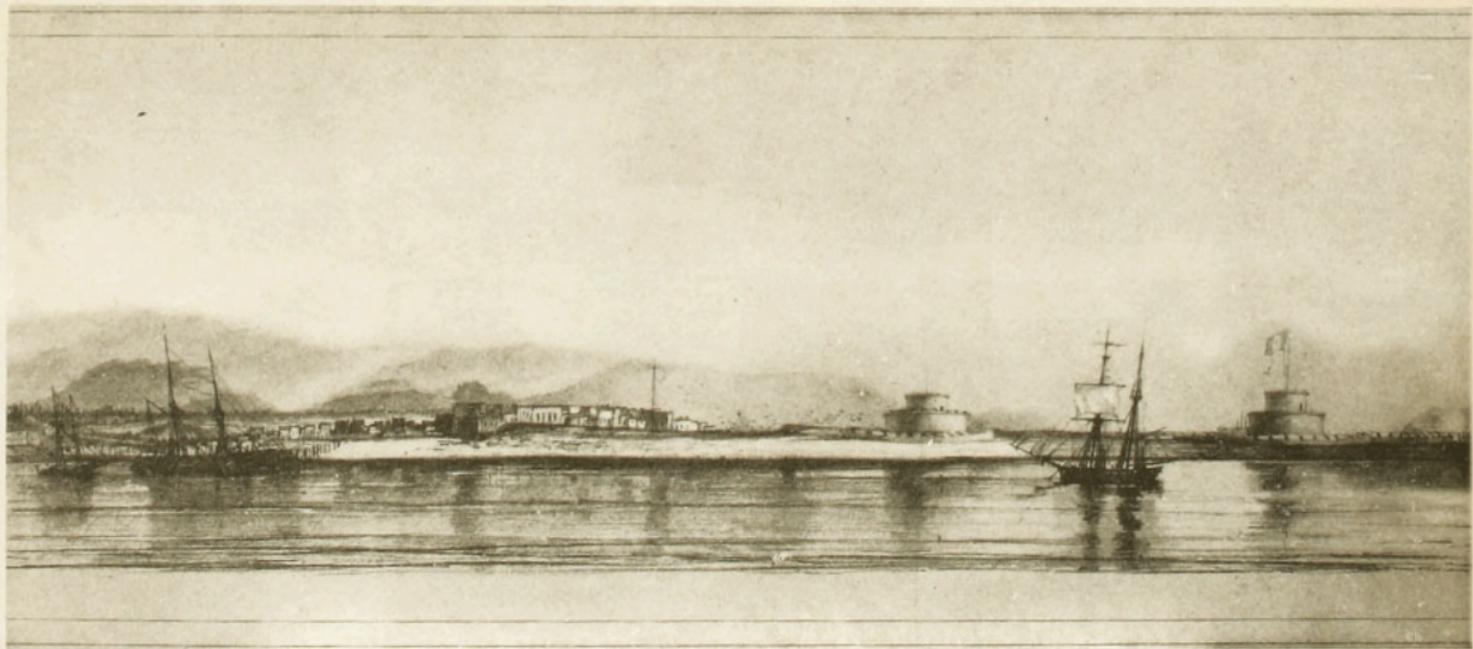
Se advierte generalmente una gran intermitencia en las rentas de la provincia; hay, no obstante, una progresiva mejora. Empero, no habría que creer en la veracidad de las sumas que figuran en los ingresos, pues ellas son la valuación del valor convencional a la que deben tomar los objetos los empleados para pagarse sus salarios, y de ninguna manera el valor real de esos mismos productos, que están muy lejos de venderse a esos precios. El excedente de las mercaderías absorbidas por los empleados con sus sueldos se envía a Santa Cruz, en donde se vende por cuenta del gobierno, el cual da en can-

¹ En pasta vale 12 pesos o 60 francos los 12 kilos. En grano vale la mitad.

² Purificada y blanca, vale 125 francos los 12 kilos; purificada y amarilla, 60 francos los 12 kilos. En 1830 San Ignacio tenía 48.636 plantas de cacao.

³ Se vende a 90 francos los 12 kilos. Había en San Ignacio, en 1831, 3456 tamarindos.

⁴ Se vende a 30 francos los 12 kilos. En 1831 San Ignacio tenía 733 plantas de café.



Nº 23. — Panorama de El Callao, puerto de Lima, en el Perú

je por año, a título de socorro, 400 panes de sal (la provincia no la produce), 200 mantas de lana, 1.000 kilos de hierro, 150 kilos de acero, 400 cuchillos, algunas resmas de papel, 1 saco de harina y 37 litros de vino para los oficios de la iglesia. Fácil es comprender cuán insuficientes son esas cantidades para una población de 23.000 almas.

Fuera de las plantas que producen para el Estado, se cultivan todavía en Moxos todas aquellas que son propias de las regiones cálidas y que están destinadas al sustento de los vecinos. Esos productos son el arroz, el maíz, el maní, los porotos, las calabazas, la mandioca, las bananas, las papas, las papayas, etc.

PRODUCTOS NATURALES

Teniendo en cuenta lo elevado de su temperatura, la provincia de Moxos suministra todos los productos naturales que ya indiqué en Chiquitos¹, sólo que en el gran número de ríos y de lagos es tan abundante la pesca que podría bastar a una gran parte de las necesidades de sus habitantes, si en Moxos hubiese la menor industria relativa a las pesquerías. Las maderas de construcción y de ebanistería son allí muy abundantes y variadas, lo mismo que las palmeras que bordean todos los ríos, y entre las cuales se encuentra la *Totay*, recurso del indio en los años de hambre. Hay, además, una inmensa cantidad de frutas salvajes. Al pie de las Cordilleras (país de los yuracaré) el fruto del *Tembí* procura a los indios una abundante alimentación. Encuéntrense allí cuatro árboles, el *Tochore*, el *Hunohuno*, el *Puchichi*, del que los indios sacan sus camisas de corteza, y el *Cheneche*, con el cual fabrican cuerdas para sus arcos y sus redes. El *Itira* da un magnífico color violeta; el *Cancasi*, un rojo brillante; el *Utupi* y el *Sabayesto*, un negro bellissimo, y el *Yene*, el azul. Existen también una multitud de plantas de aplicación en medicina y en tinturas que todavía no han sido estudiadas.

ADELANTOS AGRICOLAS, INDUSTRIALES Y COMERCIALES DE QUE ES SUSCEPTIBLE LA PROVINCIA

Muchas mejoras podrían introducirse en la provincia de Moxos, y en algunos casos, las mismas que en Chiquitos². Me limitaré a citar las ramas más susceptibles de recibir un impulso nuevo y productivo.

La primera tarea, indispensable para los trabajos agrícolas y ga-

¹ V. Cap. XXXII, parágrafo 3.

² V. Cap. XXXII, p. 3.

naderos y aún para la salubridad, sería la construcción de pequeños canales, fáciles de abrir en esa tierra blanda, que desecarían los pantanos y aumentarían la superficie aprovechable. Para duplicar las tierras, bastarían algunas sangrías practicadas a trechos bastante cortos. De esta manera se aumentaría considerablemente el rebaño de bovinos, compuesto hoy por unos 120.000 animales, que podrían reproducirse por mitades cada año. Consiguientemente, las grasas y los cueros producirían una renta inmensa. Chiquitos, más propia para la cría de caballos, se reservaría esta industria, en tanto que el ganado bovino se reproduciría mejor en Moxos, en donde los caballos, acostumbrados a esos terrenos pantanosos, tienen los cascos débiles para resistir las montañas pedregosas.

En 1830 había ya 774 ovejas; por poco que se ocupasen de este ganado y de su reproducción, estos animales darían pronto lana para el abastecimiento de los telares; entonces no solamente Moxos fabricaría frazadas, que hoy hace traer de las ciudades montañosas, sino que podría tejer lana en vez de algodón, y con lo que dispondría de productos mucho más ventajosos.

Ventajas considerables se obtendrían de la cera de abejas. Bastaría establecer esta industria en Moxos para hacer excelentes bujías con grasa de las reses que se matan todos los años.

Una multitud de especies de índigo crece naturalmente en los sitios menos anegadizos, sin que se haya pensado en utilizarlo. En el país de los yuracarés, sobre todo, muchas plantas dan un excelente azul.

La vainilla, silvestre en los bosques, se cultivaría con éxito, sobre todo, para comerciar con Europa. Lo mismo ocurriría con los árboles de especias, que allí se aclimatarían fácilmente.

El cultivo del tamarindo, del cacao, del café y de la caña de azúcar podría recibir un nuevo impulso, y, bajo un régimen más racional, llegaría a quintuplicar su producción. Otro tanto puede decirse del maíz, del arroz, etc. En una palabra, Moxos sería apta para todas las plantas de las regiones cálidas.

Las más hermosas maderas de ebanistería y las maderas y plantas para tinturas podrían ser objeto de una provechosa exportación. Las palmeras suministrarían una gran cantidad de aceite de coco que hoy no se utiliza; se cosecharía también mucho aceite de almendra del país y de copahú. Una gran cantidad de árboles dan potasa por incineración y muchos otros producen las más aromáticas resinas.

Si no hubiese conocido la ley prohibitiva en vigor bajo la Colonia, habría podido asombrarme mucho de que los jesuitas, tan industriales, no hubiesen sacado provecho de la rama de la industria más importante de ese país, cuyo porvenir hará cambiar la fisonomía de todo el Estado. Me refiero al hierro. En los alrededores de San Joaquín, y hasta en la misma plaza de esa misión, el suelo está doquiera cubierto de hierro hidratado en grandes pepitas, cuya explotación sería

tanto más fácil cuanto que el vecino río Machupo ofrecería un medio ideal de lavado. Sólo se trataría, pues, de extraer el hierro a campo raso, lavarlo en el mismo sitio e instalar altos hornos o forjas catalanas alimentadas con carbón de madera que suministrarían los bosques inmensos de ese suelo virgen; de esta manera Moxos se proveería del hierro necesario para sus diversas explotaciones y podría aún abastecer a las ciudades del interior, que traen esos productos de Europa.

Cuando se piensa en esa vasta red de ríos navegables que surcan en todo sentido la provincia, se comprende que se iniciaría una vida nueva si el hierro llegase a ser común y, sin necesidad de acudir a las manufacturas europeas, proveyese las materias primas para la construcción de máquinas a vapor para la industria y especialmente para la navegación superior de toda la región del Amazonas. Moxos se convertiría entonces en la comarca más rica de Bolivia. No dudo un instante de que el bienestar producido por las minas de hierro desdeñadas hasta ahora y de que el impulso que daría a la civilización serían más duraderos y cien veces superiores a esta proverbial riqueza de las minas de oro y de plata de La Paz, de Tipoani, de Chayanta, de Oruro y aún del famoso Potosí. Para obrar este cambio, bastaría con la presencia de un ingeniero de minas, acostumbrado a este género de explotación, corriente en los departamentos de los Pirineos orientales y de Aude y en todo el este de Francia.

Junto a esta famosa fuente de riqueza, siempre desdeñada por el minero peruano, los escritores hiperbólicos pretendieron encontrar oro en todas partes, incluso en Moxos, cuando, de acuerdo con la constitución geológica de la provincia, comprendí que no hay ninguna esperanza de encontrar allí ese metal.

Si, teniendo en cuenta la escasa diferencia de nivel de sus planicies, Moxos no puede hallar en los cursos de agua de su centro tanta fuerza motriz natural para las fábricas como Chiquitos, en cambio podría encontrarlos muy numerosos si la industria tomase posesión de aquella innumerable cantidad de arroyos y de torrentes que bajan de la cordillera en la comarca de los yuracarés. Por lo demás, la abundancia de agua y de maderas, se tornaría siempre, gracias al vapor, en un elemento de gran prosperidad industrial, en cuanto se reemplazaran las informes artesanías de Moxos con nuestras máquinas, tan apropiadas para multiplicar los recursos.

Como ya lo dije, el comercio actual de Moxos es casi exclusivamente propiedad del gobierno, puesto que apenas si en el año entran unos pocos mercaderes por Santa Cruz y menos todavía por Cochabamba; pero como estos últimos mantienen una sorda rivalidad con los empleados, y como están sujetos a derechos¹, su número es poco

¹ Se les cobra el diez por ciento de derechos; además, tienen que pagar un real por día (66 céntimos) por alojamiento y comida en la mesa común; cuando

considerable y, sobre todo, sin importancia comercial. Como de acuerdo con el sistema actual, los empleados ponen todo su empeño en neutralizar la entrada por Cochabamba, con el objeto de reservar ese comercio a Santa Cruz, éste se ve reducido hoy a canjes sobre valores ficticios, puesto que el dinero aún no tiene curso en Moxos. El medio de dar a la provincia el impulso comercial de que es susceptible, sería aumentar su industria en todas las ramas de que hablé, abriéndole comunicaciones con Chiquitos, Santa Cruz, Cochabamba, Brasil y, especialmente, con Europa por los afluentes del Amazonas. Daré aquí un vistazo al comercio y a los medios de establecer fáciles relaciones.

En las presentes circunstancias, y en virtud de un decreto del prefecto de Santa Cruz, encaminado a prevenir el fraude, Moxos no puede, so pena de fuertes multas, establecer relaciones con Chiquitos. Para restablecer las comunicaciones, bastaría con remontar con embarcaciones los ríos San Miguel y Blanco, hasta cerca de San Javier y de Concepción de Chiquitos. Entonces, la sal, que falta en Moxos, podría venir de Chiquitos, en donde abunda.

El comercio con Santa Cruz de la Sierra es prácticamente el único. Se hace remontando el Piray hasta el puerto de *Cuatro Ojos*, o el río Grande hasta *Payla* o *Bibosi*, distante unas ciento cincuenta leguas de Loreto. El primer río ofrece rápidos difíciles de vencer en tiempo de sequía y nulos en la época de las lluvias; con sus codos y recodos, el segundo aumenta mucho la distancia. Lo mismo que en Chiquitos, se transportan todos los artículos de *recepturias*¹, los que, con algo más de industria, podrían ser centuplicados. Para mejorar esta vía, pues, no habría más que reemplazar a las piraguas, hechas con un solo tronco ahuecado, por barcos más ligeros y más altos sobre el nivel del agua, y hacer un muelle en Cuatro Ojos o en Bibosi, con el fin de poder atravesar en cualquier época esos inmensos pantanos, en los que las mercaderías se averían tan a menudo en el estado actual de cosas, pues no se ha hecho ninguna tentativa para mejorar los caminos.

La dificultad de comunicaciones, por una parte, y por otra, la proclividad de los empleados de Moxos, y más o menos la de casi todos los cruceños, a neutralizar los inauditos esfuerzos de los vecinos de Cochabamba, han tornado casi nulo el comercio de Moxos con esta ciudad, a pesar de las grandes ventajas que se obtendrían si sus productos pudieran despacharse en seguida al centro de la república. La navegación actual es larga y penosa por el río Chaparé², y los pe-

toman piraguas tienen que pagar tres reales por día a cada remero. Todas estas sumas se pagan en mercaderías sobre el valor corriente admitido, que es puramente convencional y tres veces superior al real, es decir, a razón de 10 francos el pan de sal, a 20 francos la envoltura, etc.

¹ V. Cap. XXXVII.

² V. Cap. XXXV, parágrafo 1.

ligros a que se está expuesto al atravesar la cordillera de Palta Cueva¹ son incontables. Fué justamente con el objeto de allanar tales obstáculos que abrí una nueva ruta por Tiquipaya y el río Securi², de ninguna manera peligrosa, y para la cual sólo falta trazar un camino de mulas, que, por lo demás, puede hacerse sin gastos con ayuda de los indios moxos, interesados en la apertura de una vía que daría un valor efectivo a las producciones de la agricultura y de la industria. Además, esta ruta serviría también para civilizar a los yuracarés y podría echarse mano a los recursos que ofrezcan las cien leguas de camino que hay que recorrer en ese trayecto. Como Cochabamba sólo da productos de las regiones templadas, faltan allí todos los de Moxos. Habría una doble ventaja en hacer directamente este comercio, sin pasar como hoy por Santa Cruz, lo que triplica inútilmente la distancia, puesto que para pasar por esta ciudad hay que andar más de trescientas leguas. Creo, pues, que el gobierno boliviano, sin destruir el comercio de Santa Cruz, que importa mucho conservar, debería ocuparse también del de Cochabamba, más conveniente si se considera el carácter emprendedor de sus habitantes, con lo que estimularía a los moxos y, sobre todo, les daría una idea más exacta de las relaciones comerciales que se estilan en todas partes.

Con la navegación por el Itenes o Guaporé, Moxos podrá comunicarse con Matto-Grosso y Cuyaba, cuando estos dos países, Brasil y Bolivia, olvidando antiguas rivalidades de portugueses y españoles, se unan para establecer el comercio interior en sus dilatadas posesiones respectivas.

En el momento actual, los productos exportables consisten, igual que en Chiquitos, en cueros de ganados y de animales salvajes, hoy sin valor; en cera, índigo, vainilla, azúcar, cacao, café, maderas de ebanistería y de tintura, aceites de coco, de ricino y de copahú; resinas diversas, de copal, etc. Como el dinero no tiene aún curso en Moxos, los primeros comerciantes europeos que llegasen allí harían operaciones tanto más ventajosas cuanto que los comerciantes actuales realizan ganancias inmensas a pesar de que operan con mercaderías europeas compradas de segunda mano. Por lo demás, las mercaderías de importación en Moxos son las mismas que en Chiquitos³.

En el río Madeira se cuentan veintitantos rápidos que los barcos a vela o a remo no pueden remontar, pero que los trasponen fácilmente aguas abajo. En efecto, si los hombres de las barcas pesadas llamadas *gariteas*, que remontan anualmente este río desde Pará hasta Matto Grosso, se ven obligados en cada uno de esos rápidos (*cachoeiras*) a descargarlas, sacarlas trabajosamente a tierra y empujarlas y descargar y volver a cargar las mercaderías, a la vuelta navegan sin

¹ V. Cap. XXXV, parágrafo 3.

² V. Cap. XXXVI, parágrafo 2.

³ V. Cap. XXXI, parágrafo 3.

detenerse, como si tales rápidos no existiesen. Cuando se piensa que antes de la aplicación del vapor, se consideraba al Ródano imposible de remontar en barco, hay que creer, de acuerdo con los informes que sobre esos rápidos obtuve, que se podría cruzarlos fácilmente remontándolos con vapores de mediano tamaño, sobre todo en la estación de las lluvias, de enero a marzo, cuando hay de tres a cinco metros más de profundidad que en la estación de la sequía. Por otra parte, si se quisiera navegar todo el año, como esos rápidos ofrecen sólo pequeñas diferencias de nivel, bastaría con construir en los pasos más difíciles un pequeño canal paralelo al río y colocar en él una esclusa. De esta manera, la provincia de Moxos podría comunicarse directamente con Europa por medio del Madeira, el Amazonas y el océano Atlántico. Como las selvas vecinas ofrecen doquiera maderas en profusión, se concibe qué baratas y fáciles de construir serían esas esclusas; pero sería necesario que Brasil prestase su apoyo a esta navegación.

De acuerdo con los informes que obtuve de los marineros brasileños que venían de Pará por esta vía, pienso que, tal como están hoy las cosas, los vapores podrían remontar desde el Atlántico hasta un poco más arriba de los rápidos en tiempo de crecientes. Una vez franqueados esos obstáculos, se abre para las relaciones comerciales una red inmensa de ríos navegables por grandes barcos a vapor.

1º Por el río Beni se puede llegar a recibir al pie de las montañas las ricas producciones de las provincias de Apolobamba, Muñecas, La Paz, Yungas y Sicasica; así, la quina y todos los demás productos de la Cordillera pueden embarcarse directamente para Europa en este extenso río, ahorrándose centenares de leguas de transporte a lomo de mula hasta los puertos del océano Pacífico y la larga y peligrosa navegación por el cabo de Hornos. La Paz y las demás ciudades del centro de Bolivia estarían entonces más cerca de Francia por comunicaciones directas, que lo que están ahora en cierta manera de Chile.

2º Remontando el Itenes o Guaporé, se puede ir hasta Chiquitos por los ríos Verde, Serre, Blanco, Itonama o San Miguel, aprovechando así los productos de esta extensa provincia. Navegando por el río Barbados se puede llegar ahora hasta más allá de Matto Grosso. Como en este punto los últimos afluentes del Amazonas se confunden, por así decirlo, con los primeros del Plata, en tiempo de lluvia se puede pasar con pequeños barcos de una cuenca a la otra: un canal de 4.800 metros, abierto en un pantano¹, bastaría para completar un

¹ El señor Ferdinand Denis, a quien la geografía es deudora de tan buenos trabajos sobre Brasil, ha tenido la extrema delicadeza de facilitarme una carta manuscrita, obra de los ingenieros encargados de los límites americanos entre las posesiones de Portugal y de España. Esta carta, titulada *Carta limitrofe do Paiz, de Matto Grosso e Cuyaba*, 1782 a 1790, lleva la siguiente nota relativa a las fuentes de los ríos Paraguay y Guaporé: *Istmo de 2400 braças entre o Rio*

canal natural que comienza en la desembocadura del Amazonas y que termina a la entrada del Plata, recorriendo 34 grados de latitud, unas 1.200 leguas de longitud que atraviesan todo el centro de la América meridional.

3º Por el río Mamoré puede irse a la redonda en cualquier sentido: de un lado, remontando los ríos Grande y Piray, hasta cerca de Santa Cruz de la Sierra; de otro, por los ríos Mamoré, Chimoré, Chaparé, Securi, Isiboro, Tijamuchi, Aperé, Yacuma, Iruyani y sus tributarios, a todo el pie de la Cordillera oriental, desde Santa Cruz de la Sierra, pasando por el país de los yuracarés, hasta seis grados al noroeste, aprovechando los numerosos productos comerciales de las provincias de Valle Grande, Mizque y Cochabamba.

En resumen, por los ríos Beni, Guaporé y Mamoré la provincia de Moxos puede ofrecer millares de leguas de una navegación fácil para vapores de cualquier porte. Por sus minas de hierro y por sus bosques, la provincia puede proporcionar todas las materias primas necesarias para mantener esta navegación. Podría, pues, convertirse en el centro de operaciones comerciales realizadas en vasta escala y destinadas a aprovechar todas las riquezas, hoy inútiles, del centro de América. En un siglo en que ya no hay dificultades invencibles para el genio de los hombres de ciencia y de industria; en un siglo en que las grandes medidas de los gobiernos y de las asociaciones han hecho tanto por el bien general y por la grandeza de los pueblos, esperemos que finalmente alguna nación europea, uniéndose con Bolivia, comience esta metamorfosis indicada para hacer de un país casi desierto el centro de las operaciones comerciales e industriales más productivas para la nación que tome la iniciativa¹.

da Prata e as Amazonas onde o Governador Luiz Pinto de Souza, no anno de 1772 mandou passar uma embarcação de carga, de seis remos por banda, comunicando o mar de Equinoxial com o paralelo de 36 graos de latitude austral, por um canal mais de 1.500 legoas, formado pela natureza.

¹ Conociendo la inmensa ventaja que el comercio podría obtener de la navegación en el Amazonas, el señor Vicente Pazos, cónsul de Bolivia en Inglaterra, presentó a los ministros de marina y de relaciones exteriores, entre 1840 y 1844, y con celo y perseverancia dignos de todo elogio, distintos proyectos con el fin de obtener que Francia, más al alcance que las demás potencias, por sus colonias de la Guayana, de sacar ventajas inmediatas de esta navegación interior, se encargase de esta hermosa y vasta empresa. Los detalles estadísticos que he dado aquí con relación a las provincias de Moxos y de Chiquitos demuestran asaz claramente sus ventajas comerciales, mientras que los datos expuestos aquí sobre la navegación interior atestiguan las posibilidades de ejecución. Sólo me resta añadir mis votos a los del señor Pazos para que mi patria enriquezca con este florón la gloriosa corona con que se adornó su testa durante tantos siglos. (Véase la pequeña memoria impresa titulada *Projet d'un établissement de navigation a vapeur entre la Guyane française et les républiques du Pérou, de l'Equateur et de la Bolivie, présenté au gouvernement de Sa Majesté le Roi des Français par M. Vicente Pazos*. París, 1844.)

CAPÍTULO XXXIX

VIAJE POR EL RIO SARA Y EL RIO PIRAY DE MOXOS A SANTA CRUZ DE LA SIERRA, Y DE SANTA CRUZ A CHUQUISACA POR LAS PROVINCIAS DE VALLE GRANDE, DE LA LAGUNA, ETC.

§ 1

VIAJE POR EL RIO SARA Y EL RIO PIRAY DE MOXOS A SANTA CRUZ DE LA SIERRA



UNA vez terminadas mis observaciones sobre la provincia de Moxos, no veía el momento de regresar a Santa Cruz con el fin de acercarme a mi patria. Sentía nostalgia y todos mis pensamientos se volvían constantemente hacia Francia. Pero en esas comarcas, en donde a uno lo retienen una multitud de circunstancias, una cosa es proyectar la partida y otra la posibilidad de realizarla. El 15 de agosto salí de Trinidad y me encaminé por tierra hacia Loreto, a doce leguas de distancia, a través de llanuras magníficas, ornadas aquí y allá por numerosas palmeras carunday. Vi varias estancias y crucé tres ríos, el San Miguel, el Ivary y el San Antonio, muy bajos entonces, pero que sólo se podían pasar en piragua.

Después de varios días de espera en Loreto, y ya casi enfermo de aburrimiento, conseguí por fin unas piraguas; pero no pude salir del puerto hasta el 1º de setiembre. Remonté el Mamoré durante tres días y al cuarto entré en el Sara, que no es otro que el río Grande, cuyo nombre cambia momentáneamente desde la confluencia del Piray hasta su unión con el Mamoré. Sus rojizas aguas contrastan con la limpidez de este último. Por lo demás, las riberas del Sara, con menos terrenos bajos, ofrecen el mismo aspecto: selvas de distintos árboles mezclados con palmeras mocatus. Las altas barrancas se mostraban en

ambas orillas; pero en los troncos se reconocía fácilmente la línea de nivel de las inundaciones, que se advertía a un metro sobre el suelo. Podía estarse seguro que entonces las aguas crecían cuatro o cinco metros sobre su actual nivel.

El 5 de setiembre, al caer la tarde, vi en la orilla izquierda la desembocadura del pequeño río *Maravo*, que nace en las llanuras inundadas. A la mañana siguiente, pasé por la confluencia del río

Ibabo, cuyas fuentes había visto en Tasajos, en

5 de setiembre Pampa Grande y en Vilca, en las montañas de la provincia de Valle Grande. Este río, formado al

principio por el Surutu y el Yapacani, se llama Ibabo cuando recorre la llanura; es navegable hasta el pie de las montañas. Después de una jornada entera de navegación por el Sara, llegué a su confluencia con el Piray. En tiempos de los jesuitas se remontaba el río Sara o Grande hasta el caserío de Payla al este de Santa Cruz; pero como esta ruta obligaba a hacer un gran rodeo, y era además muy peligrosa durante las crecientes, pues cuando el río se salía de madre era difícil volver a encontrar su lecho, se renunció a ella desde hace unos cincuenta años para preferir el río Piray. Mucho más angosto que el Grande, este río está menos expuesto a las crecientes devastadoras; se lo prefiere todavía a pesar de los rápidos que presenta en la estación seca. Cuando los vapores reemplacen a las frágiles piraguas, es probable que vuelva a abandonarse el Piray para escoger el Grande, en donde la navegación será más fácil para los barcos grandes.

En ocasión de mi viaje a Cochabamba con el objeto de poner término a los abusos religiosos, el presidente de la república, atendiendo a mis observaciones, había ordenado al señor obispo de Santa Cruz de la Sierra que visitase la provincia de Moxos.

8 de setiembre Esperaba, pues, encontrarlo en el Piray. En efecto, el 8 de setiembre, cuando divisé las primeras canoas de su numeroso cortejo, las charangas me lo anunciaron. Elegimos un banco de arena. Las trece piraguas del obispo y las mías atracaron allí. Uno y otro saltamos a tierra, y después del *abrazo* • español más cordial, el señor Córdova y yo nos sentimos tan a nuestro gusto como si nos hubiésemos conocido de siempre. Hombre amable y culto, el señor obispo de Santa Cruz me colmó con muestras de consideración, y, bajo la carpa, mantuvimos largos coloquios sobre la desdichada provincia de Moxos y sobre los medios que me parecían más acertados para corregir los abusos de todo género que se cometían allí a diario. Tuve un instante de dicha al encontrar en él a un celosísimo protector del género humano, dispuesto a hacer cualquier

* *Abrazo*, en español en el texto. Se conoce que a d'Orbigny debe haberle llamado la atención la efusividad de nuestro saludo que el francés, más sobrio en la expresión de sus sentimientos, no conoce casi hoy y que ignoraba en el pasado. (N. del T.).

cosa para mejorar la suerte de los indígenas. Durante casi veinticuatro horas nuestro campamento animó las orillas salvajes y silenciosas del Piray. Fué necesario que nos separásemos, no sin lamentar que nuestra conversación no pudiese prolongarse más.

Mis remeros eran moxos. Cada vez que se bañaban, veía en sus hombros y en sus espaldas, semejantes a quemaduras, las anchas cicatrices producidas por las flagelaciones de Semana Santa. Mis preguntas me enteraron de que los indios se muestran orgullosos de esas cicatrices y que se burlan de los que no las tienen.

Río Piray
15 de setiembre

Remonté trabajosamente el Piray hasta el 15 de setiembre; su lecho, al comienzo bastante profundo, se encontraba por momentos atestado de árboles que las corrientes habían arrastrado o de troncos que habían quedado fijos en el fondo y que provocan frecuentes accidentes a las piraguas. Los indios *sirionos*¹ de las selvas vecinas emplean esas cepas para construir sus puentes suspendidos, de los que tuvimos que romper varios para pasar. Clavan estacas en la barranca, unas, derechas para soportar la cuerda; otras, oblicuas, para atarla, más o menos como en el sistema de los puentes suspendidos, amarran a ellas las lianas, que atan luego a esos troncos que sobresalen del agua y a otras estacas colocadas de la misma manera en la otra orilla. Esos bejucos quedan entonces suspendidos sobre las aguas y mujeres y niños se asen a ellos para atravesar el curso de agua y no ser arrastrados por la corriente². De esos salvajes sólo vimos sus rastros recientes.

Pronto tuvimos que vencer sucesivamente una larga serie de rápidos, formados por especies de saltos de arcilla amarilla endurecida. En cada uno de ellos no había más remedio que descargar las piraguas y arrastrarlas con cabos aguas arriba en medio de la corriente, lo que demoraba mucho nuestra marcha. En dos de esos rápidos, algunos de mis indios, obligados a caminar en el agua, fueron gravemente heridos por el peligroso aguijón de las rayas armadas. Estos peces, como las pastinacas de nuestras costas, tienen en la punta de la cola un estilete filoso de diez centímetros de largo y guarnecido a los costados por dientes en sierra que desgarran las carnes, provocan atroces dolores y acarrear a menudo accesos de tétano; por desgracia, tales accidentes son muy frecuentes en los nacimientos de todos los ríos. En la época de las crecientes, cubren esas desigualdades de cinco a seis metros de agua, y se pasa sobre ellas sin siquiera sospecharlas. Por lo demás, estos rápidos eran muy interesantes para mí porque me dieron ocasión para reconocer en las arcillas la composición de ese suelo, ordinariamente recubierto de terreno de aluvión y de selvas. Había visto su analogía con los terrenos fangosos de las pam-

¹ V. *El hombre americano*, pág. 406,

² V. plancha núm. 19.

pas de Buenos Aires y hasta llegué a recoger en el fondo del gran río gran cantidad de huesos fósiles que no pude traer a Francia. A esos lugares bajos del río debo también el descubrimiento de un nuevo género de conchas de agua dulce, que se hundan en esas arcillas endurecidas, lo mismo que las conchas perforantes de nuestras costas marítimas¹.

El 13 cesaron de pronto las selvas de las orillas del Piray, y navegábamos en medio de un estero a donde vienen a arrojarse dos riachos, el *Palacios* y el *Palometas*, que nacen en la llanura de Santa Cruz de la Sierra. Estos pantanos anunciábons

13 de setiembre el término de nuestro viaje. Ya era tiempo, pues carecíamos de víveres y yo tenía realmente necesidad de volver a encontrar la civilización y el descanso después de dieciocho meses de peregrinaciones en medio de comarcas salvajes. El día 15 atravesé cuatro rápidos seguidos y llegué al puerto, señalado en la margen izquierda por una gran cabaña techada con hojas de palmera y que estaba separado del caserío de Cuatro Ojos por un estero profundo de una legua de ancho. Después de hacer desembarcar todas mis colecciones en el puerto y habérselas entregado bajo recibo al guardián del puerto, me encaminé a Cuatro Ojos, en donde volví a mis andanzas terrestres, abandonando para siempre la navegación por los ríos, de la que estaba fatigadísimo.

Impaciente por llegar a Santa Cruz, al día siguiente volví a salir para la aldea de Palometas, a diez leguas de allí. Dejé atrás, primero, una pequeña colina arenosa, llamada *Isla pelada*

16 de setiembre porque está rodeada de tierras anegadizas; luego un pantano y un bosque no sin razón llamado *Infiernillo*: en efecto, el viajero se hunde tanto en ese terreno en hondonada y lleno de raíces, que casi me quedo allí con caballo y todo. Más allá crucé una llanura oval conocida con el nombre de *Potrero de Vacas*, y entré en una selva de cuatro leguas de largo, en la que volví a encontrar la misma vegetación que observara en los alrededores de Santa Cruz. Al salir de la selva, estaba en el *Rincón del limón*, llanura poblada de ganados y con algunos árboles aislados, en la cual divisé el caserío *Puquio*, y una legua más lejos Palometas, agradablemente situada en un terreno arenoso, un poco más alto que las llanuras circundantes.

Como no llevaba nada de lo que necesitaba para mis investigaciones, y como por lo demás ya conocía los alrededores de Santa Cruz, no hice más que dormir en Palometas y seguí hasta *Portachuelo*, situado a unas diez leguas al sudeste. Entre ambos puntos se extiende una llanura arenosa, con algunos bosquecillos y árboles aislados, en donde sólo es digno de mencionar a los numerosos rebaños que allí

¹ Es el género *Mycetopus*.

pacen, a las estancias a que pertenecen y a tres puntos que se distinguen: *Loma alta*, especie de colina arenosa, transversal a la dirección que yo seguía; el arroyuelo *Asvucito*, uno de los afluentes del río Palometas, que se desliza en medio de un bosque, y el caserío *San Diego*. Portachuelo es cabeza de distrito de esa campaña y uno de los puntos más poblados de la llanura de Santa Cruz. Se cultiva allí la caña de azúcar, el tabaco y se crían animales.

Quince leguas separan este lugar de Santa Cruz, y quise hacerlas en un día. A dos leguas de Portachuelo entré en un terreno arenoso, desigual, absolutamente semejante a las antiguas dunas, que han sido sin duda creadas por las arenas traídas desde las montañas por los desbordamientos del río Piray y amontonadas por el viento. En medio de esos singulares terrenos corren un gran número de arroyos que se dirigen al Piray, tales como los ríos Dorado, Maypuba y San Jorge. Después de este último curso de agua penetré en un bosque que creció en las antiguas dunas y, finalmente, divisé al río Piray, que a esta altura ofrece una playa de arenas movedizas de una legua de ancho, por la que corre, tanto en una como en otra orilla, una napa de agua, cuya mayor parte se filtra, en esta estación, de la arena misma y deja apenas un hilo en la superficie. Sólo me quedaba atravesar una llanura que me era muy conocida y de la que ya he hablado. ¡Con qué

placer volvía a ver los alrededores de Santa Cruz, en donde *Santa Cruz* alternativamente hiciera zoología y botánica, en donde todos me conocían, desde las autoridades hasta el último chicuelo, cualquiera fuese su pelaje! Al entrar en la ciudad, me detenían a cada paso y oía decir doquiera, como si se tratase de un acontecimiento: *Nos vuelve el naturalista* *.

Regresé con placer a mi antiguo alojamiento y me tomé algunos días de descanso, esperando poder reunir mis colecciones, dejadas en Chiquitos. Recibí de nuevo todas las pruebas posibles de afecto y de consideración de parte de los vecinos; pero, debo confesarlo, las reuniones, los placeres de sociedad ya no tenían ningún encanto para mí. Tenía una idea fija que me perseguía sin cesar: el regreso a mi patria. Por eso, cada vez que desde mi puerta divisaba las montañas azuladas, suspiraba a mi pesar por el momento en que podría atravesarlas para llegar al puerto, meta de todos mis afanes. Me entregué al trabajo más tenaz para poner cuanto antes mis notas al día, y no me ocupé sino de aquello que pudiese acelerar mi partida. Cincuenta días después de mi llegada, ya había enviado bajo escolta mis colecciones a La Paz y me disponía a despedirme. Cuanto más pruebas de bondad se han recibido en un lugar, tanto más difícil es abandonarlo. En efecto, en ninguna parte sentí más pena que al dejar esta ciudad hospitalaria en donde me acogieron como a un compatriota, como a uno de los suyos.

* En español en el original.

¡Jamás olvidaré Santa Cruz, y ojalá pueda verse en estas líneas la más sincera expresión del reconocimiento que debo a sus vecinos!

§ 2

VIAJE DE SANTA CRUZ A CHUQUISACA, POR LAS PROVINCIAS DE VALLE GRANDE, DE LA LAGUNA Y DE YAMPARAES

El 17 por la mañana, a eso de las seis, después de despedirme de todos los habitantes, las autoridades y un crecido número de personas acudieron para acompañarme; pero, con gran pesar de mi parte, todos tuvieron que aguardar hasta las tres de la tarde, hora en que llegaron las mulas. Aunque el día estaba ya muy avanzado, quise partir, de

17 de noviembre miedo a soportar el mismo retraso al día siguiente, y, sobre todo, para no cansar la paciencia de mis benévolos amigos que querían acompañarme. Salí de Santa Cruz con mi inmenso cortejo, y luego de despedirme de él, no sin sentir mucha pena, me detuve en el campo a legua y media de la ciudad.

Cuando llegué a Santa Cruz había venido por Monte Grande, por la ruta del Piray; pero, con el pretexto de que en esta dirección no había pastos para las mulas, se había abandonado esta vía y ahora se hacía un gran rodeo con el fin de ganar las llanuras por el camino de la Cordillera. Me detuve cerca de la cabaña de una pobre gente, en un bosquecillo, y establecí mi vivac debajo de un cacto que, con sus ramas cruzadas que formaban una ancha copa, abrigó a toda mi gente lo mismo que un árbol grande. Cito este hecho para demostrar qué idea errónea nos formamos en Europa de estos vegetales. En efecto, oculto bajo las plantas parásitas, el tronco de este árbol tenía ciento ochenta centímetros de circunferencia y el árbol entero, de unos quince metros de altura, podía cubrir con su sombra más o menos el mismo diámetro. Nada tan singular como el aspecto de todas las cosas reunidas alrededor de esta residencia campestre. Aquí, los pájaros silvestres domesticados; allí, sembrados en un montículo, plantas de pitahaya, luciendo sus hermosos frutos dorados; y por todas partes, troncos podridos o pequeños cántaros de terracota que encerraban enjambres inofensivos de esas abejitas llamadas *señoritas*, traídas de los bosques vecinos, lo mismo que los demás animales y las plantas. Parece que el hombre, cuanto más se acerca a la naturaleza, más le gusta rodearse de sus productos más sencillos.

A la mañana siguiente, a la salida del bosque, entré en una gran llanura arenosa, que surcaban los lechos secos de torrentes que corrían hacia el río Grande. En medio de las arenas movedizas se encuentra

un oasis cubierto de praderas y de chacras, en el que habita con su familia su propietario, un tal Mercado, que lleva allí una vida tranquila y apacible. Me recibió con la franca cordialidad de los cruceños y quiso que me quedase una noche; al día siguiente me acompañó y me hizo notar un gran manantial que surge de las arenas y la hermosa llanura de Espíritu Santo, después de la cual dejé a un lado el camino de la Cordillera para seguir la nueva ruta abierta en el bosque, hasta el puesto aduanero, creado hacía poco.

Había comenzado la estación de las lluvias. Ya eran muy raros los días buenos, y tenía que contar con sufrir mucho en las ciento treinta y cinco leguas que tenía que andar; pero, después de haber recorrido Moxos, ya estaba de vuelta de esta clase de inconvenientes. Habían trazado el camino durante la estación seca, sin brújula y sin pensar que vendría una estación lluviosa; la persona encargada de este trabajo había aumentado la distancia en más de un tercio sin tratar de vencer los obstáculos naturales. Por ejemplo, en lugar de disminuir la pendiente en los ribazos arcillosos, lo había trazado en una línea recta que resultaba tan inclinada, que las mulas resbalaban a cada paso y no podían trepar. Varias veces tuvimos que apearnos para empujar a nuestras bestias de carga. Por otra parte, las hondonadas formaban tremedales espantosos, en los que nuestras cabalgaduras se hundían hasta las verijas. En una palabra, que consideré a este camino, del que me habían hablado mucho en Santa Cruz, como teniendo que ser necesariamente abandonado, a menos que se rectificase su trazado. Por fin, y a costa de no pocos trabajos, llegué a Potrero del Rey, en donde volví a tomar el antiguo camino. Como la lluvia continuaba con fuerza, para dormir no me quedó otro remedio que atar una cuerda entre dos árboles, colocar en forma de techo mis cojinillos de cuero curtido y cavar a mi alrededor un pequeño foso para procurar una salida a los chaparrones.

Había vuelto al camino por el que dos años atrás bajara de Samaypata a Santa Cruz; por eso dejaré de lado este tema. Al entrar en las montañas, había llegado a los últimos límites de la provincia de Santa Cruz.

§ 3

PROVINCIA DE VALLE GRANDE

De Angostura o de la desembocadura del Piray en la llanura, fui penosamente hasta el pie de la famosa Cuesta de Petaca. Cuando la escalaba, reconocí que cierta región de gres friables estaba bastante llena de pepitas de hidratos de hierro como para ofrecer a las herrerías una rama industrial explotable. Faltaría solamente hacer algunas

investigaciones para asegurarse del poder de esta capa o filón. Cuando llegué a la cima de la montaña, me detuve en el sitio en que por primera vez había entrevisto las hermosas llanuras de Santa Cruz. Lleno de esperanza en aquella época, mis ojos devoraban ávidamente este mar azulado, tratando de descubrir en él por anticipado todas las riquezas que creía encontrar; pero ahora mis impresiones eran muy distintas. Era mi último adiós a esta tierra prometida que nunca más volvería a ver. Tan bien me habían acogido en esta ciudad de las llanuras, que no podía pensar en ella sin una profunda tristeza, menos viva, sin embargo, que mi gratitud.

Después de una difícil marcha de seis días, siempre empapado por la lluvia, llegué por fin a la villa de Samaypata, de la que ya me ocupé. En ocasión de mi primera estadía, había lamentado mucho no

haber podido visitar las antigüedades que, según me decían, cubrían toda una montaña, llamada por esta razón *Cerro o Fuerte del Inca*; por eso, en cuanto llegué, me ocupé de la manera de hacer esta excursión al día siguiente. En efecto, me puse en camino con el corregidor. Bajamos de Samaypata al río de Laja, luego, abandonándolo a dos kilómetros, volví al este y crucé una colina bastante alta. Bajé de nuevo hasta el lecho de un torrente cuyas laderas son muy escarpadas y me encontré al pie occidental del Cerro del Inca. Lo trepé por unas pendientes abruptas, sin camino, y tras muchas dificultades llegué a lo alto de la montaña, en donde, con gran asombro de mi parte, encontré una plataforma inclinada, formada por una sola masa de gres que ocupaba toda la cumbre de una alta colina y ofrecía una superficie de doscientos metros de largo, cubierta de esculturas. Había traído cadenas de agrimensur y todo lo necesario para levantar el plano exacto.

Al principio no comprendía nada de este conjunto de fosos de formas variadas, cavados en la roca, de zanjas trazadas diversamente, de graderías y de puertas ocultas, todo lo cual presentaba un todo alargado y orientado de este a oeste; pero cuando pude captar el conjunto, dibujado con todas las proporciones, creí reconocer en él un lavadero de oro, que, aunque extrañamente colocado en el lomo de una colina, podía explicarse aún por la barrera de los arroyos vecinos en tiempos de lluvias. Dije en otro lugar que bajo el décimo Inca, Yupanqui, los incas quisieron intentar la conquista del país de los chiriguano y que un considerable ejército vino durante dos años a establecerse en Samaypata¹. Es probable que a este ejército se deban las esculturas de esta cima y los numerosos restos de casas circulares que se encuentran allí en varios sitios, especialmente cerca de Samaypata y a un kilómetro al sur del Cerro del Inca. De todas maneras, como esos hombres no disponían de ningún instrumento de hierro, se concibe cuántas di-

¹ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. VII, cap. XVII, pág. 244.

ficultades tuvieron que vencer. Hacía falta, por un lado, el poder de un jefe, y por otro, la paciencia infinita de súbditos para terminar esta obra, todavía hoy intacta, a pesar de las devastaciones de los agentes atmosféricos durante cuatro o cinco siglos¹.

He aquí en qué me baso para conjeturar que este conjunto fué un lavadero de oro. En primer lugar debe suponerse que los Incas no se habían puesto a tallar así la montaña para pasar el tiempo. En cuanto se quiere buscar un fin utilitario a esta construcción, se lo encuentra plenamente en mi hipótesis. Hay que trasladarse a los tiempos de los Incas, cuando se podían emplear miles de brazos para satisfacer el

¹ El conjunto esculpido se compone, en su extremo oriental, por los cimientos de una gran muralla *GG*, resto de almacenes o de viviendas. De ese punto se sube por una suave pendiente de treinta metros hasta el punto culminante. En este intervalo se advierten cuatro escalones tallados en la roca, y al norte, dos estanques *I*, uno cuadrado, de seis metros de largo, y otro ovalado, de siete metros, destinados sin duda a servir de depósitos para el agua. (Véase la sección debajo del plano). En el punto más alto se advierten dos estanques oblongos *B*, de doce metros de largo y separados por una parte en la que se tallaron cuatro sillas de cada lado, cuyo destino era quizá el de servir de asiento a los obreros ocupados en lavar en esos estanques. Un poco más abajo está otro estanque anular *A*, de once metros de diámetro, alrededor del cual se ven dieciocho asientos tallados igualmente en la roca. Un conducto comunica a este estanque con otro colocado en la pendiente septentrional. Bajando siempre por la pendiente y caminando por la línea media, comienza, debajo del estanque *A*, un segundo estanque oblongo, excavado en el talud y cuyo largo es de dieciséis metros; debajo de éste, existe un tercero, oblicuo, mucho más chico, y un cuarto estanque, oval, en el norte. De este último estanque transversal se divide, siempre sobre la línea media de la pendiente, una parte *C*, de seis metros de ancho por cuarenta de largo, un poco cóncava, en la que existen tres cunetas en figura de rombo, que, en el supuesto de un lavadero, deberían servir para recoger las pepitas de oro (fig. II). Debajo de esas cunetas romboidales hay dos últimos estanques *D*, más allá de los cuales se extiende una muralla. Allí indudablemente terminaba la instalación del lavadero. Del otro lado de la muralla, y debajo, se ve todavía en una plataforma muy pareja un estanque *E*, de veintisiete metros de largo por doce de ancho. En esta plataforma, cerca del estanque, está la figura de un animal esculpido en relieve, y del otro lado un ave de gran tamaño, dibujada solamente en hueco. Debajo, en dos fosos en forma de media luna *FF*, cuya convexidad es inversa, se notan dos grandes animales dejados en relieve, y en el lado septentrional una serpiente igualmente esculpida en relieve en una cavidad semilunar. Más allá se prolongan dos inmensas graderías que terminan el conjunto por el oeste.

Hasta ahora no hablé más que de la parte convexa que ocupa la cima de la colina: réstame decir solamente dos palabras acerca de las dos cuevas paralelas, al norte y al sur de cada lado de la eminencia. Al norte, en la extremidad oriental, hay tres anchas graderías y unas especies de fosos (*H* del plano y fig. III, el perfil), en donde hay una entrada reservada, y lo demás, tallado en la roca, muestra puertas disimuladas. En la cueva se ven cuatro de esos fosos y varias amplias graderías, debiendo servir unas de escaleras y los demás destinados a otros usos.

Al sur se ven muchas grandes graderías más y fosos anchos y largos. (Este plano figura en la plancha N° 1 de *Antigüedades*, que corresponde a otra sección del original en francés).

menor deseo de sus jefes, y entonces se comprende qué fácil era acarrear desde el fondo de los ríos vecinos — todos ellos abiertos en terrenos esquistosos y, por ende, debiendo contener oro—, las partes más adecuadas para sacarles el polvo. Las reliquias de la aldea, situada al sur, cerca del arroyo, explicarían por una parte la población empleada en la explotación y por otra, las posibilidades de ésta. Por lo demás, de admitirse otra explicación, todo se comprende fácilmente. Los grandes fosos *H* del lado septentrional y los demás de la ladera opuesta habrán servido para depósito de los materiales a lavar. Los estanques *I* muy profundos, contendrían el agua para abastecer los estanques *A* y *B*, en donde los hombres, sentados, procedían a la dilución. Después de este trabajo, una vez retirados los guijarros mayores, el residuo debía pasar sucesivamente a los dos estanques inferiores, con el fin de retirar de ellos las materias extrañas, mientras que junto con el agua se arrojaban las últimas arenas auríferas al estanque *C*, destinado, según toda apariencia, a retener en sus ranuras las pepitas de oro que se buscaban después de la operación.

Tal es, según mi pensamiento, la explicación probable del lado positivo de esta montaña esculpida. En lo que se refiere al aspecto alegórico, relacionado con la religión, quizás podría verse en el estanque *A*, situado en el punto más alto del conjunto, la representación del sol, cuyos rayos serían las excavaciones triangulares del contorno. Dentro de esta hipótesis, sería lícito creer también que las medias lunas *F F* de la parte baja representarían los primeros y los últimos cuartos de la luna, andando de este a oeste. En cuanto a la serpiente *F*, al ave y al otro animal al borde del estanque *E*, tenían tal vez un valor simbólico difícil de explicar hoy.

Si mi suposición tiene algún fundamento, debe pensarse que los alrededores encierran ricas minas de oro. En la parte geológica se ha visto que todos los lugares en donde se encontró este metal, Potosí, Oruro, etc., pertenecen a los esquistos o a las capas esquistosas del terreno siluriano. Pues bien, como esos terrenos ocupan el fondo de los valles vecinos, todo induce a creer que nuevas búsquedas en los antiguos aluviones de los ríos Grande, Piray y sus tributarios, darían mayores probabilidades de éxito. Sobre todo, sería menester ocuparse de los cursos más cercanos al Cerro del Inca, para volver a encontrar el lugar explotado en tiempos de Yupanqui.

Después de recorrer un día entero el Cerro del Inca y de haber levantado el plano con toda la exactitud posible, regresé, satisfechísimo de mi excursión a Samaypata, en donde dos personas me regalaron unas especies de estrellas de piedra, de diez centímetros de diámetro y agujereadas en el centro, que son muy comunes en la vecindad de las antiguas habitaciones de los Incas. Supónese que eran armas. Es probable que se pasara un bastón por el agujero del centro y que se lo empleara como empleaban sus mazas los antiguos.

Salí de Samaypata el 25 de noviembre y me encaminé a la capi-

tal de la provincia, la ciudad de Jesús del Valle Grande, distante unas diez leguas terrestres. Volví a trepar al sudoeste la
25 de noviembre alta colina que domina Samaypata, andando por terrenos áridos y bajé por unos caminos muy malos a una llanura arenosa, poblada de espinos y poco apta para los cultivos; no obstante, vi allí potreros y muchos rebaños. Por el lado opuesto trepé a un barranco lleno de arbustos, entre los cuales mi arriero me señaló el que produce el bálsamo del Perú y la quinaquina. Pasé la noche en el lugarejo de Limón, no lejos del de Pirucilla.

Entre Samaypata y Valle Grande corren tres cadenas paralelas, a las que crucé oblicuamente: la *Cuesta de Samaypata*, la *Cuesta del Limón* y la *Cuesta de San Blas*, entre las cuales corren el riacho Vilma y los ríos de las Tembladeras, San Blas y Valle Grande, todos ellos afluentes comunes que se dirigen a Pampa Grande, y de ahí al río Yacapani. Todos esos valles ofrecen la temperatura de Provenza y pueden dar todos los productos de nuestra Europa templada. En la cumbre de la montaña del Limón, compuesta de gres, todas las plantas son aromáticas y expanden por la campaña un olor excelente. Algunas se emplean para conservar los tejidos de lana y reemplazan al alcanfor, sin ser tan desagradables. La ladera opuesta ofrece escasa vegetación y un terreno muy accidentado, en el que tuve que subir y bajar constantemente hasta el caserío de *Pavas*, y de ahí hasta el río de las Tembladeras.

Todas las montañas circundantes se componen de gres friables, y las partículas desprendidas son arrastradas por las aguas pluviales hasta el fondo de los valles, en donde dejan filtrar constantemente en la arena una corriente que no se ve desde el exterior. De donde resultan terrenos tan movedizos, que hay que atravesar lo más rápidamente que se pueda el río de las Tembladeras si no se quiere correr el riesgo de que lo traguen. Cuando uno cruza su lecho, se ve a la superficie ponerse en movimiento, casi como si fuese un puente colgante. Dos leguas más abajo del punto en que lo crucé, este río se une con el San Blas, al que también llegué después de haber atravesado una colina bastante alta. Desde la orilla opuesta del San Blas la pendiente es muy rápida y se compone de gres vigorosamente erguidos hasta la cima de la cuesta del mismo nombre. Desde ese punto se domina un valle magnífico, dirigido casi de norte a sur, y cubierto de pastos, más allá del cual, y al pie de la montaña paralela a la Cuesta de San Blas, divisaba la ciudad de Valle Grande, a la que llegué casi de noche. Me recibió allí el cura don José Rafael Salvatierra, uno de mis mejores amigos de Santa Cruz, y durante tres días los principales vecinos me colmaron de atenciones. Volví a encontrar allí el carácter jovial y las amables maneras de los cruceños.

Con relación a sus productos naturales, a su temperatura y a su insalubridad, la provincia de Valle Grande se encuentra absolutamente en las mismas condiciones que la de Mizque. Me excusaré, pues, de dar

a su respecto detalles que son coincidentes. En efecto, esta circunscripción política no es más que la continuación de las cadenas montañosas y de las corrientes de agua que atraviesan la provincia de Mizque. Al norte se encuentra la cadena oriental, la que, después de haber seguido casi al este, dobla de pronto en San Pedro y se vuelve bastante bruscamente hacia el sur, algunos grados al este, pasa por Valle Grande y va a terminar a poca distancia, cerca del río Grande. La dirección de esta cadena determina la de los otros valles más orientales, formando un ángulo recto con las profundas incisiones del río Grande, que sigue al estenordeste. En resumen, la provincia de Valle Grande presenta un triángulo elevado, formado por un avance oriental muy pronunciado de los últimos contrafuertes de la Cordillera. Este conjunto de montañas poco erizadas, de valles altos y de valles profundos proporciona al país todas las temperaturas, desde la zona apta para el trigo hasta la de la caña de azúcar. La principal industria es la cría de ganados.

Esta provincia, dependiente del departamento de Santa Cruz, no encierra más que tres parroquias y sus anexos, la ciudad de Valle Grande, Chilón y Samaypata, las que, según los informes suministrados por la *Guía de Forasteros* de 1835, tendrían 16.313 habitantes. Esta población sería, por consiguiente, más elevada que en 1788¹; pero como está probado por la mortalidad siempre creciente de Pampa Grande, que la población disminuye en la mitad de la provincia, cuesta creer que Samaypata y Valle Grande, los dos puntos exentos de esas plagas anuales, hayan registrado un crecimiento tan notable, cuando las guerras de la independencia dejaron en tiempo de Aguilera heridas todavía demasiado recientes para permitir suponer que desde 1824 tantas pérdidas hayan sido reparadas.

La ciudad de Jesús del Valle Grande, situada a ochenta leguas de Cochabamba, a cuarenta y ocho de Santa Cruz y a sesenta y seis de Chuquisaca, está edificada al lado de un barranco al pie oriental del último ramal de la Cordillera. Está rodeada por jardines en los que se notan nuestros árboles frutales. Dos calles principales la cruzan, bordeadas de casitas de planta baja, construídas con ladrillos crudos y techadas con tejas. Dan sobre la plaza una iglesia en cruz y dos hermosas casas de un piso, con balcones de madera. Los alrededores serían encantadores si en ellos se plantasen árboles: todos los de Francia se darían aquí perfectamente, lo mismo que nuestros demás cultivos. La viña especialmente daría aquí excelentes cosechas, al igual que nuestros frutos de Provenza. El vecino valle apenas si alimenta hoy a algunos rebaños de carneros, cuando, bajo la influencia de unos cultivos racionales, podría no sólo dar vinos para el abastecimiento de toda la república, sino también una multitud de productos todavía ignora-

¹ Viedma atribuye a la provincia 14.623 habitantes así divididos: 4224 blancos, 4239 mestizos, 3929 mulatos, 317 indios y 40 negros. Hoy no existe ningún indio y los mestizos se encuentran en número muy reducido.

dos. El curato de Valle Grande produce por año 20.000 francos: es tal vez uno de los más extensos de Bolivia, puesto que tiene por sucursales Pampa Grande y Pucara, la primera a quince leguas de distancia y la segunda a diez, y toda su circunscripción tiene treinta leguas de largo en su diámetro mayor.

El 30 de noviembre me despedí de los buenos habitantes de Valle Grande y me encaminé hacia Chuquisaca. Mi primera jornada sería de diez leguas hasta Pucara. Durante una legua an-

30 de noviembre duve primero por una llanura, costeano al pie de las montañas, no sin pensar en las inmensas ventajas que la agricultura podía obtener de esas tierras vírgenes de toda labranza. Luego comencé a subir por unos collados reverdecientes. Allí no encontraba ya esa vegetación arborescente de las montañas de Yungas, sino apenas algunos matorrales achaparrados entre algunas gramíneas o fanerógamas poco variadas. Noté, sin embargo, varias especies de brezos de flores rojas y de ranunculáceas de flores de un bellissimo color amarillo. Cuando llegué a la cumbre de la cadena, divisé los puntos encumbrados cubiertos de musgos, de licopodios, o de un gran número de helechos, y toda esa vegetación había recobrado su frescura primaveral por la acción de las lluvias continuas. Por la cumbre de la cadena que dominaba todos los alrededores anduve unas tres leguas hacia el sur. Si dirigía mi mirada hacia el este, tenía a mis pies la continuación del valle, que se ahondaba cada vez más, y un poco más lejos, las montañas de gres desnudas. Si por el contrario, miraba hacia el oeste, todo cambiaba de aspecto: era en todas partes una inmensa extensión de montañas separadas por valles profundos, entre los cuales distinguía en lontananza, como abismos, los ríos Mizque y Grande con sus cuevas escarpadas. Antes de abandonar ese punto elevado, noté que ese último ramal de la Cordillera oriental va abatiéndose hasta terminar a unas leguas al sur. No era ya esta cadena imponente que había cruzado cuando fuí de La Paz a Yungas ni siquiera esos lugares encumbrados que dominan a Cochabamba, mostrando doquiera sus nieves y sus escarchas perpetuas. Al disminuir de altura, la Cordillera había cambiado de forma y de aspecto. Una rápida pendiente de dos leguas por terrenos de gres me llevó a Pucara, en donde me encontraba a unos quinientos o seiscientos metros debajo de la cresta que acababa de dejar.

Pucara no es más que un miserable villorrio en el que los arrendatarios fijaron su residencia para criar ganados vacuno y lanar. Si la aldea no fuera lugar forzoso de paso entre Santa Cruz y Chuquisaca, nadie seguramente pondría en ella los pies; pero el viajero está obligado a detenerse allí para contratar los guías y los caballos necesarios para la travesía del río Grande, uno de los pasos peligrosos de la república. Los alrededores de Pucara no se parecen en nada a las altas montañas: sus collados están cubiertos de breñales espinosos y se ven bosques espesos en todos los valles circunvecinos. El aspecto de esos

valles, o por mejor decir, de esas desgarraduras del suelo, tiene algo de salvaje y sin embargo majestuoso. La confluencia del río Grande con el Mizque, que se divisa al oeste, a escasa distancia, es notable sobre todo por su profundidad y por las montañas escarpadas de sus orillas, que se elevan como altas murallas cubiertas de vegetación. Algunas excursiones por los alrededores de la aldea me proporcionaron muchos objetos de historia natural y sobre todo picaflores nuevos para mí.

Una vez que conseguí un buen guía y esos caballos acostumbrados a luchar contra la corriente, y llamados por eso *vadeadores*, salí de Pucara el 2 de diciembre. Tenía que hacer diez

2 de diciembre leguas hasta el río Grande, y comencé a bajar por las pendientes más abruptas y por senderos apenas esbozados, al borde de espantosos precipicios, rodando junto con las piedras sueltas o resbalando por las partes arcillosas humedecidas por la lluvia que no cesó de caer. En Pucara la temperatura es fría, pero a medida que bajaba, el calor se hacía sentir, hasta hacerme sufrir bastante a eso del mediodía. Había cruzado por varias zonas geológicas distintas, recogiendo fósiles silurianos y especialmente trilobites. Había visto a la vegetación cambiar de forma y admirado el conjunto que se ofrecía a mí, ya contemplase la profundidad del lecho del río, ya que tratase de poner en orden esa multitud de montañas del lado opuesto. A pesar de haber andando todo el día, sólo pude llegar hasta el pie de la cuesta, en donde vivaquéé en un barranco profundo. Al llegar estaba realmente asombrado de todo lo que había visto desde la mañana. Los picachos de gres, mostrando sus flancos escarpados, sus grietas profundas llenas de hermosísimos tejos, los efectos de las aguas en las negruzcas rocas silurianas en descomposición, viva imagen del caos las bellas perspectivas, los variados bosques y hasta los resbalones que había dado con mi mula, a riesgo de rodar hasta el fondo, todo eso se representaba a un tiempo en mi imaginación. Un viaje por una comarca uniforme deja pocas huellas; pero la naturaleza accidentada nos proporciona más recuerdos en un día que semanas enteras en las llanuras. Es un cambio de todos los minutos, un panorama que se multiplica bajo todas sus formas, variando de aspecto y haciendo nacer a cada paso nuevas impresiones.

El paraje de mi campamento en nada se parecía al resto del collado. Ahora no había esas cumbres cubiertas de brezos o de criptógamas, ni esos terrenos breñosos de Pucara, ni los bosques de tejos que se veían allá abajo; la zona que había alcanzado no contenía más que una vegetación particular muy notable, compuesta de zarzas espinosas, semejantes a las que había notado en los alrededores de Chilón y muchos cactus de seis u ocho especies distintas. Unos, semejantes a grandes árboles, ostentaban frutos bastante suculentos y una copa en forma de candelabro; otros se arrastraban en el suelo y se ocultaban bajo sus numerosas espinas, y los más originales, erguidos como cirios de unó

o dos metros de alto, ostentaban en su copa una larga cabellera blanca que caía a un lado. Aparte de esos vegetales, el suelo, como consecuencia de lo salobre de los terrenos, se cubría en los barrancos de salicores y otras plantas marítimas.

Cuando a la mañana siguiente desemboqué en el lecho del río Grande y vi ese profundo y ancho surco por el que corren, saltando y

espumando, unas aguas rojizas y cargadas de arcilla, recordé que mis guías me habían estado cansando la mayor parte de la noche con el relato de todos los accidentes ocurridos al cruzarlo. Y no me sorprendí. Constreñido en su lecho, el río no podía ser cruzado sino en un vado que hay en un lugar en que las aguas se dividen en tres brazos. Y aun así, este paso sólo puede hacerse en la estación seca, pues en la de las lluvias, las aguas son demasiado profundas para pasarlas a caballo; entonces se construye una legua más abajo lo que se llama una *maroma*. En el lugar llamado Cucillo, en que el río corre entre dos montañas muy aproximadas, se tiende de una a otra orilla una fuerte cuerda de bejucos, atada fuertemente a unos postes; se la pone lo más tirante posible y se suspende de ella una canasta en la cual se pasan hombres y mercaderías por medio de una cuerda de la que tira la gente apostada en ambos lados. Basta imaginarse al pobre viajero suspendido de tal suerte a más de cincuenta metros sobre las aguas rugientes y las toscas puntiagudas, sostenido por una cuerda tan poco sólida que se ven obligados a cambiarla todos los años y teniendo que cruzar así unos cien metros, para hacerse una idea de lo que debe sentir mientras dura ese trayecto aéreo. Comienza por descender rápidamente hasta el medio, en donde queda algunos instantes, hasta que los guardianes lo halan lentamente con muchos esfuerzos. ¡A cuántos peligros esas máquinas mal construídas exponen al viajero y cuántos fueron los accidentes desde que los españoles, siguiendo las antiguas costumbres de los Incas, hicieron esas maromas sobre el mismo modelo! Esperemos que más adelante se reemplace a las maromas con un puente colgante, con lo que, a la seguridad de los pasajeros se unirán las ventajas de un paso permanente.

Todavía no habían reemplazado la maroma del año anterior, y los guías, prudentes, por miedo a un accidente no la utilizaban, lo que me obligó a pasar el río por el vado con los caballos de que ya hablé. Llegué al vado andando por unas playas cubiertas de plantas marítimas y de charcas, restos de desbordamientos y fuente de fiebres espantosas que diezman a los habitantes de esas comarcas. Extendidas en una vasta superficie y divididas en tres brazos, las aguas ofrecían en el vado menos dificultades. Los guías a caballo se nos adelantaron y nosotros no teníamos más que seguirlos. Nos recomendaron sobre todo que los imitáramos, poniendo a nuestros caballos vadeadores con la cabeza oblicuamente a la corriente, precaución sin la cual, el animal, tomado de costado, no puede resistir y rueda en un segundo en medio

de las olas que se lo llevan. De esta manera, el menor paso en falso compromete la vida de los viajeros. Por eso los guías hacen cruzar a los caballos por los sitios en que hay menos toscas bajo las aguas, a fin de que no tengan ocasión de tropezar. Ocurre a veces que, en mitad del trayecto, cuando lucha contra la fuerza de la corriente y está aturdimado por el estruendo de las aguas, el viajero vuelve la cabeza y, dirigiendo mal su cabalgadura, corre el riesgo de perecer. Los caballos vadeadores son entonces una verdadera providencia, pues resisten a la mala dirección que se pretendía darles; el jinete en tal caso no tiene más que cerrar los ojos y dejar que su caballo siga a los demás: el animal parece redoblar su instinto y encargarse solo de los riesgos de la travesía. Empleamos más de dos horas en cruzar los tres brazos y en hacer pasar las mulas de carga; pero la operación se realizó sin accidentes.

El río Grande es uno de los mayores cursos de agua de Bolivia. Nace en las provincias de Chayanta, Tapacari, Arque y Cochabamba y recibe todos los torrentes de la ladera sur de la Cordillera oriental. Después de haberse formado con el aporte de un gran número de arroyos, recibe por el norte el río Tamborada¹, que al comienzo se dirige hacia el oeste en las mesetas de Clisa y de Cochabamba, se vuelve hacia el sur y en seguida hacia el este, para atravesar la provincia de Arque; y el río Mizque, que vi nacer en Baca y que se junta con el Chinguri o Chaluani, con el Chilón, el Pulquina, etc. Por el sur, el Grande recibe también un crecido número de pequeños afluentes del norte de Potosí, de Chuquisaca y de los lugares más orientales. En el sitio en que lo crucé, el Grande ya había recibido el aporte de todos esos cursos de agua. A poca distancia de allí desemboca en la llanura de Santa Cruz, se une ahí con el río de Acero y se dirige al nordeste hasta Payla, y en seguida a Moxos, en donde pasa a engrosar el Mamoré.

§ 4

PROVINCIA DE TOMINA

Al cruzar el río Grande, había salido de la provincia de Valle Grande para entrar en la de Tomina, dependiente del departamento de Chuquisaca. Pasando un calor extremo, anduve por terrenos de aluvión o por colinas esquistosas. Bajé por la orilla derecha y comencé a andar ora por playas cubiertas de plantas marítimas, ora por el comienzo de la zona de los cactus, que ocupa cerca de quinientos metros de altura en los ribazos y da un tinte azul grisáceo que contrasta con el verde de los bosques situados más arriba. El conjunto del valle es

¹ Es el río que pasa por Cochabamba.

triste; en todas partes se ven terrenos desnudos y cactus, que, aunque curiosos, no son los más indicados para embellecerlo, sin contar con que las enfermedades endémicas ahuyentaron a los habitantes, los cuales se han refugiado en los altos barrancos, en donde el cultivo de la caña de azúcar que llevaron consigo, pone una nota de alegría en ciertos parajes, tales como el *Loro*, *Pampa Ruiz*, etc., que se divisan a una gran altura. Pasé cerca de las miserables cabañas de Cerrillo, en donde algunas familias indígenas y de mulatos de tez enfermiza y casi todos desfigurados por enormes cotos, son los únicos seres que no temen desafiar a las fiebres intermitentes a que están expuestos todos los años. La mayor miseria reina en este paraje. Ni siquiera pude encontrar allí una buena agua. Para beber, los habitantes van a buscarla al río Grande, pero como es cenagosa, la clarifican aplastando en ella los tallos de una especie de bejuco, la cual no deja indisponerse a los que por primera vez toman esta agua clarificada de este modo.

Muy pronto dejé el río y comencé a trepar por un pequeño barranco, andando por esquistos en descomposición, en los cuales resbalaba a cada paso, sobre todo por la lluvia que caía con violencia. Subí trabajosamente todo el resto del día y por la tarde llegué a una chacra de Pampa Ruiz en donde me cobijé bajo un galpón. Llovió torrencialmente toda la noche y al día siguiente no tuve más remedio que quedarme, pues el único camino trazado era el mismo lecho del río Cucillo, en donde los torrentes saltaban con estrépito, rodando entre los peñascos. Aproveché el ocio para corretear en las vecinas montañas y recoger conchas terrestres a las que ese tiempo invitaba a salir de sus ocultos asilos; sin alejarme más que un kilómetro observé diecisiete especies.

Muy contento por no estar retenido allí más tiempo, el 5 pude por fin salir de Pampa Ruiz. Comencé mi ascensión a las montañas no sin experimentar grandes dificultades para atravesar varias veces el torrente siempre lleno de agua.

5 de diciembre Después de varias horas de lucha, alcancé la primera bifurcación del barranco, en cuya prolongación el volumen del arroyo, considerablemente disminuído, no me ofrecía ya obstáculos. En ese delta existe una granja en la que se cultiva la caña de azúcar. Sus habitantes me recibieron cordialmente. Me tomé algunos momentos de reposo y me puse en marcha por un barranco profundo, sombreado de grandes árboles, entre los cuales noté un mirto cuyos frutos, entonces maduros, se parecían a los que que había recogido en las márgenes del río Santa Lucía, en la provincia de Corrientes. El barranco tornóse cada vez menos rápido, y lo dejé para trepar por una cuesta difícil, cubierta de piedras movedizas, que me condujo hasta la cima de la montaña del *Nuevo Mundo*. Ahí me encontraba más o menos al nivel de Valle Grande, en unas mesetas pobladas solamente con gramíneas y en las que se elevan de tanto en tanto cúpulas de gres friables en capas casi horizontales, presentando el aspecto más singu-

lar. En una de ellas observé en graderías distintas muchos helechos curiosísimos que habían nacido entre las rocas. Al dejar los profundos barrancos en los que me sentía como encajonado desde hacía varios días, veía con placer cómo se desenvolvía delante de mí ese dilatado horizonte. No sin asombro, comprobé que las lluvias bienhechoras todavía no habían venido a vivificar esos parajes tan vecinos de Pampa Ruiz, en donde había estado retenido por ellas. A la tarde me detuve no lejos del pequeño caserío de Nuevo Mundo, habitado por pastores, y me establecí bajo una cornisa natural de gres. Aunque casi desnudos, los aledaños ofrecían, empero, con sus montecillos rocosos y las llanuras que los separaban, un aspecto tranquilo que no estaba exento de encanto. Las cabañas aisladas de los pastores y sus rebaños diseminados en la campaña animaban esta región, morada de reposo y de vida pastoril.

Al dejar el Nuevo Mundo y dirigirme al sur hacia el Pescado, bajé pronto hasta el fondo de unos barrancos doquiera cubiertos de magníficos tejos con su follaje empenachado; pero

6 de diciembre tuve poco tiempo para admirarlos, pues la lluvia cayó de nuevo a torrentes, obligándome a vencer las mayores dificultades que hubicse jamás tenido. El suelo, compuesto de arcillas abigarradas, se volvió tan resbaladizo, que a cada paso mi mula se caía o patinaba algunos metros, sin poder detenerse y a riesgo de rodar conmigo a los abismos; por eso varias veces me vi obligado a trepar a pie para disminuir el peligro. Nada en Europa es comparable a esos senderos que les llaman caminos: las aguas los socavan, uno se hunde en arcilla y hay que vencer la fuerza de los arroyos. Después de porfiada lucha, llegué a la cumbre de una alta colina; bajé a un segundo valle, atravesé de nuevo otra montaña, sin que dejasen de caer los chaparrones, y finalmente desde este último punto culminante veía la villa del *Pescado* y bajé por pendientes rápidas entre rocas en graderías.

El Pescado se halla en la margen izquierda del riacho del mismo nombre, que se dirige al sudeste, siguiendo un hermoso valle en donde el agricultor y el pastor encuentran grandes ventajas. Me dirigí a la casa del alcalde, quien, cuando me di a conocer, casi me salta al cuello, colmándome de atenciones. Atribuyo esta recepción a un artículo muy lisonjero para mí que el gobierno boliviano había hecho publicar el 11 de octubre último en el diario *El Boliviano*, para relatar el servicio que había prestado a la república cuando abrí el nuevo camino de Cochabamba a Moxos por el río Securi¹. La noticia de mi llegada se extendió rápidamente, y apenas pude tomarme algunos momentos de descanso, tanto fué el celo que el alcalde puso para hacerme conocer, trayéndome sucesivamente a los principales vecinos del lugar.

El Pescado está a quince leguas de río Grande y a seis de la ca-

¹ V. Cap. XXXVI.

pital de la provincia, la ciudad de Padilla o de Laguna que se halla en el mismo valle, pero sobre el ribazo opuesto. Esta provincia, que ocupa el extremo de las montañas de la orilla derecha del río Grande y, por ende, las últimas comarcas accidentadas del departamento de Chuquisaca, encierra los siguientes cantones: Tomina, Tacopaya, Tarabuco, Pescado, Sopachuy, Pomabamba, Villar, Presto, Mojocoya Tarbita y Sausés; en 1835¹ su población era de 24.881 almas. Cultívanse allí todos los frutos de las regiones templadas y frías, trigo, papas, etc.; pero la industria principal es la cría de los ganados vacuno y lanar, cuyos rebaños recorren incesantemente los altos collados, en tanto que los valles están reservados para el cultivo. Esta provincia es poco rica, pero lo sería si la industria aprovechase de sus lanas y si la agricultura llevase allí toda la perfección de nuestra Provenza. En efecto, la vid, el olivo, la rubia y las moreras darían magníficas cosechas, y, cuando el impulso del progreso vaya de los centros populosos a las regiones apartadas, esas colinas, esas montañas hoy sin vegetación, podrán poblarse con numerosas especies de nuestros pinos. Mientras tanto, satisfechos de sus actuales recursos, los habitantes no imaginan que les está reservado un porvenir más próspero.

El 7 de diciembre salí del Pescado para dirigirme a Tomina, situada seis leguas al sudeste. Bajé el valle y subí al collado opuesto por colinas bastante altas, entre las que corre un brazo del río Pescado. Allí, con el pretexto de la lluvia, mi arriero quiso detenerse en un vallecito en donde la hierba podía servir para que nuestras mulas pastasen. Los alrededores están cubiertos de matas compuestas, y en parte de plantas solanáceas, recargadas entonces de flores violetas o azules. A la mañana siguiente subí a la cumbre de la cadena que separa la vertiente del río Pescado de la del Tomina, y com-

8 de diciembre probé un fenómeno geográfico bastante singular.

Circunscriptos por altas montañas, esos dos valles son paralelos y están dirigidos de noroeste a sudeste, pero los ríos que corren allí se deslizan en sentido contrario. En efecto, el río Pescado va al sudeste a reunirse con el río Acero, en tanto que el Tomina sigue la dirección noroeste y se arroja en el río Grande. Había llegado, pues, a la línea de demarcación de las aguas. Todos los terrenos que hollaba pertenecían a épocas geológicas siluriana y devoniana y ostentaban una crecida cantidad de fósiles. En el corazón de un dilatado y profundo valle, poblado por algunos frutales, alcanzaba a ver la villa de Tomina, situada en la orilla izquierda de un torrente cubierto con residuos de las rocas vecinas, y, en lo alto del valle, las partes arboladas. Como tienen la mala costumbre de prender fuego todos los años a las colinas de los alrededores para renovar el pasto, ocurre que la vegetación desaparece. Las aguas van comiendo las tierras expuestas a las lluvias torrenciales y la roca se desnuda en todas

¹ *Guía de Forasteros de la República Boliviana para 1835.*

partes. Si el geólogo encuentra allí más facilidades para reconocer la naturaleza, la edad de los terrenos, el agricultor y el pastor ven disminuir sus recursos día a día: el primero pierde la tierra vegetal de todos los lugares en pendiente y los bosques que lo cubrían; el segundo, por la misma razón, no tiene más que rocas desnudas en los lugares en donde otrora sus rebaños encontraban un abundante sustento. Muchas veces señalé esta plaga devastadora que, so pretexto de una falsa ventaja para la agricultura, destruye todo el porvenir de esas regiones. Ya es tiempo que el gobierno ponga término a este abuso, adoptando severas medidas para impedir que una comarca llena de recursos se quiera hacer un desierto inhabitable.

Tomina, rodeada de jardines, es una villa extendida en donde viven agricultores y pastores, mezcla de españoles, de mestizos y de indios de la nación quichua. A pesar de los cultivos de una pequeña franja alrededor de la villa, el aspecto del valle es triste a causa de esas rocas desnudas y de los residuos de las rocas que los arroyos laterales arrastran hacia el río, cuya vasta playa sembrada de guijarros de todos colores queda surcada, después de cada tormenta, por impetuosos torrentes que no se pueden cruzar sin correr grandes riesgos.

El 9 de diciembre me encaminé al oeste hacia Tacopaya, de la que estaba a ocho leguas. Cuando se la descende, la veredita que conduce

9 de diciembre hasta ese lugar sigue por el fondo del valle, cortando varias veces el río, luego se eleva por la ladera de una alta colina árida, desprovista de vegetación, cuya cima muestra algunas capas levantadas que pertenecen a los terrenos esquistosos. Bajé en seguida por una rápida pendiente al valle de *Sause Mayo*, paralelo al de Tomina y del mismo aspecto, pero sin ser tan ancho ni tan profundo. Al volver a subir por el otro lado, no encontré pendientes tan escarpadas, sino unos terrenos análogos, cubiertos aquí y allá, en los barrancos, y algunos árboles espinosos. Anduve al comienzo por esquistos que contenían menos ferruginosas y un pequeño número de fósiles en las capas más altas, luego, al acercarme a la cumbre de la montaña, algunos gres devonianos en capas casi horizontales. Desde el punto culminante de división de las aguas, me encontraba a escasa distancia de Tacopaya, cuyo valle profundo se mostraba a mis pies, semejante en su aspecto y paralelo a los dos precedentes. No obstante, en la parte baja de este valle el azul de lontananza me anunciaba unos bosques que los incendios anuales todavía no habían destruído. Tacopaya es una de las villas más considerables de la provincia, tanto por el número de sus habitantes españoles y quichuas, como por los cultivos de los alrededores; se cosechan allí cereales y papas. Indudablemente podrían sembrarse allí nuestros productos de Provenza, puesto que las heladas no se hacen sentir y ya crecen algunos frutales de las regiones templadas. Diré más: no sólo la temperatura es idéntica, sino también que no hay nada en el conjunto del paisaje que no recuerde, por ejemplo, los alrededores de Oran-

ge, en el departamento de Vaucluse. Por consiguiente, creo que la rubia, las moreras y muchos otros productos de esas regiones podrían ser introducidos con ventajas. La cumbre del valle parece estar llena de vegetación; tal es, por lo menos, lo que indica el color azul de las montañas.

Andando por el lecho del río, sembrado de cantos rodados y traídos por las corrientes, me encaminé de Tacopaya a Tarabuco, que está a doce leguas al sudeste. Por espacio de unos cin-

10 de diciembre co kilómetros, el sendero sigue al comienzo por el fondo del valle, luego sube por esquistos negruzcos en descomposición de aspecto muy raro hasta la cumbre de una alta cadena, en donde volví a encontrar un gran número de conchas marinas en capas de terrenos silurianos. La cumbre sobre la cual me encontraba no era más que un ramal de la gran cadena que separa las vertientes de los ríos Grande y Acero, de la que no estaba más que a unas pocas leguas. Bajé por una pendiente abrupta hacia el río Nima; volví a subir en seguida por unos gres, hasta un barranco estéril, en donde, sin embargo, recogí una magnífica especie de planta del género *Chuquiraga* cuya flor es persistente como la de la siempreviva; después de muchas fatigas, como consecuencia de los malos caminos, fuí a vivaquear finalmente a la cumbre de la gran cadena. Me encontré allí con unas mesetas inmensas, cubiertas de gramíneas que, por su altura, pertenecían a la región fría o a las que los habitantes denominan *Puna*. Estas mesetas no son ciertamente tan altas como la meseta boliviana, pero sin embargo están a 3.500 metros sobre el nivel del mar. No existen cultivos más que en los valles laterales, pues todas las partes altas sirven solamente de pastoreo para las manadas de ovejas. Por la noche sentí un frío muy vivo, al que ya me acostumbraría, pues había cambiado las regiones cálidas de la república por las zonas montañosas.

Una meseta casi horizontal sirve de línea divisoria entre las aguas de los ríos Grande y Acero. En efecto, algunos arroyuelos se dirigen a cada lado de esta llanura, sin formar valles,

11 de diciembre los cuales no nacen sino a algunas leguas de distancia de allí, en donde se ahuecan de pronto y son muy profundos. A siete leguas de la cumbre de la cadena, encontré Tarabuco, situado cerca de montículos de gres que, al sudeste y al noroeste, forman eslabones muy notables. Me chocó encontrar, en vez de una villa floreciente, un montón de escombros. Durante las guerras de la independencia Tarabuco, que entonces estaba poblada por pastores quichuas, fué completamente incendiada y pasaron a filo de espada a muchos de sus vecinos, porque la villa había traicionado a uno de los partidos. Desde esta época, todavía bastante reciente, no regresó a ella más que una parte de la población, y la mitad de las casas carecen de techo y se caen en ruinas. Esperemos que la tranquilidad de que

goza hoy Bolivia vuelva a traer la prosperidad a esas llanuras, que pronto volverán a poblarse con numerosos rebaños.

Como era temprano, mis muleros resolvieron continuar hasta Yamparaes, de la que me separaban siete leguas de llanura. Anduve por la cumbre de la falda que separa al río Grande de los primeros afluentes del Pilcomayo o, para decirlo mejor, por la línea divisoria de las aguas entre el Plata y el Amazonas. En efecto, es más o menos a esta altura donde las aguas se separan para dirigirse a dos puntos tan alejados del océano Atlántico. A mitad del camino, dejé atrás la provincia de Tomina para entrar en el territorio de la provincia de Yamparaes.

§ 5

PROVINCIA DE YAMPARAES

Desde mi partida de Valle Grande, no había transcurrido un solo día sin lluvia; pero, a medida que avanzaba, notaba que esas lluvias tornábanse periódicas y comenzaban regularmente todos los días a la misma hora. La experiencia me enseñó que, lejos de ser accidental, esta periodicidad es tan conocida por todos, que en esta estación se suele recomendar que no se viaje sino por la mañana. Había notado que a eso de las tres de la tarde el tiempo se oscurecía. Nubes negras, cargadas de electricidad, recorrían los valles; tronaba en varios sitios a la vez. Siguiendo la marcha de las nubes, la lluvia inundaba los parajes por donde pasaban; el cielo se despejaba en seguida a las cinco o seis de la tarde y el tiempo volvía a serenarse hasta el día siguiente a la misma hora. Ese día yo estaba retrasado y los arrieros no cesaban de recomendarme que me diese prisa; pero no pude evitar la tormenta, lo que me alegró, pues nunca había gozado de un espectáculo más hermoso. Las nubes, que poco a poco se habían amontonado en los valles del sur, me escondieron completamente el horizonte. Los rayos hendían doquiera y se dejaba oír un constante retumbar. Las chispas eléctricas se desprendían oblicuamente en largos surcos de fuego de una nube oscura y fueron muy pronto seguidas por torrentes de lluvia. La tempestad vino de mi lado y me envolvió; entonces apenas podía ver en medio de las sombras los torbellinos de polvo. Los relámpagos brillaban a mi alrededor y expandían un olor sulfuroso. Mi mula, como por instinto, se detenía a cada momento, sin que lograrse hacerla avanzar; estaba en la nube eléctrica y nunca me habían herido tanto la viva luz y las detonaciones repetidas del trueno. Comenzaba a encontrar demasiado hermoso el espectáculo, cuando al fin las nubes se abrieron de pronto, cayeron algunas grandes gotas y en menos de un minuto me encontré empapado. Me apuré lo más que pude, y cuando entré en la villa de Yamparaes, los torrentes bramaban a mi alrede-

dor y rodaban con estrépito sus aguas fangosas. El alcalde, en cuya casa me apeé, me reprochó mi imprudencia, cuyo alcance yo no comprendía todavía en toda su extensión. Más tarde, en efecto, supe que no había que viajar en esta estación sino por la mañana. Un joven que estaba conmigo en una casa de Chuquisaca, hablaba de ir a un punto que distaba una legua. Algunas señoras le aconsejaban que no se fuese por miedo a la tormenta. El persistió y poco después era víctima de su fanfarronada. A la tarde vinieron a anunciarnos que estando a caballo había sido muerto por un rayo.

El arroyo Yamparaes rugió durante una hora. Nadie habría podido cruzarlo entonces. Poco a poco la lluvia cesó y el campo recobró su aspecto ordinario. Solamente que en todas partes el agua había dejado zanjas, hasta en las calles no pavimentadas que recorrí por la tarde. Yamparaes es una villa grande, situada en lo alto de un valle, o mejor dicho de una meseta cubierta de tierra vegetal, en donde se cultiva trigo, quínoa y maíz, en tanto que las partes encumbradas sirven de pastoreo para las ovejas. Es cabecera de distrito de la provincia que rodea a Chuquisaca y por consiguiente residencia de un gobernador. Su circunscripción es muy extendida y su territorio cuenta con dieciocho villas¹. Yamparaes está poblada por propietarios que trabajan sus tierras, por algunos comerciantes y por un crecido número de indios y de mestizos de quichua. La población total de la provincia es de 24.881 habitantes². Se encuentra en las mismas condiciones que la provincia de Valle Grande, ofreciendo también en las montañas regiones muy frías. Ciertas cumbres llegan hasta la altura de las nieves temporarias y sólo sirven para pastoreo. Por lo demás, la provincia abastece a la capital de Bolivia y da un excedente de trigo que sostiene el comercio con Santa Cruz de la Sierra. Como la provincia vecina de Cinti cultiva la vid en sus valles, me asombré de que esta industria no hubiese sido introducida en los valles tan calientes como aquellos de la provincia de Yamparaes. No hay duda de que ésta recibirá, sobre todo en lo que se refiere a la agricultura, un impulso nuevo que duplicará su producción.

A la mañana siguiente me encaminé hacia Chuquisaca, de la que no estaba más que a siete leguas, siempre dentro de la misma meseta y desde donde veía a cada paso algunas casitas aisladas o rebaños. Finalmente, llegué a dos montañas de altura media entre las cuales pasé y divisé un trecho más abajo la ciudad de la Plata o Chuquisaca, capital de la república, a donde llegué momentos después.

¹ Yamparaes, capital; Yotala, Tuero, Quilaquila, Poopo, Siccha, Guata, Sapse, Poroma, Palca, Paccha, Mojotoro, Arabate, Achilla, Santa Elena, Loma, Livilivi y Huata.

² *Guía de Forasteros* de 1835.



Nº 27. — Indios Aucas y sus toldos (en Bahía Blanca), y vista de la Sierra de la Ventana (Pampas del Sud, República Argentina)

CAPÍTULO XL

ESTADIA EN CHUQUISACA; VIAJE A POTOSI; DESCRIPCION DE LA CIUDAD Y DEL CERRO DE POTOSI Y VIAJE A URURO

§ 1

ESTADIA EN CHUQUISACA



Al bajar por la cuesta, como viese a mi derecha hermosos huertos de manzanos y advirtiese a lo lejos todos los atributos de una gran ciudad, cuyos muchos campariños se acercaban cada vez más, experimenté una sensación que no puedo definir. Si por un lado me sentía dichoso al regresar a la civilización y gozar durante algún tiempo de sus ventajas, por otro, lamentaba perder la libertad de la vida semisalvaje que llevaba desde hacía dos años y tener que constreñirme a las exigencias a menudo estrafalarias de la sociedad. Preocupado con estas ideas, llegué a la capital de Bolivia y recorrí sus calles hasta la casa del decano Salvatierra, que me acogió con una bondad sin igual. Había tenido la amabilidad de buscarme un alojamiento y me instalé en casa del vicepresidente de la Corte Suprema, en una de las calles de la plaza principal, en el barrio más bonito de la capital. Supe que el presidente de la República había partido para Cobija, y como me era indispensable verlo, tuve que reanudar mis trabajos mientras lo aguardaba. Me ocupé a un tiempo de poner mis notas al día y de estudiar los alrededores desde los distintos puntos de vista de la historia natural.

En los tiempos más antiguos, Chuquisaca¹ formaba un gran burgo, poblado, como todos los alrededores, por indios de la nación quichua

¹ Chuquisaca, viene de *choque chaca*, puente de oro.

que pertenecían a la provincia de Charcas. En tiempos de Capac Yupanqui, quinto Inca, hacia comienzos del siglo XIII, los Incas, que ya habían conquistado la provincia de Chayanta¹, enviaron mensajeros a los pobladores de Charcas, los cuales prometieron adoptar en lo sucesivo las leyes y la religión de los reyes de Cuzco. Algunos años después, el hijo de éste, el Inca Roca², quiso hacer personalmente la conquista. Mandó mensajeros a la provincia de Charcas, la que titubeó algún tiempo; pero los viejos, que tenían ante sus ojos el ejemplo de las provincias vecinas ya sometidas, resolvieron convertirse en fieles súbditos de los Incas. Enviaron diputados, que recibieron regalos, y, hasta la llegada de los españoles, el país entero quedó bajo la dependencia de los hijos del Sol.

En medio de las tinieblas que rodean los primeros tiempos de la conquista de América, cuando se dejan de lado las hazañas militares de los conquistadores de esta época para buscar simplemente lo que se relaciona con las provincias mismas, se advierte que los primeros españoles que recorrieron la provincia de Charcas fueron los que en 1536 integraban la expedición de don Diego de Almagro, cuando éste intentó la conquista de Chile³. Dos años más tarde, en 1538, después de la muerte de Almagro, el marqués don Francisco Pizarro, queriendo desembarazarse momentáneamente de sus capitanes turbulentos, los envió a cada uno por su lado para hacer nuevas conquistas. Acompañado por gente escogida, su hermano Gonzalo Pizarro se dirigió hacia Charcas, en donde tuvo que sostener varias batallas contra los indígenas, celosos de conservar su libertad⁴; pero las armas de los españoles eran tan superiores que los vencieron. Lo mismo ocurrió en Chuquisaca, en donde los castellanos se encontraron en una situación muy crítica. Cercados por todas partes, se vieron obligados a pedir auxilio. Sin embargo, conquistaron milagrosamente la victoria antes de que llegasen los refuerzos. Finalmente, vencidos los indígenas en todas partes, Francisco Pizarro distribuyó la comarca entre los conquistadores y dió los alrededores de Potosí a sus hermanos Gonzalo y Hernando, la provincia de Tapacari a Garcilaso de la Vega, etc. En 1539 Francisco Pizarro mandó a Penançurez para que transformase la villa de Chuquisaca, compuesta de quichuas, en la ciudad española *de la Plata*⁵, que no por eso dejó de conservar su nombre indígena. Con encar-

¹ Herrera, *Década V*, pág. 76; Garcilaso de la Vega, *Com. reales Incas*, lib. III, cap. XVII, pág. 95.

² Garcilaso de la Vega, *Ibidem*, pág. 122.

³ Herrera, *Hist. de las Indias*, Dec. V, lib. VII, pág. 169, y lib. X, cap. I, pág. 225; Garcilaso de la Vega, *Comentarios*, lib. II, cap. 20, pág. 87.

⁴ Garcilaso, *Comentarios*, lib. III, cap. I, pág. 137. Un episodio de esta época demuestra que los indios no carecían de valor: siete indígenas de a pie, armados con arcos y flechas, osaron atacar a cuatro jinetes españoles, protegidos por sus corazas. Gomara, *cap. 134*; Zárate, *lib. III, cap. 12*.

⁵ Garcilaso, *Comentarios*, pág. 139; Herrera, *Descript.*, pág. 46.

nizamiento sin igual comenzaron en seguida las guerras civiles entre los diversos conquistadores del nuevo mundo. A Francisco Pizarro lo mataron sus compatriotas; el hijo de Almagro se hizo proclamar gobernador. En tales circunstancias, España envió a Vaca de Castro para zanjar las diferencias; en 1544¹ nombró a Luis de Ribera gobernador de la ciudad de la Plata. La promulgación de las ordenanzas de la corte de España relativas al bienestar de los pobres indígenas fueron en esta época la causa de nuevos disturbios entre aquellos soldados indisciplinados, y Chuquisaca, en vista de su alejamiento de Lima, se convirtió en el juguete de los partidos. Sufrió sobre todo en 1546² durante las querellas entre Diego de Centeno y Francisco Carvajal; el primero en favor del rey de España, y el segundo estaba con Pizarro, durante el gobierno de Blasco Núñez Vela. El descubrimiento de las famosas minas de Potosí³ enriqueció mucho a la provincia de Charcas y atrajo a ella a los españoles más ambiciosos; no obstante, después de la batalla de Guarinas, en 1547⁴, y la muerte de Pizarro, en 1548⁵, hubo algunos instantes de tranquilidad. El presidente de la Gasca comisionó entonces a Diego Centeno para que fuese a Chuquisaca, con instrucciones muy favorables al bienestar de los indígenas⁶; pero murió cuando se disponía a partir.

Acostumbrados al saqueo, todos los soldados que se habían quedado en las diversas provincias cometían tales depredaciones, que la autoridad tuvo que ocuparse seriamente de este asunto. A este efecto, el virrey y la audiencia de Lima enviaron en 1552 a Pedro de Hinojosa como gobernador de la provincia de Charcas⁷; pero a poco de llegar, algunos españoles capitaneados por don Sebastián de Castilla, se insurreccionaron y le dieron muerte⁸. Aunque Sebastián de Castilla recibió el castigo de su crimen, fué muy pronto reemplazado por otro insurrecto no menos cruel, Vasco Godínez⁹, quien mantuvo la rebelión hasta la llegada del mariscal Alvarado, enviado en 1553 para restablecer la calma. Este se apoderó de Godínez, lo hizo descuartizar e infligió la pena capital a muchos de sus cómplices.

Por esta época apareció una segunda ordenanza de la corte de España que prohibía el trabajo personal de los indígenas¹⁰. Fácil es concebir el efecto que esta sabia medida debía producir en los indóciles capitanes españoles. Comenzó entonces la rebelión de Francisco Her-

¹ Herrera, *Historia de los Hechos*, etc. Dec. VII, lib. VIII, cap. XVII.

² Garcilaso, *Comentarios*, lib. IV, cap. XXVIII, pág. 237. Herrera, Dec. VII, lib. X.

³ Herrera, Dec. VIII, lib. II, cap. XIII.

⁴ *Ibidem*, lib. IV, cap. II.

⁵ *Ibidem*, lib. IV, cap. XVI.

⁶ *Ibidem*, Dec. VII, lib. V, cap. II.

⁷ *Ibidem*, Dec. VIII, lib. VII, cap. XV.

⁸ *Ibidem*, lib. VII, caps. I y V.

⁹ *Ibidem*, Dec. VIII, lib. VIII, cap. VII.

¹⁰ *Ibidem*, Dec. VIII, lib. VIII, cap. XI.

nández Girón¹, que provocó tantos desórdenes, sobre todo en la desdichada provincia de Charcas, durante el año 1554². La muerte de Girón restableció al fin la paz, y sólo a partir de entonces Chuquisaca comenzó a prosperar.

Habían construido en ella una iglesia magnífica, que en 1551³, fué erigida en catedral. Como las minas de Potosí atraieron cada vez más la atención del rey, en 1559⁴ establecieron en Chuquisaca una audiencia real, un arzobispado y, más tarde, una universidad, que fué luego todopoderosa y que hizo de Chuquisaca la ciudad culta del Alto Perú.

El alejamiento en que Buenos Aires se encontraba de Lima, su capital, llevó a separar en 1776⁵ al Perú en dos virreynatos. Buenos Aires se convirtió en la igual de la ciudad de los Reyes, y se le agregó Chuquisaca, lo mismo que todo el Alto Perú. Los virreyes del Río de la Plata no tardaron en percatarse de que su poder no podía llegar a una distancia tan grande; advirtiéronlo sobre todo cuando la revuelta de Tupac Amarú, último retoño de los Incas, que provocó tantos desastres de 1780 a 1781, mientras duró esta lucha de los desdichados indígenas contra los españoles para sustraerse al inhumano trabajo de las minas de Potosí⁶. Finalmente, en 1785, Chuquisaca vió regenerada a su audiencia real⁷. Como recompensa por sus inmensos servicios durante la guerra de Tupac Amarú, Flores, aunque americano, había sido nombrado presidente de la audiencia, lo que encendió los celos entre los españoles. Segundo precursor de esta gran crisis política que debía separar a América de España, una riña de soldados con el pueblo sirvió de pretexto y causó la injusta caída de Flores⁸.

El primer grito de la independencia nacional, lanzado el 16 de julio de 1809 en La Paz, tuvo gran repercusión. Entre el despotismo español y la independencia americana se entabló una lucha encarnizada, lucha que terminó en 1824 con la famosa batalla de Ayacucho, en el momento en que el Alto Perú se convirtió en la república de *Bolívar*, llamada más tarde *Bolivia*. Chuquisaca fué su capital provisoria; era todavía la sede de una escuela de derecho, de un arzobispado y de una corte suprema; de esta manera la Plata conservó siempre sus atributos de ciudad docta y conserva hoy todavía el primer rango entre las ciudades de la América meridional. Es actualmente la ciudad de *Sucre*.

¹ Herrera, *lib. VIII, cap. XII*.

² Herrera, *Dec. VIII, lib. IX, caps. XIX y sigts.* Garcilaso, *Comentarios*, pág. 442.

³ Jorge Juan, *Relación histórica*, T. III, pág. 193.

⁴ *Ibidem*, pág. 192.

⁵ Fúnez, *Ensayo de la historia del Paraguay*, T. III, pág. 196. *Guía de Forasteros de Buenos Aires para 1803*, pág. 32.

⁶ Fúnez, T. III, págs. 242 y sigts., especialmente 276.

⁷ *Idem*, pág. 348.

⁸ *Idem*, pág. 352.

Chuquisaca, en donde viven unos 14.000 habitantes, se levanta al pie de altísimas colinas, en un terreno en pendiente, entre los dos brazos de un arroyo que, bajo el nombre de Río de la Plata, va a unirse con el Cachimayo, cerca de la aldea de Yotal. Sus calles, bien alineadas, dividen a la ciudad en manzanas iguales; las casas son de un piso, muy adecuadas, edificadas con gusto y dominadas en ciertos barrios por los campanarios de diversos conventos¹. Su plaza mayor, cuyo centro está adornado con una fuente, muestra en uno de sus lados una amplia catedral de tres naves, construída en estilo morisco, con una torre cuadrada de tres pisos y una cúpula inmensa. El interior de este edificio está cubierto de esculturas y de dorados. A un lado se ve la casa del gobernador, edificio cuadrado, de cómoda distribución². Los demás lados de la plaza tienen casas de un piso, en las que los almacenes ocupan la planta baja y los balcones de madera adornan el primer piso. Cunto más nos alejamos de la plaza, más bajas son las casas. Bajando de la plaza, se va al hospital, y más abajo todavía a un hermoso paseo desde el que se contempla la campaña.

En los alrededores de la ciudad se ven árboles frutales de Europa, tales como los manzanos y durazneros; algunas casas de campo son verdaderamente deliciosas. Entre ellas debo citar sobre todo *Garcilaso*, magnífico jardín en donde encontré una nueva especie de palmeras³, traída sin duda de los valles vecinos, en donde crece naturalmente.

Existe en Chuquisaca una muy buena sociedad integrada por magistrados, profesores, empleados civiles y militares, el alto clero, el comercio y fuertes propietarios. Durante el período de sesiones del congreso, encuéntrase allí los diputados de todos los departamentos. De donde resulta que esta ciudad encierra una gran cantidad de gente culta y que se puede vivir en ella de la manera más agradable posible. Cuando se desciende de la clase superior de la población a las capas inferiores, se advierte de inmediato una inmensa diferencia, más visible entre los artesanos. Estos no son ya españoles puros, sino mestizos de españoles e indios, conocidos en el país con el nombre de *cholos*. Por debajo de éstos aún, están los indios, que forman las últimas clases y sobre los cuales recaen todas las cargas sociales. Son hombres sobrios y trabajadores, objeto del desprecio de todos y que se consuelan de ello bebiendo chicha muchas veces más de la cuenta. Si hombres y mujeres del gran mundo siguen a las modas francesas, no ocurre lo mismo con las mestizas y las indias. Las primeras (*cholas*) llevan un vestido que es una mezcla de los indígenas y del de los euro-

¹ Había en otro tiempo cinco conventos de religiosos: los de San Francisco, Santo Domingo, de la Merced, San Agustín, y además un colegio de jesuitas y un hospital de San Juan de Dios. Había dos conventos de religiosas: *Santa Clara* y *Santa Mónica*.

² Ver plancha N° 20.

³ *Diploterium Torallyi*.

peos. Por ejemplo, llevan mangas abullonadas y el resto del vestido con las formas regionales, pero recargado de adornos. Cuando se pasean con el pañuelo bordado en la mano, su chal y su pollera llena de cintas, con la cabeza adornada de abalorios y los pies calzados en zapatos de raso, se diría que salen de un baile ¹. Recurren por lo demás a todas las astucias de la coquetería y sus costumbres son bastante livianas. Con excepción del sombrero, la indumentaria de los indios y de las indias difiere muy poco de la de los de La Paz.

Atacado por la fiebre intermitente desde que llegué a Chuquisaca, el sulfato de quinina me compuso muy pronto y pude reanudar mis trabajos ordinarios. Aproveché la estación para recoger plantas de las montañas vecinas y para darme una idea exacta de la geología local. En la pascua de navidad fuí testigo de una costumbre peregrina. Todas las damas levantan altares en los que exponen niños Jesús acompañados por todos los atributos de su edad. Son pequeñuelos rodeados de juguetes y de adornos preciosísimos. Para ver esos altares, se visita a las damas, que rivalizan en lujo unas con otras. Es costumbre general engañarse en esas visitas: nos invitan, por ejemplo, a comer merengue y, en lugar de eso, encontramos algodón, lo que provoca la risa de los asistentes.

Me encontraba todavía en Chuquisaca durante carnaval y pude presenciar allí los mismos juegos que en las demás ciudades de América. Los hombres recorren las calles con unas escaleras, y

1833 en todas partes su paso despierta una pequeña guerra; las mujeres arrojan desde los balcones grajeas a los hombres, los cuales les tiran de rechazo huevos llenos de perfume. Estos últimos levantan sus escaleras, suben al asalto y persiguen a las mujeres para pintarlas de varios colores. Estas tratan de vengarse de sus agresores arrojándoles harina y bermellón. No se oyen entonces más que gritos alborozados. Todas las clases sociales se ponen en movimiento, pero cada una de ellas tiene sus juegos particulares, que duran hasta el miércoles de ceniza, en que la austeridad de la cuaresma y de los ayunos reemplaza a esta bulliciosa alegría.

Uno de los últimos arzobispos de la Plata, el señor Mojo, había sido obispo de México, en donde su gusto por la historia natural y por las antigüedades lo había llevado a reunir una buena colección de objetos curiosos, que en Chuquisaca pudo enriquecer con productos y antigüedades regionales. A su muerte, esas piezas se habían dispersado; pero todavía quedaba una buena cantidad. Las vi y hablé de ellas al presidente cuando volvió, y con gran alegría obtuve esos preciosos materiales ² de historia americana.

Únicamente la esperanza de encontrarme con el presidente de la

¹ Puede verse su indumentaria y la de los indios e indias en la plancha N° 48.

² Varios de esos objetos han sido dibujados en las láminas de antigüedades: todos ellos figuran en mis colecciones particulares.

república me hizo prolongar mi estada en Chuquisaca. Cuando regresó de Cobija, este jefe del Estado boliviano tuvo para mí muchas pruebas de bondad. Me dió recomendaciones apremiantes para las autoridades, y todo me inducía a creer que todavía, antes de llegar al puerto, habría de obtener en el altiplano una abundante cosecha de antigüedades. Por fin, lleno de gratitud, me dispuse a salir de Chuquisaca, en donde no había recibido más que atenciones de los vecinos y pruebas de consideración de los administradores.

§ 2

VIAJE A POTOSI

Guiado por el señor Torally, médico francés con el cual había trabado amistad, salí de Chuquisaca el 10 de marzo para ir a Potosí, treinta y dos leguas al sudoeste. Bajé de la ciudad

Cachimayo. hacia el barranco de la Plata, lleno de casitas, y a
 10 de marzo más de dos kilómetros atravesé su lecho cubierto de cantos rodados. Comencé a trepar la cuesta del Tejar,

montículo pelado que, sin embargo, sería muy fácil poblar con abetos, y al bajar tomé un pequeño barranco pedregoso que me llevó al Cachimayo. Este río tiene sus fuentes en las montañas del sur de la provincia de Chayanta y va a reunirse más abajo, cerca de Tuero, con el Pilcomayo, con el cual se arroja al Paraguay. Sus aguas, menos crecidas que en los meses precedentes, eran sin embargo difíciles de cruzar entonces. Su lecho, que corre entre esquistos en descomposición, está cubierto de cantos rodados y de arenas que provienen de las capas de gres que coronan las montañas. Como no existe puente, en la estación de las lluvias hay que esperar a menudo varios días el momento oportuno para cruzarlo. En el valle han construído varios molinos de agua que funcionan cinco o seis meses al año. En la otra orilla escalé una cuesta pedregosa por un sendero tortuoso y establecí mi campamento en la cumbre de la montaña cerca de una cabaña de indios. Me encontraba a escasa distancia de las montañas de *Huallas*, que se divisan perfectamente desde Chuquisaca. Los alrededores están cubiertos de césped en donde los indios hacen paecer a sus manadas de ovejas, mientras que ciertas partes abrigadas son empleadas para el cultivo de papa y trigo.

Se quejan con razón en Chuquisaca de la pobreza de leña, pobreza que aumenta todos los días como consecuencia de la mala costumbre que tienen los indios de quemar anualmente el campo y de arrancar los arbustos en vez de cortarlos. Si el gobierno tomase a este respecto sabias medidas, prohibiendo esos incendios, fijando y regularizando la tala de árboles en las tierras fiscales; si, estableciendo una administración de selvas, utilizase las inmensas superficies que todavía posee,

sembrándolas con nuestros árboles forestales, como álamos, encinas y sobre todo pinos, no dudo que podría asegurarse en el futuro rentas muy elevadas, al mismo tiempo que dotaría al país con una nueva industria, conservadora de los terrenos, ya que utilizaría un suelo hasta ahora parcialmente sin destino. Entonces hasta las mismas peñas se cubrirían de árboles, las nubes se detendrían allí, se formarían numerosas fuentes en los puntos culminantes y permitiría la irrigación y, consiguientemente, los cultivos en una multitud de valles hoy demasiado secos. Esta rama de la explotación, alentada en todas partes, significaría ella sola tanto como el producto actual de las minas, con tanta más razón cuanto que los alrededores de Potosí, de Oruro y de todos los lugares donde existen establecimientos metalúrgicos carecen de combustible, lo que enerva considerablemente los trabajos e impide sacar ventajas reales, siendo así que esos terrenos son más propicios que muchos otros para esa clase de cultivos. No vacilo en llamar seriamente la atención a un gobierno amigo del progreso acerca de esta importante mejora, señalándola también a los propietarios, cuyas rentas bajan todos los años. Sería sobre todo un medio para tornar productivos lugares completamente sin valor. Este pensamiento me ocupó una buena parte de la tarde, mientras mi mirada recorría las cimas desnudas de las montañas que me rodeaban y las comparaba mentalmente a la hermosa Suiza, no menos accidentada, o los Pirineos, cubiertos de álamos hasta en sus peñascos más escarpados.

Al día siguiente bajé primero por suaves pendientes hasta el comienzo de la *Quebrada Seca*, en cuyo fondo anduve cerca de tres leguas, metiéndome cada vez más entre los paredones

Pilcomayo. escarpados de la montaña. Pasé cerca del caserío de
 11 de marzo la Calera, así llamado por los hornos de cal que allí se ven y que anuncian la presencia de calcáreos. Más

allá me encontré como en un foso por donde corría un torrente sobre un lecho de esquistos negruzcos en descomposición, cuyas capas, fuertemente levantadas, ofrecían un singular aspecto que contrastaba con los gres amarillentos de las cumbres vecinas. Y después de una larga marcha entre residuos de rocas, vine finalmente a parar al valle profundo por donde corre el Pilcomayo. A la entrada de la Quebrada Seca me llamó la atención el amontonamiento de los fragmentos de esquistos y de gres arrastrados por las lluvias torrenciales. Una inmensa superficie socavada está completamente cubierta por esos residuos. A la entrada del barranco *Tambo de la puente* encontré la casa en que los viajeros pueden detenerse antes de cruzar el río. Allí me encontré con un compatriota que se ocupaba de su explotación comercial y del cultivo de algunos campos de los alrededores. Me detuve solamente algunos momentos con el objeto de visitar las cercanías y contratar un guía para cruzar el río.

El Pilcomayo, uno de los mayores cursos de agua de Bolivia, nace cerca de la meseta boliviana, en el valle de Tolapalca, al noroeste de

Potosí, pasa cerca de Lagunillas, descendiendo entre altas montañas hasta no lejos de Yocalla, en donde gira al este para llegar al punto donde me encontraba. Se inclina luego un poco hacia el sur y entra en seguida en las llanuras del Gran Chaco, que lo cruza hasta llegar al río Paraguay. Podría ser navegable en toda la llanura. A menos de un kilómetro más allá de Tambo hay una parte en donde el Pilcomayo se encuentra muy encajonado entre dos montañas; habían construído un puente allí, pero como a éste se lo llevó la corriente, quisieron hacer un puente colgante, que quedó en proyecto. Este punto es ciertamente muy favorable para una construcción de esta naturaleza que prevendría los frecuentes siniestros, pues los viajeros, aún a riesgo de verse arrasados por las corrientes o de perder allí sus mercaderías, se ven en la necesidad de vadear el río. En la estación lluviosa ocurre a menudo que las comunicaciones quedan interrumpidas ocho o quince días seguidos y que los viajeros están obligados a esperar el descenso de las aguas. Para evitar estas fastidiosas contingencias, se cruza el río más abajo, en un sitio en que, aunque más ancho, se divide en varios brazos.

Al salir de Tambo, hice cerca de una legua andando por el medio mismo del Pilcomayo, que a menudo mide de una a otra orilla más de un kilómetro. Este río forma una extensa playa cubierta de guijarros y de residuos de rocas arrancadas a las montañas vecinas, y entre los cuales sus aguas corren ya reunidas en un solo haz y rodando con estrépito, ya divididas, y variando de dirección en cada creciente, lo que hace su pasaje muy variable. De donde resulta que los guías tienen que reconocer muy frecuentemente los puntos vadeables para poder dirigir con seguridad la marcha de los viajeros. En sus riberas noté algunas chacras con muchos árboles frutales y molinos de agua. Cuando éstos no están en reparación, lo que ocurre muy a menudo como consecuencia de las crecientes, dejan a sus propietarios buenas ganancias y animan el pie de los collados que bordean el río.

DEPARTAMENTO DE POTOSI

Al atravesar el Pilcomayo, crucé los últimos límites del departamento de Chuquisaca para entrar en el de Potosí. Pronto, después de un camino difícil y cansador, dejé el valle escalando las abruptas pendientes de la cuesta del *Terrado*. Al comienzo subí por esquistos azulados, que luego dejé por pizarras en donde noté la presencia de trilobites. Finalmente, esas rocas cedieron lugar a gres compactos y luego a la arcilla sobre la que se asientan los gres. Recogiendo muchas plantas, llegué a la cima de la cuesta, en donde me vi en una inmensa llanura cubierta de un verde césped, en medio de la cual encontré la posta del *Terrado*, en donde me sentí muy contento de hallar un abrigo

contra los chaparrones que me felicitaba de no haber recibido cuando estaba en el Pilcomayo. La posta es una hermosa granja con pastos para muchos ganados, en tanto que varios lugares cultivados dan excelentes cosechas de trigo.

Al salir de Terrado, recorrí algunas llanuras frías, tapizadas no solamente con verde césped, sino también con una multitud de flores de variados colores. Eran gladiolos amarillos o blancos

o brillantes ranunculáceas. Ocupado en estas cosas, y pensando en la utilidad que podría sacarse de estas tierras vírgenes, me acerqué poco a poco al lugarejo de *Cuchi Huasi*, en donde algunas casitas de quichuas rodean a una humilde capilla. Los alrededores, muy abarrancados, presentan un notable aspecto. Como los gres reposan sobre la arcilla, resulta que todos los bloques aislados de esas rocas resguardan a la arcilla, su soporte, del efecto incesante de las lluvias torrenciales que desnudan los terrenos a su alrededor y de esta manera cada bloque errático se encuentra levantado y colocado sobre un pie estrecho en forma de hongo. La gran cantidad de esos bloques o conjuntos más o menos considerables de montículos da al campo una fisonomía singularmente pintoresca y hace de él uno de los lugares más curiosos.

De Cuchi Huasi me dirigí a las montañas que separan la vertiente del Pilcomayo de la del Mataka, su tributario meridional más importante. Por espacio de algunos kilómetros, anduve por la cima, teniendo al oeste un valle ancho, deshabitado, regado por el río Juan Tapita, uno de los brazos del Pilcomayo, y al otro lado las quebradas profundas por donde corren los afluentes del río Mataka, cuyo valle divisaba a tres o cuatro leguas y cuyas vueltas podía seguir hasta su unión con el Pilcomayo, a unas nueve leguas de distancia. Es imposible decir cuánto se ensancha el horizonte desde esas cumbres y hasta dónde puede perderse la vista; pero, en medio de esas campañas entrecortadas de valles y de montañas, la vista del viajero buscará en vano algunas casas. Se considerará muy favorecido si de tanto en tanto, como para recordar la presencia del hombre, puede ver unos rebaños de ovejas, guiados por el humilde descendiente de los quichuas, antiguos vasallos de los hijos del Sol. Armados con su honda, y siempre con su bolsita de coca, esas pobres gentes se creen dichosas cuando no están expuestas a los vejámenes y a los ultrajes que les prodigan las demás clases sociales; por eso en cuanto ven desde lejos a los viajeros, les huyen.

Como la arista de las montañas se volvía demasiado desigual, la senda bajaba por la derecha hasta un profundo barranco, llamado por esta razón Quebrada Honda. Allí, andando por el fondo de esta especie de foso, me llamó la atención la variedad de coloración de las capas que componen el suelo. Eran en toda la extensión de la palabra, gres abigarrados de color violeta, rojo y amarillo. De esta manera llegué a la posta de Quebrada Honda, en donde me detuve algunas horas para que descansaran los caballos; luego proseguí mi camino. Por un ca-

mino muy incómodo, escalé sobre gres en descomposición hasta la cumbre de la cadena que había dejado durante el día. Del otro lado ya estaba en las mesetas altas, en donde caminé hasta la noche para alcanzar al grupo de cabañas de indios pastores de Lagunillas. A nuestra llegada, como vieran de lejos nuestras armas de caza, los habitantes nos tomaron por militares, a quienes temen, y se apresuraron a esconderlo todo para rehusarnos lo que pudiésemos pedirles. En efecto, como los hombres habían huído, en todas las casas no encontré más que mujeres, poco dispuestas a recibirnos por temor a que les pidiésemos contribuciones. Bastante trabajo me costó persuadirlas de que yo no era militar; pero a la sola vista del dinero cambiaron de repente sus modales, y pronto me ofrecieron todo lo que necesitaba con la hospitalidad más solícita.

Desde Chuquisaca era mucho lo que había subido: de la temperatura de Burdeos, por ejemplo, había pasado a la de Suiza. Ya las cumbres de todas las montañas exhibían plantas alpinas, y de tanto en tanto alcanzaba a ver al ciervo de las cordilleras (*Cervus antisiensis*, d'Orb.). Nuevamente había llegado a la zona de altura conocida con el nombre de Puna. Los alrededores de la parada estaban cubiertos de césped tachonado con un gran número de flores blancas o amarillas, todas pertenecientes a las plantas compuestas. Entre Terrado y Bartolo hay dieciocho leguas terrestres, y ya había hecho algo más de la mitad. A corta distancia de allí pasé cerca de tres lagos que dan su nombre a la comarca; sus aguas límpidas están pobladas con muchísimas aves que alegran ese paisaje gracioso en forma de hoya circumscripita por montañas. Al dejarlo, me encontré en una cumbre de gres desde la que divisaba a más de una legua al sur el villorrio de Mojotorillo, situado en las laderas del valle del Chorillo, al que bajé poco después. Desde Santa Cruz hasta entonces había andado siempre por terrenos de sedimento, formados por depósitos acuosos; me sorprendió pues al pasar por el barranco de Chorillo, encontrar en todas partes residuos de rocas de origen ígneo y pórfidos de variados colores, de los que el arroyo estaba lleno. Hasta Bartolo todas las montañas ostentaban esas mismas rocas en medio de un suelo desaparejo.

Bartolo es un burgo grande habitado casi exclusivamente por indios quichuas pastores y agricultores; su aspecto es triste. Desprovistos de árboles, todos los parajes poblados de las regiones altas se parecen muy poco en general a nuestros burgos de Francia, siempre rodeados de jardines y muy a menudo de bosques. Los alrededores de Bartolo están bien cultivados; no se ven más que campos sembrados. Me detuve allí, y como todavía tenía que hacer doce leguas, resolví continuar. De la aldea bajé hacia el arroyo Pujioni, uno de los afluentes del río Mataka, dominado por altas montañas apezonadas, las que atravesé pasando por una garganta cubierta de pasto y fui a vivaquear a más de una legua de ahí, en una llanura al borde de un arroyo. Los alrededores están cu-

biertos de pasto y los acantilados escarpados de las orillas del arroyo, compuestos de tierra arcillosa, están acribillados por las madrigueras de las vizcachas, mamífero roedor, pariente de las marmotas. Las espíe a la nohecita y maté varias con toda facilidad. Son animales de gran agilidad que trepan por paredones casi verticales.

Al proseguir mi camino a la mañana siguiente, atravesé otra colina cubierta de pasto y divisé el río Chaqui, que tiene sus fuentes a poca distancia de Potosí y se dirige al estesusdeste, hasta el
 14 de marzo río Mataka, del que es su fuente principal. Sobre el ribazo opuesto, a una legua más o menos, veía dibujarse en anfiteatro el burgo de Chaqui, uno de los más importantes de todos los alrededores y compuesto por gran número de casas y una iglesia. En sus campos circunvecinos se siembra trigo. Por lo demás, es este valle el último punto en que la agricultura pueda ofrecer algunas ventajas, pues más arriba la temperatura es demasiado fría. Remonté dos leguas el lecho del río hasta su primera bifurcación, cerca de la cual encontré la posta de *Negro tambo*, en donde me detuve para proseguir una legua más hasta el establecimiento de los baños sulfurosos de Potosí, o *los Baños*.

Estas aguas termales de Potosí, situadas a cuatro leguas al nordeste de la ciudad, gozan de gran reputación en Bolivia. Allí vienen a curarse las afecciones reumáticas o cualquiera otra clase de dolencias. El establecimiento consiste en departamentos dispuestos alrededor de un amplio patio en donde los bañistas pueden instalarse. Allí pueden alojarse a poca costa y encuentran una mesa poco dispendiosa. Hay siempre muchos enfermos que han acudido de diversos puntos, sobre todo de Chquisaca, de Potosí o de los valles vecinos, pero en balde se buscarían allí cualquiera de los refinamientos de que se rodearon en Europa nuestros establecimientos del mismo género. No solamente uno está privado del "comfortable" de los baños de *Baden*, en el gran ducado de Baden, sino que hasta se carece de lo necesario. Un solo depósito cuadrado, en un lugar que a propósito lo han dejado muy oscuro, recibe en desorden a hombres, mujeres y niños. Se comprende que de ello deben resultar toda suerte de desórdenes, que necesariamente tienen que alejar a muchas personas. Aunque el agua se renueva por un pequeño canal de desagüe, que sirve para evacuar el desborde a medida que mana la fuente, no es menos cierto que el agua no está renovada más que en parte. Según el grado de calor que se quiera tener en un baño, uno se aproxima o se aleja más de la fuente, que es tan caliente que no se la puede soportar. Un grave inconveniente en los baños de Potosí consiste en la temperatura fría del lugar en que están ubicados. Se comprende que, siendo muy considerable la diferencia de calor que existe entre el depósito y el ambiente, la obligación de salir para volver a su departamento, expone a los bañistas a frecuentes accidentes.

Para llegar a Potosí tenía todavía que cruzar un valle tan frío, como la meseta boliviana, situada a 4000 metros sobre el nivel del mar.

Altísimas montañas rodean este valle; su suelo parejo y pedregoso está cubierto de una vegetación muy pobre, que no ofrece a los rebaños más que un escaso sustento. Subiendo siempre, llegué gradualmente hasta el extremo del valle, en donde, después de trepar una pequeña cuesta de pórvido, me encontré muy cerca de ese Potosí de riqueza proverbial, de esa montaña misteriosa de la que tantos millones salieron, sin mejorar la suerte de los desdichados indígenas, instrumentos ignorados del esplendor de España durante algunos siglos.

§ 3

DESCRIPCION DE LA CIUDAD Y DEL CERRO DE POTOSI

Tenía a mis pies la ciudad de Potosí y a escasa distancia la montaña del mismo nombre, cuyo cono aplastado se proyectaba sobre el cielo purísimo. Me sorprendió al instante el gran número de casas y de ingenios abandonados, que divisaba en el fondo del valle; no obstante, los monumentos y el aspecto grandioso de esta ciudad decadente tenían todavía algo imponente junto a esas montañas áridas, morada constante de las escarchas y de la esterilidad. Bajé a la ciudad, en donde me instalé por unos doce días, durante los cuales exploré cuidadosamente todos los alrededores.

Desde la época más remota, los Incas sabían explotar las minas de plata por medio del fuego. Es así como la montaña de Porco¹, situada a algunas leguas de Potosí, tenía su explotación indígena mucho antes de la conquista de los españoles. Cito esta circunstancia porque condujo más tarde al descubrimiento de los tesoros escondidos en la montaña de Potosí. En efecto, en 1545², un indio de Porco, llamado *Gualca*, que perseguía a un ciervo, subió al cerro de Potosí; allí, como quedase enganchado en las ramas de una planta, ésta se desprendió del suelo y le descubrió un riquísimo mineral de plata. Su práctica en este género de explotación le hizo reconocer de inmediato el mineral: cogió unos trozos, que fundió en cuanto llegó a su casa, y transformó en plata pura. Continuó así algún tiempo a escondidas, pero uno de sus vecinos, llamado *Guanca*, habiendo notado la buena vida que se daba *Gualca*, logró arrancarle su secreto y ambos explotaron la mina en común; mientras tanto el segundo, menos hábil que el primero para purificar el metal, y como no hubiese logrado que su asociado le enseñase cómo se las arreglaba para ello, se enojó, y se lo fué a contar todo a un español del que

¹ Herrera, *Dec. VIII, lib. II, cap. XIV*, pág. 40. Garcilaso, *Com. reales de los Incas*, pág. 298.

² Herrera, *Dec. VIII, lib. II, cap. XIV*, pág. 39. Jorge Juan, *Relación de un viage*, tomo III, pág. 194.

era esclavo. Este europeo, llamado Villarroel, vecino de Porco, se fué sin perder tiempo al paraje, en donde reconoció la inmensa riqueza del filón; el 21 de abril de 1545 solicitó la posesión de esas tierras y continuó su explotación, pagando la quinta parte al rey de España, según la costumbre. Este filón lleva todavía hoy el nombre de *Veta descubridora*. Pocos días más tarde se descubrió el filón llamado *Veta de estaño*; al año siguiente el filón denominado *Veta Mendieta*, y finalmente, el rico filón *Veta rica*; eran éstos los cuatro principales que estaban en explotación.

Muy pronto la fama dió a conocer el descubrimiento de Potosí, y a él acudieron los españoles de todas partes, sobre todo de Chuquisaca, trayendo sus indios, y en poco tiempo Potosí se convirtió, a pesar de su temperatura glacial, en la ciudad más opulenta del Perú. Las insurrecciones de Castilla, de Godínez y de Girón, de las que ya hablé en Chuquisaca¹ y de la que Potosí fué el teatro principal desde 1552 a 1554², no impidieron que la ciudad tomase cada día más desarrollo. Como los españoles ignoraban los medios de explotación de que se valían los indios, durante mucho tiempo les confiaban este trabajo mediante el abandono de una parte determinada del producto. Con sus pequeños hornos portátiles los indios se establecían en las laderas de las montañas, sin usar otro fuelle que el viento natural. Y era así que para esta época, a veces se veía durante la noche brillar en las montañas las llamas de algunos millares de esos hornos³. Finalmente, hacia 1567 un portugués llamado Enrique Garces⁴, notó la gran analogía entre el bermellón y cierta piedra con la que los Incas se pintaban la cara de rojo: hizo un ensayo con ella y reconoció el mercurio. Buscó el sitio de donde provenían esas piedras y las encontró en *Guanca*, que recibió entonces el sobrenombre de *Villca* (la rica), nombre que los españoles corrompieron en *Guanca velica*. Aunque anualmente se extraían hasta 400.000 kilos de mercurio, pasaron todavía cuatro años antes de que se lo emplease en las minas. En 1571 mandaron al Perú a Pedro Fernández de Velasco, que había aprendido en México la manera de trabajar la amalgama⁵. Este nuevo método de explotación merecía seguramente toda la atención del gobierno español; por eso al año siguiente don Francisco de Toledo, 1572, quinto virrey del Perú, quiso ir él mismo a Potosí⁶. Creó allí la moneda, comenzó la construcción de la iglesia matriz, hizo ensanchar las calles y regularizó la explotación de las minas, sometiéndolas a las ordenanzas que la rigieron hasta hoy. En esta época Potosí recibió un

¹ V. cap. 40, parágrafo 1.

² Herrera, *Dec. VIII, lib. X, cap. V*, pág. 225.

³ Garcilaso, *Com. de los Incas, lib. VIII, cap. XXV*, pág. 301.

⁴ Herrera, *Dec. VIII, cap. XV*, pág. 41.

⁵ Garcilaso, *Comentarios, lib. VIII, cap. XV*, pág. 301.

⁶ Manrique, *Descripción de la valla de Potosí*, pág. 1. *Colección de obras y documentos*, etc., T. 2.

nuevo impulso, sus riquezas llegaron pronto a su máximo y se hicieron sentir en toda Europa.

Según los inventarios mandados a hacer en 1574 por el virrey Toledo, Potosí había producido ya 76.000.000 de pesos o 380.000.000 de francos¹, y de 1574 a 1575, 35.000.000 de pesos o 175.000.000 de francos: en total, 555.000.000 en cuarenta años. Afirma un autor² que hasta 1683 se habían extraído de Potosí 395.619.000 pesos o 1.978.095.000 francos, lo que elevaba la renta de esas minas a 21.275.215 francos por año solamente para las sumas declaradas, en tanto que es cierto que deberían explotarse por lo menos un tercio más, cuyas rentas fiscales sustraían al gobierno español. A pesar de las sangrientas querellas que surgieron entre los españoles de dos provincias³, a pesar de las continuas diferencias de los habitantes, Potosí suministró inmensas ganancias hasta fines del siglo XVII, y aún hasta mediados del siglo XVIII. Esas ganancias disminuyeron repentinamente después de esta época. A consecuencia de trabajos mal dirigidos que no permitían la fácil extracción del mineral, y en razón de la profundidad a que se había llegado, los principales filones se inundaron. Con la esperanza de desagotarlos, cavaron siete averías de desagüe; pero como éstas, que llegaron a costar hasta 947 francos por metro⁴, habían estado mal dirigidas y sus niveles tomados erróneamente, no dieron ningún resultado satisfactorio.

Al comienzo se perdía tanto mercurio en la extracción de la plata del mineral, que hacía falta por lo menos un kilo de aquél para obtener igual cantidad de plata. Un escritor de aquel entonces nos informa que de 1574 a 1633 se vendieron en Potosí, y con destino a explotación de las minas, 10.235.000 kilos de mercurio. Una nota oficial presentada al virrey por el gobernador de Potosí, don Juan del Pino Manrique, el 16 de diciembre de 1787⁵, dice que las minas no daban entonces más que cuatro marcos, que para un kilo de plata hacían falta 2.500 kilos de mineral y que, de no haber sido por el establecimiento de la *Mita*⁶, la ciudad estaría completamente arruinada; sin embargo, el cerro de Potosí producía todavía todos los años de 62.000 a 75.000 kilos de plata⁷. En 1825 formóse una compañía inglesa para explotarlo, pero esta asociación, que era más un negocio de banca que otra cosa, fracasó antes de llegar a las minas. Llegaron hasta Arica unas máquinas demasiado

¹ Herrera, *Dec. VIII, lib. cap. XV*, pág. 40.

² Escalona, *Gazophilacio Perubico*, fol. 193.

³ Entre andaluces y vascongados. Manrique, *Descripción de la villa de Potosí*, pág. 4.

⁴ Tal es por lo menos lo que afirman las notas que me proporcionó la administración de la moneda de Potosí.

⁵ *Colección de obras y documentos para la historia*, T. 2.

⁶ Ya hablé de la *Mita*. V. ese capítulo.

⁷ Manrique, *loc. cit.*, pág. 6. En esta época Potosí producía en concepto de derecho a la plata salida de las minas de 350 a 400.000 pesos por año, cerca de 200.000 pesos como tributo de los indios, y en total por todos los impuestos juntos 1.200.000 pesos o sea 6.000.000 de francos.

pesadas, las cuales, como no pudieron ser transportadas a lomo de mula, fueron rotas y vendidas como hierro viejo. Por otra parte el general Paroissien, a la sazón director, murió de pena y ningún trabajo más se inició en Potosí. Hoy (1833) casi no se extrae mineral. Los especuladores se conforman con comprar a los indios, a tanto la carga, minerales elegidos entre las antiguas excavaciones de los primeros mineros. Lo más común es que se aplaste el mineral por medio de un gran pisón puesto en movimiento por una palanca, mientras que todos los ingenios de las antiguas explotaciones caen en ruinas. Se tamiza ese mineral y se lo entrega a la amalgama.

El historiador Herrera¹ cuenta que la ciudad, la mayor del Perú, tenía hacia la época en que escribía (comienzos del siglo XVII) dos leguas de circunferencia y que su comercio era considerable. Dejando de lado la leve exageración del relato, lo cierto es que debía ser la ciudad más opulenta y más comercial, pues los mercaderes de cualquier género encontraban en ella inmensas ventajas para el cambio de sus mercaderías por plata en barra. En 1780, según Manrique, no había en la ciudad más que 24.206 almas, y según el censo de 1835 sólo había 13.650, incluidos los de los suburbios (*Carcado*). Así, esta ciudad tan rica otrora, decae a medida que disminuyen sus productos, y la amenaza una ruina total si nuestra industria europea actual, con sus numerosos recursos, no acude a reanimar la explotación de las minas y a extraer una parte de las incalculables riquezas que indudablemente todavía quedan enterradas. Hoy se ven las partes exteriores de la ciudad y en su interior casas y establecimientos abandonados.

Levantada a 4.166 metros sobre el nivel del mar, Potosí se halla al norte de la montaña del mismo nombre, a unos dos kilómetros de distancia, en un terreno en declive de la orilla derecha del arroyo, cuyas aguas eran empleadas antiguamente para mover muchos ingenios contruidos para la molienda del mineral. En ella se ve una gran cantidad de casas hermosas y calles bien trazadas. Sus dos principales monumentos son la iglesia y la Moneda. La Matriz, grande y vasta, es de una hermosa construcción; se levanta su fábrica en un terreno muy inclinado. La pendiente hace muy desiguales y de una apariencia antiestética los escalones que se construyeron allí. Esta irregularidad sólo podría desaparecer con una escalinata construida con gusto. La Moneda es un inmenso monumento que costó enormes sumas. En una comarca en donde no hay árboles y no existe un camino de carros que conduzca hasta las regiones boscosas, se concibe fácilmente la dificultad para reunir en Potosí las numerosas piezas de madera adecuadas para la construcción de las máquinas. En efecto, se las trae ya de Tucumán, ya de Sinti, haciéndolas recorrer unas cincuenta leguas por lo menos, y cada viga cua-

¹ *Historia de las Indias occidentales, Dec. VIII. lib. II, cap. XIV*, pág. 40. Jorge Juan y Ulloa, *Relación de un viage a la América meridional*, tomo III, pág. 196, repiten lo mismo en 1748.



Nº 41. — Trajes de los indios de Moxos. (Bolivia)

drada de cuarenta centímetros de lado y de once metros de largo, por ejemplo, ha venido a costar más o menos seis mil francos de transporte, pues no se la puede arrastrar sino a fuerza de brazos. Basta esto para comprender los gastos que ocasionaron la multitud de aparejos necesarios en un establecimiento de moneda muy complicado. Al recorrer los numerosos talleres de este vasto edificio ¹, no me costó gran trabajo reconocer las mejoras de diverso género que podrían aportarse a los medios de explotación. Otro de los grandes gastos de la moneda lo ocasiona el precio muy elevado del combustible que se lleva allí desde muy lejos a lomo de llama. Al pensar en lo fácil que sería poblar las montañas y los valles vecinos con los árboles de nuestras montañas de Europa, me asombré que el gobierno español nunca lo hubiese proyectado. Espero que el actual presidente de Bolivia, con su celo por el bienestar de su país, no descuide esta importante rama de la industria francesa que ya tuve ocasión de señalar ² y que está destinada a cambiar el aspecto y los recursos de las partes montañosas.

Su población se compone de numerosos empleados de la Moneda y de la prefectura (pues Potosí es capital del departamento de ese nombre), de muchos comerciantes, de propietarios y mineros españoles, de un crecido número de mestizos de españoles y de indios que ejercen allí todos los oficios y de indios quichuas ocupados en el trabajo libre de las minas; pues, felizmente para esta clase de la sociedad, la *Mita* (trabajo forzado de las minas) fué abolida en la época de la emancipación de América. Los trajes de los españoles responden a la moda europea; los de los indios se parecen en todo a los de Chuquisaca ³, con la diferencia de que las indias, a consecuencia de la baja temperatura, usan más polleras. Sus pantuflos, provistos de suelas altas que están adornados en el talón con franjas doradas y aún muchas veces con piezas de oro o de plata, están además adornados con un gran número de nudos y con una ancha banda de tejidos de lana negra que forman encima del pie una gran borla ⁴. No conozco calzado más singular ni más incómodo.

Quise visitar con mayor detenimiento los alrededores de Potosí para darme una idea exacta de la notable conformación de los terrenos. Necesariamente mis primeras investigaciones debían tener por objeto el cerro de Potosí. Presenta la forma de un pan de azúcar aplastado, casi circular y completamente aislado en medio de una llanura circunscripta por montañas. Junto a su lado norte, o del lado de la ciudad, el cerro está sin embargo unido a otra montaña más chica que la llaman *Guayna*

¹ Cuando vi los moldes de todas las medallas acuñadas en ocasión de las batallas y de los diferentes gobiernos, me imaginé que una colección histórica de ese género figuraría ventajosamente en la Biblioteca Real. Hice la solicitud al presidente, y conseguí que las hiciera acuñar de nuevo para mí. A mi regreso deposité esta colección en la Biblioteca Real.

² V. capítulo XL, parágrafo 2.

³ V. plancha N° 48.

⁴ Tengo en mi colección algunos de esos pantuflos.

Potosí (el joven Potosí). Un día, acompañado por el prefecto y por todas las autoridades de la ciudad, escalé esta montaña famosa, a la que están unidas tantas grandezas para unos y tantas miserias para otros. Subí primero al Guayna Potosí y llegué al centro de las explotaciones. Vi una cantidad de bocas de minas¹ y montones de escombros², hoy removidos por todas partes para buscar en ellos los minerales que desdénaban los primeros explotadores en vista de su escaso valor. Al examinar con cuidado las rocas que constituyen las montañas, llegué hasta el último punto en que se pueda ir a caballo e hice el resto a pie hasta la cima, en donde me instalé por una parte de la jornada en una pequeña plataforma de algunos metros de ancho. Subido a 4.888 metros sobre el nivel del mar, y por consiguiente a 78 metros más arriba que el pico de nuestro Monte Blanco³, quise contemplar largo rato el magnífico espectáculo que se me ofrecía en todas partes.

Al norte, a 722 metros debajo de mi observatorio, tenía la ciudad cuyos detalles podía percibir; al noroeste, la quebrada de San Bartolo, en donde la cadena de montañas presenta una grieta profunda en la que se abisman las aguas del valle; al oeste, una cadena baja de montañas, más allá de la cual divisaba un pico nevado a gran distancia; al sudoeste se proyectaba también, por encima de todas las demás eminencias, el cerro Porco, cubierto de nieve y cuya riqueza mineral no le iba en zaga al de Potosí, pero cuyas minas tan productivas estaban inundadas desde hacía mucho; al sur veía una hermosa llanura verde en la que brillaban las lípidas aguas de tres lagos, de los cuales los dos mayores llevan los nombres de *Pescococha* y de *Chalviri*, y más lejos, algunas montañas menos elevadas que el cerro Potosí; la parte más hermosa se encontraba al este: eran al comienzo terrenos parejos, cubiertos de césped; luego colinas que se van elevando gradualmente hasta las eminencias hirsutas, en donde las rocas negras esquistas contrastan con la blancura de la nieve que recubre las partes menos escarpadas. Desde esas montañas, últimos límites visibles, bajan los arroyos que forman lagos escalonados. Contenidas ya naturalmente, ya artificialmente para alimentar a los ingenios de la ciudad, las aguas forman magníficos depósitos. Todo atraía mi atención, y yo no sabría decir qué fascinación tenía sobre mí cada trozo del dilatado horizonte que divisaba en todas las direcciones bajo un cielo tan puro. Por medio de la rosa de los vientos, hice relevamientos de todos los puntos circundantes, dibujando las formas orográficas y la disposición de las montañas y de los valles. En un vaso de plata hice hervir agua, a fin de obtener, por su temperatura en el mo-

¹ Suman unas cinco mil aproximadamente, de las cuales, al decir de los lugareños, sólo se explotaron tres mil.

² Creen los indios que la montaña de Potosí crece de diámetro cada año; esta creencia tiene su fundamento en el sentido de que todos los escombros arrojados fuera de las minas deben aumentar poco a poco el exterior de la montaña.

³ El Monte Blanco no tiene más de 4.810 metros de altura.

mento de la ebullición, una altura aproximada que la falta de barómetros no me permitía lograr rigurosamente.

Al recordar cuánto había sufrido la primera vez que desde el nivel del mar había subido hasta la meseta occidental de la Cordillera, en donde sin embargo no había ido más allá de los 4.500 metros, me asombré de no haber sentido ningún malestar cuando escalaba el cerro Potosí y de no experimentar más que una molestia muy fácil de soportar a 78 metros más arriba que la cumbre de nuestro Monte Blanco, en donde los efectos de la rarefacción del aire son tan señalados. Tuve que llegar necesariamente a la conclusión de que uno se habitúa fácilmente a vivir en esas altas regiones *. Por lo demás, durante mi travesía de la cordillera de Cochabamba, sea cuando fui a Tutulima¹, sea cuando venía de Yuracarés², había llegado a zonas más elevadas, puesto que había ido hasta el nivel de las nieves perpetuas en los lugares más cercanos al ecuador. La cumbre del cerro de Potosí, a veces coronada de nieve, no la conserva siempre; por eso apenas si se veían algunas huellas, en tanto que otras montañas, que me parecían menos altas, estaban nevadas. Tuve que creer entonces que la forma o la disposición de las montañas influye mucho sobre la persistencia de las nieves que reciben. Cuando terminé mis observaciones, bajé y proseguí mis investigaciones geológicas y recogí muchas muestras.

Juzgué interesante completar el inventario de la botánica de la zona vecina de las nieves y puse todo mi cuidado en formar la flora montañosa de los alrededores de Potosí. A este efecto hice frecuentes excursiones hacia los lagos superiores del valle. Estos viajes tenían para mí muchos encantos, pues la geología, la zoología y la geografía tenían allí su características propias. Saliendo de la ciudad hacia el este, subí poco a poco a unas magníficas praderas naturales, esmaltadas de flores, sobre todo de plantas compuestas. Noté allí una inmensa cantidad de bloques erráticos de traquitas; estaban allí como asentados sobre el suelo, sin que pudiera imaginarme cómo habían llegado desde las cumbres de las montañas vecinas, a menos que hubiesen sido transportados por la fundición de ventisqueros que hoy no existen en ninguna parte. Llegué así a cuatro kilómetros de la ciudad al primer lago, contenido por un dique magnífico y conocido bajo el nombre de *Laguna de San Ildefonso*. Un dique lo separa de la *Laguna de San Pablo*; sus lípidas aguas están cubiertas de numerosos cisnes y de muchas otras aves acuáticas de las regiones montañosas. Más allá de ese lago proseguí por una quebrada bordeada de altas montañas hasta el tercer lago, conocido con el nombre de *Laguna del Rosario*, y finalmente hasta el cuarto y último, el cual se forma con las nieves derretidas que recubren las cimas que lo

* Como saben los que viven o viajan por el Altiplano, el hábito no ejerce ninguna influencia. A igual altura, hay zonas de puna y otras que no lo son. (N. del T.)

¹ Capítulo XXXV, parágrafo 3.

² Capítulo XXXVI, parágrafo 2.

rodean. Este punto, término de mi carrera, era el de la ascensión posible para los hombres. Sobre los peñascos nevados, en medio de los esquistos en descomposición, encontré deliciosos musgos, gramíneas de dorados penachos de especies raras, algunas valerianas, malváceas, muchos geranios, violetas y sobre todo una multitud de plantas compuestas. Todas formaban una alfombra y ninguna se elevaba a más de dos o tres centímetros del suelo. Subí así hasta el último límite de la vegetación alpina y hasta el nivel de las nieves perpetuas, que era inútil cruzar. A mi regreso a Europa, he visto en los Alpes y en los Pirineos regiones parecidas, pero la ausencia de abetos cambia completamente el aspecto de los lugares transatlánticos, y me pareció notar que la vegetación americana, en razón quizá de su mayor altura, es infinitamente más achaparrada, pues ninguna planta se alza a más de algunos centímetros del suelo.

Otras excursiones me llevaron al valle de Mirafior. Bajé entonces al lecho del río, al oeste de la ciudad, andando por terrenos cubiertos de esquistos y de rocas en descomposición. A medida que avanzaba, veía cobrar altura a los vegetales. Tal especie, por ejemplo, que en las montañas arriba de Potosí, no sale de su condición de césped y alcanza apenas a algunos centímetros, en los barrancos situados debajo llega a dos o tres decímetros de altura. En medio del caos más singular, comienzan a mostrarse allí algunas plantas leñosas, por entonces florecidas. Cuando se penetra en la quebrada de *San Bartolo*¹, se cree descender a una cima. Es una grieta estrecha que se produjo en una cadena de montañas y por la cual pasan el río y el camino entre dos paredones escarpados, erguidos perpendicularmente a ambos lados. Se anda así dos kilómetros más o menos por una vereda difícil y curiosa y se desemboca finalmente en el hermoso valle de Mirafior, en donde se ven muchas casas de indios y campos cultivados, ora en la ladera de los collados, ora al borde mismo del río, el cual, unido con el Santa Lucía, se vuelve considerable y va a arrojarse más lejos en el Pilcomayo. Pasé algunos días en el lugarejo de *Los Molinos*, en compañía de un comerciante, compatriota mío, el señor Maupas, que poseía ahí un apeadero. Comparado con Potosí, morada de escarchas eternas, el valle de Mirafior es un verdadero paraíso; por eso los ricos de la ciudad tienen allí sus casas de recreo y encuentran frutas de los países templados.

En este valle profundo, dominado al este por montañas de gres y al oeste por arcillas abigarradas y por morros graníticos, visité el valle lateral de Santa Lucía, situado al oeste, subiendo. Vi allí una aldea en anfiteatro y hermosos campos de labranza sobre los residuos mezclados de rocas graníticas y de muschelkalk. Los habitantes, todos quichuas, son agricultores y pastores. Otro día bajé por el valle tres leguas hasta el villorrio de Taropaya, rodeado de sus chacras, y llegué hasta la hermosa casa de Mirafior, en donde vi, como para justificar su nombre,

¹ Es por error que en la parte geológica designo a esta quebrada con el nombre de *Santa Bárbara*.

una cantidad de flores. A poca distancia, sobre la ladera occidental, existe una fuente termal abundante, que surge de la cima de la colina y se transforma en seguida en una lagunita, cuya agua tiene una temperatura tan elevada que no se puede poner la mano. El derrame de las aguas se desliza hacia el valle y forma varios depósitos naturales, cuya temperatura baja a medida que se descende. De donde resulta que los bañistas pueden elegir el grado que les conviene, con tanta mayor facilidad, cuanto que no hay casas en los alrededores y que tales depósitos, a pesar de estar tan cerca de Potosí, no tienen ningún destino. Los alrededores del depósito superior están cubiertos de concreciones en todas partes. El carbonato de cal, que forma en el suelo una costra, recubre los bordes de los depósitos y presenta allí la forma de superficies apezonadas o una especie de grutas, o a veces, rodeando las plantas que nacen un poco más abajo, da a esos parajes el aspecto más estrafalario. Las aguas de Mirafior son muy calientes y dan incrustaciones tan hermosas como las de la fuente de Clermont, en Auvernia. Sólo que aquí falta una población industriosa capaz de explotar una y otra de esas ventajas.

§ 4

VIAJE DE POTOSI A ORURO

TERRITORIO DEL DEPARTAMENTO DE POTOSI

Después de haber residido en Potosí por espacio de trece días, que empleé en recoger todos los informes posibles del prefecto y de las autoridades de la ciudad, de quienes recibí todas las finzas imaginables, quise ir a Oruro, distante unas setenta leguas al noroeste. Acompañado por los notables de Potosí y por varios compatriotas, jefes de casas de comercio, bajé hacia la quebrada de San Bartolo, en donde una vez más admiré en esta profunda grieta producida por las dislocaciones geológicas del suelo sus paredones escarpados y lo pintoresco de ese paisaje extraño, desde el fondo del cual divisaba apenas una parte de cielo. Dije allí mi último adiós a los habitantes de la hospitalaria localidad y proseguí viaje. Luego crucé los últimos lindes de la quebrada de San Bartolo y entré en el valle que ya había recorrido cuando iba a Mirafior. De nuevo contemplaba a mi derecha las altas montañas de gres, y a mi izquierda esas arcillas abigarradas en acantilados, y, más arriba, las cúpulas graníticas cuyas crestas hirsutas, negruzcas, contrastan con las capas estratificadas de las rocas vecinas, las cuales, por su horizontabilidad, parecen ser posteriores a las cumbres surgidas del centro de la tierra. Anduve toda la jornada, tanto en el lecho del río, bordeado en ambas orillas por las chacras de los indios, como caminando por los ribazos,

sobre arcillas abigarradas, llenas de cal sulfatada en cristales o sobre calcáreos compactos de una curiosa estructura.

Llegué así cerquita del villorrio de Taropaya, pero lo dejé a mi derecha y, por el otro lado del río, entré en la quebrada del mismo nombre. Es también un desgarrón producido por las dislocaciones del suelo, las que interrumpen las montañas que bordean el valle por el oeste. En ese lugar veía doquiera antiguos restos de cultivos, hoy abandonados. Para no perder la tierra de labranza, los indígenas tienen la sabia precaución de elevar de trecho en trecho, en los terrenos inclinados, unas pequeñas murallas en gradería destinadas a retenerla. Eran estas graderías o pilcas las que divisaba en todas partes, subiendo cerca de una legua por la quebrada hasta el lugarejo llamado *Tambillo*, situado del otro lado de la montaña, en un sitio un poco más ancho, en donde me detuve para vivaquear. El aspecto de la campaña era severo y triste, pero tenía algo imponente. Veía montañas casi desnudas de vegetación, pero cuyo conjunto no por eso dejaba de ser menos variado. Al norte y al sur, montículos de granito ocupaban todos los puntos culminantes y sus formas estrafalarias contrastaban con las capas de arcillas abigarradas y de calcáreos compactos en tablones que se veían en todas partes. Al oeste, en la cumbre del valle, el conjunto de alturas se complicaba de tal manera, que no podía interpretarlo. Desde la tarde hasta la noche recorrí los alrededores, y al ver las hermosas vetas de mármol o de calcáreos compactos, azulados y veteados, me asombré de que no se los hubiera aprovechado para fundar, ora en el río de Taropaya, ora en el Pilcomayo, situado muy cerca de allí, una marmolería que podría ser movida por las aguas. Me imagino que cuando cómodos caminos unan más íntimamente entre sí a todas las ciudades de Bolivia, la industria no dejará de explotar esta mina.

De *Tambillo*, distante siete leguas de Potosí, sólo me quedaban cinco por hacer hasta *Yocalla*. Proseguí mi ascensión por la quebrada de Taropaya, pero pronto la dejé a mi izquierda, en

29 de marzo un lugar desde el que divisaba hacia el sudoeste una gran montaña granítica, la que sin duda da nacimiento a un arroyo, y comencé a trepar por collados secos y áridos, desprovistos de vegetación, pero en donde sin embargo divisaba, aquí y allá, algunos pastores con sus rebaños de ovejas. El fondo de la quebrada estaba completamente lleno de esquistos azulados del período siluriano. A medida que subía, veía a las rocas cambiar de naturaleza; muy pronto encontré gres amarillentos y duros, luego gres friables más oscuros, recubiertos de arcilla abigarrada, roja o violeta, y finalmente, ya en las cumbres, bancos enormes de mármol azulado pertenecientes al muschelkalk. Se concibe fácilmente que si la vegetación no ofrece ninguna variedad en ese paisaje, la naturaleza empero debe mostrar allí una multitud de aspectos diferentes, determinados por el color, la dureza y los accidentes diversos de las rocas, y sobre todo por su dislocación. En

efecto, el camino está lleno de interés para el geólogo y ofrecería al artista muchos sitios dignos de sus lápices.

Desde la cumbre de la montaña divisaba un horizonte bastante dilatado y cubierto de montañas: a mi frente, a cosa de una legua, tenía otra cumbre que me era menester alcanzar. Bajé a una quebrada y volví a subir por la cuesta de enfrente hasta la cima de una alta cadena, que domina el río Pilcomayo desde una altura tan considerable y tan vertical, que el arriero me sorprendió diciéndome que teníamos que aguardarlo. Nunca anduve quizás por una bajada tan rápida. Efectivamente, más que andar se rueda, al principio sobre piedras de gres, luego sobre esquistas que continúan hasta el fondo y ostentan la enorme potencia de sus capas. En la cumbre de la montaña me encontraba en la región fría, y podía dominar la naturaleza más accidentada; mas, a medida que me acercaba al río la temperatura se elevaba, y sentía casi calor en el fondo del abismo, en donde las plantas más variadas estaban denunciando una zona más cálida. Tenía entonces al sudoeste cimas de imponente aspecto en las que nace un brazo del Pilcomayo, en tanto que el cuerpo principal del torrente viene majestuosamente del oeste, deslizándose entre montes de cimas peladas, de forma cónica. Al pasar el río por un puente, admiré sus aguas límpidas, que saltan con estruendo sobre bloques de granitos y de traquitas que obstruyen su lecho. Del otro lado, subiendo al sur de un arroyito, y a una legua de distancia, se extiende el villorrio de Yocalla, compuesto de una iglesia y de un número bastante grande de casas de indios quichuas, pastores y agricultores. En el corazón de esos terrenos accidentados, el hombre aprovechó todos los puntos cultivables para sembrar papa, primer recurso del indígena, y muchos otros productos de las regiones frías tales como la quínoa, la oxálide o acedera y la cebada. Ningún sitio queda sin utilizarse ni siquiera las cumbres de las montañas, en donde se ve pacer a numerosos rebaños de ovejas y de llamas.

Como todavía era temprano, mis arrieros quisieron apretar el paso para llegar a la posta de *Leñas*, seis leguas más lejos. Recorriendo campos bastante tristes, subía siempre el Yocalla, andando por el borde mismo del barranco. Pude advertir que los terrenos habían cambiado de forma. Las rocas estratificadas eran reemplazadas por traquitas antiguas en descomposición, que, en lugar de dar a las montañas el aspecto accidentado de las escarpaduras, formaban colinas redondeadas, con eminencias cónicas, semejantes a las de nuestra Auvernia. Fuí subiendo así poco a poco; luego, después de cruzar una montaña pétreo bastante difícil, me encontré por fin en una meseta uniforme casi horizontal, en donde encontré, junto con la fría temperatura de la Puna, el triste aspecto de la cordillera. Se acabaron los árboles y los sitios cultivados; a lo sumo, había aquí llanuras cubiertas con esos pequeños arbustos que caracterizan a los parajes altos. El panorama era dilatado: al sur, a escasa distancia, estaba una grieta profunda por la que corre el Pilcomayo, cuyos meandros podía seguir a lo lejos; al norte, una monta-

ña redondeada, muy alta y cubierta de pastos; al oeste, por encima de terrenos apezonados, a seis u ocho leguas de distancia, dos eminencias cónicas nevadas que se proyectaban sobre el azul purísimo de un cielo sin nubes. A pesar de la profunda soledad en que se encuentra el viajero, perdido en medio de esos desiertos tranquilos, la grandeza del cuadro que se desenvuelve delante de él no deja de interesarlo y aún de encontrar cierto encanto en la contemplación. Mis ojos buscaban en vano a mi alrededor otras huellas humanas que la pequeña vereda por donde andaba. La naturaleza me pareció inanimada: experimenté una sensación de dicha cuando al fin advertí algunas aves ribereñas en las orillas de una laguna que costaba y cuando vi a unos cóndores planear a una altura inconmensurable en la región etérea.

Bajando por una pendiente muy suave, por la vertiente occidental de una eminencia, mis pasos me llevaban poco a poco hasta la posta de Leñas, triste caserío situado a corta distancia de una quebrada, al pie de una montaña de traquita cortada perpendicularmente. Me instalé en el *tumbo*, una de las casas comunes que los españoles, como los antiguos Incas, edificaron expresamente para los viajeros, los cuales pueden establecer su domicilio momentáneo entre esas cuatro paredes, si no temen demasiado los inconvenientes que resultan del paso de gente de toda calaña. A veces se encuentran en esas postas algunos recursos: pan, huevos y hasta aves de corral, que los indios venden cuando creen reconocer un burgués en el transeúnte, pues el militar sabe de antemano que carecerá de todo, a menos que no lo logre por la fuerza o que no comience por dar su dinero.

Por la tarde vi que los flancos escarpados de la vecina montaña estaban llenos de vizcachas, especie de roedor que se parece a nuestros conejos; me fui a espiarlas, y una hora después, me había abastecido para el consumo de la cena y hecho provisiones para el día siguiente.

De Leñas hasta la posta de *Lagunillas* no hay más que seis leguas. Mis muleros, sin embargo, me apremiaron para partir con el objeto de aprovechar los buenos pastos de este último lugar; pues en todo este camino, con excepción de un poco de paja de cebada que se les da raramente, esos pobres animales tienen que conformarse con los recursos naturales del campo en que los sueltan por la noche. Recorriendo comarcas poco accidentadas y hollando terrenos parecidos, en cuanto al aspecto general de la vegetación, a los de la meseta de La Paz, bajé de la posta hacia el fondo de un pequeño barranco y volví a subir del otro lado por una pendiente suave de gres friable hasta la cumbre de una montaña que me separaba del Pilcomayo. Desde ese punto elevado, sobre una especie de cadena que era un ramal meridional de la cordillera oriental, cuyos picos nevados divisaba en lontananza hacia el oeste, descubría a mis pies el río Pilcomayo —que corre por un lecho profundo— y doquiera una naturaleza montañosa cuyo conjunto, siempre triste, no carece sin embargo de pintoresco. En la cumbre de la cuesta noté una cantidad de pequeños montículos formados con piedras colo-

cadras en equilibrio unas sobre otras, que tantas veces había encontrado cuando venía de Tacna a La Paz; y no pude menos de sonreír al recordar el motivo de superstición que lleva a los crédulos aymaras a colocarlas así para asegurarse si sus mujeres les son fieles mientras ellos viajan. Había alcanzado en efecto los últimos límites de los parajes habitados por los quichuas, y en Lagunillas iba a entrar de nuevo en territorio de los aymaras.

Por una suave pendiente me alejé de los terrenos en parte desnudados y surcados por las erosiones que determinan las lluvias anuales. Anduve primero por gres friables, luego por calcáreos compactos o margosos, cuyas capitas onduladas, que darían mármoles encantadores, los hacen muy notables, y finalmente por arcillas abigarradas de rojo y de violeta, como las del valle de Mirafior, cerca de Potosí. Arrastrando sus aguas rojizas, coloreadas por las arcillas, el río corre por el fondo de este valle en un lecho bastante ancho, bordeado de praderas en las que pacen muchos rebaños de ovejas y de llamas. Estaba asombrado de no encontrar campos de labranza, y pensaba que esas riberas, lo mismo que los collados, podrían poblarse con una gran cantidad de árboles de nuestras selvas europeas, lo que no sólo animaría al paisaje, sino también que proporcionaría una vegetación leñosa propia para subvenir a las necesidades numerosas de esas regiones, completamente desprovistas de maderas para leña y para almacenes.

Después de subir por terrenos análogos a los de la otra orilla, llegué a una cumbre que me separaba de la llanura de Lagunillas, a la que pronto bajé. Es una pequeña meseta circular, rodeada de montañas, en la que está situada la aldea de Lagunillas, nombre que proviene de una laguna que ocupa el medio de esta depresión, entre terrenos cenagosos y negruzcos. Llegué temprano y pasé el resto del día en recorrer los alrededores, que me parecieron de lo más curiosos. La laguna, de dos kilómetros de largo por uno de ancho, se encuentra al oeste de la aldea; lo demás, cubierto de praderas naturales, está regado por varios arroyos que penetran en la laguna y se deslizan luego al sudeste, hacia el Pilcomayo. A todos lados un círculo de montañas, de cumbres redondeadas en la parte occidental, pero variadas, muestra en el lado opuesto los cortes escarpados y las más hermosas columnas basálticas.

En el extremo oeste del lago un corte natural producido por un arroyo me permitió reconocer que el suelo está compuesto de turba negruzca, que me pareció muy apta para proporcionar un excelente combustible. Estoy convencido de que sondeando en otros lugares se encontrarían espesos bancos de esta materia, la cual, sometida a la desecación, podría reemplazar a la leña, desconocida en esas comarcas. Como desde las cumbres de sus montañas, cubiertas en parte de césped, hasta el borde de la laguna la meseta de Lagunillas presenta terrenos de la más variada naturaleza, es difícil concebir cómo los españoles no trataron de plantar allí árboles europeos. Las diferentes zonas de humedad de los terrenos ofrecen todos los elementos necesarios para la propagación

de varios de nuestros pinos, álamos y hayas, con lo que dentro de unos veinte años esos parajes, hoy tristes y monótonos, se cubrirían de selvas y presentarían el aspecto de esos valles tan lindos de Suiza y de los Pirineos. Esperemos que el gobierno boliviano no siga descuidando esta importante rama de sus recursos futuros, y que, por ende, ha de verse a todas las regiones altas de la república cambiar de forma y sufrir una completa metamorfosis. Por lo demás, en este sentido el gobierno no tendría más que imitar a sus vecinos. Mendoza carecía igualmente de bosques y, sin embargo, hoy se ve allí un gran número de nuestros árboles forestales, los que dan abundantes frutos.

Lagunillas está a seis leguas al estesusdeste de la posta de *Tola Palca*¹. Muy temprano bordeé la laguna y más allá escalé una colina andando por rocas traquíticas. Desde ese lugar, el más

31 de marzo alto de los alrededores, abarcaba con una mirada el conjunto del valle circunscripto de Lagunillas; al oeste, una inmensa extensión de meseta, limitada al norte por la Cordillera oriental, algunas de cuyas cumbres nevadas se destacaban en el horizonte; al este, unas simples colinas. Bajé por un terreno pedregoso hasta la llanura en donde volví a encontrar todo el aspecto de la Cordillera: las mismas plantas pequeñas y achaparradas, las mismas rocas traquíticas y en fin hasta las mismas aves.

Desde mi salida de Chuquisaca, había seguido siempre, remontándolo, el curso del Pilcomayo y todavía debía acompañarlo hasta sus fuentes. Había pasado, en efecto, cerca de Terrado². Lo había encontrado nuevamente, menos caudaloso, en Yocalla. En la víspera había atravesado su curso una tercera vez, y en esa misma jornada debía ver sus últimas ramificaciones. Llegué a la llanura, atravesé uno de sus brazos que viene del sur y se desliza tranquilamente sobre un lecho de arena y volví a reunirme con su curso seis kilómetros más lejos. Aquí, una vez más pensé en las ventajas que ofrecerían sus riberas húmedas si se las poblase de selvas. Las nubes entonces se detendrían más tiempo sobre esas llanuras y la tierra se vestiría con una hierba más espesa y más apta para alimentar a los ganados.

Lo mismo que en la meseta boliviana, veía pacer aquí y allá algunos rebaños de ovejas y de llamas, y a menudo contemplaba la apacible pero salvaje vicuña, que, a pesar de todos los esfuerzos intentados, nunca quiso someterse a la domesticidad. Nada más extraordinario, nada más ridículo diría, que la carrera de este animal: tiende su cuello y su galope es muy desgarrado. En varias ocasiones quise acercarme a esas vicuñas para disparar, pero en vano; en esas llanuras parejas es tal su vigilancia, que nunca se las puede sorprender.

Siguiendo al comienzo por las orillas del Pilcomayo y atravesán-

¹ *Tola* es el nombre de una pequeña mata compuesta que no crece más que en los sitios muy altos, y *palca*, como ya lo he dicho en otro lado, significa la confluencia de dos ríos o de dos arroyos.

² V. más atrás párrafo 2 de este mismo capítulo.

dolo más lejos, llegué a la posta de Tola Palca, una casa aislada que está al pie de un montículo traquítico. Me apeé allí y traté de procurarme víveres; pero no encontré como de costumbre más que algunos huevos y papas, con lo que hubo que conformarse. Me detuve sin embargo algunos instantes y dejé que mis animales de carga prosiguiesen su camino hacia la posta de *Vilcapujio*, de la que estaba todavía a cinco leguas al este. Al salir de la casa de Tola Palca, que se encuentra a 4.100 metros sobre el nivel del mar, anduve por una llanura regada por algunos pequeños cursos de agua que vienen de las montañas nevadas del norte y de las montañas mucho menos altas del sudoeste. Eran las últimas ramificaciones del Pilcomayo, que no son más que unos arroyuelos. De esta manera, y desde Chuquisaca, había visto a este vasto río ir disminuyendo gradualmente de fuerza a medida que subía y que dejaba atrás a sus afluentes; y me encontraba por fin en sus fuentes. La llanura es aquí horizontal, los arroyos tienen apenas su curso marcado y muchos puntos son fangosos o están por lo menos constantemente humedecidos por el agua dulce o por las aguas saturadas de una sal cuya eflorescencia blanquea la superficie, entonces desprovista de toda vegetación. Después de tres leguas por la llanura, elevándome muy insensiblemente, alcancé una pequeña colina, último límite de la vertiente oriental de la Cordillera y al mismo tiempo línea de demarcación entre los departamentos de Potosí y Oruro. Allí, casi sin darme cuenta había llegado al paso más alto de esas regiones,

*Meseta
de
Potosí*

a 4.290 metros¹ sobre el nivel del mar y a 1.799 metros más arriba que el paso del Gran San Bernardo, en nuestros Alpes. La vista se extendía a lo lejos, a un lado sobre la llanura de Tola Palca, y al otro, muy deba-

jo de mí, sobre la pequeña meseta de Vilcapujio, en donde corren los primeros afluentes del lago Panza, depósito sin salida que reúne todas las aguas de la meseta boliviana. Aunque poco importante, este paso señala la línea divisoria de las aguas de las pendientes que yo venía remontando desde Chuquisaca y Potosí, y que puede seguirse desde Montevideo y Buenos Aires, es decir en una extensión de por lo menos setecientas u ochocientas leguas.

TERRITORIO DEL DEPARTAMENTO DE ORURO

Con mis primeros pasos, ya estaba en la provincia de Poopo, dependencia del departamento de Oruro. Bajé por un mal sendero, trazado sobre una pendiente socavada por las aguas; anduve al comienzo por gres, luego por pizarras y esquistos, hasta el valle que forma una meseta alta y casi horizontal, rodeada en todas partes por montañas.

¹ Annuaire du Bureau des longitudes pour 1835, pág. 151.

Nunca había notado un contraste tan grande entre las dos cuestas del valle: en efecto, al este las capas estratificadas y dislocadas en diversos sentidos mostraban profundos desgarrones, escarpaduras y numerosos accidentes, en tanto que al oeste las rocas traquíticas, surgidas del centro de la tierra por antiguas deyecciones, presentaban por el contrario morros redondeados, cónicos y cubiertos de pastos. Observando esos contrastes y caminando por la llanura, al pie de los últimos ribazos, llegué a la posta de Vilcapujio, en donde para descansar de mis fatigas de la jornada no encontré absolutamente nada, ni siquiera una cara amable de huésped, pues el dueño de la posta era el hombre más grosero que hubiese encontrado hasta entonces.

Semejante al de Lagunillas, el valle de Vilcapujio es muy rico en pastos excelentes, regados por una multitud de arroyuelos que descienden de las montañas vecinas y traen allí humedad bienhechora. En este lugar, al abrigo de todos los vientos y morada constante de la tranquilidad, pensaba en los numerosos chopos que en Europa hubieran plantado al borde de todos esos cursos de agua y que vendrían a alegrar la vista, al mismo tiempo que ofrecerían recursos hasta el presente desconocidos. Pensaba también en los abetos y en los álamos que podrían poblar esas montañas, y trataba de figurarme el encantador aspecto que cobrarían entonces a los ojos del viajero esos parajes hoy nada pintorescos.

La aldea de Ancacato, situada a cinco leguas al noroeste de Vilcapujio, es la primera posta de la ruta por donde andaba. Para ir hasta ella hice al comienzo dos leguas por el llano, hollando siempre magníficas praderas y pasando cerca de un morro de rocas al descubierto, compuesto de esquistos azulados cuyas capas están muy erguidas. Inmediatamente después entré en la quebrada de Ancacato, barranco profundo en donde uno se encuentra encajonado entre dos altas montañas y donde a menudo no hay otro camino que el lecho del mismo torrente, al cual lo alimenta el derrame de las aguas de todo el valle de Vilcapujio. Allí, en el corazón de la naturaleza más accidentada, noté uno de los hechos más curiosos de la geología. Esta profunda grieta del suelo no es en efecto otra cosa que el punto de separación y de contacto entre las rocas estratificadas solivadas y las rocas levantadoras de origen ígneo. A la izquierda veía doquiera rocas traquíticas en descomposición que forman la continuidad de las montañas situadas al sur de Tola Palca y al sudoeste del valle de Vilcapujio. A la derecha, por el contrario, divisaba esquistos azulados o pizarras de la época siluriana, inclinados de distinta manera y coronados con gres del período devoniano. Así pues, las más antiguas capas de la corteza terrestre están en este lugar en contacto con las rocas de origen ígneo, que fueron las últimas en llegar a la superficie del globo.

Al admirar el verdadero caos que reina en el conjunto de esta quebrada, no dejé de apreciar todos sus detalles pintorescos. A veces

se estrecha considerablemente y no ofrece más que un desfiladero entre las rocas; pero en cuanto recibe otros barrancos laterales, la quebrada se ensancha momentáneamente y ofrece, ya pequeños espacios de césped, ya breves valles transversales en los que el humilde pastor indígena fijó su vivienda. Llegué a un sitio en donde el barranco se ensancha mucho. La aldea de Ancacato, situada en la margen derecha del río, con su iglesia sencilla y sus casitas agrupadas alrededor de ésta, presenta un aspecto extraño de tranquilidad que contrasta con la agitación de los terrenos del barranco que acababa de recorrer. Esta aldea está habitada por indios aymaras que se ocupan en hacer pacer a sus rebaños en las montañas vecinas y en cultivar pequeñas parcelas de terrenos aptos para la siembra de papas.

Desde Ancacato me faltaban todavía cinco leguas hacia el oeste para llegar a la posta de *Las Peñas*, así llamada a causa del gran número de rocas escarpadas aisladas o desprendidas de la montaña, a cuyo pie están adosadas las casas. Resolví hacerlas para adelantar en una jornada mi marcha hasta Oruro. Al dejar la aldea, el barranco recibe otro por el norte y se vuelve un poco hacia el sudoeste; se estrecha una vez más a poca distancia y en seguida desemboca de pronto en una vasta planicie. El río Ancacato sigue al oeste, bordeando los últimos contrafuertes de las montañas de la izquierda y dirigiéndose hacia el lago Panza, para pasar cerca de la aldea de *Chillapata*, mientras que el camino de Oruro se aparta de él y durante dos leguas sigue junto al pie de las montañas de la derecha. En este espacio tenía al oeste un horizonte que se extendía hasta la laguna de Panza, cuyas orillas sin embargo no alcanzaba a ver.

Esta laguna, de un grado de largo y de apenas cinco leguas de ancho, ocupa la parte más baja de toda la meseta boliviana. En efecto, el desborde del lago Chucuito forma el río Desaguadero, navegable en todas partes, el cual, después de haber serpenteado durante unas setenta leguas hacia el sudeste viene a arrojarse a la laguna Panza. Las aguas se evaporan en este vasto depósito sin salida y están constantemente saladas. En medio está la isla de Choro y todos sus alrededores son muy populosos. Hay no menos de veintiuna aldeas en un radio de unas pocas leguas alrededor del lago, pues los indios se han sentido atraídos a este lugar a consecuencia de la facilidad que allí encuentran para la cría de sus rebaños de llamas y de alpacas.

Caminando por esta llanura poblada con los árboles llamados *talas* y con un poco de hierba dura, bordeé la prolongación de las montañas que tenía a mi derecha en el barranco de Ancacato. No sin placer veía también un buen número de tumbas (*chulpas*) de los antiguos aymaras, semejantes a las que había visto en Palca, pero mucho más grandes. Son casas de tierra de tres a seis metros de alto, cuyo interior, cuando no han sido profanadas, conserva los cuerpos sentados y desecados de toda una familia. En el lugar en que me encontraba se presentaba la bifurcación del camino directo de Potosí a Tacna y del que

va a Oruro. Dejé naturalmente al primero, que pasa por la provincia de Carangas y el despoblado, para meterme en el segundo. Muy pronto salí de la llanura para tomar al noroeste el valle de *Cóndor Apacheta*, a la entrada del cual me detuve en el caserío de las Peñas.

Agradablemente situada está la posta de las Peñas. Cuando se mira hacia el sudeste aparece la llanura en toda su extensión; pero si se vuelve la mirada hacia el sudoeste se advierten montañas de escasa altura, apezonadas en sus cumbres, que forman una de las cuestras del valle, en tanto que la pendiente abrupta y la vecindad demasiado grande de las rocas de la otra cuesta esconden toda la extensión de esta cadena, que forma la continuación del contrafuerte de Potosí, de la Cordillera oriental. Si se dirige la vista en la dirección del valle, remontándolo, se advierte un pozo profundo cuyas laderas están en pendiente bastante empinada. En medio serpentea un arroyo y permite a los indios pastores fijar sus casas en uno de sus codos. La aridez de la comarca, en dondequiera se ven rocas desnudas y montañas desprovistas de vegetación, torna triste al paisaje, pero no es monótono. En vano se buscarán árboles y hasta arbustos; la naturaleza todo lo niega. Es una región salvaje cuyo severo aspecto inclina a la melancolía.

En esos parajes, en donde muy a menudo una mala cabaña sin paredes y poco limpia, recibe al viajero, no lo retienen ciertamente a éste las comodidades del albergue; por eso generalmente se levanta al rayar el alba, apremiado siempre como está o bien por estudiar sus

alrededores o bien por reanudar su camino. A la

2 de abril

mañana siguiente me levanté muy temprano con

el fin de hacer de un tirón, si es que podía, las

seis leguas que me separaban de la posta de *Cóndor Apacheta* y la misma distancia desde este último punto hasta el villorrio de *Venta y Media*, siempre sin salir del valle y siguiendo la dirección del noroeste. Como ya lo he dicho en la parte geológica, este valle presenta además uno de los hermosos y grandes hechos geológicos, de los que la América muestra tantos ejemplos en tan vasta escala: es una de esas numerosas dislocaciones del suelo, de esas grietas derechas, que se prolongan en una extensión de más de veinte leguas. Como en un solo y mismo valle esas dos vertientes no están separadas más que por un ligero eslabón oblicuo, las aguas se dirigen allí, por un lado, de *Cóndor Apacheta* hacia el sudeste, y por otro, hacia el noroeste.

Siguiendo el borde del arroyo, remonté seis leguas hasta la posta de *Cóndor Apacheta*, situada en la cumbre del valle, en una pequeña cuenca cubierta de césped y en la que pacen algunos rebaños, y trepé en seguida por una cuesta bastante empinada para llegar a la línea de división de las aguas. Entonces podía divisar, a un lado, los ligeros meandros del valle de *Cóndor Apacheta* y al otro, los del valle de *Sora Sora*. Al bajar por este último, volví a encontrar repetidos los mismos accidentes de terrenos y los mismos detalles. El fondo de la quebrada me servía casi siempre de camino, y andaba sobre los residuos

de las rocas de los collados, arrancadas por las aguas en la estación de las lluvias. Era una mezcla de fragmentos de esquistos y de pizarras del pie de la montaña y de los gres que la coronan. Se comprende fácilmente que, andando por un camino en que las mulas tropiezan a cada paso, el viajero se considera feliz cuando llega a destino después de una marcha de todo el día. Así, pues, vi aparecer con alegría la aldea de Venta y Media, que me prometía algún descanso. La aldea está situada en la margen izquierda de la quebrada, al pie de las montañas; es un conjunto de casas alrededor de una iglesia, cuyo melancólico aspecto no disuena con el de los alrededores, completamente desprovistos de vegetación.

De Venta y Media me faltaban seis leguas hasta Sora Sora y la misma distancia desde este punto a Oruro. Resolví hacerlas en una sola jornada. Al salir el sol continué andando hacia el noroeste por el fondo del mismo valle. A medida que avanzaba, el paisaje se tornaba

3 de abril más triste: los collados estaban más desnudos, la roca azulada se mostrada en todas partes y las piedras arrastradas por el torrente entonces casi seco, formaban amplias playas cuya vista no era nada agradable. A eso del mediodía vi primero, adosado a la montaña, un caserío sobre la orilla izquierda y pronto llegué a Sora Sora, vasto montón de casas habitadas por algunos propietarios y pastores aymaras. En ese pueblo, uno de los mayores de la provincia, hay comerciantes de comestibles, de bebidas y de todo cuanto denota la proximidad de una ciudad. Está situado en la margen derecha de la quebrada en medio del valle, que en este lugar se ensancha mucho y desemboca en la llanura de Oruro. En efecto, una superficie pareja separa Sora Sora de los últimos contrafuertes de la Cordillera oriental, cuya continuación puede verse a lo lejos sobre la derecha, en tanto que a la izquierda las montañas que forman el valle disminuyen gradualmente de altura, desaparecen completamente y permiten divisar una parte de la inmensa meseta boliviana.

Desde que había subido de las llanuras de Moxos y de Santa Cruz de la Sierra hacia las montañas, siempre había recorrido comarcas accidentadas al extremo; por eso, al salir de la aldea Sora Sora, experimenté una verdadera satisfacción al no tener ya limitada mi mirada por las asperezas del suelo y al poder abarcar a un tiempo una dilatada superficie. Si las llanuras uniformes cansan, las montañas, a pesar de la gran variedad que presenten, llegan igualmente a hacer desear otra cosa. Al viajero le place encontrar accidentes del terreno que se valoricen unos con otros, llanuras que se sucedan a las cumbres: los contrastes son necesarios para sostener el interés de un camino.

Atravesé por última vez el arroyo de Sora Sora, que se vuelve en seguida al sudoeste hacia la laguna de Panza, y entré en una llanura horizontal, dirigiéndome al cerro de Oruro, al que percibía a seis leguas de distancia al noroeste. Por lo general, la uniformidad de los

terrenos llanos ofrece pocos encantos; pero esta vez no ocurrió así. Al principio una red de veredas trazadas en la misma dirección entre los pastos duros dejaba al descubierto una tierra rojiza, que un fuerte viento juntaba, hacía remolinear y levantaba por los aires, como una columna vacilante. Este espectáculo se renovaba a cada momento delante de mí y me mostraba verdaderas trombas de polvo que se destacaban sobre un cielo purísimo y producían extraños efectos. Como la tierra que remueven con sus patas las bestias de carga es arrebatada inmediatamente por el viento, resulta que la senda se profundiza y forma zanjas, que, durante las lluvias, se llenan de agua y obligan a los viajeros a abrirse un nuevo camino lateral. La misma cosa le ocurre pronto a este último; y entonces se vuelve a hacer otro camino al lado, lo que termina por formar una multitud de pequeñas cunetas paralelas, de un aspecto de lo más raro.

Cuando hice una tercera parte del camino, todas las sendas estaban llenas del agua dejada por la estación, que recién terminaba, y, más lejos, el campo, desnudo de toda vegetación, estaba completamente inundado. Fué allí donde vi uno de los efectos de espejismo más extraordinarios. Las aguas duplicaban la superficie y parecían extenderse a una distancia inmensa. El menor objeto, colocado ya en medio, ya fuera de esa superficie, se agrandaba de tal manera que parecía tocar a los cielos. Una tropa de mulas adquiría ante mis ojos la forma de grandes torres, de edificios a los cuales su agrupamiento variable hacía cambiar a cada momento de forma y de aspecto. A menudo un hombre aparecía como una línea vertical de una altura considerable. Observando por un lado las trombas de polvo, y por otro estos efectos de espejismo, salvé sucesivamente llanuras herbosas y llanuras inundadas, rojizas y saladas; antes de llegar a Oruro, pasé todavía por verdaderas dunas de arenas movedizas, a las que el viento hacía viajar. Me llamó la atención encontrar a cerca de 4.000 metros sobre el nivel del mar dunas semejantes en todo a las que se encuentran a la orilla del mar. La ilusión era tanto más completa cuanto que los terrenos vecinos, cubiertos de arcilla, están impregnados en todas partes de etiorescencias salinas y abundan todas aquellas plantas marítimas que tantas veces había podido observar en el litoral de la Vandea o de Bretaña. Finalmente, más allá de las dunas, me acerqué a la montaña de Oruro, al pie oriental de la cual se halla situada la ciudad.



CAPÍTULO XLI

ORURO Y SUS ALREDEDORES. — RECONOCIMIENTO DE LA PROVINCIA DE CARANGAS. — VIAJE DE ORURO A LA PAZ. — EXCURSION POR LAS RIBERAS DEL LAGO CHUCUITO

§ 1

ORURO Y SUS ALREDEDORES



UANDO me acercaba a Oruro, me chocaron el aspecto miserable de esta ciudad y la gran cantidad de moradas en ruinas que allí se veían doquier. Se la hubiera creído abandonada, a tal punto son allí raros los habitantes. En efecto, había pasado por dos calles bordeadas de edificios semiderruidos sin ver a nadie. Al fin encontré algunas casas habitadas y pude hallar un albergue. Uno no se asombra tanto de la decadencia de esta ciudad cuando conoce el motivo de su fundación, a cerca de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, en una meseta fría en donde el viento sopla casi continuamente. La riqueza que una ciudad debe a sus recursos agrícolas o a su industria es permanente y tiende a aumentar siempre por las mejoras sucesivas que traen la experiencia y los nuevos descubrimientos. Semejante a la suerte en el juego, la riqueza que sólo proviene de la explotación de las minas es muy efímera. En efecto, en cuanto el suelo deja de producir extraordinariamente, la mayor miseria viene de inmediato a reemplazar a la opulencia. Comparada con Oruro, Cochabamba es una prueba palmaria de la verdad de este principio. Esta última ciudad, exclusivamente agrícola, era despreciada por los españoles porque no tenía minas de oro ni de plata; pero la escasa importancia que se le concedía, durante el esplendor de Oruro y de Potosí, no le impidió crecer día a día hasta convertirse en la ciudad más floreciente del país. Solamente la concupiscencia de los hombres

podía desafiar todas las destemplanzas de ese suelo helado de las llanuras de Oruro y sugerirles la idea de fundar allí una ciudad. Esta prosperó mientras las minas produjeron grandes riquezas; pero así que la plata dejó de abundar, cayó para siempre en una profunda miseria.

Desde los tiempos más remotos, Oruro había estado poblada por pastores aymaraes que no habían temido explotar algunas de las minas de oro vecinas. El ardimiento de los españoles para procurarse recursos análogos a los de Potosí, pronto los llevó a hacerles descubrir en las montañas vecinas de la actual ciudad unos filones que contenían una cantidad considerable de plata. Esta circunstancia atrajo inmediatamente al corazón de eso desiertos a una numerosa población, y en 1605 Diego de Padilla fundó allí la ciudad de San Felipe de Austria de Oruro, en honor de Felipe III, que reinaba a la sazón en España. A medida que en los alrededores descubriáanse nuevos filones, la flamante ciudad crecía con gran rapidez. Las vecinas montañas, llamadas *Pie de Gallo*, *San Cristóbal*, *la Flamenca*, *Bubiales* y *la Colorada* dieron lugar a las explotaciones de *Las Sepulturas*, *Irooco* y *Toraca*, que producían anualmente hasta un millón de pesos, o sea cinco millones de francos. Los lugares más alejados, como Antequera, Guanuni, Avicaya, la Joya, Hichocollo, Conde Auqui y Negro Pabellón, pronto ofrecieron millares de bocas de minas. Más de treinta grandes establecimientos y más de trescientos pequeños se encontraron a la vez en actividad; una sola mina, la denominada Salteada de Antequera, produjo a su propietario en cinco años seis millones de pesos (treinta millones de francos).¹

La ciudad cobró poco a poco tal extensión, que en 1780 tenía unos 25.000 habitantes; pero varias circunstancias concurrieron a su ruina. Algunas de sus principales minas se inundaron, y hubo que abandonarlas por falta de bombas. Por otra parte, cuando acaeció la famosa insurrección de Tupac Amarú, en 1780, Oruro se resintió más que las demás ciudades, pues estaba situada en el centro de la población indígena insurreccionada en masa contra la opresión de los españoles y, más que nada, contra el trabajo forzado de las minas. En esta época la ciudad se vió varias veces reducida a su último extremo y perdió su principal recurso, los brazos de los indios. Sufrió todavía más cuando las guerras de la independencia. Tomada y retomada varias veces por los diferentes partidos, los españoles, que hicieron de ella el centro de sus operaciones militares, construyeron finalmente allí una fortaleza, lo que redujo en una tercera parte su superficie; sus alrededores quedaron asolados. En 1824, cuando renació la calma, después de la batalla de Ayacucho, Oruro, que tenía solamente 5.000 almas, igual que hoy, no era más que la sombra de lo que había sido.

Se levanta la ciudad sobre un terreno llano, al este de las monta-

¹ Iris de La Paz, núm. 11, 19 de setiembre de 1829.

ñas de Oruro, que forman una pequeña cadena orientada de nornoroeste a sudsudeste. Sus calles están bien alineadas y se ven dos iglesias parroquiales, la *Matriz* y *San Miguel de la Ranchería*, que no carecen de esplendor. Había también las iglesias y los conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Merced y San Juan de Dios, pero los hermanos fueron enviados a otras ciudades y esos establecimientos religiosos están abandonados. Existen todavía dos ermitas, las de Socavón y Copacabana. La ciudad posee ahora un colegio de ciencias y artes, una escuela de enseñanza mutua, un hospital y una casa de mujeres que se consagran a la educación de las niñas huérfanas. Residen allí un prefecto, un gobernador militar de la fortaleza, un receptor de rentas, un ensayador de plata y un director de la oficina de rescate de oro y plata. Anualmente produce al Estado 35.000 pesos (175.000 francos).

Oruro es la capital del departamento del mismo nombre, compuesto de las siguientes provincias:

PROVINCIA DE ORURO, que comprende (Oruro, capital)	{ Antequera Caracollo Paria Sorasora La Joya Poopo
PROVINCIA DE POOPO, que comprende (Poopo, capital)	{ Challapata Condo Culta Quillacas Pampa Aullagas Llicla Salinas de Garci Mendoza Toledo Challacollo
PROVINCIA DE CARANGAS, que comprende . . (Huallamarca, capital)	{ Huallamarca Colque Choquecota Turco Audamarca Totora Guachacalla Curaguara de Carangas

La población del departamento es de 113.064 habitantes, de los cuales más de las dos terceras partes pertenecen a la nación aymará.

Actualmente, las minas de plata de Oruro dan a lo sumo de 80.000 a 100.000 pesos (400.000 a 500.000 francos), pues casi todos los filones ricos están llenos de agua. En Sepulturas y en Irooco, todavía se explota a veces el oro contenido en los filones, sin que el producto de esta explotación sea muy considerable. Las minas de estaño de Guanu-

ni, las más ricas del mundo, eran otrora desdeñadas; hoy se las explota y proporcionan al comercio de cuatro a cinco mil quintales por año. Este resultado se podría centuplicar fácilmente; pero como el estaño tiene poco valor, no se lo extrae sino para dar a las mulas que vienen del Perú con aguardientes una carga de regreso con materias de que carecen allá. Lo único que permite explotar las minas de estaño de Oruro hasta el presente son los bajos precios de los transportes; de no ser por esta circunstancia, esas minas hubieran permanecido estériles, como lo están, en una multitud de lugares de Bolivia, las ricas minas de cobre y de plomo, cuyos gastos de transporte no permiten su extracción.

Inmediatamente después de mi llegada, fui a visitar al prefecto y al gobernador militar, quienes me informaron acerca de la mejor manera de emplear lo más útilmente posible los escasos días que podía consagrar al examen de Oruro y sus alrededores. Al día siguiente estudié las montañas en su aspecto geológico. Quise también visitar las minas explotadas. Noté entre los escombros la presencia de muchos minerales de hierro que no me parecieron explotables a causa de la gran cantidad de sulfuro con que están mezclados. Al contemplar minas tan ricas y hoy abandonadas, pensé que quizá sería fácil cavar un pozo en medio de los antiguos trabajos y colocar un cuerpo de bombas capaces de vaciarlas, continuando entonces la cosecha de millones; pero para ello sería necesario emplear máquinas que los sistemas actuales de transporte difícilmente podrían hacer llegar hasta estos parajes.

Los informes que había obtenido me decidieron a hacer un viaje a la provincia de Carangas; desde cualquier punto de vista esta excursión tenía para mí mucho interés. Me procuré una mula, un guía y un intérprete de la lengua aymará y, provisto con algunas cartas de recomendación, me dispuse a este viaje de ocho días a la parte menos conocida de la meseta boliviana.

§ 2

RECONOCIMIENTO DE LA PROVINCIA DE CARANGAS

PROVINCIA DE URURO

Situada al oeste de Oruro y comprendiendo toda la parte occidental de la meseta boliviana, la provincia de Carangas es la continuación de las llanuras que había cruzado cuando venía de Tacna a La Paz.

El 5 de abril salí muy temprano de la ciudad de Oruro con un ligero equipaje. Al principio hice más de un semicírculo para doblar la extremidad

sur de la montaña, costeano rocas escarpadas de naturaleza traquítica, y luego me dirigí al noroeste para contornear el extremo de otra alta cadena dirigida al sudoeste. Esta cadena, llamada de San Cristóbal, es objeto de supersticiones por parte de los indios, que creen que no existía primitivamente en esos parajes, sino que fué transportada por espíritus maléficos. Es una sucesión de morros compuestos por rocas esquistosas, recubiertas de gres, y por filones de los que se ha extraído mucho oro. Pasé entre dos morros y desemboqué en la llanura, la que se extendía delante de mí como un pequeño mar. Inundada en parte, sus puntos más secos estaban cubiertos por una arcilla roja, tan cargada de eflorescencias salinas, que, a consecuencia del espejismo, parecían prolongar el agua más allá de sus verdaderos límites. En medio de este horizonte acuoso, veía al oeste un grupo de montañas hacia el cual me dirigí. Por efecto del espejismo, se asemejaba a esos islotes cónicos que se ven en el seno de los océanos. Entré en esos bañados en donde uno se hunde profundamente; tuve que atravesar el curso del río Paria, que corre al sudoeste para arrojarse en el Desaguadero,¹ y por poco más me quedo allí con mi mula; sin embargo, tuve que hacer todavía dos leguas más por ese camino inundado, al que más lejos sucedieron arcillas cubiertas de eflorescencias salinas, en las que crecen algunas plantas marítimas, tales como los salicores y otras que crecen en forma de césped circular. Finalmente tornóse la llanura más seca y se cubrió con algunas gramíneas duras y con una florecilla amarilla, que tantas veces había visto en los terrenos análogos de la Patagonia. Después de cinco leguas, llegué a la montaña de Guallapata, grupo traquítico aislado, cuya dirección general es casi noroeste. Su extremo sur es bastante alto, apezonado, luego va decreciendo poco a poco hacia el norte. En cada uno de los vallecitos que forma se ven habitaciones de indios pastores. Uno de esos caseríos, el de Guallapata, presenta un aspecto bastante pintoresco.

Costeé durante algunas leguas la montaña, observando su composición geológica, y sobre todo las numerosas concreciones de carbonato de cal que provienen sin duda de alguna fuente de agua termal que ya no mana más; por lo menos la especie de encroscamiento de esta sustancia sobre las rocas de naturaleza ígnea y su exterior variado me recordaron lo que había visto cerca de Potosí² y lo que más tarde pude observar en la fuente incrustante de Clermont-Ferrand (Puy-de-Dôme). Esas capas amarillentas contrastan con las rocas de los alrededores, abruptas unas, otras semejantes a columnas.

Muy pronto alcancé el camino directo que lleva de Potosí a Tacna y me encontré muy cerca del río Desaguadero que orillé durante tres leguas seguidas. Su curso, tan largo como el que había visto cua-

¹ Allí vi, entre otras muchas aves ribereñas, una especie de aboceta blanca, cuyas patas, pico y alas son negros. Me pareció más grande que la especie europea. La cito aquí, pues nunca volví a encontrar otros individuos.

² V. cap. LX, parágrafo 3.

renta o cincuenta leguas más arriba, se deslizaba en este lugar lentamente en un lecho bastante profundo, entre dos barrancas arcillosas rojizas, que trajeron a mi memoria, aunque en escala más pequeña, el recuerdo de las barrancas del río Paraná que había visto más abajo de Santa Fe. Me detuve a la orilla del Desaguadero para cruzar sus aguas entonces saladas. Llamé a los indios apostados a este efecto y en una balsa me cruzaron a la otra orilla. Me hallaba al pie mismo de la montaña cónica de la Joya. Volví sobre mis pasos, rodeándola, y del otro lado de una ligera colina alcancé el burgo de la Joya, después de haber hecho once leguas en esta jornada.

La Joya debió su nombre a la enorme riqueza de la vecina montaña, en donde los primeros españoles descubrieron y explotaron filones que contenían a la vez oro y plata. Refiere la tradición también que encontraron allí rubíes, topacios, esmeraldas, cristal de roca y cal carbonatada de doble refracción, pero esto es ya mucho menos cierto. La montaña presenta la forma de un cono aislado, compuesto de rocas traquíticas, que se elevan a 200 o 300 metros sobre la llanura. El burgo está situado en su pendiente meridional no lejos de una laguna en donde se reúnen todas las aguas; hacia el sur se levantan algunas pequeñas columnas. La posición de la Joya es deliciosa, pero un poco triste. Domina una inmensa llanura que se extiende al oeste hasta la cadena de Huallamarca, que se alcanza a ver en lontananza. En vano se buscarían árboles en estas altas regiones; la vegetación es allí precaria y achaparrada, y en todas partes reina una gran sequía. La Joya está habitada por pastores aymarás, pues la agricultura apenas produce un poco de papas y de quínoa; por eso todos sus alrededores están poblados por numerosos rebaños de llamas y de alpacas. En cuanto a sus minas, a pesar de sus riquezas, no se las explota. El alcalde, en cuya casa me hospedé, me habló mucho del pasado esplendor de la Joya, la cual, según él, todavía merecería ese nombre si quisieran extraer el agua de sus minas.

A la mañana siguiente, al rayar el alba, recorrí a pie todos los alrededores, recogiendo plantas y tratando de reconocer la edad geológica de la montaña. Sin ser muy provechosa mi excursión tuvo no obstante para mí muchos encantos. Un frío bastante intenso y acompañado por un aire seco recorría rápidamente la

6 de abril

campana, y vi con alegría levantarse el sol sobre las últimas eminencias de la Cordillera oriental que se dibujaba todavía en el horizonte. Mientras esta región y toda la llanura permanecían envueltas en la sombra, la cadena de Huallamarca recibió torrentes de luz, que producían un efecto realmente mágico; pero en contados instantes el astro del día se mostró en todo su esplendor y la naturaleza se alegró con sus rayos. Poco a poco desapareció la helada blanca de la noche; se derritió el hielo de los arroyos, y las llamas, hasta entonces inmóviles, comenzaron a dispersarse por la llanura.

PROVINCIA DE CARANGAS

Para ir hasta Huallamarca tenía que hacer todavía trece leguas al oeste, 25° sur; regresé, pues, a casa del alcalde, y después de haber comido un poco de charque de carnero (*chalona*) con papas y pimienta, regalo de los habitantes, me dispuse a caminar toda la jornada. En cuanto dejé la Joya, entré en la provincia de Carangas. Sin caminos trazados, andaba siempre sobre la meseta seca y pareja. Si en un país accidentado se multiplican las superficies por la diversidad de los puntos de vista que se ofrece al viajero, no ocurre así con los terrenos llanos, en donde las leguas se suceden sin traer ningún cambio en el aspecto de la campaña. Muy pronto sin embargo divisé delante de mí la colina de Unchachata. Son conos traquíticos aislados que forman una cadena dirigida de noroeste a sudeste, que interrumpen la horizontalidad del terreno y surgen elevándose de cincuenta a cien metros. Adosadas a la cadena, hay algunas casas de indios pastores, y sin que tuviera ninguna subida ni bajada, pasé entre dos de esos picos, cuyo color negruzco contrasta con la uniformidad de la llanura, en la que volví a encontrarme del otro lado. Estaba completamente cubierta de tola, esa planta compuesta, característica de las mesetas, que había encontrado primero en Santiago de Machaca y en Tola Pampa.¹ Esta planta cubre aquí toda la meseta y se extiende hasta perderse de vista al norte y al sur, expandiendo en el aire un fuerte olor aromático muy agradable, que parece ser exclusivo de estas campañas.

La uniformidad de la llanura y lo vasto del horizonte que se extendía ante mis ojos no recordaban nada la cumbre de una cadena, y sin embargo caminaba a más de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, sobre la cordillera misma, sobre esa cúpula inmensa que, a esta altura prodigiosa, forma mesetas semejantes a las planicies de los países llanos. En América todo es grandioso: los relieves, los valles; y el hombre, con sus proporciones ordinarias, parece más pequeño aún junto a esos grandes y vastos contrastes de la naturaleza. Perdido en esos terrenos áridos, me encontraba solo con mi guía; ninguna huella humana a nuestro alrededor, y sólo el paso de nuestras mulas interrumpía el silencio imponente del desierto. Ni una sola ave vino a alegrar nuestro camino, y todos los seres animados, hasta la ágil vicuña, parecían haber huído.

Después de diez u once leguas de llanura, me acerqué al fin a las montañas de Huallamarca, a cuyo pie anduve algún rato. Atravesé un curso de agua entonces casi seco, que se dirige al sur, y comencé a

¹ V. cap. XL, parág. 4.

trepar del otro lado sobre aluviones de arena y guijarros profundamente gastados. A veces las aguas fluviales cavan un lecho tan profundo que uno se encuentra encajonado como en un foso, entre dos murallas. Esos pasos me recordaron los desfiladeros más extensos del camino de La Paz a Yungas. De la cumbre de una última colina de terrenos de aluvión dominaba el burgo de Huallamarca, capital de la provincia de Carangas, a donde llegué muy pronto. Me apeé en casa del cura, quien me recibió inmejorablemente. Era un hombre amable, cuya conversación me agradó mucho. Fui a visitar también al gobernador, quien me dispensó una cordial acogida.

Como todavía quedaban algunas horas de luz, las aproveché para recorrer los alrededores. Me encontraba en un collado en pendiente, abierto al este, en donde los indios cultivan la acedera¹, la papa común y otra especie que llaman *papa lisa*. Esta última, en lugar de estar cubierta con una piel que no hay más remedio que quitar, lo está con una película tan delgada que no hace falta desprender. Su gusto es exquisito. Su hoja, muy gruesa, resiste perfectamente las heladas. Habría, pues, una doble ventaja para aclimatarla en Europa².

Por la tarde volví a Huallamarca, grande y hermosa villa, dotada con una amplia iglesia y formada con muchas casas de indios aymarás, rodeada de potreros y de chacras; todas las casas están rodeadas por un cerco de piedra. Por un lado la montaña compuesta de gres se va elevando gradualmente, mientras que hacia el bajo los terrenos disminuyen poco a poco hasta confundirse con la llanura que había cruzado ese día. Más allá divisaba el cono de la Joya y la cumbre nevada del Illimani, del que sin embargo estaba a más de cuarenta leguas en línea recta. En esas altas regiones en donde no se ve una sola nube y en donde un cielo purísimo se deja ver casi constantemente, me parecía estar muy cerca del Illimani. Cuando esta montaña recibía todavía los últimos rayos del sol, mientras que todas las demás estaban ya en la sombra, la nieve me pareció de una blancura realmente extraordinaria.

Las montañas de gres friable de Huallamarca contienen muchas minas de cobre. El cura me mostró trozos de cobre nativo tan maleable, que no tenía necesidad de ninguna preparación para ser empleado en la industria. Como la roca es idéntica a los gres de Corocoro y como su cobre es también semejante, podría creerse que es la continuidad de las mismas capas, ocultas en parte por los poderosos aluviones de la llanura. Habría, pues, uno o dos grados, o sea cincuenta leguas de longitud de capas cobreñas, llenas de filones más o menos explotables de ese metal.

¹ Especie de oxálide, hoy naturalizada en Francia. Creo que he sido el primero en traerla en 1834.

² También la traje al Jardin des plantes, pero ignoro qué ha sido de ella. Todavía estoy esperando y espero aclimatarla en Francia.

Después de recorrer nuevamente los alrededores, partí para Totora, a siete leguas al oeste. Anduve tres leguas por la misma vertiente oriental de la montaña, subiendo y bajando de la cumbre de los ribazos oblicuos a las quebradas que los separan, y caminando siempre por los antiguos aluviones de la víspera. Eran arenas o guijas que descansaban sobre lechos inclinados hacia la llanura.

7 de abril En el último vallecito se veían casas de agricultores y de pastores. En esos lugares apartados de todos los caminos, la llegada de un extraño es un acontecimiento; por eso, según los individuos o el juicio que sobre mí tenían formado, los indios escapaban al acercarme, creyéndome militar, o bien me consideraban con gran curiosidad. Trataba de tranquilizar lo mejor que podía a los que tenían miedo de mí, hablándoles por intermedio de mi lenguaraz. En cuanto dejaban de temerme, esos hombres me parecían de un natural extremadamente condescendiente.

Como Totora estaba del otro lado de la cadena, no podía llegar a ella sino atravesándola. Una hendedura vertical me proporcionó los medios. Juntamente con Apacheta de la Paz, es uno de los casos geológicos hermosos de estas comarcas. La montaña se agrietó de arriba abajo y se pasa por este desgarrón del suelo, en el que se ven a ambos lados las capas de gres que concuerdan. Cuando subía, bastante trabajosamente a causa de las piedras angulosas que allí abundan, noté en una infinidad de puntos zonas de óxido de cobre que denotaban la presencia de este metal. En la cumbre de la montaña había alcanzado las capas más superiores, y sólo me restaba descender por sus laderas. Me detuve allí algunas horas para estudiar mejor la geología y la botánica locales. Un arroyo cuyos bordes están cubiertos de hierba fresca, cosa rara en esas regiones, me hizo pensar que mi mula también podría aprovechar con ventaja este punto de parada.

Tres leguas de terrenos turbosos, regados por varios arroyos y en donde veía pacer una multitud de rebaños de llamas y de alpacas, me condujeron, después de haber dejado atrás una colina de aluviones antiguos, al pueblo de Totora, completamente rodeado por tumbas antiguas o chulpas, y situado en una pequeña llanura rodeada de extensas colinas. Me fui directamente a la casa del cura, quien me acordó su hospitalidad.

Como había notado que varias tumbas estaban todavía intactas, traté de conseguir algunos obreros para hacer en ellas un registro; pero no era empresa fácil, pues los indios, sin duda para no profanar los sepulcros de sus antepasados, no quieren ni siquiera acercarse a ellos; por eso, y a pesar de toda la influencia del cura y del alcalde y hasta de mis ofrecimientos de dinero, no pude conseguir más que un solo hombre, y esto porque era mestizo de español. Abrí varias tumbas, cuya entrada mira siempre al oriente, y en todas encontré tres o cuatro cadáveres secos, sentados; pero tuve el disgusto de comprobar que ya habían sido registradas. Lo advertí en el desorden que reinaba en el

interior de cada tumba; los cuerpos estaban hechos pedazos, lo mismo que los tejidos de paja que los envuelven¹. Noté muchos vestidos, restos de vasos de terracota y utensilios de cocina. Cuando esas tumbas están intactas, los cuerpos aparecen colocados alrededor, los hombres con su indumentaria y las mujeres con sus adornos, tales como collares de piedras agujereadas o cuentas de cobre. Por lo general, cerca de esos cuerpos se encuentran vasos elegantes de una construcción particular, afectados solamente para este uso, de forma etrusca, y a menudo adornados con dibujos en colores que parecen grecas. Tales vasos, que al parecer contienen chicha, la bebida fermentada de los indígenas, están de pie y tapados con una pequeña cobertura. Pocas antigüedades conseguí en mis investigaciones del día, pero como mis gestiones hicieron conocer mi afán por poseerlas, pude, gracias a la amabilidad del cura y del alcalde, comprar algunas a los indígenas. Asimismo, tuve mis dificultades para lograrlas, pues los indígenas atribuyen mucha importancia a la conservación de esas reliquias de sus antepasados.

Queriendo llegar hasta los últimos puntos habitados del oeste, a la mañana siguiente salí muy temprano de Totorá y me encaminé hacia las regiones desconocidas en las que nunca penetró el hombre de la ciudad. Subí por colinas de arena y de guijarros, y del otro lado

8 de abril mi mirada abarcó el inmenso valle de Viloma, cubierto de tola. Hasta donde alcanza la vista es una llanura orientada de noroeste al sudeste por la que corre el río que le da su nombre. Bajé insensiblemente, sin seguir ninguna senda trazada y encontré el suelo cubierto con esos cristalitos de cuarzo que había visto cerca del río Maure y en toda la Cordillera occidental. La identidad fué para mí tanto más completa cuanto que encontré muy pronto montículos de conglomerados traquíticos blancos con sus piedras pómez, absolutamente semejantes a los de la Cordillera. Aquí, lo mismo que en Delinguil, la acción prolongada de las lluvias verticales había formado en esos montones muy friables especies de conos agudos y flechas muy notables a las que parecía que el menor viento derribaría. Andando por pastos duros y cortos, en medio de la tola, llegué al río Viloma, en donde muchos rebaños de llamas y de alpacas pacían en compañía de las vicuñas salvajes, como si todas hubiesen estado igualmente reducidas a la domesticidad. Por el otro lado subí por un cuesta casi insensible y, al mismo tiempo que en la otra orilla, me encontré en una cadena paralela de conglomerados traquíticos y capas occidentales, una parte de los cuales estaba recubierta con un poco de vegetación, mientras que lo demás presentaba todavía formas diversas, determinadas por los agentes atmosféricos. Me dirigí hacia una alta montaña y, antes de llegar a su pie, pasé cerca de algunas casas de indios de Calacaya.

Antes de la conquista del país por los españoles, esta montaña,

¹ Más tarde conseguí una momia intacta, que dibujé.

llamada *Pucara*, era, como todos los lugares que llevan esta denominación, una antigua fortaleza de los indígenas. La escalé para entrar en un pequeño valle prometiéndome visitarla más tarde detenidamente. Compuesta de gres friables, inclinados hacia el este, la montaña presenta su ladera opuesta al corte de todas las capas, y al fondo del valle hay arcillas abigarradas rojas, como las de Mirafior¹, llenas de pepitas de sulfato de cal y filones de esta misma sustancia. Llegué una legua más abajo al oeste del valle, en Pachavi, de cuyas antigüedades y tesoro que se suponía ocultos me habían hablado mucho. Me detuve en la cabaña de un aymará y en seguida me dirigí a pie hasta la montaña vecina en la que había alcanzado a ver un antiguo monumento que azuzaba mi curiosidad.

Guiado por un indio joven, trepé una cuesta abrupta y después de haber subido largo rato, llegué a una parte menos inclinada, en donde me encontré cerca de dos tumbas antiguas, una de las cuales, intacta, se llamaba, a causa de sus dimensiones, *la Chulpa del Inca*. Este sepulcro me interesó vivamente y me apresuré a dibujarlo. Es una especie de casa que forma un cuadrado oblongo de cinco metros y medio de largo por tres y medio de ancho, y seis metros y medio de alto y completamente edificada con piedras talladas, pero de una construcción ciclópea muy singular: sus piedras, en lugar de formar paralelogramos y estar posadas en hileras horizontales, conservaron a veces su forma angulosa primitiva, y entonces las tallaron de manera que las partes salientes de una correspondan a las partes entrantes de otra. Me afané por dar a mi dibujo la forma exacta de estas piedras. Este monumento mira hacia el este y está dotado de una sola entrada de paredes inclinadas de algo más de un metro de altura y colocada a la misma distancia del suelo. Esta entrada da a una pequeña cavidad alargada *v* en ojiva arriba, a cuyo alrededor hay cinco nichos: tres en el fondo *c, c, c*, y dos en las extremidades *d, d*, cada uno de los cuales estaba indudablemente destinado a recibir un cuerpo sentado, como los enterraban siempre los antiguos habitantes de esos lugares. Como esa tumba había sido abierta hace mucho, no encontré en ella absolutamente nada; pero en los alrededores recogí varios trozos de piedras, lapislázuli entre otras, que habían sido trabajadas y agujereadas de manera que formasen las cuentas de un collar². Alrededor de ese monumento hay tres filas de graderías de piedras sueltas. Emplé toda la tarde en recorrer esta montaña, dominada por rocas raquílicas al desnudo y en examinar los restos de otra tumba, demolida en parte, pero absolutamente de la misma forma que la primera. Junto a esos monumentos encontré también muchas entradas subterráneas en las que me fué imposible penetrar.

Cerca de la casa en donde pasaría la noche había muchos sepul-

¹ V. cap. XL, parág. 4.

² En aymará los indios llaman a esas cuentas *Mulli*.

ros más, pero como estaban contruídos de paja y de terrón, se hallaban lejos de tener la importancia de los dos primeros; por lo demás hacía mucho que los habían abierto. La noche me obligó a volver a mi albergue, humilde cabaña techada con paja y de forma circular, como las de los tiempos de los Incas. Una pobre familia de pastores indígenas me recibió allí lo mejor que pudo y con ella compartí la estrecha superficie interior de su techo.

Cerca de esta cabaña se abría la entrada casi oculta del famoso barranco de Pachavi, en el que a la mañana siguiente me adentré más de una legua para buscar antigüedades; vi allí algunos sembrados de papas y de cebada, disputados a esta naturaleza sal-

9 de abril vaje y estéril; luego, cuando llegué a su extremo, encontré doquiera restos antiguos: aquí muchos pedazos de terracota, allí grutas cuyas paredes estaban cubiertas con groseros dibujos trazados con carbón. Supónese que esas grutas, naturales unas, cavadas otras por las manos del hombre, encierran tesoros; muchos españoles hicieron excavaciones ya en ellas y en Oruro me habían hablado como de una explotación segura. Como creo poco en esos pretendidos *tapados*, dirigí mis investigaciones hacia otro lado.

El indio que me acompañaba en ese laberinto de rocas me hizo ver con aire de misterio una rendija que sólo dejaba paso a un hombre, y caminando delante de mí, me anunció que iba a mostrarme la morada de sus antepasados de Pachavi cuando estaban en guerra con sus vecinos o cuando no podían ser descubiertos. Lo seguí trepando a duras penas, asiéndome fuertemente a las paredes de la roca hasta que al fin, después de recorrer una distancia bastante grande, me encontré en una especie de circo muy singular, en el corazón de las rocas. En todas partes veía los cimientos circulares de antiguas habitaciones, cercos tallados en la roca y todo cuanto denunciaba la estada prolongada de numerosas familias. Este sitio muy curioso me interesó vivamente. Recorrí todas sus partes y no dejé de trepar a una explanada rodeada de rocas desde la que podía descubrirse, sin ser visto, toda la campaña circundante. Era desde este sitio donde los habitantes seguían los menores movimientos en la llanura. El indio me mostró también una gran piedra grande que colocaban a la entrada de la rendija cuando querían aislarse completamente. Una vez cerrada, hubiera sido absolutamente imposible entrar en este extraño retiro.

A mi regreso, andando en otra dirección, mi guía me hizo notar un gran número de cadáveres disecados que estaban debajo de una roca saliente. Cada uno de ellos, en cuclillas, estaba colocado aisladamente en un pequeño compartimiento de tierra, exactamente como las larvas de abejas en una colmena¹. Ahí también podía reconocer, unos junto a los otros, a todos los miembros de una familia, el padre,

¹ La mayor parte de las cabezas estaban deformadas.

la madre y los hijos. Creen en la comarca que los indios se enterraron así todos vivos para no sobrevivir a la muerte de su último Inca y para sustraerse al yugo de los españoles; pero nada prueba este aserto, y me inclino a creer, por el contrario, que los fueron poniendo sucesivamente allí a medida que iban muriendo. De otra manera, difícilmente se explicaría por qué habían rodeado a esos cadáveres, alguno de los cuales conserva todavía sus vestidos, con materias resinosas y aromáticas adecuadas para conservarlos. Si fuera lícito emitir una opinión relativa a las grandes tumbas situadas en las montañas, a las tumbas de tierra de las llanuras y a estas últimas, mucho menos raras, diría que las primeras eran las de los Incas, como lo quiere la tradición verbal; las segundas, las de los jefes indígenas sometidos a los Incas, y las terceras, las de gente de pueblo. Esta suposición, por otra parte, estaría de acuerdo con las tres clases de la sociedad tan netas en tiempo de los hijos del Sol. En todos los casos, todas esas tumbas son ciertamente muy anteriores a los españoles, pues desde la llegada de éstos y el establecimiento del cristianismo, los cuerpos fueron siempre llevados a los cementerios. Mi guía me dijo que en la comarca consideraban a tales sepulcros como de la misma época que las chulpas.

De regreso a la cabaña, después de una carrera de ocho horas encontré algunas papas hervidas que me dieron fuerzas para continuar mis investigaciones del día. Después de ver bien todos los alrededores, resolví volver sobre mis pasos para estudiar la montaña de Pucara, que sólo había entrevisto la víspera. Cuando llegué al punto más alto del sendero trazado, dejé mi mula a mi guía y escalé a pie lo que faltaba, pero a duras penas; pues, a menos que se conozcan perfectamente las vueltas y atajos, todo lo demás es prácticamente inaccesible. En efecto, al pie de la muralla de piedras bastas que rodea la cumbre de la montaña trataron de hacer más empinadas las escarpaduras por medio de algunos cortes. La muralla tiene unos dos metros de alto, es muy ancha y forma un inmenso circo oblongo cuyo interior, en donde cabe perfectamente un hombre, trataron de allanar. Era allí donde durante sus guerras, cuando los indios estaban reducidos a su último extremo, se reunían con sus familias y algunos víveres. Sus armas defensivas eran piedras juntadas y puestas en numerosos montones y adecuadas para constituir poderosos proyectiles con sus terribles hondas. Vi allí muchas de esas municiones de guerra que se encontraban quizá desde las incursiones de los Incas al territorio de los aymaras, es decir desde hacía cinco o seis siglos.

Este punto tenía para mí no sólo un interés relacionado con su antiguo destino guerrero, sino que su considerable altura sobre todos los lugares circundantes, me permitía también hacer de él mi observatorio momentáneo. Veía a la vez al Sajama, la más alta montaña de la Cordillera occidental, y el Illimani, uno de los gigantes de la cadena oriental de La Paz; así la superficie que abarcaba con mi

mirada tenía no menos de dos grados o cincuenta leguas. El Illimani con sus nieves se mostraba al norte 5° este, mientras que el Sayama y los demás picos nevados de la Cordillera occidental se veían al sudoeste y al sudsudoeste. Entre esas dos cadenas alejadas percibía al noroeste colinas paralelas, unas ennegrecidas, cubiertas de gres, y otras deslumbrantes como la nieve, formadas por conglomerados traquíticos y piedra pómez; entre ellas algunas llanuras muy extensas cubiertas de tola; en el lado opuesto, la continuidad de las mismas cadenas y de los mismos valles. Por medio de la rosa de los vientos hice relevamientos de todos los puntos visibles y bajé a la llanura con un trabajo infinitamente mayor que el que había tenido para subir, pues las numerosas escarpaduras, acentuadas por el arte, tornaban mi marcha poco segura. Tuve sin embargo bastante suerte como para llegar abajo sin accidentes, pero en verdad muy cansado. Andando por el pie de la montaña llegué a una casa aislada de indios que dependía del caserío de Calacaya, en donde pedí y obtuve hospitalidad.

A mi regreso fui testigo de un espectáculo delicioso. En el instante en que los últimos rayos del sol poniente iluminaban todavía la parte oriental del valle, mientras que la otra estaba ya sumergida en la penumbra, los indios bajaron de las montañas y abandonaron las planicies para arrear a sus rebaños cerca de sus casas. En medio de la calma más perfecta yo los seguía en su lento andar; los veía acercarse poco a poco a mí; por fin llegaron todos. Los carneros entraron en sus corrales con cercos de piedra; las llamas y las alpacas quedaron libres alrededor de las casas. Estas últimas se acostaron con el ocaso, todas con la cabeza vuelta hacia el este. Cuando la naturaleza entera estuvo en reposo, también yo pensé en tirarme en el suelo de una de las cabañas con el objeto de recobrar mis fuerzas.

Como las llamas y las alpacas me habían interesado vivamente la víspera, quise levantarme al día siguiente antes de la aurora para estudiarlas. Las encontré en la misma actitud, sin que hubiesen absolutamente cambiado de lugar. Picaba el frío y la helada blanca cubría la campaña. Muchas veces había

10 de abril oído decir que las llamas, para servirme de la expresión de los indios, lloran todas las mañanas hasta que sale el sol, porque también ellas extrañan a los Incas, hijos del astro del día. Quedéme efectivamente sorprendido al ver a esos animales, todos acostados en la misma dirección, con la cabeza vuelta hacia oriente, y dejando escapar de tanto en tanto una especie de gemidos que duraron hasta que el campo quedó iluminado con oleadas de luz. Cuando la acción del sol derritió parte de la helada, las llamas más jóvenes se levantaron y se agruparon alrededor de sus madres; pero si una de ellas se equivocaba y se aproximaba a otra, esta última echaba sus orejas hacia atrás en señal de descontento. Y si la llamita volvía a recomenzar, entonces, ya enojada del todo la hembra, en señal de cólera, le escupía en la cara a la locuela, que se

alejaba de inmediato, abochornada por esta recepción. En cuanto el sol disipó en todas partes la blanca helada, llamas y alpacas se levantaron una a una y se dirigieron a paso tardo hacia el sitio del valle en que acostumbran a pacer. Únicamente las hembras quedan cerca de las casas; a los machos los separan y los mantienen lejos de ahí. Esas llamas son tan modosas como los hombres que las cuidan. Un indio nunca maltrata a los animales domésticos de que se rodea, y es tal su apego por ellos que más de una vez se lo ve llorar cuando la necesidad de alimentarse lo obliga a matarlos. Me gustaba en esos indios la dulzura extraordinaria que ponen en todos sus actos y en todas las circunstancias de su apacible existencia. Tan bien me encontraba con esos hombres identificados con la naturaleza, en el corazón de esos desiertos silenciosos, alejados del tráfico del mundo civilizado, que tuve que hacer un gran esfuerzo para decidirme a partir. Miré por última vez a la montaña de Pucara y me encaminé al nornoroeste, en dirección a Crucero, en donde contaba con encontrar antigüedades.

Anduve durante dos leguas por el pie de colinas de conglomerados traquíticos, cuyas formas extrañas admiré una vez más; las vizcachas pululaban allí. Luego, después de cruzar al otro lado, encontré una legua más allá varios grupos de tumbas en el suelo, semejantes a las que doquiera se ven en esas comarcas. Las registré cuidadosamente y recogí en ellas varios objetos interesantes para la antigua historia del país. Este lugar, poco distante del pueblo de Crucero, está cubierto de sepulcros: vi no menos de doscientos, agrupados aquí y allá en la parte más alta del campo. Desde lejos se habría tomado a este lugar por una ciudad, pero sólo era la morada de los muertos. Todas las tumbas habían sido exploradas, a pesar de lo cual encontré varios cadáveres enteros, envueltos en unas esteras de paja y atados de tal manera que en esa especie de cesta venía a quedar una abertura para la cara y dos más pequeñas para la punta de los pies; dentro de esa envoltura estaba el cuerpo reseco en una posición acurrucada, con las rodillas sobre el estómago y los brazos abrazando las piernas. Se diría que los antiguos quisieron dar al cuerpo la posición que tenía en el seno de la madre antes de nacer, como si la vecindad entre la cuna y la sepultura uniera los dos términos de la vida del hombre, recordándole que nace solamente para morir.

Salí finalmente de Crucero y, buscando objetos de historia natural, crucé de nuevo la llanura de Viloma para regresar a Totorá, de la que saliera tres días atrás. Al día siguiente fuí

11 de abril a Huallamarca; con gran alegría de mi parte, encontré allí a un indio que me traía unas chinchillas, que había mandado buscar a la cordillera, en donde hoy son muy raras. Sentí un gran placer en poseer este animal, por cuanto su anatomía era entonces desconocida en Europa, aunque su piel constituyese desde hacía mucho una de las más preciadas. Esos animalitos habitan

en las regiones más estériles y frías de la Cordillera, en donde llevan el mismo género de vida de nuestros conejos, cavándose madrigueras bajo los peñascos y no saliendo sino de noche. Cuando su piel se valorizó, los indios hicieron de ella una caza tan bárbara, que casi las han exterminado, de suerte que hoy son rarísimas.

En una larga conversación que mantuve con el cura, me enteré de que se habían descubierto muchas antigüedades en la aldea de Llanquera, a diez leguas al sudeste. Aunque este viaje

12 de abril alargaría mucho mi camino, resolví tomar esa dirección al regresar a Oruro. En efecto, el 12 salí de Huallamarca; anduve largo rato por la pendiente de la montaña, caminando alternativamente sobre aluviones antiguos, sobre gres llenos de cobre o sobre arcillas abigarradas. Más lejos bajé a la llanura y bordeé el pie de las colinas. Pasé delante de la aldea de Chuquichambi, situada en una quebrada de la montaña, inmejorablemente expuesta a los rayos del sol. Frente a la entrada de la quebrada encontré un inmenso grupo de tumbas, llamado por esta razón *Pataca chulpa* (las cien tumbas). Levantadas todas en un altozano, y bien orientadas hacia el este, ostentaban la forma de una pequeña ciudad. Una legua más lejos, frente al villorrio de Chanchiguel, encontré otro grupo de sepulcros, y en seguida un tercero. Todos están edificadas con tierra roja y se levantan a cuatro o cinco metros, destacándose en la llanura cubierta de tola. Llegué así a Llanquera, en donde no encontré absolutamente nada de lo que me habían anunciado. No sólo no logré allí ninguna antigüedad, sino que hasta perdí toda esperanza de descubrirla en los alrededores, por lo que determiné volver a partir en el acto.

Las tres poblaciones que había visto en la jornada están en las mismas condiciones: todas situadas a mitad de la cuesta de la misma cadena en las quebradas. Su exposición al este y las montañas que les atajan el frío de la Cordillera permiten a sus vecinos, todos aymaras, cultivar en algunos sitios la papa, la papa lisa y la quínoa, mientras que sus rebaños pacen en la llanura vecina o en las planicies del sudoeste, del otro lado de las montañas.

Como todavía tenía por delante algunas horas de luz, bajé a la llanura y me encaminé hacia Oruro, de la que estaba quince leguas al sudoeste. Después de cruzar un curso de agua casi en seco, que recibe todos los arroyos de la cadena de Huallamarca y se dirige al sudeste hacia el Desaguadero, me encontré con el mismo horizonte de tola que había cruzado cuando iba de la Joya a Huallamarca. Por la tarde llegué junto a dos cabañas de indios y me detuve para pasar la noche. Estaba en medio de este océano de tola, en terrenos de una desoladora uniformidad. Las cabañas circulares techadas con ramajes formaban un cono aplastado que divisaba desde lejos. Allí dos pobres familias de aymaras cuidaban inmensos rebaños de llamas y cultivaban un poco de quínoa, removiendo la superficie de esta tierra ingrata, que



Nº 35. — Visita de los indios yuracarés. (República de Bolivia)

apenas si les daba una cosecha suficiente para compensar este esfuerzo. Buena como es, esa pobre gente me hizo compartir su miserable pintanza, que consiste en unas cuantas papas y un poco de quínoa, con las que hacen una especie de sopa.

Impaciente como estaba por volver a Oruro, y no sintiéndome por otra parte retenido por la belleza del lugar ni por las comodidades de la casa, reanudé mi camino. Después de andar siete leguas por la misma llanura, siempre uniforme, y divisando a lo lejos, sobre la izquierda el

13 de abril pueblo de Chiquina, llegué al río Desaguadero, que crucé en un bote. Luego sólo me restaba atravesar la planicie pelada y en parte inundada que había cruzado cuando partí de Oruro. Por la tarde entré en la ciudad, en donde no quedé más que un día antes de proseguir mi viaje.

§ 3

VIAJE DE URURO A LA PAZ

PROVINCIA DE URURO

El 15 de abril dije adiós a Oruro y me dirigí hacia La Paz, de la que estaba a cincuenta y tantas leguas al sudeste. Al salir de la ciudad, bordeé la montaña, que, según reconocí, era en todas partes de la misma naturaleza traquítica, disminuyendo po-

15 de abril co a poco de altura para terminar al cabo de una legua. Desde este punto divisé aún, al noroeste 5° oeste, al Illimani, ese gigante de las mesetas, cuya blanca cabeza dominaba a todas las demás montañas. Una llanura salada, cubierta de plantas marítimas (sosa y salicor), por la que pasa el arroyo Paria, me condujo hacia otro grupo de montañas, por cuyo pie anduve dos leguas seguidas, mientras examinaba las pizarras y los gres que la componen. En su extremo encontré a mi izquierda una laguna y a mi derecha el pueblo de Atita, como perdido en la llanura. Los terrenos, empero, se alzan de este lado y el horizonte aparece en todas partes limitado por montañas de mediana altura. Desde ahí divisaba al Caracollo a tres leguas al norte, 30° oeste. El terreno pasa por un camino llano y las montañas continúan a ambos lados, pero a la distancia. Se trepa continuamente por una cuesta muy suave hasta Caracollo, por arcillas fangosas, rojizas, endurecidas, completamente idénticas a los terrenos de las pampas de Buenos Aires. El pueblo, que está situado en la llanura y en cuyas alturas del oeste se levantan numerosas chulpas, es uno de los más extendidos de la provincia de Oruro y el más populoso; sus numerosas casas y sus cercos de piedra

que llegan hasta muy lejos le dan un aspecto curioso. Atita está agradablemente emplazada, en medio de campos bien empastados y regados por una multitud de arroyuelos que serpentean en una campaña completamente pelada, pero en la que podrían crecer muchos árboles de las regiones templadas de Europa. Distante a ocho leguas de Oruro, este punto se halla sobre la ruta que lleva directamente de Oruro a La Paz.

El 16 de abril continué hacia Reducto, de la que estaba a ocho leguas al oessudueste. Remonté el valle de Caracollo, manteniéndome siempre a distancia de las montañas de ambos lados, bajas las de la izquierda y las de la derecha elevándose por gradas.

16 de abril Siempre desnudo de vegetación leñosa, el campo es igual al de las mesetas. Apenas si se ven entre las gramineas duras algunas plantas de tola. A tres leguas encontré una laguna ovalada, luego de la cual el valle se estrecha y termina. Atravesé una breve colina y me encontré en el lado opuesto con otro valle que sigue aproximadamente la misma dirección. En todas partes se camina por fragmentos de gres sobre un suelo árido y seco; sin embargo, al cabo de dos leguas el valle se ahonda, tórnase más húmedo, pacen en él numerosos rebaños y todo denota que sería posible acabar con tanta desnudez introduciendo nuestros árboles forestales. Anduve por los collados de la izquierda hasta el momento en que terminan las montañas completamente de ese lado. Entonces no tenía delante de mí más que una inmensa llanura hasta Reducto, primer lugar habitado de la provincia de Sicasica.

PROVINCIA DE SICASICA

Reducto es un fuerte de tierra construído por los españoles en ocasión de las últimas guerras de la independencia. Sus altas murallas dominan la llanura que se extiende a su alrededor hasta una gran distancia. Hoy es una de las casas de posta del camino. Allí encontré un coronel con reclutas y una multitud de mujeres. Como cada militar no permanece en el cuerpo sino mientras tenga relaciones con las indias, sucede que cuando un regimiento se desplaza, se ven en el camino, sea en mulas, en asnos o a pie, casi tantas mujeres como soldados y suboficiales. Es complemento indispensable de los bagajes del ejército en tiempo de paz. Tales mujeres, parásitas de todos los cuerpos militares, cocinan para los soldados, remiendan sus ropas y les son de gran utilidad; además, tienen para ellos una extraordinaria abnegación. Las numerosas habitaciones de Reducto estaban tan atestadas de esa gente, que a duras penas conseguí un lugar adecuado para acostarme en el suelo.

Al partir de Reducto, atravesé seis leguas de llanuras al oesno-

rueste hasta Sicasica. Al principio tenía a mi izquierda una planicie que se extendía sin interrupción hasta Huallamarca, y del lado opuesto, los últimos contrafuertes de la Cordillera oriental, que casi no había perdido de vista desde que salí de Potosí. La llanura seca y árida estaba cubierta de fragmentos angulosos de gres, lo que tornaba muy penosa la marcha. Cuando comparaba mentalmente el aspecto triste y uniforme de esta parte de la provincia de Sicasica con las montañas escarpadas y la activa vegetación de la región que había cruzado cuando fuí de Yungas a Cochabamba, apenas podía imaginarme que comarcas tan distintas perteneciesen a la misma provincia. Tales contrastes, empero, hacen la riqueza de esta circunscripción política. Sicasica y sus alrededores encierran solamente minas de plata de una gran riqueza, pero en cambio los valles calientes suministran todas las provisiones de boca necesarias para esas explotaciones. Al acercarme a Sicasica, vi una montaña bastante grande que se alzaba al oeste y continuaba mucho más allá. El pueblo es importante. Todo habla de que allí han debido residir o residen algunos vecinos ricos; en efecto, se ven algunas casas espaciales, con balcones. Debe su fundación exclusivamente a las minas de oro y de plata que lo rodean y que han producido sumas inmensas. Aunque muchas se hallan inundadas, quedan todavía varias que se explotan muy provechosamente.

17 de abril

Después de un breve descanso en Sicasica, quise llegar hasta la posta de Chieta, cinco leguas más lejos. La campaña tórnase cada vez más rocosa y se cubre con fragmentos angulosos de piedra, provenientes de las montañas que se alzan gradualmente al nordeste para formar la Cordillera oriental. Momentáneamente se interrumpen las montañas a la izquierda, reemplazadas por morros aislados, entre los cuales la vista puede extenderse a lo lejos hacia el Desaguadero. A mi frente seguía teniendo al Illimani, que parecía guiar mi marcha. La posta de Chieta se compone de algunas casas de arrendatarios pastores y agricultores y de un cuarto común para los viajeros.

De la posta continué bordeando el pie de la Cordillera oriental, andando por terrenos pedregosos o por llanuras siempre áridas. A mi izquierda seguía viendo algunos pequeños morros de gres y detrás, la continuación de las cadenas de Apacheta de la Paz, que había escalado cuando iba de Tacna a La Paz. Llegué a la aldea de Viscachani¹, así llamada a causa del gran número de vizcachas que cavaron sus madrigueras en las barrancas de la quebrada vecina. Después de remontar esa quebrada y de rodear a una montaña, me encontré frente al gran pueblo de Ayoayo, agradablemente situado al borde de la llanura, que a esa altura

18 de abril

continúa de la izquierda, que se alzan gradualmente al nordeste para formar la Cordillera oriental. Momentáneamente se interrumpen las montañas a la izquierda, reemplazadas por morros aislados, entre los cuales la vista puede extenderse a lo lejos hacia el Desaguadero. A mi frente seguía teniendo al Illimani, que parecía guiar mi marcha. La posta de Chieta se compone de algunas casas de arrendatarios pastores y agricultores y de un cuarto común para los viajeros.

¹ *Viscachani* viene de *vizcacha*, animal emparentado con las marmotas, y de la partícula colectiva *ni*, lo cual en aymara quiere decir la guarida de las vizcachas.

se extendía mucho hacia el sur. Esta llanura carece de piedras y presenta los pastos verdes y duros de las mesetas. Se ven doquiera numerosos rebaños de ovejas y de llamas. Lugares absolutamente idénticos me llevaron hasta el pueblo de Calamarca, en donde ya no estaba más que a dos leguas de La Paz. Situado a la entrada de un barranco de la Cordillera oriental, este pueblo parece mayor que Ayo-ayo. Domina toda la llanura, la cual, en este sitio completamente sin relieve, cambia de vertiente. Hasta entonces, las aguas se dirigen al sudeste y se reúnen cerca de Ayo-ayo para arrojarse en el Desaguadero; pero más allá de Calamarca, los primeros arroyuelos corren hacia el noroeste, pasan cerca de Viacha y se arrojan al lago Chucuito; así, pues, aunque el lugar en que me encontraba era muy parejo e igual, representaba el límite de división de las aguas. Como esta región de las mesetas está muy poblada, mis arrieros prefirieron no detenerse en Calamarca y fui una legua más lejos a pedir hospitalidad a unos indios, que estuvieron a punto de negármela, pero los ruegos y, sobre todo, la vista del dinero, los decidieron a recibirme.

Deseando llegar temprano a La Paz, cogí la delantera, crucé algunos terrenos ondulados cuyas ligeras depresiones están cultivadas en todas partes y llegué a la última posta, la de *Ventilla*, desde la cual sólo me quedaban seis leguas de viaje. Me detuve breves instantes para tomar una ligera refacción y luego seguí por la llanura seca en la que se levantaban algunas casas diseminadas y que me llevó hasta La Paz¹, en donde obtuve el mismo departamento que ocupaba en 1830. Después de llenar las formalidades de práctica, me entregué a mis ocupaciones ordinarias.

Esperábame un trabajo inmenso. Las colecciones reunidas por mí desde hacía tres años habían sido sucesivamente enviadas con escolta de una a otra prefectura y se hallaban reunidas en La Paz. Tenía que revisarlas, embalarlas de nuevo y poner todo en orden para regresar a mi patria. Esta esperanza me alentaba para trabajar sin descanso. Después de un viaje de tres años, después de haber recorrido algunos miles de leguas, me sentía dichoso por volver al fin al punto de partida. La Paz no me exigía nuevas investigaciones; ya la había estudiado durante mi primera estadía. No ocurría lo mismo con la historia del país, que me presentaba todavía muchos cabos sueltos. Por ejemplo, me habría gustado ir hasta el Cuzco para ver la antigua capital de los Incas y para recorrer sus monumentos; pero en ese caso habría tenido que abandonar mis colecciones, que yo mismo quería acompañar hasta el barco, pues esos documentos de diverso género

¹ Hace poco el general Baldivian hizo arreglar el camino que va de La Paz a Oruro, y hoy por fin (1845) algunos birlochos hacen el servicio de posta. Son, por lo demás, las primeras máquinas con ruedas que se hayan introducido en el país. Con muy poco trabajo podrá continuarse fácilmente este camino para coches hasta Potosí.

me habían costado demasiados trabajos para reunirlos para que los expusiese a cualquier peligro. Sin embargo, como me encontraba a escasa distancia del lago Titicaca o Chucuito, no podía excusarme de dejar de visitar en él los más antiguos monumentos de historia peruana, las numerosas antigüedades de *Tiaguanaco*. Resolví, pues, apartarme por unos días del trabajo de gabinete y visitar esos parajes, tan interesantes para la historia como para las ciencias naturales y geográficas. Podía hacerlo con toda comodidad, pues el prefecto de La Paz, don Francisco Pinedo, había hecho construir en el lago una pequeña goleta, la cual estaba a mi disposición para reconocer con más facilidad sus costas.

Mientras maduraba este proyecto, quise completar mis observaciones geográficas con la medida de una base que me diese a la vez la distancia real del Illimani y su altura sobre el nivel del mar. Por medio del punto de ebullición del agua, había logrado hasta entonces las alturas aproximadas de todas las ciudades; ahora quería obtener la de la llanura que domina La Paz. El prefecto me prestó un teodolito; pusieron a mi disposición soldados de policía para ayudarme y, acompañado por todas las autoridades, me fuí a elegir el lugar de mis operaciones. Me bastaron dos días para este trabajo, y pude así medir una base de 4848 varas españolas, lo que me dió ocho leguas de distancia real al Illimani.

En el convento de las Educandas encontré una carta geográfica manuscrita, sin nombre de autor, que contenía muchos detalles sobre el lago Chucuito¹; la copié y, provisto de toda clase de cartas de recomendación, resolví emprender la proyectada excursión. En La Paz había trabado conocimiento desde hacía unos días con un inglés, el señor Juan Cristián Bawring, quien, en el momento de partir, me rogó insistentemente que le permitiese acompañarme en esta corta excursión. A lo que accedí con gusto.

§ 4

EXCURSION A LAS MARGENES DEL LAGO CHUCUITO

El 4 de junio salí de La Paz, acompañado por un soldado de policía que me servía de criado. Subí a la meseta y me encaminé al noroeste, hacia Tiaguanaco, de la que estaba a quince leguas. Recorrí terrenos pedregosos, cortados de tanto en tanto por barrancos que descienden de la Cordillera oriental, cuyos picos nevados admiraba. Llegué así al arroyo *Laja*, del otro lado del cual está el pueblo del mismo nombre, célebre

¹ Este mapa, lleno de inexactitudes en lo referente a las distancias reales, pero corteniendo una serie de curiosos detalles, había sido levantado por el gobernador de Omasuyo con informes proporcionados por el piloto, patrón de la goleta.

por existir en tiempos de los Incas y porque en él celebraron los conquistadores la primera reunión cuando se trató de fundar la ciudad de La Paz¹. Situada a seis leguas de La Paz, y muy bien emplazada en medio de la llanura, Laja conservó su extensión y puede aún pasar por uno de los grandes pueblos de esas regiones. Está habitada por aymaras que cultivan los bordes del vallecito y llevan a pacer sus rebaños a las montañas vecinas. Su aspecto es agradable. Como mi jornada de marcha era larga, no hice alto allí y continué hacia Loco-loco, de la que aún estaba a cinco leguas.

A corta distancia de Laja, y siempre por la misma llanura, crucé el río Vilaque y pasé en seguida entre morros que formaban una colina. Bajé al río Colorado, así llamado por sus aguas rojas, que se coloran al pasar entre dos de los morros más altos, cuyas tierras están fuertemente saturadas de óxido de hierro. El camino sigue por este pequeño río, que en este sitio es también atajo. Más allá encontré la llanura que me llevó por pendientes insensibles hasta el pie de una alta cadena de capas de gres muy empinadas que viene de Viacha. Aunque esta cadena no era muy alta, me exigió bastante tiempo para cruzarla y no pude llegar hasta la noche a Loco-loco. Antes de llegar al pueblo, oía en todas partes resonar en las cabañas el tamboril. Era la repetición de las danzas que los indios se proponían bailar delante del Santísimo Sacramento el día de Corpus. Esos ruidos se redoblaron al llegar al pueblo mismo, en donde me apeé en casa del cura, que me hizo compartir su cena. Los habitantes de Perú y de todas las regiones altas, condimentan sus platos con una cantidad tan grande de ají, que el europeo no puede soportarlo. Sin exageración, cubren una tercera parte de los platos. El viaje durante todo el día me había abierto el apetito y comí con mucho gusto esos alimentos; pero muy pronto, ardiéndome la boca, sufrí mucho por la acción del pimientó.

Loco-loco está muy bien situada, no lejos de la orilla derecha de un arroyuelo, en un estrecho valle dirigido casi de este a oeste y formado por colinas de altura media. Las cercanías sirven para el cultivo de la papa o proporcionan a los rebaños de ovejas excelentes pastizales. El pueblo es grande, espaciosa su iglesia y las casas están bien alineadas a su alrededor.

Después de haber recorrido los alrededores y hecho algunos relevamientos geográficos, mi ardiente deseo de ver los monumentos de Tiaguanaco, acerca de los cuales no había cesado de conversar con el cura, me hizo encaminar hacia ese pueblo, al que alcanzaba a ver en el mismo valle, a tres leguas al oeste, algunos grados al norte. Andando por praderas secas, me encontré muy pronto con la confluencia del arroyo Loco-loco con el que corría por otra rama del valle, formando los dos el Tiaguanaco. Este último se labra un lecho en una tierra vegetal muy

¹ Poseo el acta de esta reunión, firmada por las personas que tomaron parte.

productiva y pasa al norte del pueblo. Impaciente por llegar allí, apreté el paso; finalmente, a las once llegué. Rogué inmediatamente al corregidor que me diese un guía para que me llevase hasta los lugares en que se encuentran las antigüedades. Pedía demasiado, pues de inmediato reconocí que todos los alrededores estaban sembrados de ellas. En efecto, doquiera se ven entradas a subterráneos y cimientos de edificios, pero el fanatismo de los españoles los llevó a destruir todo aquello que pudiese darles una vaga idea de temores religiosos o recordarles las antiguas creencias de los Incas. Todas las piedras transportables, si estaban talladas, fueron llevadas por ellos a La Paz para construir puentes, iglesias o se emplearon en el mismo sitio en la construcción de edificios religiosos y casas de las aldeas vecinas. Es así como a cada rato veía en la iglesia de Tiaguanaco o en la casa del cura partes de esculturas arrancadas a los viejos monumentos. En plazas y patios los bancos son aún partes de pórticos cubiertos de bajorrelieves; encontré allí una infinidad de piedras esculpidas, enteras o mutiladas, y en cualquier sitio en que se cave se descubren restos de edificios. No se puede dar un paso sin hollar vestigios de una civilización extinguida. En esta tierra antigua, testigo del pasado esplendor de un pueblo acabado, no sabía en verdad a qué dar preferencia. Resolví comenzar por verlo todo para formarme una idea de conjunto, sin perjuicio de estudiar en seguida los detalles con el mayor cuidado.

Independientemente de una gran cantidad de fragmentos diseminados, reconocí en la campaña los cimientos y algunas partes todavía en su sitio de tres monumentos principales, todos situados a corta distancia al sur de la aldea. El primero y más notable de todos, sobre el cual se trabaja ahora en casi todas sus partes, es cuadrado, de ciento setenta y cinco metros de lado. Está orientado al este 10° norte.

Su fachada occidental¹ se compone de una sucesión de pilastras monolíticas que se alzan a unos cuatro metros del suelo. Cada una de esas pilastras, de forma oblonga, más ancha que profunda, está dotada de una mediacaña en hueco a cada lado y encima: está bien plantada en la tierra y perfectamente alineada con las demás. Una sola de ellas yace en el suelo. Sin duda servían para formar una galería de once metros de ancho delante de un edificio del cual actualmente no se descubren más que los cimientos.

En la extremidad norte de esta fachada se encuentra un pórtico monolítico, hoy caído y partido en dos. Este pórtico mide tres metros con dieciséis centímetros de alto por cuatro metros con quince centí-

¹ Cieza de León, *cap. CV*, y Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas, cap. I*, se expresan así: "Se ve también una muralla de piedras tan grandes, que admiramos la fuerza humana que ha podido llevarlas adonde están, sobre todo, si se repara que a una gran distancia no hay rocas ni canteras de donde se haya podido extraerlas."

metros de ancho y está hecho con un solo bloque de roca traquítica muy dura, en la cual se practicó una puerta de un metro de ancho por dos de alto, de faldones verticales. El frente del pórtico que mira al este tiene en su dintel una ancha banda de tallas formada con bajo-relieves que representan en el medio una cara de hombre en pequeño, de rostro cuadrado, mejillas cargadas de adornos y cuya cabeza está rodeada por rayos, terminados unos en círculo y los demás en una cabeza de cóndor. Alrededor de su cuello penden otros rayos más pequeños. En cada hombro lleva una cara aplastada, de donde parte una especie de bandolera que se une a la cintura, y sobre el pecho un animal idéntico al que se advierte en el rayo medio que corona su cabeza y en el escudo inferior que tiene bajo sus pies. De cada brazo cuelga una cara, y sobre una faja que tiene encima de las piernas se advierte una línea de seis. Cada mano sostiene un cetro, cuya extremidad inferior lleva una cabeza de cóndor con su cresta. Este personaje está colocado sobre un pedestal en el que se han esculpido algunas cintas terminadas por cabezas de cóndor, cuatro en el medio y dos a ambos lados. Al lado del personaje, vense tres hileras paralelas de otras caras. Las hileras superior e inferior están formadas por ocho caras de cada lado, de rodillas ante el personaje del medio. Cada una de esas caras representa un hombre de perfil, dotado de alas, coronada su testa y un cetro en la mano y cuyos adornos ostentan también cabezas de cóndor. La fila del medio está formada igualmente por hombres con la misma vestimenta y el mismo cetro, pero su cabeza aparece coronada con un cóndor. Hay debajo de todas esas esculturas una guarda adornada con una greca extraña, en la que figuran cintas terminadas por cabezas de cóndor a las cuales rodean soles coronados que también llevan cabezas de cóndor en sus rayos.

Si se quiere interpretar esas esculturas, se podría ver en el personaje central a un rey todopoderoso cuyos dos cetros señalan el doble poder religioso y político; a su alrededor se prosternan los demás soberanos provistos de un solo cetro, lo que indicaría lo limitado de su autoridad. De estos últimos, los que tienen una cara humana y aparecen coronados, simbolizarían a las naciones semicivilizadas sometidas, en tanto que los demás, todavía salvajes, llevan la cara del cóndor, que los representa bajo la forma del ave más noble, de aquella cuyo alto vuelo le permite acercarse más al sol. Los rayos que ciñen la cabeza del personaje central y los soles del friso inferior, muestran, por lo demás, que para la época en que se erigieron esos monumentos, ya existía allí el culto del Sol en ese lugar, centro de una civilización muy adelantada y de una población muy numerosa. Si eso es así, lo que resulta muy difícil no admitirlo, como esos monumentos son anteriores a los Incas, que los descubrieron en ocasión de sus conquistas¹ bajo Maita Capac, cuarto Inca, hay que concluir que Tiagua-

¹ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, lib. III, cap. I.

naco es en verdad la cuna de la civilización de los Incas y del culto del sol.

La cara occidental del pórtico no representa esculturas, sino solamente una franja superior saliente y otra más que encuadra el dintel de la puerta, presentando debajo algunas molduras. A ambos lados de ésta hay una hornacina bastante profunda que sin duda estaba cerrada, pues todavía se advierten allí una mancha de óxido de cobre y las huellas de goznes que los españoles habrán arrancado rompiendo la roca. Encima del marco de la puerta se encuentran dos hornacinas juntas a cada lado. Estas hornacinas están encuadradas con molduras en vaciado. El conjunto está artísticamente tallado; las aristas son pronunciadas y todo es de una perfecta regularidad. Uno no puede menos de sorprenderse al pensar que esos trabajos fueron ejecutados sin la ayuda del hierro.

Delante de la fachada occidental de este primer monumento se ven los cimientos de otro cuerpo de arquitectura dependiente de éste, que presenta un cuadrado de ochenta metros de lado y once de ancho, el cual circunda a un amplio patio central.

Las fachadas norte y sur presentan columnatas de pilastras parecidas, muchas de las cuales están caídas y otras que rompieron para utilizarlas como materiales de construcción.

Completamente desprovista de columnas, la fachada oriental deja en medio la entrada a un patio de setenta metros de ancho. El todo, ahora sembrado, muestra a cada paso restos de antigüedades. Vi una piedra grande, toda cubierta con la talla de una cara extraña, en parte gastada por el tiempo, y recogí allí varias piezas importantes, tales como una esfinge informe que representa una cabeza humana con unas especies de alas detrás, y una figura que representa groseramente a un jaguar parado en las patas traseras, con las fauces abiertas, las orejas gachas, las patas delanteras colgantes y el cuerpo rodeado por un cinturón. Vi sobre todo varios trozos de esas mismas figuras, lo que me induce a creer que tenían una significación particular.

Casi contiguo a este primer monumento, existe otro al oeste, mucho más considerable; pero éste se halla tan desfigurado, que sólo pueden seguirse sus contornos exteriores. Como este monumento estaba en lo alto de un montículo levantado a fuerza de brazos, los españoles, que en todas partes creían hallar la famosa cadena de oro de Huaina Capac, sospecharon que había podido estar escondida en el centro de ese monumento, y emplearon centenares de obreros para derribarlo a fin de excavar hasta el subsuelo. De donde resulta que toda la parte central está tan desnaturalizada, que no se puede reconocer nada allí. Este monumento, cuyo plano levanté, está orientado como el anterior, pero es más espacioso. Su forma es la de un cuadrilátero, dotado de un ángulo entrante en cada lado que mira al oeste; su mayor anchura era la que miraba a oriente, que mide no menos de doscientos

ochenta metros y parece haber sido amurallada. Adelante se advierte otro recinto cuadrado de ciento treinta metros de ancho. Las fachadas norte y sur conservan todavía las mismas pilastras monolíticas que rodean el primer monumento; pero se notan entre cada uno de ellos unas murallas de piedra sin argamasa, que no son quizás tan antiguas como lo demás. El centro de esas ruinas presenta un montículo de tierra de veinte a treinta metros de altura sobre el nivel de la llanura. Arriba y a los costados se ven enormes bloques de piedra perfectamente tallados; fácil es, por consiguiente, comprender que la cima del montículo había servido de asiento a un edificio destruído por los españoles en sus excavaciones¹.

Al este de ese monumento, y a escasa distancia, sólo encontré la cabeza de las famosas estatuas colosales de piedra dura (traquitas) de que hablan los primeros historiadores², pues los españoles, con su espíritu de destrucción hicieron saltar en pedazos las estatuas con una mina colocada entre los dos hombros. Del mentón a la parte superior, esta cabeza mide un metro con veinte y tenía setenta centímetros de ancho. La estatua representa una cara humana un poco cuadrada, cuyo rostro es casi vertical, mostrando dos ojos redondos, de donde parten y bajan a las mejillas dos adornos semejantes a los de la cara del medio del pórtico que ya describí. La nariz, poco prominente, es angulosa. Su boca está muy groseramente dibujada y debajo de ella se ven algunos adornos. Está tocada con una especie de turbante formado con animales imaginarios esculpidos en relieve y de forma parecida a los de la citada figura, y el todo está rematado con una especie de corona. Ciñe su cuello un collar formado por personajes grotescos. A juzgar por los trozos que quedan, esta estatua carecía de brazos o, mejor, los tenía pegados a los lados, esbozados en la piedra. El conjunto de esta estatua colosal, de la que más tarde obtuve un modelo en pequeño, encontrado igualmente en Tiaguanaco, tiene todo el aspecto de las antigüedades egipcias, lo que demostraría que los progresos de la civilización han seguido en todas partes la misma marcha.

Dice Cieza de León que el vestido de las estatuas colosales llegaba hasta el suelo. No puedo saberlo; pero al menos, si he de juzgar por una estatua entera e inconclusa que encontré en el suelo, no lejos de allí, creería, por el contrario, que aquéllos deberían parecerse; lle-

¹ Cieza de León, *cap. CV*, dice de este monumento: "Entre otras cosas que pueden admirarse existe una colina construída por el hombre; para que la tierra no se cayese, se la había rodeado de grandes construcciones de piedra, y no se sabe por qué se había levantado este edificio." (Garcilaso, *Comentarios de los Incas*, lib. III, cap. 1).

² Garcilaso de la Vega, *idem*, lib. III, *cap. I*, y Cieza de León, *cap. CV*, dicen a propósito de esas estatuas: "En otro lugar, separado de la colina, había dos estatuas de gigantes esculpidos en piedra, vestidos con un amplio hábito que les llegaba al suelo y con la cabeza coronada."

varía entonces un cinturón y unas calzas, que eran, por otra parte, la indumentaria de la época, según puede verse en otra estatua de piedra mejor modelada, que se halló en el mismo lugar: estaba mutilada y no quedan más que el tronco y las piernas. En los hombros y en la espalda se reconocen unas figuras análogas a las que todavía llevan los indígenas durante sus fiestas religiosas. El cuerpo está bastante bien hecho, los brazos señalados en relieve y la mano pasablemente modelada. Esta estatua lleva un cinturón y unas calzas que le llegaban a la rodilla, parecidas a las que todavía hoy se ponen los indios¹. Encontré además muy cerca unas figuras de llamas y de alpacas esculpidas en piedra, que, sin duda, servirían de lámparas a los antiguos habitantes. Se encuentran otras parecidas en una extensa superficie de las regiones montañosas.

Como tenía presente el relato de Pedro Cieza de León, que habla también de un vasto monumento diferente de los primeros, estaba muy contento de poder encontrarlo, como ya lo había hecho con los otros y con la estatua. El autor español se expresa en estos términos²: "No lejos de allí se ven también otros edificios gigantescos. Lo que más se admira en ellos son los grandes pórticos labrados en una sola piedra. Lo que aumenta la maravilla de los pórticos es que varios de ellos están asentados sobre piedras de una sola pieza, cuya medida dió treinta pies de largo, quince de ancho y seis de espesor. Es difícil concebir cómo y con qué instrumentos se ha podido cortarlos."

Por mi parte, he aquí lo que vi, medí y dibujé. Al noroeste de los primeros monumentos encontré ese de que acaba de hablar el historiador hispano; pero tuve la pena de notar en todas partes las huellas de la concupiscencia y del vandalismo de los europeos. Los pórticos ya no estaban de pie: la búsqueda de tesoros imaginarios los había llevado a cavar debajo, derribándolos por medio de minas que estaban obligados a emplear para remover esas enormes masas, levantadas por hombres que nos obstinamos en tratar de salvajes, mientras que monumentos de la misma naturaleza en Egipto nos hacen considerar como muy antiguamente civilizados a los que los edificaron. ¡A tal punto se quiere negarles todo a los americanos!

El monumento presenta en su conjunto la forma de un cuadro de lados desiguales, cuyas fachadas oriental y occidental tienen ciento veintiocho metros de largo, mientras que las otras dos no tienen más que ciento doce. Los tres lados norte, sur y oeste están circunscritos por murallas *a*, cuyos cimientos se ven, y presentan en un ancho de cuarenta metros una parte más elevada *b*, en medio de la

¹ V. pl. 39 y las figuras 1, 2, 3 y 4 de la plancha 44.

² Pedro Cieza de León, *cap. CV*. Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, lib. III, *cap. I*.

cual se encuentra un vasto patio *d*, igualmente circunscripto por murallas *c*. Este patio, abierto al este, presenta en este lado el macizo *e*, tan notable y del que habla Cieza de León, y al oeste una muralla *f*, formada por piedras artísticamente talladas.

Este macizo, cada una de cuyas piedras dibujé y medí con minuciosa exactitud, presenta el aspecto de una especie de plataforma compuesta por bloques perfectamente tallados, unidos por medio de grapas de cobre *cc*, de los que ya no quedan más que las huellas. Representa *ab* una superficie de dos metros de altura sobre el nivel del suelo, de cuarenta metros de largo por siete de ancho, formada por piedras tan grandes que ocho solamente bastan para cubrir todo su largo, y dos su ancho. Algunas miden siete metros con ochenta centímetros de largo, por cuatro metros con veinte de ancho y dos metros de espesor. Fueron éstas seguramente las que midió Cieza de León. Algunas están cortadas a escuadra, pero otras presentan una forma irregular. En la parte oriental de este macizo hay tres grupos de escaños o amplios asientos vueltos hacia el oeste y cortados en la piedra misma. Un grupo *dd* ocupa el medio del monumento en una extensión de dieciséis metros con sesenta centímetros, y se compone de siete compartimientos. Un grupo de tres compartimientos ocupa los extremos. Entre el grupo del medio y el lateral, se alza sobre esas piedras un pórtico monolítico, análogo al que ya describí en el primer monumento; pero estos pórticos, más sencillos, tienen solamente en el dintel, al oeste, un friso formado por guardas que representan cabezas de cóndores y la figura del Sol; al este se ve un gran marco y dos hornacinas, una sobre la otra, como en el primer pórtico.

Al oeste de este macizo, y a cerca de seis metros de distancia, se extiende una muralla muy notable por la perfección de la talla de sus piedras, unos basaltos negruzcos muy duros. Esta muralla *f*, frente a los asientos, está construída con piedras que son todas de igual dimensión y que tienen por todos lados una ranura *bb*; además, en cada una de esas piedras se han vaciado dos pequeñas hornacinas *aa*, perfectamente talladas y cuyos ángulos han sido muy bien tratados. Frente a los pórticos, cada bloque, igualmente muy bien tallado, tiene nichos de otra forma *a*. Todo está proclamando que la variedad de formas de las hornacinas era uno de los grandes adornos de las murallas, pues en todas partes se encuentran piedras ahuecadas y cuyos detalles he dibujado.

Si se quiere explicar el uso de este monumento, podría suponerse que el macizo de piedras talladas era una sala de concejo en donde venían a sentarse los jefes durante las grandes ceremonias; el número impar de los asientos del medio indicaría por lo menos que había un presidente, un jefe único. Lo mismo podría decirse de los asientos laterales. De todas maneras, cualquiera que fuese su uso, hay que hacerse una alta idea de la civilización de los que lo construyeron, pues para llegar a tales resultados, fué menester disponer de millares

de brazos y de medios de transporte que hoy no conocemos. Cuando se piensa, en efecto, en la inmensa extensión de los monumentos y en las enormes dimensiones de los bloques que se emplearon, uno se pregunta naturalmente si ahora llegaríamos a mover semejantes masas sin poner en juego todos los recursos de la mecánica. Se trata, sin embargo, de pueblos a los que les negamos toda facultad intelectual, pero que desde hace un gran número de siglos han realizado unos trabajos cuya ejecución demandaría actualmente todas las luces de nuestra civilización más adelantada.

¿De dónde extrajeron los indios esas piedras? ¿Cómo las transportaron? ¿Cómo, sin la ayuda del hierro, llegaron a tallarlas con tanta perfección? Tales son las tres preguntas que se formula quien contempla esos monumentos.

Para responder a las dos primeras, diré que los monumentos se componen de tres clases de rocas: gres compactos, blancuzcos; traquita gris granitoidea, llena de cristales de piróxeno, de apretada textura, y de una roca basáltica azulada muy dura. Las tierras de gres pertenecientes a los terrenos devonianos son muy numerosas, y así tenía que suceder, pues tales rocas entran en la constitución de todas las colinas situadas al norte del Tiaguanaco; pero había siempre el problema de traerlas desde una legua de distancia por lo menos. Las piedras de traquita y de basalto presentan mayores dificultades, puesto que no existen en casi ninguna parte de los alrededores. No las he encontrado en diez leguas a la redonda. Como no sea que las hayan extraído de las islas del lago Chucuito, ignoro completamente de dónde podrían provenir. Esta incertidumbre demuestra que han sido traídas desde muy lejos. Al recorrer la llanura vecina noté varios bloques que habían quedado en el camino, en la dirección del lago Chucuito, lo que parecería indicar que provienen de allí; pero el lago está alejado cerca de tres leguas de los monumentos y en sus orillas se extienden praderas circunscriptas por las colinas de gres de Tiaguanaco y de Jesús de Machaca. Aquí las dificultades aumentan, pues habría que admitir que los bloques fueron transportados por agua. Si los peruanos hubiesen tenido en esas regiones abundancia de maderas y navíos de cierto tonelaje, todavía podría admitirse esta conjetura; pero como las mesetas no engendran un solo árbol, la navegación antigua y la actual se hacía y se hace con barcas de juncos. Teniendo en cuenta esas circunstancias, uno se queda perplejo sobre la procedencia de las piedras traquíticas y basálticas de los monumentos y sobre los medios empleados para acarrearlas. Un velo impenetrable oculta y sin duda ocultará siempre estas preguntas de tanta importancia para la historia mecánica de pueblos que, al igual que los egipcios, los peruanos y los mejicanos, quisieron señalar su poderío por las masas que removieron para construir sus templos.

En cuanto a la pregunta sobre los medios de que se valieron los indígenas para tallar sus piedras sin el auxilio del hierro, he podido

obtener algunos datos. Los peruanos conocían perfectamente las proporciones en que había que mezclar el estaño con el cobre para darle mayor dureza¹. Utilizaban, pues, instrumentos de bronce para desprender la piedra y extraerla de la cantera. Servíanse también de tales instrumentos solos para terminar pacientemente la talla de los bloques de gres. En cuanto a las traquitas, la casualidad me hizo descubrir otro de sus procedimientos. Ya había notado en las piedras no terminadas de Tiaguanaco que las habían desbastado por capas sin que quedasen huellas de instrumentos. Estando examinándolas, recordé que en Potosí había visto a los indios desbastar piedras semejantes por medio del fuego: calientan mucho la parte que quieren sacar, le echan en seguida agua y una capa se desprende así en cada vez. Me enteré, además, por los indios de Tiaguanaco que todavía se emplean métodos idénticos para desbastar. El acabado de la talla se efectuaba con instrumentos de bronce.

Como todos esos monumentos se encuentran en el antiguo territorio de los aymaras y como esta nación ocupa el centro de las regiones pobladas por los quichuas y señaladas por la civilización de los Incas, ¿no podría suponerse que Manco Capac, primer Inca (el cual, según la tradición², salió de las orillas del lago Chucuito, en donde se hallan los monumentos de Tiaguanaco), habría llevado desde ese punto al Cuzco los restos de una civilización casi extinguida, que él habría tratado de hacer olvidar, con el fin de agrandar la gloria de sus creaciones personales? Sea como sea, la fuente común de la religión del Sol, tal como se desprende de los bajorrelieves, las tradiciones y el idioma, ¿no estaría indicando que los aymaras fueron la raíz primera de la civilización de las mesetas de los Andes? ¿No indicaría todo esto que entre ellos se desarrolló la vida agrícola y que en ellos germinaron también las ideas sociales? El primer gobierno monárquico y religioso nació en el corazón de esta sociedad, que llegó, muy antiguamente quizás, a un grado de civilización adelantada. De no ser así, sería imposible explicar, cómo pudieron construirse monumentos tan vastos y que exigirían un concurso tan grande de brazos.

Cerca del pueblo, encontré una estatua informe, en parte desgastada por el tiempo, que representaba a un personaje y medía un metro con ochenta y un centímetros de alto, tallada bastante groseramente en el gres y que, por sus forma, me pareció de una edad completamente diferente a la de las demás antigüedades de Tiaguanaco. Es posible que esta estatua hubiera sido colocada en tiempo de los Incas.

Tiaguanaco está agradablemente situada en una llanura dominada al norte y al sur por colinas altas y regada en medio por un riacho

¹ Traje varios de esos instrumentos así templados.

² Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*.

que se dirige al oeste y arroja sus aguas en el lago Chucuito, cuyas aguas límpidas se divisan a tres leguas de distancia. El pueblo es extenso, muy poblado; con relación al sitio en que se encuentra, su iglesia es hermosa y sus casas, como todas las del Altiplano, cuentan con grandes patios y con un buen número de compartimientos levantados con piedras sin argamasa, lo que da al conjunto un aspecto singular y tanto más triste cuanto que no se ve un solo árbol.

Toda la tarde del día de mi llegada, todo el día siguiente, lo mismo que el subsiguiente, los indios, con ocasión de las fiestas del Corpus, no dejaron de bailar al son del tamboril y de las flautas de Pan. Más de diez comparsas, ridículamente vestidas, iguales a las que había visto en La Paz, bailaron delante del Santísimo Sacramento, y por la noche hicieron otro tanto alrededor de la plaza, yendo de capilla en capilla. Ejecutada separadamente y sin acordes para cada una de las comparsas en particular, la música producía una cacofonía extraordinaria. Las danzas extrañas, bailadas por la noche a la luz de las fogatas que habían encendido alrededor de la plaza, daban a la escena un sello singular que no carecía de originalidad. Sentado en un trozo de un pórtico antiguo cubierto de tallas y convertido en banco, permanecí una parte de la noche atento a este espectáculo, a cuyos actores sin embargo maldecí más tarde, pues durante dos noches seguidas no cesaron un solo minuto de recorrer las calles ejecutando sus salvajes conciertos.

Desde Tiaguanaco se ve a tres leguas de distancia al sudoeste el pueblo de Huaqui, situado no muy lejos de las márgenes del lago Chucuito, y del otro lado de la entrada del valle, al oesnorueste, el pueblo de Taraco, situado igualmente a orillas del lago. Cerca de este último se encuentran todavía los restos de aquellos monumentos que Garcilaso de la Vega¹ describió de la siguiente manera: "Allí existen grandes edificios, entre los cuales cabe señalar un patio cuadrado de quince brazas de ancho, con sus murallas de una altura dos veces la del hombre. A un lado del patio hay una sala de cuarenta y cinco pies de largo por veintidós de ancho, con un techado que imita los de paja. Este patio, sus muros, el suelo, la sala, su techo son de una sola pieza, tallada en una roca. Hay también cerca de allí muchas piedras esculpidas, que representan a hombres y mujeres tan naturales que parecen vivas: unas de pie, otras sentadas, cruzando un arroyo, con un cacharro en la mano, otras teniendo sus hijos en las rodillas o en la espalda, en fin, en mil actitudes distintas." Me aseguraron que había todavía muchas reliquias de aquellos antiguos monumentos; empero, como quería emplear algunos días para visitar las islas del lago, me vi obligado a prescindir de mi viaje a Tarato.

El 7 de junio abandoné esta tierra clásica para ir a Avgachi, siete leguas al norte. Comencé por escalar la vecina montaña de Tia-

¹ *Comentarios reales de los Incas, lib. III, cap. I.*

guanaco, por gres, cuya pendiente está al norte y la
 7 de junio escarpadura del lado del pueblo. Una vez en la cumbre
 de la cadena, me fuí a un punto culminante en el que
 establecí provisionalmente mi observatorio para hacer relevamientos
 de todos los lugares visibles. Tenía un panorama realmente magnífico:
 al sur dominaba todo el valle de Tiaguanaco, que terminaba en el lago
 Chucuito o Titicaca¹, cuyas aguas majestuosas se extendían al oeste.
 Siguiendo con la mirada sus orillas, veía al oeste, 11° sur, el Reducto
 o el fuerte que domina el paso del desaguadero. Es en ese lugar don-
 de el excedente de las aguas del famoso lago, escapándose a través de
 una colina, serpentea sesenta leguas en la llanura y va a formar más
 lejos el lago Panza. No lejos de ahí divisaba en la orilla que se ale-
 jaba de mí hacia el oeste los pueblos de Desaguadero y Cepita, depen-
 diente de Perú, pues el río Desaguadero sirve en ese lugar de lími-
 te natural entre las dos repúblicas. En la parte meridional del lago que
 se ofrecía a mis ojos, percibía también a lo lejos las montañas de
 Yunguyo, que lo ribetean al noroeste, y a mi derecha una multitud de
 islas que se elevan en medio de las aguas, como montañitas. Entre
 ellas la isla Chiqui es la única que está aislada, pues las demás, al
 nornoroeste representan un verdadero archipiélago. En él descollaban
 las islas Surique, Pariti, Quebaya y Amasa, la mayor de todas.

Al nordeste, del otro lado de la montaña, extendíase un dilatado
 valle, regado por varios ríos. Debajo de mí tenía la aldea de Lacaya,
 y del otro lado de la llanura, al pie de otra colina paralela a la cuesta
 de Tiaguanaco, se hallaba el pueblo de Aygachi. Desde mi observa-
 torio veía además junto a las más hermosas campañas doquiera cu-
 biertas de casitas, el Illimani y el Sorata, esos dos gigantes de las
 montañas americanas, que ostentaban todo su esplendor. Si no hubiese
 percibido la ausencia total de vegetación leñosa, me habría sido difícil
 imaginarme que estaba a cuatro mil metros de altura sobre el nivel
 del mar. En efecto, ni un solo árbol se ofrecía ante mis ojos en esta
 tierra tan productiva, que, el día que se quiera, podrá poblarse con
 los más hermosos bosques de pinos, trasplantando así la hermosa Suiza
 a las montañas de la Cordillera. Entonces también el lago parecerá
 más hermoso y toda la campaña cambiará súbitamente de aspecto.

Por terrenos rocosos descendí hasta la aldea de Lacaya, en donde
 vi magníficos campos de trigo y muchos sembrados de papas. En
 general, las orillas del lago están perfectamente

Lago Chucuito cultivadas y producen excelentes cosechas en las
 partes abrigadas del viento del sur. Atravesé en se-
 guida una hermosa llanura cubierta de tierra vegetal y regada por el
 río Colorado y el río Laja, llanura al otro lado de la cual encontré
 el pueblo de Aygachi, en donde me detuve un instante, pues tenía
 intención de recorrer las islas Amasa y Quebaya. Esta escala, empero,

¹ *Titi-caca* significa en aymará *peña de plomo*.



Nº 34. — Música y danza religiosa, en Moxos, (Bolivia)

me proporcionó algunos vasos antiguos que el cura tuvo la gentileza de obsequiarme.

Costeando el pie de las colinas, llegué a los bordes del lago, y muy pronto me encontré en un mismo estrecho que separa la península de Yais de la tierra firme. Una vez en el otro lado, tenía a mi frente el lindo villorrio del mismo nombre, deliciosamente situado en la parte occidental de una alta colina, en una quebrada. Salí de ahí atravesé la colina y me encontré frente a la isla de Amasa, la mayor de todas, de la que me separaba un breve estrecho, a través del cual se tuvo el cuidado de construir un malecón que, aunque en mal estado, me permitió cruzarlo. Me sorprendió la innumerable cantidad de aves ribereñas que hay en su litoral, sobre todo allí donde abundan unos juncos altos llamados *titora*. Vi allí una multitud de patos, gallaretas, pollas de agua y macaes, que retozan tan tranquilamente como si estuviesen en estado doméstico. Cierto es que los indígenas nunca cazan y que dejan vivir a su alrededor a todos los seres en la más perfecta seguridad.

De más de ocho kilómetros de largo por un ancho que varía de tres a cinco, la isla Amasa es una montaña alta compuesta de mármoles negros y azulados de la época carbonífera, absolutamente idénticos en su aspecto a los de los alrededores de Tournay en Bélgica. En esos terrenos, increíblemente atormentados por las conmociones geológicas, se ven doquiera enormes bloques de mármoles sueltos, que sólo piden el cincel para trocarse en el ornato de las casas de la república. La isla es alargada, muy irregular y cuenta con numerosos cabos separados por ensenadas. En ella el cultivador sólo dispone de muy pocos sitios para sembrar, pero los rebaños encuentran entre las rocas algunos pastos. Crucé una montaña, y al otro lado anduve por la orilla meridional de la isla, recorriendo todas las sinuosidades de la costa. Recogí allí varias conchillas fósiles incrustadas en el mármol. Después de una marcha larga y penosa, llegué a la extremidad de la isla, a un punto en donde un istmo muy estrecho la separa de la de Tirasa. Tenía entonces al alcance de mi vista, y no lejos de ahí, varios islotes cónicos y la extremidad de las islas Quebaya y Pariti.

La isla de Tirasa no tiene más que cuatro kilómetros de largo por uno de ancho. Está igualmente formada por rocas. En esta marcha al borde del agua sentía un placer que no podría describir. A 4.000 metros sobre el nivel del mar me creía a la orilla de un verdadero mar, y mi ilusión era completa. Las aguas de un azul oscuro como en alta mar aparecían en todas partes, y yo creía andar por el litoral de ciertos lugares accidentados de las costas de Bretaña. No faltaban ni siquiera las olas que un viento lanzaba contra la costa. Cuando llegué al extremo occidental de la isla encontré una chacra, cuyos habitantes indígenas me recibieron amablemente. Restábame todavía ver por este lado la isla Quebaya, separada por un pequeño estrecho que crucé sin dificultad. Esta isla, la última a la que pueda

llegarse sin haber embarcado, está orientada de noroeste a sudeste; lo mismo que las demás, está formada por hermosos mármoles azulados y negros, llenos de conchillas fósiles. Descubrí allí una gran cantidad de sepulcros, que en nada se parecían a los que ya había visto. Son recintos más o menos anchos, cuadrados o redondos, de uno o dos metros de alto y construídos con piedras sin mezcla. Cada uno de esos sepulcros está techado con piedras; pero como los antiguos no conocían la bóveda, pusieron unas piedras anchas, muy fuertemente cargadas alrededor, para que pudieran soportar una última, colocada en medio sobre las demás. En esas tumbas en donde los cadáveres están sentados, recogí cabezas cuya frente está tan deprimida que no podría ser sino el producto de una deformación artificial¹. Materialmente la frente ha desaparecido, y toda la masa cerebral está llevada hacia atrás. Noté que las cabezas más deformadas se encontraban en las tumbas más grandes; me parecieron pertenecer a seres humanos. Permanecí mucho tiempo ocupado en búsquedas en esas tumbas. Al cabo de tantos siglos, los cuerpos permanecen todavía intactos y en un perfecto estado de conservación.

Desde el extremo occidental de la isla de Quebaya, que avanza en el lago como un cabo de quince kilómetros por lo menos determiné la posición de todas las islas, que se me aparecían como panes de azúcar aplastados o como colinas apaisadas, bastante altas sobre el nivel del agua. La más cercana era la isla de Parati. A lo lejos divisaba también la isla de Chique, en tanto que entre esos dos extremos se descubría el pico de la isla Surique, en donde dicen que hay muchas tumbas, pero a la que no pude llegar por falta de embarcación, y el archipiélago de Taquiri, formado por tres islas, todas de más o menos una legua de largo, que me ocultaban el estrecho de Tiquina, del cual no divisaba más que sus altas montañas.

Este estrecho, cortado casi a pique a cada lado², separa el lago Chucuito en dos partes inmensas. Una, menor que la otra, en medio de la cual me encontraba, se llama más particularmente Laguna de Chucuito, mientras que la segunda es conocida en general bajo el nombre de *Laguna de Titicaca* o de *Puno*. La parte pequeña mide no menos de dieciocho leguas de largo por ocho de ancho, pero la otra tiene más de veintiocho leguas de longitud. Mirando hacia el norte, descubrí una vasta extensión del lago y, por encima de sus aguas majestuosas y de las colinas de la ribera opuesta, veía el pico nevado del Sorata que dominaba todo el cuadro.

Volví a mi albergue, pero como el sol estaba todavía alto sobre el horizonte para permitirme algunas horas de marcha, resolví cruzar a la orilla opuesta de la isla Tirasa y pasar la noche en la costa septentrional de la isla Amasa. En consecuencia, costéé las orillas acci-

¹ V. lo que al respecto dije, *El hombre americano*, págs. 93 y 186.

² V. la pl. núm. 21, que me la comunicó el señor Bawring.

dentadas de la isla Tirasa, volví a cruzar el istmo de Amasa y seguí por la orilla de esta isla hasta el caserío de *Patatani*, adonde llegué de noche, después de una de las jornadas más duras que hubiese hecho quizá desde que estaba en viaje. Habitado por indios agricultores y pescadores, el lugarejo está situado agradablemente en una ensenada cultivable, al pie de peñascos de mármol negro muy escarpados. En la playa, cubierta de juncos y en donde jugueteaban una multitud de aves acuáticas, vi varios de esos extraños barcos de juncos, que llaman balsas en la comarca; éstas me dieron la idea de cruzar el lago en una de esas embarcaciones para dirigirme directamente a Guarinas, a la cual divisaba en la otra costa, a unas seis leguas de distancia. Hablé de ello al alcalde, quien me prometió hacer todo lo posible para preparar este viaje al día siguiente.

En una región en donde no hay bosques, la industria local ha suplido esta falta desde los tiempos más remotos. Para navegar por el lago imaginaron los indígenas hacer unos rollos inmensos de juncos y atarlos juntos de modo que formasen barcas. En efecto, dos grandes rollos muy apretados, afinados en los extremos y de cinco a seis metros de largo constituyen el cuerpo de la embarcación; otros dos, mucho más estrechos, agregados encima a los costados, forman las bordas¹. Estas embarcaciones navegan a vela o a remo. La vela, lo mismo que todo lo demás, está construída con tallos de junco cosidos juntos, y los remos consisten en una sola vara. Aunque la barca pueda zozobrar fácilmente, como no podría hundirse porque flota siempre, ya que los juncos contienen mucho aire, uno está seguro de encontrar un medio de salvación. No obstante, como semejante modo de navegación me hacía temer la pérdida de mis instrumentos y de mis armas, resolví enviar por tierra mis maletas con las mulas y aventurarme solo, dispuesto a cuanto pudiera suceder.

Al despuntar el día, recorrí los alrededores recogiendo plantas, cazando las aves de la ribera o estudiando las rocas vecinas, las cuales me ofrecieron algunos fósiles de los terrenos carboní-

8 de junio feros. A eso de las nueve interrumpí mis investigaciones para embarcarme en mi bote de junco con un solo indio. Al comienzo una suave brisa me impulsó hacia el medio del lago, en donde sentí un frío punzante, que la novedad del viaje, la belleza de las cristalinas aguas azules del lago y la vista majestuosa de sus orillas me habían impedido experimentar al principio. El cielo se cubrió con algunas nubes y el viento amainó. Me hallaba entonces a mitad de camino. Mi indio cogió entonces su canaleta y, hundiendo cada extremo ya a babor ya a estribor, se esforzó por hacernos adelantar, pero es fácil concebir la insuficiencia de ese medio de propulsión. Avanzábamos, en efecto, tan lentamente, que creía que no llegaríamos el mismo día. Me asombró de que a nadie se le hubiese

¹ V. pl. 32.

ocurrido hasta entonces aconsejar a esos indios el uso de remos más enérgicos. Tenía tiempo de sobra para considerar todo lo que me rodeaba. Contemplaba ese singular conjunto de islas montuosas que había visitado en la víspera; veía el hermoso valle reverdeciente de Guarinas, testigo de aquellas cruentas guerras entre los insurrectos de Gonzalo Pizaro y las tropas reales españolas, que fueron vencidas en 1547¹, o me fijaba en las montañas de Guarinas y de Santiago, que se extendían hasta el famoso estrecho de Tiquina, al que percibía muy bien con sus dos pueblos a ambos lados, San Pablo al este y al oeste San Pedro². A lo largo de la costa veía también los pueblos de Ancomayo y Guarinas, cuyas casas se reflejaban en las aguas límpidas, de un azul oscuro como en alta mar; la profundidad del lago es muy grande, pero en la costa vecina hay muchos bajíos. Las aguas son allí tan claras, que hasta en una profundidad de veinte y más metros se distingue perfectamente el fondo, al cual tapiza de verde una especie de planta acuática que cubre todas las costas. A menudo veía a los peces brillar debajo de mí y mostrar sus plateados reflejos.

Hacia las dos se levantó una ligera brisa, y tuve esperanza de llegar por fin a tierra firme. Poco a poco nos fuimos aproximando a la isla alta de Guarinas, y a eso de las cuatro atracamos al fin en la playa, con gran contento de mi parte, pero aterido. Para tocar cuanto antes tierra, bajé a más de una legua de Guarinas, lo que me proporcionó el placer de recoger en la ribera varios objetos interesantes de historia natural. Inmediatamente después de mi llegada a Guarinas, importante población, muy populosa, una de las mejor situadas de la orilla del lago, inquirí si la goleta del señor Pinedo estaba allí, con el objeto de embarcarme en ella para proseguir mi exploración; pero no tenían la menor noticia de ella. Determiné por lo tanto ir al día siguiente a Achacaché, en donde suponían que estaría la embarcación. Mientras tanto, escalé la montaña vecina para hacer relevamientos de todos los puntos visibles. Descubrí un panorama de inmensa extensión y del más variado aspecto. Al oeste y al norte tenía todas las islas y las partes accidentadas que ya había visto, y al lado opuesto, el inmenso valle de las Peñas, que desde allí se extendía, elevándose siempre, hasta el pie de la Cordillera oriental. Me parecía que desde ese punto iba a tocar con la mano al Nevado de Sorata, al cual me acercaba siempre.

Al día siguiente me encaminé al oeste hasta el pueblo de Achacaché, del que estaba a cinco leguas. El trecho de colinas que se angostan entre las colinas es de un aspecto muy pintoresco.

9 de junio Sólo faltan los árboles para hacer de él un sitio encantador. Achacaché, en donde no encontré la goleta, está situado en un hermoso valle, al pie de morros traquíticos de for-

¹ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, lib. V, caps. XIX y XX.

² V. pl. 21.

ma cónica. Es un gran pueblo, riquísimo, cuyos alrededores están todos cultivados y producen un trigo magnífico y excelentes papas; a cuatro kilómetros de distancia se ven las aguas límpidas de la parte mayor del lago, que se pierden en lontananza. Uno de los morros vecinos del pueblo me sirvió primero de observatorio; pero resolví medir una base en los alrededores, para calcular la distancia real al Nevado de Sorata, y trepar a uno de los puntos más altos de las montañas que separan en dos partes el lago, con el objeto de abarcar el conjunto por medio de la rosa de los vientos. La primera operación me llevó un día, y su resultado fué que el Sorata se encontraba a veintitrés kilómetros de distancia real de mi base. Su forma aplastada y su falda, más abrupta al este que al oeste, se perfilaban ante mis ojos clarísimamente. La ilusión era grandísima. A simple vista, habría creído no estar más que a dos leguas a lo sumo de ese gigante del nuevo mundo, cuya cima se encuentra a 7.696 metros* sobre el nivel del mar¹. En la pendiente del Sorata me hicieron notar un antiguo canal de irrigación construído por los Incas, el cual, partiendo de las regiones nevadas, traía en otro tiempo las aguas hasta esta llanura. Es de piedra y se distingue perfectamente; se trata de una obra inmensa, que dejaron deteriorar.

El día de mi llegada había tenido un ligero acceso de fiebre con escalofrío, al que, sin prestar mayor atención, atribuí al cansancio de los días precedentes y que no me impidió trabajar

11 de junio continuamente. Dos días más tarde monté a caballo para ir en compañía del corregidor a la cumbre de la montaña más alta, situada al oeste. Anduve dos leguas por la llanura y comencé a trepar por sendas rocosas difícilísimas. Al promediar la ascensión, sentí todos los indicios precursores de la fiebre, los que no me impidieron proseguir. Pronto, atacado por un escalofrío violentísimo, sufrí cuanto puede decirse; sin embargo, quise llegar a la cima, en donde, debido a la rarefacción del aire, el frío me provocó un temblor más fuerte y dolores de cabeza realmente atroces. Mientras duró el escalofrío, me vi obligado a acostarme en el suelo; pero cuando el calor del acceso comenzó, quise, a pesar de mis sufrimientos, llegar al fin de mi carrera. Luchando contra la fiebre, determiné la posición de todos los puntos visibles del interesante conjunto que tenía ante mis ojos. En la otra orilla de un amplio golfo, veía el pueblo de Ancoraimés, situado al pie de una abrupta montaña. En esta parte del lago, la costa se extendía a lo lejos hacia el noroeste hasta perderse en el horizonte, mostrando doquiera accidentes de terreno muy notables, entre los cuales figuraban algunos peñascos perpendiculares,

* Las mediciones posteriores, realizadas con elementos de que no podía disponer d'Orbigny, han corregido estas alturas, que aquí aparecen aumentadas en más de mil metros (N. del T.).

¹ *Annuaire du bureau des longitudes*, 1835, pág. 150.

nombrados muy caprichosamente *Púlpito del diablo*. En medio de la inmensa extensión del lago, hacia el oeste, divisaba en lontananza las islas Chiquipa y Campanario, situadas no lejos de Escoma y que me parecieran arboladas¹. Hacia el mismo lado, debajo de mí, se extendía el pueblo de Santiago de Guata². Más allá del golfo que lleva al golfo de Tiquina, veía en primer término la isleta de Coatí, en donde los Incas construyeron varios templos, entre otros uno que los habitantes dicen que estaba dedicado a la luna y en el cual vivían las vírgenes del Sol³. Y más allá del Coatí, alcanzaba a divisar la isla sagrada de *Titicaca*, en donde los Incas, para recuerdo de que allí habían nacido, hicieron construir uno de los más ricos templos de su imperio⁴. Como no estaba yo para apreciar todas las bellezas del di-

¹ En efecto, me enteré que todos los años los indios van a ella para hacer carbón, y talan así los árboles. Este hecho me dió la certeza de que todas las mesetas podrían igualmente poblarse con árboles.

² El corregidor de Achacaché me aseguró que hay en ese pueblo muchas antigüedades, entre otras, una estatua colosal que el cura puso acostada y atravesada a la entrada del cementerio, con el objeto, según decía, de hacer perder a los indios todos los antiguos recuerdos que podrían relacionarlos con esa obra pagana.

³ Según los informes que conseguí, esta isla, de una legua de perímetro más o menos, está orientada de este a oeste. Al este se hallan las ruinas que se remontan a los tiempos de los Incas y que en la comarca consideran como el templo dedicado a la Luna. El monumento, de forma oblonga, presenta adelante una vasta explanada al borde del lago, del que lo separan cinco terrazas sucesivas. En los tres otros lados están las construcciones hechas con piedras brutas y de mortero, y recubiertas con una especie de mano de yeso. En esas construcciones hay trece puertas, cada una de las cuales está rodeada de una valla bastante regular, y dan a otras tantas habitaciones, siete en el medio y tres de cada lado. En los muros se ven varios nichos excavados muy profundamente. A la izquierda hay un recinto circular provisto de ocho nichos a la altura de un nombre. En el extremo occidental de la isla se encuentran otras ruinas en tan mal estado, que no se las puede interpretar. Todas las colinas de la isla están cubiertas de graderías escalonadas para facilitar los cultivos.

⁴ Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, lib. II, cap. XXV, se expresa en estos términos sobre la isla y sus monumentos: "Entre otros templos famosos que en el Perú había dedicados al Sol, que en ornamento de oro y plata podían competir con el de Cuzco, hubo uno en la isla llamada Titicaca... Dicen los Incas que el Sol puso allí sus dos hijos varón y mujer (Marco Capac y Mama Olla) cuando los envió a la tierra para que adoctrinasen y enseñasen la vida humana a la gente barbarísima que entonces había en aquella tierra. A esta fábula añaden otra de siglos más antiguos. Dicen que después del diluvio dieron los rayos del sol en aquella isla y en aquel gran lago primero que en otra parte alguna... Por estas dos fábulas tuvieron los Incas y todos los de su Imperio, aquella isla por lugar sagrado, y así mandaron hacer en ella un riquísimo templo, todo aferrado con tablones de oro, dedicado al Sol, donde universalmente todas las provincias sujetas al Inca ofrecían cada año mucho oro y plata y piedras preciosas, en hacimiento de gracias al Sol por los dos beneficios que en aquel lugar les había hecho. Aquel templo tenía el mismo servicio que el templo del Cuzco... Allanáronla (a la isla montuosa) todo lo que rer pudo, quitándole peñas y peñascos; hicieron andenes, los cuales cubrieron con tierra buena y fértil traída de lejos, para que pudiese llevar maíz, porque en

latado panorama que podía abarcar, me limité a terminar mis relevamientos y a tomar algunas notas; luego, anduve cuatro leguas para regresar al pueblo. El cansancio de esta jornada aumentó el acceso de fiebre, que duró hasta bien entrada la noche siguiente.

Convencido de que esta fiebre no era más que una recaída de las fiebres intermitentes que había tenido en Moxos y en Chuquisaca, temí quedarme más tiempo, sin remedios y lejos de las ciudades; por lo demás la postración en que me hallaba al día siguiente, me impedía continuar mi viaje. Resolví, pues, con gran pesar, renunciar a él y regresar a La Paz, de la que me encontraba a veintidós leguas. Como dada mi debilidad, no podía llegar en una sola

12 de junio jornada, me puse en camino con intención de llegar lo más lejos que pudiese. Llegué a Guarinas, y allí,

toda aquella región, por ser tierra muy fría, no se coge de ninguna manera. En aquellos andenes lo sembraban con otras semillas, y con los muchos beneficios que le hacían, copian algunas mazorcas en poca cantidad, las cuales llevaban al rey por cosa sagrada y él las llevaba al templo del Sol, y ellas enviaban a las vírgenes escogidas que estaban en el Cuzco, y mandaba que se llevasen a otros conventos y templos que por el reino había, un año a unos y otro año a otros, para que todos gozasen de aquel grano que era como traído del cielo. Sembraban dello en los jardines de los templos del Sol y de las casas de las escogidas, en las provincias donde las había, y lo que se cogía se repartía por los pueblos de tales provincias."

Por los datos sobre la isla de Titicaca que pude reunir, ésta contiene los restos de tres templos, uno solo de los cuales, el que está situado frente al estrecho de Tiquina, está un poco conservado. Su fábrica consta de un cuerpo cuadrado de veinte varas de ancho, levantado sobre una terraza y construido con piedras, algunas de las cuales están talladas. El frente que mira al lago tiene cuatro puertas de faldones inclinados, dos de las cuales están simuladas y dos abiertas; por éstas se entra a las cámaras que se comunican con las habitaciones laterales. A ambos lados hay tres puertas, de las cuales la del medio se abre sobre un salón central. La planta está en mal estado, pero se alcanzan a ver los restos de las habitaciones. El piso de cada cámara, semejante a los techos de las tumbas de la isla Quebaya, es de piedras que forman proyección uras sobre las demás, y están recubiertas en el centro por grandes lajas. En todo el interior se advierten hornacinas practicadas en las murallas. Como el terreno está en pendiente, la fachada posterior de la fábrica está al nivel del primer piso, y no parece que hubiese habido cuartos de ese lado en la planta baja. En los tres ángulos de ese templo se advierten trazas de habitaciones pequeñas. A corta distancia de ahí adviértense también los restos de casas llenas de hornacinas. En opinión de los indios, esas ruinas serían los restos de un palacio de los Incas: el templo del Sol estaría más cerca de Tiquina. De otras ruinas al nordeste de la isla no quedan más que restos de murallas y un pórtico semejante a los de Coati. Lo mismo que ésta, toda la isla está cubierta de pequeñas terrazas dispuestas de manera que sea cultivable.

Por la diferencia de construcción y por las puertas de faldones inclinados, como en los monumentos de Cuzco, se advierte que la arquitectura de esta época era muy distinta de la que observé en Tiaguanaco. Es evidente que las puertas de jambas inclinadas, construídas para que el Inca pudiese pasar en litera, son posteriores a las puertas derechas de todos los monumentos de Tiaguanaco, los cuales, sin embargo, tienen un aspecto de grandeza mayor que los otros y denotan el poderío del que los hizo levantar.

sintiéndome con fuerzas para continuar, entré en las hermosas llanuras húmedas y cubiertas de césped del valle de las Peñas, al final del cual se halla entre dos montañas el pueblo del mismo nombre, cinco leguas más allá de Guarinas. Como tenía una carta de recomendación para una dama que vivía en una chacra de *Yarbi chambi*, situada tres leguas más allá, preferí ir a pedirle hospitalidad antes que quedarme en una aldea en donde no conocía a nadie. Contorneé una alta

montaña, crucé el lecho de varios torrentes y unas llanuras muy húmedas, y llegué finalmente a la granja, después de haber hecho trece leguas en la jornada. Agobiado por el cansancio, sentíame dichoso al encontrar descanso. Me acogieron con esa bondad que caracteriza a las mujeres americanas. Esta señora, cuyo nombre lamento no recordar, me prodigó todas las atenciones imaginables y no pareció contrariarse cuando le pedí permiso para pasar en su casa el acceso de fiebre que esperaba para el día siguiente.

Como todas las casas de campo de esos lugares, *Yarbi chambi* forma con las casitas de indios que la rodean una verdadera aldea, situada no lejos de una colina cónica. En nuestras pláticas, mi huésped me aseguró que entre otras cosas curiosas de los alrededores, había en las montañas vecinas pequeños cóndores petrificados. Esta manera de designar el fenómeno, que yo habría de traducir por conchillas fósiles, me provocó el deseo de conocer la verdad. Como no esperaba la fiebre más que a eso de las ocho, al despuntar el día, cuando en toda la comarca blanqueaba la helada, yo recorría la colina, en la que, guiado por mi huésped y sus hijos, reconocí al punto que los pretendidos cóndores eran conchillas de espirífero, que reproducían bastante bien la figura de un cóndor volando¹. Contento con este descubrimiento y con las numerosas conchillas de *productus* que iba encontrando, me había olvidado de mis padecimientos; pero la vuelta del escalofrío no tardó en recordármelos. Ansioso por recoger la mayor cantidad posible de esas conchillas fósiles, pertenecientes todas al terreno carbonífero, no abandoné el lugar hasta que ya no pude aguantar más la acción de la fiebre. Parece que tuve un acceso terrible con un delirio que afligió mucho a mi huésped.

Por eso me encontraba mucho más agotado al día siguiente, y tuve que armarme de valor para determinarme a intentar hacer a caballo las doce leguas que aún me separaban de La Paz, en donde podría encontrar los medios para curarme. Finalmente partí.

Estaba en una llanura inmensa, terminada al sur por unas colinas, al pie de las cuales veía a lo lejos los grandes pueblos de Carapata y de Pucarani; pero esta campaña, que en otra ocasión me habría admirado, estaba entonces desprovista de todo encanto para mí; que nada

¹ Lo denominé por eso *Spirifer condor*.

es tan cierto, como muchas veces lo comprobé, que las disposiciones físicas y morales en que uno se encuentra son prismas que coloran diferentemente los objetos. Después de una marcha de toda la jornada, costeando el pie occidental de la Cordillera oriental, llegué a La Paz, en donde el sulfato de quinina pronto me devolvió la salud. Un solo pensamiento me embargaba: el ardiente deseo de retornar a mi patria.



CAPÍTULO XLII

DESCRIPCION DE LA PROVINCIA DE CAUPOLICAN ¹



ANTES de salir de Bolivia, me parece que debo dar aquí la descripción detallada de la vasta provincia de Caupolicán, con el doble objeto de completar mis observaciones sobre las regiones septentrionales de la república y de realizar un trabajo semejante al de mis capítulos relativos a Chiquitos y Moxos. Lo hago con tanta más razón cuanto que esta parte, la menos conocida quizá de toda América, es sin embargo, por los accidentes de su superficie, por la riqueza de sus productos y por las costumbres de sus habitantes, una de las más notables y más dignas de atención de los europeos. No me quedó tiempo para visitarla; pero los informes que pude procurarme son bastante completos como para dejar muy poco que desear ².

La provincia ³ de Caupolicán está situada entre los 10° y 15° de latitud sur y los 70 y 73 grados de longitud occidental de París, y se extiende al norte de la margen izquierda del río

21 de agosto Beni. Orientada de nornoroeste a sudsudeste, presenta una superficie ovalada cuya longitud en leguas marinas es de ciento veinte unidades, por un ancho medio de sesenta leguas. Su superficie en leguas cuadradas de veinticinco por grado, es de unas seis mil doscientas cincuenta. Sus límites son: al sur, la ca-

¹ Extracto este capítulo de la obra española que publico bajo el título de *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia*.

² Estos informes fueron tomados de tres fuentes distintas. Las debo a comunicaciones que me hiciera el señor Antonio Acosta y a dos pequeños manuscritos sin nombre de autor que encontré en La Paz, en 1833.

³ Durante mi estadía en Bolivia, Caupolicán dependía del departamento de La Paz; pero en 1843 el general Baldivian, al reunirla con Moxos y con el país de los yuracarés, formó con esas tres regiones el nuevo departamento de Beni.

dena transversal de montañas que la separa de la provincia de Muñecas, departamento de La Paz; al oeste y al sudoeste, la misma Cordillera oriental, con sus cumbres nevadas, que la circunscribe claramente del lado de las provincias de Guancane y de Carabaya, república del Perú; al norte, por el lado del Perú y Brasil, inmensos desiertos desconocidos, residencia de algunas naciones todavía en estado salvaje; al este, el curso del Beni, que la separa de la provincia de Moxos.

Desde el punto de vista orográfico, esta comarca es una de las más curiosas. Comienza en esos pico nevados, morada de escarchas eternas, que forman, al oeste y al sudoeste, la Cordillera oriental. En efecto, esta imponente cadena, en la que figuran las dos montañas más altas de América, el Illimani y el Ancco Unca (Nevado de Sorata), cuyas cumbres se elevan a más de 7696 metros sobre el nivel del mar *, corre de noroeste a sudeste, desde La Paz hasta fuera de los límites de Bolivia, y circunscribiendo la provincia al sudoeste. Otra cadena, situada al sur, mucho menos alta y oblicua a la Cordillera, parte de ésta como un contrafuerte y se dirige al estenordeste, reduciéndose siempre de altura hasta el momento en que acaba un poco al noroeste de Apolo. Una tercera cadena, paralela a esta última, e igualmente contrafuerte de la Cordillera oriental, continúa al norte de la provincia. De estas tres cadenas principales resulta una vertiente central oblicua a la dirección de la Cordillera, que forma el gran valle de Pelechuco y de Tuyche, hacia el cual convergen las pendientes y los ramales laterales de las otras dos cadenas: la pendiente del valle central inclinándose al nordeste, y la del contrafuerte del sur al noroeste, en tanto que la pendiente del contrafuerte del norte se dirige al este. Todas esas montañas pierden altura gradualmente hacia el nordeste y terminan un poco al este de Aten y de Apolo, en donde, empero, se encuentra un eslabón independiente muy alto, el de *Altuncama*, cuya temperatura, apta para el cultivo de la papa, denota una altura de más de 2.500 metros sobre el nivel del mar. Más allá de este último accidente geográfico, situado ya en un suelo ondulado más que montañoso, comienzan las llanuras que se extienden sin interrupción a todo el resto de la provincia hacia el norte, advirtiéndose entonces algunas ligeras colinas.

Con excepción de *Altuncama*, que forma como una muralla, todas esas montañas son más escarpadas y más abruptas cuanto más se acercan a la Cordillera. Cerca de Pelechuco las montañas presentan pendientes empinadas, paredones cortados a pique, picos agudos o espantosos precipicios formados por las dislocaciones del suelo que engendraron las revoluciones geológicas. Las alturas tórnanse menos abruptas a medida que se alejan de esos centros de conmoción y son reemplazadas al este por unas colinas sencillas.

* Como ya dijimos más arriba, esta medida ha sido rectificada posteriormente (N. del T.)

Aunque nada sé positivamente sobre la geología de la provincia, por lo que he visto en la Cordillera no lejos de ahí, al norte de La Paz, me inclino a creer que esta parte del sistema que se halla cerca de Pelechuco pertenece a la misma edad geológica, presunción que, por lo demás, parece corroborarse con los numerosos lavaderos de oro de esas regiones. Creo, pues, que los dos lados de la Cordillera, en Suches, en Pelechuco, y aún hasta el río Motosolo y en Mojos dependen de los terrenos silurianos, representados por esquistos y pizarras azuladas. Creo también que más abajo, como en Yungas, las montañas compuestas de gres pertenecen, ya al período devoniano, ya al carbonífero. Podría creerse, finalmente, que las llanuras son, lo mismo que en Mojos, aluviones modernos o terrenos diluvianos.

La dirección de los ríos de una comarca montañosa depende siempre de su forma orográfica, puesto que las cadenas de montes determinan los grandes valles, y las pendientes de éstos, o sea los valles de segundo orden. Dije que, partiendo de la Cordillera, la pendiente general engendra el gran valle de Pelechuco y de Tuyche, que sigue al nordeste. Es a la vez la dirección del río más importante de la provincia, el *Tuyche*, que con el nombre de *río Pelechuco*, comienza en las cumbres nevadas al este de la Cordillera de Suches, se forma con varios pequeños torrentes y baja así a Pelechuco. A la izquierda se le incorporan varios arroyuelos y a la derecha, los torrentes de *Santa Ana* y *Pilcobamba*. Más abajo, y por el mismo lado, vienen a reunirse el río de *Puente grande*, bastante voluminoso ya para que sea menester cruzarlo por un puente, y el *Amantala*, más considerable aún, que nace en la cadena del norte, lo mismo que el *río de Pata*. La margen izquierda recibe también el riacho de *Matosolo*, célebre por sus minas de oro, y más abajo el río de Mojos. Después que el Pelechuco se ha engrosado con el río de Pata, es bastante importante para que no se lo pueda pasar sino con ayuda de una balsa, por lo menos durante las crecientes. Toma entonces el nombre de Tuyche, desciende dando numerosas vueltas y sigue la dirección general estenordeste. Su curso se aumenta sucesivamente con la incorporación de los ríos *Santa Cruz* y *Tupili*, por la margen derecha; el segundo es el más importante. A una gran distancia al este, cerca de San José, recibe por la orilla derecha al *Chupiamonas*. Finalmente, después de haber reunido casi todas las aguas de la región montañosa habitada de la provincia, se incorpora, a cinco leguas al este de San José, al río de los Mocetenes y forma entonces el río Beni.

Cuando el Beni pasa cerca de San José ha recibido ya todas las aguas de las provincias de Muñecas, Yungas, Sicasica y Ayupaya, de las que ya hablé. Corre hacia el norte majestuosamente por la llanura, dando muchas vueltas. Se enriquece aún por la orilla izquierda con las aguas del riacho Tumupaza y de los ríos Itaca y Tequije, cerca de Isiamas, y, en Cavinás, con las del río Madidi, que nace en la provincia peruana de Carabaya y corre paralelamente al Tuyche. El Beni

continúa en seguida su curso por la llanura, inclinándose al nordeste hasta los 10° de latitud sur, en donde finalmente, unido con el Mamoré, forma el Madeira, uno de los más importantes tributarios meridionales del Amazonas.

El vecino riacho de Aten es el único que no se reúne con el Tuyche; se dirige hacia el sur y se incorpora al Mapiri. Puede decirse que la provincia está desprovista de lagos, salvo algunos pequeños, situados cerca de Suches y en Cololo, al oeste de la Cordillera, en los lugares más altos. Uno de ellos, de casi una legua de largo por un cuarto de legua de ancho, está próximo a Suches; otros dos más chicos se hallan cerca de Cololo. Todos contienen aguas heladas en las que no viven peces.

En razón de su situación tropical y de sus montañas que se alzan hasta el nivel de las nieves perpetuas, para disminuir en seguida hasta confundirse con las llanuras, la provincia de Caupolicán encierra todas las temperaturas, todos los climas. En efecto, si se quiere la temperatura más fría, las heladas todas las noches, acompañadas de una extrema sequedad, se la encuentra en Suches, en donde el invierno es perpetuo. Si, dentro de un clima también muy frío, se buscan las brumas, las nieblas, las nubes húmedas constantemente detenidas por la Cordillera, se las encuentra en Pelechuco. Esos dos extremos de frío seco y de frío húmedo, determinados por la rarefacción del aire y la altura de las montañas sobre el nivel del mar, pueden dar todas las zonas intermedias, inclusive el mayor calor de la zona tórrida. Así, Santa Cruz, Aten, Apolo, Pata y Mojos tienen la temperatura de los límites tropicales, es decir, que siendo el calor el de los climas tórridos, el aire está allí moderado por la altura de las montañas; pero en el interior, en las parroquias de Tumupaza, de Isiamas y de Cavinás se siente un calor tanto mayor cuanto que se vive en una llanura uniforme, horizontal.

Si Caupolicán participa de todas las temperaturas, si uno encuentra en ella a voluntad el frío del polo o el calor de la zona tórrida, las regiones de las lluvias son igualmente variables según los lugares. En Suches, situado al oeste de la Cordillera, el cielo es siempre purísimo, su temperatura seca y sólo en verano, de diciembre a marzo, caen chaparrones, graniza o nieve. Cuando se cruza la Cordillera se encuentra un nivel permanente de nieves a unos 3.000 metros sobre el nivel del mar; allí, como en Pelechuco, por ejemplo, siempre hay brumas que ensombrecen el aire y llueve muy a menudo. Más abajo, el cielo vuelve a mostrarse puro y la lluvia cae principalmente en la estación ordinaria, es decir, de diciembre a marzo. Lo mismo ocurre en las llanuras, en donde, sin embargo, la estación lluviosa es todavía más regular.

Los vientos corren ordinariamente del norte o del noroeste, trayendo un aire húmedo y caliente que favorece a toda la naturaleza; pero cuando de pronto, después de una tormenta, cambian y el viento

sur sopla con fuerza, la temperatura desciende inmediatamente diez grados por lo menos, y todo sufre las consecuencias: el hombre, los animales, la vegetación.

Como es de suponer, los productos naturales y el aspecto de la provincia varían de acuerdo con las diversas zonas de altura y de temperatura y con los climas que son correlativos. En Suches, al oeste de la Cordillera, se está todavía en una parte de la gran meseta boliviana; el suelo allí es seco y árido y su vegetación pobre y achaparrada; la zoología y la botánica especialmente ofrecen allí un aspecto en todo análogo y a menudo idéntico al de la Patagonia.

Al este de la Cordillera una primera zona está cubierta de césped más arriba de la región de las nubes. Más abajo comienza la vegetación leñosa, que cubre entonces profusamente hasta los peñascos más escarpados. Aquí los más bellos árboles como follaje y como altura, entremezclados con los bejuco o las más variadas plantas, adornadas con brillantes flores; allá, elegantes palmeras de ligeros penachos; y en todas partes contrastes y perspectivas pintorescas, animando el paisaje los seres más diversificados de forma y de color¹. Las aves, en efecto, rivalizan con las flores. Los numerosos loros, los gallos de roca, de plumaje de fuego; el cefalóptero, de oscuro ropaje, pero de forma extravagante; las cotingas, las tangaras de muchos colorines, los inconstantes picaflores y una multitud de otras clases pueblan los campos. No son allí menos numerosos los cuadrúpedos: en las mesetas, la llama y la alpaca, recurso del indígena de las montañas; más abajo, monos de variadas especies, ciervos, pecarís, tapires y una multitud de otros seres que sería demasiado largo enumerar.

Cuando se baja a la llanura, se nota menos variedad. El suelo está doquiera entrecortado por bosques espesos, tan antiguos como el mundo, y por pastos extendidos. Aunque menos pródiga, aquí sin embargo la naturaleza es rica todavía, ya en animales salvajes, ya en plantas de toda especie. En resumen, gracias a sus diversas zonas de altura, Caupolicán reúne a la vez casi todas las producciones naturales de Bolivia.

§ 1

HISTORIA

PRIMERA EPOCA: ANTES DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Si se juzga por el estado actual y por las tradiciones populares, la provincia de Caupolicán habría estado desde siempre habitada por tres naciones distintas: *quichuas*, *apolistas* y *tacanas*.

¹ Es el mismo aspecto de la provincia de Yungas.

Atraída sin duda por la abundancia de oro y por los pastos apropiados para llamas y alpacas, la nación de los quichuas había fundado desde los tiempos más remotos las aldeas de *Suches* y de *Puyo-cucho*¹. Esos indígenas quedaron bajo el dominio de los Incas hasta la llegada de los españoles y dependientes de la provincia de Guancane o de Carabaya.

La nación de los apolistas vivía en el paraje que en su lengua particular se llama *Hahuachili*², situado no lejos del lugar ocupado hoy por los pueblos de Apolo y de Santa Cruz. Eran los apolistas de color bastante oscuro y de talla mediana; tenían los rasgos afeminados y el carácter suave y dócil. Por lo demás, nada se sabe de sus costumbres antes de la conquista. Su lengua era completamente distinta de las quichua y tacana.

La nación de los tacanas vivía al este y al nordeste de la de los apolistas, en esas regiones de montañas y de llanos que llamaba *Irimo*, o lugar de su origen. Se extendía desde Aten hasta más allá de Cavinás, es decir en una ancha franja norte-sur, situada entre los últimos contrafuertes de las Cordilleras y el río Beni, desde los 11 hasta más allá de los 13 grados de latitud sur. Las tribus septentrionales de esta nación, cuya lengua era la tacana, llevaban el nombre de *toromonas*. La lengua de los tacanas era una de las más duras de América. A juzgar por los que aún permanecen salvajes, vivían en tribus, sea en el corazón de las selvas húmedas de las últimas montañas, sea en las inmensas planicies que las bordean. Hacían vida de cazadores, sin descuidar la agricultura. Cada hombre tenía que edificar para él solo la casa destinada a servirle de asilo a él y a su familia; el desprecio por esta práctica le hacía perder el título de hombre y lo convertía en el hazmerreír de sus conciudadanos. Las mujeres tejían groseramente el algodón y se fabricaban adornos brillantes, combinando agradablemente y tejiendo las plumas de las aves de sus selvas para hacerse con ellas turbantes³. Las mujeres se cubrían algunas partes del cuerpo, pero los hombres iban completamente desnudos. Cada tribu tenía sus jefes, encargados de guiarla a la guerra o a las expediciones lejanas y que hacían las veces de médicos; pero entre ellos no existía, hablando en propiedad, un cuerpo de nación, aunque todas las tribus estuviesen unidas y en paz.

Al norte de esas tres naciones había todavía algunas más que nos son desconocidas: al norte, los *huacanahuas*, los *suriguas* y los belicosos *machuis*; al noroeste, los *ultumecuanas* u hombres rojos y los *chun-taquiros*.

¹ Palabra que en quichua significa *mansión de niebla*; los españoles la rompieron en *Pelechuco*.

² Esta palabra significa *interior*.

³ Los de los hombres se llaman *panisas*, y los de las mujeres, *toromayas*.

SEGUNDA EPOCA: DESDE LA LLEGADA DE LOS
ESPAÑOLES HASTA NUESTROS DIAS

Situada completamente fuera de las rutas seguidas por los aventureros españoles en la época de su llegada al Perú, la provincia de Caupolicán permaneció ignorada mucho tiempo. Las aldeas de Suches y de Pelechuco pasaron sin duda del yugo de los Incas al de los diversos conquistadores, tan frecuentemente reemplazados en medio de las querellas siempre renovadas de esos tiempos tempestuosos que se extienden hasta el siglo XVII. Sin poder penetrar en las profundas tinieblas de esta parte de la historia de la provincia, que no se apoya en ningún documento impreso, es lícito imaginar que algunos de los propietarios a quienes en el reparto tocó Suches, Pelechuco y el resto de la provincia, habrían intentado penetrar en ella con el objeto de buscar minas, y que a esas excursiones o trabajos se debió la fundación por los indios de los pueblos de *Pata* y de *Mojos*, cuya fecha es imposible precisar.

El primer hecho histórico bien comprobado es el de la entrada de los franciscanos en la comarca. Enterados sin duda de la existencia de naciones salvajes, esos religiosos se decidieron a intentar su conquista espiritual. Entraron en ella hacia 1750 y fundaron con la nación de los apolistas las misiones de *Apolo* y de *Santa Cruz del Valle ameno*. Tan bien lo lograron, que muy pronto las cabañas del estado salvaje fueron reemplazadas por una vasta iglesia, un convento y aldeas que respiraban orden y limpieza. No limitando a eso sus conquistas, animados por el celo más laudable, los franciscanos avanzaron hacia el interior. Cuando lograron reunir en la misión de *Aten* a los fieros tacanas, abrieron un extenso campo a sus trabajos. Con estos últimos, en efecto, podían adentrarse en la llanura, en donde otros tacanas los esperaban. Luego de muchas fatigas, esos religiosos penetraron en el corazón de los desiertos con el objeto de buscar en ellos nuevos prosélitos. A más de treinta leguas al este fundaron con los tacanas la misión de *San José*, luego fundaron sucesivamente las de *Tumupaza* e *Isiamas*. Finalmente se embarcaron en el Beni y llegaron todavía a crear *Cayinas*, en los confines de las hordas salvajes.

Aunque los franciscanos no introdujeron en sus misiones el lujo de los templos ni la industria entre los habitantes, como lo hicieron los jesuitas en Chiquitos y en Moxos, no por eso dejaron de prestar grandes servicios a la humanidad, haciendo pasar un número bastante considerable de hombres del estado completamente salvaje a la semi-civilización, al comienzo de la vida social. El principio de la comunidad era en toda su extensión el del gobierno de esas misiones. El convento de *Apolo*, que dependía de La Paz, proporcionaba los hermanos

necesarios para su mantenimiento. Cada misión tenía en particular uno o dos religiosos encargados de la iglesia y de la administración. A los indios no se les enseñó a tejer, sino solamente la agricultura; por eso los misioneros sólo aprovecharon de los productos agrícolas, tales como el cacao, la coca y una infinidad de productos naturales que hacían recoger en las selvas.

Las ligeras cargas que estaban obligados a imponer a los indígenas para procurarse los medios de proveerlos de las herramientas necesarias para sus trabajos, parecieron, empero, demasiado duras a algunas naciones. El hombre completamente salvaje, libre en todas sus acciones, difícilmente concibe las obligaciones que una sociedad naciente debe prescribir si quiere prosperar; por eso le espanta la más pequeña contribución. Parece que los franciscanos habían reducido a los toromanas, más allá de Cavinás, y aún a ciertos pacaguaras; pero estos indígenas lanzaron la especie de que los misioneros, so color de la religión, tenían un motivo especial de interés personal para congregarlos y hacerlos trabajar, y terminaron por echarlos, pidiéndoles que no volviesen más a sus pagos.

Hacia fines del siglo XVIII los franciscanos obtuvieron todo el éxito que podían esperar. Sin embargo, es por esta época, antes de 1800, cuando, no sé con qué pretexto ni por cuáles motivos, esta orden abandonó su obra, con lo que todas las misiones, con Suches, Pelechuco, Pata y Mojos, ingresaron a la corona española, formando la provincia de *Caupolicán*, dependiente de la intendencia de La Paz. Pusieron de inmediato una cura y un alcalde en cada una de las parroquias y se nombró un delegado para gobernar y dirigir la nueva circunscripción, de la que Apolo siguió siendo su capital.

Para el criterio de la autoridad superior, el mayor mérito de los empleados españoles consistía entonces en aumentar las rentas del Estado. Todo cuanto concurría a este fin, estaba recompensado particularmente. El primer delegado, don José Santa Cruz, padre del general Santa Cruz, más tarde presidente de la república de Bolivia, puso de entrada todo su afán en someter a una contribución anual a los indígenas, hasta entonces libres de impuestos. Les fijó una tasa de cinco pesos por cabeza —lo que entonces se llamaba real tributo—, impuesto al que estaban sometidas todas las demás naciones de las metetas. Los indios de las misiones se sometieron a esta carga, y por este servicio el delegado de Santa Cruz recibió del rey de España el título de *Maestre de campo*; mas a partir de ese momento, las naciones todavía salvajes y dispuestas a someterse se hundieron aún más en las selvas con el fin de sustraerse a este tributo anual y, sobre todo, a las vejaciones de todo jaez y a la violencia demasiado a menudo ejercida por los receptores de renta. Sin duda fué por esta razón que Cavinás, como la más alejada, pudo ser la única en esquivar esta gabela.

Las cosas permanecieron así hasta 1814, época en que, a consecuencia de la lucha que se empeñó por la independencia nacional entre

el partido patriota y las tropas españolas, Muñecas entró en Caupolicán y se esforzó por ganarla para la causa de la libertad. Se apoderó de la capital y de las demás parroquias; pero perseguido luego por el ejército español que mandaba el capitán don Agustín Ibarra, posteriormente presidente de la república de Perú, fué expulsado de Apolo y más tarde de Aten, en donde sus últimos partidarios se hicieron matar antes que rendirse.¹ Fué entonces cuando un indio tacana, para escapar a los duros castigos que Gamarra infligía a los amigos de la libertad, se llevó consigo veinte familias y vivió siete años oculto en las selvas².

En 1824, después de la batalla de Ayacucho, Caupolicán pasó a depender del departamento de La Paz, uno de los seis en que se divide la república de Bolivia. Un gobernador reemplazó al delegado, pero nada cambió para los habitantes, que debieron continuar pagando su contribución anual. Hacia 1830 la cosecha de quina vino a dar una vida nueva a la comarca por el comercio que atrajo a ella. Reducidos hasta entonces al simple comercio de trueque, los vecinos comenzaron en esta época a conocer el valor de la moneda. Finalmente, hacia 1824, entre otras medidas adecuadas al mejoramiento de la provincia, ésta dejó de formar parte del departamento de La Paz, y hoy depende, como ya lo dije, del nuevo departamento de Beni.

§ 2

ESTADO ACTUAL DE LA PROVINCIA

DIVISION POLITICA

Con el objeto de hacer conocer bien esta provincia, voy a describir separadamente cada uno de los lugares habitados.

Generalmente se divide a Caupolicán en dos partes: una llamada *Partido grande o Pueblos de Caupolicán*, integrada por Suches, Pelechuco, Pata, Mojos, Apolobamba, Santa Cruz del Valle Ameno y Aten, y otra conocida con el nombre de *Partido chico o Pueblos interiores*, compuesta por San José, Chupiamonas, Tumupaza, Isiamas y Cavinas.

Suches. Esta aldea, anexa a Pelechuco, pertenece a la vertiente occidental de la Cordillera oriental; está situada en la misma cuesta, entre montañas escarpadas, morada de escarchas eternas. Es una de las numerosas colonias que se bastaban por sí solas para despertar la concupiscencia de los hombres y la sed de oro de Incas y conquistadores. En efecto, situada en medio de las escombreras de los antiguos lavaderos de oro, Suches sólo debe su fundación a esas explotaciones minerales que le dieron inmensas ganancias y que hoy todavía proveen

¹ Véase lo que acerca de esta lucha dije cuando hablé de Aten.

² Véase esta historia especial de Aten.

por sí solas a las necesidades de treinta y dos familias de indios quichuas, habituados a este género de labores. El frío excesivo que allí se siente y la aridez de sus montañas no permiten ningún cultivo, y la única industria de sus pobladores es la búsqueda del precioso metal.

Formada por algunas cabañas plantadas sin ningún orden y desprovistas de comodidades, Suches ofrece pocas perspectivas de mejoramiento, a menos que algunos hombres inteligentes no vengan a explotar en grande, y por medios simples y menos costosos, las riquezas que encierra aún el suelo frío e inanimado de aquellas tristes regiones. Suches está anexa a Pelechuco, pero no se pasa por allí para ir de Escoma a este último pueblo; se lo deja a la izquierda.

Los arroyuelos que nacen en Suches se arrojan en el río Cojata, que se une con el lago Titicaca bastante cerca de Escoma.

Pelechuco. Cuyo nombre es una corrupción de *Puyo-cucho*, que en la lengua de los quichuas significa el escondrijo de las brumas, está situado a siete leguas de Suches, en la vertiente este de la Cordillera oriental. Es de todas las parroquias de la provincia la que se encuentra a mayor altura sobre el nivel del mar. En efecto, apenas se franqueó la estrecha garganta de *Cololo*, rodeada de nieves perpetuas, cuando aparece Pelechuco en el corazón de unas montañas escarpadas, sobre una rápida pendiente, a la derecha de un torrente. Su posición, muy vecina a la de las escarchas eternas, hace de él una comarca fría, en donde las lluvias son demasiado frecuentes para que se pueda vivir en ella agradablemente.

Levantado en un terreno en pendiente y regado por excelente agua, el pueblo no tiene nada de interesante ni sus calles son regulares. Está parcialmente habitado por indios quichuas que se ocupan en las montañas vecinas en la cría de vacas, ovejas y llamas: en los alrededores cultivan algunos productos de las regiones frías, tales como la papa y la cebada, y más abajo, en los valles templados, la racacha, los boniatos, las calabazas, la yuca o mandioca y el maíz, en tanto que en los valles calientes siembran esas mismas plantas y, además, arroz, bananeros, ananás, papayos, gualuza, tabaco, caña de azúcar, algodón y coca. Sin embargo, si en las dos primeras regiones la salubridad de la temperatura permite cualquier especie de mejoría, no ocurre lo mismo en las regiones cálidas, sobre todo en el fondo de los valles, en donde las fiebres intermitentes hacen estragos entre los habitantes que allí se afincan. Por lo demás, como para los indios es más fácil ganar mucha plata buscando la quina que abunda en las montañas de Motosolo, del Fuerte, Amantala, Yuncapampa y en los alrededores de Tapi, descuidan mucho a la agricultura, lo que torna muy escasos y muy caros los artículos de primera necesidad. Muchos de ellos se ocupan en transportar a lomo de llama productos de otros lugares habitados de la provincia o cortezas de quino.

La población es de unas 2.500 almas, incluyendo el anexo de Suches y los diversos caseríos diseminados en los valles vecinos.

Como Pelechuco se encuentra al paso de la única entrada a la comarca, su ubicación comercial no puede ser más ventajosa. En efecto, todos los objetos de cambio traídos por los comerciantes y todos los demás productos de los otros cantones interiores tienen que pasar por allí. Por eso, el gobierno colocó allí a un receptor de aduanas, dependiente de la administración principal de La Paz.¹

Pata. Este pueblo situado en una colina alfombrada de gramíneas o de bosques escasos, se compone de pobres cabañas alineadas, en las cuales viven ciento sesenta y cinco habitantes de la nación quichua, bajo una agradable temperatura, ligeramente caliente y húmeda, en medio de la comarca más fértil del mundo. Aunque el agua escasea en la misma Pata, sus alrededores ofrecen recursos inmensos para la cría de ganados y el cultivo de las plantas tropicales. En efecto, las amplias

¹ Saliendo de Suches el camino principal es el que sigue: Se anda primero por los ribazos, trepando durante tres leguas, hasta el *Alto de Cololo*, luego se hace una legua bajando por la cuesta por un camino malo, legua y media por collados y una ligera subida hasta *Calantica*; después se tiene una bajada de dos leguas y media hasta Garita, y ya Pelechuco no queda más que a una legua. Este camino, en muy mal estado y por el que sin embargo se cobra un peaje, sería muy fácil de mejorar, ya que abundan materiales de todas clases.

El pueblo de Pelechuco está a treinta y tres leguas al sur de Pata. La ruta corre como el ribazo derecho del valle de Pelechuco, subiendo y bajando sin cesar desde el lecho de los ríos hasta la cumbre de las cuestas que los separan. He aquí, con sus respectivas distancias, los detalles de este camino:

Desde Pelechuco, bajando siempre por la pendiente de las montañas y pasando por Piguara y Lavanara, se llega al *rio de Santa Ana*, seis leguas. Del río de Santa Ana se sube por una cuesta de media legua hasta *Cocotica*; luego se sigue el flanco de la montaña hasta *Pasto Grande*, una legua. Se baja por pendientes abruptas hasta *Taunaza*, una legua, desde donde no queda más que una suave bajada por el collado hasta el río *Pilcobamba*, media legua. Después de cruzar este río, que no es más que un torrente con poca agua, se escala la montaña hasta el sitio llamado *Huancapata*, una legua y media. Se baja en seguida por caminos pedregosos hasta *Quichara*, una legua y media. Subiendo y bajando breves cuestas, se llega a *Chamaljata*, una legua, y por la ladera de la montaña, a *Culi*, media legua. Subiendo a veces, o bajando poco por las mismas laderas, se llega a *Mamaljata*, dos leguas, desde donde ya sólo falta bajar hasta el río de *Puente Grande*, al cual, mucho más importante que los demás, hay que cruzarlo por un puente de ramas, dos leguas. Saliendo del río de Puente Grande, se sube por algunas cuestas y se sigue por el collado hasta *Paracorin*, una legua. Subiendo y bajando por pequeñas cuestas, se llega a *Huayamacan*, dos leguas y media. Se sigue por el collado y se atraviesan unas cuestas bastante cortas hasta el caserío del *Fuerte*, una legua. Se sube una pequeña cuesta y luego se baja por una vereda malísima hasta *Sumpulo*, una legua. Se suben y bajan otras dos, igualmente muy malas, hasta el río de *Amantala*, muy grande, siempre bastante caudaloso, una legua. De río Amantala se trepa por una montaña durante una legua y se continúa por las laderas la misma distancia hasta *Ayapata*, dos leguas. Se baja luego hasta *Raqui-raqui*, una legua. Se sigue por el ribazo a *Santa Rosa*, una legua; luego se vuelve a subir a *Cuquipata*, media legua, y a *Cruz-pata* o *San José*, media legua. Se baja luego, se sube y se anda por el flanco de los ribazos hasta *Peliapo*, dos leguas. Después de bajar al valle de Pata y hacer una legua, atravesando el río de ese nombre por caminos que, por falta de atención, están llenos de zanjas, no queda más que subir durante una legua para llegar al pueblo de *Pata*.

playas del río Tuyche, que se halla a corta distancia, los bosques de sus barrancas, las llanuras de Piliapo, la quebrada de San Antonio y una multitud más de parajes en los que los vecinos cultivan algunas parcelas de tierra, desbrozándola de su activa vegetación, prueban la extrema fertilidad de esas regiones por así decir desérticas. La verdad es que las tierras cultivables podrían alimentar a una numerosa población, pero sólo hay allí un puñado de hombres que viven prácticamente perdidos en ese suelo todavía virgen.

Hoy sus habitantes cosechan bastante arroz, maíz, yuca, bananas, caña de azúcar y maní para su consumo personal; pero su comercio se reduce a un poco de arroz y de tabaco que truecan por ropas. Algunos, sin embargo, prefieren explorar las selvas con el objeto de recoger en ellas los productos naturales, como corteza de quino, bálsamo de copaiba, estoraque, incienso y resina copal. Se dedican también a pescar en el Tuyche sábalos y bagres o a cazar en los bosques numerosas aves, monos de diversas especies, ciervos y demás cuadrúpedos.

Sin duda las colinas pueden ofrecer abundante alimento a los numerosos rebaños de vacas; pero en la actualidad los vecinos apenas tienen más de treinta, a causa de los estragos que causan los jaguares, que pululan en esas comarcas y que, en la estación de las inundaciones, como no pueden perseguir libremente a sus presas salvajes, ganan las alturas y atacan a los rebaños.¹

El anexo de *Mojos* se encuentra más o menos en las mismas condiciones que su parroquia. Como ésta, se levanta en una colina cubierta de gramíneas y está rodeado de tierras fértiles, de sitios adecuados para la cría de ganados y para los cultivos, sobre todo en su valle y en sus quebradas; pero aunque su población no sea más que de ciento veintidós almas, participa de mejores condiciones de existencia. Situado en un lugar alto, puede producir en sus valles plantas tropicales y en las montañas vecinas, plantas de las zonas templadas, tales como el trigo, la papa, etc. Las llamas llegan hasta *Mojos* y acarrear mercaderías, lo que resulta infinitamente más barato que las mulas.

Podría criarse ventajosamente el ganado y reanudar los trabajos

¹ Pata está a siete leguas al este-sudeste de *Santa Cruz del Valle Ameno*. Para llegar a este último punto se toma una vereda hecha por las mulas, recorriendo el siguiente itinerario:

Saliendo de Pata se sube por una pendiente fácil hasta *Huichu-huichu*, una legua y media. Se sigue por el flanco de la montaña hasta *Tentación*, una legua y media. Se baja por un camino muy malo hasta *Palizada*, legua y media. Una vez en la llanura, ha sido necesario colocar troncos de árboles atravesados para cruzar los zanjores, lo que no impide que las mulas, a causa de la mala construcción de ese camino y su falta de cuidado, no tropiecen con muchas dificultades, sobre todo en la estación de las lluvias. Se llega así a *San Juan Pampa*, tres leguas, en donde no se dispone más que de una mala calzada para llegar a *Santa Cruz del Valle ameno*, media legua. Pata se encuentra doce leguas al sudeste de su anexo *Mojos*. Para llegar hasta allí, se cruza el río Tuyche, y se toman las montañas hasta el valle en donde está situado *Mojos*.

de explotación de los lavaderos de oro en las montañas más vecinas a la Cordillera.

*Apolobamba.*¹ Hoy capital de la provincia, fué fundada hacia mediados del siglo pasado por misioneros franciscanos que reunieron allí a indios de la nación apolista y formaron con ellos una misión, la que, con otras dos poblaciones vecinas, integró hacia 1800 la provincia de Caupolicán.

Hállase Apolo en el centro de una llanura ligeramente ondulada, cubierta de plantas gramíneas. Este llano, de cinco a seis leguas de ancho, se prolonga de norte a sur en una extensión de doce a catorce leguas, formando un cuadrilátero. La llanura está limitada al sur por montañas a la cual los valles que la forman le dan un aspecto muy pintoresco. Como una muralla, se alza al este una gran montaña, orientada de norte a sur, llamada *Altuncama* a causa de su altura sobre el nivel de la llanura. Al oeste corre una colina baja, que separa la llanura de Apolo de la de Santa Catalina, ocupando la parte oeste y sudoeste. Este último valle horizontal, de doce leguas de largo por cinco de ancho y parcialmente cubierto de pastos, está cruzado por el río Tupili, cuyas barrancas están decoradas en una gran anchura con bosques espesos, que cortan en tal forma la llanura, que parecen plantados.

Tres grupos distintos forman el pueblo. Una parte, antes de cruzar el río, compuesta por casas diseminadas y llamada *Parcialidad de la Concepción*, está ocupada por los que ellos llaman en su lengua *mataguas* o extranjeros, y que venden toda clase de artículos. La segunda porción, situada en el centro, en una ligera altura de gres rojos, del otro lado del río, se compone de la casa consistorial, la iglesia parroquial y el convento de los franciscanos, cuyo frente mira al oeste y da a una plaza en la que se ven diversos edificios en las calles norte y sur; al este, frente al convento, se hallan varias casas habitadas por indígenas. Estas, de quince a veinte metros de largo y con una sola puerta, están colocadas en anfiteatro sobre una colina, de modo que desde el convento pueda verse todo lo que pasa allí. Los franciscanos las dispusieron así para inspeccionar a sus indios y vigilar todos sus actos. Los comerciantes que entonces venían a la provincia tenían que hospedarse forzosamente en el convento y realizar sus trueques en presencia de los religiosos. Del otro lado de esta segunda parte del pueblo, sobre el camino de Aten, siguiendo el orden que acabo de describir, se encuentra la tercera porción, que está separada por un arroyo.

La temperatura de Apolo es agradable y sana; el aire es allí más seco que en Santa Cruz, a consecuencia de sus llanuras, que dejan libre entrada a todos los vientos. Se cultivan las mismas cosas que en los demás pueblos, pero la coca es el único objeto importante en las operaciones de trueque de sus vecinos. Hay de dos mil a dos mil quinientas cabezas de ganado. Por poco que se afanasen sus habitantes,

¹ *Bamba* es una corrupción de *Pampa*, que *er.* quichua significa llanura.

tendrían indudablemente abundancia de todo. Un solo hecho lo prueba: un indio, llamado Pedro Chambí, consiguió gracias a su industria reunir y criar quince vacas; pues bien, a pesar de que en vida vendió muchas, al morir en 1828 dejó unas mil cabezas. Las colinas y las llanuras se poblarían fácilmente de rebaños, de manadas de ovejas y hasta de caballos. Las montañas de *Altuncama* podrían también, a causa de su altura, producir papas y vid.

La extracción de la quina cambió un poco la manera de ser de sus habitantes, comenzando por mostrarles el valor real de las cosas y por darles una idea del dinero. Este comercio les hizo conocer muchos objetos que ignoraban, aumentando para ellos las comodidades de la vida. Si hubiese continuado el comercio, habríanse encaminado ciertamente hacia una civilización contra la cual luchan sin cesar los que dirigen a los indios, bajo el fútil pretexto de que los extranjeros corrompen sus costumbres. Aunque eso sea cierto a veces, no pueden negarse las inmensas ventajas que traerían aparejadas la frecuencia y la variedad de las relaciones.

Existen unos 2775 habitantes, todos apolistas. Muy suaves y muy dóciles, aman el placer sobre todas las cosas. Las numerosas fiestas del cristianismo, aumentadas aún por las costumbres locales, les proporcionan frecuentes motivos para reuniones y para alegres bailes, estimulados siempre por el aguardiente, del que abusan hasta perder los sentidos. Su carácter es vivo y frívolo; son muy hábiles para imitarlo todo y más susceptibles de civilizarse todavía que las naciones indígenas de los Andes; pero para ello, les faltan hombres, que dejando de lado sus intereses personales, quieran consagrarse —governándolos tanto en lo moral como en lo físico— al desarrollo de sus facultades intelectuales y de su educación social.¹

La deliciosa posición de *Santa Cruz* le ha valido el sobrenombre de *Valle Ameno*. Nada, en efecto, tan encantador, pintoresco y alegre como sus alrededores, ninguna morada tan tranquila. Situado en una llanura, sobre una suave pendiente que se desliza hacia el sur, y al pie de un cerro de forma cónica, el pueblo está rodeado de colinas bajas, que se elevan gradualmente hacia el norte, hasta formar altas montañas cubiertas con el elegante follaje de las palmeras y, en las cimas gigantescas, árboles más corpulentos. El contraste de las llanuras con las colinas cubiertas de una vegetación delicada y variada y el curso del río Santa Cruz, que cruza por ahí expandiendo una agradable frescura, concurren a hacer de ese paraje el punto más agradable de la provincia.

¹ De Apolo a Aten, hay nueve leguas al sudeste, tomando el itinerario siguiente: partiendo de Apolo, se sigue por la llanura hasta *Puente chico*, una legua; luego a *Puente grande*, dos leguas, y hasta *Pampa Tupili*, tres leguas. Se sube en seguida la cuesta de *Chimasacro grande*, una legua. Se la baja y se toma la pendiente de la montaña hasta *Chimasacro chico*, una legua, y en seguida a *Aten*, una legua.

Aunque pequeña —sólo tiene 941 almas, en parte de la nación apolista—, la parroquia de Santa Cruz es limpia, y cuando se echa una ojeada por los alrededores, uno olvida fácilmente la irregularidad de sus calles y de sus casas. Los terrenos que la rodean dan en abundancia todas las producciones de la zona tórrida; de ahí que sus habitantes sean agricultores. No solamente están ricamente abastecidas de víveres, sino que, además, comercian lo que les sobra. Es así que secan las bananas, cortadas en lonjas, para transformarlas en excelentes frutas secas. Preparan su buen tabaco y la coca y los convierten en instrumento de cambio, reemplazando a la moneda, hasta el presente sin curso entre ellos. Crían también muchos rebaños vacunos, que medran perfectamente en las colinas. Hubo un tiempo en que se ocuparon con tal fiebre de la explotación de los quinos en sus montañas, que los destruyeron completamente, viéndose obligados ahora a alejarse diez o doce leguas para encontrarlos. La caza y la pesca son en sus pagos casi tan abundantes como en Pata; y lo mismo ocurre con los productos naturales. Además, en sus selvas se han descubierto infinidad de los más bellos árboles de ebanistería, tales como el granadillo, el guayabo o jacarandá.

En resumen, si los habitantes quisiesen aprovechar todas las ventajas que los rodean, de la cría de ganado y de la agricultura en el seno de sus tierras tan fértiles, en donde la naturaleza les ofrece sus tesoros, de las minas de oro y de plomo que se dice existen en la sierra de Santa Clara, podrían sin duda duplicar su riqueza; pero tendrían que sobreponerse a su natural apatía, que los lleva a no trabajar más allá de lo que pueda procurarles lo necesario para su vida. Cierto es también que para activar su ambición se requeriría una población más numerosa y mercados más extensos.

Hasta 1830 era Santa Cruz un lugar muy sano; pero se ha observado que desde esa época enfermedades hasta entonces desconocidas comenzaban a hacer estragos entre sus habitantes. Hoy las fiebres intermitentes se han asentado en el pueblo. Algunos han creído¹ que provenían de la introducción de los árboles propios de los valles calientes; pero, de acuerdo con mis observaciones sobre la provincia de Valle Grande, creo que ese cambio obedece a los desmontes anuales por medio del fuego, que los habitantes tienen la costumbre de practicar con el objeto de renovar los pastos de las llanuras y de las colinas. Por lo menos, está comprobado que muchos lugares hasta hace poco muy sanos, están invadidos hoy por esa plaga destructora, que gana a medida que se extienden los desmontes².

¹ Es la opinión de uno de los autores de los manuscritos sobre la provincia que poseo.

² Santa Cruz está a cinco leguas al oessudueste de *Apolobamba*; para llegar allí se sigue el siguiente itinerario: se sube la cuesta de *Santa Teresa*, una legua; se la descende hasta *Huilipisa*, una legua; se anda por la llanura hasta *Baqueria*, una legua, desde donde hay un terreno llano hasta *Apolo*, dos leguas.

Aten. Antigua misión de los franciscanos, este pueblo está situado en medio de las montañas, en una hondonada bastante pareja. Aunque regulares, sus casas están diseminadas. Su clima, caluroso y húmedo, es muy sano a pesar de las lluvias que allí caen frecuentemente. Sus productos, sus cultivos y su comercio son los mismos que los de Apolo. También se crían algunos ganados en las llanuras herbosas de Tupili.

Sus dos mil treinta y tres habitantes, de una nación distinta de la de los apolistas, hablan la lengua *tacana*, quizás una de las más duras, de las más entrecortadas y de las más guturales de América. En armonía con su idioma, su carácter es íntegro, irritable, lleno de altanería y sin mucha alegría; empero, son mucho más ardorosos en el trabajo que los apolistas, sobre todo para la agricultura y para sus búsquedas en el corazón de las selvas. Cada indio debe levantar por sí solo la casa que querrá habitar más tarde con su familia; si falta a esta costumbre, heredada sin duda de su estado salvaje, deja de ser hombre y se cubre de oprobio. Como es pródigo y desea con fuerza conseguir adornos para sí y para su mujer, no teme ninguno de los trabajos que puedan procurárselos. Prefiere sobre todo los vasos de plata, que puede exhibir en su mesa, o los trajes más extraños, ya cubiertos de franjas, ya de partes brillantes, con los que sale hecho un mamarracho en las procesiones del culto católico para distinguirse de los demás. Los rasgos de los atenianos, de los que participan las mujeres, son bastante groseros; tienen la nariz corta y chata y el color moreno, y casi todos se pintan manchas blancas en la cara o en el cuerpo, lo que les da un aspecto bastante extraño.

Un episodio de la historia de la provincia, que se refiere particularmente a Aten, permite conocer el carácter de sus habitantes¹. En 1814, después de la completa derrota que los españoles infligieron al destacamento del ejército patriota comandado por el general Pinedo, cuando éste se dirigía de Cuzco a La Paz, su secretario, el doctor Muñecas, eclesiástico de mérito, se refugió con algunos oficiales y patriotas en el valle de Arecaja, en donde, gracias a su influencia, consiguió levantar en masa a sus pobladores contra los españoles. Después de una larga lucha, en la que sus improvisados soldados sostuvieron con heroico coraje la causa de la libertad y de la independencia, éstos tuvieron que ceder al fin a los esfuerzos de las disciplinadas huestes españolas, y Muñecas se vió obligado a abandonar el valle de Arecaja, desde donde, seguido por algunos de los suyos, llegó a Aten por el río Juyo. Con los indios atenianos, a los cuales levantó en seguida, se apoderó de Apolo. Los españoles, que no lo perdían de vista, no tardaron en enviar contra él algunas fuerzas. El capitán don Agustín Gamarra, más tarde presidente de Perú, fué el encargado de esta ex-

¹ Este interesante pasaje pertenece al señor don Antonio Acosta, quien tuvo a bien comunicármelo.

pedición. Con semejante diferencia de fuerzas y de armas, los patriotas fueron vencidos en varios encuentros. Finalmente, sólo quedó Aten, del que los españoles resolvieron apoderarse. Doce atenianos, bajo las órdenes del capitán Pariamo, como no podían resistir a campo abierto a cien soldados veteranos y a quinientos flecheros, se emboscaron a una legua de Aten en un bosque espeso, situado en una colina, y resolvieron morir allí antes que rendirse. Después de un combate de dos horas, el capitán Pariamo fué el único que escapó, y Gamarra se apoderó de Aten, en donde, siguiendo la costumbre de los españoles, comenzó por castigar de una manera atroz a cuantos suponía que formaban parte del ejército patriota.

Como día a día aumentaban las persecuciones, un indígena llamado José Pacha, uno de los más comprometidos, propuso a veinte o treinta familias que abandonasen sus viviendas y se fuesen a buscar la tranquilidad a lo más espeso de las selvas. Guiadas por Pacha, esas familias buscaron un lugar en donde no pudiesen descubrirlas; atravesaron desiertos y se detuvieron al fin a doce o catorce leguas al este de Aten, en una hondonada que denominaron *Irimo*¹. Allí permanecieron ocultas más de siete años. Gracias a las medidas que supo adoptar Pacha, nada faltaba en la nueva colonia. Para vestirse, se hicieron plantaciones de algodón, y mientras los hombres se ocupaban de la caza y de los cultivos, las mujeres tejían y cuidaban su hogar. Estableció el jefe una policía interior muy severa, distribuyendo los empleos según las sexos y la edad. Los que cazaban hoy, mañana cultivaban, y los productos se repartían con igualdad, como si allí no hubiese habido más que una sola familia.

Para no renunciar a la religión católica, los vecinos de esta pequeña república edificaron una iglesia, en la cual colocaron algunas de las imágenes de santos que habían traído en su migración. Pacha, que se había adueñado de los poderes civiles, quiso también acumular las funciones religiosas. Celebraba los bautismos, bendecía los matrimonios y enterraba a los muertos; era a un tiempo cura, juez y legislador de su colonia. Entre las severas medidas de seguridad que había tomado para no ser descubierto, se encontraba una ley, en virtud de la cual serían enterrados vivos todos aquellos que, bajo cualquier pretexto, se hubiesen puesto en comunicación con los vecinos de Aten. El temor a esta terrible ley protegió durante siete años su escondite; pero una circunstancia terminó al fin por hacerlos descubrir.

Una de las familias exiladas, la de Manuel Cito, se componía de su mujer y de una hija de trece años. Esta muchacha, que había oído hablar mucho del gusto agradable que la sal daba a los alimentos, se forjó el proyecto de procurársela. A escondidas de sus padres, se escapó, se fué a Aten y allí, sin que nadie la viese, se apoderó de toda la sal que encontró en una casa aislada. El jefe, que se había percatado

¹ Era el sitio de donde la nación pretendía descender.

do de la fuga, realizó una pesquisa para descubrirla y conminó severamente a los padres para que le dijese qué había sido de ella. Tres días después, la muchacha reapareció con el producto de su robo; por la naturaleza del bulto descubrieron que había ido a Aten, lo que, por otra parte, confesó. Pacha quiso someterla a todo el rigor de la ley; pero en el momento de la ejecución, los vecinos imploraron su misericordia con tanta insistencia y la culpable hizo tantas promesas, que al fin el jefe la perdonó. Seis o siete meses más tarde, olvidándose de la clemencia de que había sido objeto, la imprudente emprendió otra excursión con el mismo objeto. Pacha la hizo buscar en todas direcciones, con orden de infligirle el suplicio que merecía. Cuatro días después la detuvieron, y esta vez ni su llanto ni su desesperación pudieron salvarla. La enterraron viva.

Sobrecogidos de horror al enterarse de esta catástrofe, sus padres huyeron de Irimo y se fueron a Aten para quejarse al juez del espantoso castigo de su hija, descubriéndose así la morada de Pacha. Mandaron en seguida gente con orden de que se apoderasen del jefe, el cual fué llevado a La Paz para que lo juzgasen; pero tardaron tanto en ejecutarlo, que en 1825, cuando los patriotas tomaron La Paz, Pacha fué incluido en una amnistía general y regresó a sus pagos.

Irimo existe todavía, y se compone de las mismas familias, sujetas hoy a la jurisdicción civil y eclesiástica de Aten. Gracias a la extrema fertilidad de esas tierras, sus vecinos gozan de todas las comodidades de la vida, bajo una suave temperatura y una posición encantadora.

Las aguas del río Aten se arrojan en las del Mapiri, uno de los afluentes del Beni. Es, por otra parte, el único curso de agua de la provincia que no desemboque en el Tuyche.

San José de Chupiamonas. Andando al estenordeste de Apolo y atravesando caminos espantosos, llenos de toda clase de peligros, en medio de desiertos sin fin, después de treinta y ocho leguas de fatigas, llégase a esta aldea, que toma su nombre del de un río, cuyas aguas bermejas van a arrojarse a corta distancia de allí en el Tuyche, tan ancho a esa altura que no se lo puede cruzar sino en balsa; los vecinos de San José son muy útiles a viajeros y comerciantes, pasándolos de una a otra orilla. Dado su escaso número de habitantes, se pensó incorporar esta aldea a Aten; pero las reclamaciones de los mercaderes la mantuvieron, como un lugar indispensable al comercio.

La temperatura de San José es muy elevada, sin que ella engendre enfermedades, y su estada es muy agradable. Parece que la naturaleza todo lo hubiese dado a esos parajes salvajes con una prodigalidad digna de la Tierra Prometida. El extranjero quédase allí pasmado de admiración ante la belleza de la vegetación y la abundancia de los frutos. Allí, en efecto, los bosques ofrecen dondequiera vainilla, bálsamo de copaipa, resinas, cortezas aromáticas, gomas, una multitud de plantas medicinales y la cera y la miel de abeja. Las frutas más

exquisitas nacen espontáneamente, y entre ellas, el cacao, que doquiera se encuentra en estado silvestre y da abundantes cosechas. La caza ofrece allí aves y cuadrúpedos, entre los cuales pueden citarse el tapir, los osos hormigueros, los perezosos, muchos ciervos, los pecarís y una especie muy pequeña de cerdo, que en la región les llaman *quebo-quieres*. En el Tuyche abunda la pesca. De extraordinaria fertilidad, la tierra produce en abundancia arroz, maíz, yuca, maní, bananas, ananás, algodón y caña de azúcar; pero todos estos productos se consumen en la aldea y no son objeto de comercio.

A doce leguas al nordeste de San José está situada la antigua misión de *Tumupaza*,¹ hoy parroquia. Se halla en una ligera colina compuesta de piedras blancas, en medio de una campaña horizontal, cubierta de selvas vírgenes y de algunos pequeños retazos de pastos. En los meses de agosto, setiembre y octubre, cuando se trepa a las colinas, se divisan humaredas en muchos sitios distintos; son quizás fogatas de indios salvajes, hasta ahora desconocidos, que se han establecido en esos lugares tan fértiles que rodean a Tumupaza. La parroquia, habitada por 835 almas, está, con respecto a los productos agrícolas y ganaderos, exactamente en las mismas condiciones que San José.

Los indios, todos de la nación tacana, tienen una tez blanca mate y son proporcionados y de una planta graciosa. Su cara es regular y sus cabellos, muy finos, son negros. Su fisonomía es agradable y alegre, y todo en ellos denuncia el buen humor. Son muy sobrios. Su vestimenta consiste en una túnica de lana que cae hasta las rodillas; esta túnica no tiene más que medias mangas; además van descalzos y nunca se cubren la cabeza. Las mujeres, siempre muy aseadas, gustan ataviarse y, en este sentido, pretenden mejorar a la misma naturaleza. A este efecto, y para tornear bien sus brazos y sus piernas, llevan desde su juventud varios brazaletes y ligas de tejido de algodón que modifican sus formas, perfeccionándolas. Se adornan el cuello con falso coral, y se muestran tan insaciables, que, de ser posible, se cubrirían con un almacén de joyas. Llevan también una túnica de tejido de algodón sin mangas, que llaman *dapi*. Esta túnica, azul, blanca o roja, la reemplazan cuando pueden por una indiana rameada de color rojo. Van descalzas, como los hombres. Por lo demás, todo el haber de una familia consiste en su casa, su vajilla de cocina, sus instrumentos de caza, tales como los arcos y las flechas, dos o tres túnicas, otros tantos *dapis* y dos o tres frazadas con las que se envuelven en el suelo.

Sus tierras son muy productivas, pero la falta de comercio hace que no cultiven sino lo indispensable para su existencia. No conocen la plata amonedada², a la que hasta ahora reemplazan con sus productos, proveyendo a sus necesidades por medio de trueques. Su excelente cacao, hoy silvestre entre ellos, es lo bastante abundante como para

¹ *Tumupaza*, en tacana, significa *piedra blanca*.

² Ellos llaman *chipilo* a la plata metálica.

abastecer al consumo de las mayores ciudades. Dicen los españoles que al cacao, al comienzo plantado, lo diseminaron los monos por los bosques. Sea como sea, esta planta cubre hoy inmensas extensiones, y podrían extraerse cantidades considerables sin más trabajo que el de recogerlo. Esta abundancia aumenta en relación con la extensión de los cacaotales, y sin embargo, los indígenas se contentan con recoger lo necesario para pagar su contribución personal de todos los años, que es de seis libras de cacao en grano, ocho para la ración del cura y de diez a quince para procurarse la ropa de la familia. Lo demás, es decir, millares de libras, se pierde todos los años, abandonado a los pájaros y a otros animales de las selvas.

Prefieren dejar perder el excedente de sus cosechas antes que verse obligados por el cura o por el alcalde a llevarlo hasta la capital, a una distancia de sesenta a ochenta leguas. En efecto, esos desdichados son las únicas bestias de carga de su región, y se alquilan lo mismo que las mulas. Además de sus víveres, cada hombre tiene que llevar a sus espaldas una carga de treinta y tres libras, pesadas en un cesto llamado *chiquito*, y por la cual recibe en pago una mercadería que no representa más que la mitad de su valor real. Cuando hacen esos viajes para el Estado, para el cura o para el alcalde, se les paga catorce reales (8 francos 75 céntimos); cuando es para los comerciantes, reciben tres pesos (15 francos) en Tumupaza y tres pesos y medio en Isiamas.

La verdad es que esta carga no sólo los embrutece y les hace añorar constantemente su estado salvaje, en el cual por lo menos estaban libres, sino también que paraliza una de las ramas más productivas del comercio de la república. Si en el estado actual los habitantes se dedicasen más activamente a la cosecha de cacao, podrían centuplicar sus recursos; pero para ello sería menester que los caminos practicables permitiesen viajar con mulas o que se pudiese utilizar la navegación por el Tuyche. Como esta cosecha no los ocupa más que una parte muy pequeña del año, podrían emplear el resto en la tejeduría del algodón, y se evitarían pagar cinco francos por la vara del peor tejido de algodón que les traen los comerciantes.

Isiamas. Este pueblo, antigua misión de los franciscanos, se halla al nornordeste de Tumupaza, en medio de una inmensa llanura entrecortada por selvas y pastizales. Capital de Partido Chico, por razón de su posición central con relación a los demás pueblos interiores, Isiamas es el asiento de un vicariato distinto del de Apolo. En cuanto a la agricultura y a la caza, cuenta con las mismas ventajas que Tumupaza. Pero tiene, además, los grandes ciervos, y se pesca regularmente en el río Beni, que sólo está trece leguas al este. En agosto y setiembre de cada año los indios van a este río a recoger huevos de tortuga, que se encuentran en abundancia. Pescan también en los vecinos ríos de Tequije e Itaca, lo mismo que en los esteros y bañados que se forman cuando las crecientes.

Sus 1.170 vecinos pertenecen a la nación tacana y tienen todos la

indumentaria y las costumbres de Tumupaza. Sus selvas, pobladas con árboles adecuados para la ebanistería, entre ellos el jacarandá y el acayú, son riquísimas en árboles resinosos, tales como el drago, y en plantas oleaginosas. Una de éstas, el *tumijojo*, es una palmera cuyos cocos, muy sólidos, contienen almendras llenas de un aceite que extraen para la iluminación de las iglesias y que rara vez exportan. También se saca aceite de diversas especies de palmeras, como del *camoruru*, cuya corteza es espinosa, de la *tuema* y del *asajo*. A este último, sobre todo, lo plantan en las aldeas mismas, cerca de las casas, en donde suelen verse también algunos tamarindos.

Se crían algunos rebaños y caballos, pero en número muy reducido.

Cavinas. Es la última misión al norte de la provincia, pues se halla a una distancia ¹ inmensa de Isiamas. Desde este pueblo se llega navegando en balsas por el río Beni, que pasa a poca distancia al este. A pesar de que en medio de semejantes llanuras se podría trazar fácilmente un camino, se prefiere hacer el viaje por agua; pero debería hacerse más cómoda la navegación, empleando barcas en vez de balsas.

Reducida después que las demás parroquias, Cavinas está todavía exenta de tributos. Está poblada por tacanas y no tiene más jefe que su cura, encargado de dirigir a los vecinos tanto en lo civil como en lo espiritual. El es quien hace llevar sus productos a las demás aldeas y quien los cambia por los objetos que necesitan. Cuentan los alrededores con la misma producción que Tumupaza, pero existe además un árbol grande que da almendras encerradas en una gran corteza común. A primera vista podría creerse que las llanuras servirían provechosamente para la cría de ganados y de caballos; pero el gran número de murciélagos que por las noches hacen sangrías a los animales ² impidieron hasta ahora la cría de caballos o de vacas.

Cerca de Cavinas, al norte, pasa el río Madidi, que tiene sus fuentes no lejos de Carabaya, en Perú. Se levanta la aldea en el delta muy agudo que forma la reunión de este río con el Beni. Su posición lo aproxima mucho a algunas tribus salvajes bien dispuestas a hacerse cristianas. Ya en 1830 vinieron por sí mismos a Cavinas setenta, y, si el gobierno protege su conquista, los demás no tardarán en formar grandes aldeas, con tanta más facilidad cuanto que así se sustraerán a las incursiones de los belicosos *machuis*, sus implacables enemigos.

¹ El autor de una nota habla de cien leguas de distancia, lo que me parece demasiado exagerado.

² Son especies del género vampiro.

POBLACION DE LA PROVINCIA

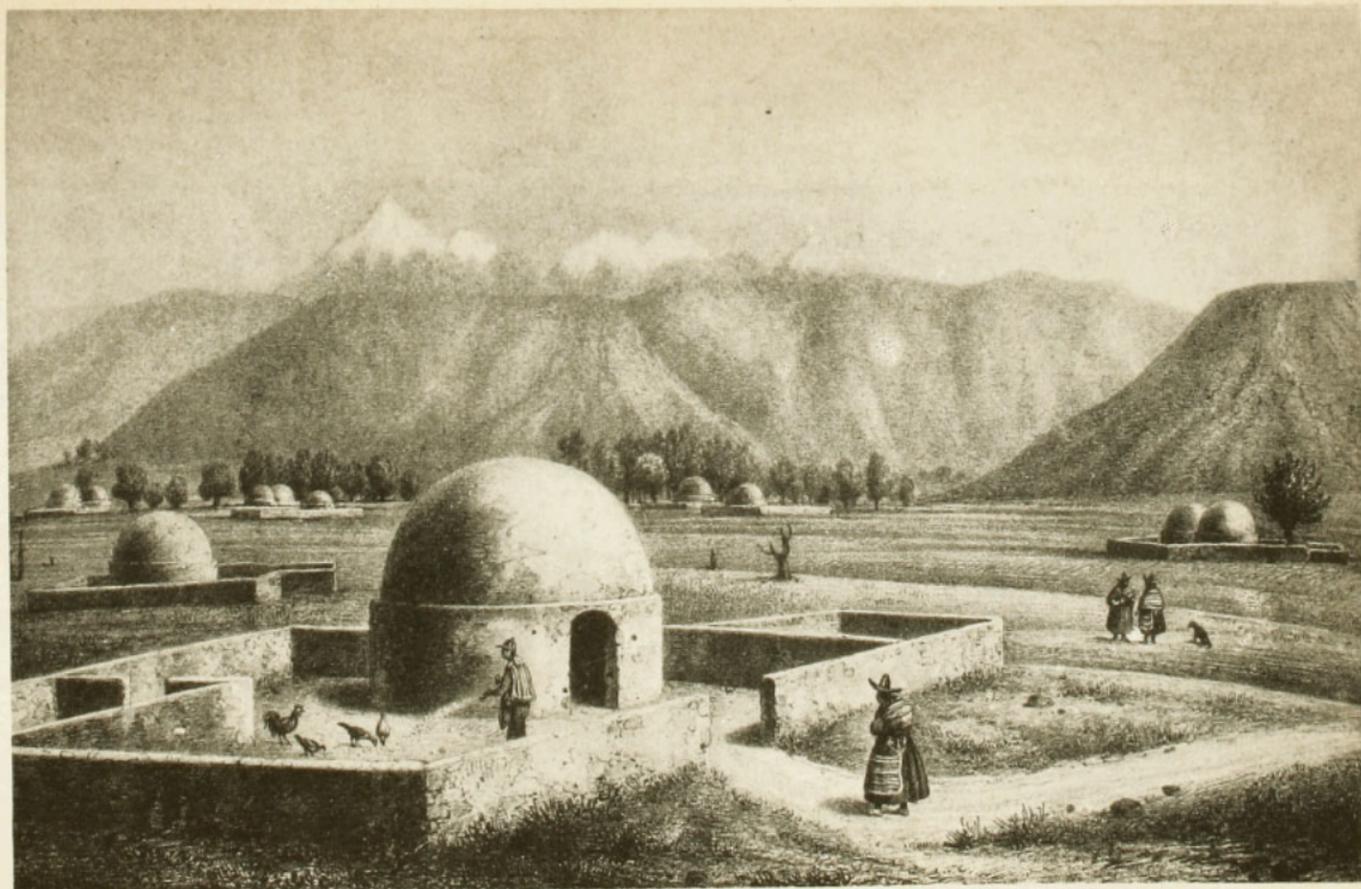
Como acaba de verse, la provincia de Caupolicán se compone de diez pueblos, cuya población, dividida por naciones, es la siguiente: ¹

NOMBRES DE LOS PUEBLOS	NOMBRES DE LAS NACIONES Y SU NUMERO POR PUEBLO			TOTAL de los habitantes por pueblo
	Quichuas	Apolistas	Tacar.as	
Suches	2.500	—	—	2.500
Pelechuco		—	—	
Pata	165	—	—	165
Mojos	122	—	—	122
Apolo	—	2.775	—	2.775
Santa Cruz del Valle Ameno	—	941	—	941
Aten	—	—	1.033	1.033
San José de Chupiamonas .	—	—	73	73
Tumupaza	—	—	885	885
Isiamas	—	—	1.170	1.170
Cavinas	—	—	1.000	1.000

El cuadro que precede demuestra que la población, toda indígena con excepción del cura y del alcalde de cada pueblo, se eleva todavía a 10.664 habitantes, de los cuales 2.787 son de la nación quichua, 3.716 de la apolista y 4.161 de la nación tacana. Si a esos números se les agrega aún unos 3.000 indios todavía salvajes al noroeste, al norte y al nordeste de Tumupaza y de Cavinas, se tendrá un total de 13.664 habitantes.

Las tres lenguas primitivas de la provincia se hablan todavía en todas partes; así en Suches, en Pelechuco, en Pata y en Mojos, los habitantes se entienden solamente en quichua; en Apolo y en Santa Cruz del Valle Ameno se continúa empleando el apolista, en tanto que en Aten y en todos los pueblos del interior se usa exclusivamente la len-

¹ Según datos obtenidos en 1832.



N° 12. — Una casa de indios quichuas en el valle de Cochabamba. (Bolivia)

gua tacana. Como los franciscanos tenían necesidad de comunicarse sin cesar con los indígenas, en cada pueblo se encuentran lenguaraces; por otra parte, las relaciones comerciales debidas a las quina tienden a difundir el español entre los indios, que ya comienzan a comprender algunas palabras.

Muy sumisos por lo general, los indios acatan sin chistar las leyes que se les imponen, y su natural facilidad y su carácter les dan maña para todo. Lo que dije de cada parroquia bastará para hacer apreciar sus costumbres y sus hábitos. Agregaré solamente que todos son pobres, sin que esta pobreza los aflija porque tienen lo necesario para alimentarse, para vestirse, para proporcionarse placeres, y el porvenir de sus hijos, en una naturaleza tan fecunda, no puede inquietarlos nunca. Hoy por hoy, su pobreza relativa es una verdadera riqueza. ¿Cómo, en efecto, esas gentes desearían objetos que ignoran? ¿Y para qué iban a trabajar más de lo que necesitan para procurarse los que ya conocen? La apetencia de riquezas, el afán por procurarse en el porvenir toda clase de goces, son un comienzo de civilización, ajeno a pueblos tan próximos al estado primitivo como los habitantes de Caupolicán. La única manera de poner fin a esta apatía, a esta indolencia que se reprocha a todas las naciones todavía semisalvajes, es crearles por medio de la continuidad de las relaciones comerciales placeres acerca de los cuales aún no tienen idea.

Podría agregarse, en favor del carácter de los habitantes, que todos se consideran como de la misma familia. Por ejemplo, si a uno la cosecha no le rindió bastante para la provisión del año, le parece muy natural dirigirse a su vecino, el cual entrega con placer la mitad de lo que posee; por eso, los indígenas jamás piden ni la cosa más insignificante a los extraños, pues sus compatriotas están siempre ahí para ayudarlos. Si a sus hermanos les dan lo necesario para la vida, no prodigan lo superfluo con los amigos. Los abusos introducidos por el clero, en Caupolicán como en la meseta boliviana, en ocasión de las fiestas del catolicismo, fueron sin duda la causa principal del desorden y de la ruina. Si en esos días, en las aldeas del interior los indios se contentan con ponerse unos trajes grotescos o tocarse con el plumaje variado de las aves de sus selvas, mientras beben chicha —bebidas fermentadas hechas con yuca, que son poco fuertes y no atacan su salud—, no ocurre así en las demás. Junto con los trajes estrafalarios, se introdujo el aguardiente, que es para ellos, al mismo tiempo que un veneno para su salud, una de las causas de la ruina de su fortuna. Las fiestas religiosas, durante las cuales beben con sus amigos varios días seguidos, se multiplican a tal punto, que les queda poco tiempo para dedicar a la agricultura, y los mayores desórdenes son su natural consecuencia.

La provincia es en general muy sana. Nunca se ha padecido allí una enfermedad epidémica, y aun las afecciones endémicas son raras o están, por así decirlo, refugiadas en puntos muy limitados. Porque

las dos únicas calamidades que hoy enervan el progreso de la población de la provincia podrán acabarse en cuanto se lo proponga. La primera son las viruelas, a la que podrá hacer desaparecer la introducción de la vacuna; la segunda tiene por causa, en el interior, el viento sur. Nada tan exagerado como el temor que inspira a los habitantes de las regiones cálidas el viento frío del sur, que baja inmediatamente la temperatura en 15 o 20 grados cuando sucede al viento cálido del norte. Este viento del sur, que trae un frío vivo, actúa con violencia en los hombres, siempre vestidos de la misma manera. Se comprende que, para atemperar sus efectos, bastaría con cubrirse un poco más, cosa que los indígenas no hacen y que les causa frecuentemente reumatismos y pleuresías que se llevan sobre todo un gran número de niños. Eso es lo único que impide a la población crecer en proporción que sería muy rápida dada la extraordinaria fecundidad de las mujeres.¹

Existe en las llanuras una enfermedad que se llama *espundia*, y que no es otra cosa que una afección sifilítica que se adquiere por contacto. Actualmente, cuando la enfermedad ataca la boca, la nariz u otras partes, los naturales como los extranjeros se mueren después de diez o veinte años de horribles sufrimientos. Nuestros medios curativos también podrían curarla fácilmente o, por lo menos, disminuirían considerablemente su intensidad.

PRODUCTOS NATURALES

En razón de las diversas zonas de altura y de temperatura que determinan sus montañas y sus llanuras, la provincia ofrece los más variados productos. Suches y Pelechuco alimentan los mismos animales que La Paz; pero a medida que se baja a los valles calientes, más se multiplican. Los mamíferos, sobre todo, son allí muy numerosos. Una multitud de monos recorren incesantemente las selvas, ofreciendo su carne al cazador indígena o su piel al comercio². Varias especies de ciervos, pequeños, los otros muy grandes³, pueden procurar una caza muy abundante, lo mismo que el tapir⁴, los pecarís o jabalíes y una multitud de otros animales, como los hayupas⁵. Existen además los animales extraños, como los perezosos⁶ y los hormigueros⁷.

¹ El viento del sur no solamente mortifica a los habitantes de las aldeas, sino también que a veces compromete la cosecha de cacao. Parece influir igualmente en los animales. Se dice que se han encontrado algunos monos muertos de frío en las posturas más extrañas y con todos sus rasgos descompuestos.

² *Mycetes seniculus* y *Caraya*.

³ *Cervus paludosus*, *cimpestris*, *rufus*, etc.

⁴ *Tapirus americanus*.

⁵ Es la *paca*, *Coelogenus fulvus*.

⁶ *Bradypus didactylus* y *tridactylus*.

⁷ *Myrmecophaga jubata*.

Pocas comarcas son tan favorecidas por la variedad y belleza del plumaje de sus aves. Las montañas se animan con la presencia del brillante gallo de las rocas¹, del cefalóptero², de los colibríes, de las tangeras³, de los cotingas⁴, todos a cual más magnífico. Muchos loros y guacamayos parlanchines viven en las montañas o en las llanuras, en donde también se encuentran el curucú⁵ y muchas especies de vivos colores. Al lado de estas especies vistosas, la caza puede proporcionar la excelente carne de los paujís⁶ o pavas del monte, de los manacaracos o gallinetas del monte⁷, de los huangues o de las palomas torcazas⁸.

Los reptiles no son comunes y casi no hacen daño a los habitantes. Las tortugas de agua dulce⁹, tan comunes en las orillas del Beni, les proporcionan anualmente una inmensa cantidad de huevos.

Los ríos están llenos de peces, entre los cuales los sábalos¹⁰, que remontan muy arriba y son los más abundantes. Péscase también allí el *mucie* de los quichuas, o *veladores*, un pez con manchas pardas y negras y de una extraordinaria actividad; bagres¹¹, sollos, suches y una infinidad más, que sería demasiado largo detallar. Hoy los indios pescan con flechas o con el jugo de una planta llamada *manuno* que, arrojado en el agua, hace morir inmediatamente al pez sin tornarlo nocivo. Se comprende que este último procedimiento no pueda ser empleado sino en un país en donde no se tema destruir al mismo tiempo toda la pesca futura; en nuestros ríos, la policía lo prohibiría inmediatamente.

En sus infinitas variedades, la vegetación ofrece una multitud de plantas útiles al hombre. Las maderas de construcción abundan doquiera y, entre éstas, las maderas más adecuadas para la fabricación de muebles preciosos, tales como el granadillo, el guayabo o palisandro; una madera completamente idéntica a nuestro boj, tan útil para el grabado sobre madera, y una multitud de otras especies que sólo hay que escoger. Las numerosas palmeras dan a un tiempo su madera dura como el hierro, para la confección de las flechas del indígena, fruto succulento y cocos oleaginosos que podrían utilizarse. Otros árboles, como el que produce las almendras, ofrecen también sus frutas. La copaiba abunda en las selvas, lo mismo que los árboles que producen las más variadas resinas; como el estoraque, el copal, el in-

¹ *Rupicola peruviana*.

² *Cephalopterus ornatus*.

³ Una multitud de especies del género *Tanager*.

⁴ Varias especies del género *Ampelis*.

⁵ Especie del género *Trogon*.

⁶ Es una especie de *Penelope*.

⁷ Es una especie del género *Tinamus*.

⁸ *Columba*.

⁹ Sin duda una especie del género *Emys*.

¹⁰ *Paca lineatus*.

¹¹ Especies de los géneros *Pimelodus* y *Bagrus*.

cienso, el drago, la *grimilla*, el *acco-acco*, etc.; otros árboles producen en abundancia la goma elástica o caucho. Algunos como el *yusuma* o canelón, proporcionan raíces aromáticas; el campeche y el *yarimilas*, sus tinturas; en fin la gran variedad de las formas botánicas presenta muchas clases de ventajas industriales y comerciales.

Entre los productos de las plantas salvajes puedo citar también los cacaos, que en los pueblos interiores forman hoy inmensos bosques que se extienden todos los años cada vez más y ofrecen al comercio inagotables recursos. Lo mismo sucede con la vainilla, natural en los bosques.

Las plantas medicinales son variadísimas. Pondré en primer lugar la quina o cascarilla¹, que abunda en todas las montañas vecinas de Pata, Moxos, Santa Cruz del Valle Ameno, Apolo y Aten en donde sólo se explotan los alrededores, mientras que decenas de leguas de superficie, ya al norte, ya al sur, están todavía vírgenes de toda explotación. Otras plantas medicinales, conocidas solamente en la comarca, son el *matico*² de los españoles, al que los indios llaman *mocomoco*, cuyas hojas astringentes cierran las heridas, detienen la gangrena y son antiescorbúticas; el *vejuco*³, célebre antídoto contra la picadura de las serpientes; el *ebacua-ruro*, que en tacana significa *simiente de hijos*. Son pequeños bulbos que los tacanas machacan y maceran en el vino, para dárselo durante tres meses a las mujeres estériles antes de cierta época; el *tribicirué* produce precisamente el efecto contrario. En lugar de las cenizas llenas de potasa que mastican con la coca los habitantes de las mesetas, los indios del interior se sirven de las hojas de una planta llamada *Chimacro*. Empléase también en medicina el *chepereque*.

Las plantas venenosas abundan igualmente. Entre ellas puede citarse el árbol de *manuno*, que crece cerca de Pata. La especie negra, tomada en una fuerte dosis, se vuelve un veneno terrible; pero la especie blanca no es más que un purgante. Se utiliza el manuno para pescar. Se lo ha llevado al interior con este fin, y al mismo tiempo para destruir los gusanos que atacan al ganado después de las mordeduras de los murciélagos.

De todos esos productos de la flora, sólo se exportan algunas maderas de ebanistería, cuando las piden; un poco de aceite de coco, de almendra y de copaiba, las resinas del estoraque, del copal y del incienso, y mucha quina y cacao.

El reino mineral ofrece muchas ventajas naturales. Abunda el oro en una gran superficie. Se encuentran muchos lavaderos o *aventaderos* en los alrededores de Suches, en donde los antiguos Incas lo explotaban y en donde los actuales habitantes continúan explotándolo; pero

¹ Especie del género *Cinchona*.

² Especie de piperácea.

³ Especie del género *Aristolochia*.

la falta de agua enerva este género de trabajo. Existen además minas en estado de filones en el río Mutusolo, en las playas del Pelechuco, más allá del pueblo. Las montañas de Sunichuli, en la dirección de Charasani y al norte de Pelechuco, encierran riquísimas vetas. El río Amantala las ofrece también cerca de sus fuentes; se encuentran además lavaderos en los ribazos del río Santa Rosa y en el río Aten, pero no se los explota en ningún lugar. En todos los parajes en donde se encuentren rocas representadas por esquistos azulados, uno debe atenerse a encontrar oro; pues ese metal, cuando está en el fondo de los valles, proviene de las antiguas denudaciones geológicas de esas rocas. Se ha descubierto también una mina de plata y de plomo en las montañas de Santa Clara, cerca de Santa Cruz del Valle Ameno; tampoco se la explota.

PRODUCTOS INDUSTRIALES

La provincia cuenta con algunas llamas en Suches y en los alrededores de Pelechuco. Los demás pueblos tienen algunos rebaños de vacas y ovejas, algunos caballos, mulas y asnos; pero tales rebaños están muy lejos de bastar a las necesidades de la población, la que se ve obligada a comprarlos a los comerciantes que entran en la provincia.

Muchos más numerosos son los productos de la agricultura. En los alrededores de Suches y de Pelechuco se cultiva la papa, la cebada para pasturaje, el trigo, la quínoa, la *occa*¹ y todas las plantas de las regiones frías. En las demás aldeas, mucho más calientes, se cultiva maíz, arroz, coca, el mejor café del mundo, tabaco, algodón, caña de azúcar y muchos frutos y raíces, tales como el papayo, el naranjo, el zapallo, el bananero, el ananás, el maní, la sandía, la palta, la racacha, el camote, la gualuza y la yuca o mandioca². Además en algunas aldeas del interior se ha introducido el tamarindo.

Estos productos agrícolas se consumen en la provincia, con excepción de un poco de coca, de tabaco, de café, de arroz y de bananas secas convertidas en orejones, que se cambian por mercaderías extranjeras.

COMERCIO

Resumiendo los productos de diverso género que sirven al comercio de la provincia, pueden evaluarse aproximadamente en las siguientes cifras:

¹ Especie del género *Oxalis*, hoy plantada en Europa.

² Es una especie del género *Janipha*.

Coca, 20.000 arrobas (25 libras), a 20 francos	400.000
Cacao, 10.000 libras, a 5 fr. en trueque	50.000
Tabaco, 10.000 nacos, a 2 fr. 50 cent. en trueque ..	25.000
	<hr/>
	475.000
Arroz, 100 quintales a 40 francos	4.000
Diversas drogas, maderas, monos, loros, etc.	5.000
Quina, 3.000 quintales, a 40 francos	120.000 (1)
	<hr/>
Total	604.000
	<hr/>
Los gastos de la provincia son los siguientes:	
Contribuciones personales de los indígenas	39.000
Derechos de aduana	80.000
Sueldos de los curas en especie y en dinero	70.000
	<hr/>
Total	189.000
	<hr/>

De acuerdo con estas sumas, se ve que quedan todavía a la provincia 415.000 francos, que los habitantes emplean para procurarse mercaderías del exterior.

El comercio de importación se hace con las provincias vecinas de la meseta del departamento de La Paz y con los peruanos. Como ya lo dije al hablar de las parroquias, este comercio es una simple operación de trueque sobre valores ficticios, muy por encima de su valor real, realizado por mercaderes viajantes que vienen especialmente para eso. Los artículos comerciales de importación son: la carne fresca o salada, el sebo, los quesos, el pan, la sal, la harina, el aguardiente, todo género de groseros tejidos indígenas de lana y de algodón para los indios y algo de paños europeos para los empleados; mulas, caballos y algunos burros de carga para los transportes.

El primer móvil del comercio y de la civilización de una comarca es la facilidad de comunicaciones. A este respecto, como ya se ha podido entrever por los itinerarios, la imperfección de los caminos ha sido durante mucho tiempo el principal impedimento para su propagación, y este estado de cosas era mantenido por los empleados seculares o religiosos, con el fin de conservar el monopolio exclusivo de los trueques. En efecto, los gobernadores abandonaron largo tiempo la reparación de los caminos, con lo que las relaciones comerciales no podían existir ya sin exponer a numerosos riesgos a hombres y animales. Era menester que el comerciante extranjero hiciese entrar en sus

1 Cuando el gobierno establezca el Banco de rescate, es indudable que esos productos se duplicarán, con lo cual la provincia gozará de una renta anual de 300.000 francos.

cálculos de pérdidas a las mulas que se estropeaban y a las que morían a consecuencia de los malos caminos. Los trechos peores eran aquellos grandes espacios de terrenos fangosos en los que se habían colocado troncos atravesados, porque la falta de uno solo de esos troncos dejaba un hueco en el que la pobre mula se quebraba la pata o se hundía hasta el pecho. El gobierno parece haber tomado ya a este respecto algunas medidas encaminadas a dar un impulso al comercio. Se han reparado algunas rutas antiguas y se trazó una nueva de veintidós leguas desde Apolo a Guanay.

Las obligaciones personales que pesan sobre los indios del interior, obligados a hacer el oficio de bestias de carga y de transportar mercaderías a hombro a una gran distancia, son sin duda la causa que retarda más el progreso comercial de estas comarcas, paralizando al mismo tiempo hasta el deseo de recoger los frutos que la naturaleza ofrece en todas partes espontáneamente.

MEJORAS AGRICOLAS, INDUSTRIALES Y COMERCIALES DE QUE ES SUSCEPTIBLE LA PROVINCIA

Dada la variedad de los terrenos y de las zonas de altura de la provincia, este capítulo podría extenderse hasta el infinito; pero no hablaré aquí más que de las mejoras que me parecen más especiales.

Hoy, a pesar de los excelentes pasturajes que la naturaleza presenta en las alturas de Pelechuco, en los alrededores de Pata, de Santa Cruz del Valle Ameno, de Apolo y de Aten; a pesar de los que ofrecen las llanuras de las poblaciones del interior, se ha visto que una de las ramas del comercio exterior era todavía la carne fresca o salada. No cabe duda de que estimulando en todos los lugares la cría de los ganados, en vez de recibirlos de afuera, se podría, por el contrario, exportarlos al exterior. Los rebaños de vacas y de ovejas podrían también multiplicarse en una multitud de lugares y dar a la vez su lana y su carne. Sucede lo mismo con caballos y mulas, cuyo número facilitaría la extracción de mercaderías y aumentaría considerablemente las rentas. Los pobres indios del interior se verían entonces libres de sus cargas y podrían entregarse sin temor y activamente a la cosecha de sus productos naturales o simplemente a la agricultura. La inmensa extensión de las llanuras del interior haría de esa región, como en Moxos, el centro de la cría de ganados y de caballos, en donde miles de animales medrarían mientras la comarca adquiriría una fisonomía distinta. El gobierno encontraría allí para su ejército recursos que están lejos de poseer las repúblicas de Chile y de Perú.

La caza de animales dotados de una hermosa piel, como los monos aulladores (*marimonos*) negros o rojos, no dejaría de tener sus ventajas, lo mismo que la conservación de los cueros de tapir, que, bien curtidos,

dan los mejores arreos para carruajes, o bien los cueros de ciervos, con los que se hacen esas pieles de ante que en Europa transforman ya en guantes muy solicitados, ya en calzados muy flexibles.

Los huevos de tortuga del Beni, mediante la preparación que se usa en las márgenes del Orinoco, darían la excelente *manteca de tortuga*, uno de los elementos de la cocina de los indios.

La extraordinaria abundancia de peces en el río Beni y en sus afluentes permitiría establecer en algunos lugares una pesquería en forma, en la que se salaría o secaría el pescado de modo que se hiciese de esta industria un renglón importante del comercio exterior. Es probable que la conserva de pescado valorizase las ciudades de las mesetas, tales como La Paz y Oruro.

La vegetación, sobre todo, proporcionaría mejoras considerables. En cuanto la industria de las ciudades se apodere de los productos naturales del interior, se verá cómo las magníficas maderas de ebanistería, que pululan en las montañas y en las llanuras, se explotan cuidadosamente y se abren nuevos mercados al comercio. El boj, hoy raro en Europa, siempre muy estimado y cuyas grandes chapas faltan en nuestra industria, sería ventajosamente reemplazado por las maderas amarillas tan compactas y tan tenaces que abundan en esas comarcas, en donde pueden obtenerse tablas de cualquier tamaño.

Las palmeras ofrecerían no solamente sus cocos al comercio y su madera a la ebanistería, sino también sus aceites a la industria. Lo mismo puede decirse de las grandes almendras de Cavinas.

Podría investigarse con más cuidado la existencia de resinas, sobre todo el copal, ingrediente de los más hermosos barnices de nuestra Europa.

La goma elástica, empleada en el viejo mundo para corsés, tirantes y ligas, conviértese día a día, en la rama más productiva del comercio y de las industrias de los habitantes de Pará, los cuales van a abandonar todo para dedicarse a su cultivo en gran escala. ¿No podría la goma ofrecer aquí las mismas ventajas?

La quina, que durante algunos años ha producido millones, está lejos de agotarse. Hasta ahora se la buscaba en los alrededores de los lugares habitados; se trataría de proseguir la búsqueda en todas partes. Según he sabido, perdidos en el corazón de las selvas, los indios que se entregan a este género de explotación se dispersan por las montañas y cortan los arbustos sin precaución y sin elegir la estación. Desprovistos de abrigos para preservarse de las lluvias frecuentes, les sucede muy a menudo que pierden completamente su cosecha o que, por lo menos, se les avería considerablemente. Como esta cosecha puede convertirse en una de las ramas más seguras de la renta del gobierno, la administración debería vigilar para que los cortes fuesen metódicos, con el fin de no destruir, como se lo viene haciendo, todos los árboles a la vez en los lugares en que crecían naturalmente.

La necesidad de conservar nuestras maderas de construcción, de car-

pintería o para combustible, obligó a Francia desde hace mucho tiempo a crear una *administración de selvas* con el objeto de evitar los abusos de todo género y conservar recursos para el futuro. Es tiempo que Bolivia, cuyo gobierno posee todavía más de la mitad de las tierras, piense también en implantar una activa vigilancia y pueble con árboles europeos, tales como abetos, álamos, etc., las montañas vecinas a las grandes ciudades (La Paz, Chuquisaca y Potosí), con el fin de dotarlas de leña y de maderas de construcción. Bajo penas severísimas debe impedir el desmonte de las montañas por medio del fuego, lo que aumenta día a día la sequedad al no detener ya a las nubes, destruye el riego natural de los campos y los torna incultos, o bien deja que las lluvias torrenciales arrastren la tierra vegetal, la que muy pronto es reemplazada en las cimas por rocas desnudas, en los lugares donde otrora se encontraban los árboles más hermosos; debe prohibir a los indios que, en vez de cortarlas, arranquen las zarzas que sirven para calefacción y para hacer carbón, a fin de que las ramas vuelvan a brotar y que las cosechas, al sucederse, prevengan la completa destrucción de las plantas leñosas, que ya amenaza en muchos sitios; finalmente, debe regularizar y fijar la época de los cortes y vigilar la explotación en gran escala de la quina con el objeto de conservarla en el futuro y de utilizar totalmente el producto de las cosechas anuales.

El segundo renglón importante del comercio de la provincia, igualmente susceptible de una inmensa expansión, es, sin disputa, el cacao. Ya hemos visto que cerca de los pueblos del interior, en San José, en Tumupaza, en Isiamas y en Cavinás, las selvas están pobladas de cacaotales, que dan anualmente cosechas abundantes, pero que los indios prefieren perderlas antes que recogerlas, para no verse obligados a acarrearlas a la espalda. Como se comprenderá, para acabar con este estado de cosas, bastaría suprimir las obligaciones personales y, en el interés del comercio, establecer en cada parroquia una contaduría general, sea privada, sea del gobierno, que se encargase de dar a los indígenas el valor correspondiente en trueque de todo lo que pudiesen cosechar.

Aunque pudiese aumentarse en la provincia el cultivo de la coca, ésta no podría rivalizar con la de las provincias de Yungas y de Muñecas; pero aunque puedan estimularse los cultivos de arroz, maíz, café y tabaco; aunque pudieran ocuparse de las minas de oro que abundan en las montañas y obtener de ellas las ventajas que logran los especuladores, y aunque, finalmente, pudiera realizarse allí mismo el hilado del algodón y de la lana para el consumo local, creo que aquellas ramas del comercio y de la industria de que hablaba más arriba no deberían ser consideradas como de orden secundario.

Para que las diversas partes de un territorio den el máximo de sus productos, para que el comercio tenga allí una meta, un interés particular, es menester dar —aunque sea en detrimento de las demás actividades— una gran expansión a la rama comercial, que, con un mínimo de trabajo, puede ser la más útil, sobre todo cuando no tiene

que temer la competencia vecina. En definitiva, pienso que para activar en la provincia de Caupolicán la cosecha de las dos únicas mercancías que ofrecen una general utilidad, por la expansión que el comercio puede dar a su cultivo, a saber, de un lado la quina en las montañas, y del otro el cacao en las llanuras, habría interés en no alentar la fabricación de tejidos, con el objeto de lograr nuevos mercados en las demás provincias de las mesetas. De esta manera, se procuraría dar a los indios los medios para estimularlos en la cosecha de la quina y del cacao.

La verdad es que si se pudiese en cada caso limitar los productos por provincias: dar, por ejemplo, a las mesetas de Bolivia, en los departamentos de La Paz, Oruro y Potosí, los tejidos de lana; a las provincias de Chiquitos y de Moxos, los tejidos de algodón; a las provincias de Yungas, de Muñecas, etc., el cultivo de la coca; a los valles templados de Sicasica, Ayupaya, Cochabamba y Chuquisaca, el cultivo del trigo, de los gusanos de seda y de la vid; a Santa Cruz de la Sierra, a Moxos y a Chiquitos, la cría de los vacunos, de los caballos y el cultivo de la caña de azúcar; a Caupolicán, finalmente, la quina y los caoales, puesto que estas plantas crecen allí naturalmente, se obligaría, por así decirlo, a los habitantes de cada provincia a un comercio interior de exportación mutua, que doquiera sembraría de consuno la riqueza y los gérmenes de la civilización.

Nuestros Estados europeos necesitan su comercio mutuo para utilizar los productos especiales de cada uno de ellos. En este sentido, como la república de Bolivia ofrece en sus diversas provincias todas las temperaturas y todas las zonas y puede, por consiguiente, dar por medio de la industria productos adecuados a todos los pueblos del mundo, a todas las comarcas, se ve que pueden aplicársele en pequeño las grandes soluciones sobre el porvenir comercial.

La primera medida que debe tomarse para que Caupolicán progrese y para que adquiera la importancia comercial de que es susceptible, es sin disputa el establecimiento de vías de comunicación con las provincias del interior y entre los diversos puntos habitados. Hay caminos para mulas que son muy fáciles de trazar en todas las montañas y que costarán poco, puesto que el material más importante, la piedra, está al alcance de la mano y dura muchísimo, no exigiendo más que un mantenimiento de un costo poco considerable.

Desde el punto de vista de las vías de comunicación, Caupolicán es quizá, la provincia más favorecida, pues está surcada por ríos navegables en los que parece que nadie pensó. ¿Concíbese, por ejemplo, que desde hace más de sesenta años se haga llevar a la espalda de los desdichados indígenas hasta la capital —una distancia de cincuenta o sesenta leguas— todos los productos de las aldeas de Isiamas, de Tumupaza y de San José, cuando no había más que embarcarlas en el río Beni y hacerlas remontar a una distancia muy cerca de Apolo? Y, además, ¿se concibe que, teniendo a su disposición un magnífico río como el Beni, lo hayan utilizado hasta entre Isiamas y Cavinás simple-

mente con balsas, en tanto que en Moxos se navegaba ya con piraguas desde hace un siglo y medio? No cabe duda de que este estado de atraso de Caupolicán, aún con relación a las provincias vecinas, no proviene de la falta de comunicaciones. En efecto, hablarle a un habitante de Potosí, por ejemplo, de la provincia de Caupolicán, es hablarle de una comarca que no conoce más que de nombre, sin que sospeche ni remotamente lo que ocurre en ella.

Con medios tan fáciles como la navegación, se puede anticipar lo que serán Cavinás, Isiamas y Tumupaza, el día que barcas a vela o movidas por vapor puedan llevar sus productos, cualquiera que sea su peso, por un lado, hasta cerca de Apolo, por el Tuyche, y por otro, hasta corta distancia de La Paz, por los ríos Mocetenes y Bogpi. Para suprimir la carga personal de los indios del interior, bastaría con establecer un servicio fluvial de barcas.

Réstame hablar de algunas otras mejoras indispensables para el bienestar de los habitantes de Caupolicán. En primer término coloco la necesidad de detener la mortalidad infantil en el interior, provocada por el frío del viento sur, y la de los adultos, por los estragos de las viruelas. Se podría, en efecto, el día que las escuelas de medicina de la república den más graduados, colocar en cada provincia un médico con honorarios fijos. Este, auxiliado por los curas, tomaría las medidas preventivas para la conservación de los niños y para la propagación de la vacuna, así como las demás medidas sanitarias adecuadas para el mejoramiento de la provincia.

Misioneros instruidos y emprendedores, con el apoyo del gobierno, podrían igualmente encargarse de atraer a las castas salvajes que se encuentran al norte y al noroeste de Tumupaza, de Isiamas y de Cavinás, y traerlas a un estado social más satisfactorio, reuniéndolas en aldeas, en donde comenzarían una conversión social, que redundaría, sin duda, en el bien general del país.

Hoy el abuso de los licores fuertes, como el aguardiente, en ocasión de las fiestas religiosas, provoca a un tiempo la ruina de los indígenas, un gran menoscabo en su salud y un desarreglo en las costumbres, que son su inevitable consecuencia. ¿No se podría, ya aplicando un fuerte impuesto a ese género de bebidas, ya tomando cualquier otra medida que la sabiduría del gobierno juzgase conveniente, hacer cesar esos abusos, que embrutecen moral y físicamente a los que se entregan a ellos, y que tan dañinos son a los progresos sociales?

Una última medida, ya perfectamente sentida por el gobierno, consiste en el establecimiento de escuelas primarias en cada población, a fin de que el español, lengua nacional de la república, que se ha hecho cada vez más necesaria como consecuencia de las relaciones comerciales, reemplace poco a poco a las lenguas indígenas todavía en uso. Mientras tales lenguas subsistan, detendrán o cuando menos estorbarán mucho la marcha progresiva de la civilización.

CAPÍTULO XLIII

PARTIDA DE BOLIVIA.— VIAJE POR MAR DE ARICA A ISLAY Y A LIMA,
POR LA COSTA DE PERÚ.— REGRESO A EUROPA POR
VALPARAISO Y EL CABO DE HORNOS

§ 1

PARTIDA DE BOLIVIA.— VIAJE POR MAR DE ARICA
A ISLAY Y A LIMA, POR LA COSTA DE PERÚ



E vuelta en La Paz, no perdí un segundo. Me ocupé sin descanso de los preparativos de mi partida, preparativos engorrosos, pues me encontraba rodeado de todas las colecciones que había formado desde hacía tres años. A pesar de mis esfuerzos, la falta de medios de transporte me obligó a esperar la llegada de una tropa de mulas de Tacna. Pude entonces decir adiós a los buenos paqueños que tan bien me habían acogido. A fines de junio volví a pasar por última vez la Cordillera, por la ruta que había tomado en 1830 cuando fui de Tacna a La Paz¹ y abandoné para siempre Bolivia después de haberla recorrido en todos sentidos durante más de tres años. Traía de esta hermosa y rica parte del continente americano no solamente una inmensa cantidad de materiales de todas clases, indicados para hacerla conocer desde diferentes puntos de vista, sino también el más vivo reconocimiento hacia su gobierno y hacia sus habitantes, de los cuales no había recibido más que favores y las pruebas más delicadas de estima y de hospitalidad.

*Cordillera
27 de junio*

Un admirable espectáculo atrajo mi mirada en la cumbre de la Cordillera. En la bellísima noche de esas altas regiones de la atmósfera, bajo el cielo más puro del mundo, pude admirar a mis anchas

¹ Véase Capítulo XXV.

desde mi observatorio, situado a 4.500 metros de altura sobre el nivel del mar, un eclipse total de luna, cada una de cuyas fases estuvieron inmejorablemente señaladas. Cuando no se ha visto a esos fenómenos de la naturaleza más que desde nuestros países brumosos de Europa, en donde el cielo está constantemente cargado de vapores, uno no acierta a imaginarse cuán distintos se muestran en la cima de los Andes, en donde durante nueve meses del año no aparece ninguna nube en el horizonte y los astros se destacan por las noches en un azul intensísimo. La luna despide allí una claridad desconocida en las regiones inferiores de la atmósfera y las estrellas titilan con un fulgor vivísimo: es un espectáculo realmente imponente, que hace olvidar al viajero el frío agudo que lo penetra.

Después de una marcha cuyo ritmo retardaba la cantidad de mulas de carga que llevaban mis colecciones, bajé hacia el gran Océano. No sabría expresar con qué sentimiento de alegría saludé de nuevo la vasta extensión de los mares cuando la entreví por encima de los últimos contrafuertes de la vertiente occidental de la Cordillera: era la ruta que debía traerme a Francia, objeto constante de mis pensamientos y de la cual únicamente pudo mantenerme tanto tiempo alejado el deseo de cumplir dignamente la misión que se me había confiado. A mi llegada a Tacna tuve una cuarta recaída de fiebre intermitente, que corté como de costumbre y de la que me olvidé al punto cuando me dieron la noticia de que un navío francés acababa de llegar al puerto y debía hacerse a la vela para Francia, después de haber recorrido la costa hasta Lima. Atravesé los desiertos de arena movediza que me separaban de Arica y me dirigí a toda prisa a esta ciudad, lugar de mi embarque. Traté con el capitán del *Philanthrope*, de Burdeos, el precio del pasaje en la suma de dos mil quinientos francos; y como unas cartas de recomendación me allanaron todas las dificultades con la aduana peruana, ya no tuve sino que esperar el momento en que el navío levaría anclas. Este instante se hizo esperar demasiado para mis deseos, y para calmar un poco mi impaciencia tuve que dedicarme a mis afanosas investigaciones en la costa, mientras duraban los largos días que quedaban hasta la partida. En medio de mis continuas peregrinaciones y de los trabajos a que me entregaba constantemente, el regreso a mi patria se me presentaba siempre como una meta tan lejana, que en el instante de emprender mi vuelta, no podía convencerme de que el término de mi exilio había llegado al fin y de que iba a ver realizados mis más caros anhelos.

Me embarqué el 25 de julio. Esa misma tarde nos hicimos a la vela y di mis últimos adioses a las áridas costas de Arica y a las montañas nevadas de la Cordillera, cuya imponente
 25 de julio cortina me velaba las dependencias de la república de Bolivia. Costeamos tres días seguidos las costas de Perú, acompañados por numerosos petreles negros, por algunos petreles gigantes y por una multitud de otras aves de alta mar, y viendo

de tanto en tanto a los Andes con sus nieves por encima de las costas secas y rojizas. El último día se distinguía en medio de las montañas el famoso volcán de Arequipa, al que su forma de cono truncado permitía reconocer perfectamente.

Los barcos mercantes que vienen al Océano Pacífico van necesariamente a Valparaíso y a Lima, y algunos hacen lo que les llaman *intermedios*, es decir, un cabotaje que comienza en Chile y toca sucesivamente en los diversos puertos de la costa de Bolivia y de Perú, con el fin de comerciar en ellos. Por esta razón, el *Philanthrope* se había detenido en Cobija y en Arica; después, antes de regresar a Valparaíso, debía permanecer unos días en Islay, puerto de Arequipa, y en El Callao, puerto de Lima. Aunque esta combinación retardaba otro tanto mi viaje, no pude menos de ver con placer una circunstancia que me permitía conocer varios lugares distintos de Perú. Bordeando por costas áridas, en donde la mirada busca en vano el menor verdor, el día 28 doblamos unos enormes peñascos aislados, como islotes cónicos que forman el puerto de Islay, resguardándolo un

Perú
28 de julio poco de los vientos del sur que soplan todo el año, y echamos ancla en ese puerto, a escasa distancia de tierra. Unos acantilados recortan perpendicularmente esa costa.

El mar choca con violencia sin igual contra esos paredones escarpados, se alza blanco de espumas y vuelve a caer como una lluvia menuda. Encima de las olas agitadas, en una campaña uniforme, seca y árida, en la que sólo se advierte un suelo polvoriento, se halla en un anfiteatro¹ la triste aldea de Islay, compuesta de dos o tres calles paralelas, mal trazadas sobre la empinada cuesta. Sus casas son chozas de madera, techadas la mayor parte de las veces con esteras de juncos. La aduana, el alojamiento del vicecónsul inglés y los de algunos agentes de comercio son los únicos que se destacan en medio de la miseria del lugar. Islay estaba habitada por pescadores, cuando hace unos pocos años imaginaron hacer de él el puerto de Arequipa. Está a treinta leguas de esta ciudad; y, a pesar de la aridez del camino, desprovisto de agua, recibe casi todas las mercaderías que van a esa ciudad populosa, de más de 60.000 habitantes.

Para bajar a tierra, se aprovecha una roca que avanza sobre el mar y en cuyo extremo se suspendió una escalera de madera sobre un andamio. Luchando con los esfuerzos de un mar constantemente agitado, hay que asirse con celeridad entre dos ondas a esta escalera, a riesgo de romperse las piernas o de ver hacerse añicos el bote, ya contra las piezas de madera, ya contra los peñascos en que aquéllas se apoyan. La extrema dificultad que se tiene para bajar a tierra y aún para descargar las mercaderías, obliga

¹ Plancha rúm. 22, dibujada en 1832, a bordo del *Griffon*, por el señor de Lorgeril, oficial de marina.

a aguardar que el mar esté en calma. Cuando está agitado, es imposible atracar.

Como ya lo dije al hablar de Cobija, nunca llueve en la vertiente occidental de la Cordillera, desde el desierto de Atacama hasta Guayaquil. De ello resulta que toda esta parte está desnuda de vegetación; solamente en invierno las brumas se detienen en las montañas y hacen nacer allí algunas plantas efímeras que se secan de inmediato. Recorrí los alrededores, todos cubiertos de polvo traquítico, cuya blancura cansa la vista, y reconocí un canalito de terracota que trae desde dos leguas de distancia el agua para el consumo de los habitantes. Una enorme quebrada que baja de las montañas y que se percibe al norte de la aldea no presenta ninguna huella de humedad. Doquiera las arenas movedizas y las cenizas traquíticas reposan sobre rocas de la misma edad. En algunos sitios, y a pesar de la sequedad, encontré tres especies de plantas, que nacen en los arenales, pero ningún ser vivo se atreve a abordar aquellas tristes regiones. Otra quebrada, situada al sur de Islay, me mostró el mismo aspecto, sin ninguna apariencia de humedad.

El desembarco de las mercaderías, completamente detenido a causa del mal tiempo, que nos impidió durante cinco o seis días comunicarnos con tierra, nos retuvo en Islay hasta el 7 de agosto. Me habría aburrido mucho si no hubiese tenido que escribir y si no me hubiese distraído una afluencia considerable de aves marinas, semejante a la que encontré en el puerto de Arica en ocasión de mi primer viaje. Cubrióse el mar de bandadas de petreles negros que oscurecieron el horizonte. Esas miríadas de seres vinieron a rodearnos cuando perseguían bancos de pequeñas sardinas, y con sus tonos sombríos oscurecieron el mar en una extensión de media legua. Los pájaros bobos se zambullían a cual más y mejor por millares, dejándose caer en el agua cabeza abajo. Las golondrinas marinas revoloteaban en bandadas, en tanto que los graves cormoranes y los pelícanos nadaban en la superficie. Cuando los bancos de sardinas llegaron a la rada, todas las aves los siguieron; algunos tiros disparados al montón las abatieron en cantidad, sin que las demás se alarmasen por la espantosa carnicería que yo hacía. Como torrente desbordado, nada las detenía, y sólo abandonaron el sitio cuando los cardúmenes se alejaron.

Mientras duró el mal tiempo, podía admirar a mis anchas la furia del mar reventándose en la costa. Semejantes a montañas de nieve, las olas venían a quebrarse en las rocas y se perdían en seguida en nubes blancas y tenues, tanto más hermosas cuanto que los rayos de un sol brillante les daban nuevo brillo. Difícilmente creería uno entonces que se hallaba en un océano cuya calma habitual le hizo denominar Pacífico. La ola se precipitaba con tal fuerza en una especie de gruta natural, situada cerca del desembarcadero, que producía allí un ruido comparable al choque más violento, acercándose a veces al fragor de una descarga de artillería pesada.

Un día quise hacer una excursión a las montañas. Trepé por una



Nº 2. — Vista del Paraná, cerca de La Bajada. (Provincia de Entre Ríos)

suave pendiente de llanuras cubiertas de arenas movedizas. Pronto advertí en el suelo algunas plantas secas, reemplazadas más arriba por plantas que vivían en el polvo y que no tenían otro alimento que el débil rocío de la estación. A una legua y media del puerto llegué al sitio denominado Los Olivos, en donde noté un gran número de esos árboles a los que riega un arroyuelo que viene desde lo profundo de un barranco lejano. Esos olivos ofrecen un singular contraste en medio de los collados sin verdor. Bajo una tienda encontré a una familia momentáneamente establecida allí para vigilar la cosecha y venta de las olivas. Testigo de su comida, la vi conformarse por todo alimento con un poco de maíz hervido en agua y unas olivas confitadas. El fondo del barranco de donde viene el arroyo me mostró, junto a otros olivos y durazneros plantados por los españoles, alguna vegetación indígena, formada por zarzas y plantas poco diversificadas. El paisaje que rodea a Islay está seguramente lejos de dar una idea satisfactoria de esa riqueza proverbial del Perú que todavía se imaginan en Europa.

El 7 de agosto nos hicimos a la vela para dirigirnos a El Callao. Rodeados de aves marinas, navegamos lentamente a causa de la calma y no nos acercamos a El Callao hasta el 14 del mismo mes. Al comienzo divisamos grandes rocas aisladas; luego, la isla de San Lorenzo, que debimos doblar, siguiendo a lo largo de sus costas recortadas, tristes, reseca y coronadas con morros de arena. Por fin, del otro lado se nos aparecieron de pronto los fuertes con la ciudad de El Callao y su rada llena de una multitud de navíos¹. El pabellón nacional flameaba en los barcos de guerra franceses, ingleses y americanos, y se veían también muchos navíos mercantes. Todo, en una palabra, anunciaba un gran centro de movimiento comercial. El *Philanthrope* ancló en la rada y permaneció en el puerto dieciocho días, durante los cuales traté de ver bien los alrededores de El Callao y los de Lima.

Dos barcos de guerra franceses se encontraban entonces en El Callao, la fragata *Thisbé* y el brick *Griffon*, comandada por el señor Du Petit-Tohuars. Me creí en el deber de visitar a los oficiales de los dos navíos. Encontré a bordo del *Griffon* toda la ayuda imaginable para mis andanzas por los campos de la historia natural y una compañía amable en su digno capitán y en todos sus oficiales. Permítaseme testimoniar aquí mi deuda de gratitud.

Este puerto, lo mismo que la ciudad de Lima, de la que se encuentra a dos leguas, ha sido descrito tantas veces por los viajeros del Perú, que me parece debo excusarme de dar aquí una descripción extensa. Me limitaré, pues, a algunos detalles relacionados con la impresión que recibí.

El puerto de El Callao, el mejor y más tranquilo de la costa

¹ Plancha núm. 23. Panorama de la rada y de la ciudad.

peruana, está resguardado de los vientos del sur por una larga lengua pedregosa que avanza en el mar y por la isla de San Lorenzo, que forma con aquélla un semicírculo. No hay que temer, pues, ninguna ráfaga. A lo que se teme es a los terremotos, felizmente bastante raros. La gente recuerda aún los que destruyeron completamente a El Callao, llevaron algunos navíos hasta cerca de una legua tierra adentro, y cambiaron completamente el aspecto de la comarca. En efecto, en el campo pude ver guijarros arrastrados hasta allí y muchas otras huellas de aquellos desdichados sucesos ¹.

El temblor de tierra del 28 de octubre de 1746 no dejó en pie más que veinticinco casas en la capital e hizo perecer a once mil personas en Lima y El Callao.

La ciudad de El Callao, que continúa siendo provisional desde su destrucción, no está formada más que por casas de madera y depósitos de mercaderías. Tiene una gran calle paralela a la costa y otra que lleva hasta Lima. Al norte están los pantanos formados por la desembocadura del *Rimac*, río que pasa por Lima y fecunda su agricultura; al sur se hallan dos fuertes circulares, rodeados de bastiones cubiertos de artillería. Un muelle de madera sirve de desembarcadero. Los navíos de pequeño tonelaje pueden aproximarse hasta muy cerca para su descarga. Un gran movimiento comercial reina en El Callao, y todo anuncia la importancia de la ciudad a la que sirve de puerto.

Dos leguas de una gran carretera conducen de El Callao a Lima. Algunos coches públicos transportan varias veces al día a los viajeros ², lo que permite a los comerciantes venir por la mañana a Lima por sus negocios y estar de vuelta por la tarde en la ciudad. Después de cada revolución, este corto trayecto está infestado de ladrones que se quedan emboscados, armados de fusiles, y desvalijan a los transeúntes; por eso no es prudente aventurarse allí demasiado temprano en la mañana, o demasiado tarde por la noche o a la hora de la siesta. La carretera, desnuda al comienzo, pasa en medio de un pantano y, ya cerca de Lima, se sombrea con las hermosas avenidas arboladas. La entrada a la ciudad en la que iba a pasar algunos días anuncia el esplendor pasado de la ciudad de los Reyes, en la que se vieron sucesivamente las escenas más sangrientas de la historia de la conquista ³ y la pompa desenfundada de los españoles más ricos de América. Es allí donde residían los virreyes del Perú y donde la aristocracia diplomática y financiera ejercía su imperio. Lima, la más opulenta de las ciudades del nuevo mundo, es al mismo tiempo la más corrompida. Podría explayarme mucho sobre este tema y tratar de describir el lujo extraordinario de unos y la total miseria de los demás; pero no haría

¹ Choix de lettres édifiantes, tomo II, págs. 48 y sgts.

² Cuando yo estaba en El Callao, se pagaba 2 pesos o 10 francos por persona para hacer esas dos leguas.

³ Bajo Pizarro y los primeros virreyes del Perú.

más que repetir lo que con tanta verdad dijo el autor de un librito publicado bajo el título de *Lima por dentro y fuera*¹, al hacer conocer las costumbres de esa ciudad en el siglo pasado; costumbres que, aunque muy cambiadas, nada ganaron en lo que respecta a la moral. Al perder su hegemonía como capital del virreinato, Lima cayó en la indigencia, sin que por eso disminuyese su lujo. De donde ha resultado una corrupción extraordinaria, que no hace más que aumentar día a día y a la que todo favorece: la dejadez de los habitantes, la sed de goces materiales de los hombres y, en las mujeres, la exageración de la vestimenta y, más que nada, el *incógnito* en que éstas viven siempre gracias a su vestido, pues todas llevan unas sayas negras plegadas que ciñen el cuerpo sin velar sus formas, y el famoso *tapado* de seda negra con que se envuelven la cabeza, sin mostrar nunca más que un ojo. Seguras de que nadie las reconocerá con esta indumentaria, las mujeres pueden intrigar a sus anchas, aún a su mismo marido, si les conviene o interesa. Esta extremada licencia y la miseria general del país, cuyas entradas están muy por debajo de los gastos necesarios para subvenir al lujo de que las mujeres gustan rodearse², las arrastra forzosamente hacia la inconducta. Por la noche, disfrazadas así, se vuelcan en las calles y en los espectáculos, en donde asaltan a los extranjeros.

Muy extendida, la ciudad de Lima ostenta una multitud de iglesias y conventos cuyas cúpulas son visibles desde todas partes³. Hay allí un hermoso palacio para el presidente de la república, en otro tiempo sede del virrey, una linda plaza adornada con surtidores, calles bien cortadas, a las que prestan siempre su frescura claros arroyuelos, amplios paseos umbríos y encantadores alrededores, llenos de jardines y de casas de recreo. El Rimac, cuyas aguas distribuidas en una multitud de canales vivifican el valle, atraviesa la ciudad y es cruzado por un puente. No lejos se hallan las montañas de *San Cristóbal* y de *San Bartelemí*, cuya aridez contrasta con la fertilidad del rico valle del Rimac. En cuanto uno se aleja de las aguas, cualquiera sea la dirección que se tome, aparecen un desierto de arena movediza y montañas completamente desnudas de vegetación, que rodean a este oasis. Porque en Lima, como en toda la costa, nunca llueve, y solamente la irrigación puede mantener en ella una vegetación puramente facticia y en parte trasplantada. En efecto, con excepción de los bananeros, los huertos están compuestos exclusivamente por granados, olivos, naranjos e higueras traídos al nuevo mundo por los españoles. La vecindad de las montañas hace descender considerablemente la temperatura que Lima

¹ *Lima por dentro y fuera* contiene la crítica más severa y más exacta del estado de corrupción de la ciudad de los Reyes. Escrito a fines del siglo pasado, este pequeño volumen fué reimpresso hace pocos años.

² Es raro que una de esas elegantes de Lima se rebaje hasta ponerse dos veces el mismo calzado o llevar medias que no sean de seda.

³ Se cuentan más de sesenta.

debería tener por su posición tropical. Se goza allí de un suave calor. Lo que sobre todo llama la atención es la invariabilidad del tiempo, que permite formar proyectos con mucha anticipación, sin temer verlos interrumpidos por esos días lluviosos, tan frecuentes en Europa. Sin embargo, la ciudad amanece todos los días envuelta en vapores, que se disipan en cuanto sale el sol. La verdad es que si Lima no estuviese tan corrompida y si la vida material no fuese tan cara ¹, sería una morada encantadora; pero esas lacras de los grandes centros que, en este sentido, no están redimidas por ninguna de las ventajas sociales que se encuentran en nuestras ciudades de Europa, alejarán siempre a las personas a quienes sus intereses no retengan dentro de su perímetro.

Luego de unos días empleados en verlo todo en Lima, volví a El Callao, en donde reanudé mis investigaciones de historia natural. Ora recorría las costas estudiando las conchas, ora penetraba en los pantanos del Rimac. A menudo dragaba el fondo del mar, acompañado por el señor Fontaine, médico del Griffon, o trepaba por las arenas movedizas de la isla de San Lorenzo con el propósito de llegar a las cimas. Allí, las nubes que a veces se detienen hacen crecer en la arena algunas plantas, entre las cuales recogí una solanácea bulbosa cuya raíz, como la papa, es comestible y de un gusto bastante bueno. Otras veces perseguía sobre las rocas las bandadas de aves costeras, y sobre todo esos taciturnos pelícanos, que pasan inmóviles una parte del día, con el pico plegado sobre el cuello, en el descanso más absoluto.

§ 2

REGRESO A EUROPA POR VALPARAISO Y EL CABO DE HORNOS

El 3 de setiembre, ya terminados todos los asuntos comerciales del *Philanthrope*, nos hicimos a la vela y muy pronto perdimos de vista al Perú. Durante mucho tiempo los navíos

3 de setiembre españoles navegaban solamente cerca de la costa.

El viento, que es favorable para ir de Valparaíso a Lima, tórnase contrario para volver, y cuando se va ciñendo la costa, se ponen tres meses en esta travesía que, en sentido contrario, se hace en doce días. Un capitán español fué el primero en tomar el largo y, como encontró vientos favorables, llegó a Chile en menos de un mes. Desde entonces los barcos se apartan siempre cien leguas del continente para ir de Lima a Chile. Esta fué la ruta que seguimos, y después de

¹ Ninguna ciudad de América puede ser comparada a Lima por el alto precio de los artículos de primera necesidad. En el hotel se gasta muchísimo y todo es de una carestía fabulosa.

veintitantos días de serena navegación en un mar magnífico, atracábamos en Chile.

Vi primero las islas de Juan Fernández, cubiertas de vegetación, y dos días después descendía en Valparaíso. Tres años de ausencia habían cambiado el aspecto de esta ciudad. Des-

27 de setiembre de la última vez que pasara por allí habían
Valparaíso construido un gran edificio para la administración de la aduana, y un muelle de madera, destinado a

facilitar las maniobras de las lanchas, reemplazaba a la playa arenosa en la que había que encallar, hubiese o no oleada. Volví a ver con interés los lugares que había recorrido tan a menudo; hice nuevas investigaciones, pero como estaba en Chile solamente de paso, me impacientaba demasiado por partir para encontrar placer en mis trabajos. Finalmente, el 18 de octubre abandoné esta república y comencé mi travesía. Dije adiós por última vez a las costas americanas, no sin experimentar un instante de tristeza al pensar que no volvería a verlas más. Tan favorecido había estado durante mi permanencia en el nuevo mundo, que no podía abandonarlo sin echar de menos a sus habitantes. Pero la pena de esta separación estaba compensada para mí por el sentimiento de vivísima gratitud a que me movía la benevolencia de que constantemente había sido objeto por parte de ellos.

Acompañado por seis jóvenes de Bolivia, mandados por su gobierno a estudiar en Francia, navegué lentamente hacia Europa. Después de tener un poco de mar gruesa en la costa chilena, a comienzos de noviembre, en días de calma perfecta, me encontré a algunas leguas del cabo de Hornos, cuyo cono aplastado, cubierto de nieve, se perfilaba en el horizonte. Era la última parte de América que debía percibir. Una larga pero feliz navegación me llevó hacia mi querida patria. El 1º de febrero de 1834, cuando las observaciones anunciaron la proximidad de la tierra, experimenté una felicidad que nada puede igualar. Por la noche, la sonda tocó el suelo de Francia. Me levanté para ver las primeras arenas, sintiendo una emoción imposible de definir. Pocos momentos después, el faro de la torre de Cordouan nos anunció la desembocadura del Gironda, adonde entré el 2 de febrero. Todos mis pasados sufrimientos quedaban olvidados. Volvía a ver a mi familia, a mis amigos...; e iba a comenzar una nueva existencia.

INDICE DE LAS PLANCHAS QUE FIGURAN EN LOS CUATRO TOMOS

PRIMER TOMO

	Pág.
1 — Alcides D'Orbigny	2
3 — Vista tomada en Iribicuá, sobre el Paraná (Provincia de Corrientes)	128
26 — Yerra de animales en el Rincón de Luna (Corrientes) ...	160
4 — Una vista en los bosques de palmeras yatais (Pcia. de Corrientes)	144
5 — Vista del pueblo del Carmen, sobre el río Negro (Patagonia)	256
6 — Vista de la Recoba, sobre la plaza de La Victoria en Buenos Aires	272

SEGUNDO TOMO

25 — Pasaje del río Santa Lucía (Provincia de Corrientes)	456
28 — Patagones y Aucas en traje de guerra	472
29 — Salida de indios Patagones, en San Xavier, sobre las orillas del Río Negro (Patagonia)	504
36 — Indios patagones	520
17 — Vista de una choza y danza de indios yuracarés (Bolivia)	552
24 — Panorama de la ciudad de Valparaíso y sus alrededores (Rep. de Chile)	568
37 — Hombres de la campaña, de los alrededores de Santiago, capital de Chile	600
38 — Un huaso (Chile)	616

	PÁG.
30 — Indias changas, en Cobija. (Bolivia)	648
33 — Balsa o bote de piel de foca inflada, en Cobija (Bolivia)	664
7 — Vista del puerto de Cobija, república de Bolivia	712
8 — Una vista del Barranco de Palca, camino de La Paz a Tacna (Perú)	723
31 — Disfraces religiosos de los indios aymaraes, en los alrededores de La Paz (Bolivia)	776
39 — Indios y mestizos de la nación Aymará, de La Paz y sus alrededores, Rep. de Bolivia	792

TERCER TOMO

9 — Vista del Barranco de Palca, cerca de La Paz (Bolivia) ..	824
10 — Vista del pueblo de Palca, cerca de La Paz (Bolivia)	840
11 — Vista de Chulumani, capital de la provincia de Yungas. (Bolivia)	888
40 — Danza de los indios Aymaraes	904
42 — Trajes de Santa Cruz de la Sierra. (Bolivia)	952
47 — Trajes de mujeres de Cochabamba, Bolivia. (Indias y mestizas)	968
13 — Un alto cerca del peñasco granítico de Guarayito a Chiquitos. (Bolivia)	1016
43 — Indios e indias de la provincia de Chiquitos. (Bolivia) ..	1032
14 — Vista de la plaza de San José. Misión de los Jesuitas en la provincia de Chiquitos. (Bolivia)	1096
44 — Trajes de los indios guarayos. (Bolivia)	1112
15 — Vista de una parte de Santa Cruz de Guarayos. (Bolivia)	1176
16 — Un alto sobre el Mamoré. (Provincia de Moxos, Bolivia)	1192

CUARTO TOMO

18 — Vista de un pasaje sobre el río San Mateo, camino de Cochabamba a Moxos	1240
45 — Indios mocetenes pescando a golpes de flecha. (Bolivia)	1256
46 — Combate entre indios yuracarés. (Bolivia)	1288
19 — Puente de lianas construido sobre el Piray por los indios Sirionos. (Bolivia)	1304
20 — Vista de la plaza de Chuquisaca, capital de Bolivia	1336
48 — Indios y mestizos de nación quichua, de Chuquisaca y sus alrededores	1352
21 — Vista del estrecho de Tiquina, en el lago Titicaca (Plataforma de los Andes, Bolivia)	1384

	PÁG.
32 — Balsa o bote de juncos en el lago Titicaca. (Bolivia)	1400
22 — Vista del puerto de Islay. (Perú)	1432
23 — Panorama de El Callao, puerto de Lima, en el Perú	1448
27 — Indios Aucas y sus toldos (en Bahía Blanca), y vista de la Sierra de la Ventana. (Pampas del sud, República Argentina)	1480
41 — Trajes de los indios de Moxos. (Bolivia)	1496
35 — Visita de los indios yuracarés. (República de Bolivia) . . .	1528
34 — Música y danza religiosa, en Moxos. (Bolivia)	1544
12 — Una casa de indios quichuas en el valle de Cochabamba. (Bolivia)	1576
2 — Vista del Paraná, cerca de La Bajada. (Provincia de Entre Ríos)	1592

INDICE

DE LOS CUATRO TOMOS

PRIMER TOMO

	PÁG.
<i>Alcides Dessalines D'Orbigny</i> , por Ernesto Morales	7
CAPÍTULO I. — Primeros estudios y trabajos preparatorios del autor. Su misión. Partida de Francia. Llegada y estadía en Tenerife. Partida de Tenerife. Prosecución y fin de la travesía	13
CAPÍTULO II. — Estadía en Río de Janeiro. Partida y travesía a Montevideo	31
CAPÍTULO III. — Estadía en Montevideo. Viaje a Maldonado. Regreso y nueva estadía en Montevideo	43
§ 1º Estadía en Montevideo	43
§ 2º Viaje a Maldonado	48
§ 3º Nueva estadía en Montevideo	56
CAPÍTULO IV. — Viaje por la provincia de la Banda Oriental y primera estadía en Buenos Aires	69
CAPÍTULO V. — Viaje por el Paraná, de Buenos Aires a Corrientes	91
CAPÍTULO VI. — Corrientes y sus alrededores. Primer viaje a Iribicuá	117
§ 1º Corrientes y sus alrededores	117
§ 2º Primer viaje a Iribicuá	125
CAPÍTULO VII. — Corrientes. Viaje a San Roque. Continuación al Rincón de Luna	133
§ 1º Corrientes	133
§ 2º Viaje a San Roque	138
§ 3º Continuación al Rincón de Luna	146

	PÁG.
CAPÍTULO VIII. — Nueva estadía en Corrientes y en sus alrededores, y viaje a Itaty, sobre el Paraná. Estadía en Itaty y vuelta a Corrientes	175
§ 1º Nueva estadía en Corrientes y sus alrededores, y viaje a Itaty, sobre el Paraná	175
§ 2º Estadía en Itaty y vuelta a Corrientes	184
CAPÍTULO IX. — Guerras de Misiones. Viaje remontando el Paraná. Caacaty y sus alrededores. Viaje a la laguna de Iberá	203
§ 1º Guerras de Misiones	203
§ 2º Viaje remontando el Paraná	207
§ 3º Caacaty y sus alrededores	223
§ 4º Viaje a la laguna de Iberá	238
CAPÍTULO X. — Nuevo viaje por el Paraná. Excursiones por el Chaco; indios tobas y lenguas	269
§ 1º Nuevo viaje por el Paraná	269
§ 2º Excursiones por el Chaco; indios tobas y lenguas	272
CAPÍTULO XI. — Vistazo sobre Corrientes y sus habitantes	293
CAPÍTULO XII. — Viaje por el Paraná, al regresar a Buenos Aires, por la parte sur de Corrientes, la provincia de Entre Ríos, la de Santa Fe y las partes septentrionales de la de Buenos Aires	365
§ 1º Parte sur de la provincia de Corrientes	365
§ 2º Provincia de Entre Ríos	385
§ 3º Provincia de Santa Fe	405
§ 4º Provincia de Buenos Aires	425

SEGUNDO TOMO

	Pág.
CAPÍTULO XIII. — Vistazo histórico a Buenos Aires, y estadía en esa ciudad	449
§ 1º Vistazo a la historia de Buenos Aires	449
§ 2º Estadía en Buenos Aires	465
CAPÍTULO XIV. — Viaje del señor Parchappe a la Cruz de Guerra	495
CAPÍTULO XV. — Estadía en la Cruz de Guerra. Excursiones a los alrededores, y regreso a Buenos Aires	537
§ 1º Estadía en la Cruz de Guerra	537
§ 2º Excursiones a los alrededores	553
§ 3º Regreso a Buenos Aires	571
CAPÍTULO XVI. — Viaje a Bahía Blanca	581
CAPÍTULO XVII. — Partida y viaje de Buenos Aires al río Negro de Patagonia. Primera estadía en Carmen. Viaje y estadía en la bahía de San Blas	623
§ 1º Partida y viaje de Buenos Aires al río Negro de Patagonia	623
§ 2º Primera estadía en Carmen	638
§ 3º Viaje y estadía en la bahía de San Blas	644
CAPÍTULO XVIII. — Primera visita a los patagones, seguida de su descripción. Viaje y estadía en la desembocadura del río Negro. Excursión, remontando el río, a la salina natural de Andrés Paz	687
§ 1º Primera visita a los patagones, seguida de su descripción	687

	Pág.
§ 2º Viaje y estadía en la desembocadura del río Negro ..	713
§ 3º Excursión, remontando el río, a la salina natural de Andrés Paz	725
CAPÍTULO XIX. — Viaje al sur, a la ensenada de Ros. Descripción de los leones marinos otarios. Estadía en la costa sur del río Negro y detalles de un saladero. Viaje al árbol sagrado de Gualichu. Diputados oradores de los indios aucas y excursión a la Salina de Piedras y a la de Andrés Paz ..	
§ 1º Viaje por el sur a la ensenada de Ros. Descripción de los leones marinos otarios. Estadía en la costa sur del río Negro y detalles de un saladero	737
§ 2º Viaje al árbol sagrado de Gualichu. Diputados oradores de los indios aucas y excursión a la Salina de Piedras y a la de Andrés Paz	758
CAPÍTULO XX. — Viaje y estadía en San-Xavier y continuación de la descripción de los usos y costumbres de los patagones. Caza de avestruces. Primera invasión de los indios. Estado crítico de Carmen. Conspiración de los gauchos. Segundo viaje al sur. Nuevo ataque de las hordas salvajes	
§ 1º Viaje y estadía en San-Xavier y continuación de la descripción de los usos y costumbres de los patagones	773
§ 2º Caza de avestruces. Primera invasión de los indios. Estado crítico de Carmen. Conspiración de los gauchos	788
§ 3º Segundo viaje al sur. Nuevo ataque de las hordas salvajes	802

TERCER TOMO

	PÁG.
CAPÍTULO XXI. — Descripción de los indios aucas y puelches ..	825
§ 1º Descripción de los indios aucas	825
§ 2º Descripción de los indios puelches	860
CAPÍTULO XXII. — Vistazo histórico a los establecimientos españoles de la Patagonia. Descripción de Carmen de Patagones y de sus alrededores	867
§ 1º Vistazo histórico a los establecimientos españoles de la Patagonia	867
§ 2º Descripción de Carmen de Patagones y sus alrededores	883
CAPÍTULO XXIII. — Partida de Carmen para Buenos Aires. Viaje a Montevideo; navegación de esa ciudad a Chile, doblando el cabo de Hornos. Estadía en Chile	905
§ 1º Partida de Carmen para Buenos Aires	905
§ 2º Viaje a Montevideo; navegación de esa ciudad a Chile, doblando el cabo de Hornos	908
§ 3º Estadía en Chile	919
CAPÍTULO XXIV. — Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia). Viaje por mar al puerto de Arica (Perú). Viaje y estadía en Tacna	931
§ 1º Viaje por mar y estadía en Cobija (Bolivia)	931
§ 2º Viaje por mar al puerto de Arica	940
§ 3º Viaje y estadía en Tacna	947
CAPÍTULO XXV. — Viaje de Tacna a La Paz, atravesando la cordillera de los Andes. Estadía en La Paz	953
§ 1º Viaje de Tacna a La Paz	953

	Pág.
§ 2º Estadía en La Paz	981
CAPÍTULO XXVI. — Viaje por las provincias de Yungas, Sicasica, Ayopaya, sobre la ladera oriental de los Andes bolivianos	
§ 1º Viaje por la provincia de Yungas	999
§ 2º Viaje por la provincia de Sicasica	1027
§ 3º Viaje por la provincia de Ayopaya	1033
CAPÍTULO XXVII. — Cochabamba y sus alrededores. Viaje a Santa Cruz de la Sierra por las provincias de Clisa, Mizqué y Valle Grande	
§ 1º Cochabamba y sus alrededores	1043
§ 2º Viaje a Santa Cruz de la Sierra, por las provincias de Clisa, Mizqué y Valle Grande	1055
* Provincia de Clisa	1055
* * Provincia de Mizqué	1058
* * * Provincia de Valle Grande	1070
CAPÍTULO XXVIII. — Estadía en Santa Cruz de la Sierra y viaje por los alrededores	
§ 1º Estadía en Santa Cruz de la Sierra	1085
§ 2º Nueva estadía en Santa Cruz	1112
CAPÍTULO XXIX. — Historia y descripción de Santa Cruz de la Sierra	
§ 1º Historia	1119
§ 2º Descripción de Santa Cruz	1124
* Límites y datos geográficos	1124
** Productos naturales de Santa Cruz	1126
*** Población, costumbres, usos	1128
**** Industria, producción, comercio	1132
***** Descripción de la ciudad	1134
CAPÍTULO XXIX bis. — Partida para la provincia de Chiquitos. Estadía en las misiones del oeste y del centro de la provincia de Chiquitos	
§ 1º Partida para la provincia de Chiquitos	1137
§ 2º Estadía en las misiones del oeste de la provincia de Chiquitos	1147
• Misión de San-Xavier de Chiquitos	1147
* Misión de Concepción de Chiquitos	1151
§ 3º Estadía en las misiones del centro de la provincia de Chiquitos	1157
* Misión de San Miguel de Chiquitos	1157

	PÁG.
** Misión de Santa Ana de Chiquitos	1159
*** Misión de San Ignacio de Chiquitos	1166
**** Misión de San Rafael de Chiquitos	1172
CAPÍTULO XXX. — Viaje a las misiones del sur de la provincia de Chiquitos y regreso a las misiones del centro y del oeste	
§ 1º Viaje a las misiones del sur de la Provincia de Chiquitos	1175
* Camino a San José	1175
** Misión de San José de Chiquitos y camino a Santiago	1179
*** Misión de Santiago de Chiquitos	1189
**** Misión de Santo Corazón de Jesús	1197
***** Misión de San Juan Bautista	1207
§ 2º Regreso a las misiones del centro y del oeste de la provincia de Chiquitos	1209
CAPÍTULO XXXI. — Viaje al país de los guarayos; descripción de esos indios y de las comarcas que habitan	
§ 1º Viaje al país de los guarayos	1215
§ 2º Descripción de los guarayos y de las comarcas que habitan	1226

CUARTO TOMO

	PÁG.
CAPÍTULO XXXII. — Generalidades geográficas, históricas y estadísticas sobre la provincia de Chiquitos. De las mejoras industriales y comerciales que en ella podrían introducirse	
	1211
§ 1º Generalidades geográficas	1241
§ 2º Generalidades históricas	1245
• Primera época: Antes de la llegada de los españoles	1245
** Segunda época: Desde la llegada de los primeros españoles a Chiquitos hasta el momento en que los jesuítas entraron en la provincia (de 1542 a 1690) ..	1249
*** Tercera época: Desde la entrada de los jesuítas en Chiquitos hasta su expulsión (de 1691 a 1767)	1253
**** Cuarta época: Desde la expulsión de los jesuítas en 1767 hasta nuestros días	1263
§ 3º Generalidades estadísticas. Estado actual de la provincia	1268
* Población	1268
** Cantos de los Chiquitos	1273
*** Cantos de los morotocas	1276
**** Temperatura, salubridad	1280
***** Productos industriales	1281
***** Productos naturales	1284
***** Mejoras agrícolas, industriales y comerciales de que es susceptible la provincia	1290
Nota suplementaria	1298

CAPÍTULO XXXIII. — Viaje a la provincia de Moxos por el río San Miguel. Estadía en las misiones de Baures e Itonamas de

	PÁG.
la provincia de Moxos. Forte do Principe de Beira y navegacion por el río Itenes o Guaporé	1301
§ 1º Viaje a la provincia de Moxos por el río San Miguel ..	1301
§ 2º Estadía en las misiones de Baures e Itonamas de la provincia de Moxos	1306
• Misión del Carmen de Moxos	1306
** Misión de la Purísima Concepción de Baures	1309
*** Misión de Santa Magdalena de Moxos	1315
**** Aldea de San Ramón	1320
***** Misión de San Joaquín	1322
§ 3º Forte do Principe de Beira (Brasil) y navegacion por el río Itenes o Guaporé	1326
 CAPÍTULO XXXIV. — Viaje por el río Mamoré. Estadía en las misiones Cayuvavas, Movimas, Canichanas y Moxos	
§ 1º Viaje por el río Mamoré	1335
• Misión de Exaltación de la Cruz	1340
** Misión de Santa Ana de Moxos	1343
*** Misión de San Pedro	1346
**** Misión de San Francisco Javier	1350
***** Misión de Trinidad de Moxos	1355
***** Misión de Loreto	1358
 CAPÍTULO XXXV. — Viaje de Moxos a Cochabamba, remontando el Mamoré, el Chaparé y el río Coni, hasta el país de los yuracarés. Un alto con los yuracarés. Vertientes de la cordillera oriental hasta Cochabamba	
§ 1º Viaje remontando el Mamoré, el Chaparé y el río Coni, hasta el país de los yuracarés	1361
* Río Mamoré	1361
** Río Chaparé y río Coni	1364
§ 2º Un alto con los yuracarés	1368
§ 3º Viaje por la vertiente de la cordillera oriental hasta Cochabamba	1371
 CAPÍTULO XXXVI. — Estadía en Cochabamba. Viaje a través de comarcas desconocidas para buscar un nuevo camino de Cochabamba a Moxos, hasta las regiones habitadas por los yuracarés. Estadía con estos indios	
§ 1º Estadía en Cochabamba	1383
§ 2º Viaje a través de comarcas desconocidas para buscar un nuevo camino de Cochabamba a Moxos	1386
§ 3º Estadía con los indios yuracarés	1399

	PÁG.
CAPÍTULO XXXVII. — Descripción de los indios yuracarés y viaje del país de Yuracaré a Moxos por el río Securi	1405
§ 1º Descripción de los indios yuracarés	1405
§ 2º Viaje del país de los yuracarés a Moxos por el río Securi	1424
CAPÍTULO XXXVIII. — Generalidades geográficas, históricas y estadísticas sobre la provincia de Moxos. De los adelantos comerciales e industriales que se podrían introducir allí	1431
§ 1º Generalidades geográficas	1431
§ 2º Generalidades históricas	1435
* Primera época: Antes de la llegada de los españoles . .	1435
** Segunda época: Desde la llegada de los españoles a Moxos hasta el momento en que los jesuítas penetraron en la provincia (de 1562 a 1667)	1437
*** Tercera época: Desde la entrada de los jesuítas en Moxos hasta su expulsión (de 1667 a 1767)	1438
**** Cuarta época: Desde la expulsión de los jesuítas en 1767 hasta 1832	1442
§ 3º Generalidades estadísticas. Estado actual de la provincia	1445
* Población	1445
** Temperatura, salubridad	1446
*** Productos industriales	1447
**** Productos naturales	1449
***** Adelantos agrícolas, industriales y comerciales de que es susceptible la provincia	1449
CAPÍTULO XXXIX. — Viaje por el río Sara y el río Piray, de Moxos a Santa Cruz de la Sierra, y de Santa Cruz a Chuquisaca, por las provincias del Valle Grande, de la Laguna, etc.	1457
§ 1º Viaje por el río Sara y el río Piray, de Moxos a Santa Cruz de la Sierra	1457
§ 2º Viaje de Santa Cruz a Chuquisaca, por las provincias de Valle Grande, de la Laguna y de Yamparaes	1462
§ 3º Provincia de Valle Grande	1463
§ 4º Provincia de Tomina o de la Laguna	1472
§ 5º Provincia de Yamparaes	1478
CAPÍTULO XL. — Estadía en Chuquisaca; Viaje a Potosí; descripción de la ciudad y del cerro de Potosí, y viaje a Oruro . .	1481
§ 1º Estadía en Chuquisaca	1481
§ 2º Viaje a Potosí	1487
* Departamento de Potosí	1489
§ 3º Descripción de la ciudad y del cerro de Potosí	1493
§ 4º Viaje de Potosí a Oruro	1501

	PÁG.
* Territorio del departamento de Potosí	1501
** Territorio del departamento de Oruro	1507
CAPÍTULO XLI. — Oruro y sus alrededores. Reconocimiento de la provincia de Carangas. Viaje de Oruro a La Paz. Excursión por las riberas del lago Chucuito	
1513	1513
§ 1º Oruro y sus alrededores	1513
§ 2º Reconocimiento de la provincia de Carangas	1516
• Provincia de Oruro	1516
** Provincia de Carangas	1519
§ 3º Viaje de Oruro a La Paz	1529
• Provincia de Oruro	1529
** Provincia de Sicasica	1530
§ 4º Excursión a las márgenes del lago Chucuito	1533
CAPÍTULO XLII. — Descripción de la provincia de Caupolicán ...	
1555	1559
§ 1º Historia	1559
* Primera época: Antes de la llegada de los españoles	1559
** Segunda época: Desde la llegada de los españoles hasta nuestros días	1561
§ 2º Estado actual de la provincia	1563
• División política	1563
** Población de la provincia	1576
*** Productos naturales	1578
Productos industriales	1581
Comercio	1581
Mejoras agrícolas, industriales y comerciales de que es suscep- tible la provincia	1583
CAPÍTULO XLIII. — Partida de Bolivia. Viaje por mar de Arica a Islay y a Lima, por la costa de Perú. Regreso a Europa por Valparaíso y el cabo de Hornos	
1589	1589
§ 1º Partida de Bolivia. Viaje por mar desde Arica a Islay y a Lima, por la costa de Perú	1589
§ 2º Regreso a Europa por Valparaíso y el cabo de Hornos .	1596
Indice de las planchas	1599
Indice de los cuatro tomos	1603

Se terminó de
imprimir el día
30 de Mayo de
1945, en los
Tall. Gráficos
"La Mundial"
Sarmiento
3149, Bs. As.